

de la Historia general Revolución Mexicana

José C. Valadés



La violencia como sistema

Alto en la guerra civil

II

**MAPorrúa**
librero-editor • México

La
SERIE Historia


CONSEJO EDITORIAL


LXII LEGISLATURA
CÁMARA DE DIPUTADOS

de la **Historia general**
Revolución Mexicana

II



CONSEJO EDITORIAL



LXII LEGISLATURA

CÁMARA DE DIPUTADOS

PRESIDENCIA

GRUPO PARLAMENTARIO DEL PAN

Dip. JUAN PABLO ADAME ALEMÁN, *Titular*

GRUPO PARLAMENTARIO DEL PRI

Dip. JOSÉ ENRIQUE DOGER GUERRERO, *Titular*

Dip. ELIGIO CUTLÁHUAC GONZÁLEZ FARIAS, *Suplente*

GRUPO PARLAMENTARIO DEL PRD

Dip. TOMÁS BRITO LARA, *Titular*

GRUPO PARLAMENTARIO DEL PVEM

Dip. RICARDO ASTUDILLO SUÁREZ, *Titular*

Dip. LAURA XIMENA MARTEL CANTÚ, *Suplente*

GRUPO PARLAMENTARIO DE MOVIMIENTO CIUDADANO

Dip. JOSÉ FRANCISCO CORONATO RODRÍGUEZ, *Titular*

Dip. FRANCISCO ALFONSO DURAZO MONTAÑO, *Suplente*

GRUPO PARLAMENTARIO DEL PT

Dip. ALBERTO ANAYA GUTIÉRREZ, *Titular*

Dip. RICARDO CANTÚ GARZA, *Suplente*

GRUPO PARLAMENTARIO DE NUEVA ALIANZA

Dip. LUIS ANTONIO GONZÁLEZ ROLDÁN, *Titular*

Dip. JOSÉ ANGELINO CAAMAL MENA, *Suplente*

SECRETARIO GENERAL

Mtro. MAURICIO FARAH GEBARA

SECRETARIO DE SERVICIOS PARLAMENTARIOS

Lic. JUAN CARLOS DELGADILLO SALAS

CENTRO DE ESTUDIOS SOCIALES Y DE OPINIÓN PÚBLICA

CENTRO DE ESTUDIOS PARA EL ADELANTO DE LAS MUJERES Y LA EQUIDAD DE GÉNERO

CENTRO DE ESTUDIOS DE LAS FINANZAS PÚBLICAS

CENTRO DE ESTUDIOS PARA EL DESARROLLO RURAL SUSTENTABLE Y LA SOBERANÍA ALIMENTARIA

CENTRO DE ESTUDIOS DE DERECHO E INVESTIGACIONES PARLAMENTARIAS

CENTRO DE DOCUMENTACIÓN, INFORMACIÓN Y ANÁLISIS

SECRETARIO TÉCNICO DEL CONSEJO EDITORIAL

EDGAR PIEDRAGIL GALVÁN

de la **Historia general** **Revolución Mexicana**

La violencia como sistema

Alto en la guerra civil

II

José C. Valadés

Los editores agradecen las gentiles atenciones del diputado Francisco Arroyo Vieyra, quien durante su gestión como presidente de la Cámara de Diputados en el primer periodo legislativo de la LXII Legislatura apoyó esta nueva edición de la obra. Así también reconocemos la buena disposición de los diputados integrantes del Consejo Editorial, al haber hecho suyo este proyecto.

Debe mencionarse que las fuentes utilizadas fueron generosamente facilitadas por el doctor Diego Valadés; a él se debe la iniciativa de publicar la presente obra; por ello le expresamos nuestro sincero agradecimiento.

MAPORRÚA

Ediciones anteriores:

1963, 1965, 1967: Manuel Quesada Brandi
1976: Editores Mexicanos Unidos
1979: Editorial Valle de México
1985: SEP-CONAFE / Ediciones Gernika
1988, 2000: Editorial Valle de México

© 1963 - 1976 José C. Valadés

La presente edición:

© 2013: Miguel Ángel Porrúa, librero-editor
H. Cámara de Diputados, LXII Legislatura

© 1976 - 2013: Diego Valadés

© Por características tipográficas y de diseño editorial
MIGUEL ÁNGEL PORRÚA, librero-editor

Derechos reservados conforme a la ley

ISBN 978-607-401-763-2 OBRA COMPLETA
ISBN 978-607-401-765-6 VOLUMEN II

Queda prohibida la reproducción parcial o total, directa o indirecta del contenido de la presente obra, sin contar previamente con la autorización expresa y por escrito de GEMAPORRÚA, en términos de lo así previsto por la *Ley Federal del Derecho de Autor* y, en su caso, por los tratados internacionales aplicables.

IMPRESO EN MÉXICO



PRINTED IN MEXICO

LIBRO IMPRESO SOBRE PAPEL DE FABRICACIÓN ECOLÓGICA CON BULK A 80 GRAMOS

www.maporrúa.com.mx

Amargura 4, San Ángel, Álvaro Obregón, 01000 México, D.F.



El criminal Victoriano Huerta se adueña del poder. 19 de febrero de 1913.
Grabado de Alfredo Zalce.

Taller de Gráfica Popular, México, 1947

El dipsómano Victoriano Huerta llega al Palacio Nacional y se hace nombrar Presidente de la República. Colaboran con él: José María Lozano, Querido Moheno, Nemesio García Naranjo, Olaguíbel y otros intelectuales reaccionarios. Por fortuna, la usurpación es derrotada en algunos meses, debido a que el pueblo mexicano se levantó en armas para encarrilar nuevamente al país por senderos constitucionales.

de la **Historia general** **Revolución Mexicana**

La violencia como sistema

Alto en la guerra civil

La violencia como sistema



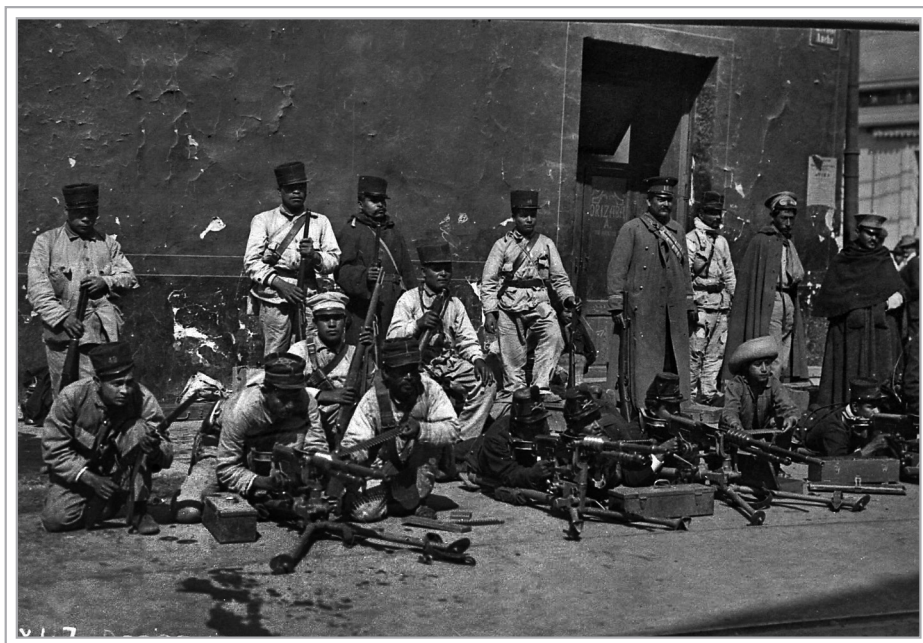
La antiautoridad

LA VIOLENCIA COMO SISTEMA

Si no la Ciudad de México, donde el hilo de los sucesos que precedieron la subversión del orden y el asesinato de Francisco I. Madero y José María Pino Suárez, formó una urdimbre enmarañada, cruenta y criminal, pero de todas maneras explicable, sí la República quedó estupefacta con la tragedia del 22 de febrero.

Sin más guía que la conciencia, puesto que Madero no tuvo tiempo para hacer y determinar la herencia a las personas individuales, como proceden los caudillos de los partidos políticos, el país, a partir del momento de conocer la suerte del presidente y vicepresidente de México, no poseyó más arma ni más palabra, para repugnar el acontecimiento, que una interjección: *¡Crimen!*

La voz significaba asombro y dolor. También revelaba un amenazante estado de ánimo. El hecho de hablar de crimen, quería decir que quienes ejercían la autoridad eran criminales; y lo mismo advertía que el alma de la paz estaba convertida en alma de la violencia. Ésta, porque el país estaba seguro de que a la autoridad del general Victoriano Huerta no le quedaba otro camino, después de haber transgredido todas las leyes naturales y positivas, que el camino de la violencia. Y para aquella autoridad suprema, ganada por Huerta a fuerza de armas, no se le presentaba otro medio de vivir que el uso de todos los medios atropellados.



Soldados en descanso durante la Decena Trágica

Además, el fondo de la contrarrevolución era el establecimiento de un gobierno a semejanza del porfirista; y como el vulgo atribuía el triunfo de los 30 años precisamente a la función violenta de la autoridad, los adalides de la Ciudadela, primero; los del huertismo, después veían con extremada naturalidad y como cosa necesaria, la aplicación de todo el rigor autoritario, de manera que la República sintiera sobre ella la amenaza del castigo. La idea, pues, de gobernar castigando, que se atribuyó siempre al general Porfirio Díaz, era el meollo de los soldados y civiles victoriosos en la Ciudad de México.

La fórmula, sin embargo, era tan falsa como peligrosa; más esto último que lo primero. Y peligrosa, porque si creía que con ella no había sujeto que se atreviese a promover la lucha contra la autoridad, la realidad era que la autoridad fijaba una competición de la



Armamento en la Ciudadela, febrero de 1913

violencia entre el Estado y la sociedad. Y tal caracterizó el sentimiento del pueblo de México, en seguida del pasmo que produjo la tragedia del 22 de febrero. La idea de una paz contestada con la paz, desapareció vertiginosamente del pensamiento nacional; y ahora, a la violencia autoritaria iba a contestar la violencia popular.

No correspondía a la gente del pueblo el surgimiento de tal mentalidad. Tratábase de un caso fortuito inspirado por las destrucciones ocasionadas por la subversión dentro de la ley y las instituciones nacionales. La violencia no emanaba de la gente del común, sino de la gente que se suponía ser el vigilante de las instituciones y la ley.

Así, los individuos que anteriormente consideraban la paz, no como un fruto del porfirismo, sino como un producto del desarrollo lógico, voluntario y ambiciosa de la sociedad, llegaron a la conclusión mental y práctica de que la violencia era un instrumento para lograr un fin. Si Huerta lo había hecho así, ¿quién o quiénes podían detener a los que ahora veían en el desarrollo de los ímpetus y la fuerza, como quien ejecuta un modo regular y racional de la vida de México?

La creencia, pues, de Huerta y del huertismo de que desaparecidos Madero y Pino Suárez, y bajo la amenaza del terror de Estado, el pueblo de México continuaría quieto, era tan falsa como la de que la República no tendría nuevos caudillos para encauzar la violencia popular contra la violencia de la autoridad.

Este antecedente de la mentalidad, creado por los impulsos y la pólvora, sirvió a la formación de un sistema de violencia que pronto se generalizó en la nación; ahora que por medio de este sistema iban a ser resueltos los problemas más importantes de México; el del orden popular, como consecuencia del anterior.

De la violencia sistematizada se originaría otro fruto: el de una segunda guerra civil; porque entre violencia y violencia, la sola presencia de un caudillo, aunque éste no tuviese arraigo popular ni significara una bandera de elevados ideales, sería bastante para llevar a los mexicanos a los choques de armas.

La pérdida del temor a la violencia, seguida de la organización manifiesta de la violencia, constituyó el preliminar de un vasto conflicto intestino. Al idealizado alzamiento de 1910, durante el cual el uso de la fuerza fue circunstancial, continuaría en 1913, un encuentro dentro del cual, ni la sangre ni los intereses tendrían medida alguna. La vida de México sería otra a partir de entonces. El natural estado del país quedaría bajo el sino de lo arrebatado e impetuoso. Las consideraciones y respetos que un mexicano merecía de otro mexicano; una aldea de otra aldea; una ciudad de otra ciudad, quedarían sustituidas por el genio de la ira mezclado con el genio de lo creador.

EL ALMA DE LA VENGANZA

Formado el ambiente de la venganza; perdido el miedo a los impulsos; llevado el país a una nueva temperie moral, y suplantada, como consecuencia del abuso de la fuerza y la autoridad, la razón por los impulsos, era necesario conocer cuál sería la idea principal que animase e iluminase la violencia, puesto que ésta, con ser ciega y pasional, casi siempre requiere un móvil para su ejercicio; y sobre todo para un ejercicio conducente.

En el cielo de México continuaban brillando indeleblemente, aunque anémicas, las palabras de *libertad* y *democracia*. La voz de Madero seguía señalando el rumbo del mundo popular. La figura del presidente asesinado permanecía como la más amada. Sin embargo, después de las aparentes frustraciones de Madero, de la democracia y la libertad, el pueblo se sentía cohibido para invocar tales nombres.

Todavía atónito, como quien no puede comprender las tantas desgracias que le circundan ni las otras tantas que le amenazan, el pueblo sólo sentía esa condición anhelante y desesperante que se mueve dentro del ser, que ya sin calcular los males que para él y sus semejantes puede acarrear una lucha atropellada y por lo mismo

no exenta de lo cruento, está dispuesto a todos los sacrificios. La idea, pues, de existir, era ahora secundaria para los mexicanos. Si un presidente constitucional había perdido la vida, ¿qué más daba el naufragio de los modestos ciudadanos, y especialmente de la gente rural siempre en peligro de las amenazas naturales?

Los hombres ya no necesitaban la invitación a la violencia. El carácter firme y definido que se requirió a los revolucionarios de 1910, para que tomaran las armas, ahora estaba vulgarizado; correspondía a lo común y corriente. La cuartelada y la sangre fría acompañada del cinismo para quitar la vida a un presidente tenían congestionadas las arterias humanas, de manera que todo estaba dispuesto para un periodo de violentaciones, y que éstas saliesen del grupo político que representaba al poder ganado a fuerza de armas, ya que tales proviniesen de la gente del común que sin saber qué hacer comprendía lo que era indispensable hacer.

Pero no sólo la violencia sistematizada era pasto de la gente del común; ahora crecía el alma de la venganza. Tan brutal fue lo sucedido la noche del 22 de febrero, que en los caracteres individuales de México surgía la brutalidad; y la brutalidad ungida al más desordenado de todos los sentimientos: a aquel que manda satisfacer por propia mano los agravios recibidos. Y la República estaba cierta del agravio hecho por Huerta y los huertistas al perpetrar el crimen de febrero.

El mundo popular, no podía contenerse a la sola idea de que Huerta era el dueño del poder principal de la autoridad, debido al crimen; y por lo mismo, ese mundo popular quería cobrar tan trágico suceso a cualquier precio. Ya no eran, pues, la libertad y la democracia lo que entusiasmaba a la gente, para tomar las armas. En esta vez, el alma de la venganza movía a la gran masa rural mexicana, de manera que todos los ensayos que hacían los intelectuales y jurisconsultos que circundaban y aconsejaban al general Huerta, para disfrazar de constitucional lo que era producto del apetito, la

violencia y el crimen, resultaban estériles. México estaba cierto de que sus legítimos gobernantes habían sido asesinados.

Sólo la gente acomodada, ora por la necesidad de cuidar sus intereses, ora bajo la amenaza del huertismo, ora porque creía en los beneficios de la restauración, concurría a manifestarse partidaria de Huerta y por lo mismo a excluir a éste del delito cometido el 22 de febrero. De tal suerte, esa misma gente acomodada suscribía memoriales de felicitación y admiración al victorioso Huerta.

Esto último, sobre todo, servía para hacer hervir más y más el alma negativa; y no sólo los viejos maderistas, sino las personas con sentimientos humanos y contrarias a los sistemas de violencia, buscaban en el horizonte el cómo realizar la venganza. El agravio no lo cometieron Huerta y sus consejeros a un mero partido, antes bien a una nación, que si a la sombra de la libertad y la democracia había asistido a no pocos desórdenes, tenía sembrada muy profundamente la creencia de que esos males eran fortuitos y por lo mismo capaces de tener remedio en días no lejanos.

Nada de esto veían, ni poseían capacidad para verlo los colaboradores del general Huerta. El amor a los ministerios y jefaturas de sección había puesto una venda a los ojos de los funcionarios, políticos y soldados del huertismo. Éste, por otra parte, creía haber encontrado la panacea de la paz y del progreso en el desarrollo y sostenimiento de la fuerza militar. Ellos, los que mucho censuraron a Madero, sólo consideraban la utilidad de la pólvora y de las espadas. Ignoraban el espíritu de ambición creado y distinguido dentro de los mexicanos con la primera guerra civil. Desconocían el vigor del alma de la venganza, que echaba más y más raíces en el país conforme avanzaban los días y con ello aumentaba la repugnancia hacia quienes habían asesinado, para darse la satisfacción de tener el mando y gobierno de la República.

Tales estados de ánimo: el de la violencia, primero; el de la venganza, después, constituían las columnas de una nueva guerra civil;



Victoriano Huerta y su gabinete; sentados, de izquierda a derecha: Francisco León de la Bama, Victoriano Huerta, Alberto García Granados. De pie: Rodolfo Reyes, Tomibio Esquivel Obregón, Manuel Mondragon, Jorge Vera Estañol y Alberto Robles Gil

y esto, a pesar de que el horizonte de la Revolución estaba oscurecido y la continuidad de lo constitucional no tenía trazas de ser reconstruida. La desarticulación de la continuidad constitucional podía tenerse como la única medida virtuosa dictada a Huerta por los senadores y políticos intelectuales del porfirismo.

LA CONTINUIDAD CONSTITUCIONAL

Hechas las renunciaciones de Madero y Pino Suárez a fuerza de armas, asesinados el presidente y vicepresidente y tomado violentamente el poder político de México por el general Victoriano Huerta, éste, de acuerdo con sus consejeros civiles, procuró dar a su hazaña todos los visos, pero sólo los visos, una “nueva” constitucionalidad.

Al efecto, desaparecidos los dos gobernantes principales; atemorizado y nulificado dentro de su pequeñez política el poder de la Suprema Corte de Justicia; suprimida de una plumada la vicepresidencia de la República y entregada la Secretaría de Relaciones a un hombre inocuo, todas las bases para que pudiese ser levantada la bandera de la legalidad estaban destruidas. Los huertistas se consideraban seguros de que la paz nacional no sería amenazada por el espíritu juarista. No existía, pues, punto de partida, para que emergiera un Benito Juárez del siglo xx. Los jurisconsultos y leguleyos de la subversión estaban orgullosos de su tarea y el cielo parecía iluminado para que ellos, los jóvenes del porfirismo, disfrutaran de los gajes que, no tanto para su edad, cuanto por la desconfianza que les había tenido el general Porfirio Díaz, no les concediera éste. Por algo, aquella pléyade del trasporfirismo ensalzaba a Huerta y le daba títulos de tanta o más dignidad de los que se otorgaron al viejo general Díaz.

Olvidaron, sin embargo, los talentos e inspiradores del huertismo, que cualquier ciudadano mexicano, de acuerdo con los preceptos de la carta magna, podía reclamar y realizar la continuidad cons-

titucional, probado que fuese, cómo y cuándo la ley de la República había sido violada y desde cuándo y cómo los mexicanos no poseían los goces a los cuales daba crédito la ley. Y este olvido se debió, principalmente al hecho de que seguía creyendo, que no existían aptitudes civiles y políticas en México capaces de dar cuerpo y talento un nuevo caudillo nacional. Para aquellos hombres, desacostumbrados a pensar en los verdaderos conflictos patrios, parecía como si después del general Porfirio Díaz la tierra, la gente y las ideas de México estuviesen desfloradas.

Sin embargo, como ya se ha dicho, si Madero no poseyó el suficiente material humano para sustituir, en seguida de la paz firmada en Ciudad Juárez, a los hombres del porfirismo en todos los empleos y funciones centrales, ya de carácter administrativo, ya de ejercicio militar, ya de orden político, y por lo mismo tuvo que mantener a su lado, no por creer en su lealtad, sino en su eficiencia, a hombres del gobierno caído, para realizar la transformación que exigía moralmente una Revolución, sí pudo llevar la insignia manifiesta de sus promesas renovadas a los gobiernos de los estados. Y esto, sin representaciones de fuerza ni violaciones a los preceptos electorales; porque si en algunos estados, el partido maderista cometió irregularidades en los comicios durante el año de 1912, ello no obedeció a un plan preconcebido por el presidente Madero, sino a hechos casuales, originados en novatadas políticas.

De esta manera, es posible establecer que la mayor parte de los gobernadores fueron elegidos libremente en 1912, y que tal elección favoreció a los candidatos del partido maderista. El acontecimiento advirtió a quienes conocían la realidad de la política nacional, que el poder político de la Ciudad de México había pasado a ser una mera ficción y que, por lo tanto, la promoción rústica, hecha para cambiar la faz de una discriminada población y constituir la estabilidad rural mexicana, rendía satisfacción y efectividad.

Por todo eso, si Huerta y el huertismo borraron con sangre la era constitucional, de forma que aparentemente quedaba exterminada la herencia de los verdaderos abanderados de la Constitución y la Revolución, no por ello liquidaron el fondo de la constitucionalidad erguida por Madero y seguida por el pueblo rural.

No podrá decirse, puesto que no hay documento en apoyo de la aseveración, que el pueblo de México sabía qué era la constitucionalidad. La Constitución, en los días que estudiamos, no era más que un elegante aparato que servía a la geografía política, pero de ninguna manera a la vida y sustancias del pueblo mexicano; pero sustituía al vocablo de *constitucionalidad*, la voz de *legalidad*. El pueblo más pobre y abandonado de México correspondía a la lucha por la legalidad, puesto que intuitivamente trataba de hacer de lo legal, el meollo *de* su propiedad, de su trabajo, de su producción y de su vida general.

Afirmar, pues, que la autoridad de Huerta era ilegal y que por lo tanto era necesario luchar por la legalidad, si no tan conmovedor como los vocablos de *libertad* y *democracia*, sí poseía el suficiente valimiento para mover el alma de la gente más rústica y paupérrima del país.

Mas no bastaba el concepto, ora jurídico, ora popular de lo legal para detraer y derrotar a Huerta y al huertismo. Lo que en aquellos días se requería era un caudillo; y como no solamente uno, antes bien, varios eran los que Madero tenía en formación dentro de los gobiernos de los estados, fue en éstos donde se incubó, una vez más, la idea juarista de la constitucionalidad; la idea rural de la legalidad. Juárez llevando a la mano el texto y cumplimiento de la Constitución, y yendo con tan preciado libro al norte y al sur, al oriente y al poniente de la República, era la escuela trascendental y vigente: el ejemplo vivo que se quería imitar como prolongación de una victoria que dictó las formas de nacionalidad a la patria mexicana.

Así, la imagen y pensamiento de Juárez tocando al corazón de la clase selecta de la Revolución, unidas a la idea y acción de la violencia y venganza que se anidaban en el alma del pueblo rural, resolvieron el cómo hacer lo que la República consideraba deber y derecho por hacer.

Un paso más, bien para dar altura a un caudillo de la Constitución, bien para fortalecer el espíritu de la Revolución dentro de las masas populares, bastaría para desenvolver un estado de cosas que nunca previeron los líderes de la cuartelada ni los directores de la contrarrevolución.

El tema de la legalidad, hecho constitucionalismo en manifestaciones de *élite* revolucionaria: gobierno constitucional; Ejército Constitucionalista; castigo de la Constitución, daría a México una época más redundante que la del porfirismo; más concluyente que la del propio Benito Juárez, puesto que el calor de la legalidad llegó, en esta ocasión, a la mayor profundidad de la intuición popular, cuya fue la mentalidad que sufrió grandes transformaciones al contacto de una legalidad positiva que los tiempos y los hombres llamaron *justicia social*.

LA AUTOTITULACIÓN DE HUERTA

Bien comprendió el general Victoriano Huerta, que tanto para dilatar su autoridad, como a fin de garantizar una paz nacional, no bastaba el apoyo del Ejército. Requeríase la colaboración de los gobernadores; de la máquina política y administrativa que éstos dirigían. También se necesitaba cuando menos de una neutralidad de los jefes armados del maderismo; y a ambos fines, y como si los acontecimientos en la Ciudad de México no hubieran tenido gravedad e importancia y por lo mismo no merecieron justificación, se dirigió Huerta. Al efecto, admitiendo con responsabilidad personal, tener presos al presidente y vicepresidente y diciéndose autorizado por el



General Victoriano Huerta

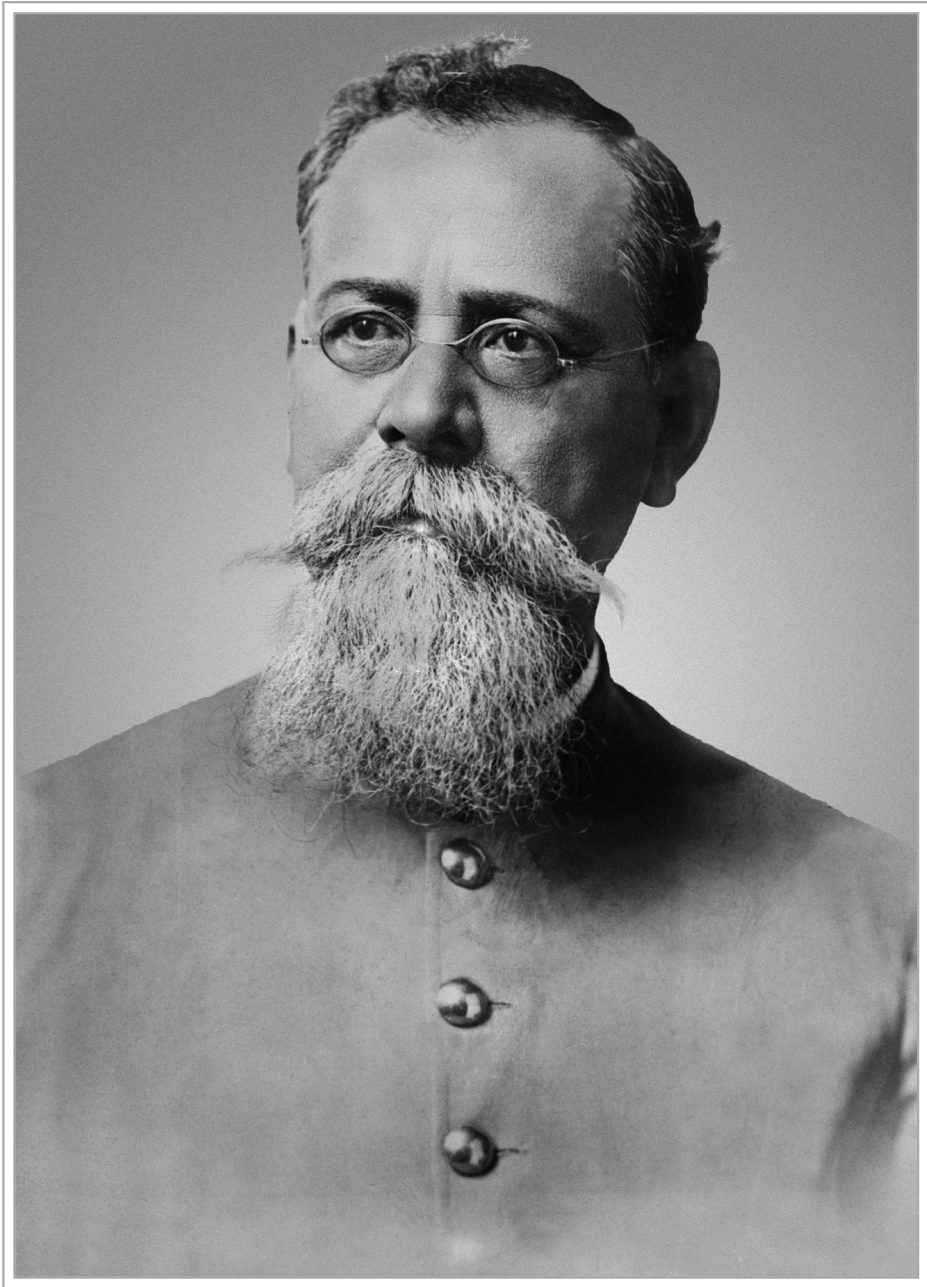
Senado, puesto que los prohombres de este cuerpo habían sido los directores intelectuales de la sedición, Huerta se dirigió a las autoridades locales (18 de febrero) en los términos de quien ha recibido el poder pacífica y legalmente, dando la idea de que los gobernadores no estaban en aptitud de negar la constitucionalidad del nuevo mando federal. Y, en efecto, jurídicamente, como ya se ha dicho, el huertismo había destrucado la posibilidad de una reivindicación constitucional. Mas esto no tenía el mismo valimiento moral que político. Así, una voz y una acción de cualquiera autoridad local en la República, era capacidad suficiente para desconocer la autotitulación de Huerta y coger de esta manera la bandera de la constitucionalidad.

No todos los gobernadores estaban catalogados como miembros del partido maderista caído; pero era evidente que, llegados al poder como consecuencia del triunfo de la Revolución, sus simpatías podían ser fácilmente identificadas. Además, elegidos, legalmente, eran por tal naturaleza fieles representantes de la constitucionalidad.

Los gobernadores, bajo la vigilancia de los comandantes militares, estaban obligados de hecho a reconocer a Huerta como Jefe del Estado nacional o, de otra manera, tenían que abandonar su posición y por lo mismo entregarse prisioneros a los jefes del Ejército.

De esta vigilancia y fuerza militar sobre los gobernadores, estaba excluido circunstancialmente el de Coahuila, Venustiano Carranza; y gozaba también de una mediana independencia, el de Sonora, José María Maytorena, pues a excepción de las guarniciones federales en Guaymas y Torin, y de los destacamentos en las poblaciones fronterizas con Estados Unidos, la mayor parte del estado se hallaba sin la amenaza del Ejército; y en algunos lugares, bajo los designios de fuerzas irregulares de filiación maderista, que obedecían el mando del gobernador Maytorena.

Gozando, pues, de la ventaja que otros gobernadores no disfrutaban, Carranza, viva y resueltamente apoyado por el Congreso del estado, procedió a poner en duda la autoridad legal de Huerta; y al



Gobernador de Coahuila, Venustiano Carranza

efecto, se dirigió a la legislatura local (19 de febrero) transcribiéndole el mensaje, en el que Huerta comunicaba ser presidente de la República y haciendo consideraciones de juicio reposado y responsabilidad constitucional de las cuales se deducía que Huerta estaba usurpando el poder presidencial. No contenía la nota sustancia jurídica, pero sí meollo político, negando que el Senado tuviese facultades para nombrar presidente.

Por todo eso, el gobernador Carranza, con pie en la democracia, consultaba a la diputación coahuilense el camino a seguir, puesto que la vida orgánica del país estaba quebrantada.

No demoró el Congreso de Coahuila su resolución. El mismo día 19, expidió un decreto desconociendo al general Huerta, “en su carácter de jefe del Poder Ejecutivo” de la nación y otorgando facultades extraordinarias al gobernador del estado a fin de que procediera a armar fuerzas, “para coadyuvar al sostenimiento del orden constitucional en la República”; de todo lo cual se originó una autoridad nacional, que sin poseer la ascendencia federal constitucional directa, quedaba investida de tal, por resolución de un Congreso local elegido legalmente, y por lo tanto libre y soberano para decretar lo conveniente para el bienestar y seguridad de la nación mexicana.

Con esa doble autoridad que le otorgaba el Congreso, Carranza no vaciló en levantar la bandera de la legalidad, y el 20 de febrero (1913) se dirigió telegráficamente a todos los gobernadores, comunicándoles la resolución de la legislatura, e invitándoles a la defensa y recuperación de la constitucionalidad perdida como consecuencia de la cuartelada.

Aunque sin estar de cerca amenazado por las fuerzas federales, como se hallaban otros gobernadores maderistas, Carranza procedió con tanto carácter, resolución y patriotismo, que eso fue suficiente para que el país, lesionado en su cuerpo y en su alma por el crimen de Huerta, le diera el bien merecido nombre de caudillo.

La empresa de Carranza, si no era tan osada como la de Madero en 1910, era muy valerosa y excepcional; porque si de un lado, en el día de la resolución localista, no se ofrecía posibilidad de triunfo sobre los soldados de Huerta; de otro lado, no existía otra fórmula para recuperar la dignidad de México y rehabilitar el nombre, posición y constitucionalidad de la nación, que la guerra. Pocas veces un país pudo considerar, como en febrero de 1913, que la violencia era el medio capaz de rehacer el crédito de su República.

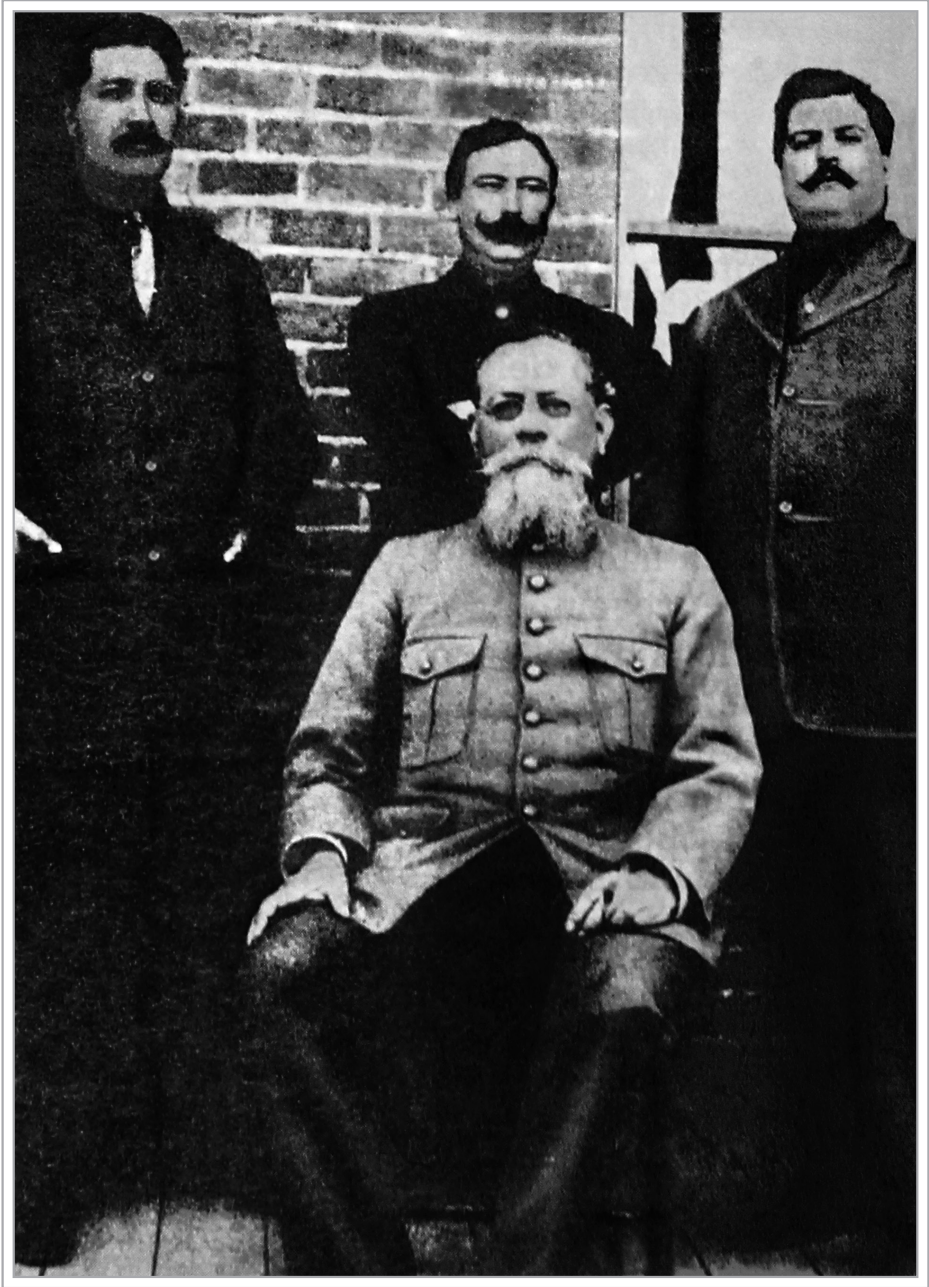
Y, en realidad, la resolución coahuilense, seguida de la firmeza del gobernador no significaba otra cosa que los preliminares de una segunda guerra civil. Y el pueblo de México, excitado por pasiones tan vigorosas como son la violencia y la venganza, estaba de hecho entregado al pensamiento de la guerra. Era un infortunio que los mexicanos volvieran las armas contra sí mismos, pero aquellos apetitos tan bastardos como antipatrióticos de los senadores que habían movido a la clase castrense, reunían en sí toda la responsabilidad de la catástrofe que se avecinaba.

Colocada dentro de las mediciones más exactas la responsabilidad de la grey civil contrarrevolucionaria y la francomasonería militar porfiriana, no será posible determinar cuál de tales partes cometió mayor delito trastornando el orden, quebrantando las leyes de la moral política y violando los preceptos de la Constitución.

LA PERSONALIDAD DE CARRANZA

Era Venustiano Carranza hombre de mucha integridad personal, como de elevada probidad política. Poseía entre sus muchas cualidades, aptitudes de mando y gobierno; también, arrestos militares. Tantos así, que Madero no dudó en nombrarle ministro de la Guerra en el gabinete revolucionario de 1911.

Sin embargo, no le venían a Carranza, de esos días de la *Casa de Adobe o Gris* ni de Ciudad Juárez, los arrojos de soldado; pues



Venustiano Carranza, E. Barrera, José Zertuche y Adrián Aguirre Benavides

años antes de la Revolución y con motivo de una frustrada tentativa sediciosa (1893), mediante la cual se pretendió que el gobierno del general Porfirio Díaz permitiera en el estado de Coahuila la libre elección de alcaldes municipales y de gobernador, Carranza se distinguió como organizador y caudillo de esa causa libertadora que tuvo visos de alzamiento popular.

Poseía asimismo Carranza una vasta experiencia en asuntos políticos y administrativos, así como en el trato de los hombres y adalides de la política; porque aparte de sus empleos de diputado y senador, no sólo había conocido el alma ambiciosa o rutinaria de individuos prominentes del régimen porfirista, sino que dentro de la organización oficial logró, no como partidario del general Díaz, antes como ciudadano intachable, una posición de alto decoro y limpia independencia, que le hizo acreedor a señalado respeto; respeto del propio don Porfirio, quien le tenía por enemigo en quien debían de cuidarse y colegir muchas virtudes.

Había también en Carranza un culto preciso e inquebrantable a la ley. Admiraba a Benito Juárez no sólo por tradición liberal, sino por el significado que Juárez tenía como obsecuente servidor de la Constitución e invariable *señor* del principio de autoridad. Y tanto, en efecto, era el apego de Carranza a la ley, que no obstante sus discrepancias con el régimen porfirista, llevó, por respeto a las leyes orgánicas de la República, su situación personal al través de tal régimen, con tanta decencia y entereza que su persona y su proceder correspondieron al reconocimiento universal.

Madero que era tan escrupuloso y exigente hacia los líderes políticos, le consideró, en 1908, con todas las aptitudes necesarias para gobernador del estado de Coahuila; ahora que en esos días, el país vivía bajo un sistema de gobierno que era muy contrario a admitir y utilizar las virtudes cívicas de los hombres, y, por lo mismo, la voz popular dictada en favor de Carranza se extinguió fácilmente, y en la apariencia —sólo en la apariencia— siempre injusta y prematura,

C. Cienegas Julio 27 de 1910

Ch

Juan^{co} F. Madero
J. Luis Polanco

Muy estimado amigo:

Con gusto he visto en la Prensa que ha obtenido Ud en libertad bajo caucion.iento que unicamente asi la obtuviera Ud, porque temo que dejen dormir el juicio independiente, para tener a Ud pendiente con la justicia. Ojala y se realice mi temor, y que muy pronto este Ud en absoluta libertad

Favor de hacer presente al Sr. Estrada la satisfaccion que me ha causado saber que obtiene tambien su libertad

Quedo de Ud como siempre amigo apm
Carranza

Carranza pasó a ser catalogado como uno de los tantos sujetos sumisos al régimen porfirista.

Tal idea, ajena a la realidad, no puso obstáculos para que Carranza se presentara, entre los primeros, al lado de los maderistas que constituyeron la junta revolucionaria de San Antonio; y aunque silencioso, y un poco apartadizo, concurrió al nacimiento de la Revolución, y sin ser de los amigos precisos de Madero, había entre ambos, en 1913, firme entendimiento; pues así como éste otorgaba al gobernador de Coahuila el crédito de la Federación a fin de que organizara las guardias rurales coahuilenses, así Carranza advertía al presidente, con mucha gravedad y entereza, las amenazas que para la paz nacional se dibujaban en el cielo de México, con caracteres legibles y concretos.

En esto, más que clarividencia había en Carranza una admirable tenacidad observadora —la tenacidad del hombre que rinde culto al principio de autoridad—, y con tal tenacidad vencía la adustez de su rostro y la prosopopeya porfiriana que en él tenía el aspecto de ser innata.

Por otra parte, Carranza no era ilusivo, ni partidario de lo novedoso, ni correspondía a la clase de líderes que despiertan la pasión popular y se hacen seguir en un partido único compacto; mas esto lo sustituía Carranza con su porte varonil y la majestad que daba a sus órdenes; y si tales no eran de aquellas que le salvaban de las enemistades, podría afirmarse que llevaban en sí tanta convicción y conocimiento de las realidades, que el hecho de que su figura se convirtiese en el portaestandarte de la Constitución, bastaba para poner en duda la perdurabilidad de la autoridad que Huerta se había dado a sí propio.

LOS PROBLEMAS DEL HUERTISMO

Carranza, debemos repetir, entreviendo las amenazas que se cernían sobre el poder político de la República y la paz nacional, hizo llegar

a Madero, como queda dicho, sus observaciones y advertencias; y si éste no las cumplimentó, no se debió a desdén ni a enojo con su colaborador, antes a dos motivos públicos y explicables. Uno, el de los numerosos problemas que atosigaron simultánea y fuertemente al gobierno federal desde el segundo semestre de 1912, y que no era posible resolver con apresuramiento como lo demandaban la murmuración y la conspiración. Otro, a la esperanza que tenía Madero de detener cualquier intento subversivo hasta no reorganizar el Ejército nacional, abasteciéndolo de armas y municiones y abriendo un nuevo cauce tanto al sistema de reclutamiento, como a la proyecta de servicio obligatorio. Y todo esto, que Madero preparaba con señalado programa y mucha diligencia, puesto que no desconocía el avance de las fuerzas contrarias, esperaba el presidente terminarlo para diciembre de 1913, es decir, al cumplir el segundo año de presidenciado.

Mientras tanto, atendiendo a las prudentes demandas de Carranza, Madero ordenó que la Tesorería de la Federación proveyera al gobierno coahuilense de los fondos limitados, pero convenientes, para iniciar la organización de una guardia nacional que debería tener sus raíces en el estado de Coahuila.

Carranza, pues estaba en espera de los ofrecimientos del gobierno de Madero, y si los proyectos no caminaban más de prisa, se debía no tanto a la fatigas del erario nacional, cuanto a que el gobernador de Coahuila, un tanto retraído y poco comunicativo, estaba fuera del círculo afectivo y asesorante de Madero y del partido de la Revolución, con lo cual daba la impresión de que todos sus planes obedecían a un conjunto de ideas y ambiciones personales, y por lo mismo no faltaron exteriorizaciones de una política carrancista que superficialmente pudo ser considerada como antagónica a la del presidente Madero.

Más esta situación, que nunca hizo dudar a Carranza de su amor al principio de autoridad y de su obediencia a los preceptos constitucionales, iba a cargar ahora sobre las espaldas de Victoriano Huerta;

y la carga sería tan pesada y determinante para el huertismo que los primeros triunfos de éste, inclusive el de una aparente continuidad constitucional, quedarían empañados bien pronto.

En efecto, a pesar de los vistos de constitucionalidad que los políticos dieran a la victoria de Huerta, éste no era el presidente constitucional, puesto que no llegó al poder por voluntad general expresada directa o indirectamente, y sólo representaba la audacia de una facción —ni siquiera de un partido, sino de un grupo osado y turbulento.

No desconocía Huerta su origen ni su situación; y aunque lo primero no tenía remedio, en cambio se propuso arreglar lo segundo, empezando por dotar a su gobierno de todas las facultades e instrumentos posibles para hacerlo temerario, ya que ésta era la fórmula obligada a su mentalidad, a su ignorancia acerca de la vida civil y a las circunstancias que ofrecían las condiciones domésticas de los estados y la índole del criterio popular.

Huerta creía que mediante la presentación de un aparato de fuerza, se sucedería una situación semejante a la del triunfo tuxtepecano de 1876, que abrió las puertas de los 30 años al gobierno del general Porfirio Díaz. Para tal creencia, Huerta se guiaba por su mentalidad disciplinada a par de abyecta y no por el conocimiento de las gentes, leyes e instituciones de la República.

Pero lo más extraordinario era que sus colaboradores, casi todos civiles y medianamente ilustrados, veían las cosas al través del mismo cristal. Esto, como es natural, daba más confianza a Huerta, haciéndole caer en la idea de que al fin, él, ignorante y ajeno a la vida civil, había captado la naturaleza política, moral y militar de México.

En lo único que Huerta sentía debilidad era en el ramo de las rentas públicas; pero, apenas conoció la verdad sobre los recursos monetarios de los que podía echar mano, se entregó a los proyectos de su ministro Toribio Esquivel Obregón a quien se tenía por un hábil

hacendista; y éste, a pesar de lo mucho que había censurado la política de crédito exterior llevada por José Yves Limantour durante el régimen porfirista, no halló otro camino que el de los empréstitos, y apoyado por Huerta solicitó del Congreso autorización para contratar en el extranjero un préstamo de 100 millones de pesos.

Huerta, no obstante el empréstito, no iba a obtener provecho efectivo de cuantía, porque si de un lado estaba obligado a aceptar las condiciones, todas desventajosas para México, que establecían los bancos europeos; de otro lado, sólo entre saldos y conversiones de deudas anteriores, y pagos por daños causados por la Revolución, que como principio de tratos exigían los financieros de Europa, se mermaba el 70 por ciento del empréstito.

Si Huerta, pues, anidaba sus esperanzas financieras y hacendarias en un empréstito titubeante y comprometido, el fundamento político de su autoridad nacional lo apoyaba en poder desmadejar, ya violentamente, ya pacíficamente, la red de gobernadores maderistas, para proceder a sustituir a éstos con jefes militares o bien con civiles reconocidos franca y abiertamente como partidarios no sólo del golpe de febrero, sino también del propio Huerta. Y todo esto se consideraba al través de la prensa periódica como el comienzo de una segunda época de los 30 años.

Para la realidad que presentaba la República a esas horas de huertismo, las autoridades locales tenían una posición secundaria. Ahora, el país enderezaba todos sus actos contra la autoridad personal de Huerta, sobre todo después de la inauguración de la temporada del terror de Estado, iniciada con el fusilamiento de Abraham González, gobernador del estado de Chihuahua, hombre tan honesto como diligente, y con el crimen perpetrado dentro de la cárcel de Belén, en la Ciudad de México, en la persona del jefe maderista Gabriel Hernández.

La violencia, pues, empezaba a estar en todas partes. Tres ministros de la Suprema Corte de Justicia que hicieron insinuaciones sobre

la necesidad de mantener el espíritu de la legalidad, fueron excluidos del Tribunal, mientras que los funcionarios públicos eran obligados a hacer declaraciones de adhesión plena al huertismo, aparte de quedar comprometidos para tomar las armas y ser soldados del ejército irregular que a toda prisa trataba de organizar Huerta.

La única resistencia de carácter político que Huerta halló en sus primeros seis meses de autoridad, fue la que empezó a oponerle el general Félix Díaz; también el reyismo. Díaz, al efecto, más que por su mera ambición personal, esperaba pacientemente que Huerta diese alguna prueba de su disposición para cumplir con el pacto hecho en febrero con el propio Félix Díaz y Mondragón; pacto conforme al cual, después de seis meses de llamado "interinato", se efectuarían elecciones nacionales a fin de elegir el presidente que se suponía constitucional.

Frente a esta actitud de Díaz, Huerta se mostraba sordo o desdenoso. Su indiferencia hacia Félix Díaz y el grupo felicista crecía y se hacía pública; y aunque no escaseaban los partidarios de Díaz, y éste, dentro de la contrarrevolución, representaba la probidad [*sic*] política, Huerta vigilando todos sus pasos, no le consideraba como amenaza cierta; pero sí estorbo para una política a la porfiriana. Además, para el caso de advertir al brigadier Díaz cuál era su resolución, Huerta, sirviéndose de los diputados José María Lozano y Querido Moheno mandó aplazar las elecciones prometidas, y el Congreso no tuvo inconveniente en corresponder a los proyectos de Huerta.

Lo único que en la realidad preocupaba al general Huerta era la reorganización del Ejército Federal y la seguridad de tener a la mano el material de guerra bastante para armar 400 mil hombres. La exclamación del general Huerta de "¡cueste lo que cueste!", en la que resumía su autoridad, significaba que estaba dispuesto a acudir a todos los medios, por más cruentos, ilegales e irresponsables que éstos fuesen, para someter a los disidentes, castigar a los revolucionarios y violar todas las leyes jurídicas y morales de la nación mexi-

cana. Pocas veces una autoridad había hablado en México con tanto cinismo como lo hizo el general Huerta, creyendo que con lo mismo prolongaba el plan pacifista de don Porfirio, después de considerar que el maderismo sólo había sido un intermedio inocuo.

Al caso, y preparándose para una guerra civil, pues pronto comprendió hasta donde podía llegar la actitud del gobernador Carranza, el general Huerta no se conformó con el arsenal ganado en la Ciudadela, sino que apresuró el embarque de las armas y municiones que el presidente Madero había comprado en España: 10 mil carabinas, 10 millones de cartuchos y 80 ametralladoras.

Gracias a este material bélico llegó Huerta a creerse invencible; y es que mucho era su amor a las armas y cortos sus conocimientos sobre la índole humana. También ignoraba que él, Huerta, con su posición sediciosa y destructora de la legalidad, había creado en el alma del pueblo la esperanza en la violencia, a la cual se agregaba el espíritu de la venganza.

Numerosos eran los problemas que concurrían en torno del huertismo, apenas cumplidos los primeros días del ejercicio autoritario de Huerta, para hacer comprender que no sería por medio de las armas cómo se apaciguara al país ni se consolidara gobierno alguno. Huerta, sin embargo, sólo creía en los cuarteles, desconociendo cuán grande podría ser el poder de la masa rural de México de hallar un hombre que la acaudillara; y en efecto, tal hombre estaba ya dando forma y esencia a una guerra civil fundamentada sobre el principio de dar a las masas de campo una categoría en todos los órdenes de la vida mexicana. El acontecimiento estaba muy lejos de la mentalidad de Huerta y del huertismo.

EL CAMINO DE CARRANZA

La aptitud adoptada por el Congreso de Coahuila y el gobernador Carranza, el 19 de febrero (1913), no produjo preocupación al gene-

ral Huerta ni a sus colaboradores. Poco conocedores de los hombres y creyendo —se insiste— que el reinado del porfirismo había regresado al país en todas sus haces, el huertismo creyó fácil utilizar las viejas y conocidas mañas del general Porfirio Díaz, para detener a Carranza en el camino elegido. Creyóse por lo mismo, que éste regresaría al redil de la autoridad central.

Como consecuencia de esas creencias anacrónicas, en vez de mandar que las fuerzas federales avanzaran violentamente hacia Saltillo y persiguieran a Carranza como rebelde, Huerta se quiso valer de los servicios de personas a quienes consideró aptas para ser escuchadas y atendidas por el gobernador de Coahuila; y entre éstas el cónsul de Estados Unidos en Saltillo.

Carranza no era de los individuos que pisaban una piedra dos veces. Sabía, por el conocimiento de la historia, que una autoridad sin basamento constitucional carecía de asiento para hacerla perdurable. Además, a su paso por el campo político del porfirismo, al que correspondió no por falta de probidad, sino por exigencias imperativas, había aprendido la lección práctica que determinaba cómo dentro cae la ciencia de gobierno, las negociaciones transaccionales al igual de los actos de complacencia oficial, eran siempre en demérito del mando. Advertido, pues, por la experiencia sufrida, lo que significaba el campo de las negociaciones dentro del arte político, Carranza ni siquiera consideró seriamente a los negociadores o supuestos negociadores. La idea juarista sobre la inflexibilidad en las resoluciones que atañían al principio de autoridad, servía de guía a aquel hombre que, dentro de sus propias y peculiares características, estaba la invariabilidad del camino elegida.

Así, sin tener en cuenta la posibilidad de una transacción, que de ninguna manera cabía con quienes usurpaban el poder de la nación, Carranza empezó a prepararse para la guerra. Y el acontecimiento lo calculaba fríamente, sin ignorar los peligros personales y los sacrificios que tendría que hacer el pueblo de México; y como no

era posible comenzar la guerra sin recursos económicos, autorizado por el Congreso local, Carranza decretó un empréstito a particulares por 300 mil pesos; ahora que sólo logró obtener 75 mil, que debería pagar en un plazo de seis meses.

Al mismo tiempo, el gobernador dio dispositivos militares por los que tenía gran afición y casi ninguna experiencia; y como las fuerzas armadas que podía movilizar eran muy reducidas, y estaba temeroso de que Huerta hiciera avanzar sus tropas hasta Saltillo y con lo mismo ahogar el movimiento constitucionalista en su cuna, no dudó en acudir al engaño, haciendo creer a Huerta que deseaba entrar en tratos. También tendió una pequeña red de fintas al general Fernando Trucy Aubert, comandante militar de Torreón, cruzándose, en efecto, entre ambos, mensajes de notoria afectación; ahora que con ello el gobernador ganaba tiempo para concentrar en Avilés los destacamentos de las fuerzas armadas irregulares que eran a las órdenes del comandante Pablo González, veterano del maderismo, hombre valiente y de mucha rectitud, en quien Carranza sentía el primer y firme apoyo para restaurar la Constitución.

Y, en efecto, González era un individuo poco vulgar. Había dejado su comodidad hogareña, en 1911, para unirse a los revolucionarios; pues como lector asiduo de *Regeneración*, el órgano combativo de Flores Magón, se había entregado, con la sencillez del pueblerismo, a la lucha por la conquista de libertades públicas.

Así, al tener noticias de lo acaecido en México, fue de los primeros en hacer presente a Carranza su designio de hacer armas contra Huerta.

Sin esta resolución de González, Carranza no hubiese tenido base sólida para iniciar la restauración constitucional.

También a Avilés, debería concurrir Jesús Carranza, hermano del gobernador, quien con tamaños de soldado tenía organizada una partida de voluntarios y trataba de precipitar los acontecimientos armados. Jesús era agresivo y nunca había perdonado los agravios políticos causados por el régimen porfirista a la familia Carranza.



General Francisco Coss

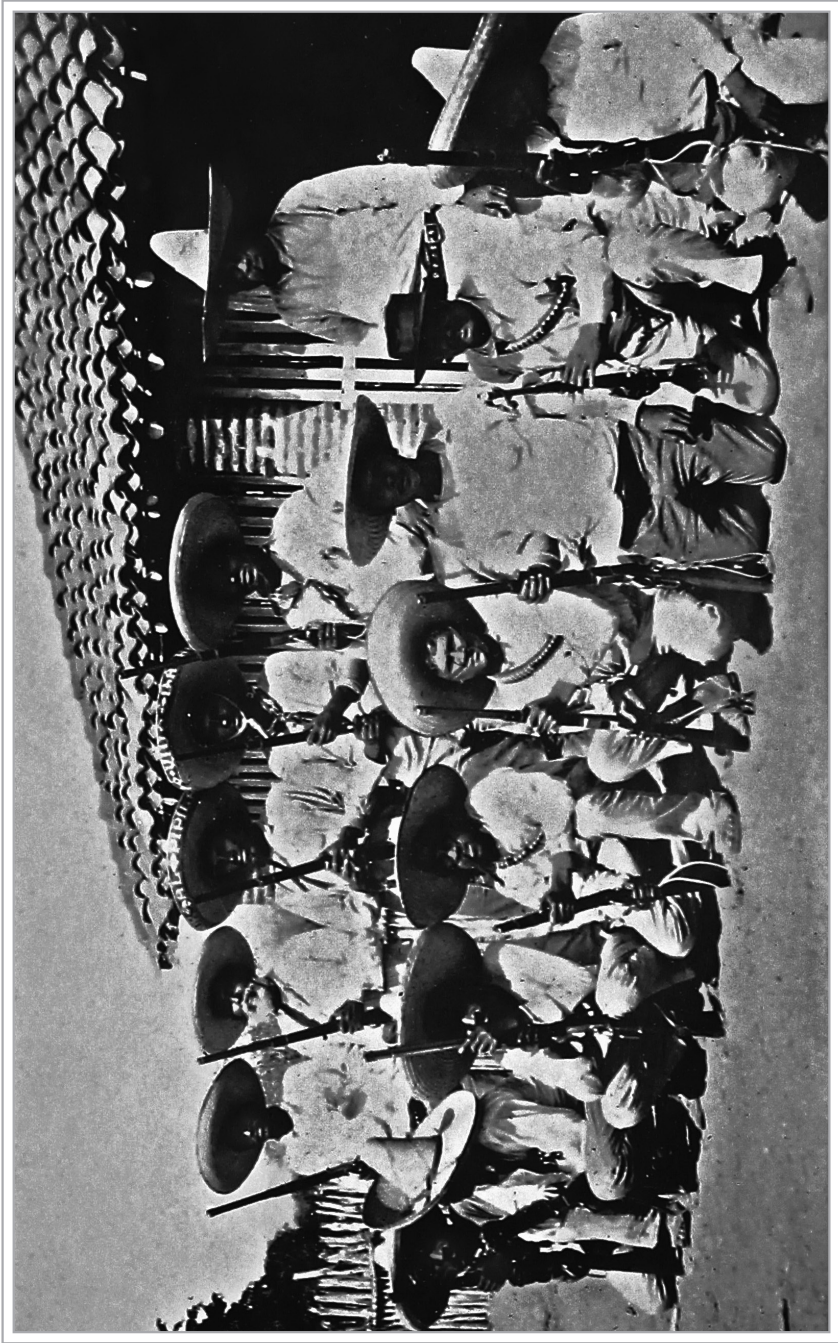
Así, hasta los últimos días de febrero, aunque ya resuelto a coger las armas y la bandera de la constitucionalidad, Carranza jugaba a los engaños, ya con Huerta, ya con los jefes militares, ya con los generales porfiristas Jerónimo Treviño y José Ma. Mier, ya con el cónsul, norteamericano H. W. Holland; y con todo eso, podía estar seguro de que, teniendo a las autoridades huertistas en titubeos, puesto que no sabían si marchar a atacar o tenerlo por posible aliado, acudía al nacimiento de un ejército de la Revolución, fiando para ello no tanto en el número de hombres de los cuerpos irregulares, cuanto en el surgimiento junto con González y Jesús Carranza, de una pléyade de capitanes: Lucio Blanco, Santos Coy, Francisco Coss, Eulalio Gutiérrez, Cesáreo Castro y Francisco Murguía.

Con éstos, en efecto, empezaría una nueva época para México. Los ensueños se apoderarían de los hombres. La vida sería una equidad manifiesta en la igualdad social, las limitaciones a la autoridad y el respeto a los libertadores políticos.

Aquellos hombres que se unían a Carranza no buscaban glorias ni riquezas. Poseían un hermoso corazón; pero creían en la venganza y el castigo. Cada uno de ellos, agrupaba individuos que no obstante corresponder, ora a la ignorancia, ora a la más baja pobretería, querían exterminar al abuso autoritario.

No hay huellas de que tal gente buscara el botín. Lo sano de su alma intuitiva estaba en la espontaneidad de sus actos, en la honestidad con que procederían al requisar caballos, armas y víveres. Cogían lo necesario para empuñar el rifle y alimentarse; pero todo en calidad de préstamo que deberían devolver "al triunfo de la Revolución".

Y mientras esta pléyade entusiasmaba y organizaba al pueblo rural de Coahuila, Carranza dirigía el juego de los engaños; pero ya no desde Saltillo. Montado a caballo, pero sin declarar la guerra, marchó hacia la Sierra de Arteaga, con la certeza de que las tropas de Huerta no estaban preparadas para seguirle ni atacarle. Carranza



La gente rural, lista para la acción

buscaba todas las ventajas posibles a su osado movimiento; y con malicia y atrevimiento, quedó a la expectativa en Ramos Arizpe, a poca distancia de Saltillo; pero en punto conveniente para seguir hacia la Sierra en caso necesario. La geografía y la entereza ayudaban al gobernador de Coahuila.

Mas no iban a pasar muchos días sin que Huerta advirtiera las argucias de Carranza, máxime que éste, siempre gustoso de las empresas guerreras, empezaba a firmar despachos de oficiales de un ejército revolucionario, autotitulándose para ello, Primer Jefe.

Enterado, pues, Huerta de que Carranza sólo trataba de ganar tiempo a fin de organizarse para la guerra, ordenó al general Trucy Aubert que hiciera avanzar una columna hacia Saltillo, aunque sin abandonar las manifestaciones y sutilezas de un entendimiento con el gobernador.

Carranza conoció de tales movimientos, y como sólo tenía bajo su mando 124 hombres y por lo mismo vio le era posible hacer frente al enemigo en Ramos Arizpe, el día 27 (febrero) emprendió la marcha a la Sierra de Arteaga, donde tenía la seguridad de que no le perseguiría Trucy Aubert y por lo tanto gozaría de las garantías que ofrecía un aislamiento conveniente, desde el cual observar cómo las fuerzas huertistas y Huerta iban a operar.

Además, desde la Sierra podía continuar alimentando el fuego del engaño, sin los peligros que por los cuatro costados presentaba la permanencia en Ramos Arizpe.

CARRANZA, GUERRERO

Ya se ha hecho mención de las aficiones guerreras de Carranza. En efecto, era hombre valiente, organizado y tenaz. Desconocía en cambio las artes mediante las cuales los jefes de la guerra llevan a sus soldados a la victorias; y es que Carranza, más que soldado era político. Tan grande y arraigado político, que vivía ajeno al espíritu

del cuartel, aunque poseía el alma del vivaque. Ignoraba la hermosa ambición de la espada, que no siempre ha de ser enemiga de las libertades ni apoyo de las tiranías. Hay una vocación guerrera que corresponde al espíritu de la empresa civil; que en nacia o muy poco difiere del progreso que los patriotas quieren para su patria. Guerrero, pues, no es equivalencia de belicismo armado y cruento. Guerrero es sinonimia de grandeza. Y era esta clasificación a la que pertenecía Carranza. Conocía la teoría de la guerra que nace y crece en el ser político; pero era ajeno a la aplicación de la guerra que ejercita el hombre con el fusil al hombro.

Sin ese poder moral que acompaña siempre al guerrero en la guerra —de la táctica de la guerra—, Carranza, aunque llamándose *Jefe* de un ejército que todavía no existía, tuvo que sufrir el primer colapso de una carrera para la cual no había nacido. Al efecto, tanta fue la postración que le causó la retirada de Ramos Arizpe, unida al apartamiento que experimentó al remontarse a la Sierra de Arteaga, que por momentos sintió perdida si no la nobleza y justicia de su causa sí la acción de las armas. Dentro de él no podía convenirse en un movimiento de retroceso de soldados, que los guerreros consideran de rutina.

Carranza, quien tenía que probar las hieles del caudillo, creyó que a su llamamiento al pueblo de México para que imitara su ejemplo y derrocará al usurpador del poder nacional, todo el país acudiría presuroso al levantamiento, que los saltillenses serían los primeros en unirse al movimiento popular. El influjo de la historia de la Revolución francesa a la que era asiduo lector, le hizo pensar que tal acontecimiento podía darse también espontánea y súbitamente dentro de las grandes masas rurales.

Esto último asociado al infortunio que todo retroceso produce en el alma humana, hizo que Carranza dudara de sí propio, y no porque dudara de sus valores intrínsecos, antes por considerar que su nombre y personalidad no serían bastantes para agrupar al pueblo en torno a su prematura jefatura.

Además, como dentro de aquel hermoso varón existía una incalculable dosis de responsabilidad, por minutos dudó si era él, el hombre capaz, de llevar al triunfo a la causa constitucionalista; y si de no serlo podría echar sobre sus espaldas tan enorme responsabilidad como la de poner a la gente del pueblo sobre las armas; y así, entregándose a las cavilaciones que motiva el espíritu del honor, pensó que quizás una persona más conocida que él, como era el viejo general porfiriano Jerónimo Treviño, tenía más aptitud y representación para acaudillar la causa de la constitucionalidad, y sin mucha reflexión mandó, al caso, propios a ver al general Treviño, con instrucciones de ofrecerle la jefatura del movimiento.

Éste, viejo y escéptico, renunció desde luego a tan comprometedora empresa. El hecho alivió la responsabilidad moral y patriótica de Carranza. El hábito de Juárez volvió a henchir su corazón; y como tuvo noticias de que el comandante Pablo González, y su hermano Jesús Carranza, llegaban en su auxilio con más de 200 hombres, olvidó el desmayo y una vez más se prometió ser portaestandarte del constitucionalismo.

Ésos fueron los momentos decisivos y más singulares de Carranza. Ahora, el hombre conquistó una serenidad casi olímpica como la de Juárez; quizás más cerca de la que poseyó Madero; porque en Carranza y Madero dominaron los valores intrínsecos, sólo que en aquél no se produjo, como en éste, la superlativa cualidad del caudillo que forma época y destila esencia; la suprema virtud que da al individuo un poder reflectante.

Dueño, pues, de la impavidez y seguro de su destinos Carranza se acercó al encuentro de las tropas huertistas. Llegó a Paredón, otorgó los grados de coroneles a Pablo González y Jesús Carranza. Dictó disposiciones para hacer frente al contrario. Mandó que la vía férrea fuese levantada a la retaguardia del enemigo; que la plaza de Piedras Negras ya ocupada por los constitucionalistas, sirviese a manera de

puede para abastecimientos y puente de retirada. Con estas medidas, pareció un soldado; porque no hay soldado que no dicte provisiones.

Quiso Carranza anticipar todos los peligros para el caso de fracasar en una acción de armas; pero como no tenía los alcances del caudillo guerrero, sus provisiones no bastaron para salvarle de una primera derrota de guerra.

En efecto, habiendo ordenado que sus cortas fuerzas armadas hicieran frente a los soldados de Huerta, tras una escaramuza en Paredón, se desbordaron.

El suceso, sin embargo, fue aprovechado con habilidad por los huertistas, quienes corrieron la versión de haber obtenido un gran triunfo militar, haciendo huir a Carranza a Estados Unidos, lo que no fue así; pues el gobernador, lejos de amedrentarse, marchó en dirección opuesta a territorio norteamericano y estableció su cuartel general en Monclova (8 de marzo); y aquí luego de reunirse, con sus hombres principales, resolvió dirigirse hacia Saltillo, atacar la plaza por sorpresa y derrotar a los huertistas.

Encaminóse al objetivo con poco más de 300 hombres, casi todos bisoños en la guerra. Bisoños también aunque con un gran espíritu de empresa combativa, eran los jóvenes e improvisados jefes de armas que le acompañaban.

Entre tales jefes iban Lucio Blanco, Cesáreo Castro y Agustín Millán. Estos, al lado de Carranza querían probar sus habilidades de soldados.

Pero Carranza no era un guerrero. Su movimiento sobre Saltillo iluminado más por la política que por el poder militar, no estaba llamado a triunfar.

El 23 de marzo, después de un ataque infructuoso a la capital de Coahuila, los revolucionarios se retiraron hacia el norte. Esto no obstante, el pequeño ejército no tuvo desmayo alguno. El caudillo, a quien ya todos sus acompañantes llamaban Primer Jefe llevaba una idea en la cabeza. Era una idea política predominante en él. Con-

MANIFIESTO

A los SOLDADOS CONSTITUCIONALISTAS de los ESTADOS de NUEVO LEÓN y TAMAULIPAS.

Por fin, después de muchos esfuerzos, de tres años de lucha y sacrificios, la Revolución comienza a orientarse en la manera de resolver uno de los grandes problemas que constituirá, sin duda alguna, el eje principal de la prosperidad de nuestra Patria: la repartición equitativa de la tierra. Nuestro territorio está en manos de unos cuantos terratenientes, porque antiguos vicios de administración pública han tolterado y protegido las grandes propiedades, otorgando concesiones monstruosas a favoritos y especuladores, sin fijarse ni considerar, que, día a día, han mermado la riqueza patria y matado el impulso de los humildes en la gran obra del trabajo libre, productivo y fecundo. A ese paso caminábamos seguros a la ruina, a la pérdida casi completa de nuestro territorio, y nuestro pueblo, empobrecido y hambriento, iba cayendo, indefectiblemente, en la más triste de las servidumbres.

Arrancada la tierra por la fuerza de las armas a los despojadores de ella, a los que, bajo un gobierno tiránico como el del General Porfirio Díaz, usurparon derechos y violaron prerrogativas sagradas, va a volver de nuevo a nuestro pueblo: a los humildes, a los desheredados, para que, bajo la influencia de una legislación apropiada y liberal, que dictará el gobierno emanado de la Revolución, puedan transformar, con el empeño noble de un trabajo constante, los campos incultos del país, en centros de activa producción y de riqueza.

Nosotros hemos querido, ante todo, que muy particularmente los soldados del Pueblo, los Constitucionalistas, que sacrificándolo todo: hogar, familia e intereses, en pro de esta causa libertaria, tengan asegurado para ellos o para los suyos, en caso de perecer en el combate, un pedazo de esa tierra bendita por la que tanto hemos luchado, y puedan más tarde, al triunfo de nuestros ideales, dejar el rifle por los instrumentos de labranza para abrir en su pequeño predio, surcos profundos que aseguren el pan de la familia.

Deben saber, por lo tanto, nuestros compañeros de armas, que todo el que pretenda o esté resuelto a dedicarse a la agricultura, puede contar con un título de propiedad, que, bajo las más liberales condiciones, le asegurará un risueño porvenir económico y le será confirmado al terminar la contienda por el Gobierno legítimo del Pueblo. Este título no será transferible, ni negociable; pero en cambio, podrá ser legado por herencia a la familia o a la persona que designe el soldado, pues la Revolución, justa en sus propósitos, quiere también proteger a los que queden desamparados por las vicisitudes de la guerra y devolver al país, en vez de combatientes, hombres de empresa, propietarios de un lote de labranza, que, a la par que les proporcione los elementos indispensables para la vida, mejore sus condiciones morales, haciéndolos más patriotas, más amantes del terruño que legarán a sus descendientes, y que, tan bravamente, supieron conquistar con su sangre.

Para empezar a cumplir tan altos fines, se ha designado un terreno en las márgenes del Río Bravo que abarca una extensión considerable, cuyos lindes se fijarán muy pronto y donde podrá establecerse una verdadera Colonia Militar, que organice y proteja a los pequeños propietarios, proporcionándoles los medios requeridos para hacer eficaces sus labores.

En tal virtud, cada uno de nuestros soldados que anhele dedicar sus energías al trabajo del campo, tiene reservada en ese terreno una parcela laborable, para que en el futuro, centuple su esfuerzo, por transformar la Patria en un pueblo tan grande como próspero.

Matamoros, Agosto de 1913.

GENERAL LUCIO BLANCO.

sideraba, en efecto lo indispensable de un plan —un principio de constitucionalidad hecho letra y honor.

Así, el 25 de marzo llegó a la hacienda de Guadalupe (Coahuila). Allí se hallaban sus principales lugartenientes. No había cabezas luminosas. Aquella gente que circundaba a Carranza, a excepción de algún extranjero, era una parte selecta de la clase rural —la clase eminente, que entre sus amarguras y apartamientos concebía la idea de su progreso y estabilidad. De esta manera, sin preámbulo ni literatura gloriosa e indeleble y con la rusticidad del meollo revolucionario, los colaboradores de Carranza redactaron un Plan que luego firmaron todos.

Conforme al Plan, que corrió con el nombre de Guadalupe, Carranza fue el Primer Jefe del Ejército Constitucionalista y encargado del poder Ejecutivo de la nación. No existía ejército, pero iba a ser organizado; tampoco estaba en vigencia un poder nacional, mas sería instituido como recurso prodigioso de la Revolución.

No bastaba, sin embargo, el Plan de Guadalupe ni el título de Primer Jefe a Carranza para que los grupos armados en Coahuila tuviesen beligerancia y posibilidades de triunfo; aunque aquél tenía la habilidad suficiente, para establecer y enaltecer su autoridad. Al efecto, después de varias tentativas con el fin de unir y capitanear a las partidas de alzados en la República, Carranza juntó en Monclova (18 de abril) a los representantes de los revolucionarios de Sonora y Chihuahua; y unos y otros resolvieron reconocer el mando y gobierno del Primer Jefe.

El Ejército Constitucionalista dejó así de ser una ficción. Carranza tuvo un mando que le aseguró una fuerza a lo largo de la línea fronteriza con Estados Unidos. Esto no equivalía a fuerzas de valimiento constitucional; pero sí de autoridad civil y política. El constitucionalismo empezó a tomar cuerpo. Ya poseía jerarquía, territorio, alma y agresividad.

Faltaba, para completar el cuadro de la guerra, obtener los abastecimientos necesarios a los soldados. Carranza procedió a organizar

departamentos de Guerra y Hacienda; pero aquél estaba anémico de hombres y éste exhausto de fondos. Había que dar vida y movimiento a los dos recursos. Para empezar, el Primer Jefe decretó (26 de abril) la creación de una deuda nacional por 5 millones de pesos, destinados a las necesidades de la guerra; y como tal disposición, que estaba dentro de las facultades que la legislatura coahuilense dio a Carranza, éste mandó una emisión de moneda de papel por la cantidad dicha.

El decreto, que pronto tuvo sus efectos en el norte del país, donde operaban las guerrillas revolucionarias, si de un lado fue sorprendente y enojoso para la población pacífica; de otro lado, produjo la confianza entre los levantamientos en armas, puesto que gracias a los billetes expedidos, pudieran tener medios para hacer adquisiciones, minorando los viciosos sistemas de requisas o confiscaciones, aunque como se dice arriba, tales hechos tuvieron características de ingenuidad y romanticismo, más que de violencia.

Por otra parte, gracias a esta emisión, y teniendo el papel moneda buena aceptación en las pequeñas plazas fronterizas que desde el final de febrero (1913) estaban en poder de las guardias auxiliadoras de Coahuila, pudo Carranza comprar pertrechos de guerra a los vendedores texanos.

Entre tanto, Carranza estableció su ciudad capitana en Piedras Negras. El lugar elegido era inmejorable para el tráfico de armas, para la reunión de los adalides del constitucionalismo que llegaban de todas partes de la República, para tener informado al mundo de lo que ocurría en México, para hacer entendimiento tanto con el gobierno como con el pueblo de Estados Unidos. También para emular a Juárez.

Huerta y los huertistas no tenían noción de lo que significa el cuartel general revolucionario en una población fronteriza. La vieja idea de que el dueño de la Ciudad de México era el dueño de la República, seguía prevaleciendo; y Carranza se aprovechó del viejo engreimiento metropolitano, para conquistar al cuerpo nacional;

pues sabía de cierto, que la masa rural comandaba al país; ahora que como corolario, se requerían disposiciones ajustables a las circunstancias. Al efecto, Carranza anunció (10 de mayo) que reconocía las deudas originadas en los daños causados por la Revolución a nacionales y extranjeros. Después (14 de mayo), puso en vigor la Ley de Juárez del 25 de enero de 1862, amenazante para quienes usurpasen el poder o protegieran a los usurpadores del poder. Más adelante, anunció la organización de siete cuerpos de Ejército.

La segunda guerra civil era así, un suceso; un verdadero suceso que sacudía al país, principalmente en el norte, mientras Carranza, gracias a su intuición, advirtió la necesidad de hincar su capital; de dar orden y figura a su gobierno; fuerza, agilidad y triunfo a su Ejército.

Sin embargo, así como grandes eran los progresos políticos que hacía en Piedras Negras, desde donde dirigiéndose a los grupos revolucionarios que se alzaban en la República, ganaba prestigio y reconocimiento a su investidura de Primer Jefe, mucha cortedad tenían los planes guerreros en Coahuila.

No sucedía lo mismo en Sonora. Aquí, defendiendo la soberanía del estado y por lo tanto desconociendo la autoridad de Huerta, el gobernador José María Maytorena mantenía una posición más ventajosa que la de Carranza en suela coahuilense; pues además de tener a su lado hombres arrojados e idealistas, su actitud frente a Huerta había encontrado tantos adeptos, especialmente entre los medianos agricultores y los mineros, ya del propio Sonora, ya de Arizona y Nuevo México, que pudo organizar varios cuerpos de voluntarios, que con ímpetu irresistible, pusieron en fuga a las muy cortas fuerzas federales.

Ayudó también a Maytorena para organizar un pequeño ejército, la lejanía del centro y los tropiezos de Huerta para enviar tropas a Sonora, porque muy difíciles eran las comunicaciones entre la Mesa Central y el estado fronterizo.

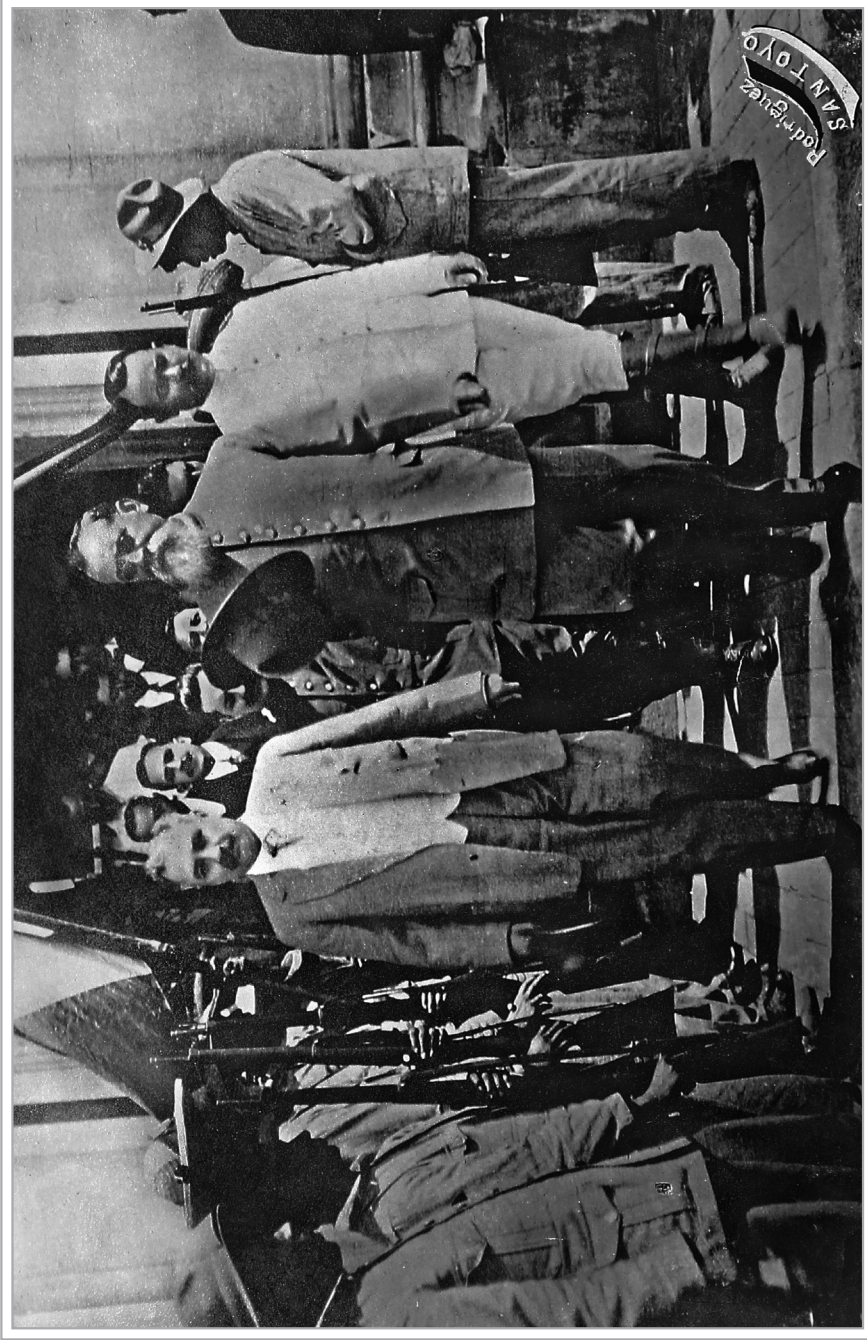
Así, sintiéndose seguro de su posición estratégica, considerando que Sonora podía ser el baluarte revolucionario, teniendo dinero y armas y reconociendo la jerarquía de Carranza, Maytorena invitó a aquél para que estableciera en Hermosillo la capital revolucionaria. Pocas veces, dentro de las lides políticas, se había visto un corazón tan desinteresado como el de Maytorena, pues al poner su ciudad en manos del Primer Jefe debió comprender que quienes le veían hasta esos días como capitán, le volverían las espaldas, para entregarse a los brazos de Carranza.

Pero esto último no entraba en los cálculos de Maytorena, en quien más pesaba la idea del triunfo vengativo que la idea de la victoria personal. En la realidad, Maytorena, rico hacendado, no era más que el amante de la libertad y por ello hacía omisión de los laberintos y apetitos políticos a los que igualmente eran ajenos los veteranos maderistas.

No desconocía Carranza su débil posición en Piedras Negras, por lo cual, aceptado que hubo la invitación de Maytorena, se dispuso a la marcha a Sonora, no obstante la distancia y los peligros que presentaba el tener que burlar o combatir a los soldados huertistas, concentrados en gran número en la región de Torreón.

Mas, como por orgullo y jerarquía no quería llegar a Sonora como un refugiado, proyectó abrirse paso entre las huestes de Huerta, usando de sus soldados y de sus aficiones guerreras. E hizo planes. Al efecto mandó reunir al mayor número de alzados en torno a Torreón; atacar la plaza; triunfar y continuar hacia Durango: llegar a Sinaloa abrigado por la fama de inesperadas victorias.

Como la suerte no siempre acompaña a los hombres de la guerra o hace saber a éstos cuán difícil es tal arte, Carranza, después de salir (12 de julio) de Cuatro Ciénegas con la seguridad del triunfo, sufrió una derrota en los aledaños de Torreón donde los jefes Tomás Urbina, Pánfilo Natera, José Isabel Robles y Eugenio Aguirre Benavides habían reunido unos 4,500 hombres.



Carranza y Maytorena en Hermosillo, 5 de octubre de 1913

Esa derrota en Torreón, si no lesionó el poder moral del constitucionalismo, sí advirtió al Primer Jefe que no siempre une el cielo las virtudes de la guerra a las virtudes políticas. Y con esto, Carranza se vio obligado a llegar sin laureles militares a Sinaloa. Tuvo, en efecto, que cambiar sus planes; y de Torreón se dirigió hacia Pedriceña; de aquí a Tepehuanes; de Tepehuanes a Chinobampo, Sinaloa, y descendiendo de la Sierra Madre hacia el Golfo de California vio las cercanías de nuevos días para México y para él; porque en Sinaloa y Sonora estaría, a partir del 14 de septiembre (1913), la matriz de la Revolución.

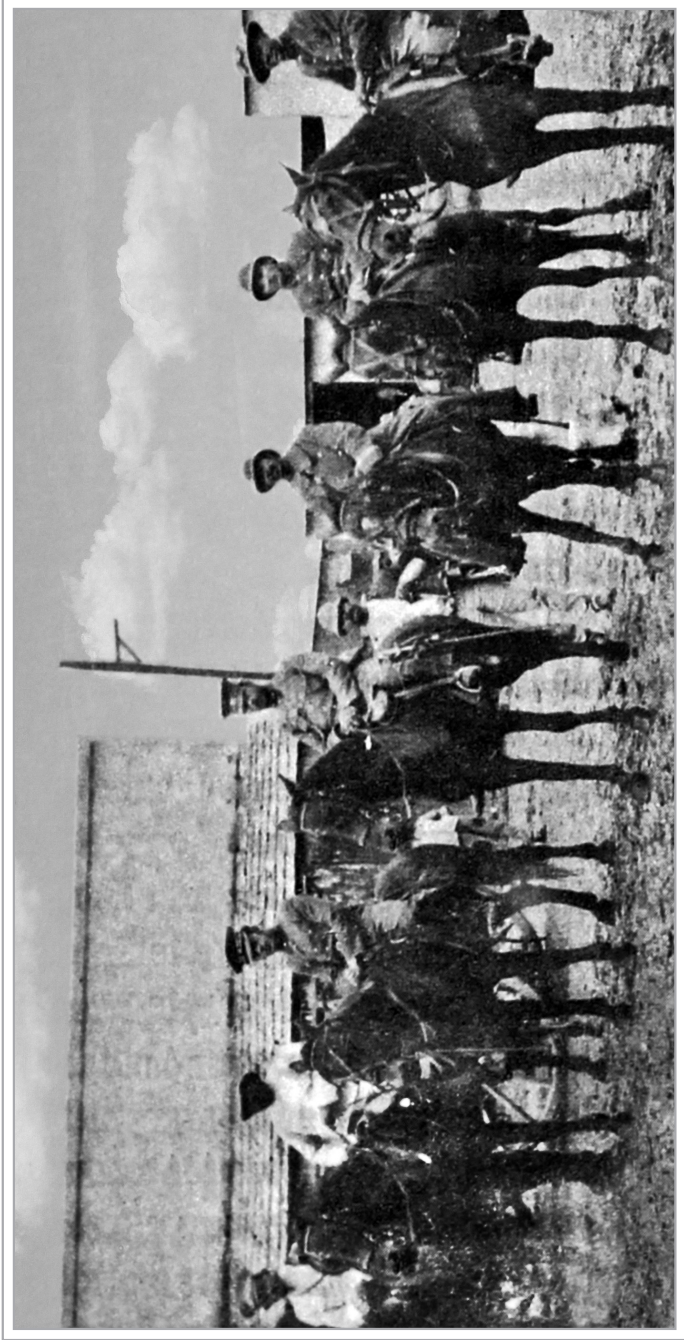
LA SITUACIÓN DE HUERTA

En marzo de 1913, el Ejército llamado *Federal*, que reconoció la autoridad del general Victoriano Huerta, tenía 47 mil soldados, de los cuales 32 mil correspondían a los cuerpos regulares y 15 mil a los irregulares.

Huerta ordenó aumentar el número de soldados a 100 mil; y al efecto, mandó que en los cuarteles se diesen de alta, sin avisos preliminares, a los vagos y malhechores; también a quienes fuesen sospechosos "enemigos del gobierno".

No fue el acrecentamiento del Ejército la única disposición de Huerta a fin de fortalecer su autoridad. Trató también de atraer, o cuando menos de neutralizar, a los grupos armados que no habían reconocido el mando de Carranza y que se consideraba que no lo reconocieran. Uno de esos grupos, el más importante en número y actividad era el de Zapata.

Éste, que permaneció irresoluto y tímido durante los aciagos días de la Ciudadela y del golpe huertista, siguió impávido en su resolución levantisca y autónoma durante el mes de marzo, y ello hizo creer a Huerta en la posibilidad de catequizarlo y hacerle deponer su actitud de rebelde. A tal fin, ordenó que los principales jefes del orozquismo, que impulsados por el despecho fueron los primeros



Miembros del ejército de Huerta

en reconocer a Huerta, se acercaran a Zapata con el ánimo de conquistarlo para la causa huertista.

Los comisionados al caso fueron Pascual Orozco, Benjamín Argumedo y Marcelo Caraveo; y aunque no tanto para que se acercaran al general Zapata personalmente, cuanto para que con el título de viejos revolucionarios le insinuaran la conveniencia de entrar en tratos con Huerta, el tercero se dirigió al caudillo del sur, ofreciéndole que de someterse al “nuevo orden”, el general Huerta procedería a resolver el problema agrario, a establecer el derecho del zapatismo de elegir gobernador de Morelos y a fijar las pensiones a las viudas y huérfanos de los revolucionarios en campaña.

La respuesta del general Zapata a una comisión llamada de paz, presidida por el padre de Pascual Orozco, no se hizo esperar mucho; pues el caudillo, asesorado por Otilio Montaña, declaró que no podía pactar con los representantes de un ejército desleal y ayuno de ideas democráticas; y como luego advirtiera que los comisionados aprovechaban su presencia en el campo zapatista para ganar adeptos entre los jefes secundarios, Zapata mandó que el viejo Pascual Orozco fuese aprehendido y consignado a un consejo de guerra, que a poco le condenó a muerte junto a otros dos de los delegados huertistas.

Después de tal acontecimiento, Huerta comprendió que no le sería posible desentenderse del valimiento guerrero del zapatismo, y que debería perder la esperanza de liquidar el frente de batalla al sur de la Ciudad de México, que sin ser línea militar de muchas amenazas, puesto que los zapatistas vivían muy precariamente tanto por las escaseces monetarias y de pertrechos de guerra como por su falta de organización, sí le obligaban a distraer fuerzas federales que proyectaba cargar sobre el norte de la República.

Un peligro más significaba el zapatismo para Huerta: la desconfianza pública de la metrópoli, que observaba, no sin preocupación, la incapacidad de Huerta para asegurar la tranquilidad nacional, no

obstante que la pacificación pronta y efectiva había sido el motivo central para justificar o tratar de justificar el golpe de febrero.

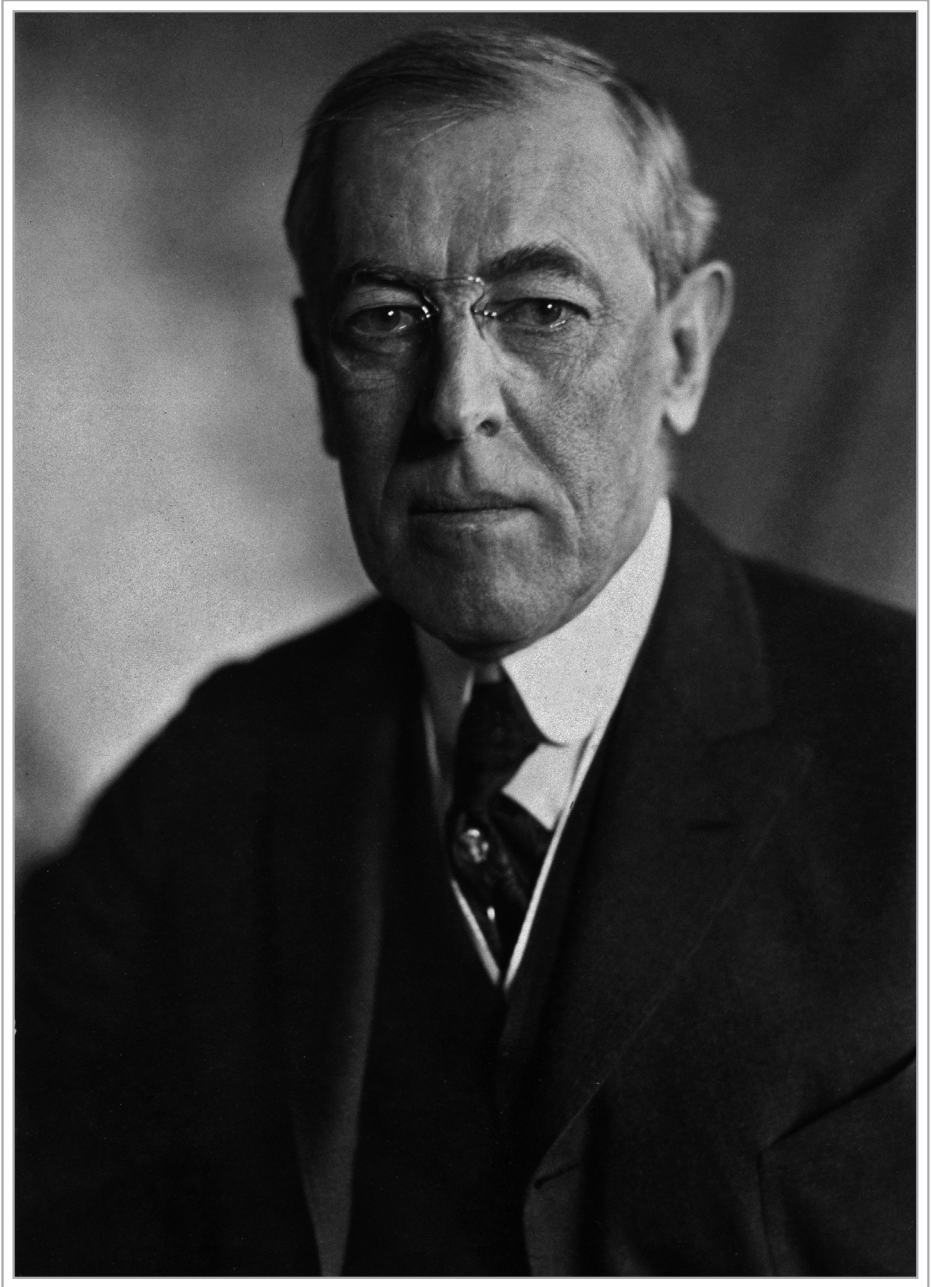
Una causa más llegaba a enseñar no sólo las ineptitudes del huertismo en el trato de los negocios civiles, políticos y guerreros de México, sino también el acrecentamiento de los problemas de aquel mando fortuito a par de desafiante. Tal acontecimiento era el concerniente a las cuestiones exteriores; pues en efecto, la política doméstica, estaba produciendo reflejos internacionales. México no era un pueblo aislado del mundo, sino muy atado a los problemas universales, sobre todo en materia económica.

Huerta podía seguir una aparente política de disimulo en lo referente al movimiento constitucionalista de Carranza; otro tanto le era dable en lo conexivo a la reacción del zapatismo y demás núcleos alzados. Lo que en cambio se presentaba como asunto vivo que obligaba a prestarle atención era el concerniente a los países extranjeros.

Ahora Huerta confrontaba una dificultosa situación de carácter exterior; pues hombre sin sentido de las previsiones, impulsivo, desconocedor de la historia, de la vida civil y de los negocios mundiales, no advirtió, a la hora de creer que con la sola renuncia de Madero y el hecho de llamarse presidente a sí mismo, tenía asegurado el mando y gobierno de México, que las naciones eran parte de una armonía universal que, si no fijaba jerarquías políticas, económicas o morales, ni afectaba a las culturas de la nacionalidad, sí establecía y determinaba un concierto jurídico.

Ignorantes de esa ley que da solemnidad a las Repúblicas y al mundo, Huerta y sus colaboradores, ajenos al espíritu del nuevo presidente de Estados Unidos, Woodrow Wilson, individuo fanático de las libertades públicas, de la democracia y la Constitución, empezaron a exigir el reconocimiento de su "gobierno constitucional".

Servíanse a tal fin del embajador Henry Lane Wilson, quien comprometido en simpatía hacia el huertismo, no dejaba de intrigar, pre-



Woodrow Wilson, presidente de Estados Unidos

sionado por Francisco León de la Barra, a fin de que la Casa Blanca accediera a la petición mexicana lo más pronto posible; reconocimiento que, de acuerdo con los comunicados de De la Barra, México necesitaba tanto para garantía de los intereses norteamericanos avocindados en el país, como con el objeto de evitar los progresos de la guerra civil, en el norte de la República.

El embajador Wilson no sólo no moderaba las prisas de la autoridad huertista sino que las daba vuelos diciendo a su gobierno que le parecía indispensable otorgar el reconocimiento, para evitar que creciera en México el sentimiento antinorteamericano que estaba cundiendo como resultado de la presencia de barcos de guerra de Estados Unidos en los litorales mexicanos; barcos que permanecían en aguas de México a pesar de que notoriamente violaban las leyes internacionales.

Todo esto, unido a las públicas y universales denuncias que hacían los ciudadanos mexicanos sobre los atropellos de la violencia huertista cometidos principalmente en civiles, servían para producir en Washington un efecto contrario a los designios de Huerta, de manera que día a día se alejaba la posibilidad de que el gobierno norteamericano otorgara su reconocimiento diplomático a la autoridad de Huerta.

HUERTA EN ESTADOS UNIDOS

Creyendo que el poder exterior de Estados Unidos radicaba en las manos del embajador Wilson, Huerta confiaba en la actitud partidista del plenipotenciario norteamericano, de manera que la suerte del huertismo estuvo, en el parecer de los diplomáticos de Huerta, en el hacer y deshacer de Lane Wilson.

El error, sin embargo, era grave. El diplomático no sólo se hallaba en México bajo las censuras y acusaciones del maderismo y del constitucionalismo sino que también estaba en el entredicho del



El general Huerta con el general E. Z. Steever y el general Joaquín Téllez, en Estados Unidos

nuevo (4 de marzo de 1913) presidente de Estados Unidos. Este y su secretario de Estado, William Jennings Bryan, iniciaban un programa democrático en lo que respecta a las relaciones con los países que llamaban *latinoamericanos*. El gobierno de Estados Unidos iba, pues, a hacer ensayos en su política exterior, olvidando, en su aplicación a los negocios mexicanos, que la situación de México era de violencia y guerra, y por lo mismo, la Casa Blanca estaba en peligro de hacer un ridículo, como en efecto lo hizo, dando oportunidad para que Huerta adquiriese vuelos y exteriorizaciones de caudillo antiintervencionista, antinorteamericano y por lo mismo adalid de los pueblos continentales de habla española. El acontecimiento demostraría que los gobernantes de las grandes potencias creen que todo el mundo obra a su capacidad y semejanza.

Esto no demeritó los elevados sentimientos democráticos y buena fe de Wilson y Bryan, puesto que sólo hablaban de la pobreza e infortunio de sus tratos con los países de América Citerior (*sic*); tratos que nunca pudieron mejorar, pues malo había sido el comienzo de esa política y ello impedía una enmienda a menos de minorar la autoridad de la Casa Blanca en el continente.

De no haber comenzado en su política hacia México con tal desatino, Wilson y Bryan ganan un lugar excepcional en el camino del entendimiento de Estados Unidos y los pueblos al sur de éstos, ya que ambos políticos estaban iluminados por venturosas y probadas ideas de libertad y justicia.

Mayor evidencia de los elevados principios que guiaban el pensamiento de Woodrow Wilson, no se podía hallar después de la democratización llevada a cabo por el propio Wilson en la Universidad de Princeton, durante el rectorado wilsoniano, siempre memorable. Wilson, al efecto, censuró la tendencia universitaria encaminada hacia la "glorificación del dinero", advirtiendo cuán amenazante para la vida democrática de su patria era tal idea, que podía ser capaz de conducir a Estados Unidos hacia una plutocracia.

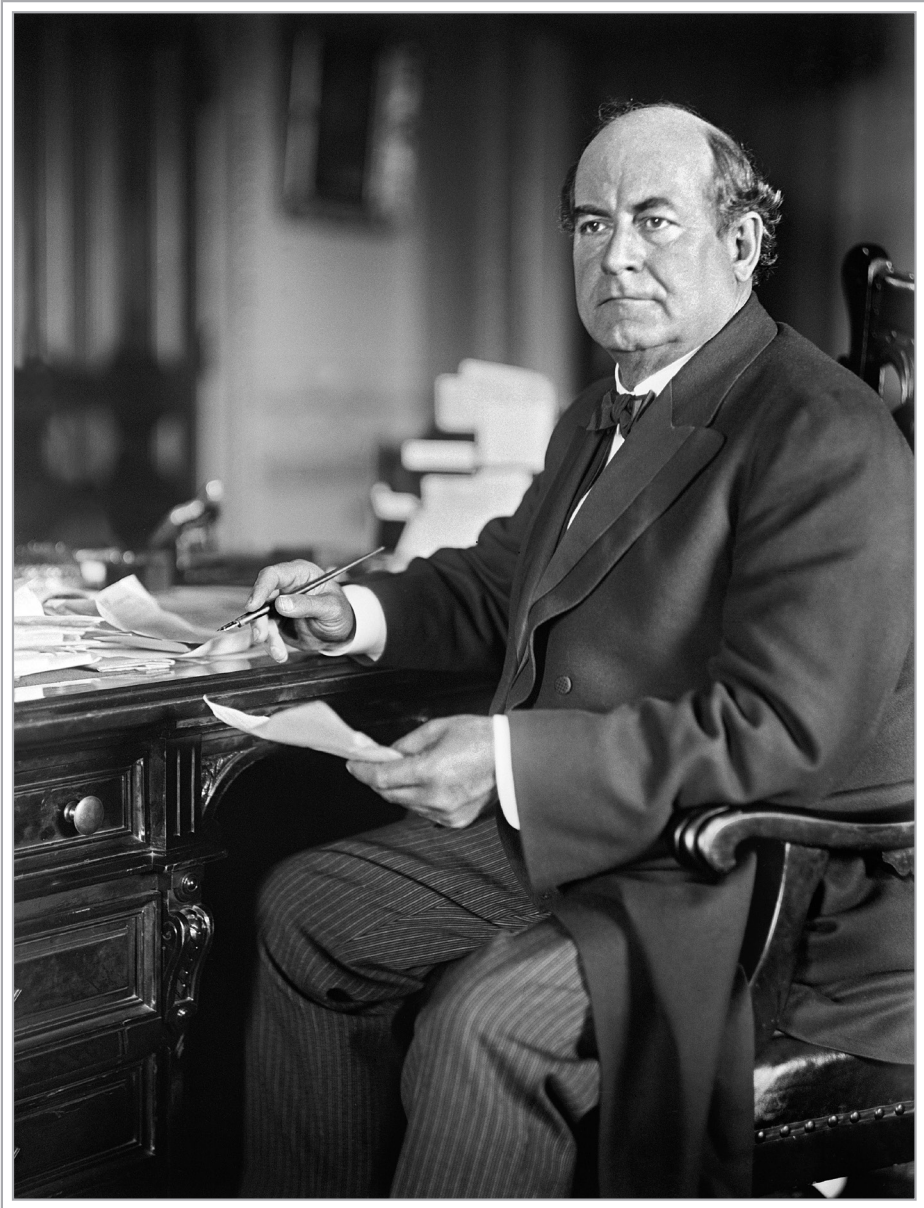
A este enunciado wilsoniano se agregaba el ideario liberal de Bryan, quien durante su campaña presidencial fue paladín del anti-imperialismo.

Tan hincados estaban en Bryan los principios de respeto a las libertades democráticas, que rechazó siempre, y a veces con indignación, las indicaciones del embajador Lane Wilson y de otras personas, proponiendo que Estados Unidos se apresuraran a reconocer al general Huerta; después, para que el gobierno norteamericano interviniera militarmente en México.

Bryan no sólo desechó los proyectos del embajador, e hizo que éste renunciara a su empleo, sino que contradijo a los poderosos intereses económicos y financieros de Estados Unidos hacia una acción favorable a la autoridad de Huerta. Y, en efecto, cuando los representantes de tales intereses expresaron su formal creencia de que México requería un gobierno de mano dura, y que ese gobierno era el de Huerta, el secretario de Estado observó que si el general Porfirio Díaz, con todo su poder y experiencia había sido impotente para detener el movimiento popular iniciado y dirigido por Madero, el general Huerta, sin las cualidades ni el crédito del viejo general Díaz, sería todavía más impotente para establecer el entendimiento entre el Estado y el pueblo de México.

Fue ésta, la única y certera consideración de los gobernantes norteamericanos acerca de Huerta y su política; ahora que no por sus errores primeros, el gobierno de Washington dejaría de animar todos los esfuerzos que realizaban en México y fuera de México los constitucionalistas. Para Wilson y Bryan, la sola palabra de *constitucionalismo*, era un atractivo de mucha consideración; y un atractivo con bien cimentadas bases, puesto que hacía concebir la esperanza de que en México se realizarían las prácticas democráticas que el presidente y el secretario de Estado deseaban para su propia patria.

Por otra parte, si es verdad que muchos y poderosos eran los intereses norteamericanos que trabajaban cerca de la Casa Blanca



William Jennings Bryan, secretario de Estado de Estados Unidos, durante el gobierno de Woodrow Wilson, 1913

en favor de Huerta, también era cierto que la popularidad que Madero y la Revolución ganaron entre las grandes masas del pueblo de Estados Unidos, ahora servía para que los norteamericanos hicieran pública su enemistad hacia Huerta y pidieran a su gobierno que ayudara a la causa constitucionalista.

De esta manera, la que empezó siendo una política personal de Wilson conocida como la del Caso México, se convirtió en política popular norteamericana. Las actitudes de Wilson y Bryan negando el reconocimiento de Huerta pasaron a ser secundarias frente al poder e influjo que representaban las masas populares norteamericanas. La Casa Blanca, pues, dejaba de hallarse entre la espada y la pared. Su definición antihuertista, no solo en virtud de los sentimientos personales del presidente, sino como consecuencia del apoyo popular, empezó a ser clara e invariable a partir del mes de agosto (1913), es decir, después de seis meses, de los trágicos sucesos de febrero.

Gracias, pues, al influjo popular y a la decisión de la tasa Blanca, todo hacía creer que un México democrático y un Estados Unidos democrático habían entrado a una nueva era de comprensión y buena voluntad, y que con lo mismo quedaba desterrado, para siempre, el uso de las armas entre los dos países vecinos.

No fue así; pues de haberse forjado en esos días una doctrina de estimación y respeto entre los dos pueblos ¡cuánto resplandecerían los nombres de gobernantes tan significados como Wilson y Bryan, y cuántos bienes multilaterales habrían dejado a la posteridad!

ALZAMIENTO EN SONORA

Aunque fuera de la Ciudad de México, el maderismo era un poder popular insondable e inquebrantable; pues para los lugareños la personalidad de Francisco I. Madero no se había minorado, eso no era obstáculo para que en medio de la rutina cotidiana aparecieran

a menudo, en la República, las sombras de la desconfianza, por más que no se sabía precisar de quién se desconfiaba. Por esto, el mundo popular de México se hallaba inerme al momento del golpe militar de febrero.

Sin embargo, a la trágica muerte de Madero y Pino Suárez, considerada como una verdadera catástrofe nacional, y en seguida del llanto que produjo, quién más, quién menos de los mexicanos advirtió que era inminente una segunda guerra civil. Para la idiosincrasia nacional, ignorante de los preceptos constitucionales, la acción de Huerta no había producido un destroncamiento legal. La acción de Huerta era un crimen a par del amenazante regreso a las odiadas autoridades locales del porfirismo. Así, Huerta y el huertismo aparecieron en el escenario popular como figuras detestables a las que no se debía respeto ni consideración.

Tan general fue esa caracterización que el común de la gente dio al huertismo, que la promoción del levantamiento no fue obra de conspiradores. Hízose espontánea y vigorosa a manera de un consenso universal; y como conforme avanzaban los días, el huertismo sólo significaba ganancias a fuerza de armas, violencias y crímenes políticos y atropelladas exacciones, los sucesos en la Ciudad de México adquirieron, para la masa mexicana, pero sobre todo para la población rural, las formas de un verdadero trauma nacional.

Lo mismo, dio motivo a la aparición de un espíritu revolucionario que, no obstante su escasez de ideas y programa, quería la transformación de México.

Ahora bien: como entre la masa popular se anidaban muchos rencores, nació y esplendió en cada individuo un ánimo de venganza; y, en efecto, el caos que dentro de los revolucionarios se observaría más adelante, conforme se desarrollaban los poderes y ambiciones de la guerra civil, provino de ese desorden a que dio lugar la dramatización individual de los sucesos de febrero y los que se siguieron a la acción despótica, y en ocasiones criminal, del general

Huerta. Venganza pedían unos; venganza exigían todos. Pero, ¿qué después de satisfacer los agravios?

El deseo, pues, de castigar al huertismo, así como hizo crecer nobles inspiraciones humanas, así también fue causa de actos salvajes durante las luchas intestinas de 1913.

Los hombres, en esos días que precedieron a la segunda guerra civil, exageraron sus pasiones e ímpetus, ya para ganar una categoría, ya a fin de hacerse respetar, ya con el objeto de abrirse el camino al triunfo de sus designios.

De esta suerte, pero con un grandiosa y generoso desinterés respecto a los bienes materiales, los sinaloenses y los sonorenses, no obstante carecer de guías tradicionales, acudieron presurosos al llamado a la guerra dejando cariños, tranquilidad y trabajo. Parecía como si a aquellos hombres les hubiesen inyectado nuevas y maravillosas drogas, y como si éstas sirviesen para mover un poder etéreo nacido en los secretos del universo. Nunca antes se había visto cosa igual en la patria mexicana; porque tales hombres, dándose de alta en las filas antihuertistas, ora como soldados, ora como improvisados jefes, no acudían al llamado de un general, ni de un caudillo político, ni de un principio social, ni de un propósito económico, ni de un designio de maldad o provecho. Acudían al llamado interno de una justicia innata y de un batallar progresista.

Cierto que los sonorenses y sinaloenses estaban contagiados del espíritu democrático de Estados Unidos, país al que iban y venían casi en continuidad. Cierto que mucho temían, por haberlo sufrido en carne propia, la rudeza primitiva de los gobernantes civiles y militares del régimen porfirista. Cierto que vivían bajo el peso de los sufrimientos y desconuelos que causaban los monopolios otorgados a los extranjeros, ya chinos, ya norteamericanos, españoles. Cierto todo eso; pero cierto también que eran individuos de redobladambiciones humanas; ambiciones que deseaban hacer patentes castigando el asalto, la ilegalidad, la usurpación y el crimen. Dentro

de tales hombres latía, pues, un espíritu de justicia de tantas dimensiones como seguramente pocas veces se ha hallado en el mundo.

En los estados de Sonora y Sinaloa no había acontecido lo que en Coahuila. En el primero, el gobernador José María Maytorena, no obstante ser hombre de una pieza, de invariable credo maderista, contrario a la usurpación del poder nacional y partidario del alzamiento popular, se mostró temeroso de seguir el ejemplo de Carranza, no tanto por titubeos de partido o cobardías personales, cuanto porque Guaymas y Torin eran dos fuertes acantonamientos de soldados federales, desde los cuales, el general Huerta, al través de sus lugartenientes, estaba en aptitud de dirigir un movimiento militar envolvente sobre Hermosillo y frustrar, de esa manera, fácil y prontamente, cualquier actitud acaudillada por el gobernador del estado contra Huerta y el huertismo.

Frente a esa situación de carácter militar, se necesitaba un intermedio de prudencia, capaz de neutralizar al enemigo y así como lo había llevado a cabo Carranza en Coahuila, Maytorena temía, sobre todas las cosas, perder, en un momento de impulso, el centro de un mando futuro que era Hermosillo; y de aquí que buscara, antes de hacer público su partido, la hora más desfavorable a sus designios.

Esta actitud prudencial de Maytorena, no concordó con el desencadenamiento de las pasiones. En efecto, los hombres decididos a la guerra abierta y sin cuartel, brotaban, en Sonora como obra de una magia singular; pero Maytorena, dentro de su criterio circunspecto y juicioso —también rancharo— no comprendía la súbita aparición de aquella almáciga de voluntades y decisiones, sobre todo entre gente que no había correspondido a las luchas del maderismo. Dentro de la mentalidad de Maytorena no cabía la explicación de por qué la indiferencia de la gente rural principal en 1910, ahora se convertía en pasión y partido —y pasión y partido de violentos propósitos, que consideraban la espera como un mal funesto y por lo mismo condenable.

Era realmente un caso penoso lo que sucedía en Sonora hacia los primeros días de marzo (1913); porque si Maytorena advirtiendo la realidad de las pasiones, confió a los espontáneos combatientes o futuros combatientes, una situación que daba la impresión de irresolución del gobernador, mayores habrían sido los días de gloria para los sonorenses si Maytorena asume un mando decisivo; porque, ¡qué de hombres valerosos y dignos circundaban al gobernador! ¡Qué de hombres dignos e idealistas se aprestaban a tomar las armas, para convertirse no en soldados, sino en *ciudadanos armados*!

Entre aquellos tipos sonorenses y sinaloenses de la Revolución, que iban a compartir penas y triunfos, ya en torno de Maytorena, ya luchando independientemente contra las fuerzas huertistas, ya apoyando al Primer Jefe, Venustiano Carranza; entre aquellos tipos, estaban Severiano Talamantes, quien juntamente con sus hijos había sido de los primeros en levantarse en armas a los comienzos del maderismo. Estaban también Álvaro Obregón y Ramón F. Iturbe, Fermín Carpio y Salvador Alvarado, Juan G. Cabral y Pedro Bracamontes, Ignacio Mendivil y Plutarco Elías Calles, Benjamín G. Hill y Manuel M. Diéguez.

Todos estos eran individuos desconocidos en la guerra y la política. Despreciábales el huertismo. Los jefes del Ejército Federal les desestimaban por su inexperiencia y rusticidad. Maytorena mismo no confiaba en ellos. De haberles observado, descubre el alma generosa y valiente de la que pronto se percataría la República.

Salvador Alvarado al hablar —tal era la pujanza de su espíritu— en una reunión efectuada en Hermosillo (25 de febrero de 1913), a la que concurrieron diputados locales, cónsules extranjeros y miembros de las cámaras de comercio de Guaymas y Hermosillo, y durante la cual comerciantes y representantes consulares trataron de convencer a Maytorena para que reconociera la autoridad del general Huerta; Alvarado, se repite, al hablar en tal reunión, dijo: “la



General de brigada Ramón F. Iturbe

única solución posible es ir a darles de balazos a los *pelones* y que los científicos que no sean fusilados queden reducidos a la miseria”.

¡Ir a dar de balazos a los soldados del Ejército Federal!

¡Vengar con la sangre y el despojo del prójimo, el crimen cometido por el intelectualismo y el cuartel de la Ciudad de México! He aquí lo que vibraba en la cabeza incierta, pero en el alma pura de aquella gente, que ahora era dueña de fusiles y municiones. Las pasiones y los ímpetus iban a resplandecer en el cielo de México, antes tan pacífico y aparentemente destinado a serlo siempre, ya que en la superficie nada parecía lesionar la tranquilidad y el bienestar de los hombres, mientras que en el fondo se laceraba a una comunidad sin sombra protectora y sin punto fijo en el horizonte.

Sonora, anticipándose en razón de sus caudillos a Sinaloa, estaba ya sobre las armas. Fue inútil la cordura del gobernador José María Maytorena, no para evitar un alzamiento popular, sino a fin de hacer mejores preparativos antes de empezar la guerra contra el huertismo. Tan inútil así, que éste optó por separarse temporalmente de su empleo (26 de febrero), dejando el gobierno a Ignacio F. Pesqueira.

Para esos días tal era la decisión de los sonorenses que sobrepasaba a los sinaloenses —ya Pedro Bracamontes estaba dentro de la plaza de Nacozari; Calles, con más de 400 hombres, se hallaba levantado cerca de Agua Prieta amenazando a los federales que no sabían si salir a combatirlo o esperar a que atacara; Diéguez, alcalde de Cananea, seguido de 10 policías había abandonado la población, pero odio días después, sus fuerzas ascendían a 300 hombres, pues acudían a sus filas mineros mexicanos, ya de Cananea, ya de las minas arizonianas, y Obregón, comandante de un batallón de irregulares, “atendiendo a la voz de la patria” levantaba la bandera de la legalidad anunciando, con mucha bizarría su resolución de atacar a los federales en cualquier punto de Sonora.

Entre irregulares, rurales y voluntarios, ya flecheros, ya carabineros, ya montados, ya de a pie, a los primeros días de marzo de

1913, había en Sonora cerca de 2 mil hombres; y con tales fuerzas, el gobernador del estado desconoció la autoridad del general Huerta y nombró a Álvaro Obregón, jefe de la sección de guerra, dándole facultades a fin de que procediera a organizar a los revolucionarios.

Ninguna otra orden recibió Obregón. Esto no obstante, como consecuencia de las facultades que le otorgaba el gobernador, comunicó a la gente adinerada de Hermosillo que deberían entregarle 50 mil pesos en calidad de préstamo forzoso, pero reintegrable al “triumfo de la Revolución”, y como la exigencia fue muy imperiosa y Obregón se encargó de divulgar la noticia de que las personas que no cumplieran la orden del préstamo serían castigadas, en pocas horas pudo tener el dinero para iniciar su empresa guerrera; porque Obregón era individuo diligente y emprendedor, de vivísima imaginación y de mucha audacia.

La historia de Obregón, anterior a este acontecimiento, estaba perdida entre el anonimato de la gente rural. No tenía un signo particular de vida, como no la poseía ningún mexicano si no era correspondiente al inundo oficial o al círculo de allegados o amigos de los gobernadores y jefes políticos. Obregón, pues, no era más que uno de los tantos y tantos individuos que, no obstante sus cualidades humanas, vivía perdido en la oscuridad del mundo popular, aunque pensando, como pensaba toda aquella gente colocada al margen de los negocios políticos y administrativos de la República, que en alguna ocasión, la población rural del país sería reivindicada.

La incertidumbre de la vida, el apartamiento de los negocios públicos, la inestabilidad y poquedad de los medios e instrumentos de trabajo y progreso, habían formado, dentro de la gran masa rural de México, una condición singular conforme a la cual, tal masa dispuesta a acudir adonde la voz de los paladines la llamara en nombre de las realidades del país; y las realidades estaban en la renovación de la gente que gozaba del poder, político y administrativo, en la organización económica de los mexicanos, en el desarrollo del espíritu

de promoción y creación y en la esperanza de alcanzar mayores y mejores recursos en los capítulos ingentes de la cotidianidad.

Obregón era, pues, a pesar de los relámpagos de su ingenio y de su alma emprendedora, un número más de los millones de habitantes de México. Su distinción consistía en sus afanes de progreso personal, en sus simpatías hacia todo lo que significaba oposición al régimen porfirista y en su muy corta, pero significativa ilustración; pues si de un lado admiraba y seguía con interés la obra semihistórica y semiliteraria del liberalismo del padre Agustín Rivera; de otro lado, leía con fruición, las novedosas, pero incoherentes parrafadas del escritor colombiano José María Vargas Vila, quien llevaba a la mente de sus lectores las más descabelladas y atropelladas proposiciones y esto, en medio de frases pedantescas y escasas de formalidad literaria.

Sin haber concurrido a la jornada democrática de 1910, por lo cual siempre significó él mismo su culpa, Obregón, no sólo por amor a la aventura, antes también movido por un sentido de antiautoridad que era consecuencia de los excesos cometidos por un mando y mandones del régimen porfirista, se afilió a la Revolución como jefe de guerrilla en las fuerzas organizadas en Sonora, para ir a combatir a los alzados de Pascual Orozco, en 1912; y desde esos días atraído por una vida que, como la del vivaque (*sic*), incita no sólo a la camaradería sino asimismo a la jerarquía y la lucha, tomó verdadera afición a las armas y a los derechos y obligaciones que éstas enseñan y practican.

Así, ya con la pequeña escuela adquirida dentro de un cuerpo irregular del que era comandante en 1913, Obregón apenas desconocida la autoridad de Huerta y anunciada la nueva guerra, se sintió impelido por los vientos del combate, y como era impulsivo y valiente y poseía todas las disposiciones para una carrera de triunfos, en seguida de tener en sus manos los 50 mil pesos exigidos a los ricos de Hermosillo, mandó reparar la vía férrea que habían destruido los



Teniente coronel Álvaro Obregón, cuando fue presidente municipal de Huatabampo, Sonora

partidarios de Maytorena, temerosos de un avance de los federales sobre la plaza; embarcó a su gente sin dar a conocer sus planes y se puso en movimiento (6 de marzo), calladamente, hacia Nogales.

Aquí, los jefes, federales habían concentrado en pocos días 400 soldados, que estaban bien pertrechados y atrincherados y en condiciones de ser auxiliados, en el caso de que se hiciera necesario, por otros 400 que estaban en Cananea y 350 más en la plaza de Naco, aparte de los 500 que guarnecían el puerto de Guaymas y de mil acantonados en Torin.

La resolución de Obregón, frente a la posibilidad de que los federales de Nogales pudieran ser reforzados, poseía una fuerte dosis de audacia, tanto más cuanto que sus soldados estaban mal armados y la mayoría eran voluntarios de última hora.

Así y todo, con los 700 hombres que pudo embarcar, se presentó a las puertas de Nogales y organizó tres columnas. Una, al mando de José Gonzalo Escobar; la segunda a las órdenes de Antonio Guerrero. Él se reservó la del centro. Así se dispuso al combate.

Antes de emprenderlo recibió noticias ciertas de que la vía de Nogales a Hermosillo había quedado expedita, para el caso de una retirada. También estuvo seguro de que en pocos días más podían llegarle otros 300 hombres que estaban organizando en la capital de Sonora.

Con todo, sin apresuramientos, y calculando cada uno de sus movimientos, Obregón dio la orden para el ataque que los revolucionarios emprendieron con mucha bizarría, y como luego de tomar los primeros atrincheramientos advirtieron que los defensores de la plaza se retiraban, tratando de ganar la línea divisoria con Estados Unidos, cobraban más ímpetus, rompieron la línea defensiva de los federales y triunfantes entraron a Nogales (15 de marzo). Los huertistas derrotados, huyeron en su mayoría hacia suelo norteamericano. Los menos se rindieron. Obregón les desdeñó dándoles la libertad y la vuelta a la población civil.

Después del triunfo en Nogales todo fue riente a Obregón. Y había razón para ello; porque a su arrojado carácter, a su ingenio creador, a su prodigiosa memoria y simpatía personal asociaba su hermosa figura varonil.

EL PRIMER CAUDILLO

La hazaña, pues, convirtió a tal hombre en el primer caudillo de la Revolución; y aunque ésta todavía no se la conocía en Sonora con el nombre de constitucionalista, se la dice *Revolución de la legalidad*.

El caudillo, en la proclama que dirigió al pueblo sonorenses después de la victoria, habla de la lucha por la venganza; condena el crimen, la usurpación y la contrarrevolución. Acusa a la gente rica de México de ser la responsable de la guerra y sobre todo de ser “el principal sostén de Huerta” y del “execrable régimen porfirista”, y advierte que castigará a quienes apoyen a Huerta y a los federales.

Y no sólo son amenazas las que dirige Obregón; pues hace vivos todos los resentimientos que palpitan tanto en él como en sus compañeros hacia el caído partido del general Díaz; pero sobre todo a las antiguas autoridades pueblerinas y a la gente acomodada de Sonora y de la República; y en efecto, envuelto en tales resentimientos mandó que fuesen aprehendidos los individuos principales de Nogales, a quienes, en seguida de comunicarles que deberían contribuir económicamente al sostenimiento de los soldados revolucionarios, ordenó que debidamente escoltados barrieran las calles de la ciudad.

Y, en efecto, no habían pasado 48 horas de la entrada de Obregón a la plaza, cuando entre el asombro de significados nogalenses de la clase más o menos acomodada, atolondrados y avergonzados, y llevando escobas a la mano, procedían a hacer la limpieza pública ordenada por Obregón.

Formaban también entre los humillados, los empleados públicos que habían servido a Huerta.

La venganza que ejecutaba Obregón, en nombre “de la Revolución”, no se detuvo en aquel acto. El castigo se hizo extensivo a los sacerdotes del culto católico.

A éstos, acusados de complicidad con el huertismo, lo cual no estaba probado, se les mandó salir de territorio mexicano, al tiempo de que los templos eran cerrados.

Con esta disposición quiso el triunfador dar a la guerra todos los visos de liberalismo; partido que admiraba a través de las páginas del padre Rivera.

Asociábase a ese espíritu partidista de Obregón, el propósito de ganar autoridad y hacerse temer, a manera que los apoyos económicos de Huerta se sintiesen amenazados. Al efecto, ordenó que los bienes inmuebles de quienes eran huertistas o se suponía que favorecían a Huerta, fuesen confiscados.

En este orden se cometieron no pocas arbitrariedades; pero Obregón logró lo que quería. Así, si de un lado la gente rica de la región noroccidental huyó; ya a Guadalajara o México, ya a Estados Unidos, para no verse comprometida con el huertismo; de otro lado, Obregón adquirió las características de un caudillo intolerante y omnipotente; característica que sirviera para darle un gran realce entre los revolucionarios, aunque no necesitaba acudir a tal teatro, pues sus cualidades personales bastaban por sí mismas para enseñar los valimientos que poseía y que brillaban a la luz del día en seguida de su primer triunfo.

No sólo la victoria militar entraba en la contabilidad del caudillo. Poníase en el haber de tal hombre, la ejecutiva manera con que procedió para ordenar los servicios municipales y los concernientes a la aduana fronteriza y disciplinar un naciente Ejército llamado Constitucionalista, para distinguir a sus tenientes, otorgando a éstos categorías militares y civiles y dando, en fin, elevadas pruebas de disciplina al gobierno del estado, que a la sazón estaba considerado como la cabeza de la guerra de reivindicación constitucional.

Tan importante como esos acontecimientos, fue la transformación de la plaza de Nogales en puerto de entrada para los abastecimientos. Al caso, tan pronto como fue ocupada la plaza, Obregón entró en tratos con los agentes y especuladores de armas que llegaban presurosos al punto fronterizo, ya para hacer ventas de suministros, ya para entrar en negocios de trueque con los jefes revolucionarios; y esto último, porque faltando recursos pecuniarios para la compra de materiales bélicos, Obregón había mandado requisar todo el ganado vacuno de las haciendas del norte de Sonora, de manera que pronto hubo en las cercanías de Nogales cientos de cabezas que iban pasando a suelo norteamericano a cambio de rifles y municiones.

Para llevar a cabo los aprovisionamientos que quería para continuar la empresa guerrera, Obregón no detenía su espíritu creador y organizador. A las chispas de su ingenio, a sus grandes dotes de mando y a la decisión que daba a sus órdenes, se seguían los planes para posibles grandes batallas en el sur de Sonora, hacia donde pensaba ahora encaminar sus tropas.

Tan notables, dichosos y efectivos eran los alientos de este hombre, que en unos cuantos días se destacó como el portaestandarte de la Revolución; y esto, cuando Carranza todavía no firmaba ni expedía el Plan de Guadalupe, ni siquiera vislumbraba una posibilidad de triunfo sobre las fuerzas federales.

Obregón, pues, no perdió el tiempo, aunque sí cambió de planes; porque en vez de marchar hacia el sur, como proyectaba, resolvió a petición del alcalde de Agua Prieta, Plutarco Elías Calles, avanzar hacia el oriente a lo largo de la línea divisoria con Estados Unidos y atacar, derrotar y poner en fuga a las guarniciones federales, de manera que la Revolución quedase dueña de todo el norte de Sonora y por lo mismo, sin enemigo a la retaguardia en el caso de poder movilizarse, como era el deseo del caudillo, hacia el acantonamiento de Torin o el puerto de Guaymas.

De esta suerte, en seguida de nombrar a Francisco R. Serrano, joven de brillante talento, ex secretario del gobernador Maytorena y uno de los fundadores del Partido Antirreeleccionista en Sonora, autoridad suprema de Nogales, con el grado de capitán del Ejército revolucionario, Obregón organizó una columna que sumaba 1,250 hombres, con el objeto de ir a la conquista de las poblaciones fronterizas de Cananea, Naco y Agua Prieta.

Pero no fue el nombramiento de Serrano como oficial del Ejército revolucionario el único que expidió Obregón. A José Gonzalo Escobar lo hizo mayor; a Antonio Guerrero, teniente coronel. Luego rubricó otros 15 nombramientos de tenientes; y ya recibidas las primeras armas compradas en Estados Unidos, dio órdenes para la nueva marcha.

No fue Obregón, el único jefe revolucionario que concedió empleos y categorías militares en Sonora. También los jefes de partidas que, ora por considerarse con méritos personales, ora por tener bajo sus órdenes 10 o más individuos armados, quienes se nombraron a sí mismos capitanes, o mayores, o tenientes coroneles del Ejército de la Revolución; y aunque en ocasiones, el procedimiento pareció cómico o bien adquiere los tintes del candor, o no faltó quien le viese como desbordamiento excesivo de la autodeterminación personal o abuso del poder de las armas, y de ninguna manera el comienzo de un nuevo Ejército, y menos de un Ejército que se llamase Constitucionalista, no existe documento capaz de negar que el acontecimiento fue una revelación de la intuición popular, que hallaba una puerta franca, con los fundamentos de la justicia, para ocurrir a las instituciones públicas, a las leyes de la nación y al gobierno y mando de la República.

El suceso coincidió con la formación de nuevas familias e intereses, nuevos nombres y categorías; más no podrá decirse con todo eso surgía un México; sólo que la inspiración creadora iba cambiando y corrigiendo los designios anteriores de la gente; y ésta,

transformada en individuales, brotaba a cada hora que avanzaba el tiempo.

Así, cuando Obregón, a quien los periodistas llamaban general y él lo aceptó con agrado, aunque en la firma de las órdenes a sus subordinados se daba la categoría de coronel; así, se repite, cuando Obregón marchó sobre Cananea y Naco, iba acompañado de una nueva pléyade que crecía y fortalecía el espíritu revolucionario de un pueblo que languidecía en la rutina, la desesperanza, la derrota, la incivildad y la anacionalidad; de un pueblo que parecía condenado a ser eternamente un pueblo rural, ignorante y casi tribal.

Obregón, cuyas son las filas que se acrecentaban numéricamente más y más, puesto que pronto sumaron 4,500 los hombres que le seguían, se encaminó hacia Cananea donde le esperaban, en improvisados atrincheramientos, hechos principalmente sobre los muros del cementerio, los soldados federales al mando del coronel Manuel Moreno.

Mas como éste no era un jefe militar de cuidado, Obregón dejó el proyectado ataque a Cananea para movilizarse sobre Naco, donde estaba el general Pedro Ojeda, soldado pundonoroso, arrojado y con mucha experiencia en el arte de la guerra pero despiadado con el contrario.

Sabía Obregón que iba a enfrentarse a un verdadero enemigo. Así y todo, con un dejo de fanfarronería, le mandó un pliego retándole a que saliera de la población con sus fuerzas a pelear a campo abierto. Los revolucionarios —dice Obregón— querían demostrar su hombradía y la bondad de su causa luchando a pecho descubierto.

Ojeda recibió el pliego de Obregón, y como viejo soldado, sonrió. Su deber era el de defender la plaza y no el de jugar a la guerra, haciendo omisión de su responsabilidad de jefe militar. Con esto, Ojeda quiso dar una lección a Obregón. Y lo logró. Obregón, en efecto, gracias a su clara, y en ocasiones embelesadora inteligencia, comprendió su inexperiencia, y temeroso de un fracaso frente al viejo y valiente soldado que era Ojeda, con justa cautela pospuso el ataque a Naco y volvió a sus planes primeros.

Así, emprendió la marcha a Cananea. El defensor, coronel Moreno, fió en sus trincheras y en dos ametralladoras emplazadas técnicamente. Creyó Moreno que estas dos piezas eran suficientes para causar desmayo a los atacantes; y apenas se acercaron éstos a la plaza, abrió fuego. Utilizó también un antiguo cañón, que no le proporcionó ventaja alguna.

Los revolucionarios, aunque sufriendo pérdidas, avanzaron poco a poco sobre los atrincheramientos, hasta el momento en que Obregón dio órdenes para el asalto; y éste se realizó con tanto impulso y señalada efectividad, que el coronel Moreno se vio obligado a rendirse (26 de marzo); y con Morena entregaron sus armas, dos jefes, ocho oficiales y 322 soldados.

Hecho el triunfo y sin perder horas, Obregón se volvió hacia Naco. Llevaba 4,500 hombres, pero a poco se le unieron otros mil. A la hora del combate, posiblemente —dice la crónica— ascendían a 3,500 aunque más de la mitad carecían de armas.

Ojeda se defendió con mucho ardimiento; mas eran tan grandes el coraje y la osadía de los atacantes, que éstos rompen la línea defensiva de Naco, y Ojeda retrocedió en orden; pero luego, temeroso de que el enemigo se valiese de la retirada para cobrar bríos, huyó precipitadamente a Estados Unidos, llevando consigo a la mayoría de su tropa al territorio norteamericano donde entregaron sus armas a los soldados extranjeros.

En menos de un mes, Obregón derrotó tres veces a las fuerzas federales; se apoderó de tres plazas fronterizas. Fue el dueño, de hecho, del norte de Sonora.

LEVANTAMIENTO EN CHIHUAHUA

Creyendo que, al igual de 1910, el estado de Chihuahua podría ser el cuartel general de un segundo alzamiento popular, uno de los primeros actos del general Victoriano Huerta al triunfo del golpe armado

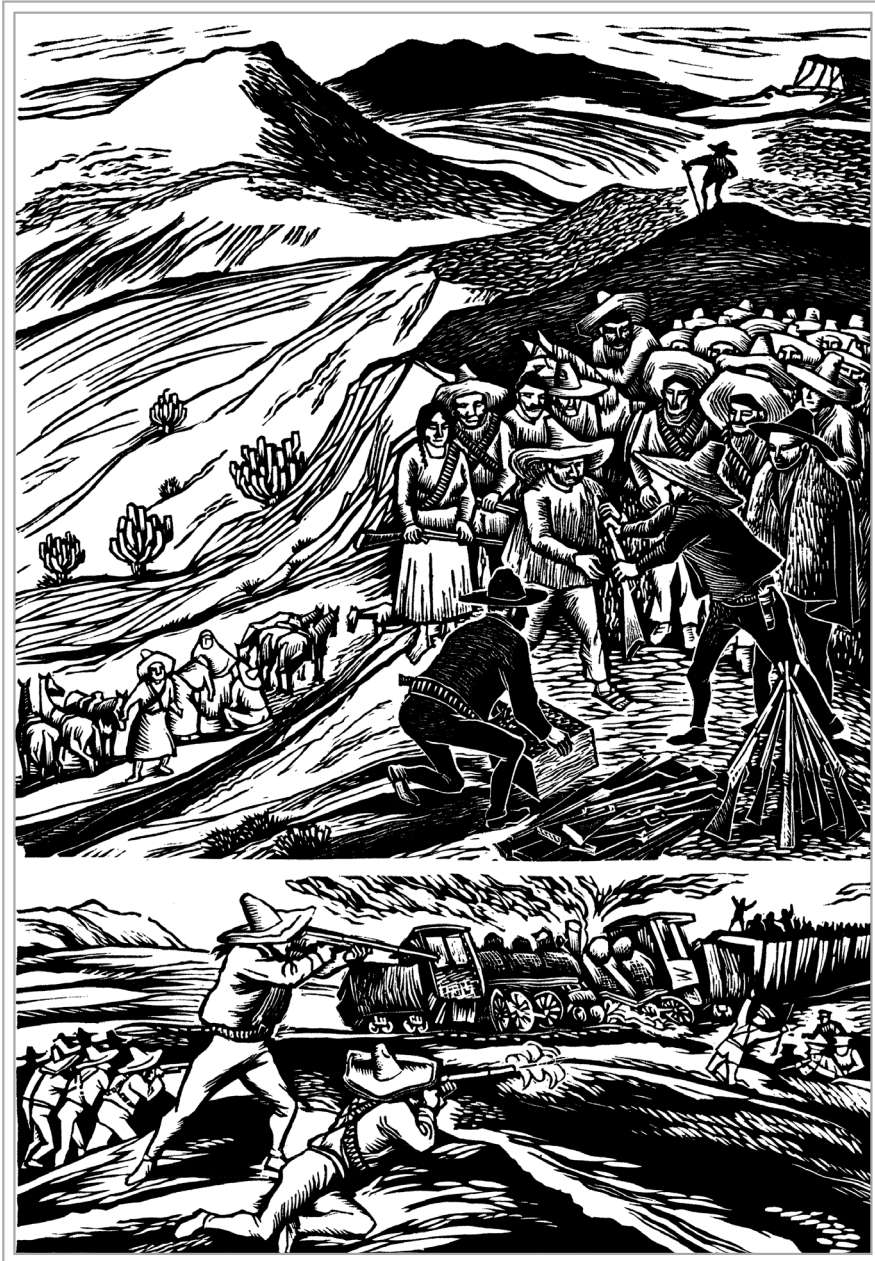
de febrero, fue entregar tal estado a los orozquistas derrotados en 1912, con el notorio objeto de que éstos pudieran dedicarse libre e impunemente al ejercicio de la venganza; porque muchos eran los agravios que se habían cometido maderistas y orozquistas durante la rebelión de Pascual Orozco; pero sobre todo, en seguida de la derrota, los caudillos orozquistas, en su mayoría, se vieron precisados a refugiarse en Estados Unidos.

Con el triunfo de Huerta en la Ciudad de México, el orozquismo volvió a cobrar bríos, y llevado por los apetitos y al igual de 1912, los partidarios de Orozco no dudaron en ponerse a las órdenes de quien derrocó y asesinó a Madero. La facción, pues, resurgió; pero ahora como parte del huertismo.

Este grupo, que seguía capitaneado por Pascual Orozco, procedió, conforme a las órdenes de Huerta, a aprehender y fusilar al gobernador Abraham González; después, a perseguir y castigar a los viejos maderistas, pareciendo que con todos los abusos cometidos por tales individuos, el pueblo de Chihuahua se abstendría de recomenzar sus luchas por la libertad y la democracia. De esta suerte, las autoridades chihuahuenses que habían sustituido a las del gobernador constitucional Abraham González, se dedicaron a ser parte exaltada e inmediata de las exageraciones de terror y venganza que constituía el plan principal de la autoridad huertista.

Sin embargo, la Revolución no era en Chihuahua un artificio político. Había producido en la masa rural nuevas e irrevocables virtudes; era una idea y un ser latentes. Los tales maderistas chihuahuenses sólo esperaban la aparición de un jefe, para reiniciar la lucha armada suspendida en 1911. Quién sería tal hombre, era cosa secundaria. Y por cosa secundaria, al surgir el caudillo, se abrazaron a Francisco Villa; aunque en éste vivía el alma de la horda, unida al poder de un cuerpo organizado.

Villa, prófugo de la prisión militar de Santiago, en la que estaba como acusado de insubordinación a Huerta en la campaña de 1912



*Las guerrillas contra la dictadura de Victoriano Huerta. Grabado de Alberto Beltrán.
Taller de Gráfica Popular, 1947*

contra Orozco, se había refugiado en Estados Unidos; y allí le llegaron las noticias de la sublevación en la Ciudad de México y de la caída y muerte de Madero. Allí también proyectó su vuelta a México, con el propósito de combatir por la reivindicación del maderismo.

Para la nueva lucha, Villa requería dinero, armas y municiones; y a su solicitud, el gobernador de Sonora, José María Maytorena, acudió pronto a ayudarlo. Así, a los primeros días de marzo (1913) pudo comprar carabinas y cartuchos, al tiempo que se ponía de acuerdo con los pocos amigos de confianza que tenía en las cercanías de El Paso (Texas), para reiniciar la guerra.

Ocho hombres se dispusieron a seguir a Villa; y con esos hombres, Villa entró (6 de marzo) a territorio mexicano, y avanzó resueltamente hacia el sur.

Aunque Madero le había habilitado como revolucionario, Villa no era individuo de limpia fama; mas esto no fue obstáculo para que arrieros y abigeos, barilleros y mineros, peones y vaqueros se unieran a su partido, conforme el nuevo capitán iba avanzando en busca no tanto del enemigo, cuanto de los medios que necesitaba para organizar y armar gente.

Pero no sólo soldados y carabinas quería Villa; querría caballos. La idea de vencer las distancias, los desiertos y de caer violentamente sobre las guarniciones de soldados federales en una lucha de pega y corre, mientras lograba organizar a la masa rural que mucho amaba y que entendía en sus pensamientos y designios, le hizo comprender la necesidad de los jinetes; y como a este propósito de Villa se unía el deseo de la gente rústica de poseer un caballo, puesto que el poseer este animal equivalía a realizar un ensueño dentro de la vida rústica de México, Villa con sus planes logró atraerse en pocas semanas la admiración y el respeto de los pueblos y aldeas de Chihuahua.

No era la suerte lo que favorecía a Villa. A éste le favorecía su privilegiada intuición. Sería difícil hallar en la época que remiramos, otro hombre con la cualidad de percibir clara y prontamente los de-

seos del pueblo, como si éste se los comunicara en secreto. El alma de Villa era un reflejo del alma popular. La altísima idea de justicia, muy peculiar en la mente de la gente del pueblo, estaba tan idealizada en el corazón de Villa, que éste llegó a creer que él, nadie más que él, temía dentro de sí propio una justicia aplicada, y que por lo mismo todo lo que dictaba y hacía estaba dosificado por esa idea, en cuya práctica no podía existir el error.

Tanto arraigo tenía en Villa ese concepto de la vida y del pensamiento rústico, que así como lo captaba del prójimo también sabía reproducirlo en el prójimo; y por esto, sin necesidad de ser orador, ni político, ni maestro arrastraba a la gente hasta llevarla al éxtasis del entusiasmo y de la obediencia.

Tanto poder innato había en Villa que un mes después de haber entrado a suelo mexicano, casi en las transformaciones del caudillo, capitaneó a 500 individuos, y unas semanas más tarde, marchaba al frente de 1,200 jinetes; porque toda la gente que se reunía para seguirle, podía ir mal armada y peor municionada; pero, eso sí, iba bien, muy bien montada. La ambición del más rústico de los mexicanos de verse sobre un caballo a manera de signo de progreso, la realizaba Villa. En ocasiones, ese solo acontecimiento bastaba para que los individuos fueran tras de él, como si se tratara de una procesión triunfal al través de los pueblos, y en la cual, a pesar del aprecio a la vida, no se temía a la muerte.

Con tales hombres y dentro de tal medio, Francisco Villa inició la guerra dirigiendo a su gente con tanto absolutismo a par de audacia, que ignorando todos los códigos, las disposiciones que dictaba eran, casi sin excepción, a su voluntariedad y antojo.

De esta manera, y como tenía necesidad de dinero para los gastos de la guerra, no sólo impuso préstamos forzosos sino que confiscó todo el ganado vacuno que tuvo a la mano. Lo confiscó y lo mandó vender a los comerciantes de Texas a cambio de armas y municiones. Decomisó también caballos, y aquello que consideró

útil para la beligerancia de su gente. Lo único que respetó, fue la producción de metales. Parecióle que coger el oro y la plata de las minas de Chihuahua constituía un robo. Además, debió considerar que un acto de esa naturaleza equivalía a echarse la enemistad de las compañías mineras que eran norteamericanas, y con lo mismo malquistarse con el gobierno de Estados Unidos.

Y no sólo quiso abastecerse de cuanto le podía ser necesario para las operaciones de guerra, antes también se propuso impartir justicia. Erigióse, al efecto, en juez supremo de sus fuerzas y de los pueblos que iba conquistando; y para hacer más patente su deseo procedió a escuchar personalmente, en las horas de paz, a los trabajadores de las haciendas ganaderas; y como tuviera noticias de que el administrador de una finca daba mal trato a los peones, mandó aprehenderlo, y como escarmiento, ordenó que se le fusilara.

Ya en este tren de justicia, hizo saber que estaba resuelto a salvar de la miseria a sus "hermanos de raza", y se declaró jefe de los "hombres libres que sabrán conquistar su libertad"; y aunque dentro de tales palabras no escaseaba el candor de quien ignoraba lo que acontecía más allá de su corto alcance, creyó que él era el primero que percibía los males padecidos por individuos y comunidades, dando así a su lucha guerrera las singulares características de lo patriarcal. De esa manera ganó mucha popularidad. Tanta así, que nadie le negó la categoría de caudillo del pueblo mexicano, a pesar de sus grandes defectos y del uso que hizo, en ocasiones de la fuerza personal o colectiva, como un vulgar criminal o individuo a quien el miedo hacía obrar precipitadamente por creerse amenazado hasta de su propia sombra.

Sobre las armas

LA DETERMINACIÓN POPULAR

Si el gobernador de Coahuila, Venustiano Carranza, al dar ejemplo de hombradía y constitucionalismo negándose a reconocer la autoridad del general Victoriano Huerta, no vio, como él creía que el pueblo de México acudiera súbitamente a coger las armas para emprender la guerra contra los usurpadores del poder nacional, pudo en cambio advertir que la semilla sembrada iba a ser planta y fruto en el correr de las semanas; porque, en efecto, al pasmo que produjera en el pueblo la sucesión de los acontecimientos de febrero: levantamiento de Bernardo Reyes y Félix Díaz; toma la Ciudadela; cuartelada de Huerta; aprehensión y muerte de Francisco I. Madero y José María Pino Suárez; autoridad huertista y pronunciamiento de Carranza en pro de la legalidad; al pasmo, se dice, que causaron tales sucesos, se siguió la formación de las nubes del odio y la venganza; después, la decisión popular de coger las armas, para pelear contra Huerta y rehacer el triunfo de las libertades y la democracia.

Con esto, los grupos armados, que originalmente brotaron en Coahuila, Sonora, Sinaloa y en la República y las antiguas fuerzas maderistas, primero; en segunda, los civiles que se iban armando poco a poco, en ocasiones con escopetas y machetes, pero siempre espontánea y libremente, comenzaron a ocupar sus puestos de combate.

Así, a las puertas de la Ciudad de México se sublevó Jesús Agustín Castro con las fuerzas del 21o. cuerpo rural, y luego de tomar

el camino hacia el norte del país, hizo público su reconocimiento al caudillo coahuilense Venustiano Carranza.

En Michoacán, Gertrudis G. Sánchez y José Rentería Luviano, jefes de los cuerpos rurales 28 y 41, desconocieron (30 de marzo) la autoridad del huertismo y reinician la guerra. Sánchez tomó el mando de tales fuerzas y se dio a sí propio el empleo de general de división. Hizo brigadier a Rentería Luviano y coroneles a Joaquín Amaro y Cecilio García; y con esto tuvieron tanto calor las ambiciones humanas, y abrió tantas puertas al porvenir de quienes habían sido despreciados, que fueron numerosos los voluntarios que acudieron a sus filas.

Seiscientos hombres, de los cuales sólo las dos terceras partes llevaban un rifle al hombro, aunque otros más iban armados de escopetas o pistolas de todas las marcas y calibres, fueron los comandados por Sánchez al iniciar su campaña guerrera. Con ellos marchó, envuelto por el entusiasmo de él y de su gente, hacia la plaza de Tacámbaro.

Aquí le esperaban los huertistas. Eran poco más de 250, aparte de los vecinos que voluntariamente se unieron a la defensa de la plaza; pues como se había dicho —y la versión era muy socorrida— que los revolucionarios fusilaban a todas las personas que directa o indirectamente hubiesen sido empleados del porfirismo o del huertismo, los aludidos prefirieron coger las armas y pelear.

Sin embargo, tantos eran los bríos de la gente de Sánchez; tanto el miedo de los defensores de Tacámbaro, que la plaza sucumbió (14 de abril) con facilidad.

En seguida del triunfo, iqué de jóvenes se unieron a Gertrudis Sánchez! No iban en pos de quimeras. No hablaban ni pedían ninguna tierra ni cielo de promisión. La gente de Sánchez, como Sánchez mismo, sólo exigía el castigo del huertismo. No se pensaba en un futuro lejano, sino en el cercano y práctico ejercicio de las armas. Los revolucionarios de Sánchez, si no organizados y pertrechados

como los de Sonora y Sinaloa llevaban al igual de éstos el alma de la venganza rural, más que de la venganza maderista.

Sánchez fue, sin duda, el caudillo más importante y osado al sur del Trópico de Cáncer; y en efecto, no sólo le seguía la población de las aldeas, sino que se le aplaudía, puesto que, aparte de su valentía personal todo hacía creer que acabaría con los “riquitos y mandones”, que desde hacía muchos años eran los que gobernaban.

Además, como los huertistas habían aprehendido y consignado atropellada y violentamente a numerosos jóvenes michoacanos, enviándolos al servicio de los cuarteles, los padres de los destinados al Ejército se pusieron sobre las armas; y otros muchos adolescentes temerosos de ser víctimas de los federales, también se unieron a Sánchez; y en pocos días unos fueron tenientes, y los que sabían leer y escribir, capitanes.

Brotos de hombres armados los hubo asimismo en Durango y Tepic. Anteriormente estaban los revolucionarios de Sinaloa acaudillados por Juan Carrasco; ahora que en suelo duranguense, Calixto Contreras y Orestes Pereyra, ambos coroneles desde el levantamiento de 1910, se hallaban de nuevo en la guerra al frente de una fracción del 22o. cuerpo de rurales, y con suma diligencia y desafiando a las guarniciones de las plazas que ocupan los federales, mandaron quemar puentes, derribar postes y líneas telegráficas y levantar las vías férreas, de manera de dejar incomunicado al enemigo, al tiempo que iban de un pueblo a otro pueblo, entusiasmando a la gente y ganando la adhesión de mineros y labriegos, de manera que al final de agosto (1913) tenían reunidos poco más de 2,500 hombres.

No corrieron con la misma suerte los revolucionarios del territorio de Tepic, puesto que se frustraron los primeros intentos para reunir gente y atacar los puestos del huertismo. Y, en efecto, Martín Espinosa y Rafael Buelna, aquél, general maderista; éste, estudiante y secretario del Colegio Civil Rosales, de Culiacán, tuvieron que abrir un intermedio a sus proyectos insurreccionales, pues si no

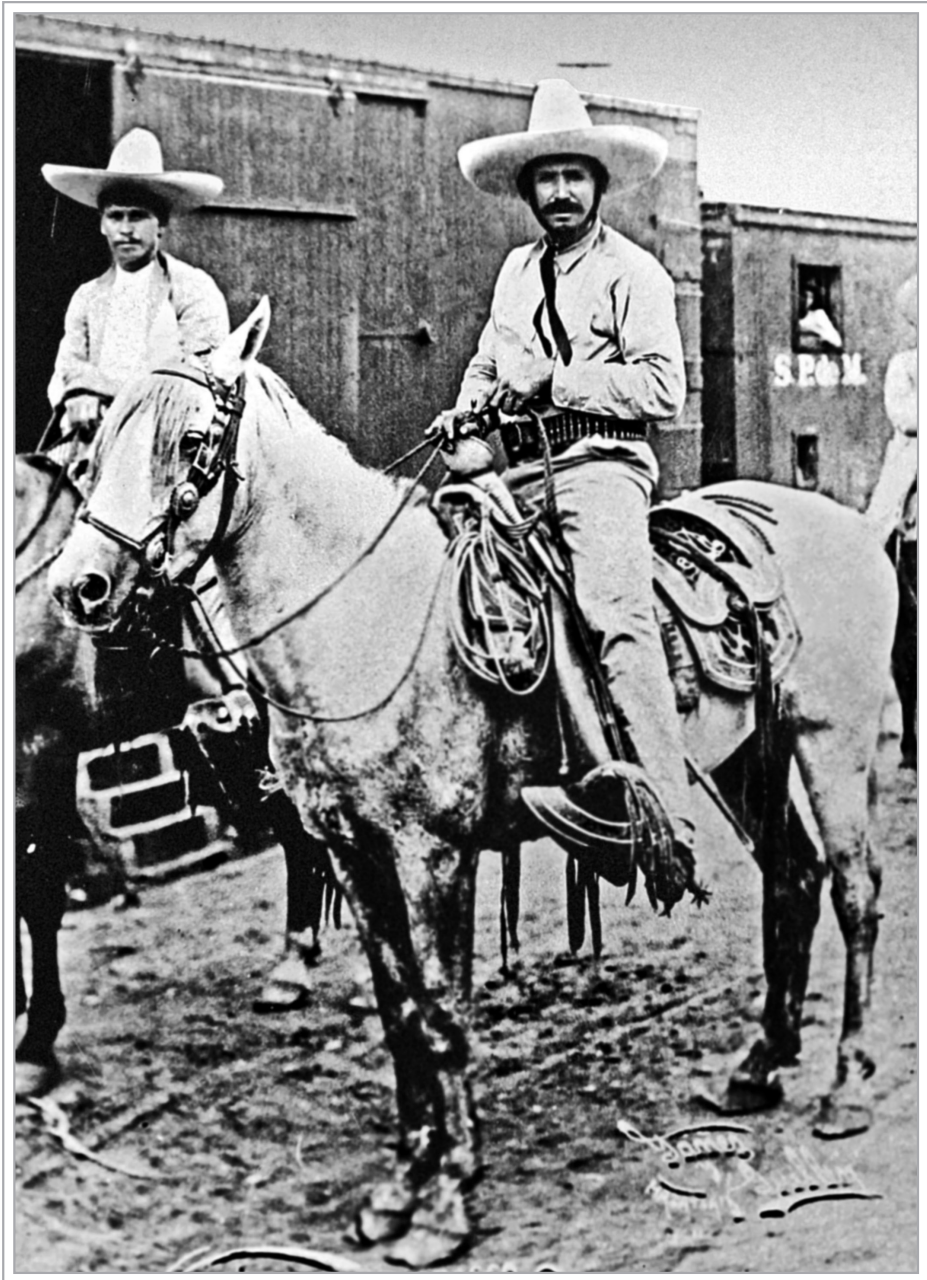
lograron agrupar a los maderistas, tampoco reunieron el dinero requerido para la compra de armas municiones.

Dentro del estado de Sinaloa, como se ha dicho, llevaba el mando de los revolucionarios el improvisado general Juan Carrasco, quien desde el 6 de marzo (1913), en seguida de juntar a los antiguos maderistas en un punto cercano a Mazatlán, mandó un propio a los amigos que estaban en la plaza, y en especial al estibador Ángel Flores, que era individuo de singular resolución, para que le acompañasen en la empresa de “tumbar a Huerta”. Y no era este el único núcleo revolucionario que operaba en Sinaloa. Al norte del estado se habían levantado los primeros días de marzo más de mil individuos, quienes luego marcharon en grupos, a acrecentar las filas de las fuerzas irregulares de Sonora.

El incendio revolucionario cundió, pues, en la República. Fortunato Maycotte, cabo de las fuerzas irregulares de Zacatecas, se hallaba sobre las armas con 200 hombres, cuyas intrepideces duplicaban su número y su acción. Pochutla y Juchitán (Oaxaca) se hallaban en poder de José Baños y Pablo Pineda, ambos de cepa maderista, con muchos ímpetus, pero escasos de armamento.

Los Figueroa —familia de veteranos del antirreccionismo— acaudillados por Rómulo, estaban nuevamente en actitud de lucha dentro del suelo de Guerrero; y para tomar esta resolución no titubearon ni un solo día desde la hora en que tuvieron noticias del asesinato de Madero y Pino Suárez, mientras que en Huejutla (Hidalgo), Francisco de P. Mariel, con 50 irregulares atacó a uno y a dos destacamentos federales, aunque sin hacer grandes progresos debido a que pronto fue circundado por fuerzas superiores.

Los levantamientos, en ocasiones eran tan heroicos como románticos. El 9 de marzo (1913), Porfirio del Castillo, al frente de dos amigos y 14 peones de las haciendas vecinas de la ciudad de Tlaxcala, estableció su campamento rebelde en las estribaciones del Popocatepetl. Allí redactó, firmó y expidió un manifiesto. Llamó al pueblo a las



General Juan Carrasco, jefe de los revolucionarios sinaloenses

armas. Ofreció la libertad, la democracia y el bienestar para todos los mexicanos; y como prueba de sus buenos y firmes propósitos, en seguida del manifiesto, dio a todos y cada uno de sus acompañantes un grado militar; y como el acontecimiento fue conocido en los pueblos de Puebla y Tlaxcala y el incentivo no era despreciable, a poco, Del Castillo vio crecer sus filas; y ya al frente de 250 hombres se acercó a Huejotzingo.

Otras ocasiones hubo en que los alzamientos se apagaron trágicamente, como cuando Camerino Mendoza y su hermano Cayetano pretendieron sublevarse en Santa Rosa (Veracruz) y cayeron en manos del enemigo; ahora que no sucedió lo mismo en Chiapas y Tabasco. En el primero de los estados, Juan Hernández se presentó amenazante en las cercanías de Tuxtla. Traía 80 hombres; pero luego veía acrecentar el número de sus soldados. A las solas voces de “¡Muera Huerta!” “¡Viva Madero!”, Hernández halló apoyo en las aldeas y rancherías, y en unas y otras se le unieron voluntarios; y si su pequeño ejército sólo era de 200 soldados al final de agosto (1913), no por esto dejó en paz a los federales.

En Tabasco, el general en jefe de los revolucionarios fue Luis Felipe Domínguez. Y no sólo en general, pues sabía mandar y gobernar a los hombres. Tenía otra cualidad: quería exterminar los males que sufrió el país. Creía en una justicia que correspondía a la colectividad humana, y por lo mismo trazó un gran cuadro social —quizás uno de los más importantes del 1913 que recorreremos—, decretando “absoluta la libertad del trabajo”, “nulas las llamadas deudas de sirvientes y peones de campo”, “castigados los propietarios de fincas rurales en los casos de flagelación o crueldad con los mismos sirvientes del campo” y reivindicados “los terrenos del Estado que hayan sido objeto de concesiones indebidas”.

Las disposiciones de Domínguez, no sólo incorporaron al pueblo al seno de las leyes e instituciones sino que acudieron al alivio de los dolores humanos, causados no tanto por la naturaleza cuanto



General Luis Felipe Domínguez, jefe de los revolucionarios tabasqueños

por la artera mano del hombre; porque las prohibiciones que dictó el general Domínguez, constituyen un documento que señala evidencialmente cuáles eran las condiciones de vida de la clase rural mexicana en el sur de la República.

Antes de Domínguez, no se había escuchado entre los insurgentes de 1913, palabras tan definidas contra los “grandes terratenientes y concesionarios de tierras”; y aunque esto no era necesario para dar valimiento a la Revolución sí advertía que existían grandes males en México; males que de no ser remediados a tiempo y razón, podían ser causas de constantes violencias, siempre perjudiciales para la felicidad del país.

EL CONGRESO Y HUERTA

Si no al general Victoriano Huerta, sí a los colaboradores de éste, mucho interesaba dar a la autoridad, ya civil, ya militar, ya jurídica del huertismo, todos los visos de gobierno legal; pues si es cierto que la XXVI Legislatura del Congreso de la Unión y la Suprema Corte de Justicia de la nación no perdieron su carácter de instituciones constitucionales, esto aconteció únicamente como una verdad, mas no como una realidad. En la realidad, si el Congreso y la Corte sobrevivieron al interrumpido ejercicio constitucional de Madero, se debió a que fueron sometidos por la fuerza.

Además, por lo que respecta a la Cámara de Diputados, ésta se hallaba compuesta de un grupo de amilanados y desertores del maderismo, que querían seguir disfrutando del empleo con el pretexto de intentar una oposición al huertismo, a pesar de que notoriamente el Congreso estaba bajo el poder de un régimen de cuartel, todo lo cual hacía que el cuerpo legislativo sólo fuese un aparato complementario a los intereses del huertismo.

Verdad es que el abandono de un partido, para ser parte de otro partido no era causa para que el Congreso perdiese su vali-

dez constitucional. Los diputados y senadores pudieron mudar de color político y esto no significaba la pérdida de la constitucionalidad de la rama legislativa. Más lo que señalaba la falta de la legalidad del cuerpo deliberante, era el sometimiento de los votos de los diputados y senadores al poder de las armas que acaudillaba Victoriano Huerta.

Del origen violento del huertismo y de la falsedad en la cual, por falta de libertades y seguridades constitucionales, existían los poderes de la nación, se establecía que los individuos adueñados del gobierno nacional, no poseían los fundamentos jurídicos, morales y políticos del Estado y que por lo mismo sólo significaban una autoridad imperiosa sin más base que la fuerza y el atropello.

Esto, sin embargo, no debió producir preocupación alguna a Huerta, cuya vida había sido siempre tan ajena a la civilidad de la República, de manera que su norma autoritaria consistía en una política de disimulo hacia quienes daban la idea de disfrutar de libertades; de violencia y amenaza hacia quienes consideraba una amenaza para los intereses del huertismo. La política de Huerta, pues, se movía gracias a los caprichos personales del propio Huerta.

Y ese trato que llevaba sobre la población general, fue el mismo que dio a los diputados maderistas que se apellidaban *renovadores*: pues mientras tales diputados sirvieron para dar barniz de legalidad al huertismo, Huerta les toleró. Y no sólo les toleró; sino que les estimuló para que le sirvieran de supuesta oposición y dieran fuerza de ley a proyectadas elecciones presidenciales y al empréstito que, angustiosamente, pretendía contratar el ministro de Hacienda.

Con la presencia, pues, de maderistas y ex maderistas ni descorazonados y desilusionados, la Cámara de Diputados, bajo la batuta de Querido Moheno y Nemesio García Naranjo cuya oratoria altisonante servía al juego de la política y al juego de la ambición, daba la idea de la existencia de un gobierno que era autoridad legal y voluntaria.

Tal idea se reflejaba sobre la República, sobre todo en los lugares dominados por el huertismo; pues sin muchas demoras, ni explicaciones políticas, ni normas constitucionales, los gobernadores maderistas habían sido derrocados y sustituidos por jefes militares; también, en pocos casos, por civiles de reconocida filiación contrarrevolucionaria, y como consecuencia de todo eso, si no el aparato completo del régimen porfirista, sí los principales sistemas y sostenes de éste, tales como las jefaturas políticas, volvieron a estar de moda, lo cual sirvió para que el mundo popular viese con mayor horror la entronización del huertismo, y para que la gente rural se siguiese uniendo voluntaria y gozosamente al constitucionalismo.

Mas lo que interesaba a Huerta, no era tanto la murmuración pública cuanto los designios, ya ocultos, ya francos, de los políticos; de los políticos del “viejo cuño”; pues tenía la idea fija que sólo esos individuos podían recompensar al país, si para esto se entregaban, como en la época porfirista, en cuerpo y alma a servir a la autoridad.

De esta manera, la vigilancia principal del huertismo, además de la que se hacía a los simpatizadores de la Revolución, estaba enderezada sobre los diputados y senadores. Estos desdeñados por Huerta, quien parecía convencido de los peligros de las intrigas senatoriales, se consideraron perdidos en los negocios políticos, y con mucha discreción acusaban de ingrato al general Huerta, al mismo tiempo que incitaban a los viejos maderistas para que emprendieran la lucha contra el propio Huerta.

Difíciles de trato para Huerta eran los diputados. No los diputados maderistas que continuaban sirviendo de puntales al huertismo, sino los que figuraban en la nómina de partidarios del propio general; porque Huerta se había percatado cómo cuatro de aquellos representantes estaban coligados, y se hacían apellidar *cuadrilátero invencible*; y cuán unidos trabajaban para obligar a Huerta a que les invitase a colaborar a su lado. La idea, la sola idea de que les llamaran *secretarios de Estado*, era suficiente para hacerles creer que, al

fin, habían alcanzado la misma categoría de los ministros del general Porfirio Díaz, puesto que en los felices años de los que disfrutó el porfirismo, como el presidente de la República era inamovible, la única y grande esperanza que tenía un político de alcanzar nombre y fama, era la de ser miembro del gabinete presidencial, lo cual equivalía a la más alta categoría en las funciones del Estado, ya que la principal, la del presidente, era un monopolio inalineable de don Porfirio.

Por todo esto, el Congreso era objeto de una vigilancia especial. Además, el general Huerta hacía que los diputados del *cuadrilátero* estuvieran siempre en comunicación directa con él dándoles a entender con lo mismo que de un día a otro podrían ver coronadas sus ambiciones. Con esto, era posible definir la condición que mediaba entre Huerta y el Congreso de la Unión.

LA SITUACIÓN ECONÓMICA DEL PAÍS

Los sucesos de la Ciudadela, primero, y los que se siguieron a éstos, después, produjeron una grande y grave lesión en el cuerpo nacional. La lesión, sin embargo, fue más profunda en los organismos económicos del país, ya de suyos endebles, ya lastimados previamente por los acontecimientos de 1910.

Al igual de otras naciones, ora industriales, ora rurales, la economía de México no estaba basada sobre el poder de una riqueza natural del suelo, sino sobre las excelencias pacíficas. Esa idea de paz había alcanzado tan alto concepto, que constituía la garantía monetaria, la empresa mercantil y la protección industrial o agrícola. El crédito dependía más de la confianza oficial, que de una reciprocidad humana. De la seguridad que prestaban los Estados provenían los créditos sustanciales; y esto que ocurría en el mundo se experimentaba fuertemente en México, máxime que el régimen porfirista le daba la categoría de palabra de orden.

De esta manera, los beneficios administrativos alcanzados por el régimen porfirista, apenas iniciada la Revolución, vinieron a menos; y los créditos domésticos y externos de México sufrieron una fuerte merma. Sin embargo, como fue muy vigoroso el impulso crediticio que el gobierno del general Díaz dio al país, los negocios privados continuaron protegidos por la inercia; mas con los acontecimientos de febrero, empezó un descenso mercantil, industrial y agrícola; pero principalmente agrícola, porque excluyó del mercado la producción azucarera del estado de Morelos, que era la más importante de la República, puesto que el suelo morelense estaba en poder de los zapatistas y éstas, queriendo cobrar los agravios que les habían causado los hacendados, pero sobre todo los mayordomos, quemaron fincas y destruyeron la maquinaria de los ingenios, con lo cual el país sintió la primera depresión de su economía.

Después, como los grandes propietarios de Puebla y México tomaron el camino del destierro voluntario y por lo mismo redujeron al mínimo el trabajo en sus haciendas, la República experimentó una segunda merma en su economía; y como por otra parte, el año de 1913 fue escaso de lluvias, la producción de maíz y frijol se redujo hasta en un 50 por ciento en el centro de la República, lo cual ocasionó una disminución en los negocios mercantiles. El poder adquisitivo de la clase rural, mermado durante la primera década del siglo, como consecuencia del desarrollo de las naciones industriales y de la desvalorización del peso mexicano y el aumento en el costo de la vida, acusando una merma, indica, si no con estadísticas precisas, sí específicas, que la población rústica de México vivía en un promedio de 10 pesos anuales per cápita.

Esta situación de pobreza e incertidumbre fue mayor después del golpe de febrero y como resultado de los temores que suscitaron como motivo de la actitud de Carranza y de los levantamientos populares en diferentes lugares de la República. Así, en virtud de todo

eso, la minería, que era una de las fuentes de trabajo —también de riqueza— de México, disminuyó sus explotaciones; las exportaciones de café y ajonjolí que hacían en Chiapas, Oaxaca y Guerrero, descendieron en un 45 por ciento, reduciéndose, con lo mismo, los ingresos aduanales.

Como consecuencia de ese decrecimiento en las explotaciones mineras, la acuñación de monedas de plata bajó en un 50 por ciento y la moneda fraccionaria que constituía el meollo de la vida del pobre, puesto que el comercio de víveres se desenvolvía en torno a una economía en la cual la unidad monetaria más popular era el quinto, empezó a escasear y, con lo mismo, la desconfianza fue mayor entre la pobreza rural.

La producción petrolera, no obstante que al comienzo de 1913 ascendió a 25 millones y medio de barriles, en el mes de agosto suspendió hasta un 50 por ciento de sus trabajos de explotación, debido a que sus técnicos y directores, temerosos de las amenazas revolucionarias abandonaron el país. A esta emigración de los expertos petroleros contribuyó la presencia de barcos de guerra norteamericanos en aguas mexicanas del Golfo; pues se entendía que el gobierno de Washington, alarmado por el rumbo que tornaban los negocios de México, enviaba su Marina con el objeto de proteger la vida e intereses de sus connacionales.

De otras características, aunque también obrando sobre la economía nacional, era el problema que se presentaba a la vista en la Ciudad de México donde, como consecuencia de la concentración de quienes huían del interior y de las costas mexicanas, para refugiarse en la capital, escaseaban las viviendas, aumentaba el número de desocupados y se dificultaba el comercio de comestibles.

Ante todos estos negocios públicos y económicos, la inteligencia porfirista que había movido el alma ambiciosa y desasosegada del general Huerta, presentaba a éste una serie de programas casi ridículos, no tanto por lo que en ellos se proponía, cuanto porque

eran contrarios al espíritu de la guerra en la que estaba sumido el país. La inteligencia proponía, al efecto: cambios en los sistemas educativos, fraccionamientos de terrenos, reorganización de las Secretarías de Estado, reformas al código penal, organización de cooperativas. Todo, todo esto, con lo cual se pretendía aliviar una situación de manera que el general Huerta reconociera que sus salvadores, en el caso de llegar a serlo, no eran soldados sino los intelectuales, tenía las semejanzas de lo quimérico. Muy demorados, en efecto, llegaban los caudillos de la inteligencia, para apaciguar a los mexicanos y hacerles olvidar el crimen constitucional y humano cometido en febrero.

Huerta daba aparente apoyo a los designios de los antiguos y nuevos personajes políticos; y es que les consideraba no como fundamentos de una autoridad, sino como adornos de tal autoridad, de manera que él, Huerta, podía seguir dirigiendo una política que se representaba en tres palabras: cárceles, dinero y soldados. Sin esta trilogía, bien sabía Huerta que su poder estaría en peligro incesantemente.

Era, pues, el plan de Huerta, basado en la urgencia de las cárceles, el dinero y los soldados, un plan de acción autoritaria, que obligadamente tenía que vencer los accidentes que día a día se presentaban a su poder: primero, la lucha de apetitos que se desarrollaban en el seno de la Cámara de Diputados y que presidían, golosa y ambiciosamente, Querido Moheno, Nemesio García Naranjo, Francisco M. Olaguíbel y José María Lozano. Después, el desacuerdo franco y abierto con el brigadier Félix Díaz, los felicistas y los amigos y partidarios del difunto general Bernardo Reyes.

Díaz, en efecto, esperaba la convocatoria a elecciones nacionales con la optimista idea de ganar la presidencia. Huerta, por su parte, hacía lo posible para deshacer tal proyecto y prolongar indefinidamente su autoridad, no sin que para ello, manejando a los *líderes* del Congreso, abusara de la ingenuidad del brigadier Díaz.

Sin embargo, si el general Huerta se burlaba de Félix Díaz, como no era éste el único de los generales y porfiristas lastimados en sus ambiciones por el huertismo, no ocurría lo mismo con otros jefes del Ejército, que concurrían convencional o profesionalmente a la defensa del huertismo. De aquí, que entre los antiguos aliados o cómplices de Huerta existiera, y trabajara con intensidad, una conspiración, dentro de la cual los generales Manuel Rubio Navarrete y Fernando González y Cecilio L. Ocón eran los principales y más diligentes directores.

Y tales designios habrían prosperado, de no poseer Huerta mucha sutileza, vivacidad y audacia; pues apenas tuvo las primeras noticias acerca de las intenciones que abrigaban sus ex aliados, sin darse públicamente por entendido de lo que se tramaba, llamó al general Félix Díaz y le pidió que aceptara una misión diplomática en el Japón, mientras que al general Mondragón lo mandaba como plenipotenciario mexicano en Bélgica.

Con todo esto, el general Huerta reafirmó su autoridad central e hizo un ejemplo destinado a los jefes militares en la República, de manera que a partir de ese momento, marchitó a los opositores y estableció su imperio personal. Y no conforme con tales disposiciones, para que de una vez por todas el país convencido de que no existía más que una sola y omnipotente autoridad, el general Huerta nombró nuevos colaboradores eligiendo al caso individuos que consideró sumisos abyectos, para corresponder a la gracia que les otorgaba con el título de secretarios de Estado.

Esta preocupación del general Huerta de mirar, sobre todas las cosas, en lo que atañía a la lealtad de sus colaboradores, le hacía perder de vista la situación económica de la República, que se desenvolvía amenazadora y que si no iba a ser la causa única y principal de un negro futuro, cuando menos serviría como estímulo a los ánimos de la gente de campo, para abandonar una nueva posición de estabilidad y concierto, capaz de asegurar su porvenir.

Para vivir y procurar su auge autoritario, no le bastaría al general Victoriano Huerta domesticar a la gente de su propia casa. Los progresos de los revolucionarios en los cuatro puntos del país; el descontento que en los pueblos producía la leva; las escaseces que empezaban a experimentar los habitantes de la Ciudad de México; el decrecimiento en los negocios industriales y mercantiles; la política *latinoamericana* que seguía el huertismo y la desunión entre quienes compartían la autoridad militar en la Ciudadela, hicieron creer a Huerta que sólo existía un camino a seguir a fin de restablecer el orden y ganar el título de campeón de la paz al que aspiraba desde que aprehendió a Madero y Pino Suárez: el camino de la "mano dura". Porque, en la realidad, Huerta llegó a creer que él, y nadie más que él, era el llamado a ser el héroe de la paz nacional; esto es, a ganar el lugar de un segundo Porfirio Díaz.

Muy difícil era, para un hombre ignorante de la vida civil y ajeno a los sentimientos humanos, entender que había muchos caminos para conducir al pueblo de México a mejores condiciones de vida social y económica. Huerta, en efecto, sólo creía en la vieja escuela de la autoridad indiscutible. Dentro de aquel hombre, que no pudo detener su atropellada mentalidad, para evitar el crimen cometido en las personas de Madero y Pino Suárez, no era posible que se presentase alguna de las fórmulas que da la razón a los gobernantes, a fin de que éstos estén en aptitud de imponer el orden y de reconciliar los ánimos de los individuos y la sociedad.

Huerta no podía seguir la doctrina de Juárez, como la seguía Carranza. Juárez significaba la ley, y Huerta era la antiley. La afirmación de que él, Huerta, se sostendría en el poder *costase lo que costara*, era la perfecta manifestación de su antijuarismo. Las normas de tal hombre correspondían más que a Juárez a la escuela elemental del porfirismo, y por lo mismo hizo dentro de él la idea de que la violencia

no sólo tenía los caracteres de lo indispensable sino también de lo indiscutible.

Daba más consideraciones de apoyo a tal creencia el hecho de que para la clase selecta de México la caída de Madero se había debido a la debilidad del presidente. Y esta idea, tan falsa como infortunada, llenaba aquellos días impulsivos y trágicos de México. ¿No Huerta había dicho, como quien encuentra la cuadratura al círculo, que nada podía subsistir en el país “sin la vara de la fuerza”?

Con tan insano principio, ajeno a los preceptos de la civilización, Huerta aprobó el crimen político y en seguida de aprobarlo lo puso en ejecución, como ya lo hemos visto; ahora que eso no bastaba para llevar tal doctrina en aras de la paz y bienestar de la República.

Por esto mismo, sin necesidad de hacer mayores consultas a la conciencia ni a la ley, aprobó el asesinato del diputado maderista Adolfo G. Gurrión; después el del diputado Serapio Rendón; luego, el del profesor Néstor E. Monroy, el de Juan Pedro Didapp y el de Pablo Castañón. También conocería, sin darle importancia alguna, el informe de que el viejo periodista A. Cabrera, individuo comido por los achaques y la decrepitud, había sido secuestrado en Zacatlán, hecho objeto de las burlas de los soldados y por fin ejecutado, sin más causa que los odios de los antiguos porfiristas, quienes no le perdonaban los ataques literarios al general Díaz.

Y los asesinatos seguían, unos en la Ciudad de México; otros en los estados. En la capital, fueron asesinados el poeta y periodista nicaragüense Solón Argüello y el doctor y senador Belisario Domínguez; aquél acusado de escribir unos versos contra la usurpación; éste, por haber dicho un discurso antihuertista en el Senado.

Con tales crímenes, el huertismo advertía que no iba a detenerse para castigar con sangre a quienes se opusieran a los designios del general. Advertían asimismo que la violencia no sería aplicada únicamente en la Ciudad de México, antes también en los pueblos; ahora que en éstos, las autoridades militares hallaron una manera que



El senador Belisario Domínguez protesta contra el cuartelazo, 1913. Grabado de Ignacio Aguirre. Taller de Gráfica Popular, 1947

creyeron más eficaz para sembrar el terror de la “mano dura” entre los simpatizadores de la Revolución; y al efecto, los comandantes de zona discurrieron aprehender y consignar al servicio de las arenas a quienes tenían inclinaciones revolucionarias, de manera que el vecindario lugareño vivió en verdadera zozobra, pues bastaba una pequeña denuncia para que la autoridad militar procediera contra el denunciado.

De ese terror de gobierno, no era Huerta el único responsable; porque tenía colaboradores como el doctor Aureliano Urrutia, a quien llamaba *ministro de Gobernación*, y quien escudándose en sus habilidades de cirujano, y de hombre de ciencia, no se tentaba el corazón para que sus subalternos cometieran o insinuaran actos contra la vida de los hombres; y como Urrutia se sentía apoyado por Huerta y estimulado por sus compañeros de gabinete, las manifestaciones y efectos de la violencia huertista abarcó a todo lo ancho y todo lo largo del país.

No se entendería el ejercicio de esa maldad de no saberse que la representación de la autoridad civil, dentro del huertismo, estaba en manos de políticos noveles, quienes creyendo que la consolidación del régimen porfirista se había debido exclusiva y específicamente a un fuerte y despiadado pulso del general Porfirio Díaz, y no a las circunstancias dentro de las escuelas se desenvolvía la sociedad mexicana en el último cuarto del siglo XIX, alentaban a Huerta a seguir por el camino elegido.

Con tales procedimientos y pensamientos, mal hacían los políticos huertistas al país; mal al régimen porfirista, porque sí es cierto que dentro de éste, en sus comienzos, no escasearon los asesinatos políticos, verdad también que no fue la violencia, como ya se ha dicho, el único instrumento utilizado por el general Díaz para pacificar; tampoco —de haberse seguido los métodos del porfirismo— el año de 1913 tenía la misma contextura del 1876. Otro, pues, fue el origen de la estabilidad porfirista. Y tan precisa es la afirmación,

que mientras Díaz abrió una época crediticia al país, Huerta la cerró —y esto, para una larga temporada.

En efecto, fue tan falsa y condenable la acción impulsiva del huertismo, que éste no estuvo en aptitud de negociar el empréstito proyectado por el secretario de Hacienda, Esquivel Obregón, del cual ya se ha hablado. Además, como Esquivel había envuelto el empréstito con un embargo de las rentas aduanales, ya de suyo decaídas como consecuencia de la guerra civil, y pretendía una conversión total de la deuda exterior, e inventaba al mismo tiempo un contrato para la inversión de bonos del erario nacional, y pretendía arreglar con el Banco de París un adelanto de 5 millones de pesos oro a cuenta del empréstito, mientras que por otro lado negociaba con intereses británicos para que éstos absorbieran una parte del préstamo, todo eso rizo más difícil el acoplamiento financiero a un solo propósito, máxime que todos esos problemas que se suscitaban en torno a la ayuda exterior, tenían los signos de las incertidumbres de unos y las ambiciones de otros. Así, Huerta desesperaba viendo que no era posible realizar un pronto arreglo de dinero, que era una de sus esperanzas a fin de tener los suministros necesarios para la guerra.

Sin éstos, Huerta no podía realizar su proyecto de elevar a 100 mil el número de sus soldados, pues el Ejército, seis meses después de los sucesos de febrero, gracias a la leva y a las armas que había comprado Madero, sólo tenía 58 mil soldados, incluyendo a los cuerpos rurales. En lo que sí estaba más fuerte el ejército de Huerta era en el arma de artillería. Esta había sido duplicada en su número y calibre de sus piezas, como acrecentada estaba la cantidad de ametralladoras. Además, el Ejército esperaba ser reforzado con una escuadrilla de aeroplanos Bleriot, que si en la práctica no fue útil, se debió a que los técnicos del arma admitieron que era necesario instruir y organizar previamente a los pilotos.

No fueron éstos los únicos dispositivos de Huerta a fin de aumentar y mejorar sus fuerzas armadas. Al efecto, para el mando del Ejér-

cito eligió a los más sobresalientes generales: José Refugio Velasco, Fernando Trucy Aubert, Antonio Rábago, Pedro Ojeda, Luis Medina Barrón y Joaquín Maass.

Sin embargo, todos los recursos que ponía Huerta al alcance de sus generales, para fortalecer al Ejército, no constituían la garantía perfecta a fin de hacer volver la paz a la República. Huerta mismo no se explicaba qué sucedía; pues si sus soldados eran insuficientes para restablecer la tranquilidad nacional, el terror de Estado tampoco bastaba para apaciguar a la población civil y sembrar el temor entre los antiguos maderistas y los nuevos maderistas. Si de otro lado, tampoco se podía alcanzar tal objeto mediante las promesas que hacían los literatos de la política huertista de iniciar una legislación social, ¿qué debería hacerse para apaciguar la República y dar a ésta las satisfacciones del bienestar?

Las noticias de carácter militar procedentes de Sonora tenían desazonados a los huertistas. La derrota del general Ojeda en la frontera del norte; la retirada precipitada y desordenada de los destacamentos de los orozquistas y soldados federales en las haciendas y pueblos de Chihuahua frente a los progresos de la gente de Villa, empezaban a preocupar al general Huerta, quien no comprendía cómo los grupos armados, pero desorganizados de los revolucionarios podían derrotar al tradicionalmente vigoroso Ejército Federal. El general, al efecto, hacía omisión en sus consideraciones del poco o muy poco valor moral que poseía el soldado reclutado por la fuerza frente a los guerrilleros empujados por los vientos de muchas y grandes esperanzas.

LA AUTORIDAD DE CARRANZA

A la mitad de 1913, la autoridad nacional de México se hallaba dividida y subdividida en tantas partes como caudillos y cabecillas existían a lo ancho y largo de la República mexicana.

Dos eran, en la realidad, los jefes nacionales que, sin tener jerarquía en el estricto sentido de la Constitución, puesto que no estaban ungidos por la Constitución de 1857, mandaban, por derecho moral y de justicia, uno; por derecho de la fuerza, el otro. De esos dos jefes, Victoriano Huerta sólo representaba el poder de las armas, mientras que el siguiente, Venustiano Carranza, era manifiestamente el portaestandarte de la constitucionalidad. No le correspondía ésta por herencia directa; pero como el orden constitucional había quedado interrumpido como consecuencia del asalto huertista, tenía el derecho, como ciudadano y como gobernador de un estado, para convertirse en el abanderado de la Constitución.

La posición de Carranza y Huerta, más que ser parte de un debate de carácter jurídico, era el espejo de la situación que reinaba en el país; porque, en la realidad, México, durante tales días, vivía al margen de los preceptos legales y bajo la autoridad que imponían no tanto Carranza ni Huerta como los jefes alzados que ordenaban a su capricho y voluntad en los pueblos que ocupan con sus huestes armadas.

De esta manera, si de un lado Huerta trataba, con el auxilio de la vieja inteligencia mexicana y del Ejército Federal hacer un mando nacional; de otro lado, Carranza procuraba establecer un gobierno, para lo cual contaba no sólo con el argumento justificativo de la constitucionalidad, tanto por la causa perseguida como por sus cualidades personales.

Y la superioridad de Carranza en los órdenes administrativos y partidistas, era tan notoria, que pronto se hizo obedecer y pronto asimismo empezó a dar forma de gobierno a su autoridad. México hallaría así en Carranza un caso semejante al de Madero y al de muchos otros hombres de 1910 y 1913, que a la primera oportunidad de entrar al teatro público, se revelarían en las virtudes requeridas para el gobierno del mando.

Carranza, como se ha dicho, empezó a organizar su autoridad con un plan que si no le otorgaba la legalidad positiva, sí le concedía



Venustiano Carranza en Piedras Negras, con Alfredo Breceda y Adolfo de la Huerta, entre otros

la legalidad política, justa y racional de la República. Era, pues, con el Plan de Guadalupe, no precisamente el jefe de la nación, pero sí el jefe nacional de una Revolución —de la Revolución Mexicana—, y desde ese momento pondría todos los medios posibles a fin de ganar, popular y efectivamente, una autoridad suprema.

A este fin dirigió sus pasos. De éstos, uno de los más importantes, fue el de dictar muy severas órdenes a los jefes revolucionarios para que conservaran la región carbonífera de Coahuila, pues con esto no sólo destroncaba el sistema de comunicaciones férreas de las tropas huertistas sino que también protegía las reservas de combustible para lo futuro.

En esa misma zona, Carranza dio una prueba significativa de su autoridad; porque habiendo impuesto Jesús Carranza, el hermano del Primer Jefe, un préstamo de 50 mil pesos a la Compañía Carbonífera de Rosita, y habiéndose negado la negociación a satisfacerlo, los revolucionarios prendieron fuego a las instalaciones de la empresa, con grande detrimento para los suministros a los trenes de Carranza, de manera que éste mandó, y al caso fue obedecido, que los jefes de partidas armadas se abstuvieran de exigir dinero, puesto que el constitucionalismo, gracias a la primera emisión de billetes, tenía fondos suficientes para acudir a las demandas de la guerra.

Con lo anterior, Carranza ganó prestigio así como obediencia; y si no totalmente, cuando menos en principio, los guerrilleros, después de aquel atentado contra el propio constitucionalismo, procedieron con mayor cautela; pues pronto disminuyeron los préstamos forzosos, y allí adonde la moneda emitida por Carranza no pudo llegar debido a las condiciones que existían en el país, los jefes de la guerra procedieron a decretar o imponer emisión de papel de circulación obligatoria, al cual la voz popular dio el nombre de *bilimbique*, que era un apellido despectivo.

Igualmente, con mucha calidad de hombre de gobierno, Carranza habilitó agencias consulares a lo largo de la frontera con Estados

Unidos, con lo cual las plazas fronterizas adquirieron auge, y el comercio, en el norte de la República, floreció y favoreció a nuevos intereses mercantiles; porque, en efecto, en tales puntos, el comercio quedó rápida y efectivamente en manos de mexicanos; y así se inició, sin necesidad de una legislación específica, una notable transformación mercantil que se operó en México.

Así, en la frontera norte del país nació un comercio nacional, no sólo con propietarios y empleados mexicanos sino también con dinero de mexicanos; y aunque la etapa había sido imprevista por los caudillos de la Revolución, no por ello dejó de originarse y desarrollarse intuitiva y necesariamente, como resultado de una de las verdaderas causas que animaron a los mexicanos, desde 1910, a empuñar las armas.

Esa función positiva de la Revolución fortaleció la autoridad de Carranza; dio lugar a ensanchar el horizonte revolucionario; despertó más y más las ambiciones de los hombres; hizo no sólo soldados, antes también intereses de la sociedad civil. Ahora, la Revolución no era un mero vehículo político: era también un enjambre en formación de organismos económicos. El nacimiento de esa casta, engendrada por barilleros y *fayuqueros*, fue un suceso de exteriorizaciones intrascendente, quizás para librar lo político y social de lo mercantil, pero, de todas maneras, un acontecimiento del que poco adelante surgiría un poder nacional de consumidores.

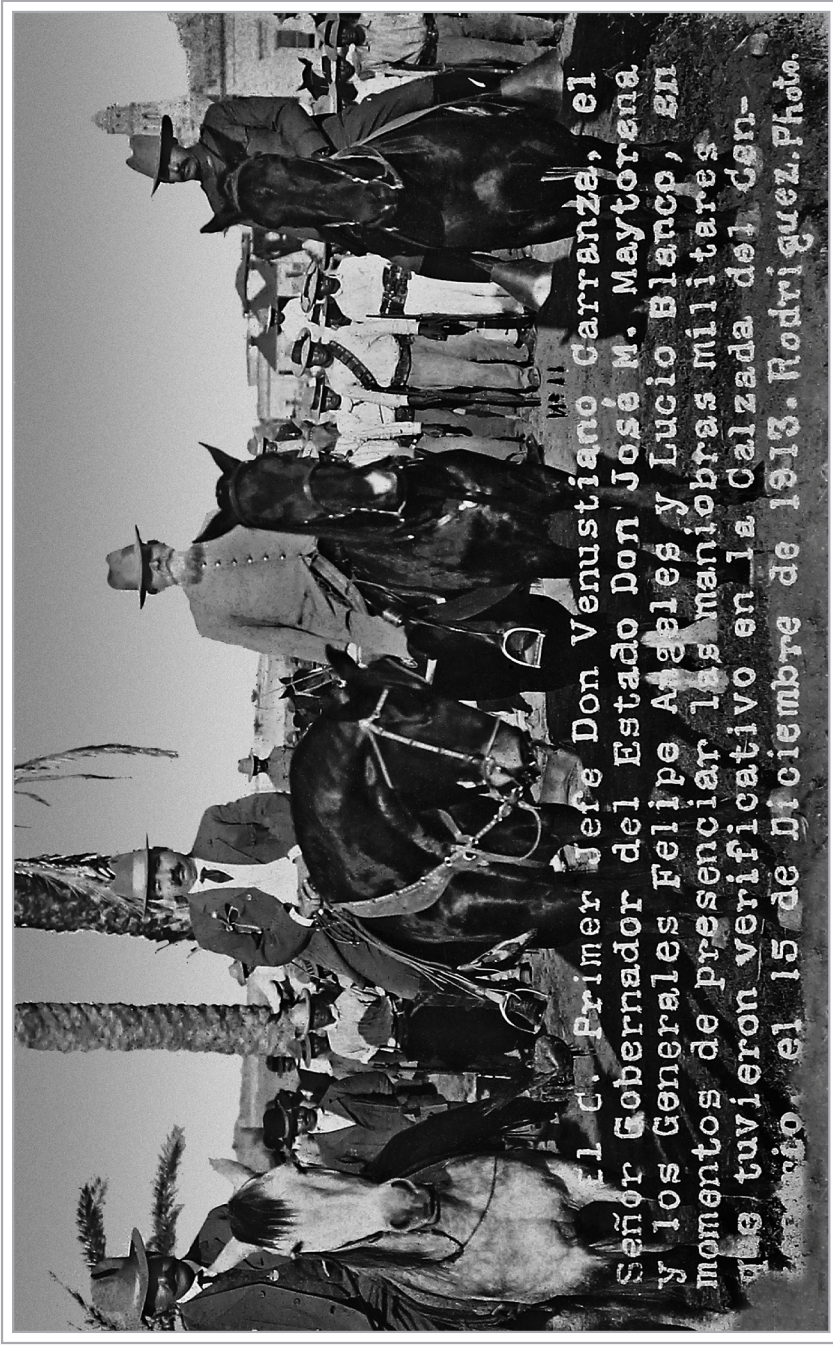
Y esto, que de un lado parecía plausible, puesto que la Revolución atraía hacia sus filas los filamentos más sensibles de México, de otro lado constituía una amenaza para la sociedad, que quedaba en manos de una nueva clase mercantil, que en los días de la guerra tenía todas las ventajas para realizar las especulaciones más hábiles y productivas, sin interesarle las condiciones de la gente que sufría las consecuencias de la lucha armada.

Carranza, en quien esos sucesos no pasaban inadvertidos, fiaba en su personalidad autoritaria y, al efecto, entre otras cosas, no

perdió oportunidad para hacerse sentir cerca de quienes se creían con prerrogativas de precedencia revolucionaria, como en el caso de los lealísimos maderistas. Así, Carranza no despreciaba a quienes habían sido colaboradores de Madero; pues lo que se presentaba con los tintes de antimaderismo dentro de Carranza, y que además parecía una nebulosa partidista, no era más que una acción de la sobresaliente autoridad carrancista que como bien lo sabía el propio Carranza, a la menor debilidad frente a un desenfreno de pasiones, podía derrumbar el principio de mando, con lo cual, de suceder, el país caería en el caos.

Por todo eso Carranza daba cierta pompa a su despacho autoritario, sobre todo a partir de su instalación en Piedras Negras, donde su postulación de gobernante adquirió mucha relieve, porque no sólo expidió nombramientos de generales y desdeñó a los hermanos Vázquez Gómez, y rechazó los propósitos condicionales de algunos grupos insurrectos, y rehusó las discusiones que sobre temas políticos pretendían el ex ministro maderista Manuel Bonilla y otros líderes de 1910 a y dio instrucciones de mucho carácter militar al coronel Pablo González, y mandó a Lucio Blanco para que iniciara la guerra en Tamaulipas, y ordenó la organización de comités llamados *constitucionalistas* en París, bajo la dirección de Gerardo Murillo, y en La Habana bajo la responsabilidad de Juan Sánchez Azcona, y pidió a José María Maytorena, con señalada autoridad, que volviera a Sonora y reasumiera el poder como gobernador del Estado, sino también, como ya se ha dicho, no perdió un momento en las atenciones a la guerra en el estado de Coahuila, y si su gente no obtuvo triunfos como los sonorenses, cuando menos sus soldados, al mando de Pablo González y Jesús Carranza, entorpecieron los progresos de los federales en Monclova y Candela.

Mas como Carranza no era de los hombres que con la expedición de decretos o con la facultad de dar empleos, o con el privilegio de llevar un título de la más alta jerarquía, consideraba obtener el



El C. Primer Jefe Don Venustiano Carranza, el Señor Gobernador del Estado Don José M. Maytorena y los Generales Felipe Angeles y Lucio Blanco, en momentos de presenciar las maniobras militares que tuvieron verificativo en la Calzada del Centenario, el 15 de Diciembre de 1913. Rodriguez. Photo.

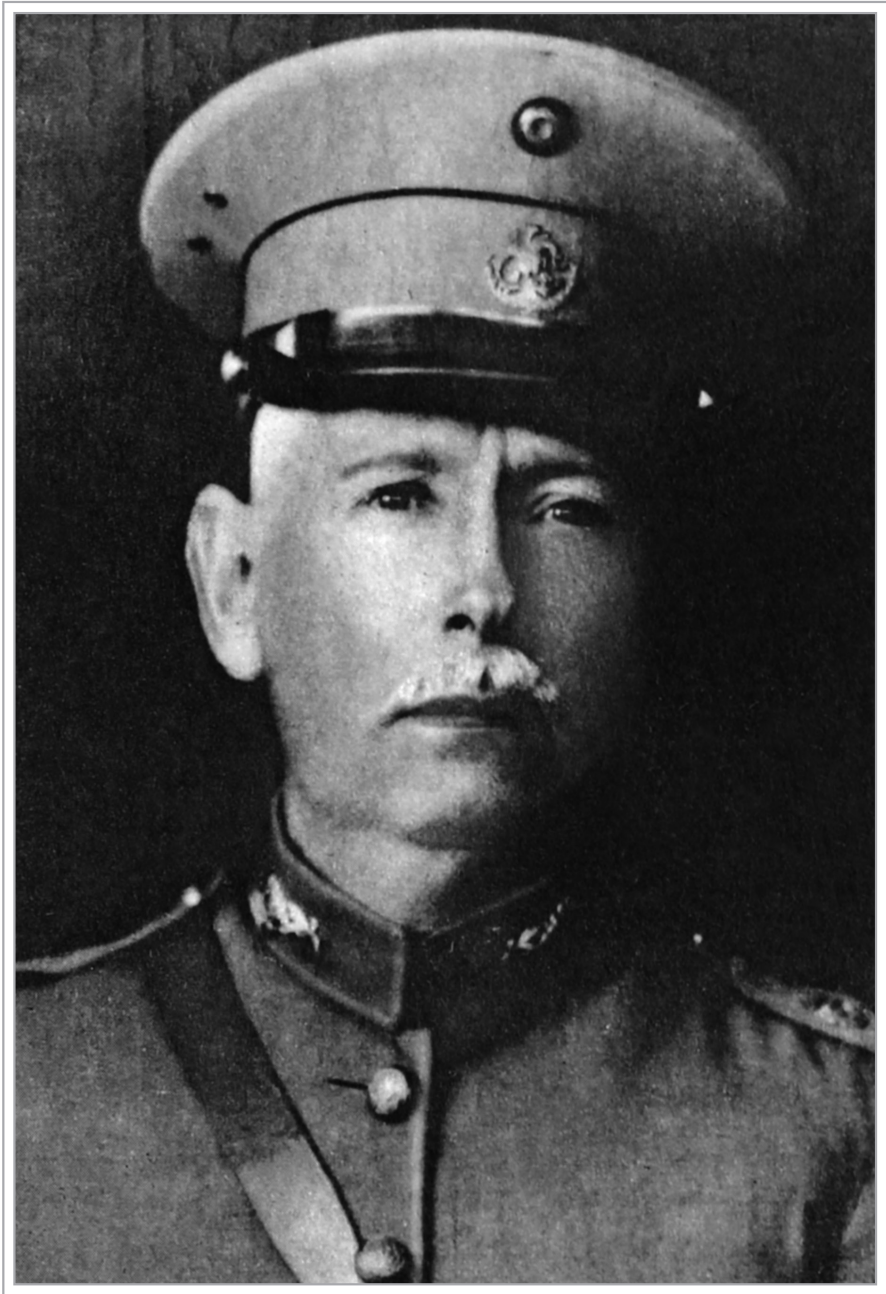
triunfo, resolvería, como se ha dicho, marchar a Sonora, no obstante que necesitaba viajar por regiones dominadas por el enemigo y a pesar de que la marcha tendría que llevarse a cabo en los días de la canícula y de las tempestades.

Carranza, pues, se movilizó hacia Torreón; conoció y trató a los principales jefes revolucionarios del norte; sufrió una derrota en La Laguna; emprendió el camino hacia Durango y dentro de todo esto, pudo estar seguro de que cada jefe revolucionario llevaba en su pecho una grande ambición de gobierno; porque, en la realidad, cada quien se creía con el derecho de mandar —y mandar es el apetito mayor e insosegado del género humano.

Sin embargo, Carranza pensaba en un ejército obediente y pundonoroso. Quizás en esos días olvidó que el pueblo, cuando se entrega a la violencia, hace capitanes a su admiración y antojo, y así, cada cabeza de grupo quiere dirigir y dominar por sí propio.

El Primer Jefe había idealizado el principio de autoridad. Entre los hombres que llevaban las armas al hombro y los pechos cuajados de cananas; los que arriesgaban la vida en la lucha contra los *pelones* —y llamaban *pelones* a los soldados federales, por llevar cortado el cabello al rape— sólo se creía en la libertad, en el odio y la venganza, y no en una constitucionalidad pura y jurídica. Las pasiones humanas vivían a esas horas tan rápido y atropellamiento, que sólo seguían el camino de las exaltaciones y violencias.

Grande, muy grande, debió ser el desengaño de Carranza al roce con la realidad revolucionaria. En Durango, donde los hermanos Domingo, Mariano, Andrés y Eduardo Arrieta habían levantado mucha gente advirtió que éstos no podrían dominar a sus propios soldados. La mayoría de los hombres unidos a los Arrieta, a pesar del desinterés de sus jefes, parecían no tener otra finalidad que el ejercicio de los enconos y el *avance*. *Avance* quería decir el logro en la aventura guerrera; pues como tales hombres, carecían de haberes, bastimentos y vestuarios, sus caudillos se veían obli-



General Eduardo Arrieta

gados a hacer incautación de lo necesario para equipar y sustentar a sus partidas.

Tales hombres arriados, originados en todas las fuentes de la comunidad mexicana, incomprendidos a la primera vista por Carranza y por la propia patria, gustosa siempre del orden y la paz, harían pensar al Primer Jefe en la vida meramente civil de la República; y esto, con tanta anticipación a la restauración constitucional, que Carranza quiso poner en práctica su pensamiento a partir de Durango, en donde nombró gobernador al ingeniero Pastor Rouaix, quien lejos de ser obedecido fue objeto de las burlas de quienes tenían las armas sobre sus hombros.

Esos sucesos que debieron conturbar el ánimo honorable, recto e idealista de Carranza, pero que provenían de los excesos individuales que siempre se registran en las luchas intestinas, se borraron de la mente del Primer Jefe al llegar éste al estado de Sinaloa donde halló otro tipo de caudillos de la Revolución; otro género de soldado revolucionario.

Además, con la presencia de Carranza en Sinaloa, primero; en Sonora, después, empezó el desarrollo de los principios políticos de la Revolución que abandonaron el campo para nuevos y portentosos acontecimientos que iban a sacudir la República y, sobre todo, el alma de la clase rural de México; pues dentro de la lucha armada iba a crearse el espíritu de gobierno y administración civiles; ahora que con esto mismo se desenvolvería el drama de las pasiones humanas a las cuales conduce la sensibilidad que mueve al individuo hacia la conquista del poder.

EL GOBIERNO DE HERMOSILLO

Sinaloa será siempre memorable dentro de los más altos capítulos de la Revolución; y esto, no sólo por los jefes y soldados que dio a la segunda guerra civil; no únicamente por el desinterés y la idealidad

de tales gentes. Será memorable porque allí, en su suelo, se realizó el reconocimiento de las más importantes fuerzas armadas revolucionarias a la jerarquía de Venustiano Carranza. Será asimismo memorable, porque de no haber dado los sinaloenses a Carranza el puente de unión para que pisara un territorio en el cual hallaría todo lo necesario a la victoria del constitucionalismo, las huestes de Huerta ahogan en Coahuila todos los planes del Primer Jefe. De ese gran acontecimiento que fue la puerta franca para Carranza, se desprende una grande e indeleble deuda de la Revolución con Sinaloa.

Aquí y en Sonora, el Primer Jefe hallaría el conocimiento, trato, lealtad, heroísmo y valor requeridos para el triunfo de la causa constitucionalista. Carranza, pues, tendría, en aquel baluarte revolucionario, manifiesto en Sinaloa y Sonora, todo lo que podía darse a un caudillo —y ello a pesar de que su nombre apenas sonaba en el país—: la confianza, la seguridad y el apoyo que dictaba el amor que entre sinaloenses y sonorenses se sentía; hacia las libertades públicas y el odio que se experimentaba contra la violencia, la usurpación y el crimen.

De lo que Carranza sintió al hallarse frente a una nueva pléyade mexicana representada en los caudillos de Sonora y Sinaloa, e inspirada por el deseo de la guerra y del triunfo, no se halla hacia nuestros días un documento por el que se pueda penetrar y analizar la mentalidad del Primer Jefe. Los hay, en cambio, acerca del efecto que la figura y categoría de Carranza produjo entre los jóvenes combatientes de la Revolución que acudieron a recibirle en El Fuerte y San Blas (Sinaloa).

Para estos hombres, ya generales en su mayoría, que andaban entre los veinte y tantos y treinta y tantos años de edad; que habían brotado inesperadamente de la masa rural; que eran ajenos a la vida de las urbes y a los modos de la disciplina; que en pocos días habían logrado las aptitudes para ser sobresalientes soldados; para tales individuos, la personalidad de Carranza fue imponente. Los revolu-

cionarios de Sinaloa y Sonora quedaron deslumbrados ante el conjunto de cualidades físicas y humanas del Primer Jefe. Frente la rustiquez, del gobernador José María Maytorena, quien a pesar de ser hombre acomodado no perdía ni los dejos ni las propiedades del individuo apegado a la tierra y a las costumbres del hacendado, Venustiano Carranza fue un respetable personaje que todos, ya en el silencio, ya a través de la expresión verbal, se propusieron seguir y obedecer.

Mucho ayudaba a Carranza, para ganar los aspectos requeridos a fin de alcanzar una jerarquía suprema, su experiencia política y principalmente los modales que precedían a las manifestaciones de sus pensamientos, de manera que sin hacer expresión de ideas, tan particulares acciones, que con ello lograba singularizarse. Y como esto lo sabía el propio Carranza, sin abusar de tal virtud, lo aprovechaba, no por egoísmo, sino por la vanidad que en el triunfo ponen los grandes hombres, para dar brillo y autoridad a la jefatura de la Revolución.

Así, desde que Carranza traspuso la Sierra Madre Occidental y tuvo a su frente el maravilloso Valle del Fuerte, todo en él fue grato y favorable a los revolucionarios; porque si Carranza no era hombre que entusiasmaba, sí llevaba dentro de él las virtudes de quien se propone convencer.

Ahora, los caudillos sinaloenses y sonorenses, estimulados por la voz aguerrida a par de eficaz de Carranza, podían trazar nuevos planes de guerra y de política. En los primeros, porque aparte de cuerpos revolucionarios organizados y armados; habría mando y pertrechos. En los segundos, porque a los iniciales triunfos de armas, se siguió el tintineo de las ganas de gobernar. La guerra dio una extraordinaria velocidad a la acción e ideas de los revolucionarios. El despertar de la gente fue brusco; el pensamiento, imponente. Cada uno de aquellos improvisados generales empezaba a entender qué quería decir gobierno. Antes, gobierno era tiranía, odio, injusticia, privilegio. Ahora, gobierno equivalía al poder que el hombre

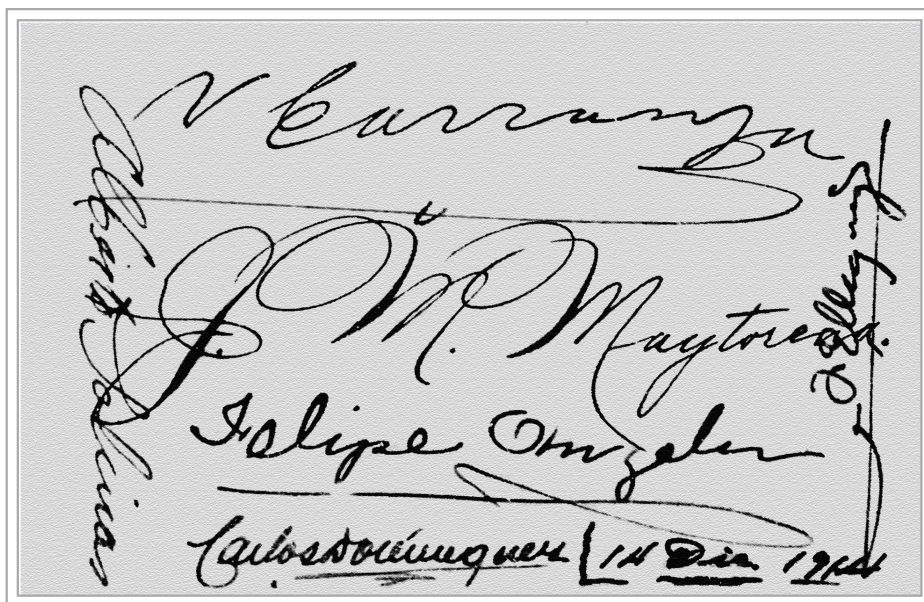
adquiere para realizar el desenvolvimiento y bien de la comunidad. Al concepto que se tenía del gobierno como complemento social.

Por todo esto, el nuevo teatro revolucionario y político sería tan benévolo para el Primer Jefe, que había necesidad de desconfiar un poco de la situación, puesto que allí donde se presentan todas las condiciones propicias para el triunfo, es donde suelen surgir, inesperadamente, los más profundos dramas de la razón humana. Y esto, cuando los hombres no siguen el sistema de las previsiones y se dejan arrastrar en las aguas de la voluptuosidad política o social, siempre engañosa y perjudicial para los adalides de todas las causas, por más nobles y elocuentes que éstas sean.

Carranza, pues, llegó a Hermosillo, lugar señalado para establecer el gobierno provisional de la Revolución, en medio de honores, entusiasmos y esperanzas de hombres que poseían un verdadero continente liberal y revolucionario.

El Primer Jefe encontró asimismo en Hermosillo una Tesorería, que si no era boyante, cuando menos le ofrecía lo que aquellos líderes sonorenses y sinaloenses tenían recolectado y que ahora, el gobernador Maytorena, con generosidad extraordinaria, ponía en manos de Carranza, a pesar de que con ella mermaba su autoridad, puesto que aquel de los hombres que cede su crédito, cede su posición, su prestigio y, en ocasiones, su vida. Y esto no lo dejó de apreciar Carranza; y tanto así, que además de los recios lazos de amistad que en tales días hizo con Maytorena, dio a éste la oportunidad para que; señalara a alguno de los nuevos colaboradores que el propio Primer Jefe requería para organizar debidamente su gobierno.

Porque, en efecto, apenas instalado en Hermosillo, Carranza, siguiendo el mismo rumbo trazado en Piedras Negras, procedió a dar orden y razón a un gobierno que, sin ser absolutamente constitucional, iba a seguir, capítulo a capítulo, las normas de la Constitución, con lo cual ganaría obediencia doméstica y confianza exterior.



Tarjeta firmada en Hermosillo, como prueba de amistad, por Carranza, Maytorena y Ángeles

En tales condiciones, el Primer Jefe expidió una ley orgánica de ocho Secretarías de Estado, con el objeto, anticipó, de “implantar las reformas que demandaba la situación social y política del país”; ahora que sobre esa previsión, Carranza perseguía la idea de establecer los cimientos de una autoridad civil, con el notorio propósito de evitar el entronizamiento, al través de los triunfos bélicos, de una casta guerrera.

El Primer Jefe deseaba tener preparado y organizado el aparato del que se circunda no un caudillo militar, sino un gobernante nacional; aunque esta resolución de Carranza, no obstante la generosa naturaleza de su origen, resultaba deslucida y fuera de orden, porque en Hermosillo no existían los recursos que en hombres y dinero se requerían para un gabinete civil capaz de ser un gran espejo de las preocupaciones y realidades de la Primera Jefatura y de la Revolución.

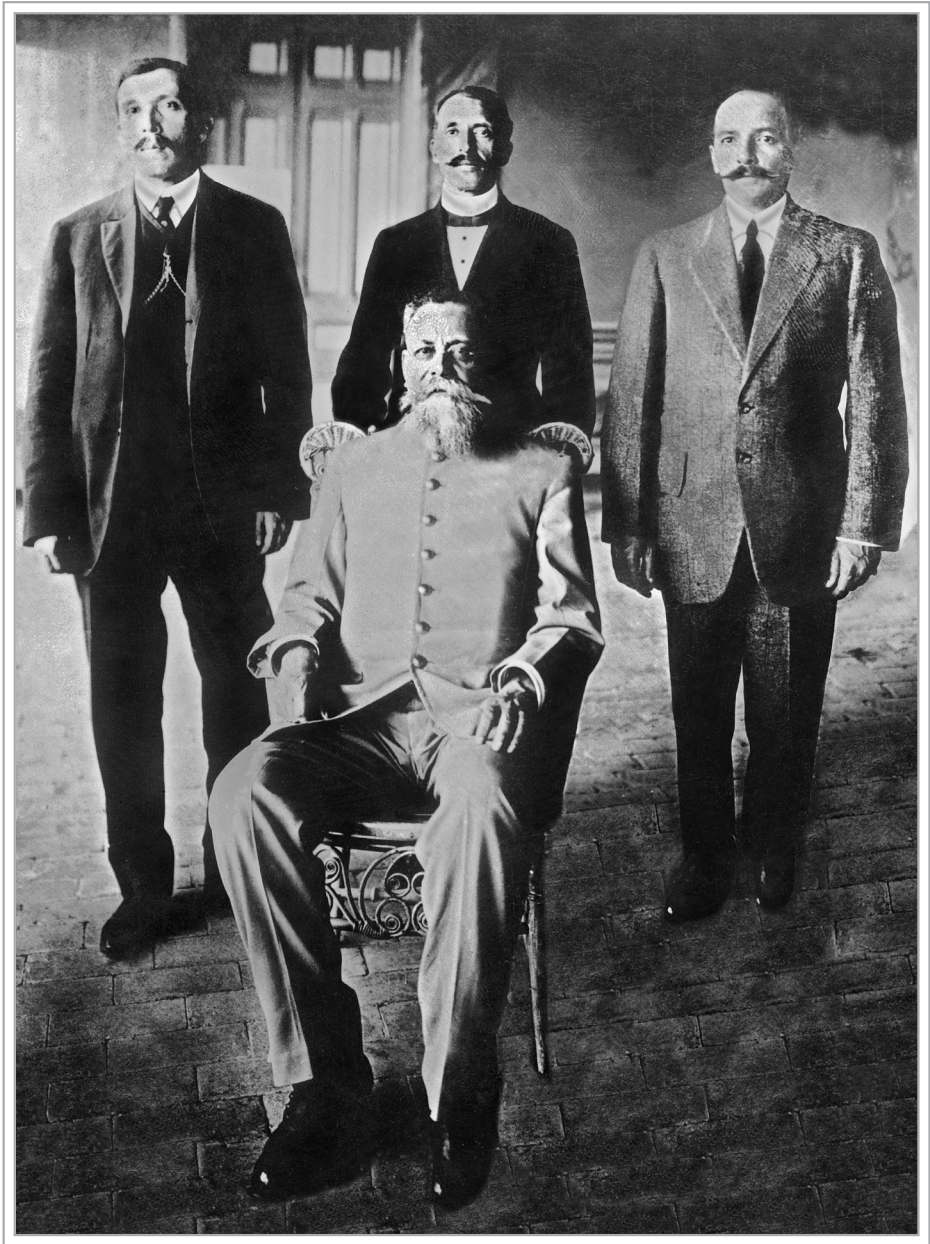
Y pronto descubrió Carranza los lados flacos de su proyecto, de manera que la Secretaría de Gobernación hermosillense sólo tuvo un secretario que lo fue Rafael Zubarán Capmany; un oficial mayor, Adolfo de la Huerta, y cuatro amanuenses. Al mismo tiempo, cinco oficinistas y el secretario Francisco Escudero, constituyeron el personal de la Secretaría de Hacienda; dos empleados y el oficial mayor, Isidro Fabela, fue el total de la Secretaría de Relaciones. Un solo amanuense acompañaba al oficial mayor Ignacio Bonillas en el despacho de los asuntos concernientes al ramo de Comunicaciones.

LA CIUDAD CAPITANA

Hermosillo, la capital del estado de Sonora, fue, en septiembre de 1913, la ciudad capitana de la Revolución.

Carranza no sólo estableció allí gobierno con su carácter de encargado del Poder Ejecutivo de la nación; no sólo mandó como Primer Jefe del Ejército Constitucionalista; no sólo despachó con sus improvisados secretarios de Estado; no sólo tuvo periódico oficial, oficinas recaudadoras y agentes confidenciales en México y el extranjero, Carranza organizó también el gabinete que trazó los planes para seguir la guerra contra las huestes del general Victoriano Huerta.

La categoría adquirida por Hermosillo, que no era más que una población rural; que se hallaba entre las poblaciones que a las postrimerías del régimen porfirista exigió repartimientos de ejidos; que se manifestó desde el triunfo de 1910 como centro eminente de una nueva clase selecta mexicana y que sentía los ímpetus de trasladar el poder de su voluntad, ambiciones y hombres a la Ciudad de México; la categoría de Hermosillo, se dice, si no alcanzó el pulimiento que da brillo a las capitales, sí poseyó la fuerza que produce la energía humana; porque allí, en Hermosillo, se centuplicaron la eficacia, el tesón y la actividad del hombre.



Venustiano Carranza, Francisco Escudero, Felipe Ángeles y Rafael Zubarán, en Hermosillo, 1913

Los revolucionarios que llegaban a Hermosillo de todas las partes del país; que abrazaban a los caudillos de Sonora y Sinaloa reunidos allí; que conocían y trataban al Primer Jefe; que escuchaban los grandes y pequeños, los realistas y los quiméricos proyectos tejidos por los jefes de la guerra y los líderes de la política; los revolucionarios que pisaban el suelo hermosillense, que anteriormente sólo era conocido en el país como el lugar de los poderosos caudillos porfiristas; Ramón Corral, Rafael Izábal y Luis Torres, se sentían transportados a los cielos de la victoria.

Todo, al efecto, era grato en entusiasmo, lindo en idealidad, fuerte en empresa, amplio en generosidad y romántico dentro del vivaquear de Hermosillo. Difícil sería hallar, en los días que estudiamos, un punto de la República con más atracción y poder que la capital sonoreNSE convertida en ciudad capitana de la Revolución.

Así, la red oficial del constitucionalismo crecía y se consolidaba. Carranza daba mayor número de atribuciones a los agentes de minería, en un esfuerzo para restablecer la confianza en las empresas de minas, pero también con el propósito de preparar el campo para una futura nacionalización del subsuelo de México. Después, cambiaba el apellido de federales a los telégrafos, para hacerlos nacionales. En seguida, restablecía la dirección de la renta del timbre, de manera de procurar mayores productos para el erario. Ahora, el Primer Jefe organiza la administración de justicia militar; y esto con mucha valentía, pues durante esos días hermosillenses, quién más quién menos de los "ciudadanos armados", castigaba o perdonaba a su capricho los delitos de oficiales y soldados.

Entre las medidas de gobierno dictadas por Carranza, fue de las principales aquella por la cual prohibió a los bancos tener los billetes circulantes como existencia en numerario; así como también prohibió la circulación de los billetes del Banco Nacional emitidos después del 18 de febrero (1913), con lo cual desquició el sistema monetario de Huerta; ahora que la medida por ser tan severa e ines-

perada, lesionó los intereses de la población civil, principalmente de la correspondiente a la clase media acomodada.

Más si estas disposiciones eran muy estrictas, no por ello iba a detenerse el Primer Jefe en expedirlas. Carranza, al tiempo que procuraba dar cuerpo a un gobierno trataba de restar todos los instrumentos posibles al enemigo. La consideración humana estaba en tales días bajo la consideración de guerra.

Carranza, aparte de su espíritu batallador y definido, más que las lesiones a individuos y familias que pudieran causar sus decretos y ordenanzas, veía su responsabilidad de caudillo a la que asociaba el futuro pacífico, civil y constitucional de la República.

Es incuestionable que, dentro del torbellino de la guerra, Carranza había idealizado muchos de los aspectos y propósitos de la vida mexicana. Sin embargo, no perdía de vista el objeto principal del constitucionalismo. Y ese objeto no era otro que el de derrotar al ejército de Huerta, tomar la Ciudad de México, restaurar en ésta la capital de la República y con lo mismo la Constitución.

Para el caso, no podía limitar el Primer Jefe su acción a dar órdenes a la administración oficial. Lo más importante para el constitucionalismo era tener el dinero necesario para la adquisición de abastecimientos de guerra, organizar y disciplinar los cuerpos de voluntarios, distinguir a los jefes revolucionarios y avanzar hacia el centro del país.

A fin de arbitrarse los fondos requeridos para las compras de material bélico, no bastaba la emisión de billetes. Era necesario poseer moneda metálica, y mandó intervenir las minas de Sinaloa y Sonora, y aunque sin propósitos confiscatorios, sino de manera que los impuestos fuesen pagados al constitucionalismo en oro o plata, lo cual pareció suficiente para acrecentar las compras de armas y municiones en las fábricas norteamericanas.

Además, como la Primera Jefatura no se detenía en hacer confiscaciones de bienes muebles o inmuebles ni de granos y ganado,

para la alimentación de la tropa, con esto, por lo menos podía mantener una corriente de suministros bélicos para los soldados que se preparaban a continuar la marcha hacia el sur de Sonora y Sinaloa.

Hermosillo, pues, era el centro de gravedad —la ciudad capitana— de la Revolución. De Hermosillo saldrían los futuros adalides políticos de México.

TRIUNFOS GUERREROS

Con la derrota (26 de marzo) del general Pedro Ojeda, los revolucionarios sonorenses quedaron dueños, como se ha dicho, de la frontera méxiconorteamericana en la parte comprendida del estado de Sonora, y por lo mismo, el coronel Álvaro Obregón hecho caudillo dadas sus hazañas, su pundonor y su audacia —hecho asimismo caudillo por la gente que le seguía sin titubeos—, no tuvo más mira que la de reunir el mayor número de hombres y la mejor cantidad de abastecimientos de boca, pólvora y sanidad con la idea de atacar el puerto de Guaymas, donde el general Huerta había mandado concentrar 2,400 soldados, bien armados y municionados, al mando de los generales Luis Medina Barrón, Miguel Gil y Francisco Salcido.

Originalmente, Huerta tenía dadas órdenes para que las fuerzas militares acantonadas en Guaymas, en las que se incluían a las que estaban de guarnición en Torin, se movilizaran violentamente hacia Hermosillo con el objeto de ahogar a los revolucionarios sonorenses en su propia capital.

El plan de Huerta comprendía también el avance de los orozquistas de Chihuahua a través del Cañón del Púlpito a fin de amenazar a los revolucionarios de Sonora por el oriente y establecerles así un segundo frente.

Obregón, por su parte, no desconoció los proyectos de los generales huertistas que se hallaban en Guaymas, y como supuso que no era difícil que Huerta hiciera concurrir a una acción contra Hermosillo

a los federales de Chihuahua, resolvió adelantarse a los planes del enemigo; y al efecto, en seguida de dar el mando de los puertos fronterizos a los jefes revolucionarios Salvador Alvarado y Plutarco Elías Calles, reunió lo más selecto de sus tropas y con mucha decisión y audacia se encaminó hacia Guaymas, a fin de tomar la ofensiva y con lo mismo desmoralizar al enemigo con aquel atrevimiento que aparentemente significaba una superioridad sobre los generales Gil, Salcido y Barrón.

No tenía el coronel Obregón el suficiente material bélico para emprender el ataque a Guaymas. Así y todo, con grande responsabilidad y decisión, estableció su campamento a 12 kilómetros de la plaza amagada, recurriendo a un movimiento de engaño a manera de hacer creer al enemigo que los constitucionalistas no sólo estaban dispuestos al combate sino que se hallaban debidamente organizados y pertrechados. Y esto último era falso; aunque Obregón tenía confianza en que sus agentes en Nogales serían suficientemente hábiles para suministrarle a tiempo el material que requería a fin de dar comienzo a las operaciones.

Al mismo tiempo de situar sus tropas a corta distancia de Guaymas, Obregón desprendió una columna a las órdenes del coronel sinaloense Benjamín G. Hill, con instrucciones de hostilizar a los huertistas en el sur de Sonora y evitar que pudieran acudir en auxilio de Guaymas.

La elección de Hill para llevar a cabo ese movimiento no podía ser más atinada. Hill era, en efecto, aguerrido y diligente, gracias a lo cual, después de llevar a cabo un avance ágil y siempre engañoso para el contrario, llegó sin ser sentido a las puertas del mineral de Álamos, centro de los políticos sonorenses enemigos de la Revolución, donde los civiles estaban armados y dispuestos a jugarse seriamente la vida; pues toda aquella gente era de reconocido valor lo mismo en la paz que en la guerra.

A pesar de la organización y los preparativos de los defensores de Álamos, el coronel Hill, con su carácter emprendedor e impetuoso, lejos de amilanarse, mediante una añagaza atrajo a los huertistas a

un punto elegido de antemano en la vecindad de Álamos, y con mucha decisión les causó la primera derrota, y sin dejar de pisarles los talones, les siguió hasta producir en ellos el desorden, con lo cual se le abrieron todas las posibilidades para tornar la plaza, lo que hizo con verdadera prontitud.

Hill era hombre pasional a par de ingenioso, y aunque algunos de su subordinados le incitaban a tomar venganza en los prisioneros huertistas, optó por satisfacer los agravios que los enemigos políticos del maderismo habían causado a los revolucionarios, mandando que éstos, en su mayoría acomodados vecinos de Atarnos y del sur de Sonora, no solamente cubrieran de su peculio un préstamo de guerra, sino que destruyeran con sus propias manos, a pesar de su condición social y lo ajenos que eran a los trabajos rudos, los parapetos que habían mandado construir, creyendo que con tales parapetos harían inexpugnable la plaza de Álamos.

Después, no contento con esas humillaciones para los ricos sonorenses, ordenó que a cada uno de los prisioneros se le entregase una escoba, puesto que conforme a una disposición originada en la toma de Nogales, quedaban obligados a barrer diariamente y durante una quincena las calles alamenses.

El espectáculo que dieron aquellos vecinos acomodados y acostumbrados a tener el respeto y mimo de la población, fue más singular y congojoso que el llevado a cabo en Nogales, ya por el número de improvisados barrenderos, ya por la calidad de los forzados, ya por la tradicional condición social de esa gente.

Tanto fue el castigo para quienes en el decreto de Hill se les llamaba reaccionarios; tanto el efecto que el acontecimiento produjo entre la gente del pueblo; tanta la altura generosa del jefe revolucionario; tanto el quebrantamiento de una sociedad que se extinguía en medio del ridículo, que ello sirvió para que los individuos más pobres de Álamos acudieran gozosos a darse de alta en las filas de Hill.

Y ciertamente, los alamenses de los estratos inferiores admiraron y agradecieron tanto el espectáculo, que sin preguntar que más era la Revolución aparte de ser el castigo a la vieja clase selecta sonoreense, experimentaron la satisfacción de quedar incorporados automáticamente a una sociedad de la cual sólo habían sido una parte complementaria.

Por otro lado, la actitud de Hill hacia los prisioneros de guerra, si justamente desagradable para la clase acomodada de Álamos, tenía en cambio un aspecto humano; porque, no obstante el odio hacia Huerta y el huertismo, la ola cruenta que siempre producen los vientos de la venganza, quedaba, cuando menos momentáneamente, sustituida por la gracia encerrada dentro de aquellas disposiciones que obligan al enemigo civil a barrer las calles.

Ése y otros acontecimientos al través de los cuales no había huellas de sangre, divulgados y festejados en los cuatro puntos cardinales de la faja noroccidental de México, en vez de sembrar odio servían para que la Revolución ganara la simpatía y adhesión de la población rural; y así, la gente armada, organizada y dirigida por el coronel Obregón aumentaba en número y en pasiones bélicas.

Entre tanto, el general Ramón F. Iturbe, joven gustoso de grandes empresas de guerra, quien en su campamento de San Blas se instruía en la historia de la Revolución francesa y las campañas napoleónicas, preparaba, con la colaboración de los jefes revolucionarios sinaloenses Juan Carrasco, Ángel Flores, Manuel Mezta y José Cabanillas a los soldados que esperaban un turno para avanzar hacia el sur de Sinaloa.

Sin embargo, los proyectos de Iturbe dependían de los resultados de las operaciones que proyectaba el coronel Obregón puesto que era un peligro cualquier movimiento hacia el mediodía dejando un enemigo con experiencia y bien armado a la retaguardia.

Y Obregón, en efecto, con mucha diligencia preparaba sus fuerzas y hacía los planes para emprender el ataque a los puestos federales que defendían la entrada de Guaymas. Además, como queda



General Ramón F. Iturbe con los principales jefes sinaloenses

dicho, esperaba la llegada de los pertrechos que requería para la campaña.

Al final de abril (1913), Obregón tenía listos para el combate 2,500 individuos de tropa, 208 oficiales y 15 jefes; y en estas condiciones se hallaba cuando, el 1 de mayo, tuvo informe de que llegaba al puerto de Guaymas una flotilla de cinco barcos: tres cañoneros y dos mercantes, a bordo de los cuales venían tropas huertistas a reforzar la guarnición de Guaymas.

Con mucha prudencia, Obregón esperó los movimientos del enemigo, que no se hicieron esperar, pues tan pronto como hubo desembarcado la gente, la artillería federal de mar y tierra empezó a bombardear el campamento revolucionario, y en seguida, los generales Medina Barrón y Gil, al frente de dos columnas expedicionarias iniciaron su avance sobre el cuartel de Obregón, quien ante la acometida del enemigo empezó a retirarse en aparente movimiento de impotencia para resistir a los federales; pero con el propósito de atraer a éstos hacia un punto favorable donde darles la batalla.

El punto elegido por Obregón tenía ventajas para la defensa; pero no las convenientes para hacerlo inexpugnable. En esto confiaron los generales huertistas, que bien conocían el terreno; y en la madrugada del día 9 (mayo) hicieron avanzar a sus exploradores con mucho sigilo y precaución. Luego movilizaron el grueso de sus columnas, que entraron en combate con muchos ímpetus, comprometiendo previamente su artillería, creyendo que ésta produciría el desconcierto en las filas revolucionarias ajenas a los efectos de un cañonazo.

Sin embargo, pasados los primeros quebrantos producidos por un fuego vivo pero incierto del enemigo, la gente de Obregón rechazó el primer asalto de los federales; pero éstos a su vez, teniendo en su primera línea tropas veteranas de la guerra con los yaquis, no cedían en su avance.

A la hora de mayor fuego de los atacantes llegaron a auxiliar las posiciones revolucionarias 400 hombres a las órdenes de Salvador Alvarado, quienes con señalado brío entraron a la línea de fuego.

Los federales, que sumaban poco más de 3 mil soldados, sin tomar descanso continuaban dando un asalto y otro asalto a las improvisadas trincheras de Obregón, cuando a la tarde del día 11, y a las horas en las cuales empezaban a escasear las municiones en el campo de los revolucionarios, se presentó en el campo de batalla el coronel Manuel M. Diéguez al frente de los voluntarios de Cananea, y éstos, con valor extraordinario se abalanzaron sobre una batería huertista, y quitándola al enemigo, sembraron el desorden en uno de los flancos de Gil.

Al ver la osadía y el denuedo de los hombres de Diéguez la gente de Salvador Alvarado, Juan G. Cabral y Francisco Urbalejo, entusiasmándose grandemente, se arrojó sobre el enemigo, que ante aquella acometida empezó a retirarse en orden; pero luego se convirtió al desorden, sin que Obregón les persiguiese, porque sus soldados habían agotado las municiones.

En la acción, los federales perdieron 400 hombres, seis ametralladoras, 200 rifles y 30 mil cartuchos. El triunfo de los revolucionarios tuvo los aspectos de una victoria que anticipaba la victoria final. El plan de Huerta para ocupar el estado de Sonora quedó frustrado. Obregón y Alvarado ascendieron a generales.

Pero el puerto de Guaymas recibió más refuerzos huertistas. La plaza era fuerte en 6 mil soldados, 16 cañones y 20 ametralladoras. El jefe era el aguerrido y bizarro general Pedro Ojeda.

Este, sin pérdida de tiempo —pues pretendió recuperar el prestigio que el ejército huertista vio caer en Santa Rosa—, mandó blindar 10 góndolas del ferrocarril. Sobre éstas emplazó la artillería. Preparó a su gente. Organizó tres columnas y avanzó resuelto a combatir con las fuerzas de Obregón. Al frente iba el tren blindado.

Cuatro mil soldados tenía Obregón, quien prudencialmente al advertir el movimiento de Ojeda retrocedió y puso su línea de fuego en Estación Ortiz. Sobre Estación Ortiz avanzó, amenazante, el tren blindado de Ojeda. Éste fiaba demasiado en los efectos morales y materiales que entre los revolucionarios podía tener aquel nuevo aparato de guerra; ahora que Obregón, sin alarmarse, estimulaba a los jefes de que aquella artillería federal movible para que se alejaran de su centro de operaciones de manera que a su debido tiempo les pudieran cortar la retirada.

Ojeda, creyendo demasiado en su artefacto llegó a Ortiz. Obregón hizo una retirada falsa. Esperó que el enemigo tomase posiciones con la seguridad de derrotarlo. Además, si Ojeda tenía un tren blindado, Obregón poseía una arma novedosa en la guerra: el aeroplano.

Con muchos sacrificios los revolucionarios adquirieron en Estados Unidos un biplano que piloteado por un francés se suponía haría daño al enemigo atrincherado en Guaymas y Ortiz. No fue así; pues en seguida de un vuelo de observación fue retirado del servicio.

Ahora bien: mientras Ojeda creía estar en las vías del triunfo como consecuencia de la ocupación de Estación Ortiz, las fuerzas de Obregón, movilizadas sigilosa y rápidamente, pusieron sitio a los federales, y el 21 de mayo (1913) empezaron el ataque general.

Hasta esa hora, el general Ojeda se dio cuenta de que estaba cercado, y como tuvo informes de que el número de sitiadores aumentaba día a día, ya no persiguió otra finalidad que la de romper el sitio y volver a su base de operaciones auxiliado por una cuarta columna que había salido de Guaymas.

Cuatro días combatieron revolucionarios y huertistas. Ojeda, al fin, halló un paso para abandonar la plaza, y no sin muchos esfuerzos y grandes pérdidas, salió (25 de mayo) de Estación Ortiz encaminándose a la hacienda de Santa María. Obregón lanzó a toda su gen-

te sobre el fugitivo. La lucha fue cruenta. El combate se generalizó. La sangre hirvió en uno y otro lado. Los revolucionarios cogieron prisionero al coronel federal Francisco Chapa y lo fusilaron en el acto. Esa fue quizás la primera ejecución que se llevó a cabo durante la segunda guerra civil.

El general Alvarado persiguió con mucho coraje a una de las columnas de Ojeda. La dio alcance y la derrotó. Hizo más de 200 prisioneros; y allí mismo mandó que fuesen fusilados 12 oficiales, todos jóvenes, apenas egresados del Colegio Militar.

Diéguez, con admirable valor, atacó y tomó el casco de Santa María mientras que Hill perseguía a los huertistas que huían desordenadamente; pues la derrota (25 de junio) de Ojeda había sido definitiva. Tanto así, que el federal dejó, aparte los soldados que cayeron en poder de Obregón, 300 muertos, nueve cañones, 600 rifles y 190 mil cartuchos.

Ojeda peleó con extraordinario denuedo. A su lado, la oficialidad, obediente a la carrera para la cual había sido instruida, no faltó a sus deberes, mientras los soldados, en su mayoría sacados de las cárceles o cogidos de leva en el altiplano de México, pronto quedaron extenuados en el campo de batalla. La escasez de alimentos durante el sitio de Estación Ortiz, la canícula seguida de las lluvias torrenciales, la incesante amenaza de los revolucionarios y las plagas durante las noches agotaron aquellas tropas que si no se rendían tampoco peleaban por una causa capaz de estimularles para obtener el triunfo.

Esta condición en la que se hallaban los soldados federales contrastaba con la temeridad e ímpetus del ejército de Obregón, quien llevado por el entusiasmo, pensó, durante la persecución a Ojeda, irrumpir en Guaymas con la seguridad de tomar la plaza; ahora que, ya venido al temor de perder lo que había conquistado, titubeó y abandonó la oportunidad de realizar su atrevido plan, gracias a lo cual, los dispersos de Santa María pudieron reunirse en Guaymas y volver a tomar dispositivos de combate.

Convencido así, de que no le sería posible tomar una plaza bien defendida no sólo por la infantería de Ojeda sino por los barcos de guerra que auxiliaban a éste con mucho ingenio militar, Obregón resolvió (28 de junio) establecer un cerco a Guaymas, para inmovilizar a los huertistas defensores de la plaza, mientras él, Obregón, podía movilizarse sin amenaza hacia el estado de Sinaloa.

Al efecto, en seguida de tomar las medidas necesarias para evitar una sorpresa del enemigo y evitar también que éste pudiera salir de la plaza, Obregón eligió a lo más selecto de sus capitanes y soldados, para emprender la campaña hacia el sur de Sonora, pues ya empezaba a mecerse dentro de él, la ambición de nuevos triunfos y la gloria de llegar victorioso a la Ciudad de México.

Además, gracias a su genio organizador, el general Obregón, después de Santa María, tuvo una división de 6 mil hombres; y si éstos estaban escasos de municiones, en cambio, iqué de optimismo!

Pero no era el número de combatientes lo que animaba a la guerra a la cual, sin saberse por qué se le llamaba Revolución. Lo que fortalecía aquella inicial lucha, era la presencia de una juventud sonorense y sinaloense, que en sólo cuatro meses había surgido en el campo de batalla; porque en tan corto lapso, los revolucionarios tenían una gran pléyade de jefes.

Los grados de mayores, teniente coroneles y coroneles, que se habían multiplicado como por encanto, otorgándoseles a los más fuertes y emprendedores a la hora del combate a manera de estímulo; dábanselos a los que tenían iniciativa civil o guerrera; adoptábanlos, sin orden ni consulta los capitanes de partida; repartíanlos los amigos entre los amigos.

Esto, no obstante, el uso y abuso que se hizo de las categorías de mando, no mermó, y sí acicateó a aquella juventud que se sentía en alas de la voluntad creadora; que marchaba con el corazón repleto de entusiasmo; que rompía la monotonía y tristeza rurales; que creía en la venganza y abría paso a una vida en la cual podrían

brillar las cualidades de la ambición —de la ambición suprema de esos días: la conquista de las libertades políticas.

LA GUERRA EN SINALOA

Aunque el estado de Sinaloa había dado al de Sonora, desde los comienzos de la segunda guerra civil, jefes y soldados revolucionarios, no por ello estaba la savia de la Revolución entre los sinaloenses. Los jefes audaces y los soldados valientes surgían diariamente, y no como improvisación guerrera, sino como producto de una idealidad tradicional, que hizo de Sinaloa el foco de la democracia en el occidente de México, por que los sinaloenses de la primera década de nuestro a pesar de que eran ajenos a la vida del ciudadano, amaran las libertades.

Así, no tanto por el alma del odio y la venganza que soliviantaba a los hombres para coger las armas, cuanto porque se creían dueños y actores de una posible democracia, los sinaloenses acudieron a la lucha armada con señalada presteza y manifiesto desinterés.

Durante los días en que Obregón peleaba en Santa Rosa y Santa María, el camino del mediodía estaba despejado hasta adelante de San Blas (Sinaloa), donde Felipe Riveras tenía establecido el gobierno del estado, después de los azogamientos y fintas que se siguieron a la muerte de Madero y Pino Suárez, y donde también el general Iturbe había fijado el cuartel general revolucionario de Sinaloa.

Y no era San Blas el único punto en el que existían grupos de revolucionarios sinaloenses; pues hacia el centro del estado estaban las partidas armadas de Juan Carrasco, Claro Molina, Herculano de la Rocha, Macario Gaxiola, José María Ochoa, Pedro y Narciso Gámez; y todavía más al sur, Lino Cárdenas y Vidal Soto, primero; Rafael Buelna y Martín Espinosa, después.

En San Blas, Iturbe había reunido 600 hombres medianamente armados pero llenos de ilusiones para pelear con los *pelones*, como llamaba Iturbe a los federales en sus partes y proclamas; y tenien-

do informes de que los federales iban a desembarcar en el puerto de Topolobampo, con el objeto de hacer un movimiento envolvente sobre los revolucionarios de Sonora y Sinaloa, y que tal desembarco estaría protegido por los fuegos del cañonero *Tampico*, resolvió ir al encuentro del enemigo y al efecto, en seguida de organizar cuidadosamente una columna, salió de San Blas en busca de los federales, y habiéndoles encontrado a las horas en que iniciaban el desembarco (29 de agosto), les atacó con mucho valor, y como al mismo tiempo desde un aeroplano piloteado por Gustavo Salinas fue bombardeado el *Tampico*, el pánico se apoderó de los huertistas, quienes sin mucho esperar procedieron a reembarcarse, dando oportunidad para que los revolucionarios gozaran bien pronto de su triunfo.

Con la derrota federal en Topolobampo, los valles del Fuerte y Guaymas quedaron limpios de huertistas. Sinaloa y Sonora constituyeron el baluarte revolucionario en el país; ahora que como todos aquellos hombres que empuñaban las armas y cuyos jefes se llamaban a sí mismos —no tanto por realidad, cuanto por sencillez democrática— ciudadanos armados, sólo proyectaban continuar la guerra y llevarla hacia el centro de la República, con la esperanza de amagar y hacer capitular a la Ciudad de México, no había en ellos las horas reflexivas para desarrollar ideas y penetrar a los problemas que se suscitarían al finalizar la guerra.

Muy contados eran, en efecto, los generales o ciudadanos armados que acariciaban o estudiaban el futuro político de México; y se dice político, porque todavía no llegaban los vientos de las cuestiones sociales. Las voces de la Junta Organizadora del Partido Liberal estaban acalladas debido a la prisión de los Flores Magón. Las prédicas socialistas de Lázaro Gutiérrez de Lara, se perdían en medio de los aprestos guerreros que se llevaban a cabo en Sonora. Las primeras manifestaciones de carácter social expresadas por Plutarco Elías Calles y Manuel M. Diéguez parecían meros y atrevidos pasatiempos.

Era en Sinaloa donde se respiraba dentro de un ambiente que, sin dejar de tener un poderoso influjo democrático, poseía caracteres internos y externos de populismo; de un populismo social que no sólo se manifestaba en odios contra los ricos pueblerinos, sino también en representaciones y actividades colectivas. Del populismo que, sin llevar este nombre, se significaba en un amor inefable al pueblo, y principalmente a la pobreza, era líder el general Ramón F. Iturbe.

En éste, de humilde cuna, se descubría al nuevo tipo de la ambición rural; porque Iturbe, al tiempo de ganar la categoría de general, había descubierto la existencia de un mundo; el mundo ilustrado; y quería, por lo mismo, ser parte de ese mundo, y lo estudiaba. Era uno de los jefes sinaloenses que llevaba un libro a su cabecera durante las campañas de la guerra.

No sabía —y no había maestros que dirigieran los aleteos de sus ambiciosos deseos— cuál era el fondo de sus propósitos. Mezclaba la democracia con el espiritualismo; la historia con la pólvora; la caridad con la justicia. Era, en fin, la clásica figura de la transformación que se operaba intuitiva, pero ciertamente, dentro de la clase rural mexicana.

Otro jefe revolucionario sinaloense que se adelantaba a su época y empezaba a hablar de *cuestiones o problemas* sociales era Salvador Alvarado; y aunque no será posible determinar sus ideas; pues en ocasiones parecen la formación de una nebulosa; a veces se asemejaban a las de un privilegiado de la clase rural, de todas maneras correspondían al indicativo social; tal vez. Más humano que social, puesto que la población rústica del país estaba abajo de los niveles de una sociedad organizada. Alvarado reunía con eso, la expresión del anhelo universal de progreso y la desesperación rural del aislamiento de los negocios patrios.

Y no era todo lo que la guerra daba en Sinaloa, porque aparte de los grupos de individuos armados que se movilizaban en el centro y sur del estado, los sinaloenses se creían tan grandes y directos here-

deros de una tradición democrática, que esta sola creencia bastaba para que el suelo de Sinaloa se considerase dueño del derecho de haber originado la primera guerra civil y, por consiguiente, también la segunda.

EL CUERPO DEL EJÉRCITO DEL NOROESTE

Aunque era parte de la clase ambiciosa que hizo la Revolución desde sus comienzos, el general Álvaro Obregón sintió acrecentar el alcance de sus planes de guerra con el estímulo que recibió del Primer Jefe del Ejército Constitucionalista, Venustiano Carranza; porque, en efecto, éste, luego de hallar en Obregón la madera de hombre y soldado, no sólo le atrajo hacia él como cosa a la que pretendía hacer suya, de manera que el individuo le debiera su carrera y sus triunfos, sino que empezó a dar lo que Obregón pidió para el desarrollo de los más importantes capítulos que se presentaban a la vista.

Esto no obstante, y aunque Carranza hizo una apreciación ligera y prematura, Obregón no era producto de las instrucciones, ni sensibilidades del Primer Jefe. Era, eso sí, consecuencia de las necesidades de la Revolución, con lo cual se establece que tenía su propia personalidad y sus propios triunfos. A nadie, más que a sí mismo, debía la conquista de la frontera norte, la derrota a los federales en Santa Rosa y Santa María y la organización del núcleo más importante de la Revolución a cuatro meses de los sucesos de febrero.

Carranza, al distinguir al general Obregón no hacía más que apreciar las cualidades de un hombre de muchos méritos; sobre todo de méritos primordiales para la guerra. No era, pues, un privilegio que le otorgaba dándole un lugar prominente, entre los colaboradores del naciente gobierno de la Revolución.

Muy estimado por Carranza y facultado a fin de acrecentar el poder guerrero de los constitucionalistas, no por ello el general Obregón subordinó sus ambiciones intrínsecas a los designios de la Pri-

mera Jefatura. Sintió, ante la majestad que había en Carranza, la obligación de ser partidista; de reconocer una autoridad suprema de la Revolución. Experimentó también lo que significaba corresponder a un partido y al caudillo de ese partido. Si Carranza subestimó a Obregón, fue un grande error; porque si Obregón no tenía el nombre, ni la experiencia, ni el trato, ni la arrogancia de los caudillos, habría de convertirse en subordinado, exento de aspiraciones personales y entregado a obsecuencias ilimitadas.

La oportunidad que ahora iba a darle Carranza de organizar y dirigir un ejército no era circunstancial ni adventicia; era natural y propia a las cualidades de aquel ciudadano armado salido por sí propio del anonimato de la clase rural mexicana. Por eso mismo, es factible afirmar —y los documentos posteriores a esos días hacen probación plena—, que si Carranza no realiza el viaje a Sonora, ni trata a Obregón, ni da a éste el nombramiento de comandante en jefe del cuerpo de ejército del noroeste, el propio general organiza tal cuerpo, lo abastece de armas, lo manda en jefe y con toda esa masa de hombres y aspiraciones avanza triunfalmente hasta llegar a la Ciudad de México.

En el despertar de las ambiciones que requería el pueblo de México para su progreso, su civilización y su cultura, Obregón, por su ingenio, su osadía y su espíritu emprendedor era un elegido para conducir a los hombres, primero a la guerra; después, a la consolidación de un Estado.

Así, cuando el Primer Jefe nombró a Obregón general en jefe del cuerpo de Ejército, de hecho estaba ya constituida tal fuerza armada y los aprestos de Obregón no podían ser diferentes a los dictados por Carranza.

Y, al efecto, los preparativos del general, comenzados en seguida del triunfo de Santa María, no llevaban otro camino que el de organizar debidamente a los grupos grandes o pequeños, sumisos o revoltosos, selectos o ignorantes, con el propósito de dar forma y poder

a una masa armada, capaz no sólo de derrotar al ejército de Huerta sino de sustituir a un viejo e impropio Ejército nacional.

La empresa que iba acometer gracias a su iniciativa personal, en su origen a una orden de Carranza, en sea desarrollo, tenía tantos escollos que sólo un hombre de tanta capacidad y diligencia como aquel improvisado soldado podría vencer.

Tan notables eran las facultades del general Obregón para la tarea guerrera en perspectiva, que apenas recibido el mando de leo que propiamente no existía, probó que lo no existente podía ser una realidad; y mientras que mandaba reconstruir la vía férrea al sur de Empalme (Sonora), reparar los puentes, replantar los postes de las líneas telefónicas y telegráficas, adelantó los grupos armados de reconocimiento hacia el centro de Sinaloa.

En seguida, hizo concurrir a sus órdenes a los jefes de los núcleos de guerreros que operaban aisladamente hacia el rumbo de Chihuahua, en la Sierra Madre Occidental, en el sur de Sinaloa y en los pueblos de la línea frontera de Durango y Sinaloa; y ya reunidos, o cuando menos seguro de que serían concentrados a su voz de mando en algún punto, Obregón quedó cierto de que existían las bases firmes para un cuerpo de Ejército. Pensó, y pensó bien, que a la primera movilización formal sobre la plaza de Culiacán, que era el primer punto de ataque en la campaña hacia el sur, sus fuerzas embarnecerían en número y valentía.

El avance ordenado por Obregón se desarrolló como si los soldados de Sonora y Sinaloa, a pesar de no tener preparación, hubiesen poseído tratos con la pólvora y la muerte; y es que el entusiasmo dominaba a aquella novedosa carrera de las armas. Los nacientes soldados eran mineros y labriegos, estibadores y mozos de cuerda de los puertos, vendedores ambulantes y vaqueros. En la nómina guerrera de tales días difícilmente es posible dar con los soldados de fortuna. La segunda guerra civil, al compás de aquella movilización de masas, adquirió con realidad plena todos los caracteres de una Revolución.

Y mientras que se llevaba a cabo la movilización de hombres, Obregón hizo avanzar, también hacia el sur, el material de guerra adquirido, ya abiertamente, ya clandestinamente, en las fábricas de armas de Estados Unidos; y todo lo que podía ser útil para las operaciones militares que se avecinaban, lo sitúa Obregón en las cercanías de Culiacán.

Aparte de los abastecimientos bélicos, de los soldados voluntarios y de las provisiones rutinarias de campaña, el general Obregón se hallaba rodeado de los nuevos generales revolucionarios: Diéguez y Hill, Lucio Blanco y Domingo Arrieta, Iturbe y Carrasco, Alvarado y Miguel Laveaga.

La plaza de Culiacán, estaba preparada para la defensa. Los huertistas no habían perdido el tiempo reclutando gente; y en Mazatlán embarcaron, en el cañonero *Morelos*, 400 soldados con órdenes de tomar tierra, protegidos por los fuegos del *Morelos* en Altata, para ir en auxilio de Culiacán.

Atento a este esperado movimiento, el general Obregón mandó que el avión piloteado por Salinas arrojase bombas sobre el propio Mazatlán y que el general Juan Carrasco asaltase al puerto, con el objeto de inhabilitar a los federales, y de esa manera no pudiesen favorecer con más refuerzos a la amenazada capital del estado.

Dictadas tales disposiciones, Obregón mandó a sus fuerzas al ataque (9 de noviembre). Los revolucionarios empezaron el asalto con muchos ímpetus, hallando una resistencia tenaz y valiente, que al principio desconcertó a los atacantes. La llegada de refuerzos revolucionarios de Sonora y Durango en los momentos más difíciles del combate, y recibió un tren con material bélico, el ataque se hizo más violento, de manera que la defensa de la plaza empezó a ceder; ahora que los revolucionarios, todavía sin las mañas y artes de la guerra, olvidaron la posibilidad de una evacuación estratégica de los huertistas; y en efecto, éstos, debilitados por los asaltos incesantes y perdidas las esperanzas de recibir refuerzos de Mazatlán, evacua-

ron sigilosamente la plaza (14 de noviembre); pero descubiertos y perseguidos por Lucio Blanco, se vieron obligados a abandonar una gran parte de su gente, mientras que una minoría, ya en desbandada, pudo llegar al puerto de Altata y embarcar para Mazatlán.

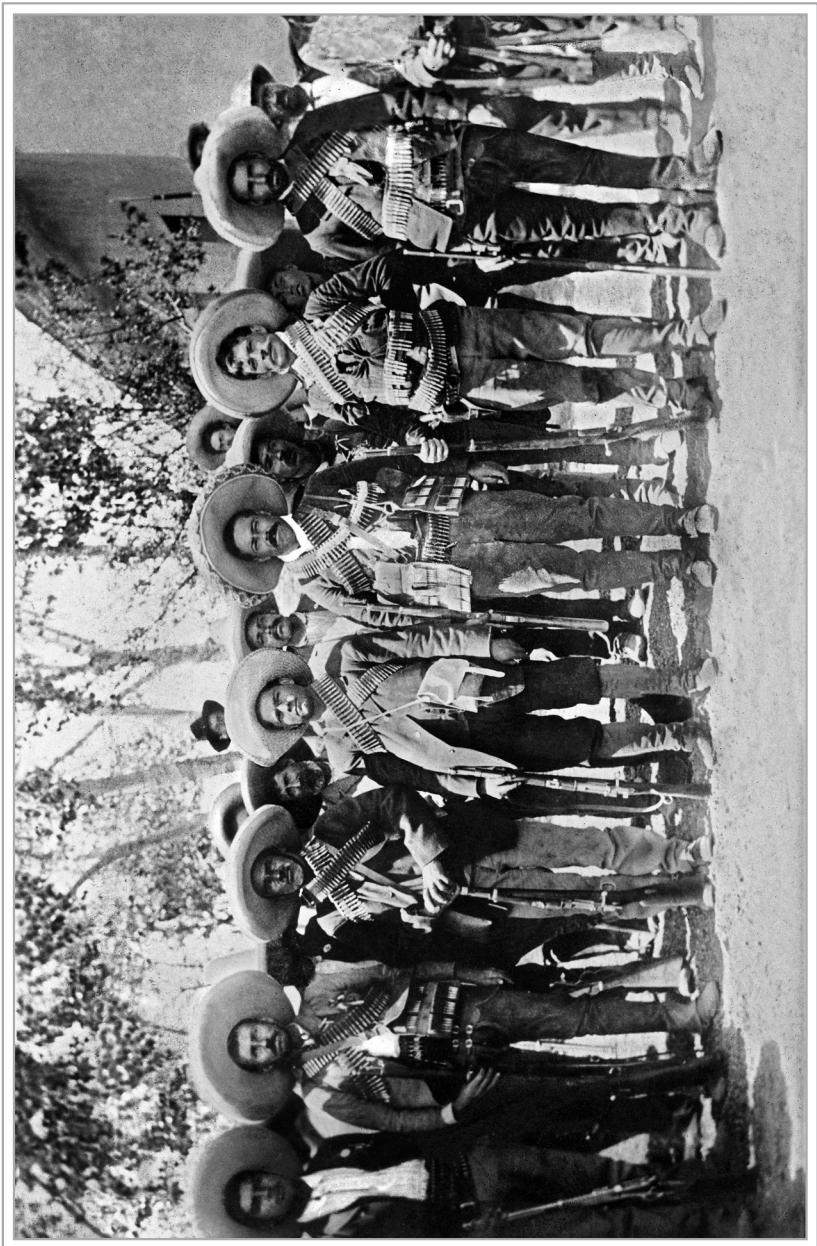
Los revolucionarios entraron a Culiacán no sin antes recibir órdenes sobre el respeto que deberían guardar a la población civil. Y tanto respeto así adquirió Obregón, que un soldado pillado infraganti, fue pasado por las armas.

Esto no obstante, la venganza y autoridad de los triunfadores procedió a mandar la aprehensión de quienes habían servido, política, administrativa o financieramente a los huertistas; también determinó, la confiscación o intervención de los bienes de quienes habían expresado sus simpatías, ya en público, ya en privado, hacia los autores de la cuartelada de febrero.

Las privaciones a los propietarios no obedecían a un plan de utilidad pública o social. Manifestaban los ánimos del odio y la venganza: el castigo a quienes habían violentado y violado el alma y cuerpo de la legalidad. Era un castigo por otra parte, con muchos caracteres del candor, puesto que se creían que con tal función quedaban terminados los agravios hechos al pueblo y a la nación. Y esto, a pesar de que el ejército huertista continuaba los aprestos para seguir la guerra, sin importarle el sacrificio que tal designio significaba a la República.

LA DIVISIÓN DEL NORTE

No fueron los golpes de audacia, tan propios en los hombres acostumbrados a la aventura, los que dieran a Francisco Villa —hecho general por sí propio, primero, luego de verse capitán de un millar de sujetos medio armados, pero dueños de un valor temerario; hecho general, también por Carranza— una personalidad popular clamorosa. Lo que hizo ganar a Villa, hacia el otoño de 1913, una gran



General Francisco Villa y miembros de la División del Norte

admiración en el concepto del vulgo, fue que en vez de un programa político, manifestó que sólo le impelía el propósito de aniquilar al ejército de Victoriano Huerta; y como a esto agregó su desinterés personal y lo atrevido y vertiginoso de sus progresos guerreros, pronto poseyó una aureola popular.

Villa no pretendía penetrar a la esfera de la autoridad política. Sólo pidió la venganza heroica, sin limitaciones en el esfuerzo y el valor; sin apetitos en el beneficio privado o en el provecho de partido; y estas ingenuidades de Villa hicieron que le mirasen y admirasen como hombre singular; porque, ¿cuándo antes se había visto en el país un guerrero tan altamente desinteresado? Así, la gente iba tras de aquel caudillo, que no exigía otra cosa a sus soldados que poseer genio marcial y un buen caballo.

Y la gente que le seguía sumó, al cabo del primer mes de actividades guerreras en el estado de Chihuahua, 400 jinetes; y ya con esta fuerza Villa asaltó un tren de pasajeros a bordo del cual iban 150 barras de plata, que mandó vender en el acto a Estados Unidos, utilizando el producto para la adquisición de pertrechos de guerra.

Pudo así organizar y armar a sus hombres; y considerando, como Madero en 1914, que era indispensable posesionarse de un punto fronterizo a través del cual introducir material bélico pidió a los jefes revolucionarios chihuahuenses, Manuel Chao, Rosalío Hernández Toribio Ortega, Maclovio Herrera y Tomás Urbina, que se acercaran a la capital del estado de Chihuahua con el objeto de distraer a los soldados huertistas, mientras que él, Villa, marchaba sobre Casas Grandes.

El plan, no pudo ejecutarse. Los capitanes de guerrilla, alzados en armas desde marzo (1913) no concurren al llamamiento —Villa todavía no era obedecido. Ortega, Chao, Hernández y Herrera habían tomado las armas por sí solos y dándose el título de generales. No reconocían, pues, superior alguno. Demasiado amaban su independencia y libertad.

Sin embargo, avanzó resuelto hacia el norte. La osadía y la añagaza eran sus faros. Así, cayó sorprendentemente sobre los huertistas; les derrotó en dos ocasiones; les persiguió; y habiéndoles hecho cincuenta y tantos prisioneros, ordenó (18 de marzo) que fuesen fusilados. Después, ya entregado a los rencores y crueldades, entró a saco las haciendas de las que cogió hasta 2 mil cabezas de ganado, que vendió a los mercaderes norteamericanos; y a manera de hacer notar su autoridad, ordenó la aprehensión de munícipes y jefes políticos de origen contrarrevolucionario.

Por último, ya con la ambición de hacer triunfar su audacia, buscó un lugar adonde organizar e instruir a su gente, dejando tal enseñanza a su jefe de estado mayor, Juan Medina.

Pero como por otra parte, se sentía sin la personalidad del caudillo, antes que ningún capitán revolucionario chihuahuense, reconoció a Venustiano Carranza como Primer Jefe del Ejército Constitucionalista, al tiempo que él, Villa, se proclamaba jefe del grupo armado al que dio el nombre de División del Norte.

Listo, pues, para la guerra y con los recursos que consideró bastantes a fin de iniciar una campaña formal contra los federales, Villa se movilizó hacia la ciudad de Chihuahua, en cuyos alrededores creía hallar a sus colegas, con el objeto de atacar la plaza. Esto, sin embargo, no pudo realizarse; porque las partidas de Urbina y demás improvisados jefes, hostilizadas por el enemigo, y sin los recursos de guerra para pelear, se habían retirado al sur. Además, Villa, quien mucho confiaba en el sigilo de sus marchas, había sido descubierto por los huertistas que, en número de 600, le salieron al paso; y aunque Villa les derrotó (6 de julio), no por ello dejó de tener pérdidas, en vista de lo cual optó por replegarse una vez más hacia el norte, y a la segunda semana de agosto fue a establecer su cuartel general en San Buenaventura; es decir, en la misma población que sirviera también como centro de operaciones a Francisco I. Madero, en 1911.

Allí, en San Buenaventura, Villa esperó informes; pues sin revelar sus planes envió espías al centro y norte de Chihuahua, para preparar de esa manera asaltos a las guarniciones federales más débiles.

Por fin, volvió a ponerse en marcha, pero al tener noticias de que los huertistas conocían sus movimientos, regresó a San Buenaventura, aunque días después, con mucho sigilo, abandonó la población y marchó hacia Namiquipa. De aquí en dirección a la capital de Chihuahua. Llevaba mil hombres, y como le salió al paso el general huertista Félix Terrazas, lo combatió y derrotó (24 de agosto), y sin dar tiempo a que el enemigo se previniera, marchó con mucha rapidez y cayendo inesperadamente sobre San Andrés, triunfó (26 de agosto). Aquí, hizo 249 prisioneros a los huertistas, quitándoles cerca de 400 armas y haciendo huir en desorden, y muy de cerca perseguidos, a los pocos soldados que lograron escapar de la plaza. Después, sin titubeos mandó fusilar a los oficiales federales capturados y a un grupo de vecinos de la población, de filiación orozquista, que habían tomado parte en la defensa del lugar.

Llevado por el entusiasmo de sus triunfos, se dirigió a Bustillos. Aquí se le unieron 250 voluntarios, y sin mucho esperar, de nuevo se puso en marcha en busca de otros grupos alzados; y en efecto, en Santa Rosalía se le juntó Maclovio Herrera con 400 hombres; en Jiménez, Tomás Urbina, con 600.

En seguida, envió propios a los cuatro puntos cardinales, con instrucciones de localizar a Calixto Contreras, Eugenio Aguirre Benavides, José Isabel Robles, Orestes Pereyra y al doctor Domingo B. Yuriar, a fin de pedirles que concurrieran al ataque a Torreón; plaza que los jefes revolucionarios de La Laguna habían asaltado, sin resultado efectivo, del 22 al 31 de julio.

Los huertistas de guarnición en Torreón, ya estaban advertidos de los nuevos planes de los revolucionarios, y esperaban al enemigo bien preparados. Hallábanse al mando del general Eutiquio



Tomás Urbina, dirigente de los Plateados, con A. Ituarte

Munguía en número de 3,500 hombres disciplinados, pertrechados y atrincherados.

Villa estableció su cuartel general en Bermejillo; pues allí deberían acantonarse los grupos revolucionarios de Coahuila, Durango y Chihuahua. Como resultado de tal concentración, en Bermejillo se reunieron entre 5 y 6 mil hombres; aunque no tan bien armados como los huertistas; pero quienes fiaban, en su osado valor, en cuatro piezas de artillería, dos ametralladoras y tres fusiles Rexer. Confiaban también en la estrella y decisión de Villa, quien esperaba más gente, más armas, más caballos y más organización dentro de sus filas; y como quiso estar engañando al enemigo ordenó que algunos grupos avanzaran hacia la plaza y sin comprometerse a una acción formal, se limitasen a escaramucear.

En Bermejillo se registrarían dos acontecimientos. El primero, la confirmación de los capitanes revolucionarios de dar a los grupos allí reunidos el nombre de División del Norte. El segundo, el reconocimiento de Villa como general en jefe de la División.

Así, ya con pleno mando, Villa dispuso (29 de septiembre de 1913) el ataque a Torreón, siendo sus órdenes tan categóricas, que desde esa hora, ya nadie dudó de su gran autoridad.

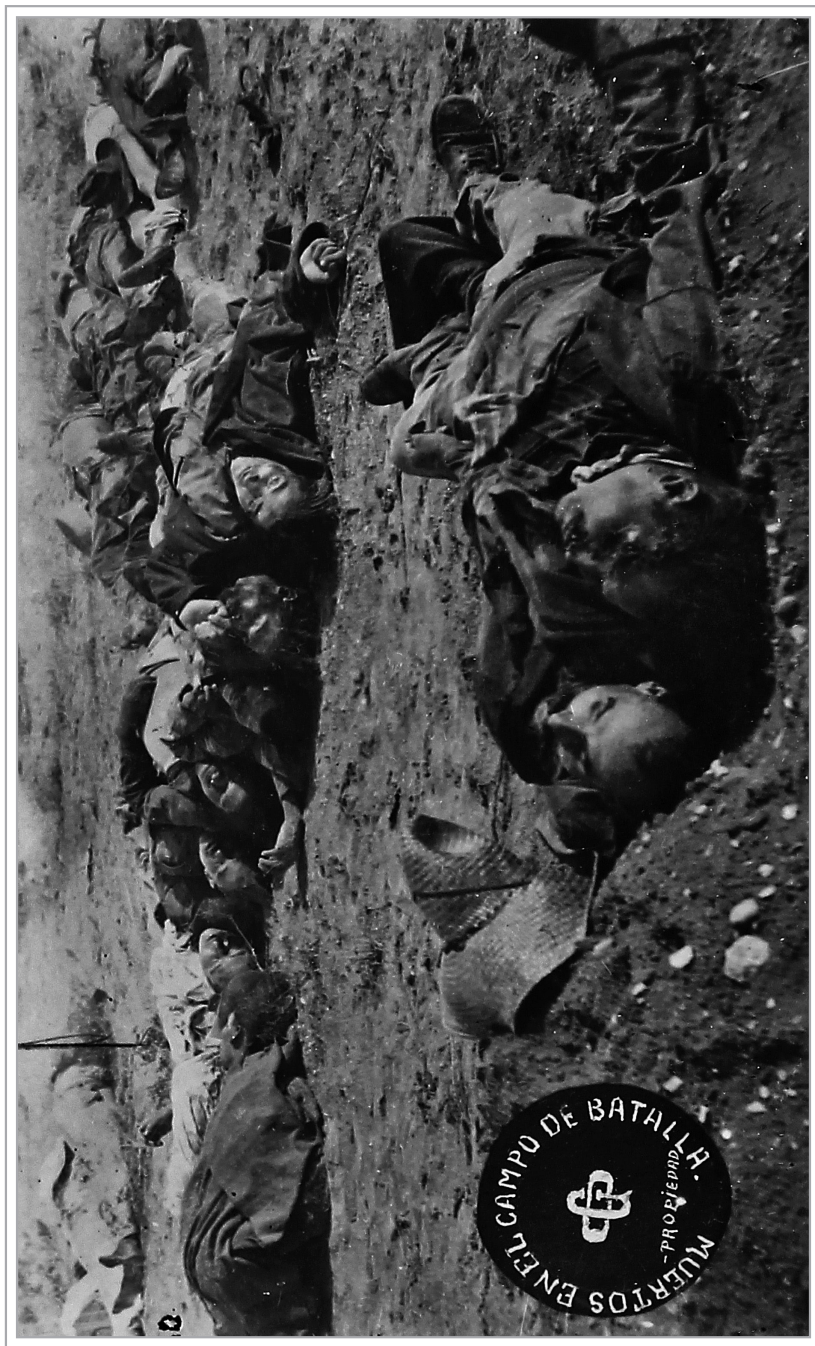
El defensor de la plaza, general Munguía, al tener informes de los movimientos formales de Villa no sabía qué hacer. Sus fuerzas estaban muy castigadas y mermadas desde los meses de junio a agosto. Creía que su posición militar era débil y advirtió que la moral de su gente era muy baja. Huerta, sin embargo, le ordenó, desde la Ciudad de México, tomar la ofensiva: salir de la plaza, y dar batalla a los revolucionarios, al norte de Torreón. Aunque hombre de muchos impulsos, el general Villa procedió cautelosamente, y como no se consideraba un caudillo militar sino un ejecutor de la justicia popular, cuidaba la "sangre de su raza". Todavía no había dentro de él los motivos agresivos y sistemáticos que más adelante puso en acción al comprobar que su buena fe era burlada por los artificios polí-

ticos; por lo que tal fue, y no otra cosa, la causa de la transformación que poco adelante se produjo en Villa, quien como cualquier otro ser humano, al descubrir los efectos del engaño y de la deslealtad, abandonó los estatutos de la moral pública, para aplicar las leyes del capricho personal.

Con esa intuitiva y generosa idea de justicia y redención populares gobernaba Villa sus determinaciones, cuando ordenó el avance de sus soldados hacia Torreón. Tal avance había sido planeado juiciosamente y con la idea de ahorrar sangre revolucionaria. Al efecto, la acción se desarrollaría principalmente cargando el ataque hacia Ciudad Lerdo y Gómez Palacio; mas como a la tarde del 29 de septiembre, una brigada movilizada a Avilés se encontró frente del enemigo, no se pudo rehusar al combate, que desde los primeros momentos fue favorable a los atacantes quienes obligaron a los huertistas, cuando éstos intentaban dar batalla a campo raso, a retirarse hacia sus atrincheramientos; mas como este repliegue fue considerado por los revolucionarios como el principio de la derrota del enemigo, cobraron bríos y, sin más espera, se formalizó la batalla desde Lerdo hasta Torreón; y al cabo de 24 horas de lucha, la gente de Villa entró victoriosa a la plaza.

Tan desastrosa fue la acción para los soldados de Huerta, que éstos dejaron en el campo de batalla 800 muertos —entre éstos el general Felipe J. Alvérez— y 490 prisioneros, de entre quienes Villa ordenó que fuesen separados los oficiales, 32 de los cuales fueron pasados por las armas horas después.

Castigado el enemigo con tan fuertes pérdidas, Villa se presentó en Torreón como hombre de orden, y por ser muchas las lamentaciones del vecindario a causa de la guerra, mandó con mucho imperio que sus soldados respetaran las vidas e intereses de la población civil; como que no faltaron abusos en la confiscación de bienes y los atropellos cometidos con los chinos, muchos de éstos, asaltados y robados; otros asesinados; pues se les suponía cómplices del huertismo.



Muertos en el campo de batalla, en Torreón

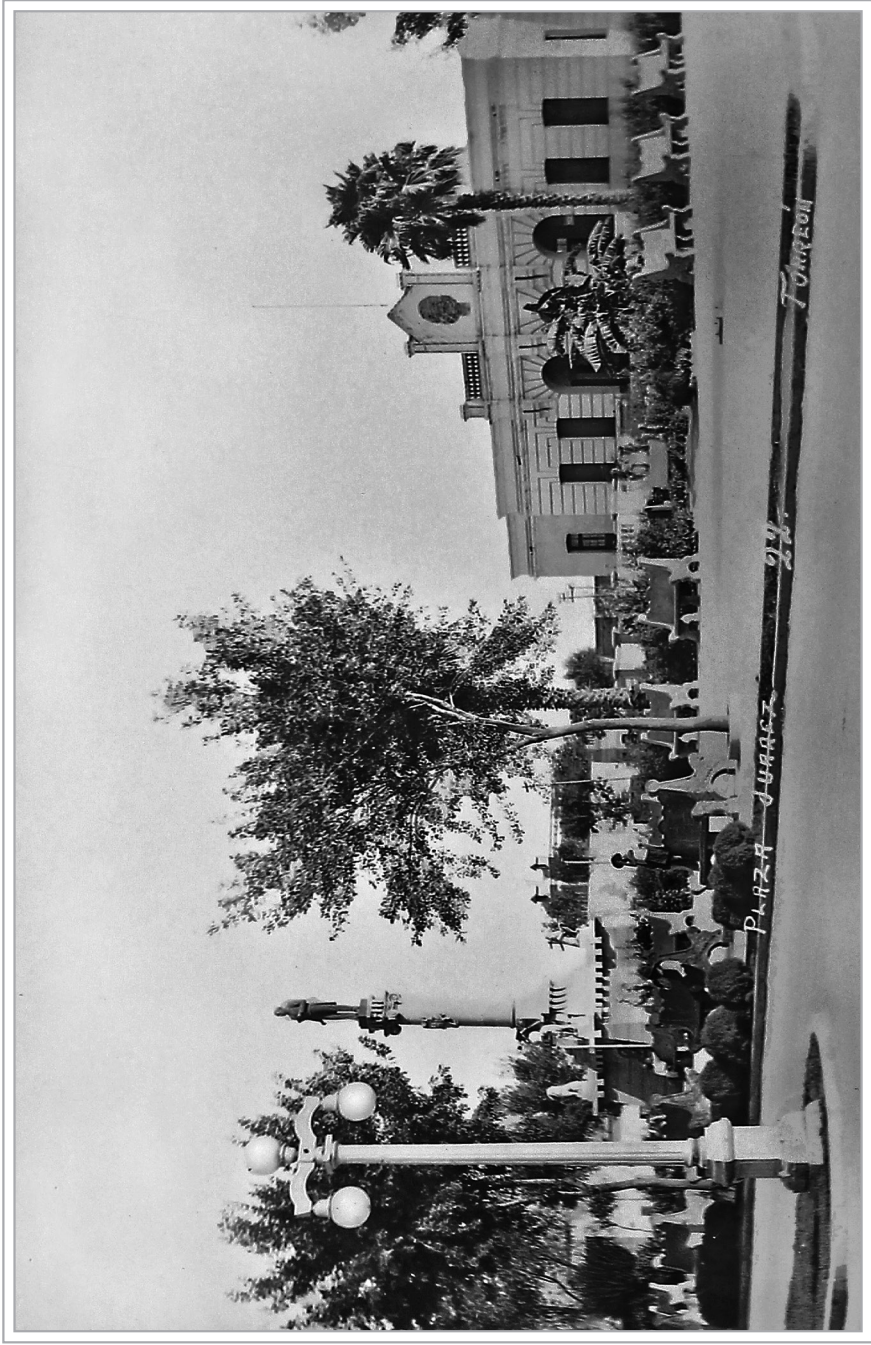
La toma de la plaza de Torreón, considerada como el punto de apoyo para todas las operaciones de carácter militar en el norte de la República, fue un golpe para el huertismo, no sólo por ser Torreón el entronque de las más importantes vías férreas de México; no sólo por que hizo descender el valimiento de las fuerzas federales, sino también debido a que quedaban aisladas las tropas federales en el estado de Chihuahua, de manera que no podían recibir refuerzos y vituallas. Por otra parte, las glorias del antiguo Ejército porfirista quedaron sepultadas para siempre. Con las derrotas formales de Sonora y La Laguna, ya no existía el Ejército invicto.

Así, ya como jefe de la División del Norte, ya como general victorioso, Villa no tuvo más preocupación ni más propósito que exterminar a las tropas huertistas que se hallaban en Chihuahua.

Al caso, dejando una guarnición de 2 mil hombres en la población conquistada, y en seguida de organizar una columna de 3 mil soldados, marchó al norte, con el ánimo de atacar y posesionarse de Ciudad Juárez; pues comprendía cuán necesario era para el progreso de la guerra poseer una plaza fronteriza a través de la cual pudiese abastecerse de armas y municiones.

Púsose, pues, en camino a Chihuahua, y sin calcular debidamente sus fuerzas, creyendo que el triunfo de Torreón era bastante para amedrentar a la guarnición huertista de la capital del estado, atacó la plaza dos veces (6 y 10 de noviembre), sin resultado alguno. Los federales, bien preparados, resistieron los asaltos; y Villa, convencido de que continuar combatiendo equivalía a perder gente y pertrechos y, por lo mismo, a debilitar sus fuerzas para llevar a cabo el proyecto de posesionarse de Ciudad Juárez, levantó su campo y se dirigió a Estación Terrazas.

Aquí, dividió sus tropas en dos columnas. Una, a fin de que quedara de vigilancia en la vía férrea a manera que el enemigo no le



La plaza de Torreón

sorprendiera a la retaguardia. Otra, destinada a concurrir a la toma de Ciudad Juárez, en donde los huertistas en número de 3 mil, se hallaban perfectamente atrincherados y protegidos por alambradas de púas; mas ahora, en lugar de seguir el sistema de los asaltos de audacia y valor, el general Villa optó por seguir el camino del ingenio guerrero. Al efecto, poco adelante de Estación Terrazas detuvo y secuestró un tren de carga, y montando a su agente en el convoy, dio órdenes de retroceder hacia Ciudad Juárez, que era de donde el tren procedía, y puesta la gente a bordo emprendió el camino hacia la plaza amagada, y sin que los federales advirtieran su presencia, Villa llegó a la estación del ferrocarril. Aquí, desembarcó a su gente sin ser sentido a la madrugada del 15 de noviembre, e inesperada y violentamente atacó los cuarteles, de manera que dos horas y media después, la plaza estaba en su poder.

Para el huertismo la pérdida de Ciudad Juárez fue una verdadera desgracia; pues si de un lado, con el acontecimiento se confirmaba la poca estabilidad y la escasa autoridad militar del antiguo Ejército porfirista, de otro lado, los revolucionarios poseían el lugar fronterizo más importante para el suministro de pertrechos de guerra.

No quiso el general Huerta darse por vencido, ordenó al general Salvador R. Mercado que procediera con prontitud a reunir todos los destacamentos federales y grupos orozquistas en el norte de Chihuahua, incluyendo las guarniciones de Parral y de la capital del estado, a fin de que con una gran columna tratase de recuperar el punto fronterizo.

La orden de Huerta produjo pavor entre la gente acomodada y los funcionarios públicos de Parral y Chihuahua, quienes desde luego estimaron cuán funesto sería para ellos la ausencia de las tropas huertistas, ya que quedaban a merced de los revolucionarios, quienes habían hecho público el propósito de castigar severamente a los partidarios de Huerta, por lo cual éstos pidieron que las dichas guarniciones quedaran inmovilizadas.

Sin considerar sus planes, Huerta reiteró esa orden a Mercado, mandándole que organizara dos columnas en las que incluyera a los antiguos orozquistas con un total de 5,800 hombres. Una avanzaría hacia Juárez; la otra, quedaría bajo las órdenes del general Mercado a fin de proteger a las pequeñas guarniciones de voluntarios de Chihuahua y Parral.

Hecho comandante en jefe de la primera, el general José Inés Salazar, antiguo magonista, marchó con mucha intrepidez y valor llevado por el propósito de recuperar la ciudad fronteriza. Muy fogueados y buenos soldados iban en las fuerzas de Salazar, quien tomó de lugartenientes a Marcelo Caraveo, Manuel Landa y Rafael Flores A. había también en esa misma columna jóvenes de distinguidas familias de Chihuahua, quienes creían, de acuerdo con el manifiesto que hicieron público, que su solo apellido y categoría social, serían suficientes para vencer a un enemigo de tan poca cuantía moral como el general Villa.

Mas éste, tan pronto como tuvo noticia de la aventura que se jugaba la columna de Salazar, en lugar de esperar al enemigo en los atrincheramientos de Ciudad Juárez, pues temía que un encuentro en la plaza fronteriza pudiera producir males de carácter internacional, optó por salir de la plaza, y eligiendo un buen campo para las maniobras de su caballería, que era de poco más de 2 mil hombres, se situó entre Bauché y Tierra Blanca; y aun cuando el general Maclovio Herrera, como resultado de un disgusto personal dado su temperamento humano incompatible con las maneras a veces tempestuosas de Villa se había separado de las filas villistas, el caudillo confiado en su audacia y valor de su gente, esperó al enemigo. Villa tenía entre sus filas un buen número de veteranos de la guerra, hombres de muy auténtica idealidad, que amaban la Revolución y que creían su deber, casi religioso, vengar la muerte de Madero y exterminar a las huestes de Huerta, y esto parecía bastar para el triunfo.

Además, el terreno elegido por Villa no podía ser más favorable a las operaciones de guerra. Tratábase de un gran médano sobre el cual tenían que avanzar hundiéndose a veces hasta la rodilla, los soldados de Huerta, mientras que los de Villa estaban en un lomerío desde el que podían hacer blanco fácil a los hombres que caminaban sobre las amenazantes arenas del campo abierto. Así, apenas entrada la tropa federal a la duna, los soldados quedaban casi paralizados en sus movimientos, mientras que los revolucionarios hacían blanco en aquella gente llevada tan inútilmente al sacrificio. De esta suerte la victoria de Villa (25 de noviembre), no se hizo esperar. Fue un verdadero suceso militar, empañado por el fusilamiento hecho a la vista de los norteamericanos situados sobre la línea fronteriza, de veintitantos orozquistas, a quienes no se concedió una sola gracia a pesar de que había entre ellos varios heridos de gravedad.

La derrota del huertismo en Tierra Blanca fue definitiva para el triunfo del general Villa en el estado de Chihuahua; pues tan luego como el general Mercado tuvo noticias de lo acontecido, sin obedecer ya las órdenes de Huerta abandonó precipitadamente la capital del estado y sus soldados huyeron en todas direcciones, yendo los más a refugiarse a suelo de Estados Unidos.

Con aquella fuga, Chihuahua cayó en poder de las partidas revolucionarias; y el general Villa entró victorioso a la plaza el 31 de diciembre (1913).

El estado de Chihuahua quedó totalmente en poder del constitucionalismo, porque apenas Villa estableció su cuartel general en la ciudad de Chihuahua, hizo público un manifiesto diciendo que el villismo sólo podía existir como un grito de guerra, que sus triunfos guerreros de ninguna manera serían para su provecho o gloria personal, sino que estarían destinados esencialmente a robustecer la empresa política y militar dirigida por el Primer Jefe del Ejército Constitucionalista, Venustiano Carranza.

Con lo anterior, la autoridad nacional de Carranza se embarcaba y era posible hablar en derecho de la existencia de un Gobierno, que acaudillado por el propio Carranza, representaba los intereses y normar de la Constitución de México.

No solamente Tierra Blanca y la fuga de Mercado serían triunfos de la División del Norte, porque en seguida de la ocupación de la capital del estado, Villa fue el jefe de poco más poderoso al lado del que mandaba el general Álvaro Obregón.

Así, al final de 1913, y dejando de su parte las numerosas partidas alzadas en el país, era posible decir que el Ejército Constitucionalista sumaba más de 25 mil soldados, con 24 generales, 200 jefes y un sinnúmero de oficiales. Verdad es que todo esto había una señalada improvisación; mas ello no era obstáculo para comprender que con los abastecimientos comprados en Estados Unidos, la Revolución tenía muy respetables fuerzas y, por lo mismo, podía augurarse, sin caer en los cálculos de partido, que el huertismo estaba llamado a desaparecer en el transcurso de breves meses más.

LA GUERRA EN EL ORIENTE

Mientras que el Primer Jefe, Venustiano Carranza, caminaba hacia el este de México, el coronel Lucio Blanco, comisionado, como ya se ha dicho, por el propio Carranza, marchaba hacia el oriente de Coahuila con instrucciones de llevar la guerra al estado de Tamaulipas; pero con la idea principal de conquistar la zona petrolera, que como región nacional empezaba a adquirir nombre en todo el mundo por el acrecentamiento de su producción de aceite.

Blanco iba al frente de 200 hombres montados y equipados para una marcha de 30 días; y llevaba como lugartenientes a los jefes revolucionarios Cesáreo Castro, Francisco J. Múgica y Daniel Ríos Zertuche.

Este movimiento a lo largo de línea fronteriza, si no detenido por las tropas federales, sí encontró grandes obstáculos de-

bido a la escasez de abastecimientos de boca; y la imposibilidad de amenazar a los huertistas en la zona petrolera, dado que éstos estaban atrincherados y los revolucionarios podían quedar en el aislamiento, Blanco, con sentido práctico resolvió apartarse de las instrucciones recibidas de Carranza, para marchar, atacar y tomar una plaza fronteriza que le sirviese de apoyo y entrada a los pertrechos de guerra que pudiera comprar en Estados Unidos. Además, esto mismo, con el objeto de proteger la retaguardia de sus cortas fuerzas.

Para el caso de este nuevo dispositivo de guerra, Blanco se dirigió sin titubeos hacia Matamoros; y como los huertistas desconocían la importancia del punto que guarnecían, fue fácil a los revolucionarios, después de un asalto inesperado, tomar la población; y seguidamente mandó Blanco la confiscación del ganado vacuno y caballar de las haciendas cercanas; y sin más trámite, vendió el primero; se hizo de fondos; llamó a los comerciantes norteamericanos; trató con ellos, e hizo un pedido importante de armas y municiones, con lo cual pronto vio embarnecerse sus poderes de guerra.

Mas como la función del dinero, sobre todo tratándose de dólares, era muy amplia y garantizada, el coronel Blanco alcanzó tanta autoridad que cuando llegó a reunírsele en Matamoros el general revolucionario Jesús Agustín Castro, a pesar de que éste tenía más antigüedad y crédito que el propio Blanco se vio compelido a aceptar la jefatura del coronel.

Castro, comandante del 21o. cuerpo rural, hallándose en Tlalnepantla (Estado de México) desconoció la autoridad de Huerta, y haciendo una travesía hazañosa y memorable, desde tal población hasta el norte de la República, entró felizmente al estado de Tamaulipas en busca de la columna de Blanco; pues Castro había ya reconocido la autoridad de Carranza. Sin embargo, dentro de la plaza y luego de percatarse de la suficiencia de Blanco, en vez de aceptar la subordinación definitiva optó por seguir la guerra por sí solo al

frente del vigésimo primer cuerpo rural; aunque sin separarse del constitucionalismo.

Ya en este tren, Castro hizo su propio plan de campaña, y otorgó ascensos militares a Blas Corral, Juan Jiménez Méndez, Miguel Navarrete, F. Viramontes y Macario Hernández. Después pidió a Blanco que le cediera la aduana de Camargo, para abastecerse directamente de los pertrechos que necesitaba, no sin dar a Blanco la seguridad de que su mira militar no era de ninguna manera disputarle los puntos fronterizos sino reunir el material bélico necesario a fin de operar en el centro del país; pero como Blanco no accedió a la petición ni Castro desistió de sus propósitos, a éste no le faltaron fuerza y decisión para recorrer haciendas, reunir ganado y exportarlo a Estados Unidos. De esta suerte, pudo armar y municionar a sus soldados, que en número ascendían a poco más de 400.

Hecho todo esto, y reconocido que fue por sus oficiales como el general en jefe de la pequeña columna expedicionaria, Castro marchó a ponerse bajo la bandera del general revolucionario Pablo González, a quien Carranza había nombrado jefe del cuerpo de ejército del noroeste; y esto, no tanto por sus fuerzas ni por los triunfos, sino a manera de justificar la existencia del Ejército Constitucionalista.

Con todo esto, el general González, quien después de su primera campaña en Coahuila había logrado reunir a las partidas armadas que acaudillaban los generales Antonio I. Villarreal, Luis Caballero, Francisco Murguía y Teodoro Elizondo, resolvió movilizarse hacia el estado de Tamaulipas haciendo omisión de la columna del coronel Blanco quien quedó, como se ha dicho, en el ángulo nororiental de México que es Matamoros.

Reunido, pues, con numeroso núcleo de gente armada que se hizo ascender, aunque sin comprobación, a 5 mil hombres, el general González marchó hacia Ciudad Victoria, plaza que tomó sin grandes esfuerzos el 18 de noviembre (1913); y en seguida, sin perder tiempo, continuó avanzando hacia el sur, tras de las huestes

desorganizadas que mandaba el general huertista Manuel Rubio Navarrete.

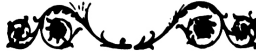
Pablo González era hombre de muchas y excelentes aptitudes guerreras y políticas. Faltábale, sin embargo, la iniciativa y la osadía. De aquí, el aspecto exterior que presentaba de un carácter apocado, que hacía creer en incapacidades que no tenía; ahora que no dejaba de exhibir una capa artificiosa de vanidad que tampoco estaba dentro de su ser, pues era individuo sensato, ajeno a los verbalismos, muy amante de la verdad, franco y sencillo en su trato. Por otro lado, sabía estimular a sus amigos y subordinados, virtud que le sirvió para atraer a su partido a numerosos jóvenes de las clases pobres, pero sobresalientes del norte de México, y despertar en ellos las irás grandes y justas ambiciones; sobre todo ambiciones de mando político.

González, siendo comandante de irregulares de Coahuila, tenía en marzo de 1913 no más de 40 soldadas; pero mandado por Carranza a la conquista de Nuevo León, con señalada pertinencia y gran sentido de organizador, fue moviéndose lentamente de pueblo a pueblo, instruyendo a su gente, reuniendo abastecimientos y haciendo su plan de campaña, con lo cual ganó, debido a sus propios esfuerzos, prestigio de general con la cabeza bien puesta.

Gracias al buen entendimiento que concedía a quienes se acercaban a él, González logró reunir a las pequeñas y grandes partidas insurrectas que operaban en Nuevo León y Coahuila, y ya con éstas hizo un ataque formal a Monterrey; mas como sus tropas eran de bisoños en la guerra y no poseían un armamento adecuado, hubo de ver frustrado tal ataque, aunque causó fuertes pérdidas al enemigo, inutilizando los principales trenes huertistas, destruyendo atrincheramientos y arrebatando a los defensores de la plaza una buena cantidad de armas.

Sin desanimarse por la fracasada aventura, González tomó el camino de Ciudad Victoria y luego de ocupar, como se ha dicho, esta

ACTA DE LA REPARTICION DE TIERRA.



En la Ciudad de Matamoros el día seis de Agosto de mil novecientos trece; reunidos en el salón del Cuartel General los C. C. Jefes y Oficiales que militan bajo las órdenes del C. Gral. Lucio Blanco; quien comanda las Fuerzas Constitucionalistas que operan en los Estados de Nuevo León y Tamaulipas, con el objeto de conocer los trabajos que sobre repartición de tierras se han llevado a cabo por la Comisión nombrada al efecto; se les enteró detalladamente de todos los proyectos, planes, proclamas y demás labores que dicha Comisión ha propuesto para la realización práctica, segura e inmediata de la distribución de terrenos, tanto a las clases desheredadas del país, como a los soldados constitucionalistas que han sabido defender, a riesgo de su vida, la legalidad y la justicia de la causa del Pueblo; y habiendo quedado todos plenamente satisfechos de la eficacia y viabilidad de los referidos trabajos, los aprobaron por unanimidad y resolvieron, compenetrados de la importancia y del espíritu de justicia que encierra este magno esfuerzo de la Revolución, defenderlo con su espada, jurando por su honor de soldados derramar su sangre si fuere necesario, en defensa de estos ideales, única base firme sobre la que podrá cimentarse la futura prosperidad y grandeza de la Patria. Y para debida constancia de este acto trascendental y solemne, firmaron los presentes invitando a todos los que quisieren hacerse solidarios de esta obra patriótica a que lo hicieran así mismo.

L. Blanco.
Vicente Segura.
Andrés Saucedo.
E. P. Nafarrate.
Jesús Garza.
Samuel S. Vásquez.
José G. Rebollo.
P. M. Hermosillo.
G. Elizondo.
A. Menchaca.
F. González Garza.
Z. Muñoz.
L. Decuirt.
Silvino M. García.
C. B. Bringas.
A. Rodríguez.
Juan Barragán Rodríguez.
J. Marti.
Ezequiel Pérez.
A. Lazo de la Vega.

F. Zuazua Z.
León Castro Serio.
Alberto Fuentes D.
Luis G. Malvaez.
D. Rios Zertuche.
G. Morales Sánchez.
Francisco J. Múgica.
Ramon Puente.
Heriberto Jara.
M. Rodríguez.
Alfonso Gomez M.
José T. Cantú.
F. Sanchez Correa.
Atanacio C. Pérez.
Librado Peña González.
F. Sada.
Alejo G. González.
M. Urquidi.
Eugenio Reyna.
J. Alvarez E.

J. G. Hermosillo.
José M. Sánchez Valdez.
Juan Fco. Gutiérrez.
Silvino M. González.
Armando E. Landoja.
Fausto Garibay.
José R. López.
L. Alcaraz.
Alejo Gomes.
Federico E. Lozano.
Alfonso M. Farías.
Carlos Campero.
Gabriel Gavira.
Víctor Blanco.
José Ma. Ayala.
Guillermo Castillo T.
P. Elizondo.
Salvador Fernando Treviño.

plaza mandó perseguir a las fuerzas de Rubio Navarrete mientras que él, al frente de una segunda columna, marchó a Matamoros por orden de Carranza; pues Blanco había sido llamado a Hermosillo.

En efecto, el coronel Blanco, llevado por su entusiasmo y aconsejado por su lugarteniente Francisco J. Múgica, joven audaz y de una gran capacidad imaginativa, se había proclamado jefe de las fuerzas revolucionarias en los estados de Nuevo León y Tamaulipas, desobedeciendo así la orden de Carranza, conforme a la cual se limitó a llevar la guerra al segundo de los estados mencionados.

Además, Blanco, también escuchando la voz de Múgica, procedió a repartir (29 de agosto) las tierras de las haciendas cercanas a Matamoros; y esto con gran independencia de acción, y sin prever una doctrina política o social, tan necesaria en un acto de importancia como era el de reformar el derecho de propiedad, y sin modificar una Constitución que la Revolución trataba de reivindicar.

Al llevar a cabo los repartimientos, Blanco no tenía —como tampoco estuvo dentro del pensamiento de Múgica— una idea precisa de lo que significaba tal proceder. Le guiaba, eso sí, el propósito de realizar una estrecha vinculación entre los ciudadanos armados y el pueblo neutral. Consideraba también, la manera de hacer práctica de venganza contra el huertismo y especialmente contra los ricos hacendados, a quienes se suponía en connivencia con el huertismo.

Carranza, por otra parte, sin manifestar hostilidad alguna hacia los repartimientos de tierras, al quitar el mando de Matamoros al coronel Blanco, lo hizo con el objeto de someter a éste a la disciplina militar a la cual quería obligar, por necesidades políticas y guerreras, a los jefes revolucionarios.

Pero, volviendo a la situación del general González, debe decirse, que una vez abastecido de una fuerte cantidad de *bilimbiques* y dólares, obtenidos éstos mediante la venta del ganado sustraído a las haciendas de Matamoros; comprado que hubo las armas necesarias para tener un ejército no menor de 5 mil hombres, y organi-

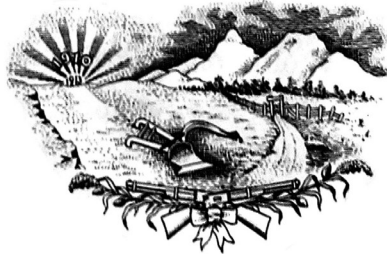
TITULOS DE PROPIEDAD

DE TIERRAS PROCEDENTES DEL FRACCIONAMIENTO DE

hecho por MANDATO DEL PUEBLO y ejecutado por el

Gral. Lucio Blanco

Jefe de las fuerzas constitucionalistas en los Estados de Nuevo Leon y Tamaulipas.



Expedido a favor de _____

en _____ *el día* _____ *de* _____ *de 1913.*

Número _____

a fojas _____

zados éstos lo mejor posible, dentro de aquellas prisas que se daba cada jefe revolucionario para tener el mayor número de soldados y el mayor número de triunfos guerreros, resolvió marchar con todas sus fuerzas hacia la zona petrolera.

Al caso se movilizó hacia el puerto de Tampico; pero informado del poder de fuego que tenían los huertistas, que habían sido pertrechados en grande; volvió a retirarse hacia el norte, para amenazar las plazas de Monterrey, Nuevo Laredo y Saltillo.

LA GUERRA DE GUERRILLAS

No obstante que los soldados del Ejército Federal eran forzados, tanto era el coraje y bizarría de sus viejos generales y jóvenes oficiales, que hechos en la disciplina y orgullo del régimen porfirista servían a la autoridad militar del general Victoriano Huerta, que no bastaba la popularidad de los revolucionarios, ni la causa de éstos, ni los progresos numéricos de los insurgentes, ni los triunfos de Obregón y Villa, para doblegar su espíritu combativo.

Además, los federales se sentían apoyados por la neutralidad de la población civil en los estados del centro, que no correspondían activa y resueltamente a la Revolución, y que gracias a su producción agrícola era posible abastecer a las columnas militares de Huerta.

Aunque gran parte del suelo nacional estaba en completa ebullición, pequeñas eran las partidas armadas que iban de un punto a otro punto en el estado de Jalisco; desorganizadas las que operaban en el sur de San Luis Potosí; dispersas las del estado de Hidalgo y norte de México. Así y todo excepcionales eran las comarcas ajenas a la guerra; y como su población pretendía trabajar al igual de días normales, ello servía para alimentar las esperanzas del huertismo.

Por las distancias a que se hallaban los puertos de abastecimiento de materiales bélicos, los cuerpos revolucionarios que se movían en los estados de Yucatán y Campeche a las órdenes de Juan Her-

nández, Jesús Pat y Manuel Castillo Brito, no podían prosperar; y aunque igual dificultad se presentaba a los caudillos locales de Tabasco, aquí estaba tan cargada la atmósfera contraria a los intereses del huertismo, no sólo por los odios hacia los viejos sistemas porfiristas sino por las rencillas familiares suscitadas desde la primera guerra civil, que la empresa revolucionaria tenía importantes adalides, a pesar de que no siempre correspondían a la verdadera causa de la Revolución.

El jefe revolucionario Luis Felipe Domínguez y sus tres hijos, habían logrado, si no una prosperidad, cuando menos la organización de su núcleo principal armado, dentro del cual figuraban en calidad de lugartenientes de Domínguez, los hermanos Carlos, Pedro y Alejandro Green, Pedro Colorado y Aurelio Sosa.

Las partidas comandadas por Domínguez no constituían una amenaza formal para la autoridad huertista, pero sembraban dudas y alarmas entre la población pacífica, que temerosa de los progresos de las rivalidades, venganzas y triunfos de la guerra, emigraba incessantemente con rumbo a la Ciudad de México.

Débil también era la acción de los núcleos revolucionarios que operaban en el estado de Oaxaca; aunque los capitaneados por los hermanos Prisciliano y Anastasio Guzmán, aparte de ser muy leales a su credo maderista, tenían muchas y constantes actividades, de manera que hacían a las fuerzas federales moverse de un pueblo a otro pueblo sin proporcionarles la oportunidad de obtener un triunfo para el huertismo.

En la región de Tehuantepec, el viejo jefe maderista Manuel Altamirano a quien se había unido el diputado Rivera Cabrera, persona de muchas cualidades políticas y de valor propio en un individuo de singularidades, logró reunir varias guerrillas, que no por carecer de armas dejaban de amenazar y asaltar a las pequeñas guarniciones huertistas, gracias a lo cual se abastecían de víveres y alentaban el estado de guerra.

Veracruz y Puebla presentaban posibilidades de lucha y prueba para los revolucionarios. En Los Tuxtla, los jefes Hilario Salas y Miguel Alemán, al frente de una partida de más de 100 hombres derrotaron tres veces consecutivas a los huertistas, y tuvieron en constante alarma, y en ocasiones bajo sus fuegos, a las fuerzas enemigas que guarnecían la comarca de Catemaco; y como en el otoño de 1913 pudieron recibir armas y municiones enviadas por el general Pablo González, Salas y Alemán unidos a las partidas de Pedro Carvajal atacaron vigorosamente la plaza de Acayucan; y aunque los atacantes fueron rechazados, pudieron retirarse en orden y reorganizar su gente; y ya en diciembre (1913), tenían un poco más de mil soldados, con los cuales se dispusieron a avanzar hacia el centro del estado.

Guerra más formal, no obstante carecer de organización, mando preciso, recursos pecunarios y armamento, la llevaban a cabo con señalada abnegación, Francisco de P. Mariel, Francisco Cosío Robelo y el licenciado Pedro Antonio de los Santos, en las Huastecas. Eran, en efecto, muchos los estragos que las guerrillas potosinas causaban a los voluntarios huertistas organizados por los prefectos políticos; y la guerra en las Huastecas hubiese prosperado, de no ser la pérdida sufrida con la captura de Santos, quien cayó en poder de los huertistas. Santos representaba el alma y talento de aquel movimiento armado; y como era muy temido por la gente de Huerta, fue llevado a Tancanhuitz y fusilado el primero de agosto (1913). Fue una pena la caída de tal hombre, que caracterizaba la idea heroica de México.

Lo sucedido, tampoco hizo desmayar a los alzados de la Huasteca, máxime que en esos días llegó a unírseles el general revolucionario Cándido Aguilar, nombrado por Carranza jefe de las operaciones militares en el estado de Veracruz.

Aguilar, además de sus antecedentes de maderista, era individuo imaginativo y emprendedor, y como traía consigo recursos pecunarios y su mira consistía, de acuerdo con las órdenes del Primer Jefe,

en apoderarse de la región petrolera del norte de Veracruz, con el objeto de sitiar tal zona, ya que por el lado opuesto la amenazaban las tropas del general Pablo González, pronto puso en movimiento a la gente de la Huasteca, reclutando voluntarios, con lo cual pudo aumentar el número de sus soldados a 1,500; y aunque de éstos sólo un 50 por ciento estaban bien armados; y todos, en general, carecían de una idea cierta acerca de acciones guerreras, muy atrevido se mostró el general Aguilar al resolverse a marchar sobre el puerto de Tuxpan. El movimiento, a pesar del entusiasmo de los revolucionarios, llevado a cabo sin ninguna técnica guerrera y sin las debidas previsiones, fue un fracaso; porque el jefe huertista, teniendo noticias precisas del avance de Aguilar, estuvo en la posibilidad de pedir y recibir refuerzos a tiempo de rechazar a los atacantes, que maltrechos volvieron a remontarse.

Esto no obstante, gracias a la actividad y vehemencia revolucionarias del general Aguilar, quien era incansable y al mismo tiempo tenía cualidades sólo propias de los líderes políticos, éste logró unificar, ya yendo él personalmente, ya enviando propios, a los núcleos armados que existían en Hidalgo, Puebla y Veracruz; y como todos esos ajetreos hacían creer que bajo las órdenes de Aguilar se hallaban las partidas de Daniel Cedero, Vicente Salazar, Alejandro Vega, Agustín Galindo, Alfredo A. Lander y Vicente Segura, quienes estaban en actividad en el norte de Veracruz; las de Miguel Lárraga y José Rodríguez Cabo, que operaban en la Huasteca hidalguense; las de Nicolás Flores, del estado de Hidalgo, así como las de Gilberto y Roberto Camacho, Juan Francisco Lucas y Esteban Marcos en Puebla, el propio general Aguilar tuvo la ocurrencia de dar a todos aquellos grupos dispersos y que aparentemente aceptaban ser subordinados al comisionado Carranza el carácter de una división a la que puso el nombre de División del Oriente.

Sin embargo, más que para el combate con las fuerzas huertistas, la llamada *división* del general Aguilar, fue útil para introducir la

bandera del constitucionalismo en las regiones donde con mucha independencia jugaban a la guerra los caudillos locales.

De esos caudillos no todos aceptaron subordinarse a un mando principal. Así, poniendo de pretexto el hecho de que el constitucionalismo exigía disciplina y obediencia, los cabecillas Medina, Lucas y Marcos abandonaron inesperadamente las filas de Aguilar y se declararon partidarios del general Huerta, empezando desde ese día una guerra que no tenía más objeto que la de entrar a saco en los pueblos que ocupaban por la fuerza.

Capítulo XIII

La capital

LA AMBICIÓN REVOLUCIONARIA

Después de los triunfos obtenidos en Sonora, Sinaloa y Chihuahua, los caudillos revolucionarios abrigaron un solo propósito llegar a la Ciudad de México. Pues lo que parecía lejano y casi imposible de alcanzar para la gente rústica, ahora se presentaba de manera que parecía como la meta definitiva del pueblo mexicano. Meta no sólo para derrotar al huertismo sino para alcanzar mejores días para el país.

Y, en efecto, ya empezaban a bullir dentro de los jefes revolucionarios, las más exaltadas ideas sobre el destino de la Ciudad de México y acerca de lo que podría ser el nuevo gobierno en la transformación de la vida nacional. Ahora, los caudillos de la guerra no sólo pensaban en las futuras batallas y en las siguientes victorias, antes también en los goces del triunfo y de la ambición, que parecían aguardarles en la vieja capital.

Obregón y Villa, aunque siempre guiados por los geniales diseños de Carranza, eran los caudillos que más ambicionaban llegar a la Ciudad de México. No veían obstáculos imposibles de vencer, ni gente capaz de oponerse a sus propósitos, ni necesidades insuperables, ni disgustos, ni rivalidades internas con la fuerza suficiente para romper el lazo de unión que en esos días se manifestaban como una excepcional fraternidad nacional. Sin embargo, tanto Villa como Obregón estaban a más de 1,500 kilómetros de la Ciudad de México; y tal distancia no era de aquellas fáciles de vencer. Primero,

porque hacia el noroeste, la vía férrea terminaba poco adelante de Mazatlán. Segundo, porque entre Torreón, el punto más avanzado del ejército de Villa y la Ciudad de México había plazas importantes, embarcadas por Huerta con más tropas y más armas. Y al efecto, una remesa de material bélico procedente de España, fue desembarcado en el puerto de Veracruz; y las fábricas inglesas y belgas ofrecieron, como consecuencia de un empréstito huertista, todo el material bélico requerido para la defensa del centro de la República.

Los núcleos revolucionarios más cercanos a la capital y por lo mismo más amenazantes a la metrópoli y asiento de la autoridad huertista, estaban en Michoacán, Guerrero y Morelos. Más en este último estado, que en los dos anteriores. Más, porque en Morelos el general Emiliano Zapata acrecentó sus filas con la gente que había desocupado en las haciendas de Puebla y el Estado de México; de manera que no faltaron hombres al ejército de Zapata. Lo que faltaba eran pertrechos para la guerra; y Zapata se hallaba lejos de la frontera norte y de los litorales mexicanos para esperar arribo de material bélico.

En el estado de Guerrero, el general Figueroa, después de cuatro meses de su levantamiento y no obstante su popularidad y valentía, no había podido armar a más de 500 hombres; ahora que con éstos tuvo en sobresalto a las fuerzas federales, que no se daban punto de reposo para combatir con las guerrillas que surgían de un lado y de otro lado, pero siempre obedeciendo la iniciativa y decisión de los hermanos Figueroa, a quienes hemos conocido desde los comienzos de la Revolución en 1910.

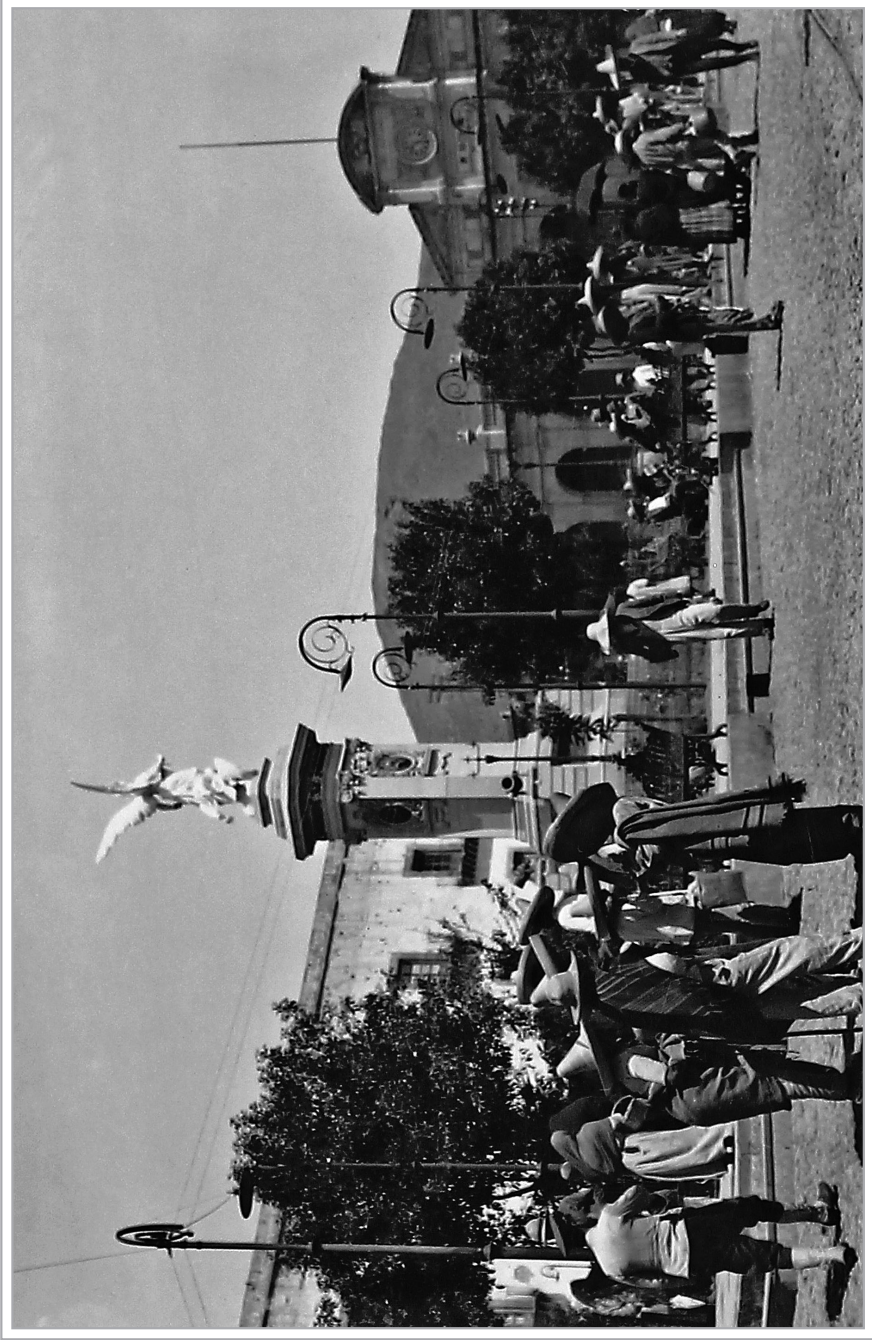
Más posibilidades de progreso tuvo a la mano el general Gertrudis G. Sánchez en Michoacán. Una sola de esas columnas, al mando de Joaquín Amaro, llevó a cabo una fructuosa campaña que le acercó a Morelia; mas tantas eran las limitaciones que de material bélico tenía Amaro, que se vio obligado a retroceder por primera vez y segunda vez a Tacámbaro, al grado de que en una ocasión le fue necesario

evacuar esta plaza. Tales culpas y contraculpas de los insurrectos de Michoacán, pudieron ser aliviadas gracias a la llegada de refuerzos procedentes de Guerrero. Sin embargo, si en el otoño de 1913, fue fácil hallar en cada región importante de Michoacán un núcleo revolucionario, esto no significaba una dominación del estado, puesto que si los revolucionarios aumentaban día a día en número, en cambio disminuían cotidianamente en lo que respecta a pertrechos. De esta suerte, las acciones de guerra en Michoacán estuvieron prácticamente congeladas en los tres últimos meses de 1913.

No dejó de ser importante el influjo que los revolucionarios michoacanos llevaron con sus hazañas a Guanajuato. Éste, que hasta mediados de 1913 aparecía un poco desdeñoso hacia la Revolución, y continuaba siendo el lugar de los abastecimientos de boca para el Ejército Federal, empezaba a ser invadido por los grupos armados; pues a la primera partida que amenazó a Tarandacuao, se siguieron otras que se presentaron a las puertas de Jerécuaro, Yuriría, Santa Cruz y Galeana.

No se conocían entre los jefes revolucionarios de Guanajuato figuras sobresalientes; pero los grupos capitaneados por Manuel Pantoja, Trinidad Raya y Pomposo Flores eran suficientes para significar la existencia de un movimiento antihuertista.

Mientras tanto, en Zacatecas el general Pánfilo Natera, al frente de mil revolucionarios, esperaba calladamente el momento de unirse a los guerrilleros de Durango, Aguascalientes o Jalisco; pero como esta oportunidad no se presentó como la ansiaba Natera, los revolucionarios resolvieron atacar la capital del estado, aunque sin triunfar, y en seguida, con mucha decisión, cayeron audazmente sobre las plazas de Jerez y Fresnillo. Aquí, el general Natera tuvo una experiencia de halago y entusiasmo, pues los trabajadores de las minas resolvieron abandonar sus labores y unirse a la Revolución. Natera, como consecuencia de tal conquista de voluntades, se vio en pocos días al frente de 3 mil hombres, sin organización, sin



La ciudad de Zacatecas

disciplina, sin armas, sin dinero; pero deseosos de pelear contra los huertistas.

En medio de aquel mar de gente que no sabía cual camino tomar, Natera recibió noticias de que los revolucionarios de Mauro R. Saucedo, que iban de un lado a otro lado en el estado de Aguascalientes con mucha abnegación por sus escaseces de dinero y armas, estaban en situación difícil amenazarlos por las fuerzas huertistas. Saucedo, levantado desde el mes de abril (1913), se había negado obstinadamente a unirse con cualquier grupo revolucionario si no se le reconocía previamente como general en jefe; mas al verse en aprietos al inicio del otoño de 1913, se dirigió a Natera pidiéndole apoyo para sus tropas, de lo cual se valió Natera para someter al indisciplinado Saucedo quien, con el auxilio de aquella masa zacatecana, prado poner sitio a la plaza de Aguascalientes y distraer con esto a las tropas huertistas, que del centro y sur de la República se dirigían a la capital zacatecana con el propósito de hacer allí el principal baluarte militar de Huerta. En efecto, Huerta creyó que el ejército enemigo, de intentar atacar la plaza sería derrotado, porque la topografía de Zacatecas, unida a la concentración de tropas federales, se prestaba para una efectiva defensa militar.

No contaba, sin embargo, la autoridad militar huertista con la amenaza sobre Aguascalientes, de manera que esto último debilitó los planes del general Huerta. Vinieron también a ser obstáculos para dichos planes, los grupos revolucionarios potosinos capitaneados por los hermanos Cleofas, Magdaleno y Saturnino Cedillo; pues éstos, si es verdad que estaban diseminados en su mayoría y carecían de la más rudimentaria organización, en cambio estimulaban a sus hombres en todas las acciones individuales, de manera que los cedillistas, al tiempo de asolar pueblos, disponían de las vidas e intereses de las personas que se les ocurría eran desafectas al movimiento revolucionario.



Saturmino Cedillo, junto con sus hermanos Cleofas y Magdaleno, fueron líderes de los revolucionarios en San Luis Potosí

Los hermanos Cedillo a quienes unían ligas de entendimientos con el zapatismo, reconocieron y sirvieron a la autoridad de Huerta durante el mes de marzo (1913); pero instados por los zapatistas, para que abandonaran tal filiación, se declararon independientes, negándose a aceptar la autoridad de Carranza o de cualquier otro caudillo, puesto que constituían un núcleo localista, sin otro propósito que el de operar a lo largo de la vía férrea de San Luis Potosí a Tampico, para lo cual se servían de su habilidad como dinamiteros y asaltantes de trenes; ahora que estas acciones, generalmente siniestras, restaron poder a las tropas huertistas que trataban de maniobrar en auxilio de Zacatecas.

Alejado también de la Ciudad de México, aunque siempre con la idea de acercarse a Guadalajara, el doctor Miguel Galindo acaudillaba una partida armada en Colima, que sin más bandera que el derrocamiento de Huerta, no dejaba de amenazar a la capital del estado.

Entre tanto, en Tlaxcala el general maderista Enrique W. Paniagua iba de una hacienda a otra hacienda, tratando de convencer a los peones a fin de que se alzaran en armas, pero como carecía de pertrechos de guerra y los peones siempre instruidos a la obediencia de sus amos temían el alzamiento, Paniagua no lograba prosperidad alguna, aunque no por ello dejaba de ser también amenaza para la estabilidad de la Ciudad de México.

Tanta era la ilusión de los revolucionarios, para alcanzar la reconquista de la vieja capital, que desde el paupérrimo territorio sur de Baja California, el jefe revolucionario Félix Ortega, capitaneando 200 hombres, casi todos desarmados y remontados en la sierra de Viñoramas, hacía llegar un manifiesto a la Alta California anunciando los preparativos para cruzar el Golfo de California y cooperar en la toma de la Ciudad de México.

Ortega, no podría realizar tan infantiles designios propios de la época. Además, a poco, gente armada procedente de Sinaloa al mando de Miguel L. Cornejo y Camilo Gastélum, desembarcó en el sur

de Baja California, y con ello Ortega dejó de ser el jefe principal de la Revolución en el territorio bajacaliforniano.

Con todo eso, la ambición revolucionaria se desenvolvía fácil y prontamente en la República; y la esperanza de llegar a México se anidaba en el pecho de los grupos e individuos alzados en armas.

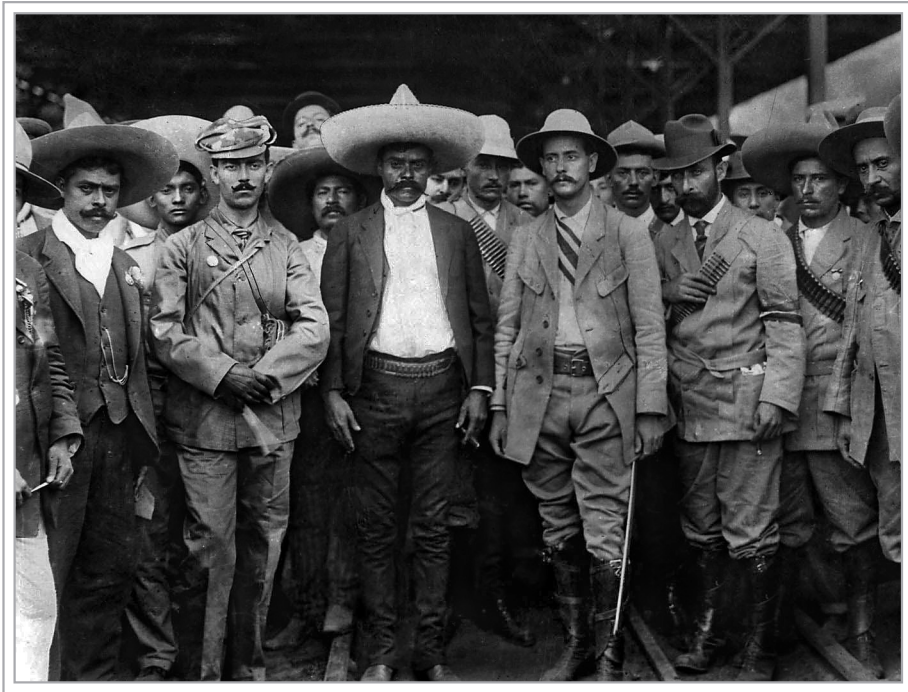
LA ACCIÓN DEL ZAPATISMO

Al cerco virtual que desde los cuatro puntos principales del suelo nacional se tendía sobre la Ciudad de México, concurrían también, con señalada decisión, aunque con la debilidad propia de la gente escasa de armas y ajena a la organización guerrera, las fuerzas que en el estado de Morelos y algunas otras regiones del sur de México acaudillaba el general Emiliano Zapata.

Si éste, al final de 1911, más por ignorancia y despecho que por malicia o interés, fue parte inconsciente de los preparativos contrarrevolucionarios y sirvió, sin quererlo, para acrecentar las ambiciones de los enemigos del gobierno de Madero, ahora, en 1913, constituía una de las columnas más fuertes, no tanto en función militar cuanto en solidez de convicciones, de la Revolución Mexicana.

No reconocía el general Zapata más autoridad que la suya propia. Sus consejeros y colaboradores le habían hecho creer que manteniéndose apartado de los otros grupos revolucionarios del país, estaba en posibilidad de obtener mayores ventajas para el partido zapatista. Porque el zapatismo era una forma manifiesta de partido político armado. Y esto, aunque no del todo inteligible para Zapata, de todas maneras servía a la formación de una mentalidad de independencia rústica que mucho animaba al caudillo del sur, gracias a lo cual daba a su gente una posesión de ideales nebulosos, aunque lo suficientemente populares para canalizar el alma de la grey rural suriana.

Mucho animaba a Zapata, para dar tenacidad a su lucha y estimular a sus lugartenientes, la presencia en los campamentos zapa-



Emiliano Zapata con Manuel Asúnsolo y Abraham Martínez, entre otros, en Cuernavaca

tistas de jóvenes que, sin comprender con precisión qué era la Revolución pero de todas maneras entusiasmados con la Revolución, se presentaban a las filas zapatistas procedentes de la Ciudad de México. El acontecimiento parecía a Zapata como una probación del poder que su causa alcanzaba dentro de la Ciudad de México que los zapatistas temían a par que desdénaban, como centro en el que sólo vivían las clases más selectas y fuertes de la República.

Todo esto, no alejaba al zapatismo de su origen, es decir, de ser la representación precisa e incuestionable de la clase rural más pobre del país; pero principalmente del estado de Morelos, de manera que era manifiesto que tal grupo de armados constituía un partido específico localista de los labriegos surianos; de los morelenses, para mejor ubicación de aquel conjunto heroico más que aguerrido.

Así, proclamado general en jefe del Ejército Libertador desde los últimos días de diciembre de 1912, el general Emiliano Zapata observaba los acontecimientos políticos y guerreros que se desarrollaban en la República, si no con doctrina, sí a través de un criterio sencillo y limpio. Y, primero como consecuencia de la cuartelada de febrero; después, a resultado de la muerte de Madero y Pino Suárez, el zapatismo empezó a adoptar una actitud más compatible con su espíritu revolucionario. Al efecto, luego de desconocer al general Pascual Orozco como caudillo de las fuerzas surianas, Zapata acrecentó su propia personalidad; y esto, con verdadero beneplácito de su gente, que veía en aquel jefe el alma candorosa y pura de la Revolución. Además, como el Plan de Ayala dejó de ser, como resultado de las disposiciones de Zapata, un proyecto de mero acomodo rural, para convertirse en guía político del zapatismo, el caudillo adquirió proporciones de hombre de mando.

Sin embargo, como dentro de la rusticidad zapatista faltaba una definición de ideas políticas capaz de contender con los programas de otras parcialidades revolucionarias —con la de Carranza, en primer lugar—; y el hecho fue advertido por quienes, en tren de intelectuales, se unían a Zapata después de haber figurado en las lides políticas de la Ciudad de México; como el hecho, se repite, fue advertido, de ello se produjo un encuentro entre un zapatismo dirigido por el profesor Otilio Montaña y un zapatismo inspirado por el licenciado Antonio Díaz Soto y Gama, persona acostumbrada a idealizar las cosas y pensamientos, pero poseedora de un extraordinario talento.

Ahora bien: de ese encuentro se originó una nueva corriente ideológica dentro de los surianos. El zapatismo, ya bajo el influjo de Díaz Soto y Gama, adquirió tintes socialistas; y con esto se declaró enemigo del capitalismo, del gobierno y del soldado.

Tan novedoso, y por lo mismo improvisado pensar radiante, correspondía, como queda dicho, a un socialismo anarquista de muchas indecisiones y contradicciones; pues si de un lado negaba

la autoridad y anunciaba la necesidad de reformar las instituciones políticas, de otro lado establecía, de manera incuestionable, que no existía otro gobierno o facción en la República que el zapatista, por lo cual, los núcleos armados existentes estaban obligados a subordinarse a la autoridad del Plan de Ayala.

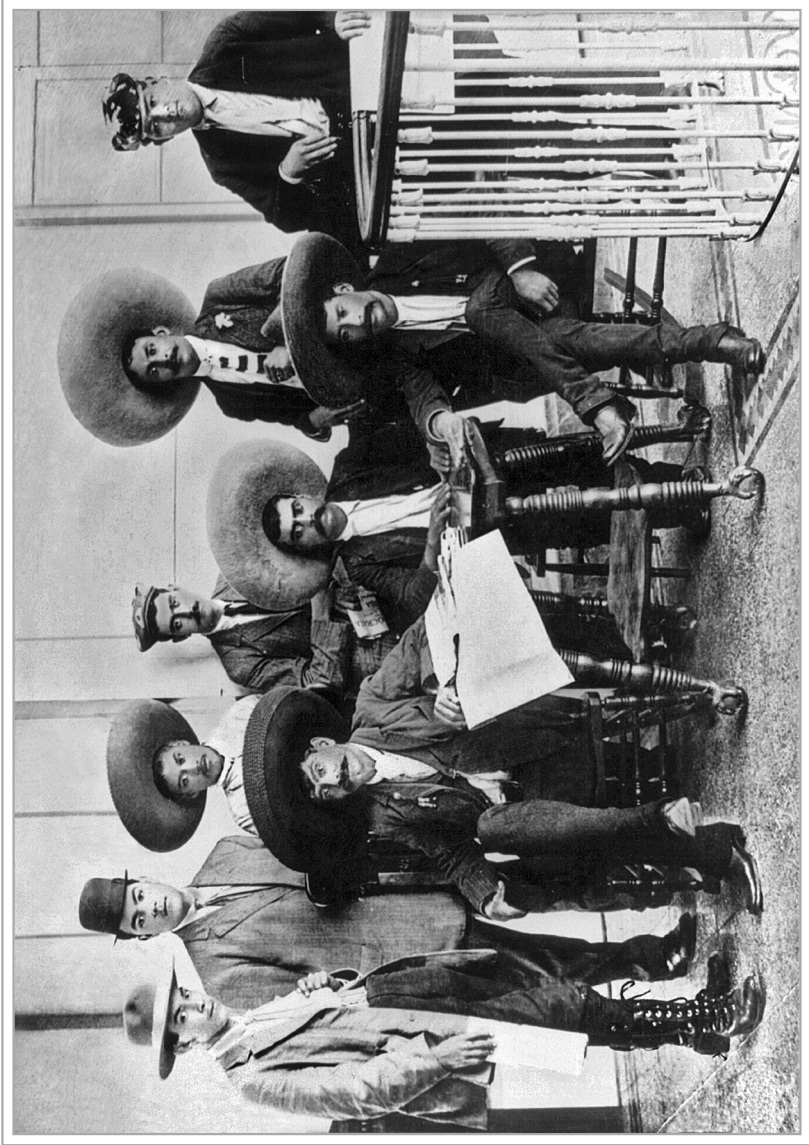
Todos estos decretos, dictámenes y opiniones del zapatismo, no hacían más que debilitar al propio partido. Además, preparaban a las fuerzas revolucionarias que avanzaban triunfantes desde el norte del país a una lucha de motivos faccionales.

Por otra parte, tan endebles como las nuevas vocaciones del zapatismo eran las acciones que en el campo de la guerra llevaban a cabo los soldados de Zapata. Estos, entusiastas voluntarios o bien reclutas del ejército de desocupados que había producido la guerra civil, sufrían cortedades tanto en su armamento como en su indumentaria; en sus haberes como en su organización.

Durante los primeros 10 meses de la segunda guerra civil, el zapatismo pudo vivir gracias a que se abastecía de las reservas halladas en los ingenios azucareros y las tiendas de raya; mas extinguidas o liquidadas tales fuentes, los soldados zapatistas se veían obligados a trabajar las tierras al tiempo de llevar al hombro un fusil, con lo cual ni se hacía un ejército para la lucha armada ni existía un cuerpo de trabajo organizado.

Podía el zapatismo pasear libre y seguramente por el estado de Morelos, pues Cuernavaca era la única plaza ocupada por el huerismo. Pero no sólo era Morelos campo propio de la gente de Zapata, puesto que ésta rozaba a menudo los aledaños de la capital de la República.

En efecto, dentro de Zapata bullía la idea de apoderarse de la Ciudad de México; pero tantas ocasiones como intentó movilizar su gente sobre el Distrito Federal, tantas veces se vio obligado a retroceder, puesto que a su retaguardia quedaba el enemigo fortificado en Cuernavaca, por lo que el caudillo suriano resolvió concentrar



Emiliano Zapata con Tirso Espinoza, Gildardo Magaña, M. Mejía, Abraham Martínez, Jesús Jáuregui y Rodolfo Magaña (de pie); Eufemio Zapata y Prócuro Capistrán (sentados)

todas sus fuerzas para atacar tal plaza, dentro de la cual 2 mil federales al mando del general J. Ocaranza, esperaban valientemente al enemigo.

Para llevar a cabo sus planes, el general Zapata reunió poco más de 10 mil hombres, y aunque una buena parte de esta tropa iba desarmada, no por ello se detuvo Zapata, para iniciar los primeros asaltos a los comienzos de noviembre (1913); y como no prosperaba con tales asaltos puso sitio a la plaza que permaneció firme hasta mediados de diciembre, cuando el general Ocaranza, agotado que hubo su material bélico, procedió a evacuar Cuernavaca, lo que hizo en orden, aunque con grandes dificultades y pérdidas innúmeras.

Así, en el arte de la guerra el zapatismo no logró más ventajas a lo largo del año de 1913, que la toma de Cuernavaca y la ocupación de plazas secundarias como Malinalco, Tenancingo y Santiago Tianguistenco, en el Estado de México; ahora que no por ello dejó de ser siempre una arma amenazante para las autoridades civiles y militares del Distrito Federal; pues en ocasiones, los zapatistas, organizados en pequeñas partidas, armadas o fingiéndose individuos pacíficos, entraban y salían en los pueblos cercanos a la Ciudad de México, ya para espiar los movimientos de los federales, ya para caer sorpresivamente sobre éstos, ya para secuestrar a las autoridades civiles, ya para comprar o confiscar víveres.

Como consecuencia de tal sistema de guerra, la prensa periódica de la Ciudad de México llamaba *bandidos* a los hombres que seguían a Zapata y acrecentaba una leyenda sobre la crueldad del zapatismo, de manera que en tales días, hablar de zapatismo equivalía decir bandolerismo; y de esto se valía el general Huerta para inventarles la amenaza zapatista a las clases acomodadas de México, y con lo mismo explotar el tema, de manera que los préstamos forzosos parecieran justificados y menos onerosos.

Así y todo, el zapatismo mantenía su prestigio de movimiento popular armado, y si no poseía los triunfos del Ejército Constitucio-

nalista, sí era facción respetable por la llaneza de sus hombres, pero sobre todo de sus caudillos.

LA DISOLUCIÓN DEL CONGRESO

Seis meses después de haberse investido a sí mismo como la autoridad suprema del Ejército Federal y de usar, no obstante el origen violento e ilegal de su mando y partido, el título de presidente de la república, el general Victoriano Huerta estaba sin probar a la nación mexicana que él, Huerta, era capaz de restablecer la paz en el suelo nacional, y esto a pesar de que había sido el tema y la justificación para dar el golpe de febrero, y para conducirse criminalmente con quien poseía la función de primer Magistrado de los Estados Unidos Mexicanos.

Tratando de realizar la paz prometida a México como explicación de la tragedia de febrero, el general Huerta tenía recorridas todas las escuelas de que se sirven los usurpadores del poder público cuando intentan restablecer el crédito y la seguridad de los pueblos: la escuela de las amenazas y abusos de autoridad; de los préstamos y empréstitos extranjeros y nacionales; de las promesas y ascensos a los jefes militares; de las levadas y exacciones en la población civil; de los tratos y contratos para la adquisición de armas; de los decretos y manifestaciones; de los engaños y atropellos. Es difícil hallar uno solo de los tantos recursos de que suele disponer el mando autoritario, fuera de la imaginación y prácticas del general Huerta, en el desesperado afán de consolidar su posición política y militar. Difícil también hallar otra época de tanta euforia de supuesta política porfirista, como la que recorreremos. Tanta falta de honestidad tuvo el verbalismo de los literatos reunidos en torno a Huerta, que las violencias que cometía el huertismo, las comparaban, en grado de perfección, con las proezas administrativas del régimen porfirista. Y esto, a pesar de que ningún valor intrínseco acompañaba a Huerta en su aventura, sino el valor

de haber realizado un golpe osado, aprovechando la coyuntura de la sublevación mantenida dentro de la Ciudadela.

Medio año después de haber deformado la vida constitucional de México, de pretender justificar dentro de sus intereses el sentido político nacional y de intentar la restauración del sistema porfirista, no existía un acontecimiento moral, legal o humano capaz de amparar la autoridad de Huerta; porque los males que padecía la República eran los mismos; y otros más, mayores, acongojaban al país. Aquel caudillo que arrogantemente había prometido restablecer la paz mexicana con el orden y mano de las armas, estaba defraudado en sí propio. No era posible inventar o improvisar un caudillo mediante un acto de audacia como acontecía con la figura de Huerta.

Los mismos diputados y senadores, que tanto censuraron a Madero llamándole *débil e inepto*, eran también víctimas de la grande defraudación del huertismo, de manera que empezaron a separarse silenciosamente y avergonzadamente del partido y gobierno de Huerta. Así, no es exagerado decir, sirviéndonos de los documentos necesarios, que al iniciarse el otoño de 1913, el huertismo estaba a punto de desintegrarse a sí mismo.

Todos los proyectos que hicieron públicos los adalides literarios del huertismo se iban deshaciendo poco a poco. Los medios encaminados al regreso a una vida nacional que la audacia y el apetito de febrero habían sido destroncado; eran insuficientes para sembrar la confianza. Ahora, el antiguo México porfirista estaba convencido de que no bastaban las armas y el dinero al restablecimiento de las funciones políticas y administrativas. Con dinero y armas no existía la posibilidad de reconstruir la casi despedazada moral pública.

De esta suerte, perdida la brújula política y entregados los huertistas a acariciar sus títulos de funcionarios mientras que hacían preparativos para la fuga, los colaboradores de Huerta aconsejaron a éste acudir a lo que creyeron podría ser el único y último remedio para salvar al huertismo. Tal remedio consistía en disolver

el Congreso, no porque los diputados y senadores de la XXVI Legislatura estorbaran a los designios de Huerta, sino a fin de probar, con un acto espectacular, el poder autoritario del individuo a quien apellidaban *presidente de la República*; y con tal acto amedrentar a la gente que empezaba a dudar del poder huertista.

Ningún obstáculo presentaba el Congreso al mando de Huerta. Los diputados y senadores, siempre bajo la amenaza de las armas, constituían un cuerpo sin valor moral ni constitucional, puesto que con los sucesos de febrero estaba interrumpido el orden legal.

Los adalides del huertismo buscaban, por otra parte, los motivos capaces de hacer creer al propio Huerta que eran consejeros prácticos dentro de aquella situación; y así, Huerta mandó a su secretario de Gobernación para que dirigiera una aparatosa maniobra de disolución. Y la maniobra no fue difícil realizarla; pues presente la fuerza armada a las puertas de la Cámara de Diputados (11 de octubre de 1913), 110 representantes salieron del recinto legislativo en medio de una fila de soldados, quienes les condujeron a la penitenciaría del distrito.

Después, como apareciera necesario explicar el suceso, el ministro huertista de Relaciones Exteriores, Querido Moheno, se encargó del caso; y al efecto, tratando de comparar la situación de México en 1913 con la de Francia en 1877 a propósito del golpe de Estado de MacMahon, dijo que el general Huerta, al igual de Gambetta, no había podido evitar el dilema de "someterse o dimitir".

Otro, sin embargo, como queda explicado, era el tema que movía a Huerta y al huertismo. Éste, pretendía un teatro propio a sus propósitos restauradores; pues ya no le interesaban las formas de la constitucionalidad. Ahora ya no se presentaba a la vista sino la política de la fuerza; mas como ésta no podía ser manifestada en su brutalidad, los adalides del huertismo inventaron una convocatoria para elecciones extraordinarias de diputados, senadores, presidente y vicepresidente de la República.



Victoriano Huerta clausura las Cámaras, 10 de octubre de 1913. Grabado de Alfredo Zalce. Taller de Gráfica Popular, 1947

Todo eso se hacía dentro de las más locas ocurrencias que surgían en la cabeza de la desgarrada gente que rodeaba a Huerta. En efecto, las nociones de la realidad estaban perdidas. La política se había convertido en la expresión de la falsedad; y dentro de ese campo, cualquier artificio parecía posible. Y se hizo posible, puesto que Huerta, buscando en quien descargar los muchos pesos que sobre él caían, resolvió entregar la función de las supuestas elecciones al Partido Católico Nacional, compuesto por políticos noveles y dirigidos por ricos aficionados a los, empleos públicos; hizo creer al partido que era el llamado a gobernar la República, y no solamente le ofreció cien asientos en la Cámara de Diputados sino que le prometió respetar la voluntad popular si el país votaba a Federico Gamboa como presidente de la República y al general Eugenio Rascón para la vicepresidencia.

Tan halagüeña se presentaba la perspectiva, que los líderes católicos, siempre excluidos del campe electoral y ajenos a los negocios de Estado desde el último tercio del siglo xix, cayeron fácilmente en el garlito. Gamboa mismo, persona extraña por su timidez y posturas literarias a las cuestiones políticas, a la sola proposición de su candidatura presidencial sintió una transformación dentro de él, y aunque no contaba en el haber de su vida ni una sola acción de mando o gobierno, de pronto se sintió con las cualidades convenientes para hacerse obedecer y componer, como es posible componer una novela, la situación de sangre y ambiciones que prevalecía en el país.

Junto a Federico Gamboa cayó también Gabriel Fernández Somellera, beato e ingenuo presidente del Partido Católico; y al lado de Fernández Somellera, el ex ministro de Relaciones Exteriores Manuel Calero, sintió llegado el momento de dirigir a la sombra de Gamboa, los negocios del Estado mexicano. Ostentaba Calero el marbete de intelectual político de las postrimerías del régimen porfirista y no podía borrar de sí mismo la idea de ascender a la Presidencia de la República.

A tan distinguido aunque pequeño grupo, se unía la trilogía política del huertismo: Querido Moheno, Nemesio García Naranjo y José María Lozano; ahora que estos últimos ya conocían de antemano el camino de los engaños al cual Huerta pretendía conducir a la clase selecta del antiguo porfirismo, a manera de servirse de ella para no frustrar sus proyectos de dominio.

No pararía allí el teatro político; pues apenas pasado el día (26 de octubre) de las supuestas elecciones nacionales, el general Huerta llamó al Palacio Nacional a los miembros del cuerpo diplomático acreditado en México, y les comunicó que teniendo la seguridad de que no se habían podido efectuar las votaciones normales en el país, y que por lo mismo tales comicios carecían de validez, él, el general Huerta, a pesar de que no deseaba continuar en la "Presidencia de la República", para evitar los desosiegos y amenazas que podían sobrevenir como consecuencia de una acefalía en el poder nacional, tenía resuelto continuar sus funciones de "presidente constitucional"; y que no obstante entrañar el hecho una grave responsabilidad moral, estaba dispuesto a desafiar los peligros y amenazas por el bien de la nación mexicana.

ÚLTIMAS ESPERANZAS DEL HUERTISMO

A pesar de los graves pecados políticos, humanos y constitucionales cometidos por el general Victoriano Huerta a partir del 18 de febrero, el huertismo estaba dispuesto a continuar en la lucha, encariñado con la idea de afianzarse en el poder. Carecía de crédito moral; sus fuerzas militares estaban muy mermadas; sus líderes empezaban a preparar la fuga al extranjero; la Ciudad de México desestimaba a su héroe de otros días; la autoridad huertista iba disminuyendo sin advertirse la posibilidad de hallar remedio para su estabilidad. Y esto ocurría cuando se acercaba la Navidad de 1913.

Una esperanza, sin embargo, se abrigaba dentro del alma ambiciosa del general Victoriano Huerta: rehacer la caja de su Teso-

rería, ahora exhausta de dinero. No ignoraba Huerta que amenazado el cuerpo nacional de engaños y violencias, aquéllos y éstas llegarían a saturar el país, si no apuntalaba sus fuerzas con recursos pecuniarios.

La reserva nacional que dejara como patrimonio de México el secretario de Hacienda, José Ives Limantour, y de la cual mucho cuidó Madero durante su corto presidenciado, estaba agotada. De 6 millones de pesos oro que Huerta había obtenido mediante un empréstito en el extranjero, no quedaba un centavo. Una parte había sido absorbida por los prestamistas. Lo restante estaba gastado en la compra de armas y municiones europeas.

En medio de esa situación económica no quedaba a Huerta, para seguir sosteniendo los gastos de guerra, más recurso que acudir a los préstamos forzosos. Al caso, no hallando a la mano otra fuente capaz de abastecerle monetariamente, mandó imponer al clero un préstamo de un millón de pesos.

Para la arquidiócesis de México, la resolución de Huerta fue un acontecimiento increíble; porque hasta esos días, y dados los vuelos que el huertismo daba al Partido Católico, las relaciones entre la autoridad de Huerta y la Iglesia tenían todos los visos de una extrema cordialidad; de una cordialidad más intensa y sincera que la del régimen porfirista.

Así, tan pronto como la arquidiócesis fue enterada de la orden de Huerta, comunicada al arzobispo por el ministro de Hacienda, el prelado pidió la intervención del presidente del Partido Católico; pero el general Huerta se negó a escuchar las disculpas y reiteró que la Iglesia debería entregarle los fondos que tuviera a mano sin excusas ni pretextos; y aunque no se conocen documentos que determinen la suma exacta entregada por el clero, el hecho es que aquel dinero quedó agotado a los últimos días de enero (1914), y que en nuevos apuros se vio el huertismo para pagar los más necesarios gastos militares, por lo cual obligó al Banco Nacional de México a

que le proporcionara un “adelanto” de 500 mil pesos, que deberían ser descontados de los productos de un nuevo empréstito exterior.

En efecto, el poderoso influjo de los viejos adalides del porfirismo había logrado la contratación de un préstamo de 20 millones de libras esterlinas; empréstito suscrito por un grupo de banqueros franceses, pero del cual sólo fueron hechos efectivos 6 millones; ahora que de éstos descontaron comisiones e intereses. Así, Huerta sólo recibió un total de poco más de 2 millones de libras que a su vez mandó que se entregaran a los fabricantes de armas en Alemania, que habían recibido el pedido para tales suministros desde mayo de 1913.

Unidos los dos préstamos exteriores a la reserva de oro que se hallaba en las cajas del tesoro nacional a la fecha del derrocamiento y muerte de Madero, el general Huerta dispuso de 42 millones de pesos oro, que al final de febrero (1914) estaban agotados.

En la creencia de que con la compra de armas y municiones alemanas podía abrir un nuevo camino hacia su triunfo, el general Huerta, envuelto en la capa del optimismo y de la ignorancia, resolvió aumentar en 30 millones de pesos anuales los haberes correspondientes al ejército, de manera que con esto creyó halagar a los generales, jefes y oficiales de las fuerzas armadas.

Al acercarse los últimos días de febrero, esto es, después de un año del ejercicio de la autoridad huertista, ésta había gastado en sostener la guerra 125 millones de pesos; más como tal suma no bastó para cubrir los compromisos interiores y exteriores, Huerta ordenó la desmonetización del oro y la plata, y en seguida autorizó al Banco Nacional de México y al Banco de Londres y México, para que emitiesen billetes por cantidades ilimitadas, con lo cual se produjo la desaparición de los pesos fuertes. La moneda nacional, orgullo de México, dejó de circular y de figurar en las cajas oficiales y particulares, máxime que en el campo revolucionario —y a excepción del zapatismo que procedió a efectuar una rústica acuñación de mone-

das de oro y plata, hecha después de que el general Zapata decretó la confiscación de las minas de Guerrero y del Estado de México— la moneda metálica fue sustituida por las emisiones del papel llamado *bilimbique*.

Y como tales medidas no eran suficientes para los requerimientos del Ejército y la guerra, Huerta acudió a un enésimo recurso financiero y hacendario. Al efecto, aconsejado por sus intelectuales, ordenó la expedición de títulos apellidados *Bonos del Tesoro* por valor de 2 millones de pesos, obligando a los bancos a que le entregaran tal suma antes de efectuarse la colocación de dichos bonos.

Los bancos se vieron obligados a acceder; y los 2 millones desaparecieron en menos de un mes, de manera de que al empezar el mes de abril de 1914, el general Huerta decretó una segunda emisión de bonos por 10 millones de pesos; y como los bancos en esta ocasión amenazaron con ponerse bajo la protección de la bandera de sus naciones, puesto que sus accionistas y depositantes eran extranjeros en su gran mayoría, el general Huerta, advirtiendo los problemas que podían sobrevenir al huertismo, no halló otro camino que el de convocar a los principales comerciantes de la Ciudad de México a quienes hizo saber que estaban obligados a adelantarle los 10 millones de la segunda serie de bonos, dándoles un plazo de 10 días para que le entregaran dicha cantidad.

Así, las deudas y el malestar; las necesidades y el caos iban en aumento. Ahora, las puertas de los prestamistas estaban formalmente cerradas. Los bancos tenían agotadas sus reservas, ya por las exigencias de Huerta, ya por el retiro de depósitos particulares, ya por haber situado sus fondos en países extranjeros.

Por todo esto, el general Huerta, exasperado, llamó una vez más a los banqueros exigiéndoles un nuevo préstamo por 10 millones de pesos, no sin advertirles que de no entregarle el dinero en un plazo de cinco días, procedería a hacer sentir su autoridad; pues que existía un número suficiente de árboles en el Bosque de Chapultepec



Billetes de un peso

“para colgarlos”. Diciéndoles, además, que el “gobierno huertista continuaría en el ejercicio de sus funciones costase lo que costase”.

De esta manera amenazante y violenta, Huerta obtuvo una parte de ese préstamo forzoso, gracias a lo cual pudo cumplir la promesa de aumentar los haberes del Ejército y de fortificar las plazas en las cuales proyectaba hacer la resistencia formal de su autoridad.

Por otra parte, el gobierno del Distrito Federal ordenó a su Tesorería expedir *vales* provisionales hasta por la cantidad de un millón, de pesos, para atender las exigencias de la gendarmería de la Ciudad de México que estaba militarizada.

Militarizados también fueron los empleados públicos, los miembros del magisterio, los estudiantes de la Escuela Preparatoria y los secretarios de Estado. Estos quedaron convertidos, en virtud de un decreto de Huerta, en generales de división y obligados a ceñirse la banda de divisionarios a pesar de que la mayoría de tales funcionarios no conocía el manejo de un rifle.

Con estas disposiciones, en vez de acrecentarse el poderío de Huerta, sólo se produjo un espectáculo ridículo y teatral; porque los viejos y jóvenes intelectuales del porfirismo conocidos, ya como poetas, ya como novelistas, ya como dramaturgos, ya como músicos, ya como oradores, empezaron a vestir un uniforme excéntrico.

Nada, pues, arredraba a Huerta. Para el servil, aquel hombre de aspecto vigoroso a quien sus enemigos acusaban de ebrio consuetudinario, seguía siendo el “hombre del destino”. Tal vez, el propio Huerta lo creía a sí propio; aunque en tal creencia no dejaba de encerrar cuidadosamente todos sus cálculos de mando; y esto, sin escrúpulo alguno, pues como pronto se habituó a la mentira política y administrativa, y pronto también se hizo a la idea de que era temido e invencible, con mucha ostentación y considerando que el acontecimiento iba a producir un gran efecto tanto en el país como en el extranjero, expidió un decreto aumentando el Ejército a 150 mil plazas, mas como de antemano sabía que muy contados

iban a ser los individuos que se dieran de alta voluntariamente en aquel "gran ejército", ordenó que la policía, aprovechándose de las ceremonias oficiales o de las fiestas populares procedieran a hacer levadas generales, sin ninguna consideración, en personas de la clase humilde.

Anterior a esta orden, a los últimos días de diciembre (1913), mandó que la fuerza armada sitiara la plaza de toros de la Ciudad de México, y que al terminar la corrida cogiera a todos los individuos cuyas edades pudieran ser calculadas entre los 20 y 30 años; y que los detenidos fuesen conducidos en el acto a los cuarteles, a fin de que se les rapara, uniformara y adiestrara para el servicio de las armas. Asimismo, la noche del 31 de diciembre, cuando la población de la capital se reunía gozosa en las calles y plazas, para festejar la llegada del año nuevo, inesperadamente se presentaron los soldados huertistas y cerrando el paso a los transeúntes, procedieron a aprehender a los jóvenes tenidos como aptos para la guerra.

Esas violentas medidas de orden militar, en vez de servir al caso sólo exasperaban los ánimos de la población pacífica y hacían huir a los jóvenes hacia las filas de la Revolución, especialmente a las del zapatismo.

Por otro lado, el general Huerta aumentó las compras de materiales de guerra en Francia y Japón. También adquirió aeroplanos Blériot a fin de bombardear a las fuerzas constitucionalistas en el norte del país, e imitar así al Ejército italiano que combatía en Turquía.

Mandó asimismo el general Huerta confiscar y blindar un centenar de automóviles particulares, mientras que por otra parte organizó tres batallones de jóvenes de las principales familias de la Ciudad de México; y como tales hechos podían ser explotados espectacularmente, ordenó que se efectuara una aparatosa revista de tropas en el Zócalo de la capital.

Para Huerta, lo primero consistía en aparecer como el gobernante más poderoso de la historia nacional, de manera que esto, a su

vez tuviera repercusiones en el extranjero y tranquilizara tanto a los prestamistas como a los fabricantes de armas.

LA PLÉYADE DEL CONSTITUCIONALISMO

El Primer Jefe del Ejército Constitucionalista, Venustiano Carranza, desde su instalación en Hermosillo, y como consecuencia de los triunfos obtenidos por las fuerzas armadas de la Revolución, pudo llamarse justamente Encargado del Poder Ejecutivo de la nación.

No era el de Carranza, propiamente, un gobierno formal apegado a las normas precisas de la Constitución; pero sí un gobierno de guerra, con todas las facultades políticas y militares, al que Carranza y el carrancismo daban las proporciones necesarias de un cuerpo gubernamental; ahora que tal cuerpo no poseía los dones de un gobierno nacional, ya que las autoridades revolucionarias adoptaban muy a menudo los caracteres y manifestaciones propias de guerrillas locales, debido a lo cual restaban unidad y sinergia a la capitania de Carranza.

Esto no obstante, el Primer Jefe buscaba las formas convenientes y necesarias para enraizar un poder suyo con la autoridad suficiente, para establecer en un futuro cercano un gobierno a lo ancho y largo de la República. Así, mientras que Huerta retrocedía en una autoridad improvisada y sin fundamento, Carranza le adelantaba en la gravedad y honorabilidad de sus propósitos, aunque dentro de cuadros que no eran específicamente constitucionales.

La Constitución violada a fuerza de armas por el general Victoriano Huerta estaba al margen de los grupos combatientes, y no era posible reconstruirla y hacerla de incuestionable autenticidad, mientras existiera un estado de violencia y guerra. Sin embargo, los grupos armados más rústicos y analfabetos que operaban en diferentes regiones del país, seguían evocando la Constitución como una bandera que consideraban como la llamada a dar orden y concierto a la República.

No era, pues, el constitucionalismo una mera añagaza. Era el deseo manifestado en el alma popular, de la existencia de un orden de cosas que diese a cada persona o colectividad una seguridad de vida, trabajo y progreso. También una seguridad de que lo futuro no encerraría una discriminación política o administrativa para ningún mexicano.

Ahora bien, como Carranza no desconocía el alma popular, se valía del nombre de su partido y de su ambición constitucionalista para popularizar su poder y su programa al través de la República, de manera que con ello podía tener por cierto que su personalidad se robustecía al igual de la Revolución.

La probación de que tal era el verdadero propósito de Carranza estaba en los decretos que expedía. Primero, por el que se determinaba la reunión de una asamblea general de jefes revolucionarios para el caso de que él, Carranza, llegase a faltar. Después, conforme al cual se autorizaba a sí propio para naturalizar mexicanos a los extranjeros. En seguida, y apoyándose en las reglamentaciones bancarias de las instituciones de crédito mexicanas expedidas durante el régimen porfirista, el que permitía a los bancos reanudar sus operaciones de crédito; ahora que como tales establecimientos se negaron a aceptar las disposiciones del Primer Jefe, el gobierno mandó que las sucursales de los bancos nacionales en los estados quedasen intervenidas y que los deudores bancarios suspendieran el pago de sus créditos, gracias a lo cual, Carranza alivió a una gran parte de la clase mercantil que sin esta moratoria se habría visto obligada a suspender sus operaciones.

Así, y en seguida de tener noticias de que el gobierno de Estados Unidos levantaba el embargo de armas y por lo mismo el constitucionalismo podía adquirir libre y abiertamente los pertrechos de guerra en las fábricas norteamericanas, Carranza, seguro de que tal acontecimiento abría las puertas de la victoria de sus fuerzas y partido, firmó un decreto aumentando el importe de la deuda interior de México hasta en 30 millones de pesos.

Treinta millones de pesos en papel moneda, aparte de las exacciones que llevaban a cabo los jefes revolucionarios y de las emisiones de *bilimbiques que* lanzaban los caudillos de la Revolución, lo mismo en el norte que en el sur de la República, serían suficientes para que los ejércitos revolucionarios adquiriesen las ventajas, ya de orden militar, ya de orden económico, ya de orden moral y político requeridas para dirigir todas sus esperanzas y compromisos hacia la conquista de la Ciudad de México. Y esto, mientras que Huerta gastaba las reservas del tesoro y el dinero de los empréstitos, sin poder detener los progresos guerreros de la Revolución, significaba la desemejanza entre el movimiento armado del constitucionalismo y la resistencia de una minoría política y militar del viejo porfirismo.

Tales adelantos de una victoria constitucionalista no fue la única ocurrencia durante el gobierno de Carranza establecido en Cuiliacán; pues fue también en esa misma, pequeña y rústica capital sinaloense que parecía el espejo de la vida rural en el noroeste de México, donde Carranza ordenó que las leyes, decretos, circulares y disposiciones expedidas por las autoridades civiles y militares del constitucionalismo llevasen al calce el lema de *Constitución y Reforma*.

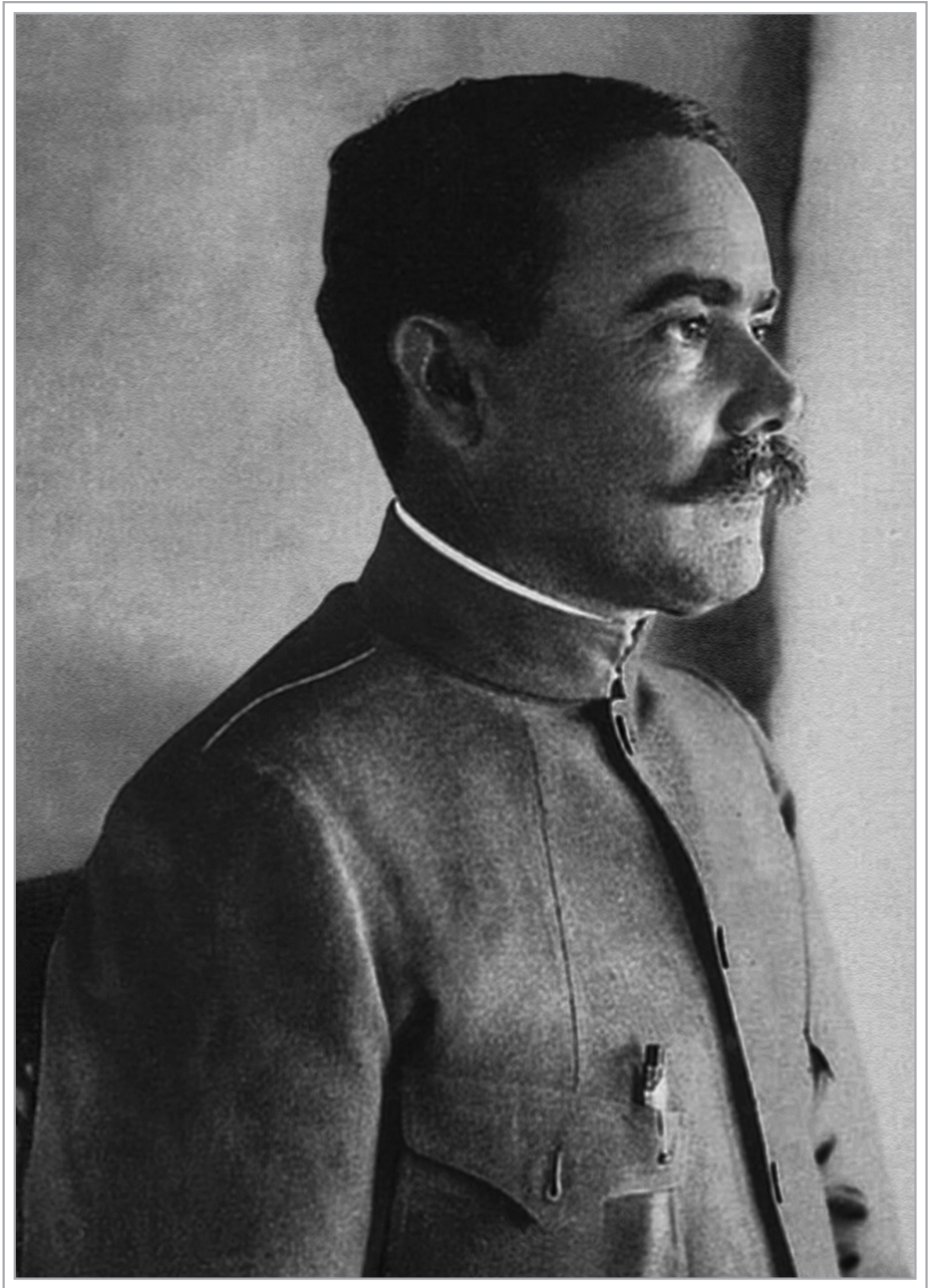
Daba así Carranza, con tal orden, un mayor énfasis a la reiteración constitucional; ahora que, ¿cuáles serían las reformas comprendidas dentro de tal enunciado? ¿Qué entreveía Carranza para el futuro de la República? ¿Qué había inspirado en aquel hombre, si no por sapiencia sí por intuición, la gente, las costumbres, la idiosincrasia, los acontecimientos y los sistemas a los que muy íntimamente unidos vivían los habitantes de Sonora y Sinaloa? Porque no hay duda que fue dentro de esa región nacional, siempre fuerte y generosa durante los días que precedieron a la Revolución, donde el Primer Jefe proyectó un suceso trascendental, más allá de las hazañas y victorias de la guerra. ¿No había ocurrido igual con Madero al pasar, a los comienzos de 1910, por suelo sinaloense y sonoreense?

Carranza estaba circundado de una pléyade extraordinaria que debía su formación preliminar al maderismo; y extraordinaria, no sólo porque representaba el adelanto y la empresa ocultos en las entrañas rurales de México, como se esconden los metales preciosos. Extraordinaria, debido a su arrojo desinteresado, firme y valiente; pues entre los capitanes revolucionarios de la segunda guerra civil quién más quién menos, quería ser la manifestación pura de los ideales —de ideales tal vez desconocidos, aunque producto de la sensibilidad humana.

Para un varón tan austero como Carranza, la presencia de los singulares hombres de Sinaloa y Sonora debió ser una revelación conmovedora; y si es cierto que en el Primer Jefe no dejaron de bullir inquietantes temores de que con el crecimiento de los individuos podía provocarse una avenida humana capaz de romper los diques de la autoridad y de la nación, no por ello se apartó de admirar y entregarse al influjo de tal acontecimiento.

Los hombres del norte brotaban, pues, como por obra de magia de un suelo que poseía los extremos de la aridez de la llanura y la exuberancia de la sierra; y brotaban, para ascender vertiginosamente a la plataforma del mando y gobierno de la Revolución.

Cada uno de esos individuos de la nueva pléyade mexicana ofrecía una característica particular. El genio político estaba en Obregón. Ramón F. Iturbe representaba las aspiraciones de una filosofía popular. Las ambiciones de transformación social empezaban a descollar en Salvador Alvarado. El talento literario era Isidro Fabela. El sentido del arte de gobernar surgía manifiesto en Adolfo de la Huerta. El espíritu de una justicia civil lo representaba Benjamín Hill. El principio de autoridad parecía innato en Plutarco Elías Calles. Las cualidades administrativas resplandecían en Carlos R. Ezquerro. La ingenuidad de la guerrilla vivía dentro de Juan Carrasco. La intuición militar estaba en Manuel M. Diéguez. Hermosa figura del mando oropelesco era Lucio Blanco.



General Álvaro Obregón, jefe del ejército del noreste

Después de un centenar de años de independencia nacional, los filamentos sociales más desdeñados y apartadizos de la vida de México, emergían ahora como los poderosos puntales del progreso y la ambición.

De entre tales hombres sobresalía, con muchas singladuras, el general Álvaro Obregón. Éste, a su audacia e interés en el mando, asociaba un espíritu emprendedor. Asociaba también sus maneras personales, su vivísima inteligencia, su malicia ingenua, a par de graciosa, y sobre todas esas cualidades, el sentido para conducir la política lo mismo en la paz que en la guerra.

Debido a tales prendas, el general Obregón no sólo mandaba en jefe el cuerpo de ejército del noreste sino que poseía un verdadero influjo sobre Carranza, no tanto en lo que hacía a los planes reformistas del Primer Jefe cuanto en la autoridad militar que éste representaba.

La influencia de Obregón cerca de Carranza empezó desde que el Primer Jefe fundó las bases de su gobierno en Hermosillo; pero se acrecentó a partir del triunfo obtenido en Culiacán y del avance del Ejército revolucionario hacia Tepic y Guadalajara. Este influjo que dentro de la guerra ejercía Obregón, contrariaba el alma de partido que los líderes políticos allegados a Carranza llevaban dentro de sí buscando un futuro personal venturoso.

En efecto, dentro de las filas del constitucionalismo se operaba un cambio de los motivos democráticos, en temas de un manifiesto personalismo. El partido de la Revolución seguía siendo, incuestionablemente, constitucionalista; mas el principio notorio que movía el alma revolucionaria era la adhesión y admiración hacia Carranza, de manera que ya podía hablarse de carrancismo; y el mentor principal de tal acontecimiento era el general Obregón. Éste, en efecto, comenzó a medir su poder cerca de Carranza contrariando en Hermosillo el nombramiento del general Felipe Ángeles como subsecretario de Guerra.



Sentados al centro: José María Maytorena, gobernador de Sonora; Venustiano Carranza y Álvaro Obregón, jefe del ejército del noreste, entre otros

Un segundo episodio confirmó el ascendiente que dentro de las órdenes de la guerra tenía Obregón cerca de Carranza; pues oponiéndose aquél a que el gobernador del estado, José María Maytorena continuara manteniendo los cuerpos auxiliares de Sonora, ya que el gobernador no tenía facultades para movilizar gente armada por ser Obregón, como era, jefe de las fuerzas revolucionarias en el noreste, logró que el Primer Jefe ordenara que tales cuerpos fuesen incorporados a las columnas del noroeste con lo cual, al tiempo de quedar muy debilitado el poder de Maytorena, Obregón ganó autoridad; ahora que esto originó una pasional y faccional enemistad entre Maytorena y los jefes del naciente cuerpo de ejército.

Y no sólo de allí partió la rivalidad de que se habla sino que también surgió en el alma de Maytorena, persona de notable, sano y elevado criterio de ranchero pero ajena a las intrigas y sutilezas políticas, un rencor hacia Carranza, a quien consideraba amigo ingrato, toda vez que el propio Maytorena, como gobernador de Sonora, había puesto en manos del Primer Jefe los recursos para dar base al cuerpo político y administrativo del constitucionalismo.

Culpóse asimismo al general Obregón de haber sembrado la discordia en el seno de los revolucionarios valiéndose de su predominio moral cerca de Carranza, no sólo por la exclusión de Ángeles y el debilitamiento de Maytorena, antes también por fortalecer franca y abiertamente a un partido específicamente carrancista, y con ello desmalezar el campo de la Revolución para preparar su futuro personal; pues aparte de que Obregón era hombre a quien llamaban las grandes empresas políticas y guerreras, era individuo engreído y celoso, capaz de poner en acción todos los instrumentos necesarios para engrandecerse.

La exclusión de Ángeles fue señalada como un capítulo inconsecuente y torpe. Ángeles, soldado distinguido e ilustrado, amigo invariable del presidente Madero y compañero de éste durante los días de la prisión en el Palacio Nacional, era individuo de mucha dig-

nidad y desinteresado como pocos. Acusábasele, como argumento fundamental a fin de desintegrarle del constitucionalismo, de haberse formado en la escuela militar del régimen porfirista. Y esto era innegable; más de ninguna manera constituía un delito, puesto que el propio Carranza, como ya se ha dicho, había tenido nexos con tal régimen, aunque sin ser precisamente porfirista.

El caso de Ángeles, en lo que respecta a la historia de su vida, no estaba muy distante de tener semejanza con el de Carranza, y por lo mismo no podía ser un estigma indeleble en un individuo que se había jugado su vida y partido al lado de Madero, el hecho de tener su origen de soldado en el Ejército Federal. Grande, pues, fue el error de quienes, juntamente con Obregón, enviscaron el ánimo del Primer Jefe hacia Ángeles; porque éste correspondía a la clase de hombres que se entregaban leal e íntegramente a la consecución de sus principios. Era asimismo Ángeles, sujeto de profundas convicciones políticas y de una honorabilidad a toda prueba. Distanciando a Ángeles de Carranza se cometió, en efecto, un pecado político, que no pudo tener explicación cierta y racional.

Quitando ese oscurecido capítulo de la Revolución, el general Obregón, dueño ya de un justo y merecido prestigio, confirmado con las órdenes dictadas a fin de que quedasen suspendidos los asaltos a las fortificaciones federales de Guaymas y Mazatlán y para que las guarniciones de tales plazas sólo fuesen objeto de la vigilancia, a fin de dejarlas inmovilizadas, mandó que sus soldados se pusieran en marcha hacia el territorio de Tepic.

Antes, el propio Obregón se cercioró de la resistencia que el huertismo ofrecía en Mazatlán; y pudo apreciar la imposibilidad en que se hallaba aquél de salir de la plaza asediada y de amenazar la retaguardia de las columnas de avance hacia el sur del país.

Dejando, pues, sitiado al enemigo, expedita la vía férrea para los suministros de pertrechos y alimentos que llegaban de Estados Unidos, organizados los núcleos revolucionarios que permanecían en

Sonora y Sinaloa y concentradas todas las fuerzas de su ejército en la frontera de Tepic, el general Obregón ordenó que el general Rafael Buelna tomara la punta de vanguardia de la columna que se dirigía sobre la plaza de Tepic.

LA MARCHA A GUADALAJARA

Al entrar las tropas del cuerpo de ejército del noroeste a territorio tepiqueño, el general Álvaro Obregón llevaba bajo su mando 4 mil soldados de caballería, 5 mil de infantería, 10 cañones de grueso calibre, 10 ametralladoras y un biplano piloteado por el capitán Gustavo Salinas.

Por orden del propio Obregón, los generales Manuel M. Diéguez, Rafael Buelna y Lucio Blanco se adelantaron hacia el sur con 2,800 hombres montados. La vanguardia, como queda dicho, tenía como jefe al general Buelna.

Éste, dejándose conducir por sus vapores de valentía y ambición, llegó hasta las goteras de Acaponeta (Nayarit) donde estaba esperando a los constitucionalistas el general huertista José Solares con 1,800 hombres, entre soldados de línea y voluntarios; y Buelna, sin medir los peligros a que exponía a la vanguardia, atacó resueltamente a los huertistas, desarrollándose la acción con tanta violencia y audacia que a pesar de ser mayor el número de defensores de la plaza que el de atacantes, éstos rompieron la línea atrincherada de Solares y llegaron hasta el centro de la plaza; y aunque su situación se hizo comprometida por momentos, pudo salvarse gracias al oportuno auxilio de las caballerías de Blanco.

Con esto, Solares no esperó más y salió con precipitación de la plaza; pero perseguido por el general Diéguez, el jefe huertista no tuvo más remedio que rendirse incondicionalmente (5 de mayo de 1914), entregando a los constitucionalistas 1,100 rifles, un millón de cartuchos y tres cañones.



General Lucio Blanco

Entusiasmados por el triunfo, sin detenerse en Acaponeta ni recibir órdenes del general Obregón, Buelna y Blanco resolvieron continuar, sin dar descanso a sus tropas, hacia la plaza de Tepic, donde el gobierno de Huerta tenía concentrados 4,500 hombres, que estrenaban las armas llegadas de España.

Con la misma táctica empleada en Acaponeta, Buelna se lanzó sobre los atrincheramientos huertistas de Tepic, y como la mayoría de los defensores de la plaza eran jóvenes cogidos de leva a la salida de los espectáculos de la Ciudad de México, los bisoños soldados se aprovecharon del desconcierto que entre los federales produjo la osadía de Buelna, para desembarazarse de sus armas y emprender la fuga.

Tan grande fue la confusión provocada por el atrevimiento de los revolucionarios que el general Buelna logró, apenas transcurridos 15 minutos del comienzo del asalto, llegar al centro de la población; y como a tal acontecimiento se siguió la presencia de 2 mil jinetes de Blanco, los federales desistieron de seguir luchando, y con lo mismo, la plaza quedó en poder de las fuerzas constitucionalistas el 15 de mayo.

Como las acciones de Acaponeta y Tepic habían sido manifiestamente propias de la audacia de Buelna y Blanco, el general Obregón reprochó a éstos el empleo de sus ímpetus guerreros en ataques que deberían ser previamente estudiados; porque en efecto, Obregón tenía dispuesto la concurrencia de las fuerzas del general Diéguez a ambos asaltos; pero como Buelna estaba deseoso de triunfos y Blanco no desperdiciaba las oportunidades para obtener lucimientos personales, a fin de opacar la figura política y guerrera del general Obregón, hacia quien sentía envidia y recelos, las órdenes de éste quedaron sin efecto.

Fue esta rivalidad, propia de las campañas militares, la que inició una animadversión personal, tan absurda como perjudicial, entre los generales Blanco y Obregón, máxime que aquél, sobre su figura gallarda y su ánimo emprendedor no dejaba de enseñar, como había

acontecido en Matamoros, su propósito de sobresalir en todos los órdenes de la campaña, mientras que el segundo no parecía resignado a abandonar los laureles conquistados en Sonora y a lo largo del estado de Sinaloa.

No dejaba por su lado, el general Obregón, de poseer íntimos y peligrosos reconcomios, debido a los cuales repugnaba y combatía las menores sospechas de una superioridad que pudiera ser contraria a sus designios e intereses. Sin este defecto, que brotaba indefectiblemente del alma de tan notable caudillo, el general Obregón habría mantenido invariable y firmemente el prestigio que ganan los hombres cuando viven y mueren iluminados por una maravilloso porvenir.

Entre desatinos, sospechas y sutilezas de los principales jefes del cuerpo de ejército del noroeste, que crecía en número y calidad de hombres conforme avanzaba hacia Guadalajara —desatinos y sutilezas que no provenían de desemejanzas en ideas ni de manifestaciones mezquinas— todo el aparato de guerra del constitucionalismo se movía con seguridad y sin titubeos en busca de nuevas batallas y triunfos.

Al craso, Obregón estableció su cuartel general en la plaza de Tepic; y luego de ordenar que sus tropas continuaran avanzando hacia el sur, mandó ocupar las propiedades de la gente acomodada y de los huertistas; dispuso la clausura y ocupación de los templos católicos y la aprehensión del obispo Andrés Segura y de 14 sacerdotes. Presas también fueron las personas a quienes la voz pública señaló como partidarias de Huerta.

En seguida de su detención, el obispo de Tepic fue llevado ante un tribunal militar, acusado de haber cometido delitos del orden político, por lo cual fue condenado a ocho años de prisión, en tanto que para los otros clérigos se mandó la pena del destierro.

El acontecimiento, que en el fondo estaba desligado de los propósitos políticos de la Revolución, pareció dar a ésta el carácter de un hecho contrario a las creencias populares, originándose con lo

mismo hondos resentimientos sociales que no acarrearón beneficios —aparte de enardecer los ánimos— a la idea central revolucionaria; ahora que esos resentimientos, en pleno estado de guerra, no interesaban mucho al general Obregón, más que lesionar las ideas religiosas quiso, con tales medidas, poner de relieve su genio resuelto, su propósito de renovar las cosas del pasado y su principio de autoridad. Acusando y minorando la autoridad de quienes representaban la autoridad religiosa, el general Obregón creyó acrecentar su mando personal, de manera que su palabra y acción poseía una fuerza y un poder que difícilmente tenía otro jefe revolucionario. Además, el general Obregón buscó, con el encarcelamiento de los curas tepiqueños, sembrar la alarma entre el clero de Jalisco, y principalmente de Guadalajara, para de esta manera ajar el ánimo de los jefes militares de Huerta que defendían la capital jalisciense, y a quienes el general Obregón suponía alentados por el poder religioso que el estado de Jalisco representaba para la República.

Obregón, en efecto, tenía informes que le hacían creer el obispo de Guadalajara era el principal puntal del ejército huertista, y que, además, proporcionaba dinero para las tropas federales; y aunque tales informes carecían de solidez, no eran esos días de guerra y violencia aquellos que se prestaban para verificar las acusaciones, ya al episcopado tapatío, ya a la gente acomodada de Guadalajara.

Por otra parte, no sólo el general Obregón; no sólo los caudillos revolucionarios; no sólo los viejos y nuevos liberales sino el país en general y sobre todo la clase rural, siempre en la oscuridad y el apartamiento, conservaban la creencia de que la Iglesia en México poseía cuantiosos recursos pecuniarios y por lo tanto era ésta la única capaz de sostener a Huerta, dado que bien sabido se tenía el hecho de que los banqueros europeos y norteamericanos habían cerrado sus cajas a los empréstitos huertistas.

Influyó también en el general Obregón para mandar la clausura de los templos, la aprehensión de los curas y la confiscación

de los bienes del clero o conexivos a éste, los apuros económicos en que se hallaba; pues acrecentado su ejército, aumentadas las funciones sociales de la Revolución y restablecidos los sistemas administrativos, obregón requería cantidades ilimitadas de dinero para el sostenimiento de aquel gran ejército que marchaba sobre Guadalajara. Y tantos, en efecto, fueron los apremios monetarios de los revolucionarios, que el general Obregón mandó imprimir *vales* por valor de 600 mil pesos; y como escaseaban los víveres para la población civil y el hambre empezaba a hacer víctimas en los pueblos tepiqueños y jaliscienses, pues las tierras estaban abandonadas ya que los jornaleros se daban de alta en las filas del constitucionalismo o huían por la sierra temerosos de ser víctimas de la guerra, Obregón, llevado siempre por su genio emprendedor, ordenó la salida de una expedición armada a las Islas Marías, con el objeto de explotar pronto y eficazmente, los yacimientos de sal, suponiendo que tal explotación daría rendimientos económicos al constitucionalismo y sería una fuente segura para auxiliar a los gastos del ejército revolucionario.

También mandó el general Obregón una columna de exploración a la sierra nayarita, con órdenes de buscar maderas y cereales, aunque tales iniciativas resultaron infructuosas, mientras que en Tepic donde estaban concentrados poco más de 15 mil soldados, la situación de éstos y de los tepiqueños era cada día más precaria.

Con todo eso, aparecieron a lo largo de la zona costanera de Sonora y Sinaloa los *fayuqueros*, *coyotes* y *especuladores*, que pronto fueron una verdadera peste para el noroeste de México; pues el vulgo llamaba *fayuqueros* o *coyotes* a quienes se dedicaban al claudestaje, monopolio o adulteración de artículos alimenticios; o a quienes vendían prendas de vestir importadas por malas artes de Estados Unidos; o comerciaban con las monedas metálicas o hacían trueques con los billetes de banco o *los bilimbiques*, todo lo cual les dejaba ventajosas ganancias. Especuladores se apellidaba a quienes

realizaban las funciones de los antiguos empeñeros y quienes hacían objeto de sus habilidades a la gente acomodada, ya de antiguos porfiristas, ya de colaboradores del huertismo, que por andar a salto de mata y carecer de dinero, daban prendas a cambio de cualquier cantidad de moneda, para poder sobrellevar la azarosa existencia de tales días.

Los *fayuqueros*, *coyotes* y *especuladores*, como consecuencia de sus actividades, no sólo hacían encarecer la vida sino que daban pábulo a la creencia de que grandes e irremediables eran los males de la guerra y que por lo mismo, el infortunio del pueblo mexicano no tenía horizontes. Y como al desconcierto público y moral que sembraban tales individuos se agregaban las penas y lógicas consecuencias de la lucha intestina, se produjo el clamoreo de la gente, principalmente del centro de la República, que trajo como consecuencia una emigración casi multitudinaria, primero de carácter localista; después, nacional. Así, durante el año de 1914, salieron del país, para buscar asiento en suelo norteamericano, 110 mil personas, mientras que la Ciudad de México, como resultado de la concentración de la población rural, duplicaba el número de sus habitantes en sólo dos años.

Por otra parte, la propiedad urbana sufría los mismos males que la propiedad rústica; pues si ésta había perdido todo su precio, aquélla empezó a sentir una desvalorización casi vertiginosa. El precio de los solares en la colonia Roma de la capital nacional, que hacia los días del Centenario tenía un valor promedio de 10 pesos el metro cuadrado, descendió a cuatro; y cuatro pesos que los compradores pagaban con billetes de banco que carecían de precio efectivo.

Ése era, pues, el panorama general del país, cuando en Tepic, el general Álvaro Obregón dio la orden de marcha a las columnas del cuerpo de ejército del noroeste. La marcha empezó y pronto se hizo penosa; pues como se llevaba a cabo por tierra, esto originaba muchas dificultades para el avituallamiento de las tropas. Además, los

suministros resultaban muy costosos, puesto que eran movilizados desde Nogales.

Otro obstáculo era la pesada impedimenta que movilizaba Obregón, máxime que, a partir de Mazatlán, fue necesario aceptar que los soldados llevaran consigo a sus mujeres e hijos, pues los revolucionarios tan pronto como estuvieron en Tepic y supieron que el objetivo del ejército era la Ciudad de México, consideraron el suceso como si tuviesen que marchar a un país extraño y lejano, soberbio y amenazador. Tal era el concepto que tenía la gente rural respecto a la capital de la República.

Era de advertirse también dentro de las columnas, el crecido número de adolescentes que formaban en el mismo; y si todo esto favorecía los ideales en intereses de la Revolución y abría paso franco a nuevas generaciones, no por ello dejaba de entorpecer las marchas que ordenaba el general Obregón, pues aquella gente armada era ajena a la realidad disciplinaria y organizada de la guerra.

Los problemas que se presentaban a los revolucionarios, conforme el Ejército avanzaba sobre Guadalajara no solamente consistían en la escasez de víveres e indumentaria, antes también en la falta de techos para alojar a tantos miles de hombres, y como a mediados de junio (1914), la temporada de lluvias se había presentado con violencia, cada hora aumentaba la exigencia de los soldados para tener donde protegerse del tiempo; y al caso, sino empujados por la necesidad empezaron a ocupar los templos católicos.

El acontecimiento, realizado con extraordinaria naturalidad, sin malicia ni propósitos antirreligiosos, fue considerado como un suceso normal dentro de una campaña guerrera, y por lo mismo, los soldados revolucionarios hicieron de las iglesias lecho y cocina, cuartel y divertimento.

Así, en medio de estos accidentes y manifestaciones de la lucha intestina que sufría el país, el general Obregón traspuso los límites del estado de Jalisco, y el 24 de junio (1914), estableció su cuartel

general en suelo jalisciense a tiempo de reiterar órdenes para que su ejército continuara avanzando en dirección a Guadalajara, donde el enemigo esperaba a los revolucionarios en tres importantes puntos fortificados.

Y haciendo los planes para el ataque a la capital de Jalisco se hallaba el general Obregón, cuando recibió noticias de que el Primer Jefe lo había ascendido a general de división. Mas junto a tal noticia, Obregón tuvo los primeros informes, gracias a un mensaje del general Francisco Villa, de las graves dificultades que se presentaban a la vista entre Carranza y el propio Villa.

LAS DISCORDIAS REVOLUCIONARIAS

Aunque desde la llegada de Carranza a Hermosillo, no escasearon las envidias y rivalidades entre los jefes revolucionarios, acrecentadas con la exclusión de Ángeles, no por ello dejó de existir una unidad de guerra y política en torno de Carranza.

Éste, como ya se ha dicho, tenía lograda la cimentación de un gobierno que, si no totalmente constitucional, sí con todas las ambiciones para constitucionalizarse; y esto daba a Carranza no sólo una aureola de hombre de mando y de leyes, antes también una personalidad de individuo con capacidad para entender y realizar la gobernación del país. De esta suerte se presentaba para México, al igual que para las naciones extranjeras, una aglutinación y ejecución de autoridad en el norte de México bajo la dirección precisa del Primer Jefe.

Hasta tales días, pues, los revolucionarios constituían con riesgos y venturas, eliminaciones y postergaciones, una unidad que servía para proporcionar realce a la Revolución.

Ahora bien: como tal teatro requería caudillo de la política y caudillo de la guerra, Carranza determinó dar un apoyo decisivo al general Obregón considerando que con ello sometería a la autoridad

del carrancismo el apetito de cualquier otro jefe revolucionario. Así, para Carranza, a partir de ese momento, no existía más que un solo ejército: el que mandaba Obregón. Los otros, los de Villa, González y Aguilar, no serían, conforme a la estructura ideada por el Primer Jefe, más que columnas auxiliares del que estaba a las órdenes de Obregón.

Como consecuencia de tal pensar, fue necesario que Carranza, con todas las mañas políticas de que disponía, empezara a minorar el poder guerrero del general Villa; y como éste, en la realidad, únicamente poseía la singular cualidad de un gran hazañoso, y por lo mismo vivía ayuno de criterio político y el círculo de sus ambiciones no iba más allá del brillo guerrero y de la obediencia que le dispensaban sus hombres, en los actos de su vida obraba con la ingenuidad del rústico. No lo entendía así el espíritu jerárquico y político de Carranza, por lo cual, como Primer Jefe y estimulado por los progresos de Obregón, consideró la conveniencia de dar a éste una gran autoridad, y no dudó en poner el orden de las cosas a manera de exigir a Villa el sometimiento incondicional a las órdenes de la Primera Jefatura.

Además de esas medidas de carácter psicológico y militar, Carranza no dejaba de desconfiar sobre la posibilidad de que fuese organizado un partido villista, por estar informado de que los antiguos maderistas, capitaneados por el ingeniero Manuel Bonilla, el licenciado Miguel Díaz Lombardo, el general Felipe Ángeles y los coroneles Roque González Garza y Raúl Madero alimentaban sus intereses partidistas cerca del general Villa.

Y, en efecto, todo aquel mar de gente armada, organizada y movida bajo el nombre de División del Norte, sólo reconocía el mando del general Villa, quien cada día levantaba más y más su fama de caudillo popular, aunque no dejaba de afearle su genio impetuoso y agresivo, que le llevaba a cometer violencias, que en ocasiones parecían hacerle volver a su primitiva vida de merodeador.

Una de esas violencias, fue la que ocasionó el asesinato del súbdito inglés William H. Benton; pues éste, acostumbrado, al igual de todos los extranjeros residentes en México, a salvar cualquier situación a la sola invocación de su patria de origen, halló frente al general Villa no sólo el desdén a las atropelladas reclamaciones que hacía en favor de sus bienes personales, sino también la muerte; porque el caudillo, sintiendo herido su orgullo de mando a las palabras arrebatadas de Benton, contestó con un pistoletazo.

El suceso, que dentro del teatro de una guerra civil no tenía más importancia que el del abuso hecho por el fuerte, alcanzó gran notoriedad, debido a que el gobierno británico hizo de tal acontecimiento un negocio de política, exigiendo, por conducto del gobierno de Estados Unidos la reparación del atentado. Esto dio pie para que la Casa Blanca iniciara gestiones en apoyo del gobierno británico, mientras que el carrancismo aprovechaba la coyuntura tratando de mermar la personalidad de Villa.

Para esos días, el general Villa había tomado la plaza de Ojinaga (10 de enero de 1914), frente a la cual, poco antes, los revolucionarios capitaneados por Pánfilo Natera habían sufrido un descalabro. Villa, en cambio, después de Hacerse de la plaza y de obtener grandes abastecimientos procedentes del mercado norteamericano, ordenó que sus tropas marcharan sigilosa y prontamente en dirección a la capital de Chihuahua; y aquí, luego de dotarlas de armamento y municiones, ordenó que se movilaran hacia Bermejillo, al paso que enviaba propios a los jefes de las partidas revolucionarias que operaban en Zacatecas, Durango y Coahuila, para que se reunieran a él, con el propósito de atacar la plaza de Torreón.

Esta plaza, que había estado ocupada anteriormente por las huestes villistas, se hallaba nuevamente en poder de los federales; pues habiendo concentrado Villa sus fuerzas en el norte de Chihuahua a fin de que acudieras; a la toma y defensa de Ciudad Juárez,



Federales en Ojinaga observan cómo avanzan los rebeldes

los huertistas se aprovecharon de tal circunstancia para recuperar la ciudad.

Hecho esto, y atendiendo las ventajas estratégicas que ofrecía Torreón, el general Huerta mandó que fuesen concentrados allí 4,500 soldados a las órdenes del general José Refugio Velasco, quien estaba considerado como uno de los jefes militares sobresalientes de esos días, mientras que, al mismo tiempo, lo más granado del Ejército Federal marchaba hacia Zacatecas con instrucciones de hacer un baluarte de esta plaza donde Huerta esperaba dar la batalla decisiva, en el caso de que el general Velasco se viera en la necesidad de retirarse de Torreón.

Aquí, el general Velasco con gran actividad e inteligencia, y gracias a la cantidad de armamento de que disponía, no perdió tiempo para fortalecer las defensas de la plaza; ahora que no le favorecía el hecho de que la mayor parte de sus soldados eran jóvenes tomados de leva en el centro de la República, y por lo mismo, además de ser bisoños en el arte de la guerra, eran ajenos a la causa del huertismo.

No ignoraba el general Villa las ventajas y desventajas de los defensores de Torreón. Así y todo, dejó la ciudad de Chihuahua (16 de marzo de 1914), para marchar hacia Torreón. Iba al frente de un ejército brillante, agresivo y fanático villista. Llevaba armas, municiones y ambulancias. Complementaban ese ajuar militar 30 cañones.

Tres columnas deberían concurrir al combate. Una, al mando del general Eugenio Aguirre Benavides; la segunda a las órdenes del general Maclovio Herrera. La tercera, la reservó Villa para él mismo.

Entre tanto, dentro de Torreón, se había efectuado un cambio de cosas militares; porque siendo comandante de la plaza el general Agustín Valdés y amenazando éste con la destrucción a aquella ciudad, donde existía una gran simpatía por el villismo, el general Huerta mandó destituir a Valdés y reemplazó con Velasco, a quien ya hemos visto reforzando las posiciones defensivas de la plaza.

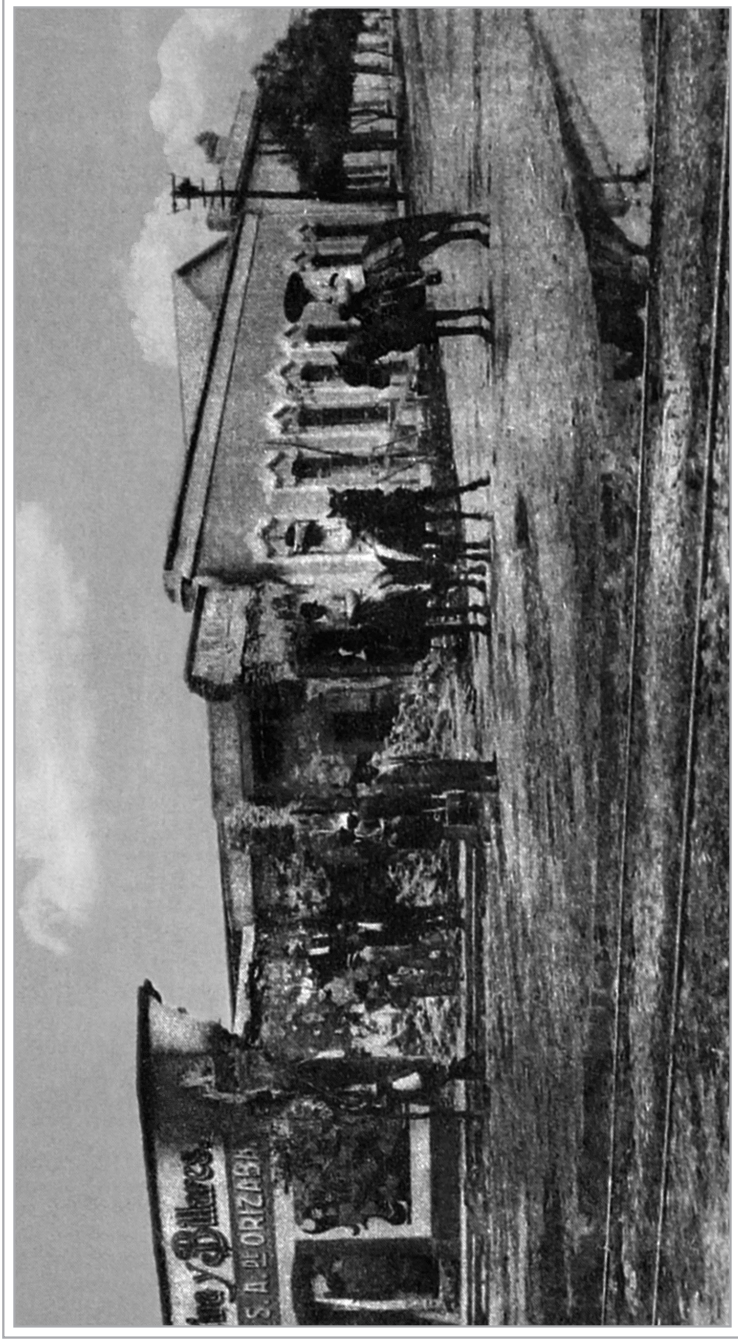
Villa, por su parte, en seguida de dar las órdenes para la marcha de sus fuerzas hacia Torreón, abrió en Chihuahua todas las válvulas a la violencia política, y tomó vuelos la confiscación de fincas, industrias, comercios, bancos, vehículos y todo cuanto podía ser necesario para la guerra y también para aquietar los ánimos belicosos de los villistas, sin faltar el encarcelamiento y fusilamiento de los antiguos jefes orozquistas que se habían ocultado en la ciudad o en los pueblos del estado.

El 20 de marzo (1914) Villa estableció su cuartel general en Bermejillo; Velasco, en Gómez Palacio. Ese mismo día, Velasco recibió una demanda del jefe de la División del Norte. Éste pedía la rendición incondicional de la plaza. Velasco respondió negativamente con mucha dignidad, sin desafiar al enemigo y con mucha confianza en sí mismo.

Las fuerzas revolucionarias concentradas en Bermejillo y que habían avanzado a Torreón sumaban 16 mil hombres. El general federal esperó a los revolucionarios al frente de 6 mil soldados; pero tenía informes de que una columna de auxilio, con 2,500 más, había sido movilizada de Saltillo; y una segunda, avanzaba desde Zacatecas. Esta era de 1,500 jinetes.

Huerta, en la Ciudad de México estaba pendiente del desarrollo de los acontecimientos que iban a terminar en un brutal choque de armas. Creía que la batalla era decisiva para uno u otro bando. Proyectó ponerse él mismo al frente de las tropas en La Laguna; pero sus colaboradores le disuadieron. Un presidente, le dijeron, nunca debe abandonar el Palacio Nacional. Huerta escuchó y se aquietó. Tenía gran confianza en Velasco.

Los primeros informes de la batalla que empezó el 25 de marzo, favorecían a los huertistas. Villa fue rechazado en un ataque que dirigió personalmente sobre Gómez Palacio. También se retiraron, sin ventaja alguna, las fuerzas de Aguirre Benavides después de un asalto a la hacienda de Sacramento.



Gómez Palacio después del ataque de Villa, 9 de junio de 1913

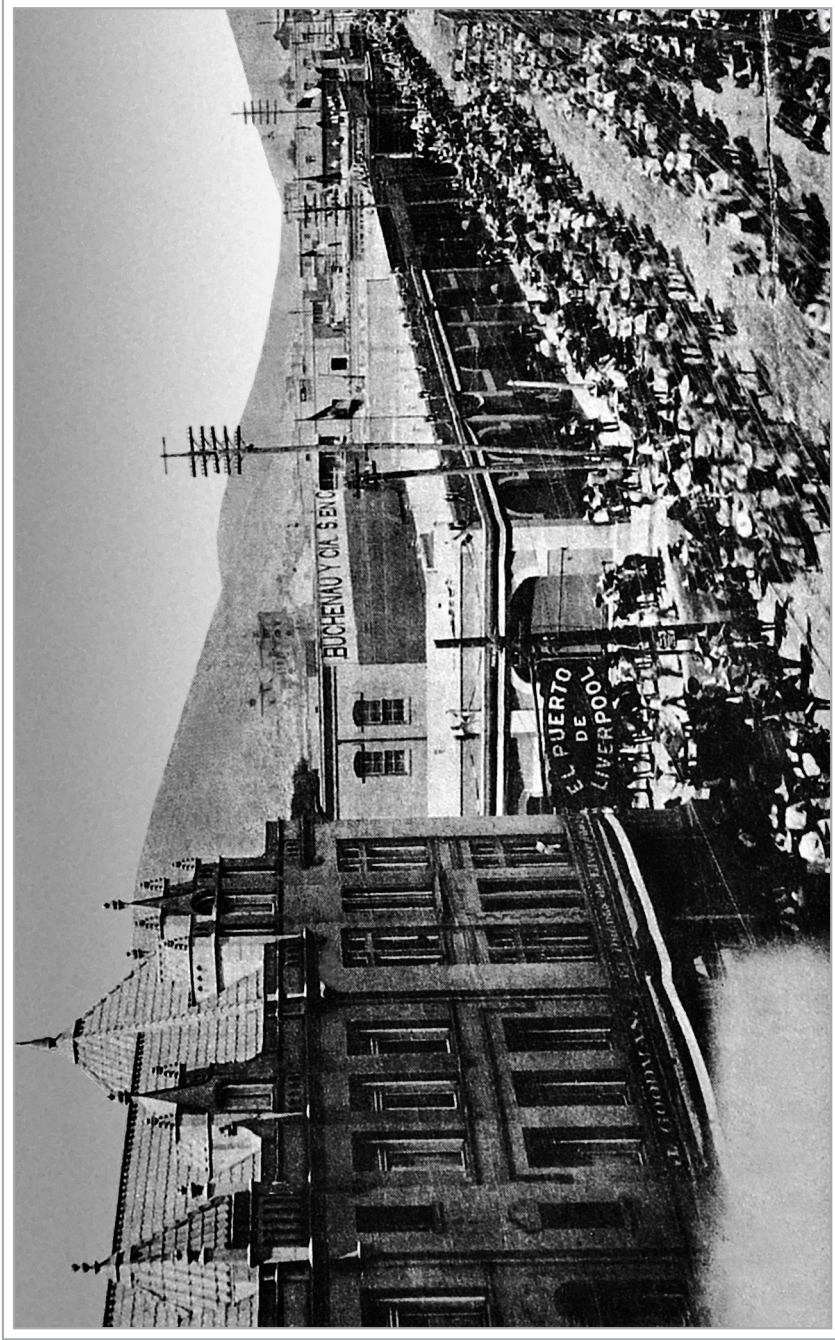
Gracias a estos dos triunfos y a la llegada de una de las columnas de auxilio, el general Velasco creció en esperanzas de derrotar a Villa; pero pronto advirtió la realidad: el general Maclovio Herrera rompió la línea defensiva de los federales en Lerdo; se apoderó de la plaza; puso en fuga a los huertistas; llegó a las puertas de Torreón; pero dejando enemigo a la retaguardia, atacó Gómez Palacio.

Entre tanto, otra columna federal de auxilio se acercaba a Torreón. Villa tuvo aviso oportuno y marchó al frente de su gente al encuentro del enemigo. En acción pronta y valiente lo derrotó y persiguió. Sólo dos centenares de soldados lograron entrar a la plaza.

Tres días revolucionarios y huertistas combatieron sin descanso. El general Velasco tuvo que abandonar sus primeras líneas defensivas, atrincherándose en torno a la ciudad. Tenía 7,800 hombres, 3 millones de cartuchos, 12 piezas de artillería y 14 ametralladoras. Construyó 12 bastiones desde los cuales lanzaba un fuego mortífero sobre los asaltantes.

El terreno era desventajoso para Villa. Esto no obstante, el jefe de la División del Norte, lanzó a sus tropas una vez más sobre la plaza. Sabía que estaba dando la batalla que podía resolver el triunfo de la Revolución en el norte del país, y por lo mismo abría las puertas del centro y de la propia capital nacional a la Revolución.

Para evitar la derrota, el general Villa moderó sus ímpetus. Esperó la llegada de nuevos refuerzos. En torno a él se hallaban los mejores jefes norteños: Calixto Contreras y Severiano Ceniceros; José Isabel Robles y Mariano Arrieta; José Rodríguez y Tomás Urbina; Emilio Madero y Toribio Ortega; José Carrillo y Rosalío Hernández; Eulalio Guzmán y Orestes Pereyra; Raúl Madero y Roque González Garza. ¡Qué acompañamiento de generales y oficiales revolucionarios! La División del Norte había crecido casi mágicamente. Sus soldados sumaban hasta llegar muy cerca del número 25 mil. Era quizás el ejército mayor visto en la República.



Entrada triunfal de Villa a Torreón

La situación del general Velasco fue a cada hora más difícil. Huerta le mandó seguir resistiendo mientras preparaba otra nueva columna de auxilio en Zacatecas. Velasco, a pesar de su valentía y conocimientos en la guerra, advirtió la debilidad de sus fuerzas desde el 3 de marzo. Había tenido 1,050 muertos. Era necesario atender a 2,200 heridos. Así y todo no se rindió. Resolvió, en cambio, salir de la plaza.

Al efecto, organizó una columna con 4 mil hombres, y encontrando el punto más fácil para la salida de sus tropas, a la noche del 2 de abril, se abrió paso entre el enemigo, que cuando quiso evitar la fuga de Velasco, ya era tarde.

Los revolucionarios entraron triunfalmente a la plaza a la mañana del día 3. La población les vitoreó. Villa, dejándose llevar por el espíritu de venganza, mandó que sus tropas ocupasen los edificios particulares, los bancos, las residencias privadas de quienes se supuso huertistas. También fueron aprehendidos todos los españoles residentes que eran más de 300. Villa les amenazó con pasarlos por las armas, acusándolos de haber favorecido a las fuerzas de Huerta; aunque luego comunicó que perdonaba la vida a los extranjeros, pero que éstos deberían salir del país.

Mientras tanto, el general Velasco se situó en San Pedro, levantando trincheras, y dispuesto a seguir combatiendo. Mas el hecho era un vano alarde de valentía. Su causa estaba perdida. Sus tropas se hallaban agotadas. Tampoco tenía municiones suficientes para el combate.

Así, ante el avance de tres columnas revolucionarias con 9 mil hombres, Velasco abandono (13 de abril) sus atrincheramientos y empezó a retroceder. Proyectaba llegar a Saltillo; pero a poco surgieron a su retaguardia las avanzadas destacadas, por el general Pablo González, y Velasco perdió la brújula. Sus soldados le abandonaron. El grito de sálvese el que pueda, quebrantó la moral de la oficialidad huertista. La fuga fue general.

El general Pablo González, quien se hallaba a las puertas de la plaza de Monterrey con 6 mil hombres, al tiempo de mandar una columna para atacar la retaguardia de Velasco, ordenó el asalto a la capital de Nuevo León. Los federales no esperaron el asalto. La ciudad fue evacuada (24 de abril) en medio de un gran desorden. Los federales trataron de abrirse paso para unirse al general Velasco, quien con menos de mil soldados había tomado el camino de la Ciudad de México.

Debido a estos sucesos, el constitucionalismo quedó ducho de todo el norte del país. Ahora podía avanzar, sin enemigos a sus espaldas, hacia la capital.

La victoria

RELACIONES CON ESTADOS UNIDOS

Desde el trágico mes de febrero de 1913, el general Victoriano Huerta procuró, por todos los medios, pero principalmente por el diplomático, obtener la amistad o cuando menos la neutralidad del gobierno de Estados Unidos hacia la facción huertista, creyendo —tanta era su inexperiencia civil—, que la Casa Blanca vería con beneplácito, y como alivio a sus negocios y conflictos en México, la existencia de una autoridad mexicana organizada y dirigida con “mano fuerte”.

Guiaron a Huerta, para hacer pie en tal creencia, primero las opiniones francas a pas de fanáticas del embajador norteamericano Henry Lane Wilson; después, los consejos de sus principales colaboradores, en quienes veía los reflejos de la supuesta sabiduría política de los adalides del porfirismo.

El embajador Lane Wilson, por su parte, no dejaba de creer en su poder político a su gobierno, con la seguridad de que éste le concedería carta blanca en el manejo de los asuntos políticos de México.

Confiaba así el diplomático norteamericano convencer al nuevo presidente de Estados Unidos, Woodrow Wilson, de que las cuerdas de la autoridad mexicana podían moverse a través de la embajada en México, con lo cual Huerta no sería más que un instrumento; y aunque Huerta y los huertistas no ignoraban los designios de Lane Wilson, tanto era su amor al poder; tantos los deseos del desquite con los revolucionarios que les habían derro-

tado en 1911, que no tuvieron escrúpulos en aceptar las intervenciones del diplomático.

Sin embargo, tanto Wilson como Huerta y sus colaboradores vivían al margen de la realidad política norteamericana. Desconocían u olvidaban que Woodrow Wilson y el Partido Democrático de Estados Unidos, habían llegado a la Casa Blanca con programa de libertades públicas y civiles; con una promesa de descentralización política y con la aspiración de hacer que el mundo viviese a ejemplo del pueblo norteamericano.

Wilson, durante su campaña electoral, presentó a su país las características de líder conductor de una política idealizada hasta en el más íntimo de sus ángulos, a manera de hacer con la democracia un principio purísimo de populismo y libertad. Y al lado de Wilson, el nuevo secretario de Estado, William Jennings Bryan, representaba la exageración democrática, con lo cual parecía que el pueblo de Estados Unidos había entrado en una nueva era política, que distaba mucho de ser aquella capaz de apoyar a un gobierno originado en la violencia, la ilegalidad y la usurpación como el de Huerta.

De esta suerte, en vez de atender las recomendaciones de Lane Wilson a quien los políticos huertistas estaban haciendo víctima de sus apetitos, el gobierno de Wilson se preparó, desde el primer día de mando, a iniciar una política con respecto a México, contraria precisamente a la que el embajador y los huertistas pregonaban.

Además, el gobierno norteamericano, inducido por sus preocupaciones patrióticas quiso, desde sus comienzos, sacar el mejor partido de la situación mexicana; y como un capítulo importante para la Casa Blanca era el tener a la mano los instrumentos convenientes para contestar y minorar las exageradas reclamaciones de Gran Bretaña sobre los peajes del Canal de Panamá, con señalada habilidad, el secretario Bryan tendió las cuerdas para ofrecerse como medio eficaz a fin de obtener de México las ventajas posibles a las muchas ambiciones de Inglaterra.



Sir Lionel Carden, embajador de Gran Bretaña, 1914

Además, como uno de los primeros pasos de Huerta consistió en facilitar el camino para otorgar a los intereses británicos todo género de concesiones petroleras, contrariando de esa manera las inversiones norteamericanas, y creyendo asimismo que podría barajar ventajas, puesto que ponía a una y otra parte en el juego de los compromisos, el gobierno de Estados Unidos propendió a capitalizar en su favor las procuraciones de Huerta.

Éste, al efecto, había hecho creer al embajador de Gran Bretaña, Lionel Carden quien favorecería a los inversores británicos otorgándoles concesiones exclusivas para las explotaciones petrolíferas. Sin embargo, lo que Huerta buscaba era servirse de tales promesas, para de esa manera producir los recelos de los inversores norteamericanos y con esto el apoyo de los mismos cerca de la Casa Blanca a fin de que ésta reconociera a la autoridad huertista gobierno *de facto*.

Más nuevamente los consejeros de Huerta caían en el error. Volvían a desconocer el origen político del presidente Wilson, así que éste, en lugar de sentirse aturdido o temeroso por las promesas de Huerta a Inglaterra, procedió a retirar de México al embajador Lane Wilson, dejando como encargado de negocios a Nelson O'Shaughnessy, hombre sensato, aunque de pocos alcances.

Antes de regresar a Estados Unidos, el embajador Wilson había advertido, gracias al frío trato que le daba el subsecretario de Relaciones Carlos Pereyra, que Huerta intentaba enviscar a Estados Unidos y Gran Bretaña y así obtener el mejor partido para los intereses del huertismo; y aunque de muchas maneras había demostrado su interés y apoyo hacia Huerta, ahora, al salir del país iba convencido de que sus servicios al huertismo eran mal correspondidos.

La zigzagueante política exterior del huertismo no sólo perdió con Wilson un portavoz, sino que hizo en éste un enemigo, de manera que cuando llegó a Washington presentó informes adversos a Huerta y al huertismo; y como por otra parte, hizo creer a su gobierno en la factibilidad de acabar, mediante el poderoso influjo de

Estados Unidos, con la autoridad de Huerta y con lo mismo dar fin a la guerra civil, el presidente resolvió enviar a México con el carácter de su representante personal a John Lind, hábil político, pero individuo más desconocedor de los negocios mexicanos que la propia Casa Blanca.

Lind llegó a México con un instructivo preciso del presidente Wilson, en el que luego de advertir que los tratos de su representante deberían ser con las autoridades que ejercían influencia en el país y no con el llamado gobierno del general Victoriano Huerta, aconsejaba a tales autoridades que hicieran cesar las hostilidades entre los grupos combatientes dentro de la República, y que a continuación efectuaran elecciones generales, libres y efectivas, pero fijándose de antemano que el general Huerta estaría eliminado como candidato.

El representante de Wilson, al efecto, no sin advertir que no trataba con el gobierno de Huerta, sino con la autoridad que “ejercía influencia en el país”, conferenció (15 de agosto de 1913) con Federico Gamboa, quien llevaba el título de secretario de Relaciones Exteriores; y fue a Gamboa a quien hizo conocer el “proyecto amistoso” del presidente de Estados Unidos, mediante el cual podría ponerse fin a la guerra civil en México.

Gamboa rechazó las propuestas del gobierno de la Casa Blanca con aparente indignación. El hecho de que Wilson indicara un camino a seguir para dar término a las luchas intestinas mexicanas, constituía un acto de intervencionismo clásico; un atropello a la soberanía nacional; y aparentando, no obstante su origen inconstitucional, ser el portaestandarte de la Ley y del patriotismo, Gamboa puso a la mano de Huerta un vehículo para que éste hiciera creer que las desgracias de México se debían específicamente a las intrusiones norteamericanas.

Así, contestando Gamboa al presidente de Estados Unidos por conducto de Lind, calificó —como si la usurpación de funciones a la luz del día no hubiese sido bastante para desmentirlo— de imputación



John Lind, político estadounidense enviado a México por el presidente Wilson para negociar con Huerta

mayúscula, el hecho de que la Casa Blanca dudara de la existencia de un gobierno nacional en México, dado que Huerta dominaba en 25 estados, tres territorios y el Distrito Federal. La teoría del dominio violento elevada a la categoría de derecho constitucional, sólo podía ser, dentro de la autoridad huertista, colateral a un derecho del crimen político.

La acusación, envuelta en precisa intencionalidad, que Huerta hacía al gobierno de Estados Unidos de pretender inmiscuirse en los negocios interiores de México, no obstante que el documento de Wilson sólo era un parecer y de ninguna manera una demanda, únicamente tuvo por objeto ganar adeptos a una causa que parecía adoctrinada en los principios de la legalidad y la autonomía.

Grave, en efecto, fue el error cometido por la Casa Blanca con la misión de Lind, ya que estaba obligada a considerar, después de los sucesos de febrero, que Huerta carecía de sustantivo moral y que, por lo mismo, colocarle dentro de un dictamen democrático equivalía a proporcionarle un instrumento que más adelante podría utilizar al fin de enturbiar las relaciones entre dos países vecinos. Con tal misión, pues, el gobierno de Estados Unidos adquirió los visos de un clásico pastor y actor del intervencionismo.

Tan poco acorde con las circunstancias estuvo el instructivo de Wilson, que cuando éste reaccionó, ya Huerta había tenido tiempo para hacerse aparecer como víctima de Estados Unidos; y esto, con tanta habilidad, que el presidente de Estados Unidos quedó estigmatizado como estadista sombrío.

Además, la actitud de Wilson fue tan comprometedora para Estados Unidos, que la situación mexicana —el “Caso México”, según la definición del Departamento de Estado— se convirtió, repugnando el acontecimiento con los principios de la amistad y derecho internacionales, en capítulo de la política doméstica de Estados Unidos.

Así, hundido en el golfo del “Caso México”, y sin poder retroceder, el presidente Wilson decretó (27 de agosto) el embargo de ar-

mas destinadas a Huerta o a los revolucionarios; mas esto, lejos de minorar el error de origen, sólo sirvió para encender, en la mayoría de los países continentales, la voz popular del antiintervencionismo, que ahora presentaba al general Huerta como caudillo del "latinoamericanismo".

Preocupado Wilson por los equívocos efectos de la misión de Lind, a quien en todos los tonos se le llamaba "funesto agente del intervencionismo yanqui", pidió consejo al secretario Bryan; y éste escribió (28 de octubre): "Cuando un déspota local es sostenido en el poder por poderosos intereses financieros y recibe el dinero de éstos, el pueblo queda en manos de la nación que otorga abastecimientos (militares) al dictador. No podremos obtener la confianza de Latinoamérica mientras no probemos que no queremos territorios ni autoridad sobre las políticas nacionales. Nuestra única intervención debe ser la de reiterar que el pueblo (de México) tiene derecha a votar y elegir a sus gobernantes".

Wilson escuchó a Bryan, y mandó salir del país a Lind (13 de noviembre), y haciendo un resumen de sus pensamientos de política aplicada, dijo refiriéndose a la situación mexicana: "No puede haber paz en América hasta que el general Huerta entregue su usurpada autoridad. Somos amigos de los gobiernos constitucionalistas de América. Esperemos que el orden constitucional quede restaurado en el afligido México por aquel de sus caudillos que prefiera la libertad de su pueblo a sus propias ambiciones".

Había, sin embargo, un obstáculo para que el gobierno de la Casa Blanca pudiese llevar a cabo la idea expuesta por Bryan de cortar no sólo los suministros de armas, sino también los financiamientos extranjeros. Ese obstáculo era Inglaterra. Y, en efecto, la Foreign Office, tratando de forzar a Estados Unidos en el asunto de los peajes de Panamá, cada día parecía abrazar la causa de Huerta con mayor decisión. Huerta, pues, no estaba sirviendo a su patria, sino a los intereses y disyuntivas de dos potencias extranjeras.

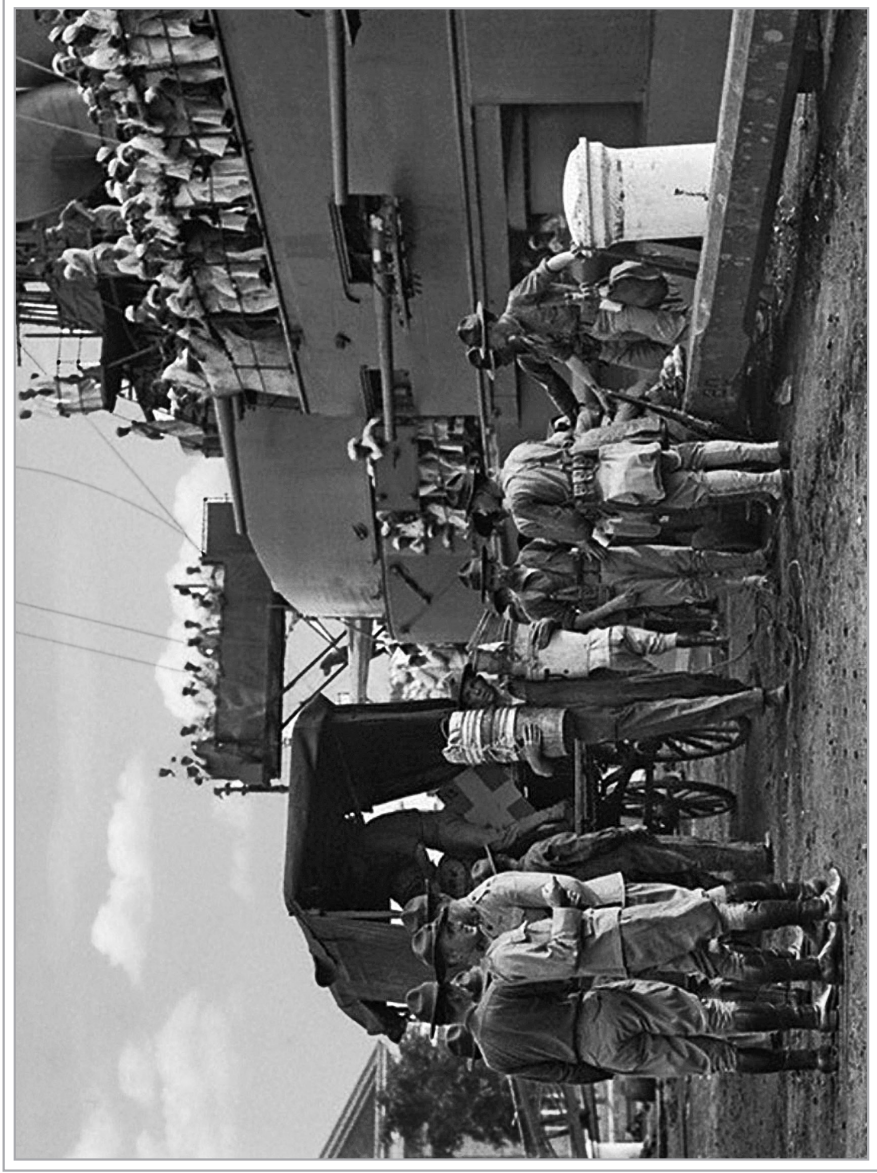
Al final de 1913, el apellidado “Caso México” tomó los caracteres de una comedia pugna de Estados Unidos y Gran Bretaña, máxime que el gobierno británico dejándose conducir por los informes de su agente diplomático en México, Lionel Carden, no ocultaba su decisión de seguir proporcionando abastecimientos bélicos al general Huerta. Carden mismo aparecía como consejero del huertismo, de manera que su gobierno ejercía toda la presión necesaria cerca de la Casa Blanca a fin de que ésta modificara su política hacia Huerta.

Para Wilson surgió, ante las representaciones siempre prudentes, pero de todas maneras definidas de la Foreign Office, la alternativa de reconocer al huertismo, o bien de destruirlo directa y prontamente.

La misión de Lind, no por intervencionista, sino por idealizada, estaba dando resultados cada día más adversos a la política exterior de Estados Unidos. El mismo Lind, aconsejaba ahora al secretario de Estado norteamericano, la intervención en México, empezando por la riqueza del puerto de Tampico que, por ser el centro petrolero mexicano, producía considerables ingresos al huertismo.

Sin embargo, el espíritu democrático y humano del presidente Wilson era incompatible con la intrusión propuesta por Lind. Había, pues, que buscar medios más decorosos y de acuerdo con los principios que representaba Wilson para proceder en el “Caso México”.

Era difícil hallar en esos días de la primavera de 1914, otro problema que interesara a par que afligiera más al presidente de Estados Unidos que el de México, puesto que siempre desechó, sin titubeos, los proyectos intervencionistas. Así, cuando los poderosos intereses británicos presionaron, en motivo del asesinato de Benton, del que ya se ha hablado, para que enviara soldados a México, el presidente puso a prueba no sólo su entereza, sino también sus principios políticos.



Tropas norteamericanas se preparan para partir hacia Veracruz

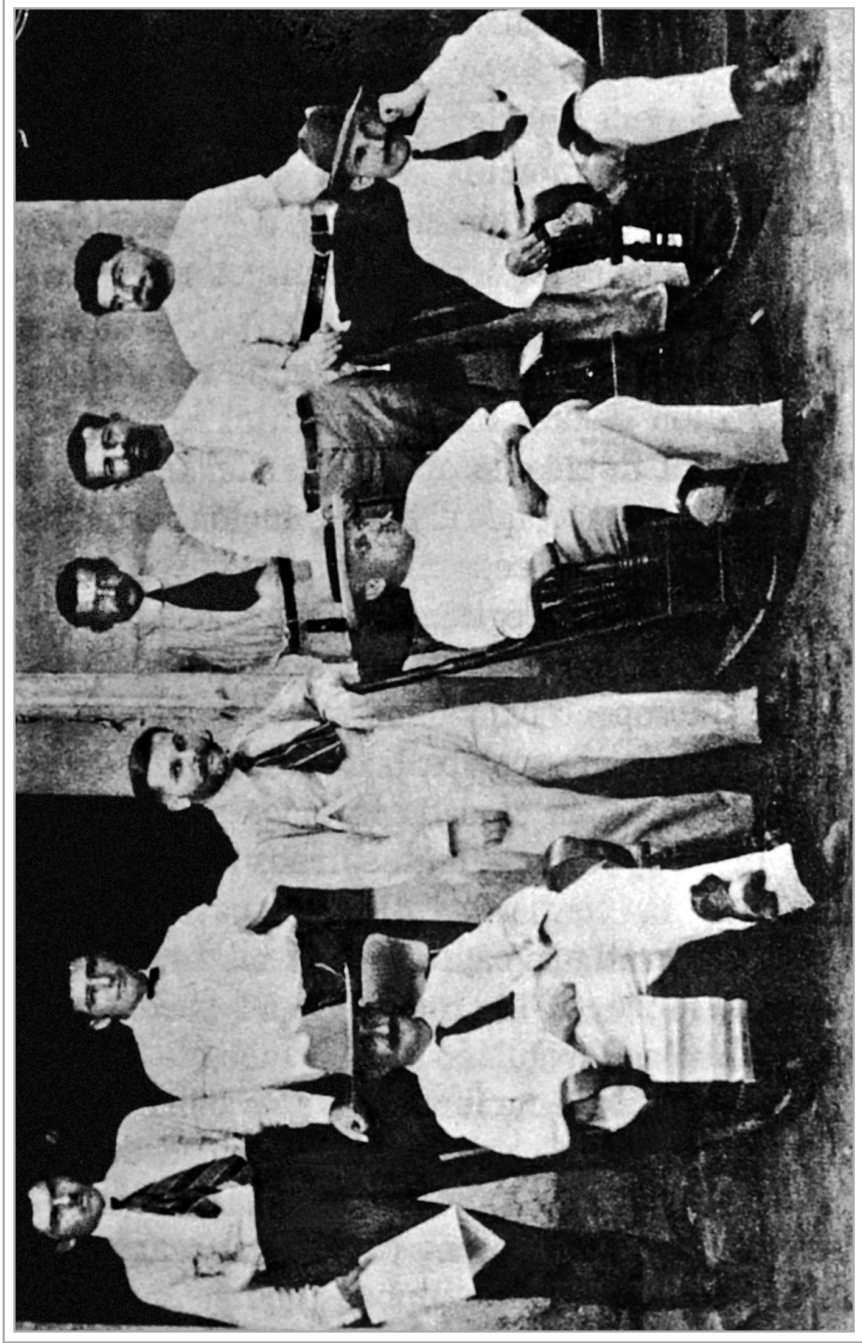
Esa condición personal de Wilson no podría ser perdurable; pues día a día se acrecentaba la opinión norteamericana que pretendía empujar al gobierno de Estados Unidos hacia la intervención. Las publicaciones periódicas norteamericanas, antes tan favorables a la Revolución y la Democracia mexicanas, ahora acusaban a Wilson de debilidad e indecisión y le exigían “poner las manos sobre México”. Los defensores de la política wilsoniana eran pocos y hablaban en medio de dudas. La tensión con respecto a los sucesos de México, que los periódicos pintaban con tinta roja, hacía temer que el menor acontecimiento sirviera para derramar el agua del vaso.

Así las cosas, el presidente Wilson se hallaba en White Sulphur Springs, cuando fue informado (10 de abril) que la autoridad militar huertista de Tampico había aprehendido a un grupo desarmado de marinos norteamericanos y que el almirante Mayo, comandante de la flota norteamericana, de visita aparente en aguas mexicanas, exigía que, en desagravio a las fuerzas de Estados Unidos, la comandancia militar del puerto, ordenara un saludo a la bandera de las barras y estrellas.

Wilson quedó anonadado con la noticia; pues sólo quedaba un camino a seguir: apoyar la petición del almirante Mayo, y esto equivalía a una declaración de guerra a México.

Llegó a complicar la situación, el hecho de que lo sucedido en Tampico fue considerado por los periodistas norteamericanos como una agresión a Estados Unidos, con lo cual se levantó un oleaje de protestas populares, y se hizo general la idea de que el gobierno de Estados Unidos debería poner fin al huertismo.

Frente a esa situación, el presidente Wilson se presentó (20 de abril de 1914) al Congreso de su país, y leyó un documento en el cual, luego de advertir que bajo ninguna circunstancia Estados Unidos declarararía la guerra a México y que cualquier conflicto armado en el que se viese envuelto el pueblo norteamericano al sur del río Bravo, sólo sería un conflicto entre la Casa Blanca y el general Victo-



Colaboradores civiles de Carranza con periodistas norteamericanos

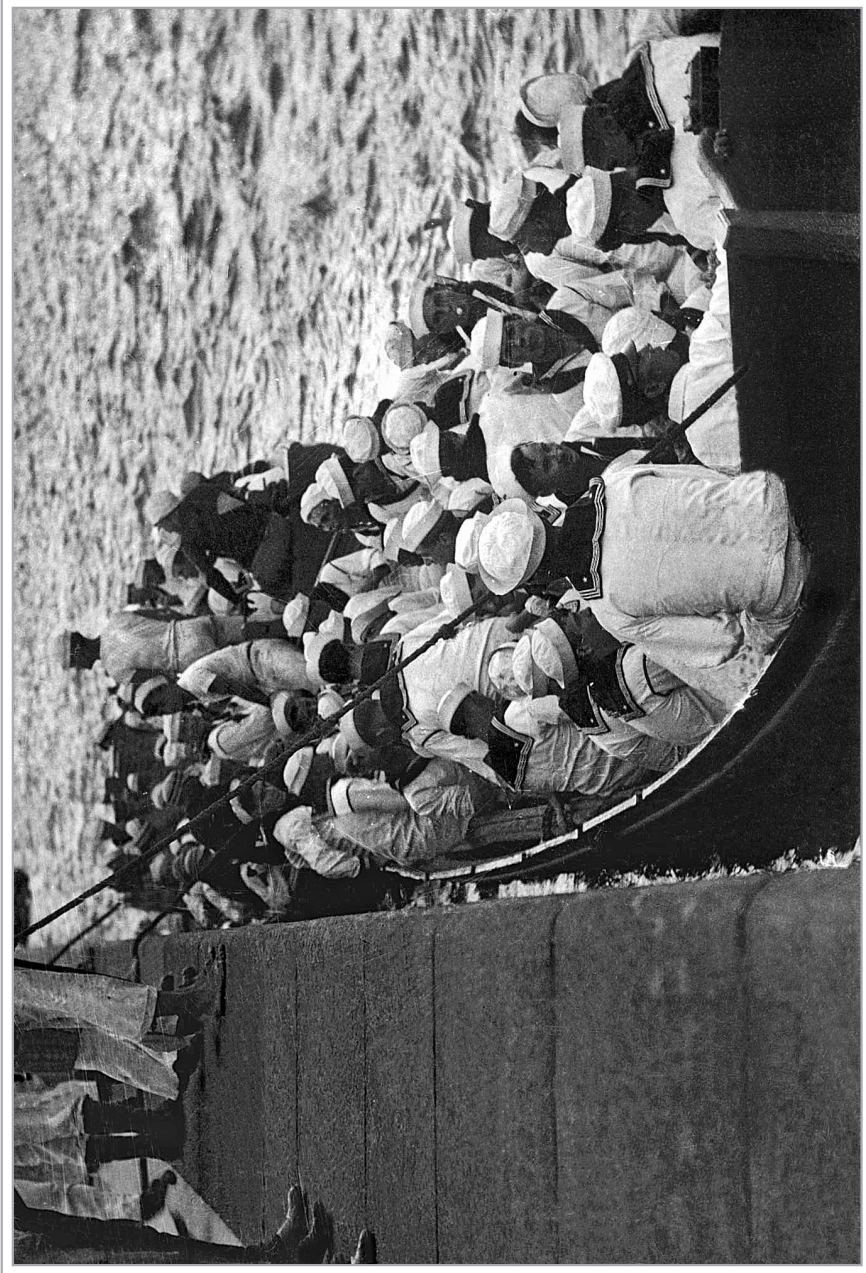
riano Huerta, pidió autorización al Congreso para “usar las fuerzas armadas de Estados Unidos” con el objeto de exigir, de ser necesario, que Huerta y el huertismo reconocieran plenamente los derechos y la dignidad de Estados Unidos. “El pueblo americano (dijo Wilson) parece querer la guerra con México; pero la guerra no estallará si se puede evitar”.

Mas las cosas adquirieron otras proporciones en el transcurso de pocas horas; porque a la noche de ese mismo día, el Departamento de Estado recibió un comunicado telegráfico del almirante Mayo, en el cual éste hacía saber que el barco alemán *Ipiranga* estaba a la vista de Veracruz conduciendo un fuerte cargamento de armas y municiones para Huerta.

Sin hacer cálculos favorables o desfavorables sobre lo que iba a acontecer, el presidente Wilson, en medio de consultas telefónicas, y dejándose arrastrar por el justo odio que sentía hacia Huerta a quien tenía por hombre abominable y a quien los pueblos civilizados estaban obligados a detestar, dio órdenes al almirante Mayo para que desembarcara a la infantería de marina y ocupara la plaza de Veracruz.

Con el velo que generalmente cae sobre la conciencia humana cuando ésta se entrega al espíritu de venganza, Wilson, tratando de evitar que los pertrechos alemanes llegaran a manos del huertismo dio tales órdenes. No consideró el agravio que iba a cometer a México; tampoco previó que tamaño mal se paga más adelante con los recelos que nacen entre los pueblos. Y tal fue lo que ocurrió con tan desdichado suceso, hijo no del apetito norteamericano, sino del idealismo político wilsoniano.

La ciudad de Veracruz estaba guarnecida por 1,200 soldados huertistas a las órdenes del general Gustavo A. Maass, quien advertido por el cónsul de Estados Unidos de que la infantería de marina norteamericana iba a desembarcar para ocupar la aduana, pidió instrucciones al general Huerta, quien desde luego le mandó que



Desembarque de marinos norteamericanos en Veracruz

procediera a evacuar la plaza; y así lo hizo Maass retirándose con su tropa y pertrechos a Tejería, dejando en el puerto una guarnición de 100 hombres.

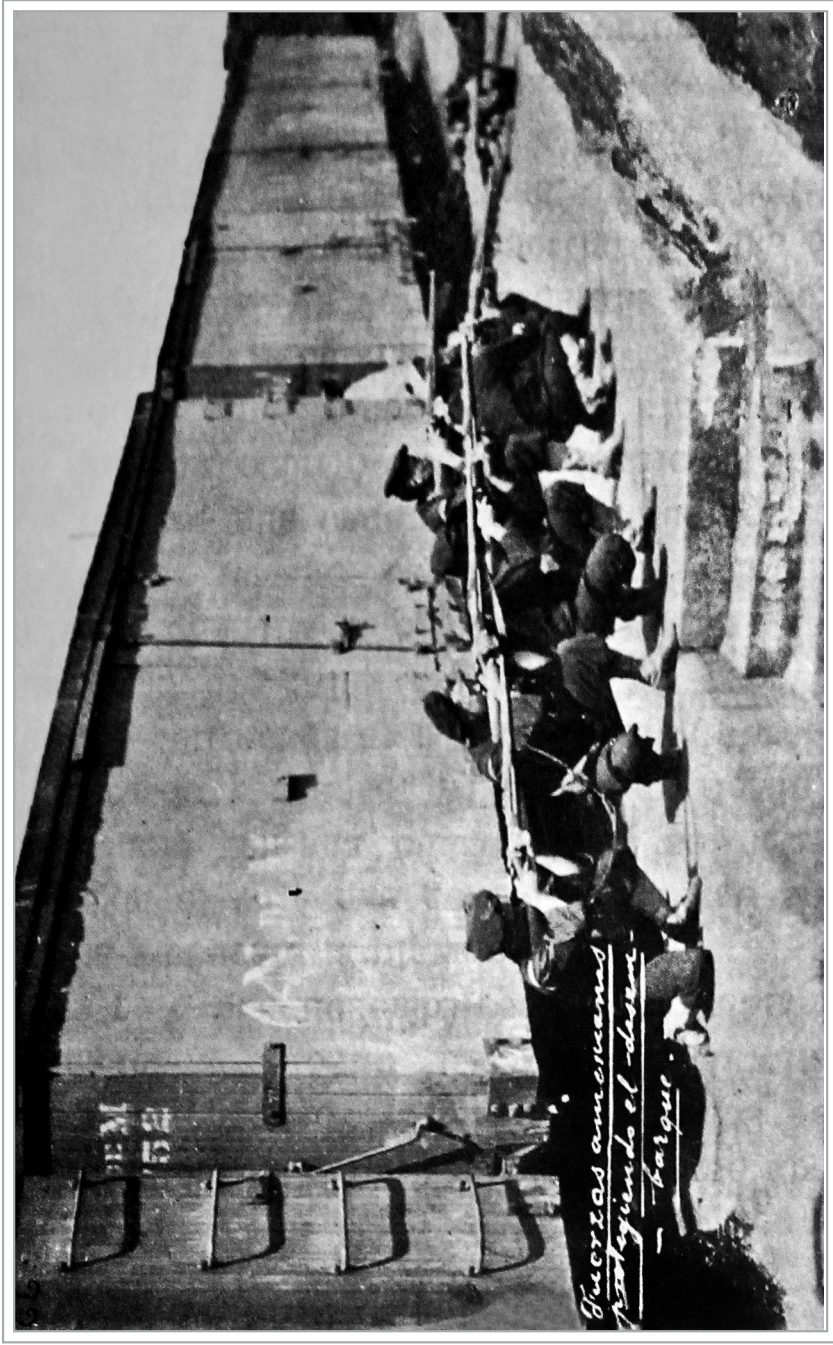
Mientras tanto, los barcos de la flota norteamericana del Atlántico se reunían frente a Veracruz, y poco antes del mediodía correspondiente al 21 de abril desembarcaban los primeros soldados extranjeros en el muelle del puerto, para ocupar en seguida, los edificios públicos más cercanos a la zona portuaria.

Los veracruzanos asistían con estupor al acto de invasión; ahora que, dejando a su parte la primera sorpresa, empezaron a organizar grupos dispuestos a defender el solar patrio; y aunque sin armas, los más encendidos patriotas intentaron detener a los invasores, acrecentándose el valor de tales hombres al saber que los alumnos de la Escuela Naval Militar se preparaban a resistir al enemigo extranjero.

Y, en efecto, llegado a las guardias de la escuela el comodoro Manuel Azueta, dio el grito de "¡A las armas!" y los jóvenes alumnos empezaron a improvisar barricadas con muebles y colchones; y como en algunos puntos de la plaza, la población civil hacía ya resistencia al invasor, los cadetes de la Naval abrieran el fuego sobre los pelotones de desembarco; fuego al que respondieron los barcos de guerra norteamericanos con sus cañones, que no sólo bombardeaban el edificio de la escuela, antes también los puntos de la plaza que creyeron era los centros de la resistencia. Y esto de manera brutal.

Tanto, sin embargo, era el poder de fuego de los barcos e infantería extranjeros, que los invasores pudieron dominar la situación y quedar dueños de la plaza. La defensa de los jóvenes alumnos de la Naval, había sido heroica, pero ímproba ante la superioridad del enemigo.

Grande, pues, fue la gloria de la escuela; grande el patriotismo del pueblo de Veracruz. A aquel sacrificio sólo le faltó el mando representativo de las leyes y la nación, que no podía estar dentro del huertismo.



Marinos norteamericanos protegen el desembarque de sus fuerzas

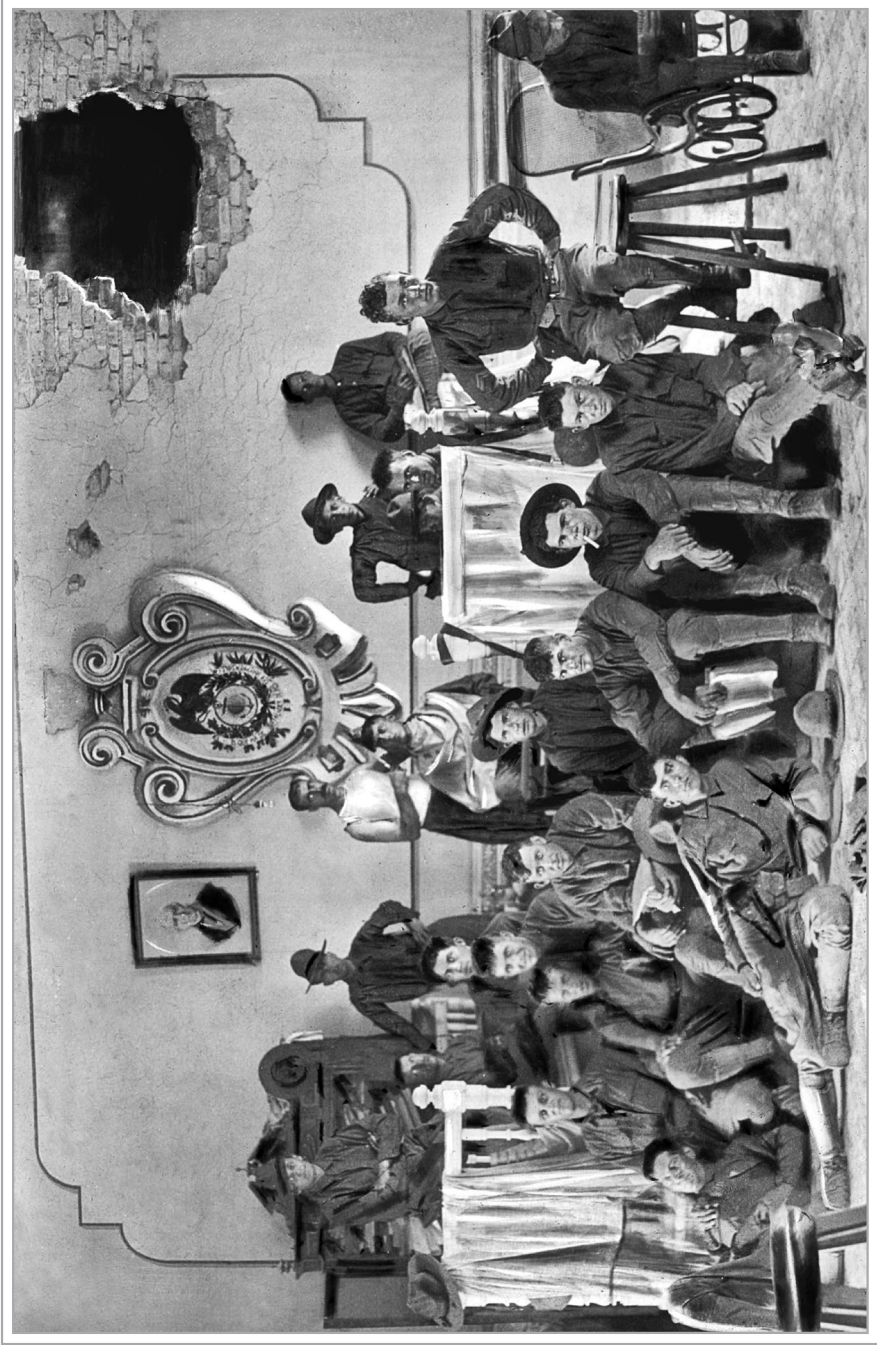
El infausto suceso fue aprovechado por Huerta para proclamarse a sí mismo campeón antiyanqui, tratando, al efecto, de explotar la sensibilidad popular, que con diversas y públicas manifestaciones condenaba la ocupación de Veracruz.

Para dar mayor énfasis a su supuesto patriotismo, el general Huerta mandó organizar ruidosas y atropelladas procesiones callejeras. Después, pretendió simular una gran organización de patriotas voluntarios, y, finalmente, mandó a los comandantes de las zonas que invitaran a los jefes revolucionarios para unirse a las fuerzas hueristas y combatir, asociados, a los “invasores yanquis”.

En las filas del constitucionalismo, los acontecimientos de Veracruz produjeron indignación. La buena fe, acompañada del error de Wilson no tenía explicaciones para un pueblo cuya Revolución era la esencia de la nacionalidad e independencia. Así, en medio de tal malestar, el general Obregón pidió a Carranza que le autorizara a marchar sobre la ciudad de Nogales (Arizona) y atacar al Ejército de Estados Unidos en su propio territorio.

Pero el Primer Jefe procedió cautelosa y serenamente. Al efecto, contuvo los ímpetus guerreros de Obregón, y dirigiéndose al gobierno de Washington, reprochó a éste la conducta seguida con la ocupación de Veracruz, invitándole a suspender las hostilidades iniciadas, desocupar desde luego la plaza invadida y a formular ante la autoridad militar que él, Carranza, representaba “la demanda correspondiente por los sucesos acaecidos”, con la seguridad de que tal demanda sería “considerada con espíritu elevado de justicia y conciliación”.

A esto, la Casa Blanca, dio respuesta de una idealizada imprudencia, con explicaciones de carácter general, que no dejaban lugar a dudas de que las fuerzas norteamericanas no avanzarían más allá de la plaza de Veracruz; y como, en efecto, no existía la menor prueba de que Estados Unidos tuviese pretensiones territoriales, ni políticas, ni militares en México, muy pronto los sucesos en Veracruz fueron quedando como hecho del valor heroico del pueblo mexica-



Marinos norteamericanos en una oficina, en Veracruz

no, pero principalmente de la Escuela Naval Militar que en la luda con los invasores había perdido a dos valientes cadetes: José Azueta y Virgilio Uribe.

De esta suerte, las relaciones entre los jefes revolucionarias y los cónsules y ciudadanos norteamericanos residentes en México, dejaron el desabrimiento momentáneo y volvieron al punto de una amistad cordial, de lo cual se traducía que para el espíritu de la Revolución, la torpeza wilsoniana no constituía un atentado de Estados Unidos contra la independendencia de la patria mexicana.

Veracruz quedó, pues, bajo el gobierno del almirante F.F. Fletcher, aunque sin perder sus derechos municipales. Sin embargo, la bandera norteamericana izada en la plaza, daba la idea de que el presidente Wilson, dentro de su juego político, no advertía que con la permanencia de las tropas extranjeras en suelo de México no hacía ningún mal a la autoridad de Huerta, y en cambio humillaba al concierto popular más grande que contemplaba la historia del continente americano; porque si en vez de la ocupación de Veracruz, Wilson sabe esperar las decisiones domésticas de México, ni Estados Unidos comprometen su crédito en el alma de los mexicanos ni éstos sienten la postración a que se lleva a cualquier pueblo cuando una nación, con la que no estaba en guerra, ni a la que se había cometido agravio moral, ni invadido su suelo o su derecho, ni coloca su pabellón sobre el pabellón que representa el amor, los intereses, la dignidad y la autonomía de una nacionalidad.

EL TRIUNFO DE VILLA

La ocupación norteamericana de Veracruz dio, como se ha dicho, muchos alientos al huertismo, que entrevió la posibilidad de rehacer tanto sus casi destruidos cuadros militares, como su crédito político.

Al efecto, Huerta y sus colaboradores buscaron y pusieron en juego empeñosamente todas las mañas a su alcance, al fin de incitar

los sentimientos patrióticos de propios y extraños, creyendo que de esa manera apaciguarían los ánimos de la lucha intestina, para dar un nuevo barniz a la autoridad huertista.

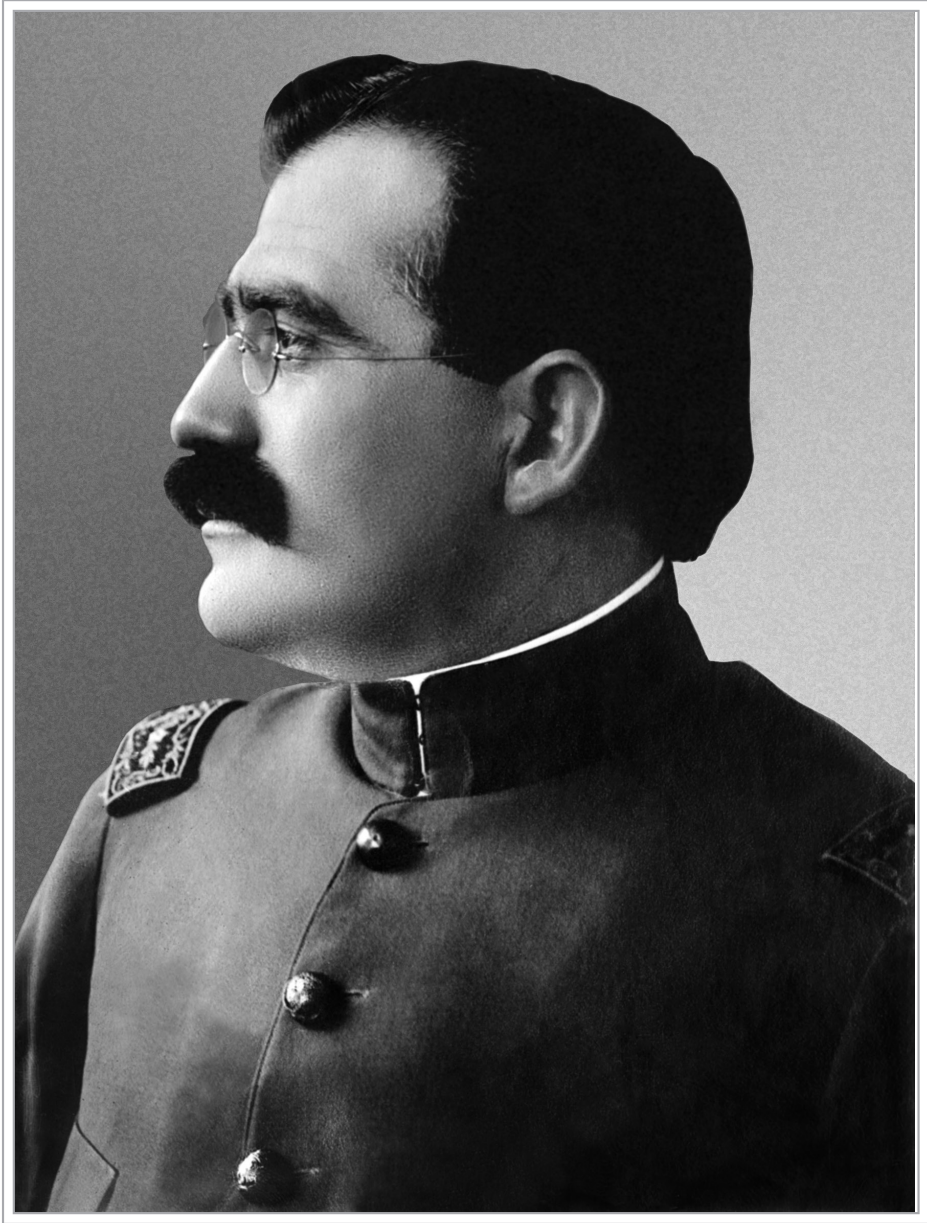
Sin embargo, tales alientos del huertismo se evaporaban conforme los caudillos revolucionarios no sólo rechazaban las invitaciones de los generales federales, para unirse contra el intervencionalismo, sino que desenvolvían todos sus aprestos a fin de continuar la marcha sobre la Ciudad de México.

Además, los comisionados de paz y alianza que enviaba Huerta en todas direcciones, lejos de servir a la causa huertista, apenas iniciaban pláticas con los constitucionalistas y quedando convencidos de la causa de éstos, desertaban del huertismo y empuñaban las armas contra Huerta.

Los primeros efectos, pues, producidos por la ocupación de Veracruz en el alma popular, pasaban y con ello Huerta iba quedando más solo y las esperanzas del huertismo, de aprovecharse de los acontecimientos en el puerto del golfo, caían una a una, sin que apareciera otro síntoma capaz de proporcionar una nueva bandera a los contrarrevolucionarios.

De aquí, que las tres columnas del constitucionalismo que avanzaban desde el norte hacia la Ciudad de México, unidas a las partidas armadas que operaban en toda la República, ya independientemente, ya aceptando la jefatura de Carranza, parecían no tener más oficio que el disputarse el camino más recto y corto, para llegar a las puertas de la capital nacional. Y tal era, en efecto, el propósito de los tres grandes generales de la Revolución: Francisco Villa, Álvaro Obregón y Pablo González.

Villa, en seguida de la toma de Torreón y del combate de San Pedro, dueño absoluto del norte central de México, dada la posición que ocupaba, volvió a su tarea favorita de organizar y pertrechar debidamente a sus tropas. Y no faltaban en el general Villa, cualidades para el caso; pues con asombrosa prontitud y memoria ad-



General Pablo González

vertía las necesidades de sus hombres; y aunque ajeno, durante los primeros lances de la lucha armada, a los negocios públicos y civiles, los triunfos de la guerra, el mando de los hombres, las previsiones militares y el asombro que dentro de él mismo debió producir su exaltación a la condición de superioridad, hicieron que el caudillo entrara de un golpe al campo de la malicia política; más como a Villa le faltaban la instrucción formativa, la experiencia de gobierno y la virtud reflexiva y sólo se servía de su vivísima y saltar, inteligencia, en vez de la consideración política se forjó dentro de él mismo un impulsivo mando civil, que a par de ser acorde con las circunstancias, significaba una rectitud de propósitos en una política personalísima. Villa, al efecto, no obstante sus victorias, que en ocasiones daban idea de lo fabuloso, continuaba ayuno de apetitos de gobierno; ahora que sin declaración alguna ni manifestación probada alentaba, con la aureola de hombre afortunado, la organización —dentro de las rudezas de su gente y de sus días— de un partido villista.

Pero esto tenía los caracteres de lo secundario dentro del alma guerrera de Villa, así es que apenas sintió consolidada su fuerza militar, resolvió, atendiendo las órdenes de Carranza, marchar tras de las derrotadas fuerzas huertistas.

Éstas, en su retirada de Torreón y Monterrey, lograron concentrarse en Saltillo, aunque otras columnas, desatendiendo la campaña del norte, se encaminaban, de hecha a manera de fugitivas, hacia la Ciudad de México.

Además, antes de continuar su avance hacia el sur, el general Villa advirtió que no podía dejar enemigos a su retaguardia, y como por otra parte, requería la posesión de la región carbonífera a fin de poder movilizar sus trenes, mandó organizar una columna de 6 mil jinetes y mil soldados de infantería y tomando el mando personal de tal columna, se dirigió a Saltillo, siguiendo el camino de hierro.

Los huertistas, asediados por todas partes, se vieron obligados, para proteger su retirada, a detenerse en Paredón, punto defensivo inmejorable, donde prontamente hicieron líneas de atrincheramientos.

Sin embargo, faltos de moral, víveres y municiones y sintiendo sobre ellos las cargas de la caballería villista azuzada al combate por la intrepidez y valentía del cuerpo de guardia del propio Villa; cuerpo al que llamaban *Los Dorados*, los federales parapetados en Paredón no resistieron los asaltos; y como intentaran romper el cerco de fuego, Villa y sus *Dorados* cargaron con tantos bríos y valentía, que los federales, ya en el capítulo de la desesperación, abandonaron el campo en completo desorden (17 de mayo de 1914), dejando entre muertos, heridos y prisioneros 4,200 hombres.

Tras de los derrotados federales salió la vanguardia de la columna villista a las órdenes del general José Isabel Robles, quien en una persecución sin descanso llegó a las puertas de la capital de Coahuila, que los huertistas se apresuraron a evacuar (21 de mayo).

Villa, en el entusiasmo de su enésimo triunfo, sin calcular el alcance que podía tener su resolución, dispuso que la plaza tomada fuese puesta bajo la jurisdicción del general Pablo González, quien de esa manera quedó dueño de la puerta de entrada a la región carbonífera coahuilense, y con lo mismo, restó al villismo, ya en formación de partido y ejército, el poder del combustible necesario para movilizar los trenes militares.

Sin advertir, pues, las consecuencias de la entrega de Saltillo a un jefe que correspondía al carrancismo, el general Villa, engolosinado con el triunfo obtenido y satisfecho por haber tenido la ocurrencia de incorporar a sus fuerzas a la oficialidad del derrotado ejército huertista, procediendo así contrariamente a lo hecho al comienzo de la guerra, cuando sin misericordia mandó fusilar a los oficiales de Huerta; engolosinado y satisfecho, se dice, con tales acontecimientos, el general Villa regresó a Torreón a fin de preparar el avance hacia Zacatecas.

Ahora, además de aquel bizarro ejército que le seguía, y de sus triunfos, Villa estaba seguro de que los oficiales ex huertistas servirían a fin de dar disciplina a las tropas revolucionarias, que a menudo

no cumplían las órdenes de sus jefes, porque sobre ellas dominaba el espíritu de la independencia rústica, siempre tan contrario a la efectividad de la guerra.

Consecuencia de esa misma independencia rústica, fue el debilitamiento de las relaciones entre Villa y Carranza; porque si éste tenía razón y ley para hacerse obedecer de aquél, ello no bastaría para que Villa admitiera la necesidad de la obediencia política. Así, sin muchos miramientos y mientras que el Primer Jefe se acercaba a Torreón en viaje de inspección Villa, sin esperarle, salió violentamente a Chihuahua. Y en tal suceso no hubo un motivo de enemistad hacia Carranza. En la realidad el jefe de la División del Norte sólo quiso significar lo independiente de su criterio, no obstante que tal independencia, en el momento decisivo que se acercaba para la guerra civil, resultaba impropio e inconducente; y tanto así, que dentro de Carranza se produjo una condición de mucha responsabilidad y jerarquía que le obligó a dictar las primeras medidas para graduar, o cuando menos desear graduar, el poder de Villa.

Desde ese momento, el Primer Jefe pudo estar seguro de que un partido villista estaba en incubación; y como cuidaba celosamente de la unidad constitucionalista, que a la vez establecía su mando personal, quiso salir al encuentro de lo que previsoramente consideraba, y al efecto, se dispuso a dar una orden que, de cierto, sabía que era capaz de probar los alcances de la mentalidad levantisca del general Villa.

Fue este un momento de apresuramientos, y por lo mismo amenazante para la victoria de la Revolución; porque si de un lado iban a surgir los consejeros políticos de Villa, que le incitarían a la desobediencia; de otro lado, el Primer Jefe llevaba el valor de su autoridad a desafiar al poderío armado que representaba la División del Norte, tan encariñada con su caudillo y tan obcecada en su hegemonía.

Pero como Carranza creía tener a la mano todas las artes de la política y del gobierno, de una manera muy autoritaria mandó que



Los constitucionalistas toman Zacatecas, 23 de junio de 1914. Grabado de Pablo O'Higgins, Taller de Gráfica Popular, 1947

el general Villa pusiera bajo las órdenes del general Pánfilo Natera 5 mil hombres, para que, agregados a los que cercaban la plaza de Zacatecas, pudiera hacerse efectivo un asalto general a dicha plaza.

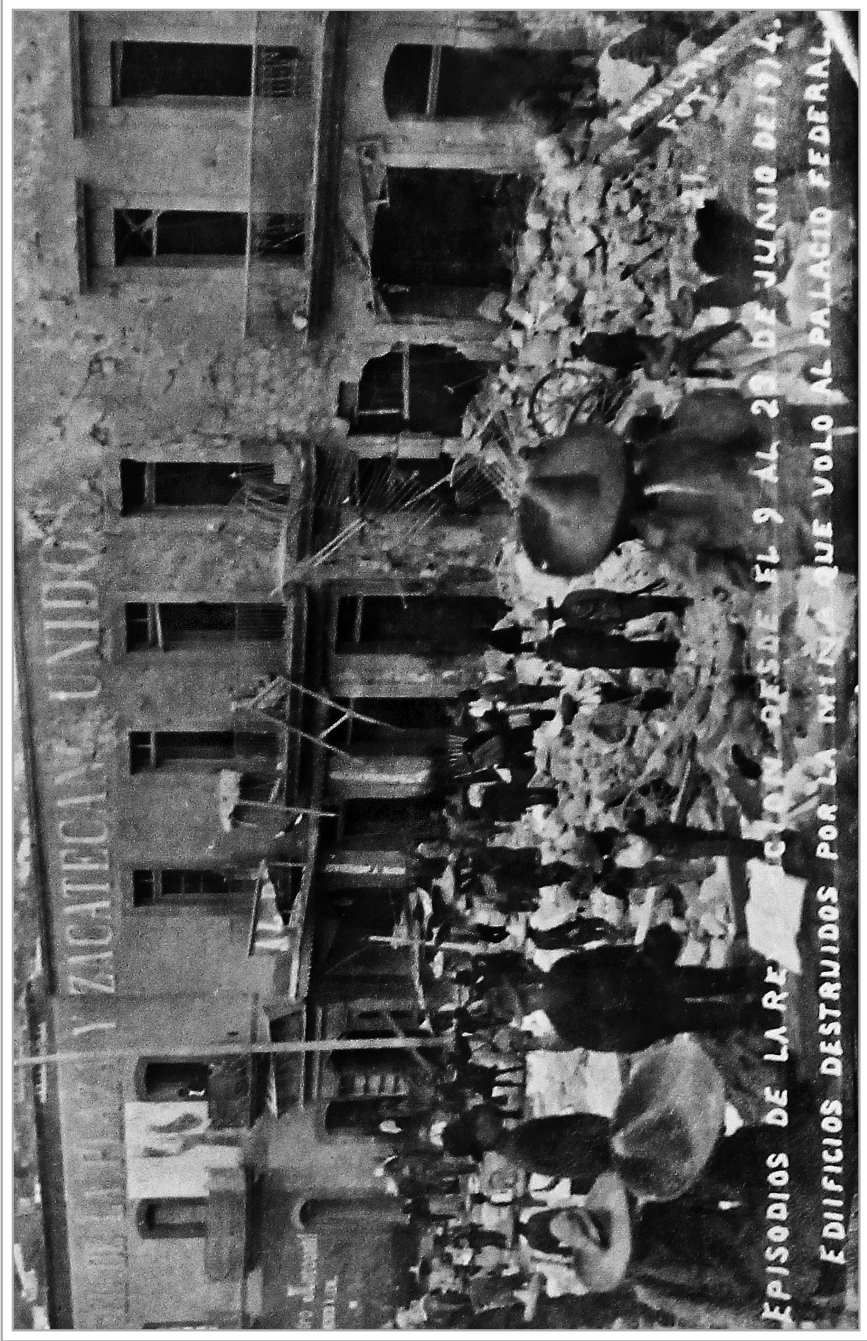
Muy notorio fue el propósito de Carranza al dictar tal orden de restar gente a Villa, y por lo mismo inhabilitar a éste para proseguir la triunfal marcha de la División del Norte hacia la capital de la República. Tan notorio así, que en vez de servir de prueba, como deseaba Carranza para calibrar las pretensiones de Villa, sirvió de manera que los generales villistas hicieran burla de tal orden, al mismo tiempo que pidieran a Villa la continuación de la marcha al sur, haciendo omisión del mando de Carranza; y Villa, entregado a las sutilezas y preocupaciones de quien creía que la independencia de acción equivalía a doctrina de la Revolución, sin titubear, ordenó que su ejército se pusiera en marcha a Zacatecas.

Eran 19 mil los hombres que, ora en trenes, ora por tierra emprendieron el movimiento. Mandábanlos los generales Manuel Chao, Severiano Ceniceros, Felipe Ángeles, Pánfilo Natera, Eugenio Aguirre Benavides, Isaac Arroyo, Maclovio Herrera, José Isabel Robles, Tomás Urbina, Trinidad y José Rodríguez.

Las marchas ordenadas por Villa fueron tan coordinadas y efectivas, que el 20 de junio, las fuerzas de la División del Norte tenían a la vista la ciudad de Zacatecas.

La plaza había resistido, sin estremecimientos, los ataques de los revolucionarios efectuados bajo las órdenes del general Natera, los días 9 al 12 de junio (1914), y gracias a tal resistencia, los jefes federales posesionados de poderosos puntos defensivos que obedecían a la configuración natural del suelo, confiaban en sus posiciones. Confiaban asimismo en sus 11 mil soldados; pues si los más de éstos habían sido reclutados violentamente, no por ello escaseaban dentro de la plaza numerosos veteranos de la guerra.

Esto no obstante, las fuerzas de Villa empezaron el ataque a la mañana del 23 de junio. Haciéndolo sin un plan formal de ataque,



Resultado del primer ataque a Zacatecas

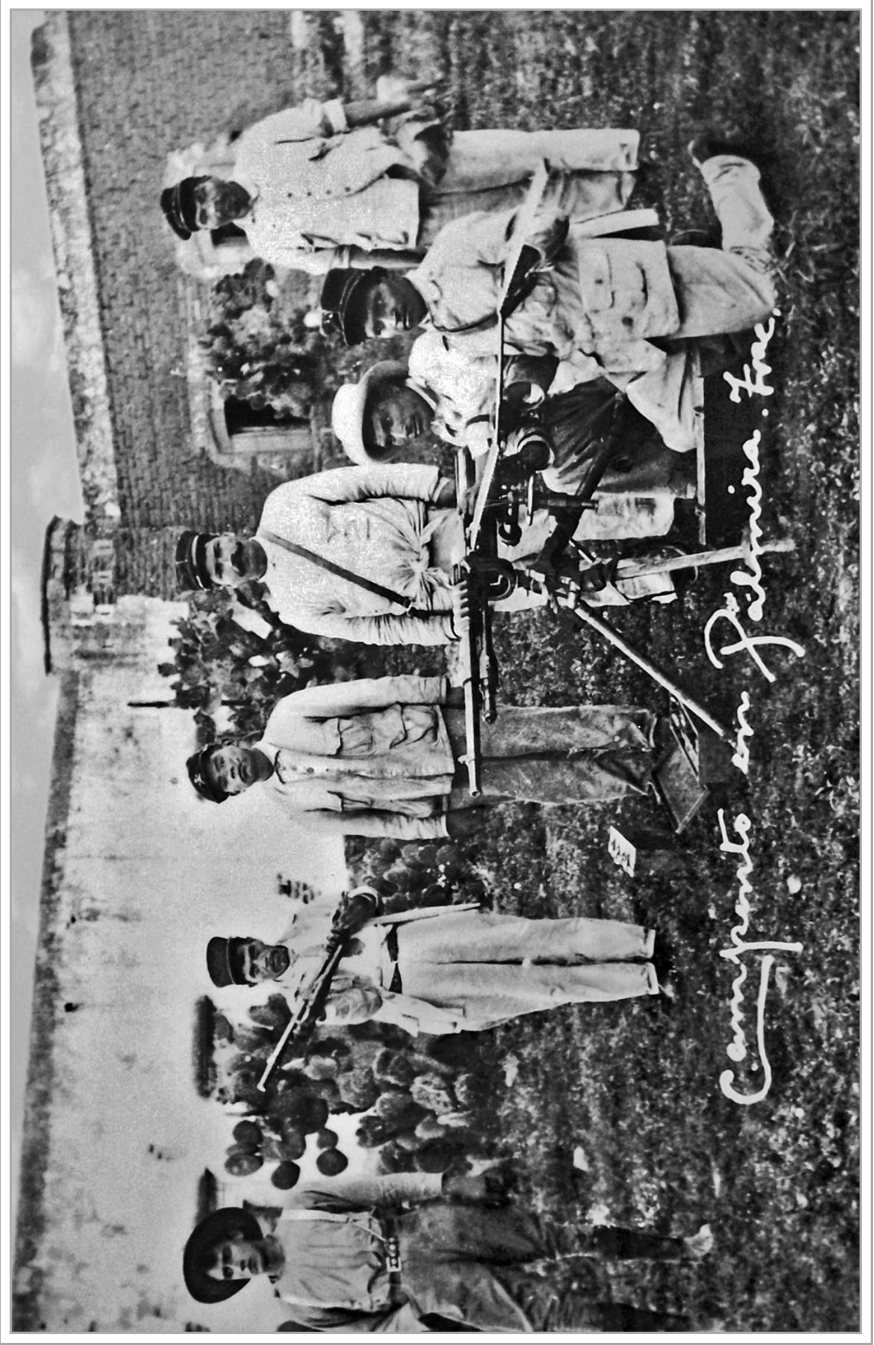
de manera que el fuego desde los baluartes huertistas establecidos en los puntos dominantes de la plaza —puntos que parecían inaccesibles para los revolucionarios—, les causaba grandes estragos. Sin embargo, no había entre los villistas quien retrocediera, y esto, a pesar de que vieron caer a su valiente general Trinidad Rodríguez. Cayó éste al llegar a las primeras trincheras del enemigo. ¡Sólo tenía la edad de 23 años!. Era un hermoso joven norteño, salido como inesperada aurora, de la clase rural más pobre.

La muerte de Rodríguez enardeció los ánimos de los villistas. Villa estaba al frente de sus tropas. Mandaba con mucho coraje. Ahora ya no era un simple guerrillero ni el guerrero de las audacias. Héle aquí como general. El genio militar ha emergido en tan extraordinario rústico. La voluntad creadora, iluminando el campo de batalla, transformó a aquel individuo.

Villa no despegaba la mirada de los movimientos de sus soldados; y dirigía una de las más encarnizadas fases del combate el general Felipe Ángeles; y como había indicios de que el enemigo cedería a pesar de sus ventajosas posiciones, el general Villa hizo avanzar sus reservas hacia la línea de combate.

Los revolucionarios más fogueados, se encaminaron hacia la Bufa, el Clérigo y el Grillo que eran las posiciones principales del enemigo; y si en ocasiones parecieron titubear e iniciar la retirada, al lado de ellos surgía el general Villa, amenazando a quienes no avanzaran a su lado. A veces, con el fragor de la lucha, la gente de Villa llegó hasta las trincheras del enemigo y se confundió con éste luchando y matando. Sin embargo, cuando el Clérigo estaba a punto de sucumbir, los federales tuvieron refuerzos.

Nueve horas, casi suicidas, fueron de combatir, hasta que los huertistas empezaron a retroceder. Casi todos corrían hacia Guadalupe dejando en el camino armas, caballos, víveres, vestuario. Una parte de la ciudad de Zacatecas estaba en llamas. La población también huía. Era aquel el mayor desastre, al cual los apetitos de Huerta



Campamento en Palmira, Zac.

y del huertismo habían llevado a su ejército. ¡Cuánta pena el espectáculo que ofrecían los cadáveres de los jóvenes que quedaron en Zacatecas, y a quienes se había obligado a servir en una causa a la cual eran ajenos! Porque las pérdidas del huertismo, entre muertos, heridos y dispersos fueron de 4,200 hombres. Mil doscientas bajas en las filas del constitucionalismo.

La persecución a los huertistas que habían podido huir hacia Guadalupe fue tasa tenaz como salvaje. Los villistas, hechos turba, mataban sin piedad a quienes daban alcance; y sólo la llegada de la noche hizo que otros muchos hombres se salvaran de la brutalidad que inspiran las luchas intestinas.

EL TRIUNFO DE OBREGÓN

Desde el comienzo de la guerra formal contra el general Victoriano Huerta, los soldados de éste no habían visto un solo triunfo efectivo y estimulante. Así y todo, ¡con cuánto valor y pasión seguían combatiendo los viejos generales del porfirismo! Una escuela de bizarría y dignidad había sido la idea formativa de aquellos generales que, por muchos años, se consideraron a sí mismos, y con derecho, los herederos del noble y valiente Ejército de la Reforma y la Intervención; y esta tradición a la que unían el también tradicional heroísmo de los jefes formados en el Colegio Militar, mantenía en los comandantes del huertismo el fuego del honor militar.

Perdidos para el Ejército Federal estaban el norte y centro del país. Casi perdido el sur. Así y todo, todavía se alentaba la esperanza de tener una recompensa hacia el rumbo de Jalisco donde las últimas huestes del huertismo aguardaban la lucha con los soldados de Obregón.

Y éste, al efecto, ya conocedor de las dificultades y extravíos de Carranza y Villa, no tenía más objetivo que dar prisas al avance sobre Guadalajara. Así, después de revistar a 8 mil soldados de infan-

tería en Ahualulco, mandó que las caballerías de Lucio Blanco, con 4 mil hombres, se situaran en Ameca (Jalisco) para que, con mucho sigilo, avanzaran hacia el sur de Guadalajara, mientras que la infantería a las órdenes de Diéguez, marchaba en dirección a Amatitlán, y él, Obregón, con las fuerzas de los generales Buelna, Hill y Cabral, seguía de frente sobre la capital de Jalisco.

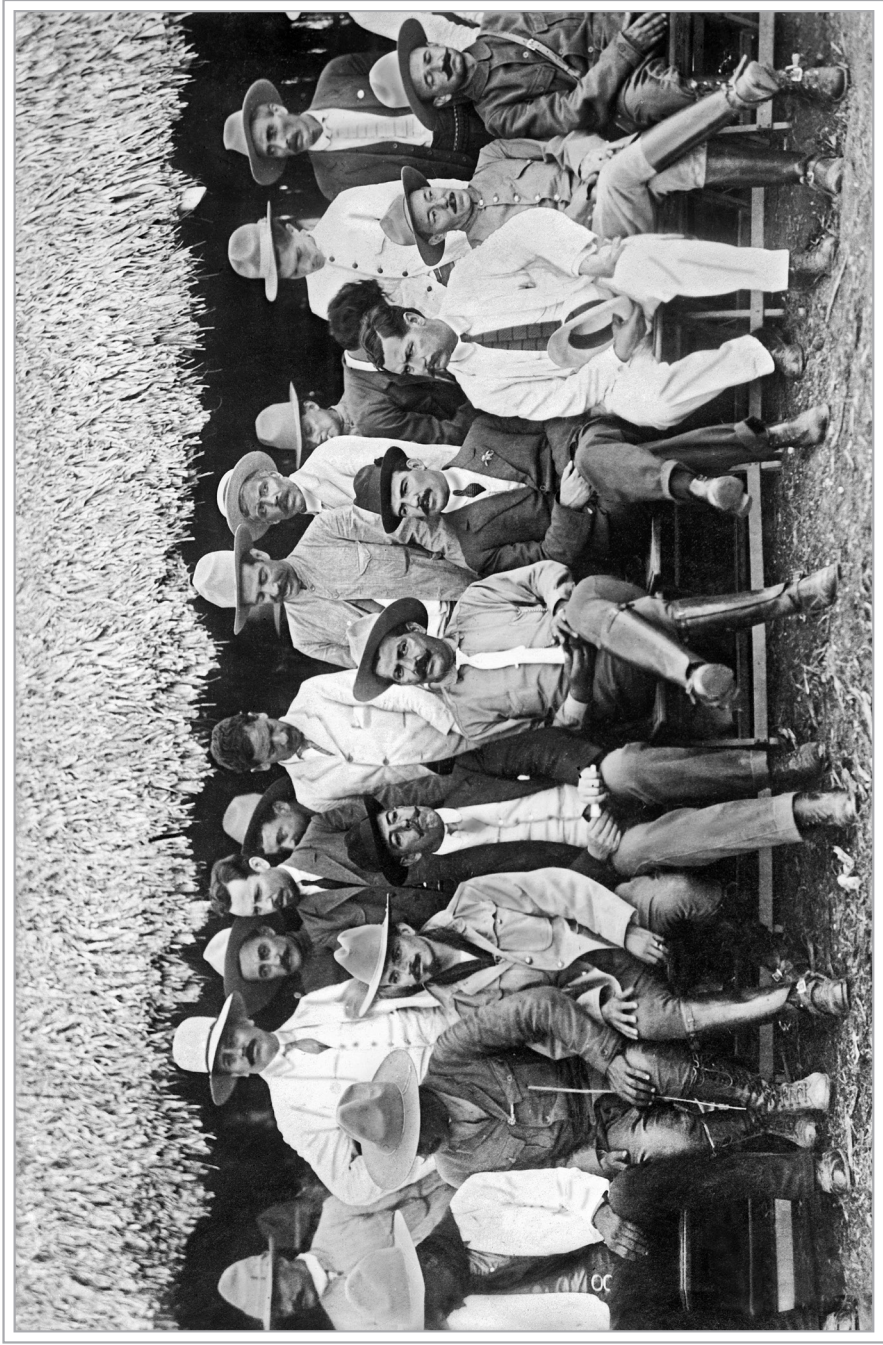
Blanco realizó el movimiento ordenado por Obregón con la cautela recomendada. Esto no obstante, los federales advirtieron el movimiento y comprendiendo que la caballería revolucionaria iba a cortarles la retirada hacia México, quisieron abrirse paso por la hacienda de Orendain, pero sentidos por los revolucionarios al amanecer del 6 de julio, no tuvieron más remedio que combatir.

Y lo que en un principio pareció una escaramuza pronto alcanzó las proporciones de una batalla; pues a la noche de ese mismo día, la lucha se había generalizado, de manera que el general José Ma. Mier, comandante de las fuerzas huertistas, sintiéndose amenazado por los cuatro costados, mandó que sus soldados iniciaran la evacuación de la plaza, pero Obregón les salió al paso, y un nuevo combate se desarrolló a las faldas del Cuatro.

Para esto, ya los constitucionalistas estaban a las puertas de Guadalajara por el oeste y norte de la ciudad, de manera que cuando Mier, en precipitada fuga, dejaba los alrededores de la plaza, los soldados de Obregón empezaban a entrar (8 de julio) en las calles de la ciudad.

La derrota de los huertistas fue completa. Mier dejó 5 mil prisioneros, 2 mil soldados entre muertos, heridos y perdidos, 16 cañones, 18 trenes y cerca de 40 locomotoras; la mayor suma de material rodante abandonada por los federales en esos dramáticos días.

Y no fue ése todo el saldo de la derrota huertista; pues con ésta quedaban abiertas las puertas de la Ciudad de México; ahora que para Obregón no bastaba tal perspectiva. Sobre los triunfos obtenidos, había siempre en Obregón un propósito político. Así, caracte-



Lucio Blanco y sus hombres

rizando ahora el odio que la clase rural sentía hacia las ciudades, a donde los muchos privilegios del régimen porfirista había hecho un tronco de bienes para los ricos extranjeros, los burócratas mexicanos y los políticos rutinarios, quiso el general Obregón humillar a Guadalajara —a “los ricos y reaccionarios” tapatíos, “enemigos del progreso” y “de la Revolución”— y, al efecto, mandó que las fuerzas constitucionalistas tomaran posesión de los templos, conventos y asilos sostenidos por órdenes religiosas; que los sacerdotes nacionales y extranjeros quedasen presos; que las monjas fuesen exclaustradas y enviadas a vivir a casas particulares y se les prohibiese transitar por las calles; que los orfanatos escuelas y casas de ejercicio dependientes del gobierno eclesiástico, pasaran a poder del gobierno constitucionalista; que las fincas rústicas y urbanas en el estado de Jalisco de las que eran propietarios los ex caciques del porfirismo y huertismo, se diesen por confiscadas y por lo mismo los hombres del constitucionalismo con derecho a ocuparlas, y que los propietarios de casas, los agiotistas, los industriales, los comerciantes y banqueros tapatíos entregaran 5 millones de pesos en calidad de préstamo a la Revolución.

No fueron tales hechos la única humillación que sufrió Guadalajara; pues la ciudad, que mucho había paseado, si no su riqueza sí su orgullo porque se preciaba —y con justa razón— de ser la síntesis de una enraizada, aunque superlativa tradicionalidad, vio cómo —ello era la catolicísima ciudad que en su fe llegaba al fanatismo— los soldados constitucionalistas, se apoderaban de su iglesia catedral; y que dentro de ella, junto con sus mujeres e hijos, hacían vida doméstica y conyugal, sirviéndose de los ornamentos religiosos para los más comunes menesteres, mientras que por otro lado, individuos ajenos a la Revolución, se aprovechaban de la turbulencia para entrar a saco la propia catedral, la casa arzobispal, el seminario, los templos todos, perdiéndose con ello numerosas joyas artísticas y con éstas las bibliotecas de San José y el Seminario, así como las

de casas particulares; pues numerosas y valiosas obras impresas existían en Guadalajara, siempre celebrada por la ilustración de sus hombres.

El castigo ordenado por Obregón, no iba específicamente dirigido a la religión católica, sino tenía por objeto lesionar a la fibra más sensible de la sociedad tapatía, que era la fibra religiosa; aunque la resolución de Obregón tuvo tintes de justificación debido a que algunos clérigos guardaban armas, y otros habían inspirado terribles críticas a la Revolución y los revolucionarios. El castigo, sin embargo, pareció más excesivo de lo que en realidad fue; pues el abuso de la fuerza aunque sea hecho en nombre de nobles e inspirados principios políticos, jamás tendrá justificación, sobre todo cuando es aplicado a débiles e indefensos, o destruye los momentos de la laboriosidad e inspiración humanas, o invade el refugio de las almas inocentes.

De otra naturaleza habían sido las violencias contra el clero de Sonora y Nuevo León, sobre todo en este último estado, a donde el gobernador y comandante militar general Antonio I. Villarreal, no sólo mandó que la tropa se acuartelara en las iglesias, sino que, acusando a los clérigos de ser una amenaza “para la moralidad de México”, expulsó de su jurisdicción a los sacerdotes extranjeros y a los jesuitas; mandó quemar los confesionarios; prohibió la confesión y la entrada del público a las sacristías; decretó que las campanas de los templos sólo fuesen usadas para las fiestas patrias y clausuró los colegios católicos.

Villarreal, individuo de mucho talento, creía que al clero se le debían muchos de los males de México, y desde 1903 pedía limitaciones para los ministros del culto. A esta idea de Villarreal, se acercaban los viejos liberales sonorenses, y de aquí el origen del ostracismo al que habían sido condenados los sacerdotes de Sonora.

Sin embargo, tales sucesos eran secundarios frente a la división que surgía en las filas del constitucionalismo; porque, dueño el general Villa de la plaza de Zacatecas y teniendo prácticamente expe-

dito el camino a la Ciudad de México, Carranza comprendió que la presencia del jefe de la División del Norte en la capital, sería un estímulo para quienes acaudillaban el anticarrancismo, que empezaba a hacer sentir sus resultados en Sonora con la enconada rivalidad del coronel Plutarco Elías Calles y el gobernador José María Maytorena, y por lo mismo, ostensiblemente procuró entorpecer el avance de las fuerzas de Villa hacia el Distrito Federal.

Así, con mucho juicio, entereza y patriotismo quiso Carranza, si no evitar una nueva conflagración, cuando menos demorarla; y, al efecto, no halló otro recurso a la mano, que el de dar origen a una conferencia que debería efectuarse en Torreón, entre los grupos oponentes, es decir, entre los que se perfilaban como carrancista y villista.

Aunque el Primer Jefe no ignoraba que la conferencia sería incapaz de solucionar las flaquezas y apetitos del divisionismo, no estaban en el mismo entendido los leales amigos de Villa, quienes se aprestaron a concurrir a tal reunión estimulados por su buena fe, aunque también llevados por la idea de poner en duda la autoridad de Carranza; y esto a pesar de tener reconocida la autoridad del Primer Jefe.

Al caso, pues, se reunieron en Torreón (4 al 8 de julio) los delegados de las Divisiones del Norte y Noreste; estos últimos a manera de parte neutral o conciliadora que iba a dirimir la contienda que se ponía en el horizonte, como resultado de la desobediencia de Villa al atacar y tomar la plaza de Zacatecas y de la firme actitud de Carranza para sostener los derechos de su jerarquía militar y política en la Revolución.

Reuniéronse, pues, en Torreón, los delegados de un partido que empezaba a llamarse a sí propio villista y los que, en la realidad, representaban al carrancismo. Eran los primeros José Isabel Robles, Miguel Silva, Manuel Bonilla y Roque González Garza; los segundos, Antonio I. Villarreal, Cesáreo Castro y Luis Caballero.



Los delegados a la conferencia de Torreón: Miguel Silva, Antonio I. Villarreal, Isabel Robles, Roque González Garza, Manuel Bonilla, C. Castro y L. Gutiérrez

Mas todavía hasta esas horas de la junta, el alma de la unidad revolucionaria estaba viva. Quién más, quién menos de aquellos conferenciantes comprendía el delito que sería provocar lo faccional dentro de las filas constitucionalistas; y aunque era notorio que Carranza, al aceptar aquella reunión, lo hacía con el objeto de dar tiempo al general Obregón para avanzar y tomar la capital de la República, de todas maneras tan grande era la personalidad del Primer Jefe y tanta la sencillez de los revolucionarios, que aun los más finos apetitos parecieron quedar sumergidos en las aguas de la conciliación.

Villa mismo, en quien la rusticidad inspiraba una mentalidad de independencia, admitió frente a aquellos hombres que por el momento representaban la asociación y entendimiento de la Revolución, que era necesario reconocer a Carranza como jefe del Ejército Constitucionalista, en tanto que aquél a su vez, ratificaba el nombramiento de Villa como comandante de la División del Norte y accedía a proporcionar carbón, armas y dinero a los villistas.

Sin embargo, la resolución del Primer Jefe llegaba tarde para Villa. La ambición suprema de éste, que esperaba hacer desfilar sus batalladoras fuerzas por las calles de la Ciudad de México, no se cumpliría. Obregón, en seguida de su triunfo en Guadalajara y sin aguardar las consecuencias de sus disposiciones de líder político, no tuvo otra preocupación que la de avanzar violentamente sobre la Ciudad de México, tanto para evitar que los federales se reorganizaran, cuanto a fin de ganar el camino de la victoria final al general Villa.

Y no sólo el avance de Obregón empañaba la ambición de Villa. En efecto, las armas del constitucionalismo triunfaban en todo el país. El horizonte de la paz surgía entre la bruma de la guerra que iba quedando atrás; pues si los zapatistas llamaban ya a las puertas de la Ciudad de México, el general, Gertrudis Sánchez hacía su entrada triunfal a Morelia, el general Ramón F. Iturbe tomaba el puerto de Mazatlán, los revolucionarios de Guanajuato cobrando bríos se posesionaban de Irapuato; y Tampico y San Luis Potosí sucumbían ante el empuje de los revolucionarios.

También el general Pablo González, movilizándolo su división a través de la Huasteca, se dirigía a grandes marchas hacia la capital de la República, y el propio Carranza, dejando el norte, tomaba el camino del sur, con el propósito de llegar a la Ciudad de México al tiempo de Obregón.

Todo aquello era adverso a los ardientes fines de Villa. Éste, pues, quedaba excluido de concurrir al goce de los laureles constitucionales. La derrota de las últimas huestes del huertismo anunciaba la cercanía de la paz.

Villa apareció así en tales horas, como caudillo secundario de la Revolución; pero con ello nacía en el alma del guerrero, la ponzoña del despecho; de un despecho justificado, porque si ciertamente no era ni podía ser carrancista, puesto que otro muy desemejante al personalismo era el tema que le había animado a concurrir a la lucha armada, cuando menos creía en la unidad revolucionaria; y esta unidad no tenía otro fundamento que el de dar a cada quien un lugar en el concierto de la Revolución, y de ninguna manera postergar a los hombres, sobre todo a los hombres que habían ganado batallas importantes como las que eran debidas a Villa y a la División del Norte.

El capítulo de la ingratitud estallaba dentro del ser de Villa; y como éste conocía sus méritos, mucho le dolía verse alejado de la escena triunfal en la que mucho soñara desde sus primeros triunfos en Chihuahua. La victoria se acercaba; igualmente la paz. Villa, de seguir así las cosas, no tendría asiento en la traza del porvenir de México, La oscuridad amenazaba una vez más al héroe de la clase rural, y no era ese el principio de la gran Revolución Mexicana.

FUGA DE HUERTA

El general Victoriano Huerta aprovechó la ocupación norteamericana de Veracruz, para dar un nuevo desarrollo a sus apetitos de

mando y gobierno; y esto, si no con talento político que no tenía, si con la osadía autoritaria y violenta que bien sabía ejercer.

No ignoraba Huerta que su poder militar se mermaba día a día en la República como consecuencia de los triunfos revolucionarios; pero el desembarco de la infantería de marina norteamericana, le daba ahora un instrumento para exaltar el patriotismo nacional y con lo mismo utilizar tal acontecimiento a fin de dar carácter de gobierno a su autoridad faccional.

Llegó también a servir los designios momentáneos de Huerta, la ingenua intrusión en los negocios mexicanos de los gobiernos de Argentina, Brasil y Chile, al ofrecer éstos (25 de abril) sus buenos oficios para mediar en el conflicto que aparentemente existía entre México y Estados Unidos.

En efecto, los gobiernos del A B C, ignorantes de los preliminares del desembarco del 21 de abril, y llevando sus intenciones pacifistas más allá del derecho de la autonomía de los pueblos, propusieron que los beligerantes mexicanos suscribieran un armisticio general, con la idea fundamental de entenderse entre sí y con ello restablecer la paz en la República.

Enterado Carranza de los proyectos de los gobiernos sudamericanos, los rechazó con mucha dignidad de patria y doctrina. No así el general Huerta, quien nombró plenipotenciarios para el trato y solución de un negocio, que él, Huerta, sabía que no existía; pero que le sirvió para adquirir categoría y prolongar su posición autoritaria.

Así, sin la concurrencia de los representantes del constitucionalismo, y cuando ya la caída de Huerta era inminente, los representantes de Argentina, Brasil y Chile se reunieron en Niágara Falls, sin poder contender con una situación que sólo atañía a México, y dentro de la cual, vencida la resistencia militar de Huerta, ya no existían más que dispositivos para que el propio Huerta emprendiera la fuga al extranjero.

Porque, en efecto, con la derrota de los federales en Zacatecas y Guadalajara, los amigos y colaboradores de Huerta abandonaban a

éste, al tiempo que, ya fuera de la jurisdicción huertista acusaban al llamado presidente, de crímenes y tiranías.

Además, la conspiración en las filas del huertismo, dirigida por el general Fernando González, crecía y hacía adeptos entre la oficialidad del ejército que un día confiara en que él solo nombre de Victoriano Huerta sería suficiente para restablecer la paz en el país; y aunque Huerta se mostraba amenazante y daba orden para que se buscara y fusilara a los conspiradores, entre bastidores hacía preparativos para la fuga, no sin que se apoderaran de él, el temor, la angustia, la desconfianza y la cobardía.

Huerta había dejado de hablar sobre la organización de un gran ejército para ir a recuperar el puerto de Veracruz; tampoco se refería más al proyecto de ponerse al frente de sus fuerzas en el centro de la República. Había hecho a un lado las fanfarronadas, y buscaba a donde pasar las noches, sin el peligro de caer inesperadamente en manos de sus propios colaboradores o subordinados.

Ya no despachaba en el Palacio Nacional. Prefería reunirse con sus amigos y empleados en los restaurantes (*sic*) u otros lugares públicos o de privada confianza; y esto, generalmente, cuando se hallaba en estado de ebriedad o fingía estarlo.

No ocultaba Huerta, por otra parte, su propósito de huir; pero esto lo haría —decía— si a ello le obligaba el avance de los marinos norteamericanos hacia la capital de la República, pues no quería —explicaba— comprometer a la patria ni que se derramara más sangre por su causa.

Tarde parecía abrirse la ventana de la conciencia en aquel hombre que tantos males causara a México; y así, a la noche del 14 de julio (1914), llamó a Francisco S. Carbajal —quien previamente había sido titulado ministro de Gobernación y jefe de gabinete— y le confió que abandonaba el país, considerando la necesidad de dejar en su lugar a un jurisconsulto capaz de entenderse con el gobierno de Estados Unidos, puesto que él, Huerta, era “demasiado soldado”

para llegar a un arreglo con los políticos y la diplomacia de la Casa Blanca; y, al efecto, entregó a Carbajal un pliego en el cual, luego de implorar la protección y bendición de Dios, decía renunciar a la presidencia de la República; pliego que Manuel Calero debería entregar a la Cámara de Diputados, para que ésta “dictaminara lo conveniente para salvar a la patria amenazada por el enemigo extranjero”.

Todo aquello, sin embargo, era parte de la gran tragedia; porque desaparecidos estaban los poderes constitucionales; desaparecida la dignidad administrativa y política; desaparecidos los valores morales. Lo único que quedaba, de la catástrofe provocada por la contrarrevolución, era el apetito de mandar y gobernar. Los hombres que a las postrimerías del régimen porfirista se habían educado con la idea de ser llamados un día a la gobernación del país, todavía vivían bajo los rayos del iluminismo funcional; porque, durante los 30 años, más que el dinero, generalmente puesto en manos de extranjeros, el ensueño mayor de un mexicano ilustrado o semiilustrado consistió en ser funcionario público. El título de ministro o gobernador; de senador o diputado, de jefe político o jefe de hacienda, valía más que el dinero de las empresas industriales o comerciales.

Así, para alcanzar tal título no se medían escrúpulos ni preocupaciones. Por esto mismo, en la ambición de ganar empleos y funciones públicas nadie, dentro del huertismo, se opuso a la fuga de Huerta. Con el acontecimiento parecían abrirse las puertas de los títulos oficiales.

Huerta, pues, pudo preparar su evasión sin temores ni amenazas, sabiendo de antemano que numerosos serían los aspirantes a la presidencia y a las secretarías de Estado. Y así, fue lo acontecido. En vez de que aquellos hombres que como Carbajal, Calero y Gamboa intentaran exigir responsabilidades al individuo que llevara al pueblo mexicano a una cruenta lucha, le ayudaron a la fuga, gustosos de que iba a llegar la oportunidad de repartirse los empleos y los honores inherentes. Y Huerta salió de la Ciudad de

México (15 de julio), en medio del aplauso de sus cómplices, dirigiéndose a Puerto México en donde embarcó en el crucero alemán *Dresden*, para dirigirse amparado por un pabellón extranjero a las islas del Caribe.

Un año y cinco meses tuvo de vida el huertismo, que no sólo ocasionó la deslealtad y el desorden promovido por los antiguos generales porfiristas, sino que produjo una guerra de audacias y represalias, de odios y desmanes que estuvo muy cerca de agotar las energías y el prestigio de la patria mexicana, e hizo retroceder en muchos años la calidad humana y civilizadora de México. Tal es, sin duda, a lo que llevan los apetitos, cuando éstos, en el desenfreno de su carrera, obedecen a las pasiones, y por lo mismo no consideran los males físicos y ánimos que causan a los semejantes.

La fuga de Huerta, efectuada precisamente una semana después de la toma de Guadalajara, no sólo apresuró la marcha de Obregón sobre la Ciudad de México; no sólo reunió a los revolucionarios, desapareciendo por días todas las clasificaciones personalistas; no sólo fortaleció y movilizó al gobierno de Carranza hacia la capital, sino que allá, en Rock Greek Park, a donde el presidente Wilson se hallaba reunido con sus principales colaboradores, produjo tanta alegría, que el secretario de Estado Bryan y el secretario del Tesoro William Mc Adoo, se “abrazaron y bailaron como una pareja de muchachos”.

México, entre tanto, no salía de su asombro. La idea de la perdurabilidad de los dictadores, caía por tierra; tal vez para siempre. No sería posible, después de la denota de dos “hombres fuertes”, volver a creer en los insustituibles. Aquella interrogación de que “después de don Porfirio, ¿quién?” sólo podía ser considerada como cuestión de política y circunstancial; porque la única perdurabilidad factible y tangible era la de que México existía como pueblo y nación. Más, pues, que para salvar al país de la guerra, la fuga de Huerta sirvió para dar una doctrina magna a los mexicanos.

Después de Huerta, la gente convino intuitiva y realmente en que no existían hombres privilegiados o predestinados al gobierno y mando de la República, y que por lo mismo, todo mexicano podía aspirar a las más elevadas funciones de su patria. Era así como se daba el paso más grande y formal hacia la incorporación de todos los hombres de México a la vida administrativa, jurídica, política, económica y social de la nación. La Revolución dejaba de ser un mero tronar de armas, para transformarse en una realidad pura y efectiva. Por algo grande, los mexicanos habían acudirlo a la guerra. La Revolución estaba explicada y justificada en una de sus principales etapas.

RENDICIÓN DE LA CAPITAL

Abandonada la Ciudad de México a las manos del licenciado Francisco S. Carbajal, ministro de la Corte y a quien hemos visto firmando los tratos de Ciudad Juárez, en 1911, la vieja metrópoli quedó al garete.

Carbajal no tenía un título de autoridad política o legal; tampoco debió existir en él el signo de la probidad jurídica o moral, puesto que aceptó presidir un gobierno que no existía conforme a la Constitución ni de acuerdo con la conciencia pública. Así, abandonada la ciudad a las manos de Carbajal, éste, teniendo como consejero a Federico Gamboa, hombre de letras, pero de jeremiadas políticas, pues era ajeno a la idea acerca de los negocios de Estado, dudó entre entregar el hipotético mando al general José Refugio Velasco o reorganizar el ejército huertista, para hacer frente al victorioso constitucionalismo. Tamaños dislates se originaban al influjo del manto imperial que durante 30 años había lucido la Ciudad de México; porque ¡qué de ilusiones producía la capital al candor humano!

En medio de esos días de devaneos, la ciudad empezaba a salir del sopor de grandeza al recibir el impacto de la moneda de papel

emitida por Carbajal, al sentir que se agotaban sus víveres y que ya no tenía fuentes de abastecimientos, ni créditos, ni hombres aptos para tomar las armas.

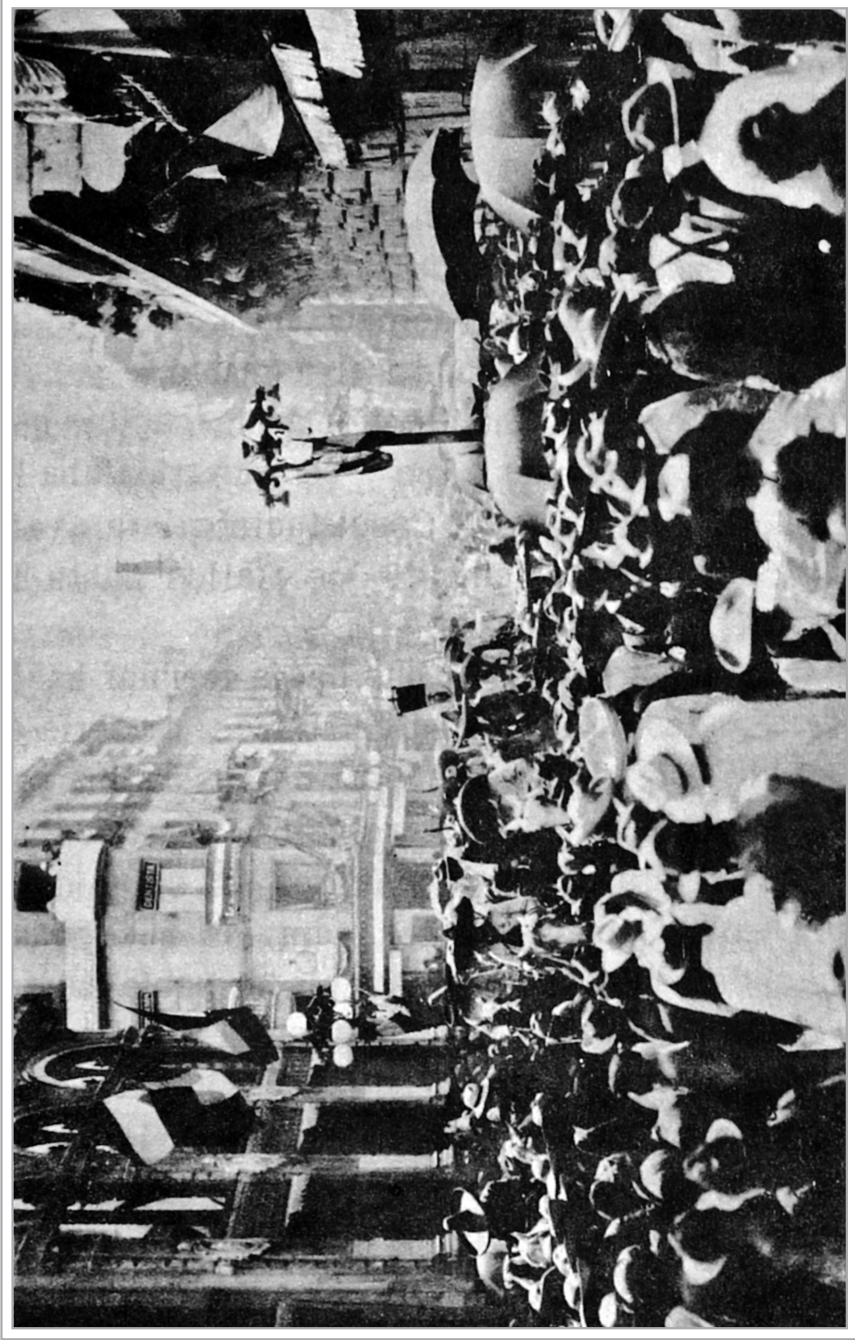
Y mientras todo eso sucedía en el seno de la metrópoli y los zapatistas se adueñaban de los puntos dominantes al sur del Distrito Federal, el general Obregón, al frente de 18 mil soldados, reparando la vía férrea, reconstruyendo puentes, confiscando cuanto le era necesario para sus planes, reinstalando las comunicaciones telegráficas y movilizandotrenes con cereales cogidos de las haciendas del bajío, llegaba a Teoloyucan, establecía su cuartel general y hacía que sus avanzadas se apostaran frente a las garitas de la ciudad.

Tras de las fuerzas de Obregón llegaban también a las cercanías del Distrito 8 mil soldados del cuerpo de ejército del noreste, al mando del general Pablo González, ocupando los puntos estratégicos al norte y poniente de la capital.

Luego, escoltado por soldados de González, se situaba a pocos kilómetros de Teoloyucan, el tren a bordo del cual viajaba Venustiano Carranza.

La Ciudad de México frente al enemigo no tenía más que dos caminos a elegir: el de una rendición incondicional o el de la batalla; ahora que para esto último se requería un caudillo. Carbajal no podía serlo; era demasiado abogado. Las miradas se habían vuelto hacia el general Velasco, pero éste, aunque valiente y pundonoroso, comprendió la realidad de la situación, y sin rehusar el mando, tampoco lo aceptó. Era, pues, necesario, convenir la rendición; la rendición menos humillante, y al caso la autoridad civil y militar que quedaba en la plaza, porque Carbajal y sus colaboradores emprendieron la fuga comprendiendo la inutilidad de los ensueños, nombró al general Gustavo A. Salas, soldado de muchos valores morales, y a Eduardo Iturbide, personaje de comedia política a fin de que firmaran las actas de rendición.

Los comisionados se presentaron en el cuartel general de Obregón, quien con señalado criterio de mando, negó negociar la ren-



Entrada de los constitucionalistas a la capital de la República

dición, exigiendo una acta de entrega incondicional y la disolución del antiguo Ejército Federal; y como no había manera de cambiar el panorama, Salas e Iturbide firmaron, por este hecho, al acta de rendición (14 de agosto de 1914), se la llamó tratado de Teoloyucan.

Al día siguiente, ante el asombro a par de aturdimiento de los habitantes de la capital que no podían comprender cómo y por qué triunfaba la Revolución, el Ejército Constitucionalista avanzaba desde la calzada de los Gallos hasta la Plaza de la Constitución.

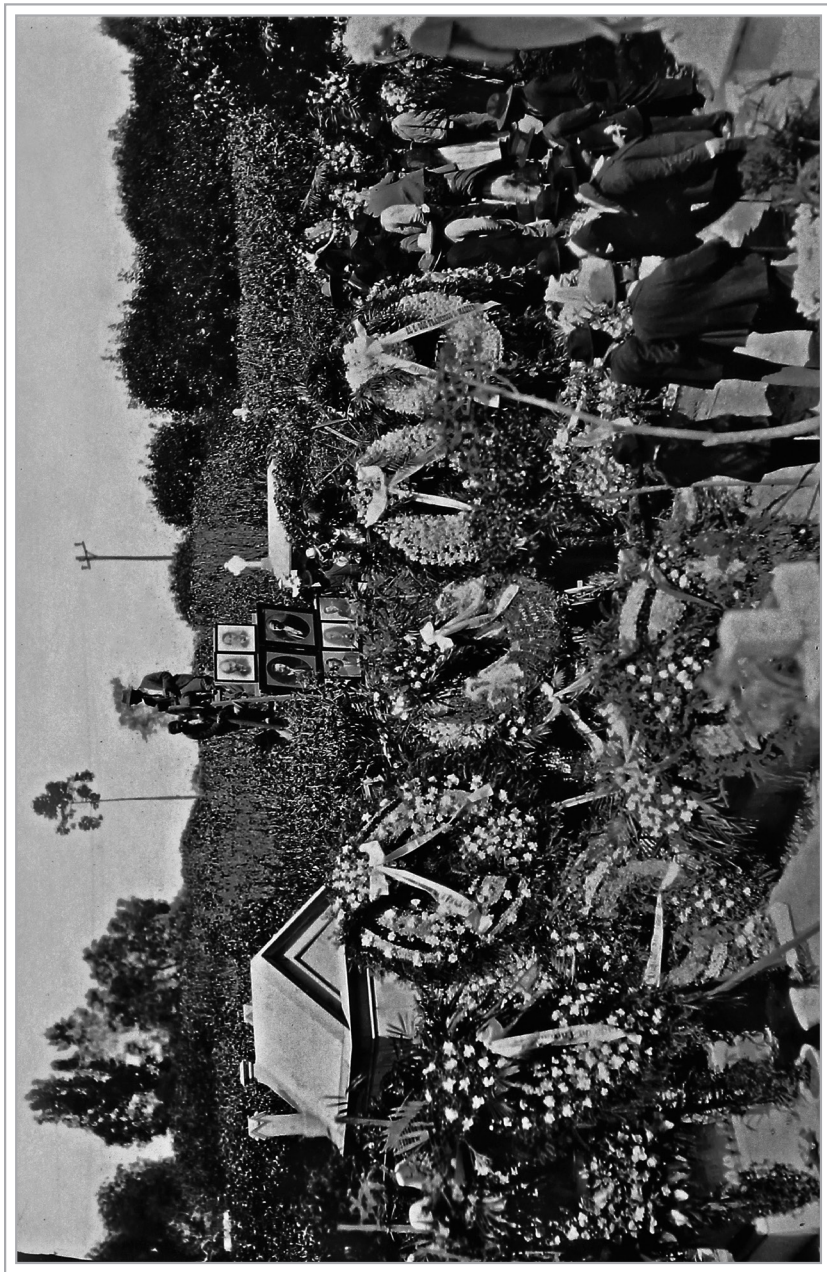
Tal acontecimiento, que hacía temblar hasta los cimientos de la Ciudad de México, no sería el único de esos días; porque si dentro de los primitivos soldados de la Revolución, no radicaban designios políticos o económicos, sí se anidaba el deseo de satisfacer los agravios que en su carrera de soberbia, riqueza y placer había causado la capital a la masa rústica e ignorante. Y tanto, en efecto, era el odio que aquella gente, hecha ejército victorioso, sentía hacia la metrópoli, que Obregón llamó a ésta “la tristemente célebre Ciudad de México”.

Sin embargo, mientras los revolucionarios desfilaban por las calles de la ciudad, Obregón, temeroso de que en el seno de sus tropas surgiera el deseo de la represalia, advirtió públicamente que cualquier atropello contra la población pacífica sería castigado con la pena de muerte; aunque sería el propio Obregón el primero que humillara a la capital, por “no haber defendido al gobierno constitucional” de Madero y permitir con su pasividad, los osados y reprobables hechos del huertismo.

Para abatir el orgullo de la Ciudad de México, el general Obregón, llevando el encendido de su alma de vengador nacional al mayor de los extremos, en vez de derribar las casas del enemigo, o de regar con sal los lugares donde se engendraron los crímenes políticos y morales de los hombres de febrero, o de mandar fusilar a los complicados en tales crímenes, o de hacer barrer las calles a los delincuentes políticos, mandó que los jefes revolucionarios ocuparan las



Obregón al frente de sus fuerzas entra a la Ciudad de México



El 18 de agosto de 1914, por órdenes de Álvaro Obregón, se llevó a cabo una ceremonia en honor a Madero, frente a su tumba en el Panteón Francés de la Piedad

residencias de los adalides del porfirismo y allegados a Huerta y al huertismo; y como esto no le pareciera bastante, ordenó una ceremonia de desagravio en la tumba de Madero; y allí (18 de agosto), al tiempo de sacar su revólver, dijo: "No tienen excusa los hombres que pudieron cargar un fusil por temor de abandonar sus hogares. Yo abandoné a mis hijos huérfanos y como sé admirar el valor, cedo mi pistola a la señorita Arias, que es la única digna (en la Ciudad de México) de llevarla".

Con este acto, genial en un hombre que a veces se dejaba llevar de la cólera, daba a los habitantes de la capital mexicana el mayor de los castigos que pudiera sufrir una gran ciudad que había sido el eje de la vida nacional. Y tan grande fue el agravio hecho por Obregón, que no sólo sería indeleble, sino que la ciudad esperaría otros tiempos para vengarse; porque es muy frecuente que la mentalidad urbana sea más cruel que la del hombre acostumbrado a deleitarse en hacer el mal.

Realizado el castigo, y cuando la única persona de la Ciudad de México, digna de caracterizar el valor y la ley era María Arias, Carranza hizo su entrada triunfal a la capital (20 de agosto).

Iba Carranza en medio de sus generales, que anunciaban una nueva época política de México. Carranza, a cuya hombradía y firmeza de ánimo se debía la victoria de la clase rural mexicana hecha carne y sangre en una Constitución que la masa rústica no conocía pero que intuitivamente amaba y respetaba; Carranza, se dice, era la más alta representación de la Revolución Mexicana; también el manifiesto gobernante de México.

LA REVOLUCIÓN TRIUNFANTE

Venustiano Carranza no era de los hombres que se preguntaban qué hacer después del triunfo. Dentro del caudillo no faltaban previsiones. En esto, más que en sus títulos de guerrero y político, radicaba

su poder personal y el poder de su autoridad. Y, cuán voluminosa no sería ésta, cuando solo, él solo, se sentía capaz de dominar a aquellas multitudes, que sí tenían deseos de venganza contra las personas, o las instituciones, o las leyes, o las ideas, dentro de su ser rústico llevaban sobre todo, el encendido de un designio: el designio de gozar de la libertad; de todas las libertades —lo mismo de aquellas que intuían como maravillosas o como realización de satisfacciones. Y éstas, sobre las primeras, se manifestaban al igual entre los generales que entre la tropa.

Los generales, originarios en su gran mayoría del conjunto popular de México, movidos en su sensibilidad por un candor pueblerino casi inefable, de pronto se hallaron en aras de un goce de triunfadores que jamás esperaban. Todo, dentro de lo que fuera opulenta capital porfirista parecía ofrecerse, aunque falsamente, a su servicio: dinero, mujeres, respeto, honores, automóviles, indumentaria, joyas y palacios. ¡Qué de tentaciones en aquella metamorfosis producida por la Revolución!

Ante todos esos novedosos y atrayentes placeres, quizás habrían terminado los principios por los que fueron impelidos los caudillos revolucionarios para alzarse en armas y exponer sus vidas, si tales principios no hubiesen poseído extraordinarias virtudes. Sin embargo, las voluptuosidades y ocios ofrecidos por la ciudad no pudieron sobrepasar a los ideales, que a veces entre penumbras, pero siempre ciertos, movían a los hombres de 1914; pues si algunos cayeron dentro de la atronadora vida metropolitana, y se disputaron en vicios, y se violentaron en atropellos, esto todo fue circunstancial, ya que la vivencia revolucionaria sólo se perdió en el necesario baño a las restricciones y amargas de una campaña militar.

Otros, y no los espectáculos fortuitos que daban muchos de los jefes y oficiales revolucionarios en las calles y salas, eran los problemas que confrontaban los triunfadores; pues tan grande era el ejemplo de austeridad que daba Carranza, que ello se reflejaba hasta

en los esfuerzos disciplinarios exigidos a los rústicos soldados; a los soldados que no salían de su asombro ante las maneras de vida que tenía México, y que eran tan desemejantes a la pobreza e ignorancia del norte y noroeste del país, de donde era originaria la mayoría de la gente armada que representaba la Revolución.

Si no eran esos, se insiste, los problemas que contemplaba Carranza, en cambio, el conexivo a los repartos de tierra se presentó inesperadamente a la jefatura de la Revolución; mas no como consecuencia de una crisis de la propiedad, sino como correspondencia a las necesidades políticas. Y constituía necesidad política, porque hacia el sur de la capital, y a cesta distancia de las avanzadas constitucionalistas, estaban las fuerzas armadas del general Emiliano Zapata, quien sin saber con precisión el contenido de sus planes, pedía no tanto la transformación de la propiedad, cuanto el regreso a los tradicionales repartimientos ejidales.

De los repartimientos habían hecho ya función pública Lucio Blanco y Francisco J. Múgica. También el general Pablo González había realizado ensayos agrarios en Nuevo León, ahora que todos esos actos obedecieron a meros motivos circunstanciales, pues faltaba la legislación conducente.

Ésta la propuso el ingeniero Manuel Bonilla al gobierno establecido en Hermosillo; pero desoído como fue, pues Carranza no quería comprometer ninguna reforma sin tener asegurado el triunfo guerrero de su causa, el gobierno de Chihuahua, que giraba en torno a la personalidad de Villa, acogió el proyecto de Bonilla y empezaron los repartos de tierra en suelo chihuahuense. Así, el Primer Jefe, obligado por aquel adelantamiento del villismo y por la actitud de los zapatistas, dictó acuerdos sobre la misma materia, aunque sin llegar a la profundidad del problema.

Sin embargo, tal problema no era de los que conmovían al país, aunque sí caracterizaba un buen gozne político. Lo que interesaba a la gente eran las consecuencias de la guerra; porque a la orfandad

en que quedaban tantos hogares, a la falta de trabajo debido a la paralización de numerosas fuentes industriales, mercantiles, bancarias y agrícolas y a la insignificancia de los salarios que eran pagados al tipo de la antigua moneda metálica, sustituida por el *bilimique*, se seguía el encarecimiento de los víveres y la ropa.

El maíz, que en 1911 tenía el precio de ocho pesos la carga, en 1914, valía 200 pesos. El frijol vendido a cuatro pesos el cuartillo, no obstante que su precio durante los días anteriores a la Revolución era de 15 centavos. La pieza de pan de trigo de dos centavos, el tahonero la expedía a 25.

Los propietarios de casas exigían a sus inquilinos el pago de los arrendamientos en moneda contante y sonante, y como tal no era posible, el inquilinato vivía con adeudos crecientes, por lo cual aumentaban los lanzamientos, de manera que Carranza se vio obligado a decretar que los juicios de desocupación de viviendas, sólo podrían ser emprendidos con adeudos mayores de tres meses de renta.

La incertidumbre en los precios y en los abastos era tan grande, que a veces las poblaciones importantes de la República, se quedaban sin alimentos; y como el mundo popular acusaba en todos los tonos a los *fayuqueros*, *coyotes* y *acaparadores*, y dado que los más de los acusados eran de nacionalidad española, una tempestad de xenofobia se desató sobre el país, caracterizando, por una parte, la indignación contra la especulación; por otra parte, los vivos sentimientos de una nacionalidad económica, que surgía entre las oscuridades del horizonte.

LA REVOLUCIÓN SOCIAL

La literatura de Ricardo Flores Magón había inundado el norte de la República desde 1910, de manera que los vocablos empleados por el escritor, en su periódico *Regeneración*, eran repetidos sin conocerse



Anselmo Figueroa, editor del periódico *Regeneración*

ni apreciarse la verdadera acepción de tales vocablos, de manera que pronto, al través de la Revolución, las palabras socialistas que usaba Flores Magón fueron comunes a los jefes revolucionarios.

Así, la Revolución Mexicana no tenía más nexos con el socialismo que aquel vocabulario fortuito, mediante el cual se hacían promesas o calificación de ideas —sobre todo, de ideas liberales. Socialista, en cambio, era el movimiento que auspiciaba la Casa del Obrero Mundial que, clausurada en las postrimerías de la autoridad huertista, renació a la entrada de los constitucionalistas a la capital de la República.

El renacimiento de la Casa del Obrero fue vigoroso y entusiasta. Tanto así, que no solamente los gremios de trabajadores acudieron a sus filas sino también concurrió la nueva juventud literaria.

El gobierno de Carranza tenía decretada la suspensión de garantías desde la toma de la Ciudad de México. Así y todo, tantos eran los apremios económicos del proletario urbano, que reunidos los tranviarios y cocheros de la capital, resolvieron decretar una huelga que paralizó (8 de octubre), el movimiento en las calles del Distrito.

Muy notoria era la justicia de los huelguistas, puesto que las empresas continuaban pagando los mismos salarios, no obstante hacerlo en *bilimbiques*; pero el gobierno quiso poner fuera de la ley a los huelguistas, aunque convencido bien pronto de los propósitos sindicales, se declaró árbitro de la huelga a través del departamento del Trabajo, apenas fundado el 14 de septiembre.

Lo principal dentro de tal acontecimiento, no fue tanto la huelga y la intervención del gobierno en la misma, cuanto la difícil situación económica que reinaba, ya en el orden administrativo del Estado, ya en el seno de la sociedad, pero principalmente en los filamentos sociales más débiles y atrasados.

Carranza tenía resuelto, en medio de aquella crisis económica y financiera, desligar total y definitivamente a los bancos de la vida oficial, de manera que, a pesar de los muchos apuros de la nueva

EMANCIPACION OBRERA

QUINCENAL, ORGANO DE LA "CONFEDERACION GENERAL OBRERA MEXICANA"

1ª Epoca.

México, 15 de mayo de 1914.

Número suelto, dos centavos.

Número 2.

LA "CASA DEL OBRERO MUNDIAL" Y EL DEPARTAMENTO DEL TRABAJO

LAS ENFERMEDADES DE LOS PROLETARIOS

De entre las lacras sociales que atrofian el organismo humano y que hacen necesarias las reformas sociales, una de las que más interesa resolver a los hombres de ideas avanzadas, es el alarmante desarrollo de ciertas enfermedades—principalmente la tuberculosis, ese pulpo insaciable y feroz—entre la clase proletaria.

En efecto, en el seno de las bajas esferas donde la humana laboriosidad radica, ha aumentado considerablemente la mortalidad por efecto de los males conatados en el desempeño de trabajos que, ora debido a las pesimas condiciones higiénicas de los talleres, ora debido a las malas labores, resultan extremadamente dañosas para la salud de los trabajadores.

Mucho se ha logrado a este respecto en las naciones de la vieja Europa, mediante la acción directa de las confederaciones obreras; pero en México, donde apenas se lucha con la atávica indiferencia de los parias del trabajo y la mala fe de los que trafican con la ignorancia de la clase postergada por la burguesía, podemos asegurar que nada se ha conseguido en el sentido de mejorar la condición lastimosa de los modernos esclavos.

Y así hemos tenido ocasión de observar en aumento la caravana de los que se agotan laborando en lugares inclementes o aspirando las substancias dañosas que se ven precisados a manejar.

Para no citar más que unos ejemplos, nos referiremos a los proletarios que en el país forman los núcleos más visuales: los individuos de la clase rural, obligada a extenuarse diariamente para percibir un mísero jornal que no basta a reponer las energías perdidas; el minero y el beneficiador de metales, que, con el transcurso del tiempo, se ven inhabilitados y coridos por repugnante y mortal dolencia; el obrero elaborador de ácidos, medicamentos, alcoholés y jabón, al igual que los tipógrafos, languidecen paulatina e incesantemente, traídos por el monstruo de la tuberculosis, los empleados, los ferrocarrileros, los tejedores, etc., todos, en fin, acaban por doblegarse como árboles carcomidos en la base, hasta caer pesadamente en el pleno aislamiento de la miseria y de la muerte.

Algunos escritores del contra, como una objeción capital, enuncian al alcohol, sin comprender que, si bien los excitantes alcohólicos son un motivo más de relajamiento en las clases obreras, representan un factor vital de importancia, pues con el momentáneo enardecimiento que producen, levantan y fortalecen el organismo, que la mezquina alimentación no basta a sostener.

¿Y qué hemos hecho en pro del esclavo del salario, que reduce su vigor en ese diario potro de tormento? Nada. Solamente en contados centros industriales, y eso por iniciativa del patrón, se ha asignado una cuota de socorro a los enfermos, y siempre que resulten inutilizados por un accidente.

De tal suerte, y ya que la redención del trabajador no puede encomendarse más que a su propio esfuerzo, los proletarios deberían hacer de cada gremio un sindicato poderoso y sólido, que reclamara y conquistara el derecho de vida que todos merecemos, con iguales prerrogativas y comodidades.

EDIFICIO DE LA COLINA.

El presidente del Comité de Obreros de Hilados y Tejidos, anexo a esa sección del Estado, tercia en nuestra campaña contra un reglamento que, no cumpliéndose lo poco bueno de sus cláusulas, sólo ha venido a dar una nueva forma a la extorsión que pesa sobre nuestros compañeros los tejedores de México

CARTA DEL SR. PEREZ JIMENEZ

México, D. F., mayo 8 de 1914.
Señores secretarios de redacción de EMANCIPACION OBRERA.

Ciudad.
—Mis señores—, me permito decir que en las presentes líneas vean la luz pública, dirijo a ustedes la presente, para contestar el último de los escritos relacionados con el Comité que presido, y que con pena he leído en las viriles publicaciones "El Sindicalista" y EMANCIPACION OBRERA.

Aunque carezco de las dotes necesarias para dar la debida contestación al señor Anastasio S. Marín, hoy me veo precisado a hacerlo, muy a mi pesar, porque nunca me ha gustado tener a nadie por enemigo, ni conocido, ni desconocido. Y digo desconocido, porque no tengo al honor de conocer al señor Marín; teniendo, no obstante, la seguridad de que, en el fondo verdadero, no es el quien se declara mi enemigo; tal vez así que de él se valga, él lo conozca yo, pero como se escuda con otro nombre, difícil me es el saber quién sea, y, por consiguiente, no se rió que un semejante a mí, como otros tantos que creo tener.

Digo esto, no con el fin de sincerarme, ni con el de desahogar voluntad alguna, pero sí para que algunos de los agrupados en esa respetable corporación, sepan que también en su seno se encuentran elementos noivros, como en el nuestro los hay, no dejando de reconocer ser yo, quizá, el más malo.

La falta de coherencia en un grupo de delegados que estuvieron en la convención de octubre de 1913, hizo que, por carecer de reconocimiento, indebidamente ocupara el lugar de presidente del Comité de Obreros de Hilados y Tejidos de la República, pese en mi concepto, debía haber sido otro el que desempeñara este lugar, y no yo, pues por monoísmo inepto

en toda línea, no dejó de confesarlo sin embargo alguno.

A raíz de lo acontecido, tan pronto como me trasladé a esa ciudad, mi primer objeto era el de comunicar a—con sus señas— a los obreros de esa ciudad, e instruirlos algo sobre socialismo, porque así me ha gustado la unión, y más tratándose de las clases obreras. Debido a mis ideas, no de una, sino de varias fábricas, he sido destituido; pero las ideas arraigadas no se burran con vejaciones ni con desistitos. Así es que, con la valerosa ayuda de ustedes, creía yo en contrar el vasto campo de instrucción que allí, en las mismas fábricas había soñado, y mi desagrado fue el más terrible, pues, por desgracia, a uno de los que se abrogan en el seno de esa agrupación y que, por su conducta, tuvo a honra asistir a un mitin que se efectuó el 21 del pasado mes de diciembre y que fue de mi agrado,

debo que haya tratado de apartarme de la agrupación donde yo creía encontrar, si no amigos, al menos, porque dada mi corta e insignificante inteligencia los de esa agrupación, me mantengo a una distancia que me permite no tener que ver con ellos, porque así me ha gustado la unión, y más tratándose de las clases obreras. Debido a mis ideas, no de una, sino de varias fábricas, he sido destituido; pero las ideas arraigadas no se burran con vejaciones ni con desistitos. Así es que, con la valerosa ayuda de ustedes, creía yo en contrar el vasto campo de instrucción que allí, en las mismas fábricas había soñado, y mi desagrado fue el más terrible, pues, por desgracia, a uno de los que se abrogan en el seno de esa agrupación y que, por su conducta, tuvo a honra asistir a un mitin que se efectuó el 21 del pasado mes de diciembre y que fue de mi agrado,

Sin embargo, por no tratarse sólo de mí, sino del gremio a que tengo a honra pertenecer, me voy a referir a algunos de los artículos del reglamento a que hace mención el Sr. Marín, en el escrito que me ocupa.

El artículo 1º dice: "La jornada diaria de trabajo será de diez horas efectivas. La jornada nocturna, para las fabri-

(sigue en la 2ª página.)

CUAL ES NUESTRA MISION

En otro lugar damos publicidad a la declaración de principios de la Confederación General Obrera Mexicana, o sea el formulario de las finalidades de orden moral y económico que orientan los trabajos de la "Casa del Obrero Mundial", centro netamente proletario, creado y sostenido para llevar a cabo la organización de la clase productora, en sindicatos de oficio, y hacer efectiva, por ese medio, la defensa de sus derechos, elevando, al mismo tiempo, su nivel de cultura.

Discutidos y aprobados esos principios en el seno de esta institución, sólo falta que todos y cada uno de los sindicatos ya en funciones, les otorguen su sanción respectiva, para hacerlos circular más ampliamente entre los interesados los obreros que, paguen por colocarse en el lugar que la razón y la justicia les señalan.

Si nos anticipamos a publicarlos, es con objeto de dar un mentís a los calumniadores o ignorantes que nos quieren hacer aparecer como inmiscuidos en la baraunda política, que, a toda hora, ha sido materia de nuestros ataques, por la ineffecticia de sus procedimientos para lograr alguna relativa mejoría en las condiciones de los trabajadores.

Conque, de una vez por todas, entérense amigos y enemigos de cuál es nuestra verdadera misión.

autoridad nacional, el Primer Jefe se abstuvo, con efectividad y decoro, de hacer depender la vida del gobierno de las instituciones bancarias. La Revolución, deudora de los bancos, hubiese perdido la autonomía y dignidad de los principios nacionales, puesto que los establecimientos de crédito que existían en el país, servían a los bienes e intereses extranjeros y por lo mismo estaban desligados del meollo de México.

Esta resolución de Carranza, puesta en práctica después de 30 años durante los cuales el crédito y el equilibrio presupuestal de México fue dependencia casi exclusiva de las instituciones bancarias, constituyó uno de los principales capítulos de la Revolución. Con ello, el Primer Jefe realizó una transformación de la economía administrativa del Estado. Con ello también, el Estado inició la independencia de sus recursos y poder, y abrió cauce a un nuevo molde de la vida nacional.

Y todo eso, lo llevó a cabo Carranza sin exigir mérito alguno, no obstante que el primer paso de la nacionalidad mexicana se alcanzaba mediante esa independencia administrativa en días aciagos para la patria.

Abandonado aquel patrón de vida, Carranza, aun considerando el sacrificio que haría el pueblo de México, prefirió aumentar a su mayor capacidad la deuda interior; y esto lo hizo sirviéndose del papel moneda.

El *bilimique*, ciertamente, producía una serie de contingencias a las clases mercantil y acomodada, pero salvaba a la Revolución de grandes anales, porque sin recurrir a los bancos, prohibidos los préstamos forzosos, clausuradas algunas aduanas, sin disponerse de los fondos de las recaudaciones de Veracruz, sin los ingresos que producían la extracción y exportación de metales preciosos y sin poder ser aplicada en todas sus prácticas la ley del timbre, el gobierno no dejaba de cumplir sus compromisos valiéndose del papel moneda.

La condición creada con tal motivo, no dejaba de alterar el pulso del país. Así y todo, Carranza, por su carácter y responsabilidad no estaba en la posibilidad de retroceder. Tampoco podía volver atrás, en lo que respecta a una nueva guerra que cada vez era más amenazante para el país, como consecuencia de las rivalidades entre los revolucionarios. Y no podía ceder el paso a una ni otra de las materias en función y disputa, porque lo que anterior a la ocupación de la Ciudad de México era choque de armas, ahora era lucha de ideas. Y esto, debido a que la Revolución adquiría un cuerpo doctrinal, y empezaba a saberse qué querían sus hombres.

Y al igual de lo que era confuso e indescifrable en su nacimiento, los revolucionarios empezaban a preguntarse acerca de las semejanzas de la Revolución Mexicana con otros acontecimientos universales; y, ya se encuentra a aquella similitud en la francesa, ya parecido a la independencia norteamericana, los movimientos de la joven Alemania o de la joven Turquía; y todo esto, a pesar de que no existía vecindad de hombres, principios y bienes naturales y públicos con los países que daban sombra —y sólo una sombra— de semejanza al acontecimiento mexicano.

En consecuencia de tales divagaciones y comparaciones, a manera de fórmula novedosa, aunque incierta, Carranza habló de la Revolución Mexicana como de una *revolución social*; pero ¿a dónde estaba la organización específica de un nuevo estado de cosas?, ¿a dónde la transformación del derecho de propiedad?

Pero sí la Revolución no era social, ¿sería liberal? Obregón, sin hacer una definición clásica, la llamó “liberal revolucionaria”; ahora que David G. Berlanga, un teorizante del marxismo, la resolvió como socialista. Ésta, sin que Berlanga pretendiera ponerla de acuerdo con la ortodoxia del socialismo, como tampoco Obregón quiso referirla al liberalismo académico del siglo xix y menos acercarla al constitucionalismo europeo o norteamericano. De aquí, que cuando se trataba de hallaran apodo ideológico a aquel movimiento, que en



Venustiano Carranza y Félix F. Palavicini, secretario de Instrucción Pública y Bellas Artes

su forma y esencia era Revolución rural, se volvía todo tan oscuro, que en medio de tinieblas sólo se hallaban maneras prácticas para hacer vivir al país revolucionariamente.

Y en tanto que quería dar método y manifestación a la naciente ideología revolucionaria, el ingeniero Félix F. Palavicini, encargado de la Secretaría de Educación, pretendía iniciar, aunque sin documento concertado, una obra que tenía el nombre de *educativa* y al *objeto* expedía decretos sobre la conservación de objetos de arte, acerca de la organización del museo de historia, arqueología y etnografía y dictaba un plan de estudios para la carrera de abogado.

Había un proyecto más de Palavicini: agrupar a la “intelectualidad civilista”, con lo cual empezaba a crear un nuevo conflicto dentro de las filas del constitucionalismo, al tiempo que aislaba a los grupos literarios de Alberto Vázquez del Mercado, Manuel Toussaint y Antonio Castro Leal, quienes unidos a la capilla filosófica que presidía Antonio Caso, caracterizaban el desdén de la inteligencia y la erudición hacia la Revolución; inteligencia que no quería guerra civil; pues las virtudes de su capacidad estaban en exornar los florilegios poéticos y filosóficos.

LAS DIVERGENCIAS HUMANAS

La Revolución ofrecía hacia la mitad de 1914, la unidad de un pensamiento y de una acción; y aunque aquél no tenía, las caracterizaciones de lo preciso, no podía dudarse de que su meollo era la libertad. Libertad en el orden político; libertad de índole nacional; libertad de inducción popular. Y, respecto a la acción concentrada en movimientos guerreros, era incuestionable que en medio de numerosas hazañas de riesgo y ventura, debido a las inexperiencias en el campo de las armas que causaron numerosas pérdidas humanas, hubo sentido de mando excelso, gracias al cual, los revolucionarios pudieron hacer los progresos que les llevaron a tornar la Ciudad de México.

Sin embargo, como muchos eran los caudillos, inmensurables las ambiciones individuales, inorgánica la naturaleza armada, imperiosos los compromisos localistas y levantiscos de cada uno de los hombres que llevaba un rifle al hombro, la disposición de los agrupamientos políticos, más que los guerreros, constituían un problema que imprescindiblemente tendría que confrontar la Revolución.

Carranza, con el profundo conocimiento que tenía, si no de los hombres, sí acerca de las tradiciones y condiciones políticas de México, había advertido desde los comienzos de la Revolución, la necesidad de ligarse estrechamente a los grupos revolucionarios, a manera de hacer su mando objeto de la persuasión y convicción de los individuos.

Esto, sin duda, fue uno de los principales motivos del viaje de Carranza, de Coahuila a Sonora; pues aparte de que en aquel estado, el alzamiento no obtenía los progresos necesarios, el Primer Jefe debió comprender que la situación geográfica de Sonora, unida a la decisión y arrojo de los sonorenses, podía ser la base no sólo para una fuerza militar, antes también para un partido político. Por lo mismo, y como ya se ha leído, dio alta categoría a Obregón y busco los medios para apaciguar los ánimos contra Maytorena, por quien sentía admiración, ahora que no dejaba de experimentar hacia éste, los justos recelos que se anidan en el alma del recién llegado al mando y gobierno de una situación.

Grandes apoyos hallaron los designios de Carranza entre los jefes sonorenses, pero principalmente en Obregón, quien con su privilegiada inteligencia pronto asimiló los proyectos del Primer Jefe y estuvo diligente al apoyarlos y dilatarlos. De aquí, que Obregón suscitara no pocas envidias, aunque las expresiones pasionales no trascendieron luego, pues los hombres de la Revolución tenían un elevado concepto de la dignidad.

También en el estado de Chihuahua, no faltaban las envidias, pero tanta era la arrogancia y prestigio de Villa que éste llenaba el ambiente

con su personalidad; y de las envidias era pasto el sur de la República, donde el general Emiliano Zapata pretendía, alegando la prioridad de alzamiento en armas, la jefatura de la Revolución; ahora que el caudillo suriano desconocía los problemas nacionales, los apetitos humanos y las aptitudes para organizar un ejército. Demasiado llano dentro y fuera de su ser era Zapata, para llevar sobre sus espaldas las cargas de una dirección nacional. La sinceridad de sus propósitos le daba, sin embargo, un lugar prominente en la Revolución.

Así y todo, el constitucionalismo dudaba de Zapata; pues si éste después de 12 meses de sitio a la plaza de Cuernavaca había logrado tomarla (13 de agosto), el acontecimiento no le daba prestigio guerrero, máxime que para tal día el general Obregón estaba en la víspera de aceptar la rendición de la Ciudad de México.

Y el general Obregón no correspondía al jefe que se deja quitar sus triunfos, de manera que tan pronto como ocupó la capital, mandó fuertes avanzadas al sur y poniente del Distrito Federal, con instrucciones de detener cualquier intento de penetración que hicieran los zapatistas.

Entre tanto Obregón daba esas órdenes, Juan Sarabia, antiguo miembro del Partido Liberal que presidía Ricardo Flores Magón, proponía a Carranza, y éste aceptaba, que el constitucionalismo enviara una comisión al campo de Zapata con el propósito de hacerla paz y conciliación con el zapatismo; y como el general zapatista Genovevo de la O y el general suriano Jesús H. Salgado habían hecho proposiciones semejantes, el Primer Jefe consideró llegado el momento de tratar con el general Zapata.

Al efecto, Carranza comisionó al general Antonio I. Villarreal y al licenciado Luis Cabrera para que se trasladaran al estado de Morelos e iniciaran tratos con Zapata; y el 27 de agosto (1914), los comisionados carrancistas estaban en Cuernavaca donde los lugartenientes del caudillo suriano establecieron como condición principal para un entendimiento con el constitucionalismo, que éste reconociera,

como fundamento de la Revolución, el Plan de Ayala y por lo tanto reconociera también a Zapata como jefe de la propia Revolución.

No bastaron la cordura de Cabrera y Villarreal, para detener la marejada de ambiciosa superioridad pretendida por el zapatismo; del zapatismo, porque no dejaron de advertir los comisionados de Carranza que no era Zapata la verdadera cabeza del Ejército liberador; pues la indolente rústica actitud de aquél, dejaba todo el peso de las negociaciones a los generales Manuel V. Palafox y Alfredo Serratos quienes eran tan ignorantes como inconsecuentes.

Para adoptar tal actitud, los líderes del zapatismo se sentían estimulados por una declaración del presidente de Estados Unidos, Woodrow Wilson, favoreciendo la idea de que en México se realizara una revolución agraria, a fin de que la equidad en los repartos de la tierra produjera un verdadero bienestar a la clase rural mexicana.

Esta afirmación de Wilson fue, para la mentalidad ingenua y pueblerina de los zapatistas, como una evidencia de que el gobierno de la Casa Blanca se sentía inclinado a reconocer un gobierno de Zapata; y de aquí, de tan peregrina ocurrencia, se originaron las altas e inconducentes pretensiones de Palafox y Serratos.

Al conocer Carranza tales pretensiones, las rechazó unánime y prontamente, por lo cual Zapata cobró mucho odio al Primer Jefe.

Sin embargo, lo sucedido con los revolucionarios del sur, no tendría la trascendencia que adquirió la situación en Sonora, primero; en Chihuahua, después; porque las desavenencias de Francisco Villa y José María Maytorena con Carranza y el carrancismo, y las discordias del carrancismo con Maytorena y Villa, desavenencias que provenían de una rivalidad siniestra entre dos partidos de la Revolución, estaban tintando de negruras el cielo de México.

Tan tensa era la cuerda de las enemistades entre principales jefes revolucionarios, que al acercarse la puesta del 1914, las últimas luces de los días de triunfo proporcionaban reflejos a los preparativos silenciosos, pero efectivos, para una tercera guerra civil.



José María Maytorena y los generales Acosta y Urbalejo con sus respectivos estados mayores, Naco, Sonora, 1 de octubre de 1914

Una sola esperanza quedaba dentro de aquel atardecer de borrasca: la posibilidad que Villa y Obregón, reunidos (24 de agosto) por vez primera, con el objeto de buscar un avenimiento del gobernador Maytorena y del coronel Plutarco Elías Calles, se entendieran e hicieran entender a los discordantes en la necesidad de dar tronco a la paz nacional.

Unidos, pues, en una misión, hombres tan desemejantes como Obregón y Villa, llegaron a Nogales (29 de agosto) aparentemente dispuestos a realizar un acto de buena voluntad; y allí se juntaron con el gobernador Maytorena, individuo de fuertes pasiones, de mucho valor, pero demasiado severo en sus apreciaciones e intereses políticos, y ya reunidos, convinieron en que Maytorena quedaría como comandante de todas las fuerzas en el estado de Sonora.

Sin embargo, el acuerdo era endeble a par de provisional; tanto así que fue necesario suscribir un nuevo trato (30 de agosto), conforme al cual los maytorenistas continuarían bajo el mando de Maytorena, mientras los carrancistas pasarían a servir bajo las órdenes del general Benjamín Hill.

El trato, sin embargo, lejos de servir a la conciliación, no hacía más que preparar los ánimos para la lucha. Los remedios que por momentos parecieron dar solución a aquel conflicto y a otros que amenazaban la unidad revolucionaria, iban quedando fuera de la vista real y positiva del país y de la Revolución. La guerra volvía a llamar en todos los puntos cardinales de México. La Constitución no era efectiva, puesto que sólo habían triunfado las armas. La República necesitaba regresar a la mentalidad de lo pacífico, y esto no podía ser posible en días durante los cuales tanto los hombres como las cosas olían a pólvora.

Sólo los ensueños y las idealizaciones tenían capacidad para hacer creer en un fácil regreso de la violencia guerrera a la paz de la razón. Las cuestiones personales y sociales, continuaban latentes. Los males de hombres y pueblos no se enmiendan tan fácil y

prontamente como se pretendía que sucediera en la República de México.

Las ambiciones humanas, por otra parte, no estaban colmadas de bienes y satisfacciones. Era necesario aguardar; tener prudencia. Esperar, en fin, a que se cumpliera el ciclo de todas las vocaciones —de todas, incluyendo las populares y las aristocráticas. En el huerto no había una sola manzana; numerosas eran las que estaban al alcance de la mano del género humano; pero no de los mexicanos, en los días que remiramos.

Alto en la guerra civil

IV

La decisión

ALTO EN LA GUERRA CIVIL

Los ánimos civiles y guerreros, movidos por las ambiciones y rivalidades despiertas desmesuradamente en toda la República, lejos de apaciguarse con el triunfo político y militar del partido constitucionalista y con la Junta de los jefes y gobernadores revolucionarios en la Ciudad de México, continuaban levantiscos, como si nada hubiese ocurrido o concurrido a resolver no sólo los problemas personales, sino los tantos que atañían al bienestar y prosperidad de la nación.

La segunda guerra civil había liquidado el tema de la anticonstitucionalidad. La bandera de la legalidad ondeaba de nuevo en el Palacio Nacional. Esto no obstante, y sin que sobre la superficie apareciera la causa, reinaba la inquietud. Era inoculto, como complemento de la intranquilidad anímica de la gente mexicana, que el estado de cosas que existía desde la caída de la autoridad militar del general Victoriano Huerta, sólo constituía una tregua a las guerras que tan costosas en sangre y dinero resultaban para el país.

En efecto, todo lo que circundaba a los caudillos y todo lo que en hombres y deseos se manifestaba bajo el cielo de México, hacía creer que aquella lucha para vengar las muertes del presidente y vicepresidente de la República y restaurar el régimen constitucional —lucha que había tenido las características de una verdadera epopeya, puesto que nada midieron ni pesaron quienes abandonando su tranquilidad engrosaron las filas de los Ejércitos revoluciona-

rios— no estaba terminada. Y es que no podía finalizar en meros hechos de orden; tampoco en promesas de los más diversos géneros. Una idea de felicidad política y de generosa ventura personales se había apoderado de los combatientes victoriosos; ahora que dentro de tal idea no se hallaba conjugada ninguna ganancia pingüe. El mayor de los deseos públicos o privados no sólo de la *élite* revolucionaria, antes de los modestos y rústicos individuos que, originarios de todos los rincones de la República, simbolizaban una grande y triunfante migración humana, consistía en asegurar para siempre, una manera de concursar en los negocios civiles y administrativos de la nación, de los cuales estuvieron excluidos no tanto por doctrina, cuanto por desdén.

Ignoraban aquellos hombres, que representaban el cuerpo físico de la Revolución, en qué consistían a ciencia cierta, los negocios civiles y administrativos de México, puesto que el Estado, desde los días de la Independencia había tenido una formación separada de la gran masa rural que era la nación mexicana. Pero si no podían determinar con precisión qué eran los negocios civiles y administrativos, sí intuían la posibilidad de ganar, como consecuencia del triunfo revolucionario, una posición personal, retribuida o no, pero de todas maneras singularizada en el mando, porque gracias a la inspiración de la guerra, quién más, quién menos de los mexicanos quería mandar. El pensamiento de imponer reglas, de ser superior, de poseer cuando menos destreza en el dominio del caballo, estaba unido al pensamiento fundamental de la Revolución. Y esto constituía, para los revolucionarios victoriosos, un verdadero acicate, que puesto en función, determinaba en aquella gente la necesidad de una tregua de paz, durante la cual deberían ser medidas las aptitudes de los hombres.

Influía también en el deseo general de que se hiciese un alto en las actividades bélicas, el deseo que llevaban dentro de sí los revolucionarios, de pagar al país la deuda originada con la destrucción civil, la paralización de las fuentes de trabajo, el acrecentamiento de

los precios, las escaseces en la alimentación e indumentaria, en la súbita migración de personas de las más diferentes índoles sociales. Los revolucionarios, pues, deseaban un momento de paz, para probar al país que tenían la capacidad suficiente para pagar los males que, sin quererlo, habían producido a la sociedad.

Influía, por fin, en el proyecto de ver terminadas las empresas de guerra, el placer y contento que producían no sólo a los Ciudadanos armados, sino a la gente pacífica que había emigrado a la Ciudad de México, el hecho de que ésta se salvase de las consecuencias de la guerra; porque la vieja capital, después de sufrir los males e infortunios de la Decena Trágica, no quería más escenas cruentas en sus calles, y anhelaba a solazarse, como en los días del régimen porfirista, en sus bienes y divertimientos.

Verdad es que el general Álvaro Obregón y otros caudillos revolucionarios, habían desdeñado y ofendido pública y severamente a la Ciudad de México. Verdad que ésta se hallaba castigada en el castigo a sus viejas y elegantes castas de gobernantes, funcionarios y gente rica; mas era tan altiva y poderosa la metrópoli mexicana, que en lugar de sentirse acongojada, mayor soltura y ligereza daba al placer, máxime que dentro de estos sentimientos, tenía atrapadas a las ingenuas almas rurales que constituían la parte principal de la Revolución. De esta manera, atraídos por las huellas del gran poder y hermosura que el régimen porfirista diera a la capital de la República los revolucionarios se desentendían de sus principios, así como de sus proyectos vengativos, para creer en una cercana vida de comodidad, así como de ascensos y triunfos políticos.

El piso de la Revolución, pues, era temblante en septiembre de 1914. La posesión de la Ciudad de México hacía entrever a los hombres originarios de la masa rural, que habían llegado victoriosos al Palacio Nacional, horizontes diferentes a las que contemplaran en los campamentos del norte y noroeste de México. Ahora, el propio Primer Jefe, Venustiano Carranza, quien apremió en su resolución

de marzo de 1913, la vuelta a una constitucionalidad indiscutible, parecía convencido de que tal constitucionalidad no era tan ágil y definitiva, para el bien total del país, como la pudo apreciar o creer a raíz de los asesinatos de Francisco I. Madero y José María Pino Suárez.

Otro era el problema que advertían intuitivamente los revolucionarios desde que ocuparon la capital de la República. En medio de sus mentalidades, poco o nada acostumbradas al discernimiento de los problemas nacionales, sobre todo en materias de política y economía, los principales de la Revolución deducían que la aplicación de la Constitución obligaba al conocimiento y aplicación de la propia constitución a través de una red jurídica y administrativa que no era posible improvisar; que al caso, se requería la preparación de una clase específica; que la dirección del Estado no era un mero mando, sino un saber gobernar; que si la Revolución pretendía un nuevo orden de cosas, se hacía indispensable legislar, y que la legislación, al igual de la administración, no podía hacerse de un día para otro día; tampoco bajo los inconvenientes y compromisos que presentaba la realidad revolucionaria. Además, la Ciudad con todos sus laberintos y preocupaciones, no inspiraba a los revolucionarios la confianza bastante, para aceptar allí, en la antigua capital y a la mitad del mes de septiembre (1914), que pudiese dar por terminada la Revolución.

Esa condición incierta a par de febril, indicaba también a Carranza la necesidad de una tregua de paz, puesto que de los caudillos revolucionarios no surgía uno capaz de dar dictamen total y feliz sobre los titubeos que se operaban en las almas sencillas de los triunfadores. La Revolución había determinado cómo hacer la Revolución; pero no qué hacer después de la Revolución; y esto obligaba a todos y cada uno de los revolucionarios a demorar el periodo de desenvolvimiento personal y nacional.

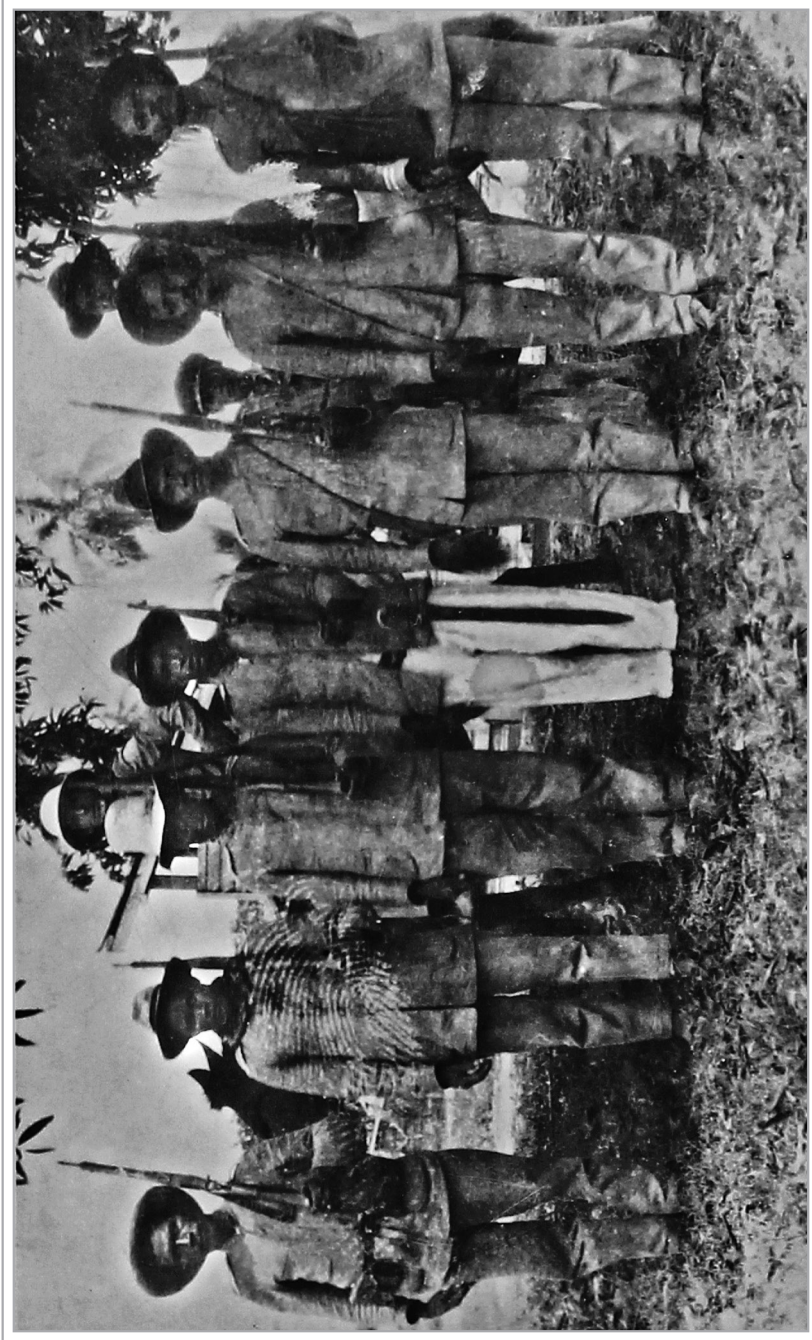
El propio Carranza, no obstante sus facultades de mando, la solidez de su capacidad política y sus notorias aptitudes para tratar hombres y negocios, sentía la inspiración conducente para demorar

cualquiera nueva fase de la guerra civil, puesto que la continuación de ésta, como consecuencia de las disensiones villistas, se presentaba a la vista como inevitable. Carranza esperaba que después de aquel remanso, dentro del cual cada quien iba poco a poco tomando su propia posición, los preparativos para nuevos choques de armas, correspondieran a un curso natural y no a una corriente que pudiera ser considerada como un mero personalismo, que es a lo que el Primer Jefe, con el sentido práctico y magnífico del caudillo y del político, temía.

La responsabilidad de conducir al país a la continuación de la guerra intestina, bajo una bandera que pudiera ser clasificada, considerada o llamada específicamente carrancista, no era desconocida por un adalid político como el jefe del Ejército Constitucionalista. Así, Carranza, sin aparentes prisas, quería que cualquier sentencia de personalismo fuese arrojada sobre otras facciones que, momentánea e interesadamente, correspondían también a la tregua. Muy justas y prudentes eran, sin duda, las advertencias de Carranza; ahora que no por agraviarle, sino porque el constitucionalismo había terminado su misión con la caída de Victoriano Huerta, no otra denominación que la de carrancista podía darse al partido que él representaba y dirigía.

SITUACIÓN DE LAS FACCIÓNES

Desde la ocupación de la Ciudad de México por las fuerzas guerreras del constitucionalismo, fue posible observar que en lugar de que tal acontecimiento sirviera a la unificación de un Ejército revolucionario, que correspondiera al hecho y derecho de la Revolución, se habían provocado tantos recelos y dudas acerca de la jefatura suprema de la nación, que los grupos de ciudadanos armados adquirirían características faccionales. La obra y jerarquía de Venustiano Carranza, quien a los comienzos de la segunda guerra civil realizó



Ciudadanos armados preparados para salir a combatir

la unidad de los principales grupos armados que peleaban en el país para vengar la muerte de Madero y Pino Suárez, quedó bamboleante al caer la capital en poder de las huestes revolucionarias.

Vencido el enemigo común, cada jefe de partida armada, cada comandante regional y cada caudillo de la guerra se creyó con derecho de usufructuar para sí y los suyos, los bienes de tal victoria. Las envidias y rencillas, los intereses y apetitos sentaron reales en el país y se convirtieron en cartas indescifrables para el futuro de la República. Así los cabecillas de grupos acantonados en la Ciudad de México, que por lo general se habían dado a sí propios los grados más altos correspondientes a un Ejército regular, aprovechan las menos consideradas oportunidades para disputar y aun acudir al terreno de las agresiones y agravios personales; y todo esto sólo servía para empequeñecer la Revolución; también para minorar el alma de los idealistas. De esta suerte, los ensueños humanos de libertad, progreso y bienestar que hablan sido el motor revolucionario estaban amenazados; y el mes de septiembre (1914), se presentaba como el más funesto para la Revolución.

Eso por una parte; y por otra, el hecho de que la autoridad de Carranza estuviese mermada, no tanto por las ocurrencias entre los jefes revolucionarios, cuanto por la notoria importancia del Primer Jefe para mantener incólume la supremacía de su mando sobre las huestes victoriosas, obligaba a hacer el recuento de lo que cada caudillo poseía para emprender una tercera guerra civil. Y esto, no obstante que sobre la superficie, las diferencias entre el Primer Jefe, Carranza y el general Francisco Villa, que eran los primeros actores en los preparativos de nuevas hostilidades intestinas, estaban virtualmente liquidadas, tanto por una visita que el general Álvaro Obregón había hecho al general Francisco Villa en Chihuahua (24 de agosto) y que daba indicios de un entendimiento político de los grupos organizados por necesidades bélicas, como el fin de la lucha armada que se desarrollaba en Sonora entre el gobernador José María

Maytorena y el coronel Plutarco Elías Calles; aquél, tratando de que Calles se le subordinase; éste aduciendo que su actitud independiente obedecía al hecho de que Maytorena no era leal a la Primera Jefatura de la Revolución.

Y la disputa de mando y gobierno que existía entre Maytorena y Calles, aunque aparentemente terminada y en seguida de la aprobación de un pacto de paz (29 de agosto), suscrito por los generales Villa y Obregón, seguía minando la situación política de Sonora y amenazando al mismo tiempo la tranquilidad de la República.

Obregón y Villa con señalada previsión, advirtiendo que el pleito entre Calles y Maytorena tenía profundidad verdadera, y que podía ser el pretexto para encender una nueva guerra civil, no se conformaron con el pacto de agosto, sino que formularon un proyecto de composición política nacional, que sin titubeos, y creyendo que con ello salvaban al país de las amenazas y discordias entre los caudillos, presentaron (3 de septiembre) a la consideración del Primer Jefe.

El proyecto pretendía que Carranza, terminada como estaba la anticonstitucionalidad huertista dejara de usar, como lo establecía el Plan de Guadalupe, la categoría de Primer Jefe del Ejército Constitucionalista, para convertirse en presidente interino de la República, hecho lo cual, y reorganizado el Poder Judicial, convocaría a elecciones para gobernadores y diputados y senadores al Congreso de la Unión; y que ya instaladas las dos funciones de la nación, se procedería a elegir al presidente constitucional, advirtiéndose que no podían ser candidatos a la presidencia ni a los gobiernos de los estados, aquellos individuos que hubiesen desempeñado tales empleos "con carácter de provisionales, al triunfo de la Revolución".

Este solo capítulo del proyecto, contenido en la cláusula 8a., bastaba para comprender que el documento iba dirigido directa y precisamente contra Carranza; y excluir a éste de un derecho constitucional y de un derecho de partido, advertía inconveniencia de

los jefes revolucionarios; porque si los triunfos militares durante la segunda guerra civil, no se debieron al Primer Jefe, no era posible olvidar que el compromiso supremo de los principales núcleos alzados había dependido, desde febrero de 1913, de la actitud resuelta y arriesgada de Carranza. Excluir a éste, de una elección nacional, si no de mala fe, cuando menos significaba una idealización democrática incompatible con los compromisos y realidades originados en la lucha armada y en la categoría y designios de todos los caudillos. De esta manera, el proyecto, en vez de ser factible, sólo parecía anunciar un caos para la nación y una amenaza para los jefes armados y civiles de la Revolución.

El hecho, pues, en lugar de dar oportunidad a apaciguar los ánimos y a restablecer la confianza que requería el país, no hizo más que acrecentar más y más los temores de que estallara una tercera guerra civil. La República, de esa manera, estaba sumida en un golfo de inquietudes, y, por otra parte, pronto se sintieron los efectos de tan audaz proyecto dentro de las filas revolucionarias.

Las proclamas, casi siempre anónimas, no dejaban de señalar el hecho de que poner al margen de los negocios políticos y del Estado a un hombre de la calidad de Carranza, equivalía a violar la Constitución, por cuya causa se había levantado en armas el pueblo de México. También se argüía, que desconocer los méritos de la guerra que incuestionablemente correspondía al Primer Jefe, no sólo equivalía a la inconsecuencia humana, antes también a sentar el precedente de la deslealtad revolucionaria.

Todo esto, como es natural produjo un ánimo de repulsa e indignación en Carranza; quien si convino en que el proyecto no estaba elaborado por la perfidia, sino por la inexperiencia política de Villa y Obregón, no por ello lo repudió. Mas esto, en lugar de hacerlo comedida y heroicamente, lo llevó a cabo con una respuesta (13 de septiembre) de técnica política, anunciando, como medida para apaciguar los ánimos contrarios a su autoridad, la reunión en la Ciudad

de México, de una junta militar de jefes armados y líderes civiles, para el 1 de octubre (1914).

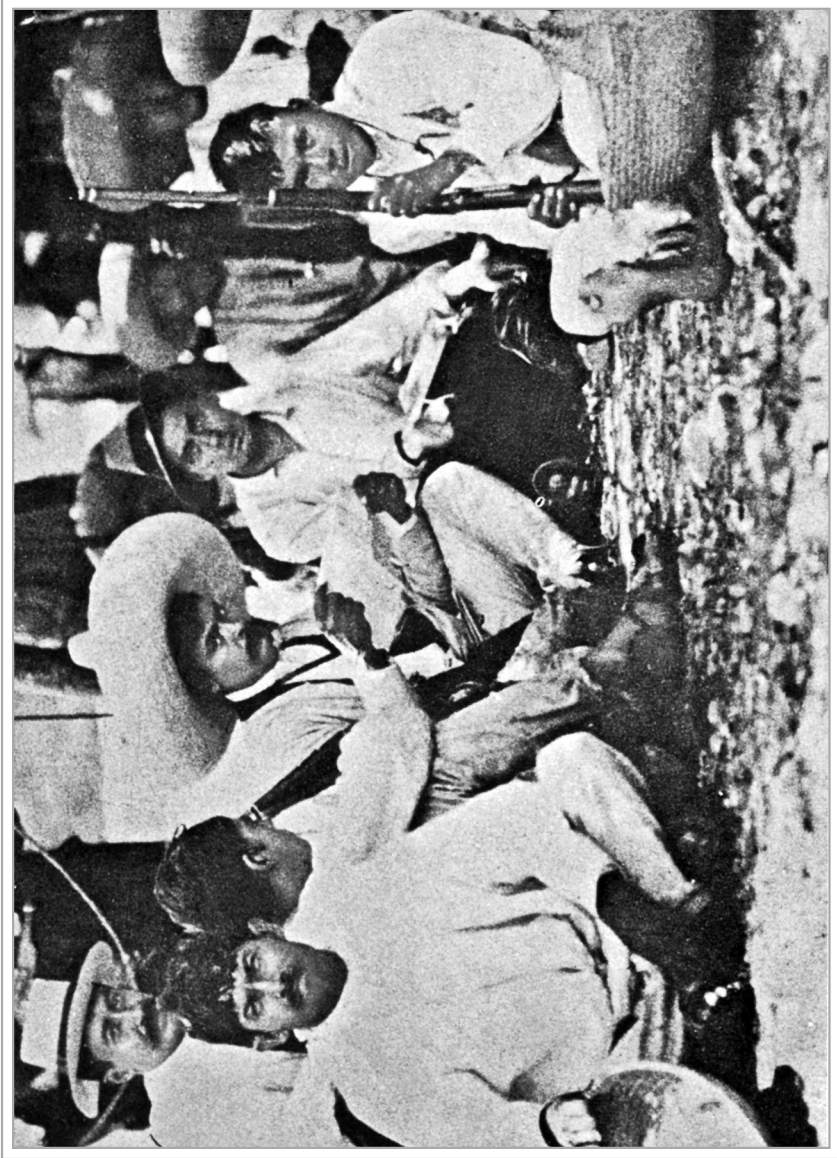
No era ese el momento más oportuno para el asambleísmo. Los revolucionarios no fiaban en las discusiones, y sí en los hechos prácticos y directivos. El deseo de gobernar y mandar, que es sin duda el mayor de los deseos humanos constituía un verdadero acicate en el alma de un pueblo que nunca antes se había sentido poseedor de tal facultad.

Así, el espíritu del interés faccional, en vez de disminuir, aumentaba. El general Villa, desdeñoso ante los proyectos de Carranza, se dedicaba afanosamente a abastecer sus tropas con pertrechos que importaba de Estados Unidos. Su ejército ascendía a más de 25 mil hombres, aunque el propio Villa ignoraba hasta donde ejercía influjo su nombre y prestigio guerreros en la República.

Zapata, agreste y huraño, mantenía su cuartel general en el estado de Morelos, y sus avanzadas permanecían alertas en torno al Distrito Federal. La suma de los soldados zapatistas no podía ser mayor a 10 mil hombres armados; pero tal cifra era discutible para el propio Zapata, por ser éste muy ajeno a la organización militar.

Grupos armados había en la región petrolera de Tamaulipas y Veracruz que reconocían únicamente a sus jefes locales. Autónomos se proclamaban 4 mil alzados en el estado de Oaxaca; y en el mismo Oaxaca, así como en Puebla y Veracruz, los antiguos federales, siempre creídos en una restauración del porfirismo, seguían negándose a la incondicional rendición de sus armas. Yucatán y el norte de Baja California, permanecían bajo el mando de jefes ajenos a una autoridad central.

Tan divididas y disgregadas estaban esas fuerzas armadas, que el país no se atrevía a medir el poder de las facciones; y por muy audaz habría pasado el menor vaticinio sobre el porvenir de tales facciones; puesto que ni sus armas, ni sus tácticas, ni sus soldados, ni sus jefes representaban la unidad; tampoco la posibilidad de triunfos guerreros o políticos.



Zapata mantenía su cuartel en el estado de Morelos

La población civil, aunque cierta de que aquella tregua sería breve, no manifestaba sus inclinaciones en favor de uno u otro lado, y se mostraba escéptica respecto a la paz como a la guerra. La misma Ciudad de México, que hasta los días que recorreremos (septiembre de 1914), no había sufrido, a excepción de la Decena Trágica, las consecuencias de la guerra, no parecía tener más propósito que envolver entre sus redes, y proporcionarse con ello dinero y divertimento, a los revolucionarios. El crecimiento casi tumultuoso de la población en el Distrito Federal, como consecuencia de la gente que huía del campo para refugiarse en la ciudad, y la concentración de las fuerzas armadas de la Revolución daban un aspecto inusitado a la metrópoli. Además, proporcionaba a los propietarios de viviendas y hoteles, de restaurantes y teatros, de almacenes de ropa y comestibles y a todo lo que compone el poder económico de una urbe, mayores ganancias. Tomar, pues, partido, era la más lejana proposición que se podía hacer a los metropolitanos, ya bien humillados moral y políticamente con la derrota de Huerta y la ocupación de las fuerzas constitucionalistas.

Otra liga, sin embargo, cuyo centro no era, como en otros tiempos, el Distrito Federal, existía entre la población civil del país y los ciudadanos armados. Esa liga consistía en el parentesco de los soldados de los diferentes agrupamientos revolucionarios con el alma rústica. De ese parentesco, sólo se exceptuaba la capital nacional, que hasta los días que recorreremos no había dado contribución de sangre a la causa de la Revolución, a excepción de la derramada para el derrocamiento de Madero.

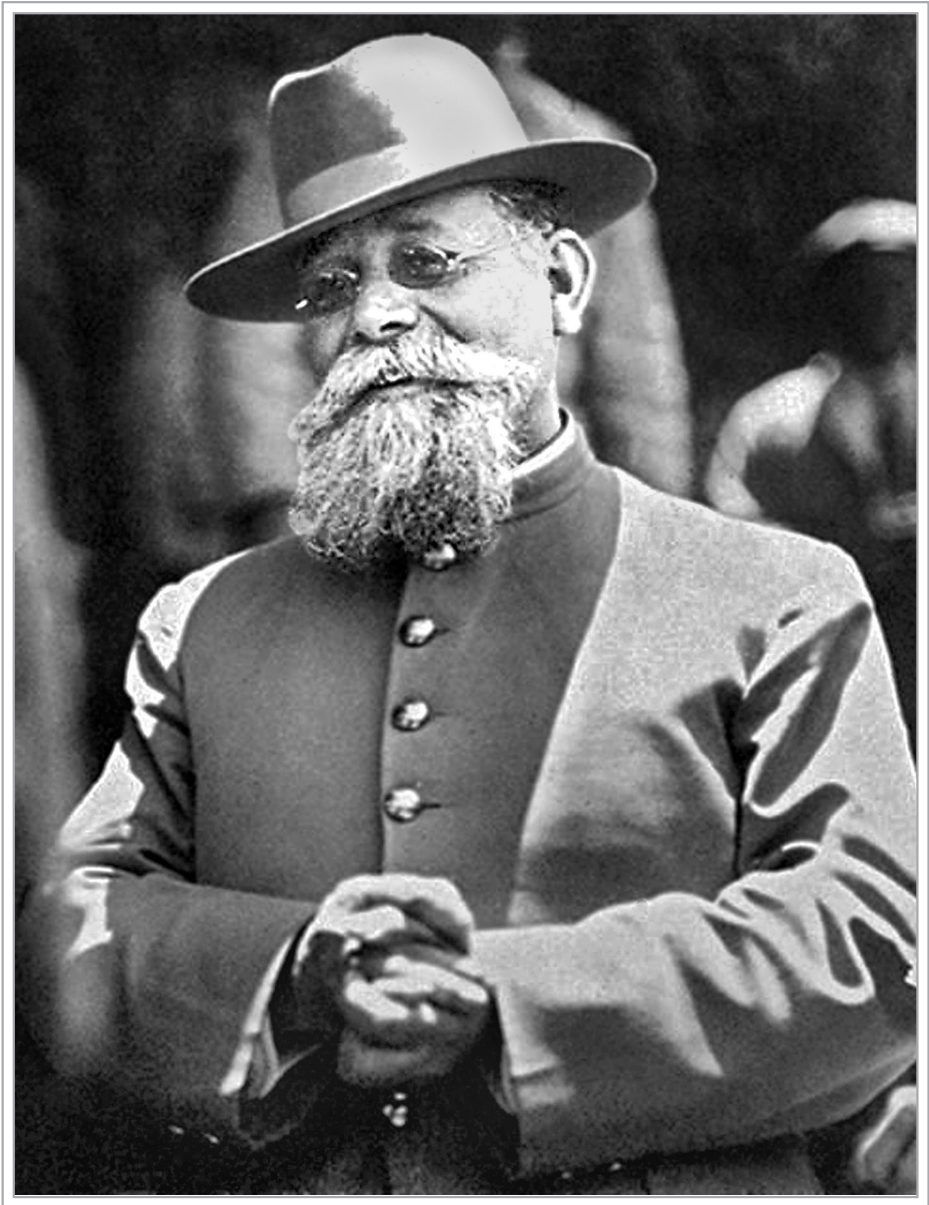
Por otra parte, no era muy grata a la población del Distrito, la humillación que sufría. El poderío de los ciudadanos armados, principalmente de quienes eran originarios del norte, porque a estos, dadas las innumerables vicisitudes de la guerra y el apartamiento en que vivían, gozaban de mucho crédito personal y colectivo; el poderío de los armados, se repite, era extraordinario. Decir *hombre*

del norte significaba orgullo, hombradía, palabra de honor, acontecimiento victorioso, futuro político y guerrero. Es difícil hallar otra época en la historia de México, durante la cual una sola región representase las manifestaciones de una nueva vida y de un nuevo orden. El norte era, pues, una revelación —el secreto revelado.

De esta suerte la palabra de los revolucionarios del norte, tenían los caracteres de lo indiscutible; de lo resuelto. También de lo amenazante, de manera que los habitantes no sólo de la Ciudad de México, sino del centro, preferían sobrellevar aquella situación muy abnegadamente, en la creencia de que la Revolución no poseía más que las particularidades de una revuelta casual, levantisca, ambiciosa y pasajera. La idea de una perdurabilidad revolucionaria reñía con el poder tradicional que correspondía a la siempre vieja, astuta y poderosa Ciudad de México.

En medio de este cuadro de realidades, Carranza, tan conocedor de la naturaleza humana, sabía que si la situación no parecía fácilmente gobernable, su autoridad se acrecentaría tan pronto como hubiese dentro de él una decisión valiente; y como al caso, comprendió la ventajosa posición del general Villa, quien tenía a la mano los suministros bélicos de procedencia norteamericana, se dispuso a tomar una decisión necesaria para dar auge y fortaleza a la autoridad de un partido o de una personalidad; y así, dispuesto a apagar el incendio en los pechos ambiciosos de los jefes revolucionarios y a establecer al mismo tiempo los puntos de apoyo guerrero en los lugares estratégicos no sólo para cualquier campaña militar, sino para asegurar los abastecimientos militares, procedió a los preparativos para hacerse de tales lugares, sin que los caudillos de la guerra advirtieran cuáles eran los propósitos que animaban a la Primera Jefatura de la Revolución.

Carranza estaba seguro de que afianzadas las bases de sus armas, distraídos los objetivos centrales de los jefes revolucionarios por las rivalidades y entregado el país a los temores de una nueva lu-



Venustiano Carranza deseaba consagrarse como el caudillo de la paz, el orden y la constitucionalidad

cha intestina, podría tener la posibilidad de realizar la obra patriótica que le estimulaba, obra que consistía en consagrarse como el caudillo de la paz, del orden y de la constitucionalidad. Esta pureza dentro de la mentalidad de Carranza era incuestionable. Otro fin, aunque a veces pareciera tortuoso, no existía en los proyectos del Primer Jefe; ahora que los métodos para la aplicación de sus designios no siempre parecieron intachables en medio de tan tormentosos días.

LA SITUACIÓN EXTERIOR

Tantas y grandes han sido las conmociones sufridas por el país desde la derrota y fuga del general Victoriano Huerta hasta la tregua fortuita de las facciones revolucionarias, que México vive prácticamente ajeno al mundo exterior. Hay en este acontecimiento no sólo el aislamiento propio a los pueblos entregados a luchas intestinas, sino también existe en el alma popular un sentido tan profundo de nacionalidad, que el país desdeña lo que no concierne a su vida doméstica.

De lo relacionado con otras naciones, sólo interesa lo que ocurre en Estados Unidos, mas no por razones de afinidad o simpatía hacia este país, antes por ser la República que suministra los pertrechos de guerra a los grupos beligerantes mexicanos; también, porque en ocasiones, azuzado por los políticos emigrados y por los grandes intereses norteamericanos que poseen propiedades en el suelo de México, el gobierno de la Casa Blanca parece inclinado a intervenir en los negocios internos que sólo corresponde dirimir a los nacionales, y como si los políticos y estadistas de Washington tuviesen en sus manos la excepcional virtud de sembrar la paz, el bienestar y felicidad de los pueblos a su sola voz y mando.

Desde el comienzo de la segunda guerra civil, el gobierno de Estados Unidos ha tenido a lo largo del horizonte de las aguas territoriales de México sus imponentes barcos de guerra, como si el pue-

blo rural mexicano pudiese cambiar de ruta en las manifestaciones armadas o pacíficas de su transformación compensativa y armónica a la sola vista de los cañones y humo de las naves norteamericanas que parecían solazarse en los comprensibles dramas del país.

Así, desde los sucesos de Veracruz, obra del lirismo político de la Casa Blanca, que olvidando sus cruentas luchas intestinas pretendía ser árbitro de la paz mexicana, la política de Estados Unidos había abierto un compás de espera; pero al mismo tiempo permitía, no obstante las exigencias de paz que pretendía para México, que los especuladores de armas a lo largo de la frontera norte mexicana, llevaran a cabo todo género de operaciones para abastecer de pertrechos de guerra a las facciones armadas nacionales, pero sobre todo a la villista.

De esta manera, el gobierno de Estados Unidos provocaba la guerra dentro de sus doctrinas de pacifismo y constitucionalidad; ahora que estas incompatibilidades de doctrina y procedimientos no alcanzaban los derechos de la razón, en hombres de muy elevados caracteres de gobernantes como eran Wilson y Bryan.

Esa práctica que favorecía a los vendedores de armas, en detrimento de la paz doméstica de México, la cubría la Casa Blanca con el manto de una supuesta neutralidad, en la que influía la preocupación de Estados Unidos en torno a los acontecimientos que se desarrollaban en Europa y que parecían amenazar al mundo.

En efecto, los imperios centrales, en seguida de declarar la guerra (4 de agosto de 1914) a los países de la Entente, y después de violar la neutralidad de Bélgica, avanzaban victoriosos sobre territorio francés.

La grande guerra, esperada y alentada en Europa desde los primeros años del siglo xx, era ahora un hecho que sacudía, comprometía y arrollaba a las potencias europeas y que, rozando los intereses financieros, políticos y culturales de Estados Unidos y otros pueblos, parecía que de manera inminente podía convertirse en una

conflagración mundial, de la cual no sería dable escapar al pueblo norteamericano.

A esa gran preocupación del gobierno de Estados Unidos no correspondía México dado el estado de sus negocios internos. A las declaraciones bélicas de los imperios centrales, Carranza contestó con una débil declaración de neutralidad. De hecho, el gobierno de la Revolución no se dio por entendido de lo que aquella guerra podría significar para México, ni siquiera para el futuro de México.

Muy graves, eran los negocios, ya de facciones, ya de la masa rural, ya de la administración pública, ya de las condiciones urbanas en el país, de manera que parecía un desafecto patriótico y una merma a las condiciones domésticas del país, cualquiera preocupación que correspondiese a asuntos o conflictos más allá de las fronteras nacionales. Sobre todo de problemas capaces de comprometer el estado anémico de la nación mexicana, sometida a la dura prueba de su rehabilitación rural.

No dejaba, por supuesto, de influir en el desdén de los revolucionarios hacia los acontecimientos exteriores, la ignorancia de los caudillos de la Revolución en los negocios extranjeros, y especialmente en los concernientes a los de Europa.

Hecha la Revolución con un sentido específico de nacionalidad —y de nacionalidad que dirimía la gran población rural mexicana— y desligados los caudillos de los intereses y artificios de la diplomacia universal. Resentidos, además, por el intervencionismo de los agentes diplomáticos de Europa y Estados Unidos durante los trágicos sucesos de febrero, la realidad a extramuros de México escapaba de las manos y la vista de los jefes revolucionarios; ahora que esto, hacía perder a México la oportunidad de utilizar las condiciones de guerra en Europa, para dar fin a las condiciones de sometimiento en que se hallaba la economía nacional.

El propio Carranza, teniendo a menos, como encargado del Poder Ejecutivo, los acontecimientos europeos, estaba perdiendo la



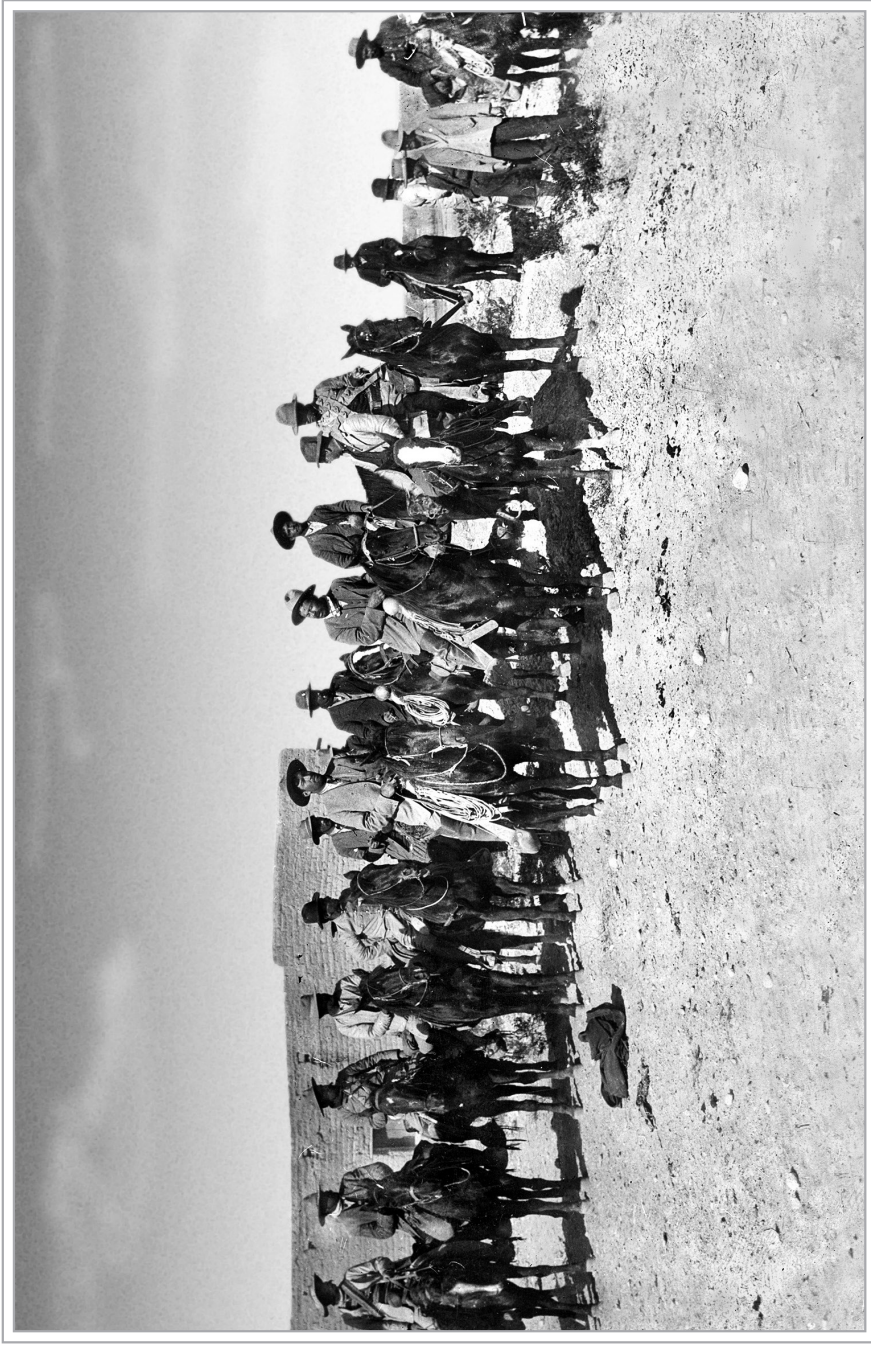
Presidente Venustiano Carranza y su estado mayor

oportunidad de aprovechar la coyuntura en favor de los intereses nacionales y de la Revolución; porque, al efecto, habiendo provocado la guerra europea un aumento de precios en el petróleo, el henequén, los minerales y otros productos de México, Carranza permaneció ajeno a tal suceso, que pudo servir de pauta para una pronta y segura rehabilitación de la economía mexicana, y para apaciguar con tal motivo a las facciones guerreras.

No se opinaba ni se procedía en igual forma dentro de la facción villista. En ésta, dos hombres ilustrados y clarividentes como el licenciado Miguel Díaz Lombardo y el general Felipe Ángeles, advirtieron al general Francisco Villa —y éste aprovechó las opiniones de Díaz Lombardo y Ángeles en el medio al que se prestaba su rusticidad— lo favorable que podía ser para el villismo el alza de precio en los metales como consecuencia de la guerra europea; y como Díaz Lombardo y Ángeles, por otra parte, previeron la simpatía y apoyo del gobierno norteamericano hacia los países de la Entente, aconsejaron a Villa, y éste aceptó el consejo, que no desaprovechara todos los signos equivalentes a una alianza moral con Estados Unidos.

Muy acertadas, aunque peligrosas para la paz interna de México, puesto que ponían a Villa en un suelo factible al crecimiento de las tentaciones propias a los caudillos rústicos, fueron las opiniones de Ángeles y Díaz Lombardo; porque Villa logró adquirir en trueque de metales, fuertes cantidades de armas y municiones, de manera que para el otoño de 1911 representaba dentro de México una fuerza militar vigorosa, audaz, organizada y debidamente preparada para la guerra civil; tan preparada así que ya no quedaba otro camino a Villa que el agredir a la autoridad de Carranza, no obstante el reconocimiento que había hecho de la autoridad de éste, y de los males que iba a acarrear al país y que le harían empañar su figura de excepcional caudillo rural de México.

Las necesidades que los países europeos en guerra, tuvieron de minerales mexicanos fueron, de esa manera, las columnas de apoyo



Tropa del general Villa

para que el general Villa embarneciera su División del Norte y con lo mismo sobrestimara su poder de guerra y sus aptitudes como capitán de los Ejércitos en pugna.

Estas ventajas ofrecidas por la guerra europea a los revolucionarios mexicanos y que el general Villa utilizó hábilmente, aunque en detrimento de la paz nacional, pasaron inadvertidas para Carranza, y como era natural, también para el general Emiliano Zapata, quien aparte de tener sus concentraciones armadas fuera de la zona mineral de México, se limitaba a fomentar el heroísmo esotérico, pasivo y errático de la más generosa rusticidad mexicana.

Y la generosidad del zapatismo no tenía límites ni en candor político ni en manifestaciones de guerra. Todo cabía dentro del Ejército Libertador, porque cada uno de sus actos era consecuencia de una fe humana. Así, el zapatismo lo mismo respetaba las grandes tenencias de tierra, como a continuación entraba a saco las haciendas; hacía fusilar a los mayordomos, en su mayoría españoles, de las fincas azucareras, como mandaba escoltar a los hacendados para que no fueran perjudicados en sus personas o intereses.

Zapata, pues, estaba al margen del concurso revolucionario con respecto a la guerra europea, y ello sin detrimento de su conciencia revolucionaria ni de los intereses del país, dada la geografía de sus operaciones guerreras; ahora que no acontecería lo mismo con Carranza, porque no obstante su desdén hacia los negocios extranjeros, pero en particular en lo conexivo a los sucesos en Europa, pronto tuvo necesidad de cambiar de opinión. Las noticias de que el general Villa se fortalecía con material de guerra gracias a los altos precios de los minerales, le hizo convenir en la necesidad de acudir a iguales arbitrios; y al efecto, ordenó al general Pablo González que procediera a acrecentar las guarniciones y vigilancias en las zonas petroleras de Tamaulipas y Veracruz, de manera que, llegado el momento, se pusiera en vigor un aumento considerable sobre los impuestos que pagaban las empresas explotadoras de los pozos

petroleros, que estaban obteniendo cuantiosas ganancias como consecuencia de los suministros que hacían a los Aliados.

Mas comprendiendo que tales disposiciones, —fácilmente aplicables, gracias al orden administrativo que el general González daba a sus cuerpos armados—, no serían tan efectivas si no estaba bajo su autoridad un puerto marítimo o fronterizo de la importancia del que Villa tenía en Ciudad Juárez, Carranza procedió a urgir, con imperio patriótico, y por conducto de sus agentes en Washington, la desocupación militar de la plaza de Veracruz, que continuaba en poder de las fuerzas armadas norteamericanas.

No fue esa la única disposición de Carranza, sino que advirtiendo la importancia de la península de Yucatán, donde produciéndose el henequén, fibra tan codiciada por los requerimientos de la guerra, podrían tener una fuente de riqueza con la explotación, el monopolio y la exportación de la fibra yucatanense, que en el año de 1914 había dado un rendimiento de 25 millones de dólares, ordenó una centralización henequenera.

Sin desconocer los proyectos de los consejeros del general Villa ni las ganancias que éste obtenía en las inigualables operaciones que realizaba con los minerales de Chihuahua, Durango y Coahuila, el Primer Jefe se propuso seguir los pasos del caudillo norteño; y tras de afianzar la situación militar en Tamaulipas y Veracruz, y con ello acrecentar los ingresos la Tesorería del constitucionalismo; y tras de dictar las primeras disposiciones a fin de apoderarse de la producción henequenera, ya no tuvo otro objetivo principal que el de establecer su ciudad capitana en el puerto de Veracruz.

Con todo esto, un nuevo horizonte se presentaba a la vista de Carranza. Los vaivenes que en esos días se sentían y practicaban entre los jefes revolucionarios, pasaron a segundo lugar. Carranza iba a fortalecer su autoridad en todos los órdenes de la vida mexicana; y los medios estaban a su alcance. Para ello no le faltaba talento y experiencia; tampoco tozudez.

Dentro del ambiente de independencia y capricho que auspiciaban los jefes revolucionarios y que hacía nebulosos los problemas suscitados en la trasguerra, Carranza, con singular decisión, se dispuso a cumplir con las estipulaciones del Plan de Guadalupe; y al efecto, con su categoría de Primer Jefe del Ejército Constitucionalista y encargado del Poder Ejecutivo, expidió (14 de septiembre), una convocatoria a fin de que los gobernadores, generales e individuos con mando regional de tropa concurrieran a una junta que debería efectuarse en la Ciudad de México el 1 de octubre (1914).

La reunión tendría por objeto, señalar la fecha para restablecer el orden constitucional en la República, aprobar un programa de gobierno y expedir las leyes necesarias a fin de poner en práctica los ideales de la Revolución.

Aunque tal convocatoria estaba inspirada en un alto y digno espíritu liberal y por lo mismo no hacía distinciones ni establecía privilegios, en vez de servir a la unificación de los grupos y facciones armadas, en esos días durante los cuales no faltaban envidias y discolerías, apetitos e intereses, se convirtió en un instrumento de clasificación y división entre villistas y carrancistas.

Villa, tan ajeno a las ideas como a la prudencia, experimentó fuertes recelos respecto a la junta, creyendo que se trataba de una añagaza de carácter político, puesto que el teatro parecía dispuesto por Carranza a tal objeto. Villa en la realidad no sentía odio ni rencor hacia Carranza, pero sí veía en todos los actos de éste una réplica del porfirismo; y más que del porfirismo, de la autoridad sombría, abusiva y perennial porfirista. Y, en efecto, tanto era el temor de que los hombres y sistemas de mando y gobierno repitiesen la hazaña de los 30 años, que sobre el tema de los programas o el discurso de las doctrinas, estaba la vigilancia sobre los individuos que se halla-

ban, debido a su jerarquía revolucionaria, en la posibilidad de prolongar la jurisdicción y el periodo de su autoridad.

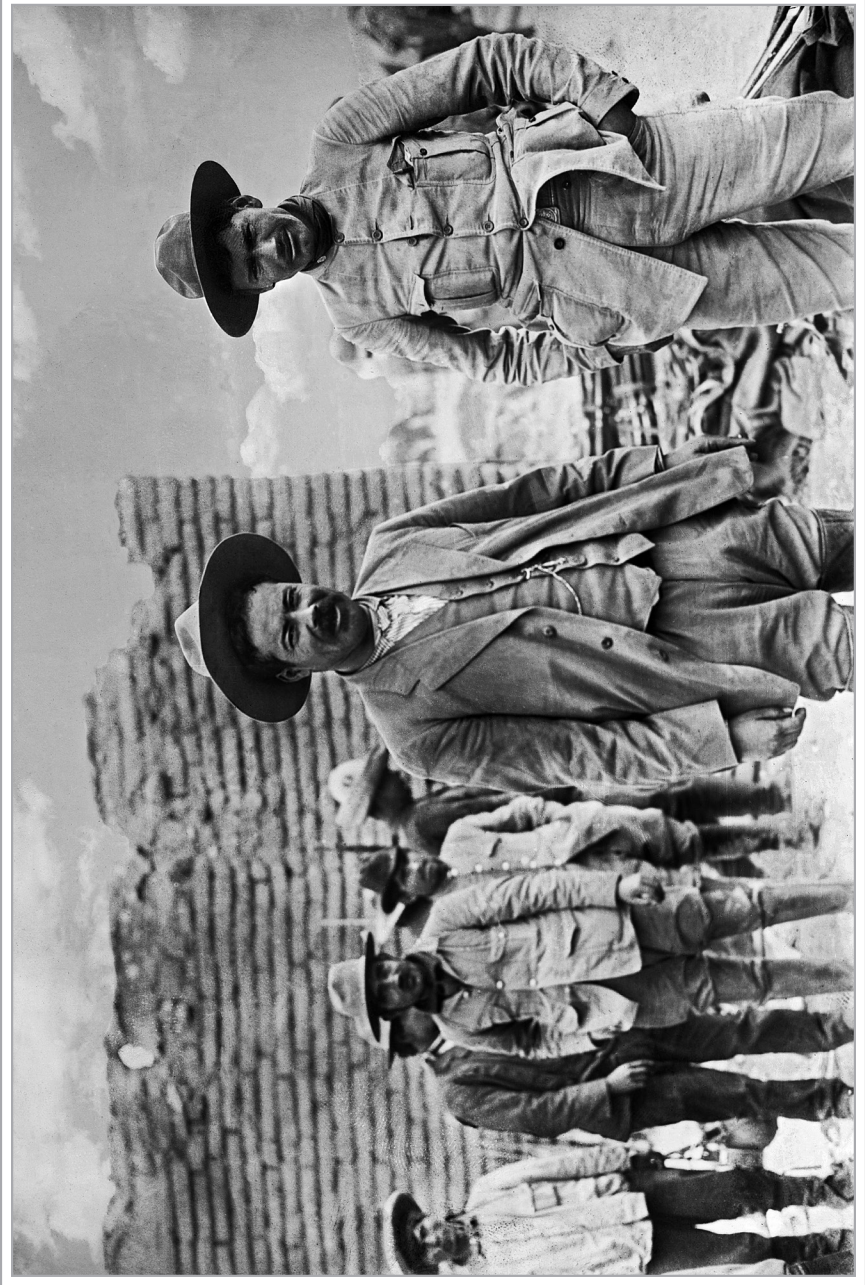
Así, el general Villa, creyendo que la junta convocada por Carranza fuese un pretexto para que éste continuara en la jefatura de la Revolución, en alas de los impulsos —también la ignorancia y desconfianza—, se abstuvo de aceptar la invitación del Primer Jefe e hizo que sus lugartenientes omitieran corresponder a la convocación.

No se contentó el general Villa con esa política abstencionista, sino que adoptó una actitud agresiva hacia el Primer Jefe, encerrado en la idea de que Carranza no obraba de buena fe y que por lo mismo pretendía prolongar su autoridad; y con tal motivo, sin advertir —tal era su rusticidad— los males que iba a acarrear al país, hizo pública su determinación (25 de septiembre) de no concurrir a la junta a par de insinuar que se proponía combatir al carrancismo, al que acusaba de constituir un partido con el propósito de confirmar sus privilegios de mando nacional.

Ahora bien: como grande era la influencia del general Villa entre los grupos revolucionarios, a la junta reunida en México el 1 de octubre, sólo asistieron los jefes que notoria y visiblemente correspondían a los designios de Carranza.

De esta suerte, los preliminares de la junta, quedaron adornados por el pesimismo. El fantasma negro y cruento de la tercera guerra civil surgió desde la hora en que se reunieron los jefes y gobernadores revolucionarios. Además, sobresalió, en medio de las negruras dichas, la creencia de que la asamblea convocada por Carranza no resolvería uno solo de los problemas que lesionaban o conmovían al país. Y lo anterior quedó de hecho comprobado al advertirse que los delegados a la junta casi en su totalidad de origen rural, carecían de ideas capaces de dar genio y figura a la Revolución.

Esas condiciones anímicas y físicas se reflejaron, como se ha dicho, en el seno de la reunión, desde la instalación de la misma;



Villa tenía gran influencia entre los grupos revolucionarios

y como todo eso era motivo de titubeos y ansiedades entre los delegados, Carranza aprovechó aquella situación, con mucha habilidad, para plantear ante el atolondramiento de los convencionistas, la disyuntiva de que o aceptaban su renuncia o le ratificaban el apoyo incondicional (3 de octubre); disyuntiva que los delegados resolvieron rechazando la renuncia del Primer Jefe.

Mas así como la junta, a la cual se la llamaba *Junta Militar*, no obstante que los que a ella asistían no conocían ni reconocían las ordenanzas específicas ni mandaban corporaciones militarizadas; mas así, se dice, como la junta seguía reconociendo el poder político y revolucionario de Carranza, así también admitían la necesidad de persuadir a Villa de que concurriera a la reunión. Al efecto, los propios partidarios de Carranza propusieron —y Carranza lo aceptó— que la asamblea fuese trasladada a un punto equidistante de los caudillos en contradicción; punto que, lógicamente debería ser neutral.

De esta suerte, la apellidada *Junta Militar* terminó sus tareas de carácter preliminar, mientras una comisión salió al norte del país a fin de conferenciar con Villa y atraerlo al objeto principal de la asamblea, que consistía no tanto en discutir al aprobar los planes de reconstrucción nacional, cuanto en restablecer la unidad de los grupos y caudillos revolucionarios.

Con tales resoluciones, la junta efectuada en la Ciudad de México dio fin a sus labores. Había sido intrascendente. Sus miembros, en su gran mayoría ayunos de ideas y precisiones, no tuvieron aptitudes para penetrar a los problemas de México ni siquiera se registró una definición respecto a los caudillos; porque si todo pareció indicar la existencia de un partidismo en favor de Carranza, esto fue superficial, porque en la mente de cada uno de los concurrentes bullía la idea de ser actor principal de lo inesperado. Y no podía ser de otra manera. Los capitanes de los alzamientos habían organizado las fuerzas armadas por sí propios; y por sí

propios tenían el grado militar que lucían sus mandos y personas. Además, así como se desdeñaba a la gente armada del general Emiliano Zapata, así se temía y admiraba el poder guerrero del general Villa, de manera que al tiempo de que ninguno de los adalides revolucionarios se atrevía a elegir partido sin considerar la organización villista, se excluía al zapatismo de las negociaciones de unidad que se llevaban a cabo entre los capitanes de Villa y Carranza.

Pero no solamente los zapatistas quedaban al margen de la nueva reunión que debería efectuarse en la ciudad de Aguascalientes. También excluidos estaban los individuos llamados civiles; esto es, aquellos sujetos que no correspondían a la acción bélica de los Ciudadanos armados; y *ciudadanos armados* como queda dicho, se apellidaban a sí mismos los jefes revolucionarios, a manera de borrar de la mente nacional la idea de que la Revolución estaba organizando una casta militar. Así, sin agregar ni restar iniciativa y facultades bélicas a los hombres de la Revolución, se les hacía clase aparte del gremio castrense. Los políticos y oficinistas, pues, sin dejar de ser parte de la Revolución, no gozaban de las prerrogativas electorales y legislativas que se arrogaban los ciudadanos armados.

Aprobado, tanto por villistas como por carrancistas, que la ciudad de Aguascalientes quedase como la sede de la junta revolucionaria, la asamblea reunida en la capital de la República dio por terminadas sus sesiones el 5 de octubre.

Y esto ocurría precisamente en los días en que Carranza recibió noticias de los preparativos que llevaban a cabo los soldados norteamericanos que ocupaban el puerto de Veracruz, para evacuar la plaza. La clarividencia y tenacidad de Carranza unidas en aquellas horas tan difíciles para la Revolución, parecían esperar si no la paz nacional, cuando menos la fundamentación de un gobierno capaz de dar cuerpo y doctrina al Estado mexicano.

Lo que es la Convención, lo que no es, lo que debe seguir siendo.

Desafío al Sr. Lic. Antonio Díaz Soto y Gama.

Después de haber establecido y fundado que la Convención es soberana, o sea que tiene poder suficiente para tomar los acuerdos necesarios, es necesario asegurar el triunfo de los ideales que ha sustentado la Revolución, es preciso, para formarse una idea clara del alcance real que pueda tener una soberanía, formular este dilema:

O es absoluta la soberanía de la Convención o es relativa.

La soberanía de la Convención no es absoluta, es limitada y relativa.

No puede ser absoluta su soberanía, porque si lo fuera, no tendría restricción alguna para obrar, sus actos podrían abarcar la esfera de acción más amplia que pueda concebirse; y que esto no lo puede hacer, está en la conciencia de todo el mundo.

Si la soberanía de la Asamblea fuera absoluta, indudablemente que tendría poder para cambiar la forma de nuestro gobierno y convertirlo de régimen representativo, democrático, federal, en régimen monárquico, constitucional, parlamentario, y más a vista que el hacerlo, sería un absurdo, si que pueda aceptarse como argumento en contrario, el hecho de que nuestra forma de gobierno nunca ha dado resultados satisfactorios y en cambio lo haya dado superior la adoptada por Inglaterra, en donde se disfruta de un gran bienestar entre todas las naciones más adelantadas de la tierra.

Si su soberanía fuera absoluta, podría nombrar Presidente por diez o veinte años, en régimen provisional, como se ha creído en el deber de hacerlo; podría nombrar gobernadores en los Estados sin restricción alguna, y sin embargo se encuentra cohibida para ello.

Si su soberanía fuera absoluta, tendría derecho para declarar que la misma Convención tal y como está formada, debería darse en sus funciones todo un período de 10 años, o si se quiere a perpetuidad, cosa que alegraría en extremo a aquellos delegados que se han hecho del parlamento una carrera, aquello sería muy cómodo y agradable, ya no tendrían el trabajo de hacer las famosas giras democráticas, en que se acostumbra pedir al eternamente castigado pueblo, (y por eso indolente) en voto para ser representado en las cámaras; y sin embargo de este gran atractivo, no se atreven a dar semejante paso.

En fin, si su soberanía fuera absoluta, tendría la Convención las mismas facultades omnímodas que residen originalmente en el Pueblo, único árbitro absoluto para disponer como mejor le parezca, de sus destinos.

De aquí se infiere forzosamente que la soberanía delegada a la Convención, es relativa, que la soberanía que se ha puesto en sus manos en este período anormal, es limitada, y no se puede entender más que, a aquellos límites verdaderamente indispensables, que reclama el espíritu de la Revolución.

La Convención, como la ha demostrado en otra oportunidad, representa de su manera presuntiva, la voluntad de la mayoría del pueblo levantado en armas, y para cumplir satisfactoriamente su alta misión esta extensión tiene sus facultades, debe someter al estudio y resolución de los delegados, UNICAMENTE A LOS DELEGADOS, para atender a la resolución, una vez se impusiera necesidad para asegurar el completo éxito de la Revolución.

La Convención no debe confundirse con una Asamblea Constituyente.

No se trata de ocurrir en el caso que está de fatiga, como se ha ocurrido en esta Asamblea que es transitoria y de poderes limitados, con una Asamblea Constituyente que debe estar integrada por representantes nombrados directamente por medio del sufragio popular, o a lo menos indirecto. Previa recordación que en representación de que están investidos los delegados, entraña un mandato, tanto a todas las reglas y consideraciones de ese contrato, en esta virtud el mandatario no podrá extralimitarse de las facultades que se le han conferido, sin correr el peligro de que se nulipasen sus actos.

Conviene, pues, entrar en serias y detenidas consideraciones, en su estado y respecto de las causas que originan la actual Revolución, y de los fines inmediatos que ella persigue, para que podamos precisar hasta donde llega la soberanía de la Convención, cuales son sus límites, cual es su esfera de acción.

Todo buen ciudadano está obligado a interesarse en la resolución favorable de los problemas nacionales.

Comprendo que es tarea muy difícil, que debe ser obra no de un solo hombre, sino de muchos, estando por tanto obligados a allegar un contingente, el filósofo, el psicólogo, el hombre de las ciudades, el hombre de los campos, para que con las fulguraciones de sus cerebros, hagan la luz en cuestiones tan arduas, pues todos tenemos el deber de contribuir a la feliz resolución de los problemas que afectan hondamente a nuestra Patria. Y como el deber es correlativo del derecho, todos lo tenemos, para ilustrar, poco o mucho, el criterio que debe presidir a la Convención en estos solemnemente momentos históricos.

En uso de este derecho y en acatamiento a aquel deber, me he atrevido a emitir, en este artículo maulo, mi autorizada opinión sobre asunto tan importante, la cual vendrá a ser un complemento de la que di en México a "El Liberal", declarando que el pueblo ha delegado su soberanía en la Convención y que por lo tanto, que en esta histórica ciudad de Aguascalientes.

Causas que originaron la Revolución y fines que ella persigue.

Para proceder con método y llegar por sus pasos contados a una conclusión lógica, fíjemos, aunque sea a grandes rasgos, cuales fueron las causas de la Revolución, que aún no descanza por llegar a la meta de los ideales que la engendraron.

Las causas fueron tres: la cuestión económica, la cuestión política y la cuestión que, yo llamaré económico-política, en la que si se medita despacio, queda comprendida en las otras dos, el hambre y sed de justicia que atormenta al pueblo en todo orden de cosas.

La primera causa, o sea la cuestión económica, perfectamente sentida por todos, aunque difícilmente comprendida, sino por muy pocos, es toda la tragedia que el día sirvió de principal fundamento a la revolución de 1910, pues ella fue la que, exaltando hasta el paroxismo los ánimos de los desheredados, de los oprimidos, de los despojados por los eternos explotadores del indio, por los privilegiados, por los que en cien años se han hecho llamar *el elemento sano*, arrastró a las masas vilipendiadas a levantarse en armas, para derrocar a los tiranos, para conquistar por la fuerza de ellas, lo que no habían podido conseguir por la fuerza de la razón.

Problemas Económicos.

Los fines que se persiguen para aliviar esta crisis, esta situación verdaderamente miserable de los desheredados, son los de resolver favorablemente, los distintos problemas que afectan al proletariado.

Así, pues, se necesita resolver, pero de una manera urgente, el problema agrario que entraña: la restauración inmediata de tierras, montes y aguas, a aquellos que en distintas formas han sido despojados de ellas a la sombra del despotismo; la expropiación de terrenos para la indemnización que se estime justa, para restituir los egidos y fajas legales, formar colonias y en general restringir los latifundios para proteger en grande escala la creación de la *pequeña propiedad*, base sólida en que descansa la *país eficiente*; fundación de bancos agrícolas que suministen, principalmente, los trabajos emprendidos por los labradores pobres; y el mejoramiento de los canales, a fin de que el indio pueda hacer, de la trágica condición de bestia de carga, a la categoría de ser humano.

En el amor que manifiestan los ciudadanos delegados, al emprender la labor que requiere este delicado problema, demostrarán si son verdaderos revolucionarios o no.

Problemas Políticos.

Viene la segunda causa, la cuestión meramente política, en general, que se refiere a la forma transitoria, provisionalmente al régimen constitucional, con el eventual atentado que debe ser cometido, y que llevados a cabo los revolucionarios, y a quienes debe el sector Masero, llegar a sustituir las matrices influyentes que la corrupción que la oligarquía, lo cual estuvo a punto de hacer, cambiando radicalmente de política y entrara francamente por el camino que le había trazado el período revolucionario, el pueblo que lo había elevado a la Primera Magistratura, para que representara sus intereses y que por la deslealtad propia de su raza o condición había olvidado, en medio de la inestabilidad de la

política de México, en medio de aquel mar de adulación en donde naufragaron los hombres más puros, las conciencias más rectas, los caracteres más firmes, porque allí saben presentar la mentira con tanto arte, tan llena de seducciones y atractivos, que se entregan las víctimas a ella con entusiasmo, creyendo que estrechan entre sus brazos a la hermosa verdad.

Aquel atentado, que hizo desaparecer trágicamente a los legítimos mandatarios del pueblo, fue y sigue siendo de enorme trascendencia, porque él despertó en la mayoría de los mexicanos una justa indignación, él enardeció el entusiasmo para tomar las armas y pelear con heroísmo, para derrocar al usurpador más callado que conoce la historia; él tiene en constante tensión al pueblo, que anhela restablecer el régimen constitucional, para congregarse al derredor de las armas electorales y nombrar los nuevos mandatarios que han de satisfacer sus justas aspiraciones.

La Justicia debe ser administrada con pureza.

Y por último, fue la tercera causa de la Revolución o mejor dicho, la única, porque como he indicado antes, en ella caben las otras dos, la eterna violación que los privilegiados hacen de la justicia, a la cual velan como a una mancha, disfrutando de los placeres que les proporciona, plegado por la fuerza a todos sus caprichos, para hacer de ella después de satisfacerlos, el mayor ludibrio.

Así pues, todos aspiramos con ansia infinita, que se dicten sabias disposiciones que vengam a corregir pueblo, aquellos abusos de los poderosos, de manera que la justicia se administre con verdadera pureza y no sea la espada de dos filos que ha estado siempre dispuesta a herir las cabezas de los desvalidos establecidos al efecto responsabilidades ineludibles para los encargados de aplicar y ejecutar las leyes y limitándolos para siempre de la política, a fin de que no se corrompan y sirvan de instrumentos viles de los ambiciosos de poder y de riquezas.

Las causas que originaron la revolución y los fines inmediatos que ella persigue, son dos seguramente la clave de lo que tiene que hacer la Convención en este período, que ha dado en llamarse preconstitucional y que yo llamaré *período de preparación constitucional*, para entrar francamente a gobernarlos dentro del régimen marcado por la Carta Magna, llevando un precioso bagaje de *disposiciones, leyes o decretos*, (llámense como quiera) adquiridos a cambio de inmensos sacrificios, para incrustarlos en el hermoso Pacto que nos constituyó en nación de hombres libres.

Si conocemos las causas y los fines de este gran movimiento revolucionario, tendremos que deducir con claridad, que es lo que hay que hacer para satisfacer las aspiraciones del pueblo que las incubó, las forjó y está resuelto a convertirlas en realidad definitiva, para llegar de una manera cierta a la Paz.

LABOR QUE DEBE REALIZAR LA CONVENCION.

Si se procede con el mismo método empleado para señalar las causas y fines de la revolución, podemos establecer como una consecuencia lógica, cuales son los compromisos que tiene que cumplir la Convención, para dejar satisfecha a la Revolución y hasta donde llegan sus facultades.

La Convención puede poner y quitar Presidentes en este Período de Preparación Constitucional.

Indudablemente que ha "tenido" y requiere tener derecho la Convención para remover cualquier obediencia que se le pida, en tanto que, para cumplir debidamente, en este período *de preparación constitucional*, los sagrados compromisos, firmo: los conatos de hermandad, aunque no lo hacen sólo en la batalla, ha concurrido para con el pueblo lo tanto en las armas, (hoy es obsoleto Venustiano Carranza, Francisco Villa, Emiliano Zapata, etc., etc.) por encima de los mercurios intereses personales; un hombre, están los intereses de la Patria. Así es que, ha quedado enteramente obsoleto el derecho individual que tiene la Asamblea de poner y quitar cuantas veces lo crea necesario, el Presidente o Encargado del Poder Ejecutivo, que entre pertenencia en la misma cosa, según se define claramente en el artículo 89 de la Constitución, en cuando dice: "Se declara al Ejecutivo del Supremo Poder Ejecutivo de la Unión en un solo individuo que se designará Presidente de los Estados Unidos Mexicanos"; así es que, resulta una exclusión

Aguascalientes, hacia los días que remiramos, era una población pobre y amable. Tenía veintitantos mil habitantes. Era centro de una gran actividad ferrocarrilera, quizás la mayor del país, en tal función, después de la Ciudad de México.

Sus moradores lucían la fama de industriosos. Sus artesanías eran celebradas en la República. Con aquello y esto, como allí se hallaban establecidos los talleres de reparación del material rodante, hablar de Aguascalientes era hacer referencia a ferrocarriles y ferrocarrileros.

Como acontecía con la mayoría de las poblaciones mexicanas en los días que recorremos, ningún influjo, a pesar de su trabajo diligente y eficiente, ejercía Aguascalientes en la vida social, política o económica nacional; y ello también, a pesar de que de tal población han salido hombres distinguidos en el país, ahora que éstos no han procurado dar lustre a su pueblo natal, que vegetaban modesta y apartadamente. La Revolución, que había conmovido a casi toda la República, pasó inadvertida, como suceso guerrero, para los habitantes de Aguascalientes. El estado vivía en medio de las tantas pobrezas reflejadas en su suelo, que fue de aquellos que no produjeron inspiración a los sentimientos revolucionarios. Ni siquiera para darles la satisfacción de entrar a saco las haciendas esquilgadas por las sequías y las pestes.

Mas ese era el Aguascalientes, anterior al octubre de 1914; porque ahora, en estos días, y sobre todo hacia la mitad del mes, la población ha florecido como por encanto. No hay alojamiento para la gente recién llegada. Plazas y calles están colmadas de forasteros, todos armados. Los alimentos escasean, a pesar de que de un lado a otro van como corriente caudalosa los *bilimbiques*, y los *bilimbiques* de orígenes, colores y valores muy desemejantes. Las bandas de música llenan el ambiente con sus notas. La estación del

ferrocarril es un hormiguero de soldados y oficiales uniformados a modos caprichosos, y casi siempre desiguales.

Sobre las vías férreas que terminan en la población, hay inúmeros trenes. Los convoyes, en su mayoría, están provistos de vagones dormitorios y comedores. Éstos sirven de alojamiento a los generales; porque Aguascalientes es ahora la capital de los ciudadanos armados de México; y tales ciudadanos armados poseen altos grados militares, a pesar de que no son militares, sino individuos a quienes los azares de la guerra intestina les dio categoría en las filas del improvisado Ejército de la Revolución.

Entre los caudillos de la guerra que van llegando a Aguascalientes hay capitanes de quienes se cuentan hazañas casi fabulosas; y quienes además de sus triunfos en asaltos y combates, y de sus funciones como vengadores de Madero y del maderismo, tienen muchos pajaritos en la cabeza. Otros, son meros pueblerinos con las características, ora de la hurañez, ora de los odios, ora del abigeato, ora de las idealizaciones, ora de la vulgaridad. De todo es posible hallar dentro de ese reino de la Revolución; y es que allí, en Aguascalientes, está la Revolución misma. Cada jefe tiene su historia, ya dramática y quejumbrosa, ya salvaje y valiente. Allí están Rafael Buena y Saturnino Cedillo, Santos Bañuelos y Álvaro Obregón, Julián C. Medina y Fortunato Zuazua, Tomás T. Urbina y Calixto Contreras, Atilano Barrera y Macario Gaxiola, Roque González Garza y Eulalio Gutiérrez, Ramón F. Iturbe y Manuel García Vigil, Manuel Chao y Antonio I. Villarreal.

El número de jefes revolucionarios en el recinto del teatro a donde se reúne la Convención según la lista de asistencia correspondiente al 18 de octubre (1914), es de 104. Y 104 individuos de armas tomar, es decir, 104 grandes y amenazantes polvorines mexicanos. Y no son todos los que hay en la República, puesto que en Aguascalientes no se hallan presentes los zapatistas ni los comandantes de guerrillas. Faltan también los generales que están guarnicionando el país y



Protesta de delegados de la Convención de Aguascalientes, en el Teatro Morelos. Se advierten varias personalidades: Álvaro Obregón, Eulalio Gutiérrez, Ramón Iturbe, Manuel Chao, Eugenio Aguirre Benavides, Raúl Madero y Roque González Garza, entre otros

otros más que por indiferencia, o pesimismo, o bien por querer esperar los resultados de la reunión sin comprometerse previamente con ninguno de los bandos, prefieren esperar en sus querencias o cacicazgos.

En medio de los asistentes a la reunión, es difícil determinar cuáles son las ideas que predominan. La atmósfera está cargada de esoterismos. Tal vez esto signifique que son unos cuantos los jefes revolucionarios iniciados en los secretos de la política y la guerra.

Todos, sin embargo, están reunidos en el Teatro Morelos al mediodía del 10 de octubre. Mas, ¿de qué tratarán? ¿La guerra civil ha concluido? Sin embargo, nadie, ha entregado sus armas ni ha firmado la paz. Esto no obstante, hay un principio que se repite en voz alta y en voz baja de uno a otro de los concurrentes: *la guerra ha terminado*. Y, ¿qué ha de seguir a la guerra? Esto es lo que no se sabe y ni siquiera se discute. Sólo se advierte la formación de una nueva pléyade mexicana. Asimismo es posible convenir en que hay una conciencia que repite, cada vez con mayor vehemencia y satisfacción, la palabra Revolución. Pero, ¿qué es la Revolución? ¿Acaso lo sabían aquellos hombres armados, rústicos de solemnidad en su mayoría?

Para saber qué era la Revolución se requería una instrucción previa. E instrucción no tenía aquella gente; aunque la sustituía con la intuición.

Y sin instrucción, ¿cómo y quién iba a gobernar al país? La gobernación de los pueblos nunca puede ser improvisación. Los gobernantes requieren el principio de la responsabilidad, y ésta no es un genio centelleante, sino una alma organizada y por lo mismo capacitada en los negocios de Estado. Quizás entre los hombres de la Revolución al filo del octubre de 1914, entre los contados revolucionarios con aptitudes para dar cuerpo y espíritu al Estado estaba, como funcionario estelar, el licenciado Luis Cabrera.

Sin embargo, como Cabrera era demasiado instruido en las funciones del gobernante, los ciudadanos armados, ingenuos y pueriles,

le desconfiaban. Considerábanle como individuo capaz de ganar con su verbo y talento el más encumbrado puesto de la Revolución, y con lo mismo, dueño de las cualidades para establecer un gobierno tan atentatorio como personal y caprichoso. Cabrera parecía, pues, como la dictadura en ciernes.

Aunque sin saber, se repite, qué era propia y exactamente la Revolución, los concurrentes a la asamblea de Aguascalientes se dispusieron a iniciar la función convencionista.

LOS HOMBRES DE LA CONVENCIÓN

La reunión de los revolucionarios mexicanos instalada en Aguascalientes, no es una asamblea legislativa, ni una junta militar, ni un mitin político. Llámasele *Convención* no sólo como reflejo de quienes conocen y tratan la historia de la Revolución Francesa, antes por suponerse que en ella, los caudillos de la Revolución Mexicana van a convenir acerca de los principios que norman el gran suceso político, así como a convenir sobre la manera de realizar y consolidar la unión de los revolucionarios.

Y no hay, ciertamente, dentro de la atmósfera convencionista un propósito de partido. El verse cara a cara los más disímbolos capitanes de la guerra, los más desemejantes caracteres nacionales y los sujetos más hazañosos de una historia corta en cuanto a su edad, inmensa en lo que respecta a su capacidad, todo en el interior del Teatro Morelos se vuelve conmovedor. Hay allí un fraternal incienso de vivaque; una curiosidad de proyectos; un deseo de entendimientos; una voluntad patriótica anhelante de transformar los males del pueblo en bienes repúblicos.

Cada quien recorre mentalmente la historia de cada cual. Búscase entre los delegados la tradición revolucionaria. Los liberales de la primera década del siglo están aureolados por su tenacidad, y se ve en ellos a valientes y dignos individuos que dejaron a un

lado intereses y cariños para luchar por las libertades públicas de los mexicanos. La palabra *antiporfirista* suena más en el pecho de los convencionistas que el vocablo de *revolucionario*. Aquellos que osaron combatir al gobierno del general Díaz que era apellidado *dictadura*, y más enfáticamente, odiosa dictadura, tienen los miramientos que sólo alcanzan los próceres. Aquellos que como Villa y Obregón improvisaron ejércitos y ganaron batallas a los militares profesionales, son objeto de la admiración; y esto a pesar de que el general Villa permanece en el más modesto de los retraimientos y el general Obregón cubre sus glorias con el más albo de los mantos democráticos. La vanidad, de la que podrían jactarse no pocos de los asambleístas, ha quedado envuelta entre los hermosos y generosos pliegues del patriotismo; porque será difícil hallar en la historia de México un acontecimiento como ese del Teatro Morelos en el cual, los hombres que poseen la fuerza se han despojado de la fuerza. La sencillez del alma rural, que vive tan unida a la naturaleza observando los soles y as lunas, es manifestación purísima en la reunión de Aguascalientes.

No se hallan allí, pues, hombres preparados en los laboratorios del saber y de la reflexión. Júntase, en cambio dentro del recinto, el mando y gobierno del genio que produce la intuición popular. Y esto es suficiente para hacer de la Convención un espectáculo humano maravilloso.

Si no se sabe qué es la Revolución o qué hará la Revolución para convertirse en práctica y beneficio nacionales, sí saben los convencionistas elegir el signo de la rectitud, de la honorabilidad, de la hombradía y de la lealtad a los principios revolucionarios; pues al efecto, hacen presidente de la Convención al general Antonio I. Villarreal.

Éste correspondía a la nómina de los hombres instruidos, honestos y de inmaculado origen revolucionario. Además, era coautor principal del programa expedido por el Partido Liberal, en 1906; y como en Villarreal, más que un guerrero había un individuo de

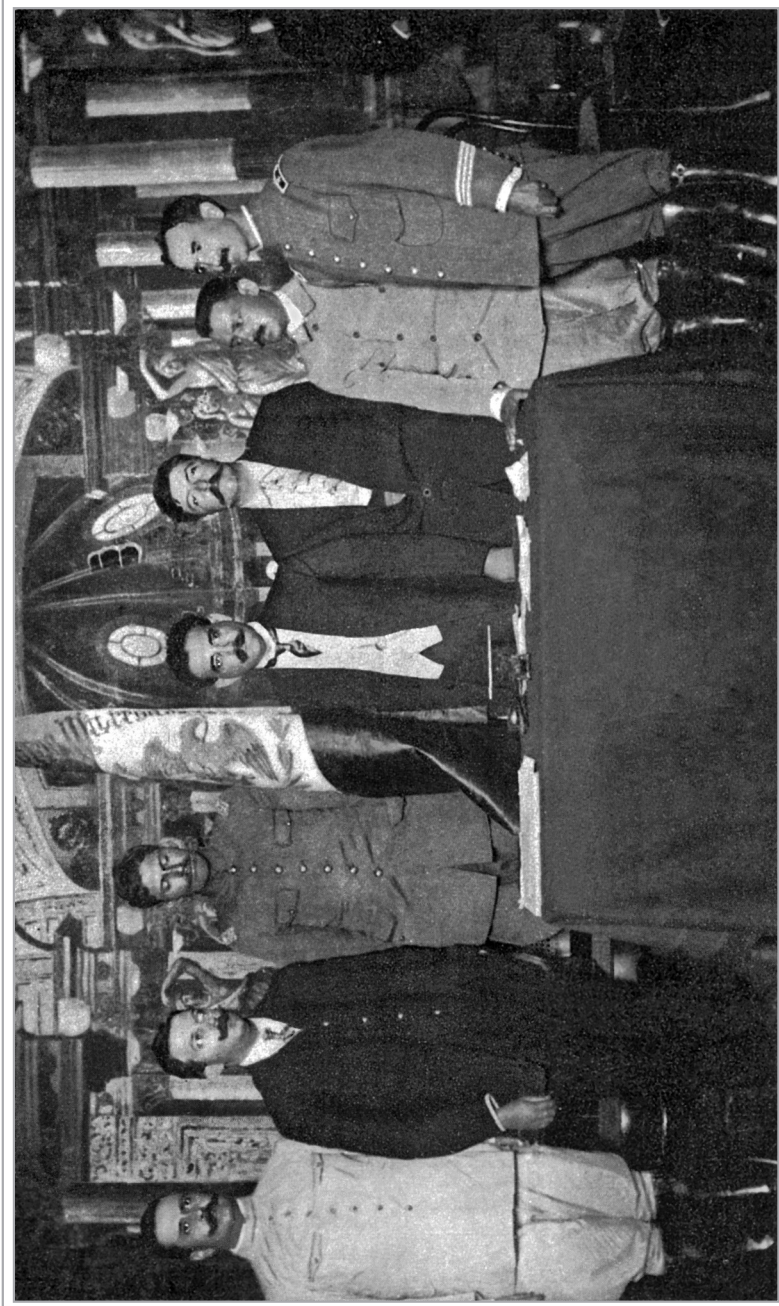
ideas, este hecho bastaba para que representara la mejor causa de la Revolución.

Al lado de Villarreal, en la directiva de la Convención, fueron elegidos los generales José Isabel Robles y Pánfilo Natera, ambos de origen maderista y bizarros como capitanes de guerra.

Dos grandes grupos quedaron organizados apenas instalada la asamblea. A la derecha del lunetario estaban los constitucionalistas presididos por los generales Álvaro Obregón y Lucio Blanco. A la izquierda, se hallaban los villistas, de quienes eran paladines el general Felipe Ángeles y el coronel Roque González Garza. Faltaba en el seno de la reunión, el tercer gran grupo de la Revolución: el de Emiliano Zapata, por lo cual Ángeles propuso, y la asamblea aceptó, que una comisión convencionista marchase desde luego al estado de Morelos con el objeto de persuadir al general Zapata a fin de que concurriese a Aguascalientes.

Aunque la mayoría de los asistentes se ostentaban como generales, al juramentarse como miembros de la Convención, lo hicieron, luego de escuchar respetuosamente los acordes del himno nacional y de estampar sus firmas sobre la bandera mexicana, como ciudadanos armados. Aquellos hombres querían borrar cualquier sospecha de que lo porvenir de México iba a depender de las armas o de las ordenanzas castrenses. El generalato, pues, no constituía una carrera, sino un accidente de la Revolución —un medio para el ejercicio del mando sobre los voluntarios que concurrían a los campos de batalla. Lo militar era, en la realidad convencionista, incompatible con el espíritu civil, político y jurídico del constitucionalismo. La derrota de Huerta seguida del licenciamiento del Ejército Federal significaba la derrota y exclusión de la profesionalidad militar.

Cuidábase de esa manera, cualquiera manifestación que indicase un retorno al pasado que se suponía construido y sostenido a fuerza de armas. Buscábase, en cambio, dar gran empaque a la asamblea,



La mesa directiva de la Convención de Aguascalientes estaba integrada por Vito Alessio Robles, Samuel Santos, Pánfilo Natera, Antonio I. Villarreal, José Isabel Robles, Mateo Almanza y Marciano González

puesto que en la realidad, allí, en su seno, estaban los representantes, si no del sufragio universal, sí de un Consenso Nacional. Por esto mismo, sin proemios oratorios, ni proclamas altisonantes, ni decretos autoritarios, ni ensueños transformativos, los delegados, como si hubiesen alcanzado la meta de México, aprobaron, en medio de un lírico entusiasmo y tras de las notas marciales del himno nacional, que la Convención se declarase soberana. Así nada estaba sobre ella. Era, pues, el gobierno de la República.

Quedaba de tal suerte el mando en las manos de Carranza, ya que los convencionistas hasta el momento de la declaración de soberanía, no le restaban la jefatura del Estado; ahora que concedían tan alta categoría a la asamblea, que ésta, sin determinar su jurisdicción, adquirió los relieves de una autoridad capaz de determinar el gobierno del país.

De esta suerte, la declaratoria de soberanía hecha por la Convención alarmó a Carranza, quien en seguida de preguntar a los asambleístas en qué consistían los derechos soberanos, advirtió que no desistiría de su autoridad como jefe del Ejército y como jefe del Poder Ejecutivo de la nación.

Y, en efecto, el mando y gobierno de Carranza en la República, a pesar de las funciones gubernamentales que la Convención soberana se decretó a sí misma, era una realidad.

Desdeñaron los convencionistas este hecho sustancioso, de manera que el general Villarreal, como presidente de la asamblea, idealizando su posición creyó tan vasta la autoridad de la Convención, que la consideró capaz de ordenar un alto el fuego en Sonora, adonde las fuerzas del gobernador José María Maytorena y del general Benjamín Hill estaban combatiendo por causa tan local como fútil; de pedir a Zapata que reconociese la autoridad convencionista y de advertir a Carranza y a Villa, que la Revolución no era para que “determinado hombre ocupara la presidencia de la República”, sino para “acabar con el hambre en la República Mexicana”.

Tales palabras, sin embargo, no dejaban de ser ajenas al origen del constitucionalismo y de la Convención. Eran también ajenas a una realidad política y revolucionaria —a la inspiración creadora sobre todo— que movía el alma y la pólvora de los ciudadanos armados —quizás de todos o la gran mayoría de los mexicanos.

POLÍTICA DEL VILLISMO

Desde las conferencias efectuadas en Torreón (julio de 1914), el villismo no sólo se caracterizó en la fuerza de los 25 mil hombres de la División del Norte. Singularizóse, esencialmente, en una función política que, si careció de poder y brillo, aunque no de simpatía popular, se debió al pequeño teatro de que dispuso Villa, para tan importante, aunque desdeñado ejercicio.

Mas no fue la causa apuntada la única que entró en operación para evitar el relieve político del villismo. Debióse también el hecho, a que en la parcialidad oponente al villismo estaba un hombre muy versado en los negocios públicos y tan metódico y responsable en sus actos personales, que difícilmente podía ser sobrepujado, dada su mayúscula experiencia en la materia, aunque su ilustración no hubiese sido de aquellas que conducen rectamente a la sabia previsión.

Carranza, que tal era el enemigo supremo del villismo, reunía en él un caudal de orden y responsabilidad suficiente para hacerle sobresalir en muchos metros de estatura moral al general Francisco Villa, y en un buen número de kilogramos de conocimientos a los consejeros de Villa.

Entre éstos, si había individuos de más capacidad, en cuanto a letras y proyectismos que Carranza, puesto que aparte de poseer sus propias luces tenían la virtud de ser entrañables y leales partidarios de la democracia maderista, en cambio no poseían la ventaja de obrar a un solo mando, que constituía el privilegio de Carranza, puesto que no únicamente estaban dedicados a luchar para lograr el



Tropas villistas en Gómez Palacio, 14 de marzo de 1914

bien acepto de Villa, en todo aquello que creían necesario o conveniente para la batalla política contra Carranza, sino que entre malos no existía una personalidad con el arrojo y la pertinencia públicos y civiles de Carranza.

Villa ignoraba las cuestiones políticas y con más razón los negocios de Estado; aunque esto, durante esos días que la gente vivía temerosa de los abusos de autoridad con los cuales se significó el porfirismo, le daba una creciente e inmensa popularidad, porque mientras en Carranza se veía el ejemplo clásico de la ambición de mandar y gobernar, en Villa, más que sus hazañas guerreras, se admiraba su candor y desdén políticos; pues si ciertamente no se desconocían sus ambiciones de ejercer una supremacía nacional, esto se consideraba tan idealizado, nebuloso y absurdo, que tales apetitos se tenían como una mera ficción propia de la guerra. Nadie, pues, daba crédito en conciencia a la posibilidad de que aquel hombre poco advertido, sencillo y sin malicia ni dobleces políticos pudiese ser una amenaza para fundar un gobierno personal omnipotente.

Mucho de engaño teatral guiaba a tal creencia, socorrida siempre en los tiempos durante los cuales hombre y proposiciones tienen la velocidad de los acontecimientos violentos; porque Villa, debido a su origen primitivo estaba gobernado por los caprichos, de manera que a menudo se dejaba poseer por las arrogancias personales, insolentes e indisciplinadas; y el antojo, acompañado del impulso, constituía su guía. Esta realidad, era ininteligible para la población vulgar de México que sólo seguía el lado favorable, atrevido, sincero y espectacular del villismo. Además, un pueblo que había estado sometido a los sistemas inconsultos de un régimen político como el porfirista, tenía que estar maravillado ante un hombre que, como Villa, no sólo se debía a sí propio, sino que con ingenio y valor sin par, rompía la observancia de las reglas que hasta esos días conocía el país. Mas considérese, sin dejar de comprender la magnitud de aquel hombre exento de exornos y artificios, qué hubiese sido de la

República si se le da la autoridad que sus triunfos y popularidades requerían, cuando tal autoridad entrañaba el desarrollo y ejecución de propósitos fuera de todos los cánones nacionales y legales. De un acontecimiento tan temerario como el que se supone, seguramente que, en el país sucumben las generosas intenciones de la grande e impoluta democracia maderista.

Hacia ésta, se dejaba conducir el general Villa, cuando así lo determinaba su capricho —y sólo su capricho— y no el contexto de un pensamiento. Y si no, vedle en Aguascalientes.

Es el 17 de octubre. Ha llegado inesperadamente a la sede de la Convención. La gente, los capitanes de la guerra, los ciudadanos armados han acudido a admirarle y aplaudirle. Villa no sabe conversar; pero tiene el don de distinguir a sus amigos y partidarios. Eufórico, es melifluido y seductor. Escucha a todos y a todos halaga.

La soberana Convención de Aguascalientes —y esto lo tiene Villa por cierto— es un triunfo de su partido. Verdad es que la unanimidad de los convencionistas no corresponde al villismo; pero gracias al villismo, los caudillos de la guerra han dejado la Ciudad de México para instalar la asamblea en Aguascalientes.

Y no constituía ése, el único triunfo de los partidarios de Villa; porque si Carranza vio con señalado desdén la reunión de la soberana —y sólo volvió hacia ella los signos de su autoridad cuando apareció la declaración de autonomía— fue por saber de antemano que una asamblea mexicana difícilmente podía organizar una autoridad unificada y gobernadora de la nación, mientras Villa, por su parte, se entregó virtualmente a la propia Convención. Y, al efecto, sin afectación alguna, el caudillo norteño, concurrió a una sesión, estampó su nombre sobre la bandera nacional, hizo público su desinterés de gobierno, abrazó afectiva y calurosamente a los generales de un bando y de otro bando, insensibilizó a sus más zorros enemigos, dejó correr el nombre del general Álvaro Obregón como presidencial y surgió como líder democrático.

Más al tiempo que esto acontecía en el Teatro Morelos, silenciosamente, los soldados de Villa se posesionaban de Aguascalientes. Ni un solo tren —ni el del presidente de la Convención, general Villarreal— pudo ser movilizado a partir de esa hora, sin la orden de Villa.

Así, lo ganado por éste en el orden político con su sola presencia en la asamblea convencionista, se perdió unas horas más tarde, porque aquella orden para la ocupación de la plaza por las fuerzas villistas, indignó a los concurrentes a la Convención; y el general Villarreal fue el primero en advertir que la neutralidad de Aguascalientes era “una farsa”, y con esto empezó una nueva y amenazante situación que intranquilizó todos los ánimos; pues si de un lado, los jefes villistas quitaron el mando de la plaza al general Agustín García Aragón, a quien la Convención había dado el empleo; de otro lado, el general Álvaro Obregón fue asaltado y poco faltó para que le secuestraran o asesinaran.

Mientras tanto Villa salió sigilosamente de Aguascalientes; más tropas villistas entraron a la plaza, y la violencia amenazó a la ciudad. Villarreal no se arredró. Mandó, al efecto, con mucha decisión, la salida de las fuerzas villistas, restableció el orden, hizo valer su autoridad de presidente de la Convención y a poco volvió a brillar el aparato de la soberanía.

Los convencionistas recuperaron la tranquilidad. Villa, regresó al norte, e hizo saber que respetaría los acuerdos de la Convención. Sus soldados le siguieron; pero quedó una honda preocupación entre los convencionistas, porque ¿no la sola presencia de la persona de Villa fue capaz de aturdir y comprometer a todas las facciones, y burlar así todas las funciones de libertad y autonomía de la asamblea? Y esto, no porque Villa hubiese obrado con perfidia, sino porque todo en tal caudillo era impulso y satisfacción momentáneos; errático e incierto.

Con Villa en el norte, la Convención volvió a la normalidad. Mucha era ciertamente, la admiración hacia aquél; pero mucho también el temor que inspiraba.



Con Villa en el norte, la Convención volvió a la normalidad

La Convención prosiguió, pues, sus trabajos, pero era de claridad meridiana el hecho de que existía un partido villista; un poderoso partido que se dilataba conforme avanzaban las horas de la Convención; porque aquella desenvoltura del caudillo al presentarse a los convencionistas, seguida de la automática ocupación militar de la plaza de Aguascalientes, significó que el general Villa quiso hacer saber lo que era capaz de llevar a cabo, tanto en el orden del político, cuanto en el género del guerrero. Villa pretendió duplicar su personalidad, atributo que solamente alcanzan los políticos excepcionales.

LA POLÍTICA DEL ZAPATISMO

El villismo, sin lugar a dudas, era poderoso en el orden de la guerra. A la organización, bizarría y organización de sus soldados se seguían la figura y el gran don de mando, hecho luz y fuerza en el general Francisco Villa.

Éste, con su excepcional laboriosidad, sus audacias determinantes y su desinterés probado en mil formas, alentaba a su tropa y estimulaba a sus generales, de manera que se hacía seguir fácil e irresistiblemente. Además, como era dúctil, aunque inestable en las maniobras políticas, si no podía medir sus armas con las de Carranza, sí le era dable volver las cosas contra el Primer Jefe, como se probó al lograr movilizar el asiento de la junta revolucionaria de la capital a la ciudad de Aguascalientes.

Servía también al crédito de Villa y del villismo, el carácter, la sobriedad e inteligencia del general Felipe Ángeles, a quien mucho despreciaban los caudillos revolucionarios de Sonora aparentemente por ser aquél, un soldado profesional; pero en el fondo, por la envidia que entre los bisoños en política y en armas despertaba Ángeles, a quien la falta de malicia y apetitos hacían enseñar todas sus facultades, de manera que muchos eran los recelos que le per-

Acta leída en la Sesión del 3 de Noviembre

DE 1914, DE LA

GRAN CONVENCION SOBERANA DE AGUASCALIENTES.

El día 30 de Octubre de 1914, a bordo del carro del Sr. General José Isabel Robles, que tiene instalada su oficina telegráfica en uno de los departamentos de ese carro, y estando presentes los Sres. Generales José Isabel Robles, Orestes Pereyra, Severino Ceniceros y Matías Pasuengo, el General Angeles, en conferencia telegráfica con el Sr. General Villa, informó a éste de que el Sr. D. Venustiano Carranza, en un documento dirigido a la Convención Revolucionaria de esta ciudad de Aguascalientes, puso entre otras condiciones para que el mencionado Sr. Carranza dimitiera las Jefaturas del Ejército Constitucionalista y del Poder Ejecutivo, lo de que el Sr. General Villa fuera retirado del mando de la División del Norte, y aconsejó el mismo General Angeles al Sr. General Villa, pusiera al Sr. General Robles el siguiente telegrama que éste debería leer en el seno de la Convención:

"De Guadalupe a Aguascalientes.—Sr. Gral. José Isabel Robles.—Sé que Venustiano Carranza impone entre las condiciones para retirarse del Poder Ejecutivo y de la Jefatura del Ejército Constitucionalista, que yo abandone el mando de la División del Norte. Siendo tan grande el bien que resultaría al país con la eliminación del Sr. Carranza, al grado que para lograrlo, estaba yo resuelto a que se derramara más sangre de compatriotas, sírvase Ud. declarar a mi nombre ante la Convención, que estoy dispuesto a separarme del mando de mi División y que espero respetuosos las órdenes de esa Convención."—*Sral. Francisco Villa.*

Y agregaba el Sr. General Angeles que tuviera la bondad el Sr. General Villa de meditar detenidamente su resolución en este asunto de tanta trascendencia.

Segundos después el Sr. General Villa contestó el siguiente telegrama:

"Buenos días mi General y demás compañeros.—Quedo enterado de lo 'que' se sirve manifestarme sobre las condiciones que trata de imponer el Sr. Carranza para retirarse del poder, y yo, por mi parte, propongo para la salvación de mi patria, no sólo retirarme de la División, sino que presto mi consentimiento para que la Convención, que tiene los destinos de mi Patria en sus manos, ordene que nos pansen por las armas tanto a mí como al Sr. Carranza, para que los que queden a salvar la República conozcan los sentimientos de sus verdaderos hijos. Salúdolo cariñosamente, así como a los demás generales.—Francisco Villa."

Después de deliberar breves instantes los generales reunidos en el carro, acordaron levantar una acta de lo acontecido, y entregarla, bajo sobre cerrado, para que se abriera en la Convención al conocerse la respuesta que el Sr. Carranza diera a la resolución de la Convención de separarlo de las Jefaturas del Ejército Constitucionalista y del Poder Ejecutivo.

Consultaron en seguida al Sr. General Villa su parecer acerca de este acuerdo, recibiendo en contestación el siguiente telegrama:—"Querido general: Puede levantar el acta a que se refiere, haciendo constar lo que les he manifestado, para que hagan uso de ese documento en la forma que consideren conveniente. Lo saludo cariñosamente.—*Francisco Villa.*"

Antes de recibirse este telegrama, llegó al carro del Sr. General Robles el Sr. General Julián Medina, quien fué impuesto también del referido telegrama.

Y para que la Convención se entere de estos acontecimientos, se levantó la presente, para que sea abierta por la Mesa y en presencia de la Convención en la oportunidad ya señalada.

[Firmado.]

J. Isabel Robles.

[Firmado.]

Felipe Angeles.

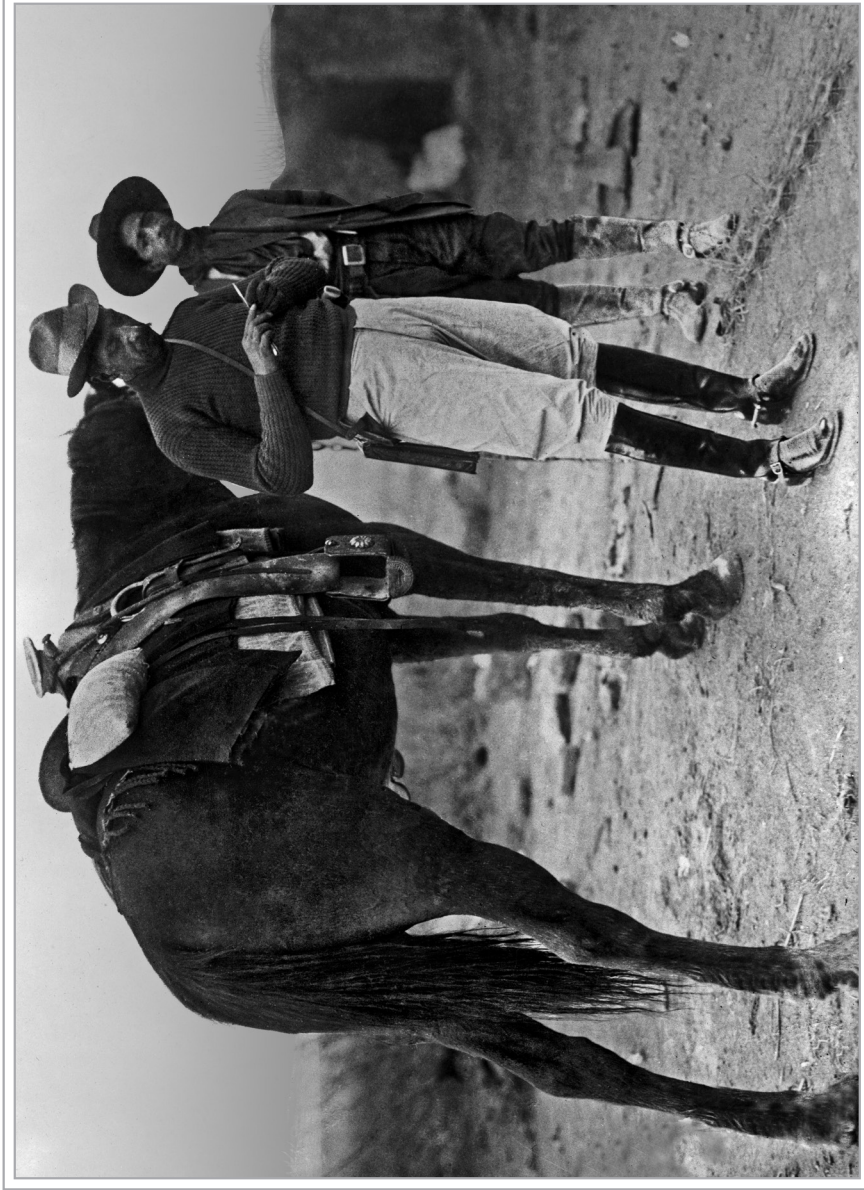
seguían incesantemente, y de los cuales se originó que Carranza le tomara desconfianza, no obstante que le reconocía los méritos públicos que poseía.

Ángeles, por su admiración y respeto a la memoria de Madero, había tomado la causa de la Revolución como cosa propia y comprendió —y para ello tenía un luminoso talento y una abrasadora alma— cuál era el origen y cuál la finalidad de la Revolución; y ello, no por querer mandar en el ánimo del general Villa a quien conocía muy a fondo, antes por designio patriótico.

Guiado, pues, por tal designio, Ángeles insistió ante los convencionalistas para atraer a los zapatistas al seno de la asamblea. Bien conocía el general Ángeles, puesto que muy de cerca pudo hacer observaciones de la gente de Zapata durante los meses que dirigió la campaña militar en el estado de Morelos, la ineptitud y pobreza guerrera del zapatismo, que no debió su nacimiento a la población rural agresiva, como la norteña, sino a la masa rural ofendida.

Los hombres del sur, en efecto, tanto por ser correspondientes a la clase más pobre y rústica, como por estar lejos de las fuentes de abastecimientos bélicos, no significaban aisladamente, una fuerza en el mapa guerrero de la Revolución; pero el general Emiliano Zapata, aureolado como “redentor de los jornaleros” y “apóstol de la emancipación de los campesinos”, representaba una parcialidad aunque nebulosa política y social. Social, porque en el seno de la Convención, se hablaba de las “cuestiones sociales” a manera de suceso o pensamiento novedoso y atrayente: y como tal villismo, al igual que al carrancismo, le faltaba el poder de las ideas, el general Ángeles, con señalada sagacidad política, procuró asociar al zapatismo a las filas del villismo; mas no del villismo de la guerra, sino al neovillismo: al villismo político.

Así, movida por la palabra vehemente y convincente del general Ángeles, la Convención aceptó (sesión del 11 de octubre) enviar una comisión, presidida por el propio Ángeles, para que, como ya



General Felipe Angeles

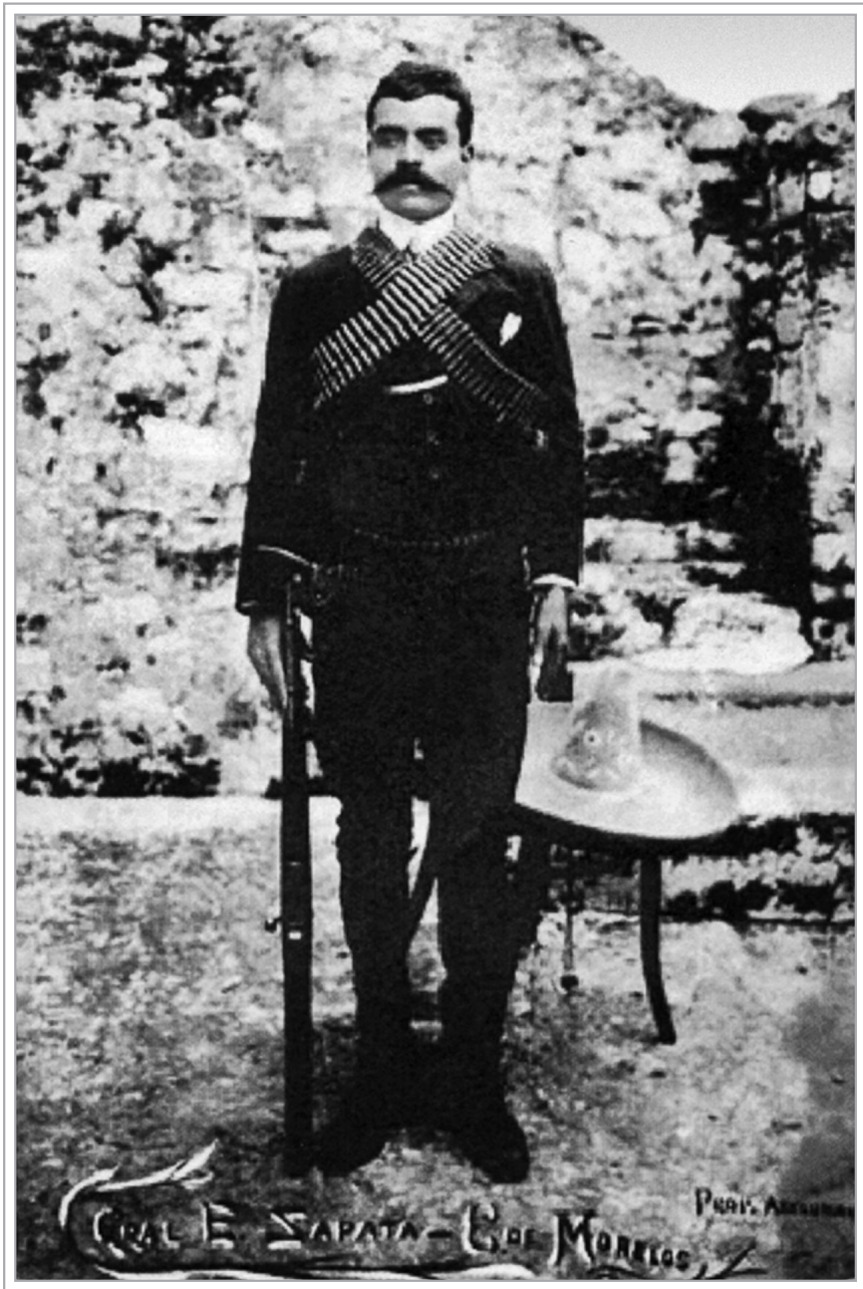
se ha dicho, invitara al general Zapata a ser parte de la asamblea de Aguascalientes.

Zapata, debido a su genio rústico tan característico del misoneismo rural mexicano de la época que estudiamos, engreído como estaba de su posición de caudillo, adulado por el entusiasmo y la ignorancia de sus huestes y por el grupo de medioilustrados, entre quienes sobresalían Otilio Montaña, Paulino Martínez, Gildardo Magaña y Antonio Díaz Soto y Gama; Zapata, se dice, seguía huraño respecto al constitucionalismo y villismo a par de encariñado con el mando que con mucha abundancia ejercía en Morelos; y como parecía invencible, no tanto por el poder de sus armas, cuanto por la simpatía de que disfrutaba entre la clase rural, ello le proporcionaba un sólido carácter de autonomía.

Amparábase además, dentro de tal autonomía, con los enunciados del Plan de Ayala, que si establecían el principio de los repartimientos agrarios, no fijaban, en cambio, los instrumentos para su ejecución.

Era, en efecto, el Plan de Ayala una mera consecuencia de la intuición rural. Ninguna relación determinaba entre el Estado y los problemas de la tierra, de manera que los labriegos podían resolver por sí mismos sus necesidades y obligaciones. Tan grande fórmula de libertad, era incompatible con las actitudes y resoluciones autoritarias de Villa y Carranza; y como Zapata y sus lugartenientes no sabían cómo defenderse de tal autoridad, sólo tenían a la vista dos caminos: o perseverar a fin de obtener la incolumidad de su autonomía, o hacer que Carranza o Villa reconocieran la supremacía del Plan de Ayala, con lo cual el zapatismo evitaba su sumisión a las facciones de la autoridad manifiesta del villismo o del carrancismo.

Frente a esa disyuntiva que parecía incontrarrestable, el general Zapata y sus lugartenientes hallaron un tercer camino, que sin ser de sometimiento a otro partido que no fuese el zapatista, ofreciera un medio conciliador. Ese tercer medio lo señaló la Convención de



Emiliano Zapata, campamento revolucionario en Morelos

Aguascalientes. La posibilidad de un acuerdo tolerante y decoroso con los grupos revolucionarios, aligeró la carga de responsabilidad que muy a menudo doblegaba al zapatismo; y de esta manera, Zapata no puso obstáculo para hacer presencia en Aguascalientes.

Al efecto, organizó y mandó a la Convención una vasta comisión presidida por Paulino Martínez, instruyéndola previamente a fin de que antes de presentarse a la asamblea, conferenciara con el general Francisco Villa, a fin de que éste aceptara, de antemano, los postulados del Plan de Ayala.

No fiaba mucho Zapata en el general Villa; pero debió sentirse más cerca de aquel héroe popular, de eminente origen rural, que de Carranza a quien tenía por un ciudadano incapaz de llevar sinceramente en su pensamiento y acción las necesidades y exigencias de la población rústica del país. Y, realmente, no obstante el impulso y la fuerza de uno; la hurañez y debilidad del otro, mucha afinidad existía entre Villa y Zapata.

Instruidos, pues, para entenderse previamente con el general Villa, los delegados zapatistas se encontraron con aquél en Guadalupe (Zacatecas); y aquí, con un lenguaje político que el caudillo norteño no comprendía, los zapatistas, pero principalmente Martínez y Soto y Gama, le explicaron en qué consistía el Plan de Ayala y cuáles serían los beneficios para la nación en caso de ser aceptado por las facciones revolucionarias.

Villa, luego de escuchar a los adalides zapatistas y a manera de dar una palabra intrascendente, aceptó como bueno y efectivo el Plan de Ayala, y sólo advirtió que el propósito principal de él, y del villismo, consistía en pelear contra cualquier hombre que quisiera “entronizarse en México”, puesto que tal era el ideal de todos los mexicanos que habían tomado las armas en 1910.

Con esas palabras, el general Villa caracterizaba el meollo de las procuraciones revolucionarias de esos días; el meollo, también, de sus desconfianzas hacia Carranza, contra quien apuntaba sus rifles



El general Villa con los delegados zapatistas en Guadalupe

no tanto para ser él, Villa, el jefe del Estado nacional, cuanto para evitar que se repitiese la hazaña del porfirismo que todavía era materia lacerante para el alma de la patria mexicana.

La voz de Villa, escuchada en medio de las incertidumbres de las horas que recorreremos, reconfortó grandemente a los zapatistas para quienes la organización y consolidación de un Estado nacional, que constituía la materia prima del constitucionalismo y por lo mismo el principal designio de Carranza, era un suceso accesorio y por lo mismo preferían tener como tema esencial, para el triunfo y seguridad de la Revolución, el exterminar cualquiera disposición encaminada a fortalecer una autoridad suprema en la República.

Con tal criterio, y creyéndose dueños de un triunfo político como preliminar de su entrada a la Convención soberana, los delegados del Ejército Libertador, se presentaron a la asamblea reunida en Aguascalientes, el 27 de octubre (1914).

La entrada al Teatro Morelos de los representantes de un grupo insumiso que parecía particularizar la independencia de los individuos, la autodeterminación social, la negación absoluta de la autocracia, la garantía de los derechos del hombre, la libertad, en suma, fue un acontecimiento conmovedor. El hálito de la paz acompañado de los ensueños de un entendimiento formal y definitivo de todos los mexicanos, llenó el ámbito de la sala de sesiones.

Aquel momento pareció como si, al fin, se hubiese hallado la solución a las guerras y con ello la unión de los revolucionarios; y a partir de tal hora, todo hizo creer que allí, en el seno de la Convención soberana, estaba el porvenir de México —el porvenir en hombres, programas y realizaciones. Queríase también significar que la Revolución no era, como generalmente se creía, la descomposición de las cosas, sino la sinergia de las cosas.

Tantas esperanzas abrió en el horizonte la concurrencia de los zapatistas, que éstos y los villistas, muy envanecidos, consideraron



Lista de Comisiones:

RELACIONES.

Eduardo Hay.
José I. Lugo.
Eduardo Ruíz.
Roque González Garza.
Manuel García Vigil.

GOBERNACION.

Manuel Chao.
Martín Espinosa.
Guillermo García Aragón.
Miguel A. Peralta.
Raúl Madero.

FOMENTO.

José Rodríguez Cabo.
Juan C. Cabral.
Guillermo Castillo y Tapia.
José Siurob.
Fidel Avila.

INSTRUCCION PUBLICA.

Leopoldo Ruíz.
Marcelino Murrieta.
Francisco Figueroa.
Dionisio Marines.
Jesús Garza.

JUSTICIA.

Ramón Iturbe.
Salvador Herrejón.
Orestes Pereyra.
Daniel Ríos Zertuche.
Ramón Gámez.

HACIENDA.

Fortunato Ramón Zuazua.
Francisco de P. Mariel.
Gregorio Osuna.
Sául B. Gallegos.
Francisco Serrano.

COMUNICACIONES.

Alfredo Rodríguez.
Severino Ceniceros.
Julio Madero.
Enrique W. Paniagua.
David G. Berlauga.

GUERRA.

Alvaro Obregón.
Eulalio Gutiérrez.
Felipe Angeles.
Eugenio Aguirre Benavides.
Joaquín Casarín.

Aguascalientes, Octubre de 1914

que aquello abría las puertas a un triunfo, y a otros muchos triunfos políticos y guerreros.

Sólo los partidarios de Carranza se sintieron derrotados; porque ¿quién, en medio del júbilo producido por la presencia de los zapatistas hacía memoria de Carranza? La gratitud humana y el interés institucional, desaparecieron momentáneamente dentro de la asamblea; ahora que no faltó entre los adalides del carrancismo, la idea de que aquellas manifestaciones de triunfo del zapatismo y del villismo podían ser fortuitas, originadas en el entusiasmo al que suelen ser arrastrados los individuos cuando no poseen ideas propias; no faltó asimismo, quien considerara que Carranza no iba a entregar el puesto de mando a los vaivenes de una asamblea o al influjo de los capitanes de la guerra.

LA QUIMERA ZAPATISTA

Para la sencillez material y el candor moral y político de los zapatistas, cuyo Ejército Libertador no había tenido la oportunidad de realizar y saborear las victorias de la guerra, la catequizadora conferencia efectuada con el general Francisco Villa en Guadalupe, primero; el acogedor recibimiento de los convencionistas, después, fueron acontecimientos que súbitamente les hicieron creer que en ellos, en los zapatistas, radicaba el futuro de la República; y sentados en tal proscenio, se sintieron los llamados a guiar la asamblea, a dictar normas nacionales y constituir un partido para gobernar a la nación mexicana.

Inspirado, pues, en tal creencia, que incuestionablemente formaba parte de la vocación creadora de la Revolución, el presidente de la delegación zapatista, Paulino Martínez, fue a la tribuna de la Convención. Iba a explicar los principios del Plan de Ayala. Estaba animado del propósito de convencer. Quizás, pensó, que lo que no había hecho la pólvora sería capaz de llevarlo a cabo el verbo —el verbo re-



Paulino Martínez, presidente de la delegación zapatista

volucionario; apasionadamente revolucionario, puesto que Martínez correspondía a la verdadera y original pléyade antiporfirista.

Los representantes del villismo y del carrancismo estaban atónitos; aunque el alma de la curiosidad llenaba el ambiente. Porque, en efecto, el zapatismo constituía una novedad. Los 23 delegados del Ejército Libertador en su porte e idiosincrasia, tenían una notoria semejanza con los caudillos norteros que hasta esos días llevaban la batuta de la Revolución. Tan grande era la disimilitud de los zapatistas con los jefes revolucionarios del villismo y carrancismo, que con ello crecía el interés por escuchar las palabras de Paulino Martínez.

Éste, dijo que el Plan de Ayala significaba la representación precisa de "tierra y libertad"; y tierra y libertad a su vez, equivalían a justicia; pero como la justicia no podía ser aplicada de manera que los hombres la conocieran y agradecieran, se requería que la Revolución procediera a las reparticiones agrarias. Y, ¿quién, entre los delegados a la Convención, sería capaz de oponerse a tal requerimiento? Así, la aceptación de tal enunciado determinaba la aceptación que la asamblea daba al Plan de Ayala.

No determinó Martínez cómo deberían efectuarse los repartimientos, ni qué instituciones específicas se necesitaban al caso, ni cuáles serían las relaciones entre los agrarios y el Estado. Lo importante, lo más importante, consistía en asegurar no tanto los repartimientos o restituciones ejidales, cuanto la seguridad de que el "sillón presidencial", no sería para que se realizaran "ambiciones de mando y riqueza", ni para obtener "sinecuras", tampoco con el fin de ganar privilegios o prebendas "para determinado grupo social". Lo que la Revolución quería, dijo Martínez, era "un hogar para cada familia, una torta de pan para cada desheredado... una luz para cada cerebro en las escuelas granjas", y, en suma, las "tierras para todos"; porque la superficie del suelo patriota podía "albergar y sustentar cómodamente 90 o 100 millones de habitantes".

PLAN DE AYALA.

Un Libertador de los hijos del Estado de Morelos afiliados al Ejército Insurgente que desfilan el cumplimiento del Plan de S. Luis, con las reformas que ha creído conveniente aumentar en beneficio de la Patria Mexicana.

Los que suscribimos, constituidos en Junta Revolucionaria, para sostener y llevar a cabo las promesas que hizo la Revolución de 20 de noviembre de 1910, próximo pasado, declaramos solemnemente ante la faz del mundo civilizado, que nos juzga, y ante la Nación a que pertenecemos y amamos, los propósitos que hemos formulado para acabar con la tiranía que nos oprime y reducir a la Patria de las dictaduras que se nos imponen, las cuales quedan determinadas en el siguiente Plan:

Teniendo en consideración que el pueblo mexicano acudido por don Francisco I. Madero fue arrastrado a su sangre para conquistar sus libertades e indemnizar sus derechos conculcados, y no para que un hombre se apoderara del Poder violando los sagrados principios que juró defender bajo el lema de "Sufragio Efectivo," "No Reelección," ultrajando a la causa, la justicia y las libertades del pueblo, teniendo en consideración: que ese hombre a que nos referimos es don Francisco I. Madero, el mismo que inició la precitada Revolución, el cual impuso por primera vez voluntad e influencia al Gobierno Provisional del ex-Presidente de la República Lic. don Francisco L. de la Barra, por haberle proclamado el pueblo su Libertador, causando con este hecho ruidosos derramamientos de sangre, y multiplicadas desgracias a la Patria de una manera solapada y ridícula, no teniendo otras miras que satisfacer más que sus ambiciones personales, sus desmedidos instintos de avaricia y su profundo desacato al cumplimiento de las leyes preexistentes, emanadas del inmortal Código de 57 escrito con la sangre de los revolucionarios de Yucatán; teniendo en consideración que el llamado "Plan de la Revolución Libertadora de México" que don Francisco I. Madero, no llevó a feliz término la Revolución que tan gloriosamente inició con el apoyo de Dios y del pueblo, puesto que dejó en pie la manra de opresión del Gobierno dictatorial de Porfirio Díaz, que no son, ni pueden ser en manera alguna la legítima representación de la Soberanía Nacional, y que por ser acérrimos adversarios nuestros y de los principios que hasta hoy defendemos, están provocando el malestar del País y abriendo nuevas heridas al seno de la Patria para darle a beber su propia sangre; teniendo en consideración que el supradicho señor Francisco I. Madero, actual Presidente de la República, trata de eludir el cumplimiento de las promesas que hizo a la Nación en el Plan de S. Luis, cediendo las precitadas promesas a los convecinos de Ciudad Juárez, ya anulando, encarcelando, persiguiendo o matando a los elementos revolucionarios que le ayudaron a que ocupara el alto puesto de Presidente de la República por medio de sus falsas

promesas y numerosas intrigas a la Nación: teniendo en consideración que el tantas veces repetido "Plan de S. Luis" que don Francisco I. Madero ha tratado de ocultar con la fuerza brutal de las bayonetas y de ahogar en sangre los pueblos que le piden, solicitan y exigen el cumplimiento de sus promesas a la Revolución, haciendo a los bandidos y rebeldes, condenándolos a una guerra de exterminio, sin conceder ni otorgar ninguna de las garantías que prescriben la razón, la justicia y la ley; teniendo en consideración que el Presidente de la República, señor don Francisco I. Madero, ha hecho del Sufragio Efectivo una sangrienta burla al pueblo, ya imponiendo contra la voluntad del mismo pueblo en la Vicepresidencia de la República al Lic. don José María Pino Suárez, o ya a los Gobernadores de los Estados designados por él, como el llamado General Ambrosio Figueroa, verdugo y tirano del pueblo de Morelos; ya entroncando su contubernio con el partido científico, hacendados feudales y caciques opresores, enemigos de la Revolución proclamada por él, a fin de forjar nuevas cadenas, y de seguir el molde de una nueva dictadura, más opresiva y más terrible que la de Porfirio Díaz; pues ha sido claro y patente que ha ultrajado la Soberanía de los Estados, conculcando las leyes sin ningún respeto a vidas e intereses, como ha sucedido en el Estado de Morelos y otros, convirtiéndonos a la más lacerante y terrible anarquía que registra la historia contemporánea; por estas consideraciones declaramos al susdicho Francisco I. Madero, inepto para realizar las promesas de la Revolución de que fue autor, por haber traicionado los principios con los cuales burló la fe del pueblo y pudo haber escalado el poder; inepto para gobernar, por no tener ningún respeto a la ley y a la justicia de los pueblos, y traidora la Patria por estar a sangre y fuego humillando a los mexicanos que desean libertades, por complacer a los científicos, hacendados o caciques que nos esclavian desde hoy comenzamos a continuar la Revolución principiada por él, hasta conseguir el derrocamiento de los poderes dictatoriales que existen.

- 1.º Se desconoce como Jefe de la Revolución al C. don Francisco I. Madero y como Presidente de la República, por las razones que antes se expresan, pronunciando el derrocamiento de este funcionario.
- 2.º Se reconoce como Jefe de la Revolución Libertadora, al Ilustre C. General Pascual Orozco, segundo del Caudillo don Francisco I. Madero, y en caso de que no acepte este delicado puesto, se reconocerá como Jefe de la Revolución, al C. General Emiliano Zapata.
- 3.º La Junta Revolucionaria del Estado de Morelos manifiesta a la Nación, bajo protesta:

Pero, ¿qué de las haciendas y los hacendados? ¿Qué de los ejidos y de las dotaciones y restituciones de los mismos? ¿Qué de las tiendas de raya, de los peones acasillados, de las deudas del peonaje, de los aparceros, de los enganchadores y enganchados que constituían los grandes problemas de la vida rural mexicana en los días que examinamos? ¿Qué proyectos patentes y efectivos presentaba el zapatismo, como representante del riñón de la vida rural de México?

Las palabras de Martínez denotaban que el zapatismo no tenía en su ser más que el aliento del genio intuitivo, mas no el genio mismo. Sus adalides eran demasiado rústicos y por lo mismo impreparados para proyectar o realizar, lo que decían o proponían las voces de "tierra y libertad". Había en el país una aspiración, de los jornaleros y labriegos que iba más allá de un simple lema. Los revolucionarios, entregados a las exigencias de las armas no tenían frases para explicar sus males; tampoco estaban en los labios del zapatismo, a pesar de que éste parecía ser el procurador primero de los requerimientos agrarios.

De esta suerte, Martínez, durante su peroración, hizo del Plan de Ayala una serie de exclamaciones alegóricas, que principalmente correspondían a los entusiasmos tribunicios, propios de aquellas horas, en las cuales las palabras sobresalían al conocimiento, de manera que el propio presidente de la delegación advertía que, además de las tierras, el Ejército Libertador pretendía exterminar el "clero, el militarismo y la plutocracia".

No sería la de Martínez la única voz del entusiasmado zapatismo. Ahora, los convencionistas iban a escuchar las palabras del licenciado Antonio Díaz Soto y Gama, el más ilustrado de los zapatistas, en cuyas filas apenas era principiante.

Servíase Soto y Gama de lo fácil y vehemente de su palabra; de su experiencia en las artes políticas, pero sobre todo en su tradición liberal; porque pocos eran los hombres de la Revolución de tan acendrado liberalismo como Díaz Soto y Gama.

Cubierto con todas estas cualidades, Soto y Gama pudo, desde el comienzo de su misión en la asamblea, apostrofar a los delegados de un lado y de otro lado; pero sin otra bandera que la idea de que él, y los zapatistas, eran los únicos capaces de enmendar los yerros del país y curar los dolores de la gente. Y esto, dicho con tanto apasionamiento, que en un instante de su peroración, entregado a los vuelos de la retórica forense, cogió en sus manos la insignia tricolor de México, sobre la cual habían firmado los delegados a la Convención, y febrilmente aseguró que aquel estandarte, sobre el cual jamás pondría su firma, representaba el “triunfo de la reacción clerical encabezada por Iturbide”, y que siendo la Revolución contraria a la “mentira histórica”, él afirmaba que la independencia mexicana había sido “la independencia de la raza criolla y de los herederos de la conquista, para seguir infamemente burlando al oprimido y al indígena”.

Y como todas estas palabras iban acompañadas de movimientos que hacía Soto y Gama, al parecer injuriosos y desdeñosos para la bandera nacional, los delegados villistas y carrancistas, en brazos de la indignación patriótica, poniéndose en pies y amenazantes, injuriaron soezmente al orador, quien ajeno al verdadero efecto de sus expresiones —tal era la inocencia de los tiempos y de los hombres— permaneció impávido.

Todo, pues, se volvió no sólo contra Díaz Soto y Gama, sino también contra los zapatistas; y cuando el caos y la desintegración llenaban con sus negruras el ámbito del Teatro Morelos, y el propio Soto y Gama advirtió cómo los revólveres estaban prontos a disparar, las voces del general Ángeles y del coronel González Garza acudieron súbita y hábilmente a morigerar el ambiente y a restablecer el orden; porque parecía, en medio de la vocinglería amenazante que acusaba a Soto y Gama de ultrajes al pabellón mexicano, que la Convención estaba a punto de disolverse.

Mas era tan grande y generoso el sentimiento revolucionario; tantas las disculpas que se daban entre sí los caudillos; tanta la

creencia de que era posible instaurar el reinado de la fraternidad humana, que los dislates de Martínez y Soto y Gama fueron perdonados a las solas recomendaciones de paz y concordia.

Además, como tras las exhortaciones conciliatorias de Ángeles y González Garza, surgió la proposición de éstos a fin de que los convencionistas aprobaran, sin discusión, los principios del Plan de Ayala; y a pesar de que tales principios no eran conocidos, puesto que no poseían las características de la realidad, los delegados, en medio de los vítores a la División del Norte y al Ejército Libertador, con lo cual olvidaban las violentas palabras de Soto y Gama, aceptaron como cosa propia el Plan de Ayala, repitiéndose así las escenas de una confraternidad naciente y creciente.

Sin embargo, para aquella asamblea que se apellidaba, ya militar, ya revolucionaria, ya soberana, la realidad era otra. Además, dentro de ella avanzaba, haciendo creer a los zapatistas por enésima vez en su triunfo político, aunque no sin hacer palidecer, después de las atropelladas palabras de Díaz Soto y Gama, la arrogancia de los delegados del Ejército Libertador; dentro de ella, se dice, avanzaba la figura de un hombre que, calladamente, esperaba el momento de brillar más que con su oratoria con su personalidad.

Y, en efecto, en el seno de la Convención, uno de los delegados, observando y tamizando las escenas que se sucedían con inusitada prontitud, creía, con firmeza, que ni el Plan de Ayala tendría validez en la República, ni la propia Convención daría la paz al país, ni la victoria a la Revolución.

Ese hombre que sólo intervenía con su palabra, para hacer aclaraciones inocuas y que en silencio resistía la ofensiva del villismo y zapatismo unidos contra el carrancismo; que en ocasiones se perdía en medio de las sombras siempre útiles al desarrollo de los proyectos políticos, ora personales, ora colectivos; que guardaba muy modestamente su poder magnético cerca de los soldados; que esperaba el momento de la mejor alternativa: ese hombre, era el general Álvaro Obregón.

Quizás dentro de éste, no existía la convicción plena de un partido; ni siquiera del partido de Carranza. Tal vez abrigaba no pocas dudas respecto al futuro —del futuro propio, inclusive. Así y todo, poco a poco, conforme se desarrollaban los sucesos que examinamos, nacía en él, la idea del estadista —del individuo que empieza gobernando, para luego convertirse en jefe del Estado—; y esto, porque debió sentir, que la Convención no era ni podía ser el gobierno de la República Mexicana.

Obregón estaba entre los contados delegados que esperaban; que sabían esperar; que creían en el turno de las pasiones, de las batallas y de los caudillos. Y esperaba en medio de exteriorizaciones capaces de no alterar el pulso de individuos tan sensibles y sagaces como el general Ángeles, quien creía ver en la actitud reservada o indiferente de Obregón, la de un individuo llamado a inclinarse, en el momento conveniente, hacia la facción que le ofreciera colmar las ambiciones de un caudillo victorioso en hábiles y audaces combates como los de Santa Rosa y Orendáin.

Así, lo que fue ingenuidad —quizás arrogancia tímida— en la delegación zapatista; y lo que fue confianza y fuerza en los representantes del villismo, en el general Obregón fue espera —y sólo espera—, puesto que no hizo ninguna manifestación abierta que le inclinara hacia una u otra de las partes que se disputaban el porvenir político del país.

El poder

LA POLÍTICA DE CARRANZA

Mientras que el villismo y zapatismo —definidos ya ambos como partidos políticos— condenaban verbal y públicamente, como suceso antirrevolucionario, la ambición humana de poseer mando y gobierno de la República, con el intencionado propósito de excluir al Primer Jefe, Venustiano Carranza, de los negocios del país y de la Revolución, el propio Carranza, por su parte, fomentaba entre sus partidarios, bien civiles, bien guerreros, cualquier proyecto conexas a la posibilidad de ejercer las funciones de gobierno y mando, no sin considerar que el triunfo de una causa que proclamaba la constitucionalidad de la República, tenía como principal tema a realizar, el de fortalecer el mando y determinar el gobierno de México. Y a este fin propendía de una manera categórica, cuanto pensaba y decretaba hacia los días finales de 1914.

Así, no sólo para saber qué era lo que querían todos y cada uno de los jefes revolucionarios, sino también para dar crédito y organización al gobierno de la Revolución, Carranza muy señalada y astutamente, había embarcado los apetitos de los ciudadanos armados, pero sobre todo de las figuras primeras del Ejército Constitucionalista, con dirección a Aguascalientes.

Bien sabía Carranza, que una asamblea deliberante en medio de los más atropellados y violentos sentimientos de un pueblo sublevado, sería incapaz de dar concierto y autoridad al país.



Retrato de la élite carrancista

Por otra parte, amante como era del imperio de la ley y del poder jerárquico, el Primer Jefe quería que en tanto los zapatistas y villistas, idealizando la Revolución, destrozaban entre sí y para sí el principio y bases de una autoridad —y tal ocurrió en el seno de la Convención desde el comienzo de las deliberaciones— él, Carranza, construiría y exornaría tal principio hasta llevarlo al reconocimiento pleno y garantizado de una jerarquía política, administrativa y guerrera; porque, debió pensar que no existía otra manera, si no era la del establecimiento de un gobierno fuerte y consolidado, para restablecer el dominio de la Constitución o cuando menos la función conciliatoria de la Constitución y las realidades populares.

Lejos, pues, de negar la necesidad definida y central de un gobierno de la Revolución, al cual, para mayor sencillez y comprensión se llamaba gobierno revolucionario, no obstante la incompatibilidad jurídica de gobernar y revolucionar, Carranza daba albergue, calor y decisión a ese requerimiento de gobierno constitucional gracias a lo cual iba sembrando el respeto para él, como encargado del Poder Ejecutivo y el respeto para los propios jefes revolucionarios, que compartían sus deberes entre el mando de las armas y el gobierno civil.

La idea de gobierno, prácticamente perdida desde la subversión contra el orden oficial iniciada en 1910, iba adquiriendo forma poco a poco; ahora que en esta ocasión, en torno a los principios de una jefatura que significaba o cuando menos pretendía significar, los derechos de una democracia en ciernes.

Carranza, pues, no procuraba ni procuró su triunfo político en el seno de la Convención. Lo procuraba, eso sí en el asiento de su gobierno, en las afirmaciones constitucionales, en las promesas de pacificación en la reafirmación del mando que se debía a sí propio a su voluntad y carácter de persona de resolución y tenacidad.

Para esto, Carranza no empleaba ninguna fórmula de autoridad opresora. Todo lo llevaba, no sólo con rectitud y decisión, con inteligencia y autoridad, sino también con señalada prudencia, y hasta

donde ésta podía ser aplicada dentro de una sociedad que, como la mexicana, vivía alarmada como consecuencia de la guerra intestina.

Y no era únicamente la lucha armada la que causaba alarma a la sociedad. Otros motivos existían al caso: el encarecimiento del costo de la vida cotidiana, el aumento cada día mayor de la desocupación urbana y rural y el poco crédito que ofrecía a la nación y a los individuos, el papel moneda llamado *bilimbique*.

Esto último era, en la realidad, el problema más sensible que dañaba la seguridad colectiva y la confianza doméstica; porque, apenas entrado el Ejército Constitucionalista a la Ciudad de México, el comerciante, el asalariado, el acreedor, el propietario, fueron obligados a aceptar la moneda de papel, impresa y puesta en circulación por los jefes revolucionarios, con el mismo valimiento que se daba anteriormente al peso fuerte, de manera que todas las transacciones, ora mercantiles, ora oficiales, sufrieron un considerable desnivel, en detrimento de todas las clases de la población civil, pero más de los filamentos más pobres de la metrópoli.

Y lo anterior, a pesar de que nadie se rehusaba a aceptar la nueva moneda, expedida originalmente por Carranza (19 de septiembre de 1913); aunque en cambio, los trastornos en los precios de compraventa fueron de tanta cuantía, que a poco, los metropolitanos empezaron a resentir el acontecimiento achacando todas las culpas de la situación a Carranza, no obstante que otro y otros individuos habían sido la causa de la guerra civil.

A esta situación se agregó, para empeorarla, el hecho de que, habiéndose declarado en huelga los tranviarios y cocheros de carruajes, como ya se ha dicho, los comerciantes del Distrito Federal, se creyeron capaces de poner a los *bilimbiques* fuera de la circulación; y al efecto, resolvieron cerrar las puertas de sus establecimientos, hasta en tanto —advirtieron— no existiera una moneda con garantía.

Muy tolerante se manifestó Carranza con tal acontecimiento, a pesar de que estaba decretada la ley marcial, y no obstante que el



Una serie de bilimboques

comercio metropolitano se mostraba en rebeldía abierta en contra de una de las bases fundamentales para el sostenimiento del Ejército Constitucionalista y de la administración pública. Mas como el capítulo de la tolerancia fue burlado, y el comercio consideró que el gobierno de Carranza era débil y de aquí partieron numerosos abusos y amenazas que mucho darlo hacían a la pobretería, el Primer Jefe se dispuso a hacer sentir el peso de su autoridad. Al efecto, en primer lugar, decretó la incautación de la empresa de tranvías y por lo mismo, mandó que los obreros huelguistas volviesen a sus labores. Después, confirmó la obligación precisa que tenían todos los mexicanos de aceptar como válidos los *bilimbiques*.

No ignoraba Carranza que la condición de vida dentro de la Ciudad de México iba a empeorar, porque suspendido o casi suspendido el servicio de las comunicaciones férreas, atemorizados los comerciantes y mercaderes de la capital, perseguidos y castigados los *coyotes* y *especuladores*, cerrados los principales establecimientos fabriles por falta de primeras materias, extinguido el crédito bancario, entregada la población pobre a las exigencias y abusos de los agiotistas y casas de empeño, la Ciudad de México tenía que sufrir un mal tras de otro mal. De esta suerte, sin variar su política prudencial a par de resuelta, Carranza vivía entregado a las más hondas preocupaciones, sin que le ayudaran los hombres ni el medio.

Entre esas grandes preocupaciones estaba, en primer lugar, la reivindicación patriótica del puerto de Veracruz, que se hallaba en poder de la fuerza armada de Estados Unidos. La evacuación de tal plaza constituía, pues, un motivo que agitaba el alma del Primer Jefe. Y había doble razón para ello. Una, el del alto destino de la independencia y soberanía de México; la otra, poseer el asiento de una ciudad que, sin ser frontera, sirviese de puente tanto para el abastecimiento de las fuerzas guerreras, como de garantía, seguridad y confianza para el establecimiento del gobierno constitucionalista;

porque, al efecto, Carranza no despegaba de sí la idea de convertir a Veracruz en la ciudad capitana de la Revolución.

Así, todas las medidas que dictaba no se apartaban del proyecto de dar cabeza y pensamiento a un gobierno fuerte y de consideración. Para esto, no ocultaba los designios y principios de su autoridad, con lo cual iba ganando poco a poco, pero siempre con firmeza, el reconocimiento de los jefes revolucionarios que, aun siendo secundarios, correspondían a un grupo vigoroso y respetable por su cantidad; tanto así, que el propio Carranza debió calcular que podía someter, quizás con ventajas, a los líderes que concurrían a la Convención.

A tal propósito, Carranza había ido examinando, halagando y conquistando, sirviéndose al caso de su figura personal, su experiencia, sus conocimientos y su jerarquía, a esos jefes que hasta esos días figuraban entre las segundas partes de la guerra civil, y que no obstante carecer de nombre y de historia y ser ajenos a las ideas, estaban ávidos de triunfos; y como aquellos días de pólvora y laureles, habían enseñado a los ciudadanos armados, pero principalmente a los caudillos localistas, cuántos eran los privilegios que se podían obtener mediante las victorias guerreras, no fue difícil al Primer Jefe atraer y tener bajo su mando a numerosas partidas armadas que, sin ser parte de una organización verdadera, tenían aptitudes o apetitos para serlo. En esta confianza, Carranza aumentaba su desdén hacia las cuestiones que discutían los convencionistas y sólo tenía entre ceja y ceja, dar orden y halagos a los jefes de partidas armadas y obtener la desocupación del puerto de Veracruz.

Tan bien calculadas estaban por Carranza las contingencias políticas que podrían sobrevenir de un momento a otro en el seno de la Convención, que adoptó una actitud de paciente espera, con la seguridad de que ésta era la mejor de las tácticas a seguir frente al enemigo abierto, ante los titubeantes y con aquellos que, sin partido, estaban tentados por las más agradables ambiciones.

Carranza conducía sus designios con tan distinguida inteligencia y asombrosa clarividencia, que para los convencionistas, el partido carrancista estaba condenado a desaparecer. Además, el Primer Jefe, en vez de recurrir a las añagaza tan comunes entre los políticos vulgares, sólo tuvo a la mano —e hizo ejercicio del mismo— uno de los instrumentos políticos de mayor fineza y efectividad: el del silencio. De él, de Carranza, no salió comentario sobre la Convención, ni un solo proyecto para lo futuro, ni un preparativo que anticipase propósitos civiles o guerreros. Tampoco trató de molestar o restar fuerzas o poderes a los jefes revolucionarios de quienes sospechaba, de manera que para los convencionistas Carranza vivía en la tierra de Babia.

Y las precauciones que tomó Carranza para evitar la divulgación de sus proyectos, fueron tan efectivas, que aun cuando podían ser visibles los preparativos de marcha que en la Ciudad de México hacía el gobierno carrancista, nadie supuso que el Primer Jefe estaba a punto de abandonar la ciudad y de llevar consigo los medios y abastecimientos, necesarios de manera de que la vieja capital quedase reducida a plaza abierta, para quien la quisiese ocupar.

Así, cuando todo estuvo hecho, el Primer Jefe salió de la ciudad (2 de noviembre), con el pretexto de hacer un viaje (de inspección a la capital del estado de Puebla; mas anterior al viaje recibió informes, que no daban lugar a dudas, de que las guarniciones de Tlaxcala, Puebla, Orizaba y Córdoba le eran completamente leales y que los jefes de tales fuerzas no titubeaban entre la jefatura de Carranza y los decretos o disposiciones de la Convención.

Debió también tomar Carranza la resolución de viaje hacia Veracruz a la confianza que le merecía el general Francisco Cos, quien con mucha diligencia había organizado una división de 8 mil hombres, tomando en seguida los puntos estratégicos entre la ciudad de Puebla y Córdoba, de manera que además de dar seguridad al trayecto que proyectaba, Carranza organizaba una línea de defensa para lo futuro. Cos dio, pues, la primen milicia carrancista.

Grande, por lo anterior, fue el error del villismo y zapatismo unidos en la Convención, cuando consideraron que esa unión les aseguraba el triunfo sobre Carranza; porque ahora éste, después de la supuesta excursión a Puebla y Tlaxcala, ya en camino a Veracruz, llevaba en sus manos la espada y la ley, con la confianza de que marchaba a una nueva función en la guerra civil; función a la cual acercaba todas las esperanzas de una victoria, puesto que iba resuelto a mandar. Y, en la realidad, era incuestionable que ejercía el mando, a pesar de no tener conocimientos militares.

Y no sólo se disponía el Primer Jefe al mando de guerreros y civiles, sino que también cobraba bríos en lo que respecta al gobierno del país. Ahora, en efecto, se disponía a gobernar no sólo como caudillo improvisado por las contingencias de las luchas intestinas, sino a gobernar como ciudadano que llevaba dentro de sí poco comunes designios; y si éstos no eran específicamente transformadores, ya que Carranza tenía más madera de gobernador que de revolucionario, sí serían capaces de abrir los cauces del porvenir de México.

EL PRESIDENTE CONVENCIONISTA

Después de tres semanas de discusiones o aclaraciones inocuas y ajenas, en general, a las necesidades del país y a las previsiones que requería la República a fin de poner en marcha los ideales de la Revolución, los delegados a la Convención parecieron estar de acuerdo en que era necesario aprobar resoluciones venturosas para la nación mexicana; resoluciones que, además, propendieran a normalizar la vida nacional y con lo mismo a extinguir las luchas faccionales.

Un camino cierto, capaz de sembrar las probabilidades de una pacificación, no estaba a la vista de los delegados; porque dentro de la asamblea todo parecía circunstancial. El mismo título de soberana no constituía una definición; y como por otra parte faltaba una voz

valiente y doctrinaria que señalara un camino de realidades, los esfuerzos convencionistas se perdían en el vacío uno a uno.

Motivo también de preocupación para los delegados, reunidos en el Teatro Morelos era que sin tomar determinaciones se prestaban a la burla y el desprestigio en el país. Así y todo, lo cierto advertía que los convencionistas no hallaban por dónde ni cómo despuntar.

Llegó a ofrecer la coyuntura que los convencionistas necesitaban para no caer en el tedio o el fracaso, una nota de Carranza (23 de octubre), en la cual, el Primer Jefe, en seguida de comunicar la imposibilidad en que se hallaba de presentarse personalmente a la asamblea, por estar en la obligación de dirigir y cuidar la pacificación del país, hacía algunas indicaciones sobre lo que debería ser la verdadera finalidad de la Convención, mas esto, en medio de frases *chic* no correspondían a días de tanta ansiedad como los que estaban a la vista, de manera que, en la práctica, la nota, en lugar de ser un auxilio a la respetabilidad convencionista no hizo más que sembrar nuevas dudas. Además, el Primer Jefe, adoptando un tono dramático impropio a su carácter autoritario y resuelto, advertía que en el caso de que la asamblea pusiera en tela de juicio la labor revolucionaria desarrollada por la primera jefatura de la Revolución él, Carranza, renunciaría al mando y gobierno de la Revolución.

Con esta nota, el Primer Jefe daba categoría y beligerancia a la Convención, de manera que los convencionistas se creyeron dueños de una autoridad delegada; y a esa primera creencia, se siguió la idea de tomar la palabra a Carranza.

No era muy fácil hacer factible la oportunidad que se presentaba a la Convención, puesto que el Primer Jefe no había faltado a sus obligaciones ni cometido delito alguno. La pureza en las intenciones de Carranza era incuestionable; y la obra llevada a cabo, tanto para derrotar y exterminar la autoridad huertista, como para fundar la responsabilidad revolucionaria en el gobierno de la nación, poseía todos los caracteres de la intachabilidad.

Si no había acusación que hacer al Primer Jefe, quitarle el mando y gobierno de la República equivalía a dejar al garete, dentro de un breve e inesperado plazo, al país. Los propios delegados del villismo que habían hecho pública su enemistad a Carranza, ahora estaban perplejos sin querer aceptar la responsabilidad nacional que podría caer sobre ellos. El asambleísmo se sintió débil; pero de pronto, los intereses de la ambición humana se consideraron llamados a ser los hacedores de la paz y de la constitucionalidad, y ya con decisión, la Convención resolvió que las comisiones de guerra y gobernación, dictaminaran sobre el caso.

Eran miembros de las dos comisiones, los generales Eulalio Gutiérrez, Eugenio Aguirre Benavides, Álvaro Obregón, Felipe Ángeles, Joaquín Casarín, Martín Espinosa, Raúl Madero, Manuel Chao y Guillermo García Aragón y el teniente coronel Miguel A. Peralta; y aunque unos estaban inclinados a un bando, en aquellas horas pareció realizarse la verdadera unificación revolucionaria, estimándose que el dictamen de las comisiones equivalía a una determinación responsable del pueblo mexicano; y aunque la creencia no dejaba de tener exageración, de todos modos, para el país, el voto de la asamblea tendría efectos incontrarrestables.

El dictamen de las comisiones, no se dejó esperar. El 30 de octubre, sin consideraciones denotantes de un juicio reflexivo y de una prudencia conexiva a los negocios del Estado, el dictamen, conducido por los vientos de la novedad, la inexperiencia y el partidismo, mandó que Venustiano Carranza cesara en sus funciones de Primer Jefe del Ejército Constitucionalista y encargado del Poder Ejecutivo.

Fijó también tal dictamen, que la Convención estaba facultada para nombrar un presidente interino de la República, al tiempo de dar a Carranza el empleo de general de división, mientras que por otra parte, quedaban suprimidos los cuerpos de Ejército y las divisiones.

Al escuchar la lectura del dictamen, los convencionistas quedaron en suspenso. Grande, muy grande era la responsabilidad que



Francisco Villa y Raúl Madero, entre otros

llamaba a las puertas de la Convención; porque impreparada política, administrativa, militar y constitucionalmente para tomar el mando y gobierno de la República y delegarlo a quien fuese designado presidente, todo hacía temer que las ventajas de la soberanía no fuesen tan afectivas, ya en la práctica, como las habían idealizado los miembros de las comisiones dictaminadoras.

Sin embargo, tanta parecía ser la confianza y certeza de los comisionados, para dictaminar sobre el mejor camino que debería seguir la Convención y con ésta la República, que con un poco de prisa y ansiedad, la asamblea, se dispuso a votar los puntos resolutivos; y el documento hubiese sido aprobado desde luego, puesto que de los 156 delegados, sólo 22 estaban dispuestos a seguir fieles a Carranza, de no ser que en tales momentos, los convencionistas, viéndose los unos a los otros, experimentan las primeras manifestaciones de la desconfianza —y de una desconfianza que les llevaba a considerar quién de entre ellos sería el que ganara la partida principal, en medio del caos que, incuestionablemente, seguiría a la aprobación del dictamen.

En aquellas horas, los caudillos de la guerra se sintieron impelidos por las ambiciones. Cada quien se creyó capaz de ser presidente de la República; y la unidad que reinaba en el seno de la asamblea, se convirtió en desasosiego y una espesa nube de lo desconocido envolvió y ennegreció el interior del Teatro Morelos.

A esa hora, y como si una luz iluminara la mente de todos, surgió la idea del juicio y de la prudencia, y la votación aprobatoria que parecía inminente, quedó aplazada para el siguiente día.

La tregua sirvió, si no para calmar los ánimos y desistir de los proyectos de excluir a Carranza, Villa y Zapata, sí para observar de cerca el problema presidencial; porque lo que se presentó como un campo propicio a la disolución y violencia convencionista, ahora emergió como la posibilidad de reunir todos los agrupamientos revolucionarios en torno a un partido que representase el ser y entender

de la Revolución. Además, deliberando los grupos y los individuos durante la noche que se siguió a aquel dramático día, se advirtió que entre los miembros de la Convención estaba un hombre de redonda tradición revolucionaria, de mucha firmeza de principios, de honestidad a toda prueba, de clara inteligencia y con las cualidades principales para gobernar al país. Tal hombre era el presidente de la Convención, general Antonio I. Villarreal.

Llevando el nombre de Villarreal, los correos iban de un grupo a otro grupo; de una junta a otra junta; de una conformidad a otra conformidad; y cuando todo parecía dispuesto en favor de Antonio Villarreal, una voz, una sola voz, salida de los delegados zapatistas, sembró la cizaña; y aunque sin hacer acusación alguna al general Villarreal, los zapatistas, unidos a los delegados neutrales, indicaron que de no ser otra la persona elegida se retirarían de la asamblea. Los partidarios de Zapata no pudieron olvidar que el general Villarreal y el licenciado Luis Cabrera, habían tratado de convencer al general Zapata a fin de que éste reconociera la jefatura de Carranza.

Unas horas, pues, de nuevas desconfianzas y divergencias, fueron suficientes para que Villarreal quedase derrotado de antemano; y aunque los zapatistas pretendieron que el general Felipe Ángeles fuese el sucesor de Villarreal, mientras que los carrancistas abogaban por el general Obregón, bastó que de un grupo de delegados saliera el nombre del general Eulalio Gutiérrez, para que éste reuniera en torno de él, la mayoría de los votos convencionistas.

Y todo eso pasó durante la noche del 31 de octubre al 1 de noviembre; pues a la mañana de este día, los convencionistas estaban comprometidos a votar al sucesor de Carranza —al hombre que no sólo caracterizaría los ideales de la Revolución, sino también sembraría la paz y el bienestar en la República.

Gutiérrez, antiguo minero de Coahuila, persona honorable, tranquila, y contemporizadora, poseía una mediana capacidad. Faltaban en él el talento y perspicacia de Villarreal; ahora que, el 1 de noviem-



Licenciado Luis Cabrera, quien trató de convencer a Zapata de reconocer la jefatura de Carranza

bre, al reunirse los convencionistas, parecía ser el hombre elegido para dar nuevas y determinantes posiciones a la Revolución.

Sin oposición el general Gutiérrez quedó electo presidente provisional de la República; pero como los delegados zapatistas se abstuvieron de votar, la Convención resolvió que el presidente sólo estuviera 20 días en funciones; aunque podría continuar en el mando y gobierno de la República, si los zapatistas le daban su voto aprobatorio.

Muy endeble, pues, resultaba el poder de Gutiérrez. Así y todo, los convencionistas quedaron convencidos de haber hecho la mejor elección, máxime que apenas juramentado, Gutiérrez, con señalada autoridad mandó que los generales Villarreal, Obregón, Aguirre Benavides y Eduardo Hay, marchasen en busca de Carranza —a propósito de quien se tenían noticias de que se había ausentado de la Ciudad de México— a fin de comunicarle las resoluciones de la asamblea.

Gutiérrez, para iniciar su gobierno, dejando a su parte el apoyo de los convencionistas, sólo tenía, en la caja que se suponía nacional, 50 mil pesos, cantidad que dos días antes había entregado el general Álvaro Obregón, por orden de Carranza, a la Tesorería de la Convención con el objeto de que pagase los sueldos de los convencionistas.

En lo que respecta a fuerzas armadas, el general Gutiérrez sólo podía mandar en las escoltas personales de los jefes revolucionarios concurrentes a la Convención, y que en total sumaban poco más de 2,500 soldados.

Disponía también el general Gutiérrez, para despachar los primeros asuntos políticos y administrativos, del palacio de gobierno del estado de Aguascalientes, donde, por de pronto, parecía estar centrada la principal autoridad de México.

Después de todo eso, ¿qué hacer? La Convención carecía de programa. El propio Gutiérrez no era hombre con la capacidad personal

ni con la popularidad colectiva para abarcar, con autoridad y decisión, los innúmeros problemas, ya de la paz, ya de la guerra, que tenía el país, para salvar los primeros renglones de sus necesidades.

Los convencionistas, que en un principio se creyeron los únicos llamados a gobernar la República, ahora estaban atolondrados. Además, hecha la elección de Gutiérrez, el partidismo surgió amenazante. Así, los delegados villistas se pusieron en marcha hacia el norte, pues bien pronto tuvieron noticias de que el general Villa estaba inconforme con lo sucedido en la asamblea, y por lo mismo no aprobaba la designación hecha en favor de Gutiérrez. Los carrancistas, por su parte, salieron subrepticamente de Aguascalientes; unos para volver a tomar el mando de sus fuerzas; otros para reiterar su amistad y reconocimiento a Carranza.

Sin saber, pues, que hacer, de manera de adquirir verdadera autoridad y disponer de los medios para ejercerla, el interino, desconfiando de la comisión encomendada a los generales Villarreal, Obregón, Hay y Aguirre Benavides, resolvió dar un paso audaz; y al efecto, se comunicó personal y telegráficamente con Carranza. “Soy la autoridad legítima del país”, dijo Gutiérrez al Primer Jefe, no sin advertirle previamente que la Convención le había elegido presidente de la República, luego de destituir al propio Carranza de la jefatura del Ejército Constitucionalista y del gobierno nacional.

Carranza contestó con mucha dignidad. Aceptaba —dijo— la conferencia con el general Gutiérrez, no como un reconocimiento al acuerdo de la Convención. Aceptaba aquella conferencia, como un medio pacífico a fin de evitar nuevos males al país, pero reiteraba que el nombramiento aprobado por la Convención carecía de la legalidad, y que por lo mismo él, Carranza, continuaría en el ejercicio de las facultades que le otorgaba el Plan de Guadalupe.

No por esto se desanimó el general Gutiérrez, y como tratara de convencer al Primer Jefe de los derechos convencionistas y de la propiedad de su elección como presidente provisional de la Repú-

blica, Carranza, para evitar una controversia a través de los hilos telegráficos puso punto final a la conferencia.

Con todo esto, la República, cuando menos aparentemente, tenía dos gobiernos; ahora que, en la realidad, el suceso principal, consistía en que la Revolución estaba definitiva y profundamente dividida y que por lo mismo, una nueva guerra civil se presentaba amenazante y violenta en el país.

PREPARATIVOS DE GUERRA

La amenaza de la guerra, por una parte; el despertar de las ambiciones políticas entre los jefes revolucionarios, por otra parte; la sospecha, de que otros graves males se cernían sobre el país, en tercer lugar, obligaron al Primer Jefe, Venustiano Carranza a la previsión circunstancial. Además, el cambio de la sede de la junta militar reunida en la Ciudad de México y el título de soberana dado a la Convención de Aguascalientes, advirtieron a Carranza que era necesaria una preparación para hacer frente a acontecimientos imprevistos.

Así, mientras los convencionistas deliberaban en Aguascalientes, Carranza ponía los cimientos de su autoridad. Uno de ellos, como se ha dicho, consistió en la reivindicación nacional de la plaza de Veracruz. El otro, la organización de sus propias fuerzas guerreras; es decir, de fuerzas que, sin abandonar la primacía de constitucionalistas, estuviesen a la vez identificadas con la clasificación personal de carrancistas. Carrancismo indicaba la alianza pura y limpia al Plan de Guadalupe; esto es, a todo lo que se mantuviera dentro de los ordenamientos conforme a los cuales Carranza era el Primer Jefe del Ejército a par de encargado del Poder Ejecutivo de la nación.

Para dar apoyo a la idea de organizar un cuerpo armado carrancista, el Primer Jefe tenía por cierto que podía fiar en tres generales: Francisco Cos, Pablo González y Cándido Aguilar. Al primero le unían el paisanaje y la amistad; al segundo, la seguridad de su alma

ambiciosa deseosa de ganar el favor de la Primera Jefatura. Al último, le movía el ansia que produce la debilidad al verse desdeñado por los poderosos.

De los tres jefes señalados, González era el número uno, puesto que Carranza estaba cierto de que, además de ser hombre de lealtad, jefe de mérito por su bizarría y diligencia, estaba ensombrecido por las empresas y triunfos del general Obregón y aguardaba paciente y silenciosamente la hora de una victoria personal, con la idea de heredar la confianza que Carranza tenía en él.

Y tan cierto se hallaba González de que iba a llegar la hora perseguida para su persona y su gente, que calladamente, al advertir los proyectos de independencia convencionista, mandó situar sus tropas a lo largo de las vías de los ferrocarriles Central y Nacional, desde el Distrito Federal hasta el estado de Guanajuato; pero dejando el grueso de sus fuerzas en las puertas del norte, poniente y oriente de la Ciudad de México, para poderlas movilizar hacia la costa del Golfo, y unir las tendidas sobre la vía férrea a Veracruz.

Al mismo tiempo, y como sabía la estimación que Carranza dispensaba al general Cos, mandó que éste, procediera a reforzar su cuartel general en Puebla; y como Cos era apto para organizar y movilizar sus soldados, al final de octubre pudo informar que su división era fuerte en 8 mil hombres. Con esto, el Ejército comandado por Pablo González ascendió a poco más de 16 mil soldados; ahora que no poseían el armamento y las municiones de que estaba dotada la División del Norte.

Formado de esa manera, un cordón defensivo con las fuerzas de González, Cos y Aguilar, el camino a Veracruz estaba expedito para cualquier movimiento que ordenara el Primer Jefe.

Así, todo dispuesto al caso, Carranza salió de la capital, como se ha dicho, con dirección a Tlaxcala y Puebla a donde llegó el 2 de noviembre, para enterarse aquí del mensaje en el cual se le comunicaba que había sido destituido de la Primera Jefatura y que el

general Eulalio Gutiérrez estaba nombrado presidente provisional de la República.

La entrada a Puebla, se reitera, obedecía a un plan, puesto que apenas en la ciudad, Carranza recibió (3 de noviembre) al general Cos, quien acompañado de un numeroso séquito de jefes y oficiales puso en manos del Primer Jefe una acta en la cual, al tiempo de desconocer los actos de la Convención de Aguascalientes, ratificaban su adhesión al Plan de Guadalupe, reiteraban su compromiso con Carranza y acusaban del delito de rebelión a todos aquellos generales que siguieran los dictámenes convencionistas.

Ese mismo día, durante el cual Carranza fue festejado con motivo de la nueva adhesión de la gente de González y Cos, las fuerzas del general Villa entraron a la plaza de Aguascalientes, y en seguida avanzaron hacia Lagos y León, mientras las tropas de Pablo González retrocedían cautelosamente, sin hacer la menor resistencia, a Celaya.

Los preparativos de la guerra se convertían, pues, en unas cuantas horas, en la guerra misma. Sólo el general Eulalio Gutiérrez, con su investidura convencionista de presidente provisional o interino de la República convencionista, esperaba tranquilo la última palabra de Carranza; aunque compelido por Villa, y temeroso de que los comisionados por la Convención para comunicar a Carranza los acuerdos aprobados, no cumplieran su cometido, resolvió ponerse directamente al habla, como ya se ha dicho, con Carranza, con los resultados negativos conocidos.

Los generales Villarreal, Obregón, Hay, Aguirre Benavides, en efecto, en alas del optimismo convencionista, creyendo que la Convención no sólo representaba la voluntad popular, sino que con la elección de Gutiérrez se había salvado a la República de las calamidades de la guerra, marcharon en busca de Carranza, con la esperanza de que éste, ante sucesos tan evidentes como elocuentes, no tendría más remedio que aceptar la cesación de sus funciones y el reconocimiento a los dictámenes de la Convención.

Olvidaban, sin embargo, los comisionados que Carranza no era Jefe de Estado ni de gobierno, antes era el jefe de la Revolución y por tanto, caudillo ajeno a los acuerdos de una asamblea.

Así, al llegar a la Ciudad de México, los comisionados hallaron un ambiente desemejante al de Aguascalientes. En la capital, todos los preparativos, en vez de ser compatibles con una posible reconciliación de ánimos e intereses, eran bélicos. Los soldados veteranos del constitucionalismo se disponían a la guerra.

Nuevos cuerpos de voluntarios, organizados por Pablo González, estaban posesionados de la plaza y resueltos a resistir al villismo y al zapatismo. La oficialidad veterana de las llamadas caballerías de Lucio Blanco y de los irregulares de Coahuila, estaban en actitud de guerra. Entre toda esa gente sólo se hablaba de Carranza; y de Carranza como Primer Jefe, mientras que el nombre del general Villa era menospreciado. No había un lugar en donde colocar la mediación.

El general González se había retirado de la plaza a fin de evitar conversaciones con los comisionados de la Convención; y sólo el general Lucio Blanco se dispuso a disuadir a los enviados por Gutiérrez, pero lo quiso hacer con imperio y vehemencia, que irritó a Obregón; y éste quedó convencido de que no era posible una fórmula conciliatoria.

Por otra parte, la actitud de Blanco fue tan firme, que empezó a hacer titubear a los comisionados. El general Villarreal, a quien mucho repugnaba la sola idea de que el general Villa fuese el gobernante de México, aunque no por ello dejaba de admirarle, comunicó a sus colegas la grave responsabilidad en que estaban comprometidos; pero, como no faltaban en Villarreal los resentimientos, principalmente hacia los zapatistas, por haberse opuesto éstos a su elección presidencial, su palabra no tenía plena sinceridad para los otros comisionados.

Carranza, por su parte, de una manera ostensible, no deseaba conferenciar con tales comisionados, quienes entre una ansiedad y

otra ansiedad advertía cómo el encuentro con el Primer Jefe se ponía de un día a otro día: de una hora a otra hora, con lo cual iban perdiendo poco a poco entereza y confianza. Carranza, al efecto, seguía la táctica de quebrantar moralmente a los miembros de la comisión, de manera que al efectuarse la conferencia tuviesen perdido el arrogante poder manifestado al tiempo de salir de Aguascalientes.

Además, las noticias que llegaban del norte, en el sentido de que el general Villa, desobedeciendo las órdenes de Gutiérrez movilizaba sus fuerzas hacia el bajío, producían un impacto en los delegados convencionistas, y con lo mismo, perdían tiempo y confianza.

Por fin, Carranza, ya con su cuartel general establecido en Orizaba, resolvió recibir a los comisionados. Hízolo en términos amistosos, aunque de extremada gravedad. No produjo ningún reproche, y sólo repitió lo que dijera al general Gutiérrez; la separación definitiva del general Villa no sólo del mando de la División del Norte, sino de todos los mandos militares en la República, era condición irrevocable para que él, Carranza, renunciara a la Primera Jefatura.

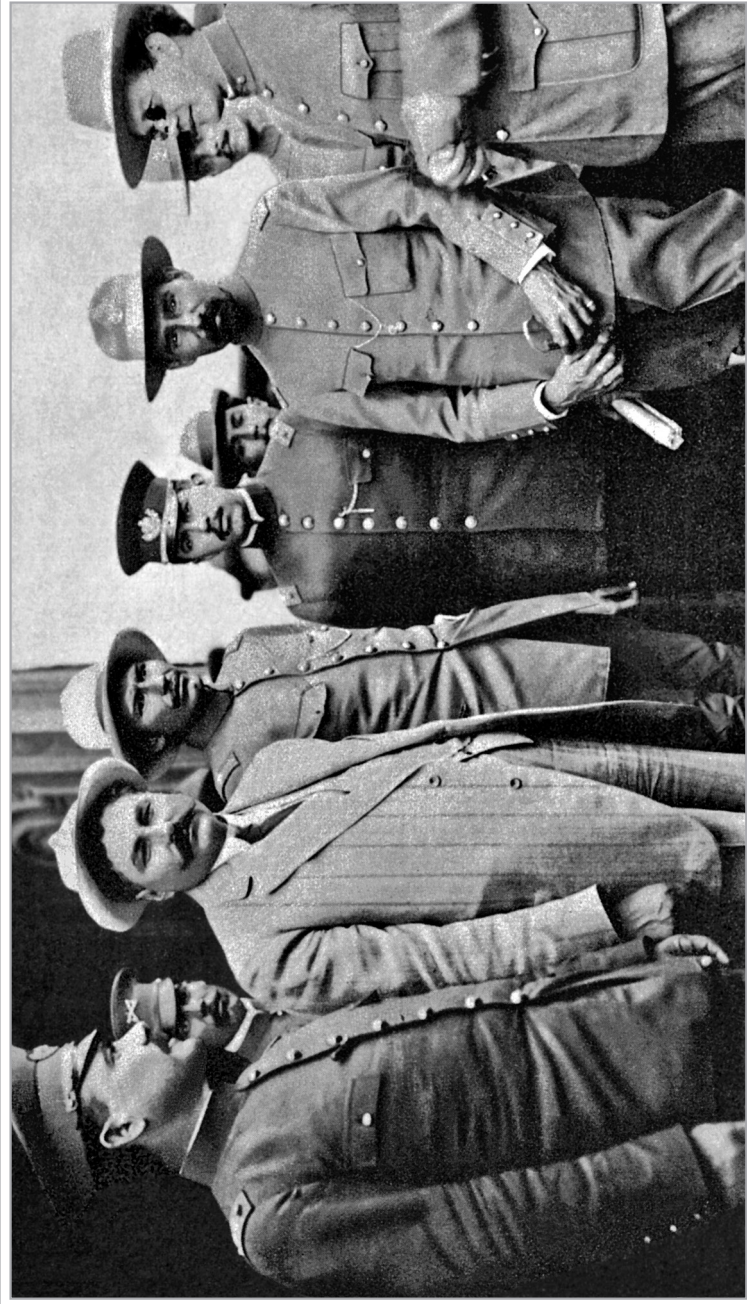
Ahora bien: como esta misma exigencia se hallaba consignada en las declaraciones, propósitos e instructivos del general Eulalio Gutiérrez, la decisión de Carranza no reñía, en el fondo, con los acuerdos convencionistas. La única discordancia consistía en que Carranza estaba seguro de que Villa no abandonaría el mando de fuerzas y que por lo mismo, la situación no estaba llamada a cambiar; y así toda gestión a fin de que Carranza renunciara y reconociera a Gutiérrez resultaba inútil.

El Primer Jefe sentía sobre él —y así lo hizo saber a los comisionados— una responsabilidad que no podía abandonar. Era una responsabilidad de honor y patriotismo, puesto que después de llevar al país a una segunda guerra civil con el propósito de derrocar a la autoridad de Huerta y de reivindicar la Constitución, tenía el deber de restablecer la paz, las instituciones públicas y las libertades y garantías constitucionales.

Para Carranza, no sólo existía esa única responsabilidad que estaba obligado a cumplir. Había una segunda: la de evitar que la República quedara en las manos del general Villa. Éste era un guerrillero audaz y valiente; pero de una irresponsabilidad manifiesta, producto de su rusticidad, que le impedía advertir los peligros y amenazas que podía significar, para la nación mexicana, el entregar el mando y gobierno de México a una facción, ya originaria de la Revolución, ya partidaria de la contrarrevolución, pero de una u otra manera, sin la jerarquía que exigía una función como la de organizar y dirigir la República de acuerdo con la idea principal que había sido la causa de la Revolución.

Todo se reunió en aquella conferencia de Orizaba para una determinación dramática. Carranza, imperturbable y definido no podía abandonar al país a los juegos de las pasiones, ni de las improvisaciones, ni de los intereses casuales. Los comisionados, por su parte, estaban imposibilitados de rendirse a las palabras del Primer Jefe sin faltar a sus compromisos con la Convención; y aunque se sentían atraídos por las razones, la convicción y el patriotismo del Primer Jefe, para no caer en un nuevo error, puesto que todo lo que sucedía era motivado por la ingenuidad de los tiempos y sus hombres, resolvieron esperar, puesto que tenían ya informes ciertos de que Villa continuaba el avance, al frente de sus tropas hacia la Ciudad de México, en vez de desistir del mando como estaba decretada por la Convención.

Con la seguridad, pues, de que procedían como leales revolucionarios, Obregón, Villarreal, Aguirre Benavides y Hay, en seguida de sus conferencias con Carranza resolvieron regresar a la Ciudad de México. Vivía ahora en ellos, la idea de pedir a Gutiérrez que, haciendo nuevos esfuerzos y valiéndose de la supremacía de su autoridad, retirase del mando de las tropas al general Villa, con la seguridad de que a continuación no se haría esperar la renuncia de Carranza.



Otros integrantes de la Convención de Aguascalientes: Álvaro Obregón, Eulalio Gutiérrez, Pánfilo Natera, Ramón F. Iturbe, Guillermo García Aragón y Eduardo Hay

La petición de los comisionados fue estéril. Gutiérrez había dado un paso que contrariaba los instructivos originales. Al efecto, tenía nombrado comandante en jefe del Ejército Convencionista al general Villa. Así, el acuerdo de la Convención del 30 de octubre, quedaba violado, y por lo tanto, los comisionados libres y aptos para contraer otros compromisos de partido, si así lo determinaban, sin que por ello faltaran al juramento convencionista.

El acuerdo de Gutiérrez nombrando a Villa jefe de los Ejércitos de la Convención no sólo nulificaba la representación de los comisionados, sino que también acercaba al país a la guerra, como lo había pronosticado Carranza desde las conferencias de Torreón.

Y la guerra estaba ya dibujada sobre el cielo de México; pues el general Villa, mandando en jefe, ordenó el avance a Querétaro, y que los soldados villistas apostados en Chihuahua y Durango fuesen movilizados hacia el centro de la República. También mandó Villa que los generales que estaban como delegados en la Convención, regresaran a sus puntos de origen y poniéndose al frente de sus tropas, se preparasen al combate, ya para defender la autoridad del general Gutiérrez como presidente de la República nombrado por la Convención, ya para proteger los acuerdos convencionistas, ya para servir a las órdenes del general Villa y bajo la bandera del villismo.

Tales preparativos, constituían, en la realidad, la guerra misma —la tercera guerra civil de México.

MOVILIZACIÓN DEL VILLISMO

Desde la hora en que fue nombrado, como consecuencia de la amenaza que significaba para el general Eulalio Gutiérrez y los miembros de la Convención, comandante en jefe del Ejército Convencionista, el general Francisco Villa, provisto de todos los ímpetus de que era capaz y que le daban el aspecto de ser una figura irradiante, con la gran sagacidad de guerrero que surgía en él a cada momento

gracias a sus virtudes intuitivas, y con la extraordinaria facultad de organizador presto y hábil se dispuso a exterminar el carrancismo, sin medir el poder del contrario, sin hacer planes estratégicos, sin escuchar el parecer de sus lugartenientes.

Villa creía que la virtud del guerrero —la virtud que llevaba al guerrero a la victoria— consistía en dar una voz de mando tras de otra voz de mando, de manera que tal ejercicio se convertía en la condición prima para ser un buen capitán. No era Villa —y no podía ser de otra manera dada su rusticidad— hombre que pensaba en los errores o que calculara las contrapartidas en la forma de plantear y desarrollar los hechos imprevistos. Fiaba así, más en su palabra que en su pensamiento. Parecía que el buen mandar durante la guerra excluía al buen gobernar de la paz, ignorando, de tal suerte, que el jefe de una guerra está obligado a ser soldado y político.

Para Villa, pues, el ver cómo crecía su Ejército; cómo los hombres le obedecían y cómo su personalidad magnetizaba a propios y extraños, era suficiente para enfrentarse a un caudillo como Carranza, en quien sólo reconocía al hombre que sabía leer y escribir y por lo tanto exento de virtudes guerreras.

Así cuánto júbilo no estallaría en el alma de Villa, cuando 15 días de su nombramiento como general en jefe del Ejército Convencionista vio florecer una división y otra división; pues a las huestes de la División del Norte pronto se agregaron una y 100 partidas de gente armada de todos los rincones del país; partidas que, atraídas por la fama del guerrero, creían inevitable el triunfo de aquel general impetuoso y sin escrúpulos a la hora de la guerra.

Con aquel Ejército que a mediados de noviembre (1914), no sólo tenía las características de los poderoso, sino que daba el aspecto de lo invencible, puesto que aparte del número y arrojo de sus soldados, estaba muy bien armado y pertrechado; con aquel Ejército, Villa se acercaba a la Ciudad de México, en la creencia de que, tomada la capital de la República, la victoria del villismo quedaba cierta, y,

al efecto, parecía que tal acontecimiento era capaz, por sí solo, de abrir las puertas de la confianza nacional y universal y por lo mismo hacer incuestionable la autoridad y dominio del atrevido y emprendedor guerrero.

La Revolución había hecho el milagro de sacar de la oscuridad a aquellos genios intuitivos entre los que estaba, casi como figura central, el general Villa; y genios que, cuando menos en la superficie, hacían suponer que estaban destinados a sobrevivir mientras sobreviviera la Revolución.

Otra, sin embargo, era la realidad de un pueblo tradicionalmente rural que, al igual de todos los cuadros bucólicos, estaba dominado por el imperio de la naturaleza y no por la mano experta o la cabeza clarividente de los hombres. De aquí, que Villa viviera ajeno a la realidad; y tan ajeno, que no daba importancia al gobierno de Carranza, y sí a la ocupación de la Ciudad de México.

En ésta, y mientras que Villa ordenaba el avance hacia el sur, el general Álvaro Obregón, tenía el mando militar, mientras que el general Pablo González, con sus fuerzas, continuaban alerta sobre las vías férreas del Central y Nacional, aunque haciéndolas replegarse hacia los estados de Tlaxcala e Hidalgo conforme era el avance de los soldados del villismo, de manera que sin presentar combate, tenían en cambio la obligación de no perder contacto con los soldados de Obregón.

Apoyado por González y la fuerza que dentro del Distrito Federal representaban los soldados del general Lucio Blanco, Obregón confiaba en mantener al general Villa a extramuros de la Ciudad de México, haciéndose consentir en su poderío, pero sin darle oportunidad a penetrar en la plaza, para de esta manera debilitarle su moral, tenerle alejado de sus fuentes de abastecimientos y esperar a que el constitucionalismo rehiciera sus fuerzas dispersas como consecuencia de los acontecimientos explicados anteriormente, y ya rehechas tales fuerzas, atacar a Villa por la retaguardia, de

acuerdo con los generales que en Jalisco y Sinaloa permanecían leales al constitucionalismo.

Sin embargo, cuando Obregón se encaminaba a realizar sus planes, pudo enterarse de que el general Lucio Blanco no era leal a Carranza, ya que en sigilo hacía preparativos para pasarse a las filas del villismo.

Grande y notable fue la prudencia del general Obregón, para no darse por enterado de los planes de Blanco, puesto que carecía de fuerzas dentro de la plaza de México, para defender su posición, y con mucha cautela empezó a dictar las disposiciones convenientes con el objeto de abandonar la ciudad sin poner alerta al general Blanco; y de acuerdo con el general González, cuando todo estuvo listo para la marcha, redactó y firmó un manifiesto dando a conocer su determinación de evacuar la plaza; y sin que Blanco se diera cuenta del movimiento, a la madrugada del 24 de noviembre, salió con las tropas que les eran fieles.

Blanco, por su parte, sin poder realizar sus planes, puesto que proyectaba aprehender a Obregón y González, quedar dueño de la situación y poner a precio la entrega de la plaza, resolvió también salir de la ciudad al frente de sus soldados, para ir en busca del general Gutiérrez a quien desde ese día 24 aceptó como “presidente legítimo de la República”, expidiendo al caso un manifiesto, en el que desconocía a carrancistas y villistas.

La Ciudad de México quedó a esas horas al garete, amenazada hacia el sur por los zapatistas, hacia el norte por los villistas que avanzaban desde Querétaro, y hacia el oeste por partidas locales con capitanes improvisados, pero dispuestos a obtener los frutos de las luchas intestinas.

Por otra parte, la metrópoli sufría por la falta de agua potable, tranvías y carruajes; todo estaba paralizado en la ciudad: cerrados los hoteles y restaurantes, los almacenes y farmacias. De los mercados habían huido los comerciantes. La entrada de abastecimientos,

prohibida. La población civil, temerosa de la gente armada se había ocultado en sus casas. Sin embargo, los ánimos estaban dispuestos a recibir a cualesquiera de los Ejércitos que se comprometiera a dictar medidas de orden y a proporcionar los alimentos de primera necesidad que requería la urbe.

Así, al saberse que los zapatistas se hallaban a las puertas de la ciudad, la gente, ya por curiosidad, ya por optimismo, salió a las calles a la hora en que los hombres de Emiliano Zapata a las órdenes del general Rafael Castillo, hacían su entrada triunfal. Los soldados, que con la indumentaria del peón de campo y armados de escopetas o machetes desfilaban por las calles de México, eran los mismos a quienes meses antes los propios metropolitanos llamaban *hordas de Atila* y a quienes la prensa periódica acusaba de los más cruentos crímenes.

Sin embargo, los soldados zapatistas no podían ser más humildes, abnegados, comprensivos y pacíficos. Representaban con sus desgarrados vestidos de manta cruda; con sus huaraches o su descalsez; con su armamento y desorganización militar; con la tibieza de su alma y lo sometido de su conjunto, la mayor de las realidades de México. Eran la explicación no sólo de la Revolución, antes bien de la guerra civil; de las tentaciones y del sacrificio; de los deseos de progreso y del despertar ambicioso.

Las mujeres y los niños que seguían a pie, sin huellas de fatiga ni apetitos de grandeza a aquella turba de hombres armados que se decían soldados del Ejército Libertador, eran a semejanza de un pueblo libertado. Todo, en tal Ejército, conmovía; y a nadie se le hubiese ocurrido, a esa hora, remirando a la gente con el amor al prójimo, negar la justicia popular y explicar, aunque a medias, el porqué de las violencias humanas.

Los escapularios y relicarios que tanto los hombres como las mujeres llevaban al pecho, y el estandarte con la imagen de Guadalupe que iba al frente de la tropa del general Castillo, daba a aquella



El ejército zapatista, contrario a lo que se cree, no perseguía obtener privilegios de la guerra

turba la idea de ser soldados de la fe, aunque no era así; no podía ser así, puesto que no era la cristiandad la que se estaba erigiendo en catedral; era la nacionalidad la que se iba iniciando en jerarquía.

Había, además, en medio de tal desfile zapatista, todos los signos de un drama —de un profundo y magno drama rural. Y se dice que los signos, porque en aquella masa del desamparo, no se manifestaba un solo principio doctrinal ni una idea capital que diese a entender que se trataba de una evolución específicamente social.

México, pues, la vieja capital de México, estaba bajo la dominación zapatista; y la ciudad podía dormir tranquila, porque nunca los triunfadores fueron tan benévolos como los hombres de Zapata; pues lejos de ser los dinamiteros y bandidos de las crónicas periodísticas, no trataban de obtener o lucir privilegios de guerra, como aconteciera con los soldados constitucionalistas. Por el contrario, los zapatistas se dejaban quitar o cedían graciosamente las monedas de metal, acuñadas primitivamente en Morelos y Guerrero, y con lo mismo no pocos *coyotes* y *especuladores*, cambiaban oro por *bilimbiques*.

Tampoco representaban los zapatistas una fuerza militar. A lo endeble y viejo de su armamento, como ya se ha dicho, se agregaba la falta de organización en sus filas, así como la de obediencia a sus jefes; y esto fue advertido bien pronto por los habitantes del Distrito Federal, quienes comparando a los zapatistas con los carrancistas daban un saldo muy favorable a los primeros, mas la ciudad, que en el fondo seguía suspirando por el porfirismo, ya no dudó en entregar sus simpatías a la gente de Zapata, de manera que había verdadero deseo de ver al caudillo del sur, quien acusado anteriormente de bandido, ahora era el héroe de la Ciudad de México.

Zapata se había mantenido alejado del escenario público. Con singular modestia, en vez de buscar el aplauso popular, prefirió el apartamiento a donde sólo recibía a sus lugartenientes. Además, no faltaba en el general Zapata, el alma rencorosa que se anidaba en

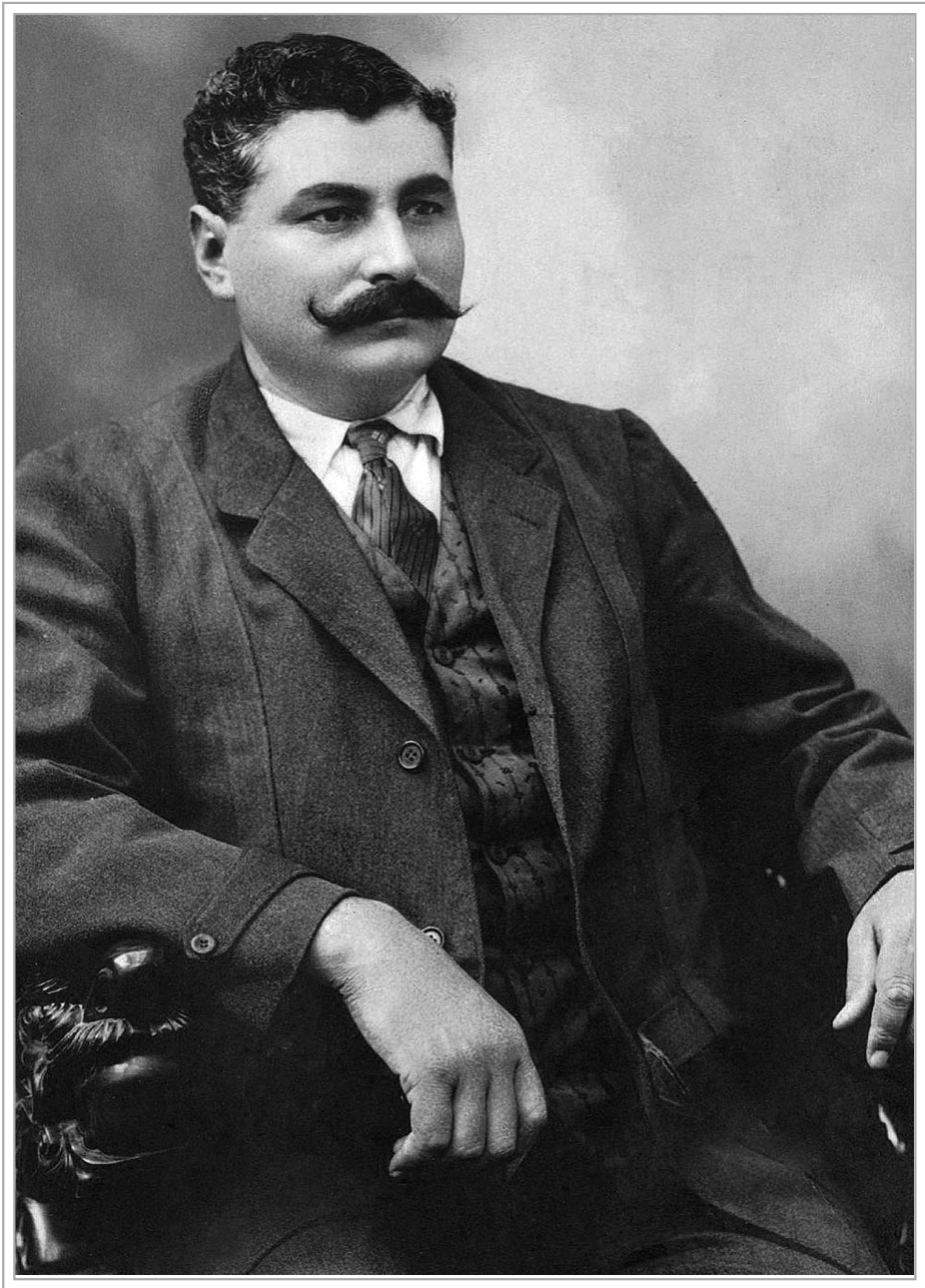
el pecho de la población rural del país, puesto que para ese mundo popular, los males principales de la República se atribuían a la elegancia y derroche que de riquezas hacía la vieja capital.

Reservado y alejado del teatro de los halagos y festejos estuvo Zapata hasta el 28 de noviembre, cuando al ser informado que las primeras avanzadas del villismo entraban a la capital, se presentó en el Palacio Nacional; y como a esa hora vestía un traje de charro, y en su semblante denotaba tranquilidad y sencillez y por lo mismo era ajeno a todas las ocultaciones mentales, con ello hizo crecer su popularidad. Para la capital, pues, el general Zapata era un individuo alegórico e inofensivo. Parecía la ánima del fuereño, acoquinada y desorientada dentro de la urbe.

Y la figura de Zapata siguió idealizada por la popularidad, cuando el general Eulalio Gutiérrez, el nombrado presidente interino de la República por la Convención de Aguascalientes, llegó también (3 de diciembre) a la capital.

Gutiérrez, después de muchos titubeos, convencido de que no tenía la necesaria personalidad ni el poder suficiente para ejercer y defender por sí mismo su jerarquía política, militar y administrativa, resolvió entregarse a los brazos del villismo, dirigirse a la Ciudad de México, dar lucimiento a su empleo ocupando el Palacio Nacional y preparar su futuro, y el futuro de sus colaboradores, sirviendo de puente entre los generales Villa y Zapata, considerando que de esa manera, tanto el norteño como el suriano empezarían a creer en él y a darle la categoría presidencial que ambicionó, desde el momento en que aceptó ser el presidente de la República.

Acomodados, pues, en la urbe los generales Zapata y Gutiérrez, el primero sin más título que el de jefe del Ejército Libertador; el segundo, como inesperado o fortuito primer magistrado de la nación, ahora sólo faltaba la presencia del tercer personaje —del tercero, pero principal personaje de la guerra, de la política y del gobierno convencionistas: el general Francisco Villa.



Eulalio Gutiérrez, presidente interino

Mas Villa no era de los hombres que se dejaban conducir o seducir fácilmente. Así, si el general Gutiérrez pretendía hacer vivir y prosperar su autoridad bajo la sombra del caudillo norteño éste, a su vez, buscaba la forma de utilizar los visos de legalidad que se querían dar a Gutiérrez. Además, Villa estaba deseoso de saber quién, en la realidad, era el general Emiliano Zapata y qué actividad práctica podía dar al villismo o al convencionismo.

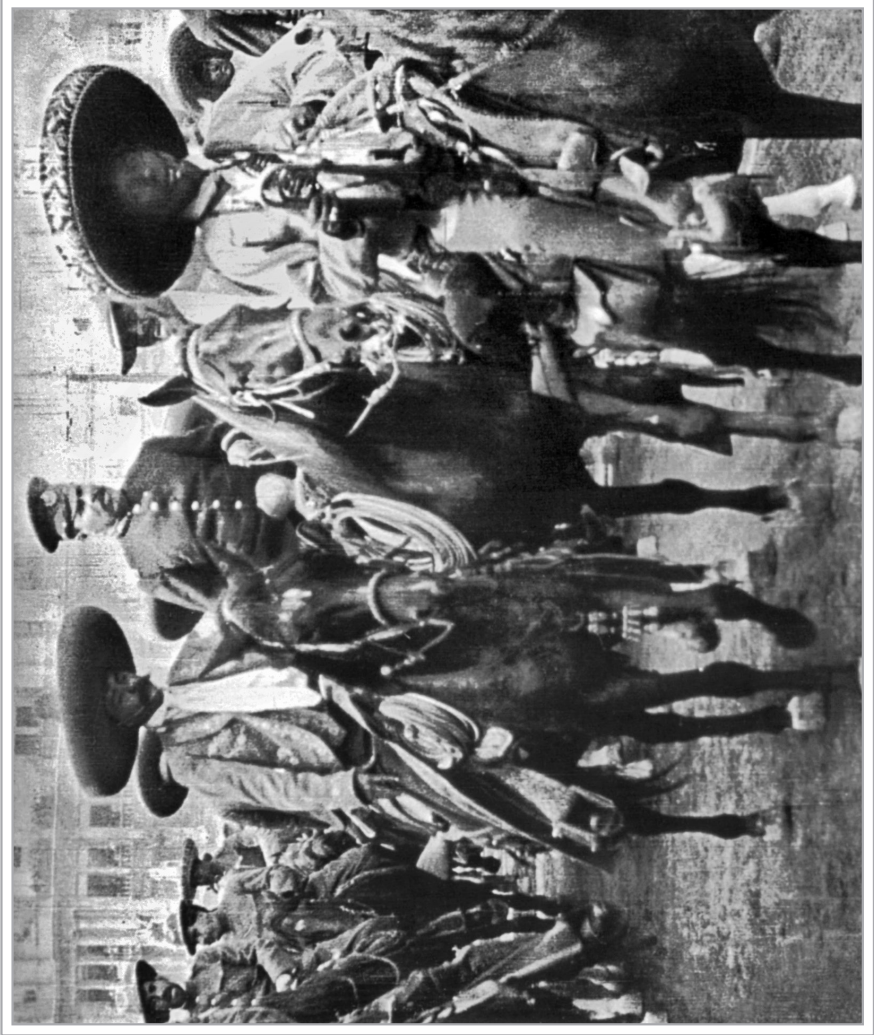
Por esto último, sobre todo, el general Villa apenas llegó a los linderos del Distrito Federal, y en lugar de ponerse al frente de sus hombres para desfilas a manera de héroe por las calles de la Ciudad de México, y antes de lucir su porte personal y el porte de sus soldados, quiso tener una conferencia con el general Zapata.

Los dos caudillos, al efecto, se reunieron (4 de diciembre) en Xochimilco; y aunque la junta debió efectuarse reservadamente, los habitantes de Xochimilco, al descubrir la presencia de los dos caudillos, les vitorearon y les cubrieron con flores; y todo esto con tan viva y sincera emoción, que el general Villa, conmovido, derramó lágrimas y dinero.

Después de tal escena, los dos caudillos iniciaron sus conversaciones preliminares. Tratábase de formular y aceptar un pacto verbal. Y así se hizo, fijándose, al caso, que la República quedaría dividida en dos grandes zonas de guerra. Una que, partiendo de la Ciudad de México hacia el norte, estaría comandada por el general Villa. La segunda, arrancando del Distrito Federal al sur del país, tendría como jefe al general Zapata.

Ambos, por otra parte, quedaban comprometidos a ser aliados en la guerra; pero al mismo tiempo dar su firme y resuelto apoyo al gobierno civil presidido por el general Gutiérrez.

Una sencilla acta de tal conferencia, fue el documento principal suscrito por Villa y Zapata, quienes en seguida de firmarlo, se comprometieron a hacerlo conocer a Gutiérrez, quien no obstante su investidura había sido ajeno a aquel reparto de posiciones y obligaciones de guerra.



Entrada de los generales Emiliano Zapata y Francisco Villa a la Ciudad de México



En Palacio Nacional, el presidente Eulalio Gutiérrez recibe a Villa y Zapata; lo acompañan miembros de su gabinete y cuerpo diplomático

Aceptó Gutiérrez el acontecimiento, y sintió tanta seguridad en sí mismo y en el compromiso de los dos caudillos, que no sólo prolongó su interinato que estaba caduco desde los días de la conferencia de Xochimilco, sino que adoptando una postura responsable y solemne, procedió a nombrar (5 de diciembre) a los miembros de su gabinete; y al efecto, dio el empleo de secretario de Instrucción Pública al literato José Vasconcelos, y el de Fomento al ingeniero y matemático Valentín Gama; y llamó a la cartera de Gobernación al general Lucio Blanco y a la de Guerra al general José Isabel Robles.

El general Villa, por su parte, luego de presentarse en público, primero al frente de sus tropas y después, al lado del general Zapata, no obstante que tenía bajo su mando a los soldados de la División del Norte, del Ejército Libertador y a las partidas, ya numerosas, ya pequeñas que de todo el país llegaban a darle su adhesión, engolosinado por los halagos que le hacía la Ciudad de México y los honores que le rendían sus subalternos, se olvidó momentáneamente de los negocios de la guerra, para entregarse a los divertimientos personales, a los cuales era muy inclinado, puesto que dentro de su alma campesina no cabía explicación alguna de cómo y por qué había llegado a aquel encubramiento.

Los divertimientos, por el abuso que de ellos hizo, mermaron la personalidad de Villa, máxime que todo hacía creer que, hecho el pacto con Zapata, cargaría todas las fuerzas que estaban a sus órdenes sobre el estado de Veracruz, donde el Primer Jefe todavía no había organizado las defensas convenientes para resistir los ímpetus guerreros de los 30 o 35 mil hombres que Villa hubiera podido movilizar sobre el cuartel general carrancista.

Y no fue ése el único error del general Villa en aquellas horas decisivas, pues subestimando a los generales que quedaban leales al Primer Jefe y exagerando, dentro de su rústico ser, el poder guerrero del zapatismo, en vez de marchar sobre el enemigo resolvió volver al norte, con la idea de exterminar a los carrancista en los

estados de Sonora y Sinaloa; apoderarse de la zona carbonífera de Coahuila; atacar al enemigo que cuidaba la riqueza petrolera y abastecer lo suficiente de las fábricas de armas de Estados Unidos a fin de garantizar el futuro de sus batallas.

Un segundo error cometió el general Villa, al abandonar el Distrito Federal y los estados circunvecinos al supuesto poder del zapatismo, porque aparte de que éste no tenía carácter emprendedor, carecía de organización conveniente y de armamentos; mas Villa, en vez de preocuparse por estos problemas, los dejó a la resolución del general Gutiérrez, quien además de su espíritu apocado no tenía dinero ni posibilidades de conseguirlo.

Tan grandes y notorios fueron los errores del general Villa, que apenas retirados del Distrito los soldados veteranos del villismo, el general Gutiérrez, sintiéndose desamparado ya no tuvo otra idea fija en la cabeza que la de prepararse para abandonar la Ciudad de México en el caso de ser amenazado por las fuerzas carrancistas; porque, en efecto, temeroso el general Álvaro Obregón, como comandante en jefe de las operaciones militares del constitucionalismo, de que el general Villa, dada la fama de impetuoso que tenía, movilizase los más de 30 mil hombres que estaban bajo sus órdenes sobre el puerto de Veracruz, en un acto de suprema audacia dejó su cuartel general en Córdoba, y utilizando las fuerzas del cuerpo de ejército del general Pablo González, avanzó valiente y osadamente en actitud ofensiva sobre la capital de la República.

Ahora bien: si los generales Villa y Zapata omitieron la posibilidad de que Obregón avanzara amenazante sobre el Distrito Federal, el general Gutiérrez, por su parte, luego de considerar tal amenaza, pidió al general Zapata que reforzara la línea defensiva al oriente de la capital; mas Zapata no sólo desoyó al interino convencionista, sino que se retiró, con el grueso de su ejército, hacia el estado de Morelos, de manera que la metrópoli quedó prácticamente desguarnecida, sirviendo esto para que la ciudad pasara a manos de los

ladrones, que asaltaban casas y personas, amenazaban a los comerciantes, confiscaban y vendían los pocos víveres que entraban a la plaza. Así, la Ciudad de México careció de autoridad a par de que la población empezó a sentir las escaseces de alimentación.

Tan precaria se hizo la situación, que el general Gutiérrez en un esfuerzo para ejercer su autoridad llamó a los jefes villistas y zapatistas que se quedaron en el Distrito Federal, y les mandó que dispusieran la defensa de la capital, puesto que tenía noticias de que las fuerzas carrancistas a las órdenes de Obregón se acercaban a rescatar la plaza y que, además, se hicieran cargo de la vigilancia y seguridad de la metrópoli.

Mas esto, en lugar de mejorar la situación, fue considerado por villistas y zapatistas como una ofensa que les hacía Gutiérrez; así, en vez de ponerse al servicio del interino, se entregaron a las rivalidades que pronto tuvieron un gran acompañamiento representado en actos de agravios y venganzas.

Fueron tantos los dislates cometidos; tantos los enconos que se suscitaron, que villistas y zapatistas acudieron bien pronto a maniobras y crímenes casi temerosos, siendo una de las primeras víctimas Paulino Martínez, quien había presidido la delegación zapatista a la Convención.

Martínez, dedicado por largos años al periodismo de oposición, no creyó excesivo hacer alguna censura al general Villa. Sin embargo, el hecho bastó para que los jefes villistas le secuestraran llevándole al cuartel de San Cosme, en donde por orden del general Rodolfo Fierro fue fusilado a la madrugada del 13 de diciembre (1914).

Otro problema, tan delicado como el del abuso de autoridad que cometían los villistas conforme se iban retirando de la Ciudad de México para concentrarse, de acuerdo con las instrucciones de Villa, en Torreón, se presentaba a la mano del general Gutiérrez. Tal problema fue el de la escasez de dinero.

Gutiérrez, como presidente, estaba comprometido a entregar 15 millones de pesos para el pago de las fuerzas-zapatistas y villistas que guarnecían el Distrito Federal. Sin embargo, no tenía ni una remota esperanza de conseguir tal dinero.

Los carrancistas se habían llevado, al retirarse a Veracruz, las contribuciones del Distrito correspondientes a todo el año de 1914, de manera que a Gutiérrez sólo le quedaban por cobrar los impuestos correspondientes a las profesiones, que eran los menores.

El gobierno gutierrista o convencionista no tenía moneda propia; tampoco la poseía Zapata a excepción de la metálica acuñada en Morelos y que desapareció a los pocos días de la entrada de los zapatistas a la capital. Así, Gutiérrez se vio obligado a mandar resellar los *bilimbiques* carrancistas, con lo cual logró una pequeña suma que le sirvió para el pago de las primeras necesidades de su gobierno.

Decretó también Gutiérrez un impuesto a la producción de metales preciosos y aumentó las rentas a los mercados y encomiendas; y como ninguna de tales medidas surtió, se vio en la necesidad de echar mano de 10 millones de pesos que de billetes de banco y *bilimbiques* carrancistas se hallaban depositados en la Tesorería de la nación.

Por de pronto, con tal suma de dinero, el secretario de Hacienda, ingeniero Felicitos Villarreal, pudo cumplir con los más importantes compromisos del gobierno. Los soldados recibieron sus pagas y fue posible adquirir, en los estados circunvecinos, los víveres suficientes para las necesidades de la población; ahora que esto no sería perdurable, pues apenas pasadas tres semanas, Villarreal hizo saber al interino que las cajas de la Tesorería estaban exhaustas de dinero; y como el hecho llegó al dominio público, el crédito del general Gutiérrez y de sus colaboradores sufrió considerable merma, y de aquí que empezaran las deserciones, no sólo de la gente armada, antes también de los civiles, que salían en sigilo de la Ciudad de México en busca de los carrancistas, puesto que había noticias de que en las

regiones dominadas por el constitucionalismo no se hacían sentir las escaseces.

De esta suerte, al final de diciembre (1914), el gobierno de la Convención comenzó a decaer. Gutiérrez perdió autoridad y las tropas de Zapata desdeñaban los ofrecimientos de pago que hacía la Tesorería convencionista, con lo cual se sembraba la incertidumbre y hacía pensar que no sería muy dilatado el gobierno de Gutiérrez ni de la Convención dentro de la Ciudad de México.

No obstante esa situación conflictiva, que propendía a otras y quizás mayores complicaciones, el general Gutiérrez se mostraba muy apegado a su empleo y autoridad. La decisión de continuar en el interinato era abierta y firme; y como probación de que estaba seguro de sí mismo y de su gobierno, Gutiérrez era admirable, puesto que estaba amenazado tanto por Villa como por Zapata. Aquél, pocas horas antes de salir de la capital llamó al interino a su cuartel, y en seguida de acusarle de debilidad e incapacidad, y de reprocharle no dictar las medidas convenientes para mejorar la hacienda pública, le amenazó con deponerle si no procedía con diligencias y no decretaba los procedimientos eficaces para defender al gobierno de la Convención. Zapata, por su lado, envió un ultimátum al interino conminándole para que en el término de un mes regularizara los pagos de haberes a las tropas surianas.

A esto último, y dispuesto a hacer su propia autoridad —también a embarnecerla— el general Gutiérrez contestó con la disposición de reorganizar las rentas, como con un decreto mandando un aumento de sueldo a los generales de división a 25 pesos diarios; a 10 a los coroneles; a cinco a los capitanes, en tanto que el del soldado a un peso y medio.

Con tales aumentos, el presupuesto del gobierno de Gutiérrez creció en un 30 por ciento, sin que el secretario de Hacienda hallara la manera de obtener mayores ingresos, máxime que el gutierrismo, encerrado en el Distrito Federal, sólo tenía los impuestos del comercio, pequeñas industrias y propietarios de inmuebles.

Al entrar el año de 1915, sin lograr un progreso en las rentas de su gobierno y viendo cómo crecían las erogaciones, el interino estuvo a punto de renunciar; y lo hubiese hecho si el secretario de Instrucción Pública, José Vasconcelos, no se opone; le alienta; le ofrece buscar personalmente las medidas convenientes para vencer los conflictos y le hace creer que el gutierrismo, situado entre los villistas, carrancistas y zapatistas era el mejor de los partidos, puesto que a la hora de que las facciones armadas agotaron sus recursos, la perseverancia de Gutiérrez era la llamada a triunfar.

Aceptó Gutiérrez la elocuencia vasconceliana. Muy lógicas parecían las observaciones del ministro de Instrucción; ahora que la situación del gobierno dependía, más que de las razones políticas, del orden hacendario y administrativo; y para remediar este orden no se veía en el horizonte de tales días una sola fuente, capaz de dar los recursos necesarios.

La idea de Vasconcelos era, pues, muy atinada, pero la función de la misma carecía de solidez en un país dividido por las facciones y alarmado por la guerra que se desataba en torno a la conquista del poder.

Capítulo XVII

La lucha

LAS FUENTES DE LA GUERRA

Desde el avance, casi tumultuoso, de las fuerzas del general Francisco Villa de Aguascalientes a Querétaro, donde se hallaban los puestos avanzados del general Pablo González, el país admitió la inminente de esa lucha intestina; y aunque los agrupamientos armados que se preparaban a la guerra, no tenían fundamentos ni características propias en razón de ideas, puesto que obedecían a personalismos que, ya por conveniencia, ya por admiración, ya por necesidad, ya por patriotismo, ya por responsabilidad, obraban conforme a las circunstancias y por lo mismo carecían de fijeza, no por todo esto se dejaban de comprender que conforme los grupos, facciones y partidos, ora armados, ora políticos, se rozaban los unos a los otros, la conflagración se acercaba.

Los campos de batalla que por meses sólo habían quedado grabados sobre los mapas regionales, nuevamente volvían a ser señales de lo futuro; pero dentro de todo eso, era posible determinar que sólo quedarían, para enfrentarse, dos ejércitos. Uno, el del general Francisco Villa al cual se llamaría *convencionista* o *villista*. Otro, el de Venustiano Carranza, al que se conocería como *Constitucionalista* o *carrancista*.

Aunque no eran pocos los jefes revolucionarios que estaban definidos en lo que respecta a seguir al primero o al segundo de los ejércitos otros más esperaban el momento de la decisión, para

inclinarse a un bando u a otro bando; pues para esto, dentro del idealismo democrático revolucionario que dominaba en tales días, no se hacían sumas y restas sobre las posibilidades de triunfo de Carranza o de Villa. Discutiáse, eso sí, quién de esos dos hombres podría ser más capaz de gobernar la República dando al pueblo los dones que éste reclamaba como fruto de la Revolución.

El personalismo que se presentaba en el horizonte de México como consecuencia de las clasificaciones que se daban a los ejércitos en pugna, no correspondía a la categoría clásica de las luchas del caudillaje, sino al valor extrínseco que se otorgaba, entre sus admiradores, a Carranza y Villa. No era, pues, la fuerza, la que en esta vez determinaba la elección del partido: era el principio de las cualidades patrióticas, civiles, administrativas y políticas de los personajes en cuestión. Ser villista, significaba corresponder específicamente a la idea del populismo, sin considerar las aptitudes de Villa como Jefe de Estado o de gobierno. Ser carrancista, quería decir, constituir un gobierno y dar a México un gobernante capaz de establecer y consolidar un gobierno jurídico, administrativo y político, sin estimar la fuerza militar carrancista.

Las figuras de los dos hombres que iniciaban, como capitanes primeros, la nueva lucha armada en la República, poseían, tanto para la mentalidad popular, como para las idealizaciones de la época, capacidades de gigantes, sin que esto significara que se olvidaban los defectos del primero y del segundo; aunque subordinando tales defectos a las generosas emociones que padecía a la vez que gozaba el pueblo de México, en medio de los aturdimientos e ilusiones que siempre provocan las conflagraciones.

Tan ajeno vivía el mundo mexicano a las crudas realidades de tales días, que ni los jefes revolucionarios hacían cálculos sobre el número de sus soldados ni el poder que éstos podrían representar en los combates. Las ilusiones, enseñoreadas de la República, colocaban la calidad sobre la cantidad. La agilidad y valentía personal

del general Villa sobresalía a la multitud de guerreros que le seguía. Interesaban más la dignidad autoritaria de Carranza que los abas-tecimientos del carrancismo. El número de combatientes estaba al margen de la contabilidad política y moral del país. ¿Para qué hacer cuentas de soldados, si a la hora del combate o del triunfo los volun-tarios parecían brotar de la tierra?

Y no solamente eran los caudillos nacionales y lugareños quienes vivían ajenos a las realidades de su posición y de sus aspiraciones. Entre la gran masa de la población mexicana todo era improvisación a par de negrura. La mayor de las perplejidades tenía acogotada a la República; pues así como la lucha contra el general Victoriano Huer-ta había sido casi unánime en el país, y los individuos se alistaban en las filas revolucionarias solícita y espontáneamente y aunque tal lucha tuvo los aspectos de la venganza y del coraje, ahora, al em-pezarse el 1915, las opiniones se dividían en las controversias sobre las cualidades de los caudillos de primera fila revolucionaria.

Poco, muy poco se hablaba o se pensaba acerca de determinados ideales políticos. Tampoco había referencias o reivindicaciones so-ciales. De éstas, y siempre con vaguedad, y más bien como citación de vanidades sólo hacían mención los ilustrados; y los ilustrados podían ser fácilmente contados —correspondían, en su mayoría, a los individuos de la primera época revolucionaria; porque como los cinco años que siguieron al antirreeleccionismo hasta los días que examinamos, habían corrido muy de prisa y en medio de las violen-cias de la guerra, bien señalados fueron los hombres que alcanza-ron la posibilidad de adquirir una preparación política mayor de la que legaran al país Francisco I. Madero y el maderismo.

Debido a todo esto, los grupos armados carecían de macizez de ideas y sólo perseguían los signos de la hombradía y bizarría. Y esto se manifestaba en acontecimientos casi cotidianos que producían estragos en las filas de uno y otro partido. Así, al iniciarse el pri-mer movimiento de avance hecho por los soldados de Villa hacia

Querétaro, las tropas del general Pablo González que se hallaban custodiando las vías del Central y Nacional, en su retirada hacia el Distrito Federal sufrieron una desertión de 2 mil soldados en solo una semana. Otro tanto sucedió al general Francisco Murguía, quien hallándose de guarnición en Toluca, perdió, también por desertión, más de la tercera parte de sus fuerzas, de manera que se vio obligado a abandonar la plaza. Su gente, en su mayoría del norte, se sentía atraída por las hazañas y generosidades que la voz popular atribuía al general Villa.

En la Ciudad de México, de los 8 mil hombres que correspondían al cuerpo de ejército del noroeste, al general Lucio Blanco y al cuerpo de ejército del noreste, sólo quedaron leales al carrancismo 4 mil. Los desertores, incluyendo al propio general Blanco, habían ido a unirse a las filas del villismo o bien a servir al general Gutiérrez, en quien también empezaban a verse exteriorizaciones de hombre de mando capaz de llevar a sus soldados a la victoria. Blanco, como se ha dicho, en medio de subterfugios, hizo a un lado sus compromisos con Carranza, y soliviantado por sus viejos pleitos con el general Obregón, abandonó el constitucionalismo para ponerse a las órdenes del presidente interino nombrado por la Convención.

Los pronunciamientos de la tropa de una y otra facción llegaron a ser tan comunes y tan espectaculares, que el general Nicolás Flores, gobernador del estado de Hidalgo, se quedó en Pachuca sin más compañía que los miembros de su estado mayor, puesto que sus fuerzas, declarándose en favor del general Villa, abandonaron en medio del entusiasmo la plaza, sin hacer daño alguno a sus jefes a quienes pudieron coger prisioneros.

Episodios hubo, en los cuales, jefes revolucionarios que estaban perfecta y debidamente unidos, resolvían en medio de la estupefacción general, adherirse a bandos opuestos, para repronunciarse horas más tarde, pidiéndose disculpas y olvidando lo sucedido como si el hecho no hubiese tenido la menor importancia.

Los generales Francisco Murguía y Gertrudis Sánchez, después de dudar el uno del otro, quedaron, al final de cuentas, comprometidos a seguir en la misma causa: en la causa carrancista. El acontecimiento se registró en Morelia.

Sin embargo, como Murguía salió de la plaza para marchar hacia el estado de Jalisco, y antes de emprender tal marcha lastimó, con su imperiosa autoridad, al general Sánchez, éste, en justa venganza, mandó perseguir a su colega; y trabándose combate (18 de diciembre) entre las tropas de los dos generales aliados pocos días antes, Murguía fue derrotado por la gente del general Joaquín Amaro, quien pertenecía a las huestes del general Sánchez.

De este mismo origen era la lucha que se desarrollaba en el estado de Sonora, entre las fuerzas del gobernador José María Maytorena y el general Benjamín Hill; pues si Maytorena tenía el derecho de gobernar el estado, cierto era también que por ser muy estricto y puritano en los negocios públicos, suscitaba tantos conflictos entre su propia gente que ésta le abandonaba; y le abandonaba para tomar partido al lado de Hill, de manera que la lucha doméstica sonorense parecía no tener fin.

Dentro del villismo, que a partir de la Convención de Aguascalientes parecía ser la facción más poderosa de la Revolución —la más poderosa del país, también— ocurrían asimismo defecciones y pronunciamientos. La separación violenta del villismo no sólo del general Maclovio Herrera, sino de los soldados veteranos que éste comandaba, de las filas villistas, produjo una lesión profunda y por largo tiempo penosa en el cuerpo guerrero del general Villa. El prestigio y unidad del villismo sufrió una fuerte merma, puesto que a la decisión de Herrera se siguieron otras en el estado de Durango, donde el nombre y glorias de Villa eran un verdadero estandarte.

Puesta así en marcha la primera parte de la nueva guerra civil, sin que hubiese instrumento alguno para evitarla, ya que era muy difícil castigar o cumplir con las leyes de la lealtad en medio del des-

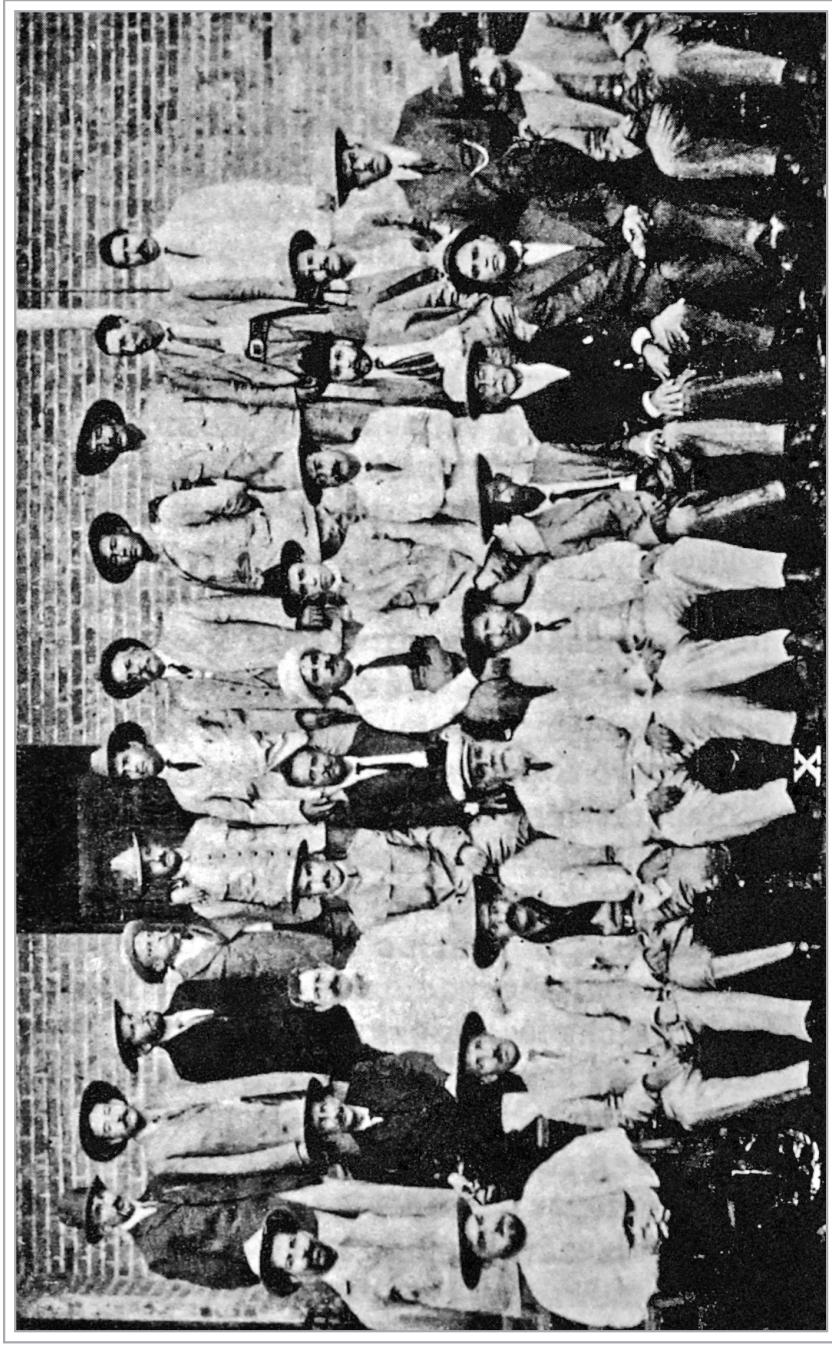
concierto que existía en el país; puesta en marcha la primera parte de la guerra, se repite, comunes tenían que ser los actos siempre repugnantes a la conciencia humana.

Víctima de tales hechos contrarios al ser humano, fue el general Jesús Carranza, individuo de verdaderas prendas políticas y civiles y hermano del Primer Jefe.

El general Carranza, después de un viaje por los estados del Pacífico, desembarcó en Salina Cruz, para dirigirse por la vía férrea a Veracruz, con el objeto de informar a su hermano sobre las condiciones en el noroeste de México; pero desde el momento de poner los pies en tierra ya estaba sentenciado a muerte. En efecto, el general Alfonso Santibáñez, de filiación carrancista, pero a la vez entendiéndose con los simpatizadores de Villa y con los generales huertistas, urdió un plan con el objeto de secuestrar al general Carranza y en seguida presentar condiciones al Primer Jefe a cambio de la libertad o fusilamiento del secuestrado.

Santibáñez, al efecto, sin dificultad alguna, aprehendió al general Carranza y a los miembros del estado mayor de éste que le acompañaban; y en seguida se dirigió al Primer Jefe poniendo a precio la cabeza del general aprehendido. Carranza, sin embargo, se negó a entrar en tratos con la deslealtad y villanía de Santibáñez, por lo que éste mandó, que como aviso preliminar, fuesen ejecutados los oficiales del estado mayor; pero como tampoco así cedió el caudillo del constitucionalismo, ordenó que el general Carranza fuese pasado por armas. El trágico suceso, ocurrido el 11 de enero de 1915, esto es, dos días después del fusilamiento de los oficiales, constituyó la advertencia de lo que sería la nueva lucha intestina.

La tercera guerra civil, pues, se iniciaba no sólo en medio de incertidumbres y ambiciones de mando y poder, sino también en el escenario de la crueldad. Tal parecía, si no se examinaba el fondo de la realidad de tales días, que la Revolución naufragaba y que los hombres de 1910, que ilusionaran al país con su heroísmo y



General Jesús Carranza, sentado al centro, marcado con una X

desinterés, con sus ideales y esperanzas, habían desaparecido como por encantamiento, para que naciera inesperada e innaturalmente una generación sin respeto a los derechos ajenos, ni amor hacia las instituciones nacionales, ni consideración a la vida humana, y, en cambio, llena con un orgullo insondable y un afán de triunfar sobre todos los designios del entendimiento y razón que se deben los hombres por sí mismos y entre sí propios.

Muchos dolores y amarguras se esperaban con todo esto a una patria que no se podía explicar —tanto era el desbordamiento de pasiones; tantos los temas superficiales; tanta la ignorancia acerca del renacimiento y poder rural mexicano— el porqué del proceder de los caudillos de la guerra y el porqué de la continuación de la lucha armada.

La gente olvidaba, en efecto, que los males naturales de México, unidos a los errores humanos de un pasado ingrato —errores cometidos más por desaprensión que por perversidad— aparecieron tan inesperada y violentamente, que los vapores del mundo rural, acumulados desde los días de la Independencia, asociados a la voluntad e inspiración creadora del pueblo mexicano, fueron incontenibles; y continuarían incontenibles, hasta en tanto la población rústica de México no estuviese segura de que el país correspondía a una era universal de desarrollo físico y humano de la que tan distante había vivido la República, durante los días del régimen porfirista.

Además, aquella situación nacional no era ajena a los primeros influjos de la conflagración europea; pues si ésta no tocaba materialmente las playas mexicanas ni era captada por el pueblo rural de México, no por ello dejaba de comprometer las condiciones internas del país, ya alteradas por la primera y segunda guerra civiles.

Era necesario considerar, para entender el porqué México continuaba en los campos de batalla, que la guerra europea había abierto las puertas a todas las manufacturas y ventas de armas ofensivas y defensivas, de manera que la lucha intestina nacional ya no depen-

día, como anteriormente, de los fabricantes de armamentos norteamericanos, sino de la fabricación ultramarina, de manera que los enconos y rivalidades originados por naturaleza propia en los años de 1910 a 1914, recibían en el 1915, el estímulo del armamentismo europeo.

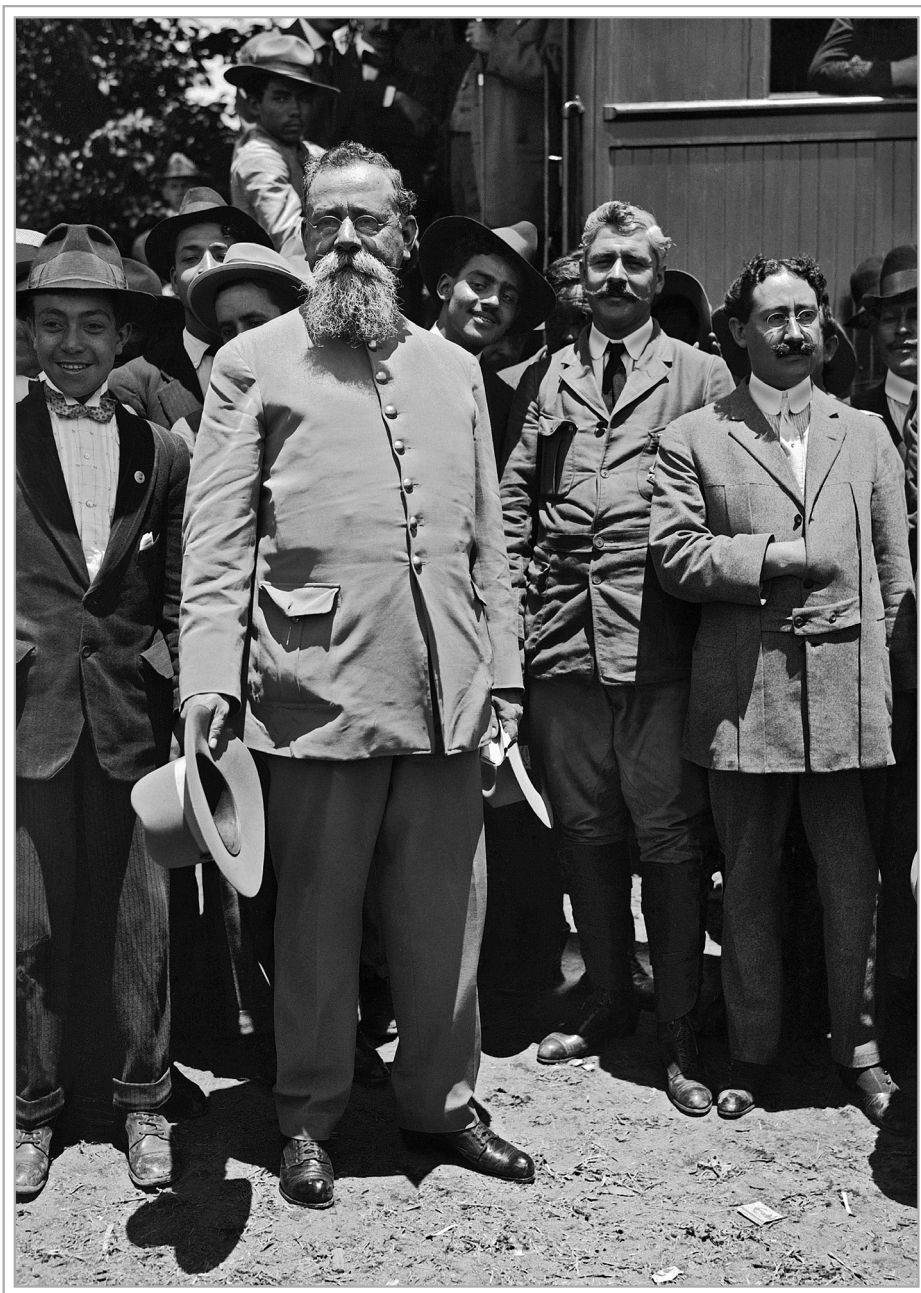
Así, la continuación de la guerra civil mexicana no era culpa única de los mexicanos, sino culpa también —y culpa muy principal— de quienes desde Europa, en afanes mercantiles, no tenían escrúpulos para seguir atizando la hoguera en México, comprobándose con esto, que la paz interna de los pueblos no puede ser específica virtud doméstica; porque sobre la virtud interna puede estar, como sucedió en el 1915 mexicano, el interés externo.

México, pues, a los albores de 1915, estaría obligado a resistir con heroísmo sobre sus hombres, el desenfreno producido por la gran conflagración que desequilibraba a Europa y al mundo.

CARRANZA LEGISLADOR

Con su buen juicio, y más que con su buen juicio, guiado por su criterio de gobernante, del que había dado cabal cuenta a su partido y a la nación desde el momento de establecer la jefatura de su mando en Hermosillo, el Primer Jefe a partir de los últimos días de octubre (1914), muy bien calculada tuvo su retirada de la capital y su instalación en Veracruz.

Carranza, en efecto, luego de salir de la Ciudad de México, de recibir la reiteración de la lealtad de las fuerzas de los generales Francisco Cos y Pablo González; de expedir un manifiesto en Tlaxcala; de negarse a entrar en tratos con el presidente provisional o interino nombrado por la Convención de Aguascalientes; de rechazar los oficios de los comisionados convencionistas; de hacer un alto en Orizaba y Córdoba, después de todo eso, dio oportunidad para que los marinos norteamericanos que ocupaban la plaza de Veracruz desde



El Primer Jefe calculó bien su retirada de la capital y su instalación en Veracruz

abril de 1914, concluyeran sus trámites administrativos y militares y evacuaron la plaza quedando reivindicada la independencia y soberanía de México.

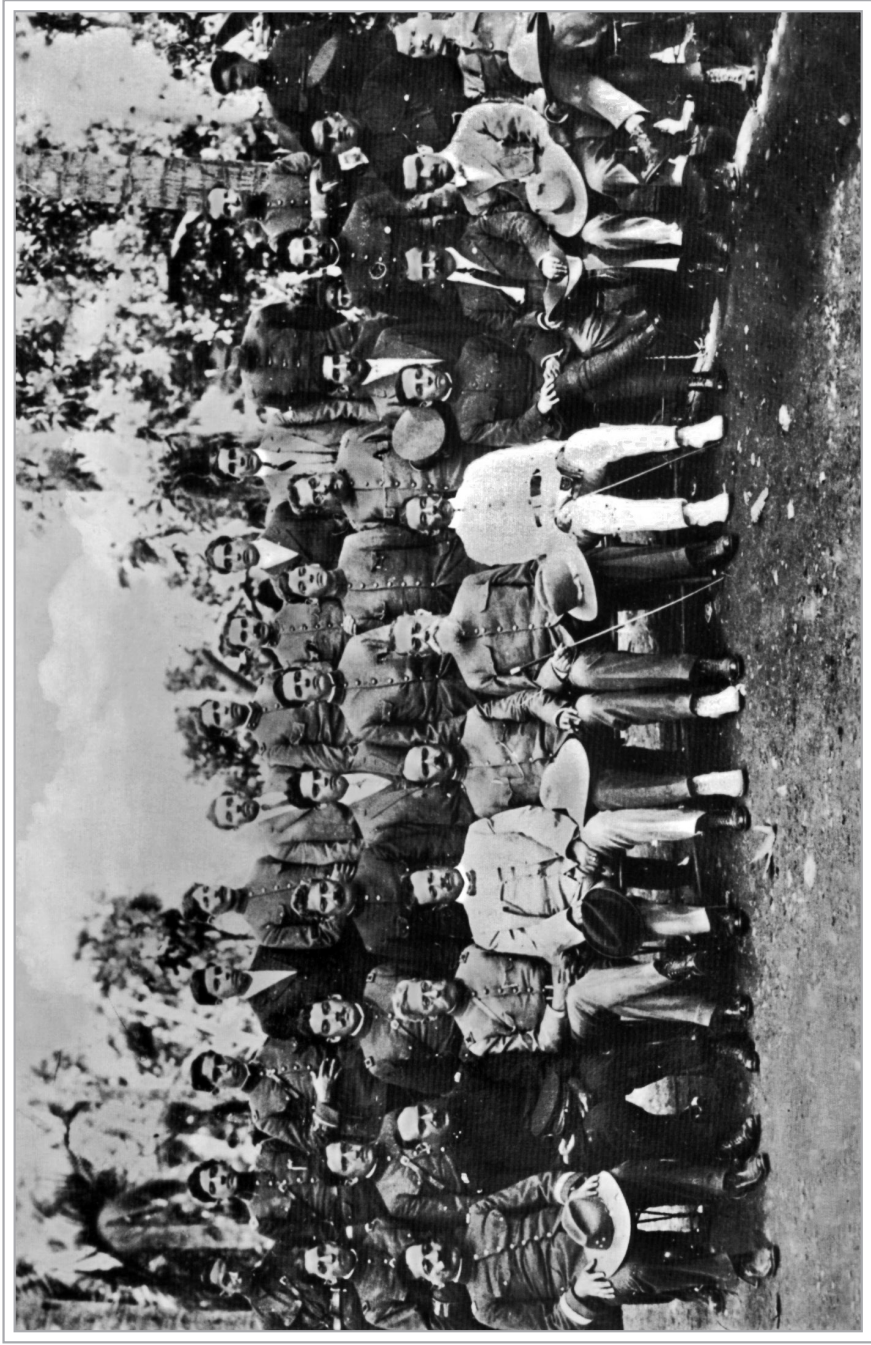
Tan asociado a la vida mexicana y a los problemas del país vivía Carranza —y era ésta su primera cualidad de gobernante— que, apartándose de las manifestaciones externas y ampulosas, seguía con mucho decoro y patriotismo los movimientos que hacía el gobierno de Estados Unidos para evacuar Veracruz.

Servíase al caso el Primer Jefe, de la misión diplomática de Brasil acreditada en México, que con mucho honor a par de sentido humano, y sin interferir en los negocios domésticos mexicanos, era el puente para las negociaciones que, sin condición, se llevaban a cabo cerca de la Casa Blanca, para que el suelo mexicano recuperase su integridad jurisdiccional.

Así, los trabajos de cooperación y efectividad de las soberanías nacionales, fue llevado al cabo por la República brasilense con tan grande nobleza, equilibrio e inteligencia, y sobre todo con tanta comprensión del alto espíritu patriótico de Carranza, que el 26 de noviembre (1914), Carranza, acompañado por el general Obregón y sus principales colaboradores administrativos, entró a la ciudad de Veracruz.

Fue éste, sin género de dudas, el más feliz y certero acontecimiento del carrancismo, no sólo por la reivindicación mexicana obtenida con tal suceso, antes también porque en lo adelante, el constitucionalismo podría disponer, sin zozobras ni vaivenes, de un punto desde el cual se abrían las vías más fáciles para dirigir la política de la guerra, como para comunicarse con el extranjero. El suceso, efectuado en las horas de la definición doméstica, y cuando la República se sentía amenazada en todos sus órdenes internos, equivalió a señalar el principio de la victoria del constitucionalismo.

En Veracruz empezaba la etapa más importante y fructífera de la Revolución. Para esto, mucho influyó el vivísimo ingenio veracru-



Carranza, acompañado por Obregón y sus principales colaboradores administrativos llegan a Veracruz

zano; las ligas que siempre tienen los puertos con el mundo; la versatilidad de los días que recorreremos; la jerarquía que se daba a la ciudad, como capitana de la Revolución; la inmigración de oficinistas y políticos y la distribución que desde allí se hizo del dinero constitucionalista. Todo, pues, fue placentero para Carranza dentro de la ciudad, porque aparte de que el pueblo veracruzano le consideraba libertador de la dominación norteamericana, también ayudaba a tal ambiente la prosperidad económica que pronto fue realidad en el puerto.

Carranza, gracias a sus aptitudes de gobierno, no dejó de aprovechar todas las coyunturas y ventajas que le ofrecían Veracruz y los veracruzanos; y ya en posesión plena de su categoría de Primer Jefe, con señalado aire militar, uno de sus primeros movimientos públicos consistió en salir con el general Obregón a reconocer el territorio ocupado por las fuerzas constitucionalistas, y con lo mismo a elegir el terreno a donde se podría presentar combate a los villistas y zapatistas, en el caso de que aquéllos y éstos, como era de esperarse, avanzaran hacia Veracruz con la idea de sitiar y atacar la capital carrancista.

De todo lo concerniente a la posible o necesaria defensa de la plaza de Veracruz, se enteró el Primer Jefe; ahora que éste no debió quedar convencido, después de tal inspección de carácter militar, de sus arrestos y conocimientos guerreros; pues se abstuvo de dar órdenes, nombrando en cambio al general Álvaro Obregón, no sólo para que se hiciera cargo de cualquiera situación militar, sino para que tomara la jefatura de las operaciones sobre el Distrito Federal.

Casi simultáneo a tal designación, fue el acuerdo de Carranza entregando la cartera de Hacienda al licenciado Luis Cabrera, quien si carecía de experiencia para la administración de las rentas públicas, en cambio tenía fama como hombre de atrevidas empresas, así como de autoridad en los problemas sociales y políticos del país.

No era Cabrera un genio conductor, pero sí un genio analizador. Poseía las cualidades ciertas y verdaderas, para examinar las propiedades e impropiedades de las cosas. Había en él, si no una ciencia, sí un arte de plantear los negocios, aunque no para resolverlos. Sabía descubrir los agentes que producían los conflictos; pero se abstenía, para no comprometerse, de presentar las soluciones. Faltaba en él, la malicia del político. Correspondía más a la clarividencia, que a las funciones de la pragmática política y social. Acudía, sin temor, al encuentro de los acontecimientos; pero ya dentro de ellos, se nulificaba a sí propio, como si los problemas fuesen mayores a su orden y talento. Formaba, incuestionablemente, entre el iluminismo —y meramente entre el iluminismo— de la Revolución; y como a esto asociaba su talento inmensurable y su cultura literaria, su cabeza, con ser normal, parecía una Torre de Babel. No otro producto podía esperarse, de un hombre de tal magnitud, nacido a la vida pública y política en los inciertos días anteriores a la Revolución —quizás en la Revolución misma.

Cabrera, además de su patriotismo y de su poder persuasivo y considerado, era individuo desinteresado y de honestidad inquebrantable. Tal vez correspondía a uno de esos hombres cuya existencia se había adelantado a la vida de México, de manera que en ocasiones, sus argumentos y posiciones parecían reñir con las realidades del país; ahora que poseía tanta representación de la pureza original revolucionaria, que mucho le temieron los advenedizos y oportunistas.

Tal hombre y Obregón, si muy desemejantes en ideas y procedimientos fueron, para Carranza, en esas horas del acomodo constitucionalista, verdaderos nervios del gobierno que se trataba de organizar y cimentar.

Esto no obstante, el Primer Jefe conservó, dentro de los más íntimos pliegues de su espíritu autoritario, el empeño de ser él, y nadie más que él, el verdadero director de la lucha arrasada,

política, económica y popular contra las huestes del general Francisco Villa.

Al efecto, no sólo puso los cimientos de lo que sería el fondo monetario de la guerra, sino que trazó los planes para la lucha contra Villa; planes que el general Obregón, quien estaba llamado a desarrollarlos, no siguió al pie de la letra, puesto que faltaban en Carranza las ductilidades que requieren las guerras intestinas, sobre todo cuando éstas corresponden más a la figura y acción de los caudillos, que a los proyectos y conveniencias de partido.

Mas otros problemas, de tanta magnitud como los de guerra, se presentaban en tales días a la vista y consideración de Carranza. Uno, el caos moral de la República; y de éste, el que ofrecían los agrupamientos armados o revolucionarios, incluyendo a sus jefes y cabecillas.

El Primer Jefe había observado sobre el particular, la ausencia de unidad y colaboración entre quienes le habían dado su adhesión y ofrecido su respeto. Y sobre todo, muy advertido para él, era el hecho de que tal desunidad se originaba en las rivalidades y recelos que existían entre los grupos en armas, ya que quienes tenían un poder, por más pequeño que este poder fuese, querían mandar y gobernar, de manera que a cada plaza que ocupaban se suscitaba el problema.

Tampoco ignoraba Carranza, la falta que hacía, conforme avanzaban los días, la centralización de la acción bélica; pues si eran temerosos los generales que le reconocían como autoridad suprema de la República y de la Revolución, no por eso dejaban tales generales de seguir manteniendo un espíritu de autonomía, no sólo en lo que respecta a las operaciones de guerra, sino sobre todo en lo referente a cuestiones políticas y administrativas, de manera que era difícil establecer las jerarquías. Mas, ¿qué hacer cuando había una mentalidad rural, generalmente individualista, que gobernaba los actos de los jefes revolucionarios?

Muy lejos de ser fácil estaba tal tarea; y sólo un hombre con la calidad de mando que existía en Carranza podía emprender, en medio de la revuelta del corazón, del pensamiento y de la pólvora, una obra de esa naturaleza, ¡Qué de agilidades, artificios, energías y decisiones se requerían, al efecto, para someter no únicamente a los verdaderos revolucionarios, sino a los individuos que, de todas las layas, se incorporaban día a día a las filas del carrancismo, no tanto en persecución de ideales como se ha dicho, cuanto impelidos por el hambre, el deseo de aventura o los apetitos por los botines de la guerra!

Tenía, sin embargo, el Primer Jefe, para realizar sus propósitos de mando y gobierno, un apoyo que, sin constituir un agrupamiento tangible, era una manifestación que se iba destacando poco a poco en medio de las convulsiones bélicas. Ese apoyo era el del aliento popular, y esto no tanto porque Carranza representase el populismo o fuese, como Villa, héroe del pueblo, antes debido a que desde la guerra contra Huerta y el huertismo, y aumentándose a partir de las iniciales escaramuzas entre villistas y carrancistas, difícilmente se hallaba un mexicano que no estuviese comprometido en la Revolución.

Ésta, había llegado a profundizarse en la gente del pueblo, de manera que la guerra, al correr los primeros días de 1915, constituía un levantamiento del pueblo, en el que cada persona individual si no era, ni representaba, ni respondía a un repertorio de ideas, sí significaba un gramo de sustancia para las ideas.

Aun dentro de las confusiones a que daban lugar el ir y venir de la gente; las altas y bajas de los ejércitos combatientes; las flaquezas y virtudes de los capitanes revolucionarios; los titubeos y resoluciones de los civiles, no escaseaba la palabra de la Revolución; y si unos la creían afrenta, otros la tenían por bienaventuranza; y aquellos a quienes los sucesos dejaban perplejos, eran contrarios a quienes los consideraban grandes y efectivos.

Por todo esto, las batallas que se avecinaban entre carrancistas y villistas, presentaban las características de un vulgar pleito por el poder; y aunque nada de indecoroso tenía que los individuos luchasen por ser los gobernantes de su patria, el hecho no dejaba de afear el generoso origen de los sentimientos revolucionarios —el deseo, casi inefable de los mexicanos, de hacer cambiar su suerte y de hallar la rectitud a su vida política, a su voluntad creadora y a su alma sensible que ilustraba no tanto lo pasado, cuanto lo porvenir.

Ese estado de ánimo de la nación mexicana, no lo ignoraba Carranza, y si no le daba admisión dentro de sí propio, se debía a la capacidad de su genio conductor y al conocimiento que en la lucha contra Huerta había adquirido sobre la psicología morbosa de la guerra.

Así, a transformar esa situación que desdoraba los primeros principios de la Revolución, y sobre todo a convertir la pugna por el poder en un motivo de nuevas leyes y nuevos designios del Estado mexicano propendió Carranza desde que estableció un gobierno en Veracruz. Y pronto dio paso firme y franco a tan importante idea, que sin cuestión alguna debería ser legislativa.

Y legislativa, no sólo como necesidad nacional. Legislativa, porque Carranza poseía las cualidades del legislador. No había en el Primer Jefe, la imaginación que requiere un gobernante como fundamento de las previsiones que debe tener siempre a la mano con el objeto de preservar a su pueblo de los males que conoce o de los inesperados; pero a la falta de la imaginación, existían en Carranza las aptitudes de un preceptor. Y más se acercaba el preceptor al legislador, que éste al gobernante.

Carranza, pues, llevado por su espíritu de mentor, halló su vocación de legislador; ahora que antes de iniciar tal tarea, quiso una vez más probar su pulso de autoridad que le haría capaz de llevar a cabo la nueva legislación, que a su parecer, requería el país. Y, al efecto, probó tal pulso decretando (4 de diciembre), la incautación de los ferrocarriles mexicanos, Veracruz al Istmo, Tehuantepec y Yucatán.

Aparentemente, la incautación sólo obedecía a un plan militar. Mas no era así. Carranza quería un motivo —y lo tuvo con su decreto sobre los ferrocarriles— para el preliminar de una legislación que debería llamarse y ser revolucionaria. Para ello, escuchó la voz del ingeniero Alberto J. Pani, quien le probó con claridad conciente, que el desastre económico dentro del cual vivían las empresas ferroviarias, y que se habría agravado como consecuencia de las guerras civiles, tenía su origen en el porfirismo.

Pani era un hombre versátil, de grande imaginación, de carácter emprendedor; ahora que en él faltaban la moderación de sus empresas y el sosiego de su alma ambiciosa. Escaseaba en él, el espíritu analizador que existía en Cabrera; también la textura política; pues tenía un genio tan diligente que no se detenía para barrer las fronteras de la amistad y de la lealtad, de manera que esto le acarrea no pocas enemistades, y por lo mismo le imposibilitaba para fundamentar el juicio político, siempre indispensable a los hombres que siguen esta carrera tan fascinante como peligrosa.

A pesar, pues, de que el espíritu de Pani contenía tantas semejanzas con el de Carranza, éste aceptó, no tanto como remedio, cuanto como instrumento para iniciar una legislación revolucionaria, la idea y beneficio de la incautación de los ferrocarriles. Mas ella, como se ha dicho, sólo sería un punto de partida para los proyectos reformistas; pues entre éstos estaba el de retocar el Plan de Guadalupe a fin de que pasara de la condición de instrumento de guerra a la de instrumento de paz y reforma.

En ese retoque al Plan de Guadalupe se mandaban la expedición de leyes agrarias y fiscales; una legislación obrera y minera; la reglamentación de la libertad municipal, del sufragio universal y de la independencia del poder judicial; la revisión de las leyes sobre el matrimonio y de los códigos civil, penal y de comercio. Por último, indicaban la necesidad de una legislación moderna sobre la explotación de bosques, aguas y petróleos, así como para los monopolios.

Incluía, asimismo, el plan de reformas, nuevos sistemas pedagógicos tanto para la instrucción primaria, como para los estudios superiores. Tales reformas las había anunciado el ingeniero Félix F. Palavicini, encargado de la cartera de Instrucción Pública desde el mes de septiembre (1914), en la Ciudad de México. Palavicini, al tiempo de nombrar rector de la Universidad Nacional al ingeniero Valentín Gama (27 de octubre), hizo del parecer educativo de Carranza, el decretar la autonomía de la Universidad y dotar a ésta de las facultades de altos estudios, jurisprudencia, medicina, ingeniería, odontología y bellas artes.

Y no haría alto el Primer Jefe con el solo anuncio de las reformas, sino que quiso poner en práctica sus designios; y al caso, el 25 de diciembre (1914), decretó el Municipio Libre, como institución llamada a ser la base fundamental de la democracia política mexicana, así como a corresponder al propósito de evitar que en lo futuro, el país pudiese ser objeto de cualquier tentativa dictatorial, suponiéndose que la libertad municipal, no sólo representaba la idea popular, sino la defensa efectiva de tal idea.

Dada la reglamentación primera a las funciones públicas, quiso Carranza penetrar, y penetró, a la vida de la sociedad mexicana; y para esto expidió una ley sobre relaciones familiares, que además de establecer el divorcio, fundamentó la igualdad de derecho de los hijos nacidos dentro o al margen del matrimonio legal; y aunque todo esto no tenía originalidad legislativa ni cambiaba la faz de México, puesto que tal ley constituía un mero instrumento para la aplicación de derechos, de todas maneras, con las anteriores reformas o planes de reformas, el carrancismo no sólo confirmó su idea constitucional, sino que adquirió los tintes de un partido político, capaz de procurar y realizar bienes para la comunidad, con lo cual restaba a la nueva guerra civil los apetitos políticos personales.

Había un propósito más dentro del reformismo de Carranza: ser a semejanza de Benito Juárez; porque en el fondo de su pensamiento

político, Carranza era la vivificación de Juárez y del juarismo. El legalismo y el reformismo de Juárez, correspondía al lema del carrancismo: "Constitución y Reformas".

Quizás para la elección de Veracruz como capital de la Revolución, Carranza se inspiró en Juárez. Tal vez, el alma ambiciosa de Carranza sólo persiguió ganar la fama que aureolaba la figura de Juárez. La Revolución, pues, a partir de Veracruz, era una Segunda Reforma, que sin poseer la originalidad de la Reforma juarista, no por ello dejaba de tener su propio libro.

Y Juárez no sería únicamente el guía de Carranza. La gente selecta de la Revolución, dejando a un lado la figura magistral de Madero, se volvía ahora al origen verdadero de la reivindicación nacional; al origen también del principio de autoridad legal y a la doctrina fundamental de Estado. Y esto se debía, sin género de dudas, al influjo del juarismo. De un neojuarismo, que sin confrontar los mismos problemas del 1859, se manifestaba en la tenacidad autoritaria, en la inviolabilidad de las leyes, en el progreso de las instituciones, en la consolidación del gobierno, en la impavidez del mando y en la austeridad de los gobernantes.

No se hablaba de Juárez, puesto que, políticamente, hubiese resultado anacronismo; pero se trataba de hacer gobierno a la manera de Juárez y del juarismo. La palabra Reforma no llenaría los ámbitos de México, como aconteció durante el último tercio del siglo xix. La voz con la cual se cubrirían los cielos y las tierras mexicanas sería la de *Revolución*.

Tan perdurable como la Reforma, sería la Revolución; aunque la primera, con ser más heroica, pero menos conmovedora, no alcanzaría la universalidad a la cual se elevó la Revolución; y esto, no por el triunfo de un partido, sino debido a que desde los días que estudiamos, la idea de revolucionar, si en ocasiones parecía indicar guerra, en la realidad sólo quería decir progreso. Y progresar equivalía a realizar la transformación rural mexicana, a fin de poner a

México sobre la plataforma de la Revolución Industrial; porque el país, sin que se pudiera explicar las causas, había quedado muy atrás, cumpliendo su ciclo rural, de las vastedades, preocupaciones y necesidades del mundo manufacturero, de la alta civilización económica y social.

Carranza, pues, sin pretender ser continuador de la Reforma, ya que ésta había terminado en su misión, sí quiso llenar las fuentes de su mando y gobierno, con las virtudes reformistas y políticas del juarismo; también con las cualidades personales de Benito Juárez.

Mas no todo en Carranza era a semejanza de Juárez. Y no lo era, porque el solo nombre de Primer Jefe del Ejército Constitucionalista, advertía que Carranza pretendía tener dones guerreros a los cuales no se inclinó Juárez.

Así y todo, Carranza y Veracruz constituyeron, al empezar el año de 1915, la vivificación de Juárez y del juarismo.

LA OFENSIVA CARRANCISTA

Dos planes de guerra contemplaba Venustiano Carranza, como Primer Jefe del Ejército Constitucionalista y encargado del Poder Ejecutivo, en los días de diciembre (1914). Uno, el formulado por el propio Carranza, de esperar, sobre la vía de los Ferrocarriles Mexicano e Interoceánico, el avance de las fuerzas de Villa y Zapata, puesto que todo hacía suponer que los ejércitos zapatista y villista, dueños de la Ciudad de México y estimulados por sus triunfos, no tendrían otra finalidad que la de marchar sobre Veracruz, con el proyecto de aniquilar dentro de tal plaza al gobierno de Carranza.

El otro plan que Carranza tenía a la vista, era el del general Álvaro Obregón. Consistía tal plan, en consolidar la fuerza guerrera del carrancismo en el Istmo de Tehuantepec, para que éste fuese una ruta sólida, eficaz y expedita a fin de abastecer a los estados de la costa occidental de México, en los cuales tenía puestas Obregón todas

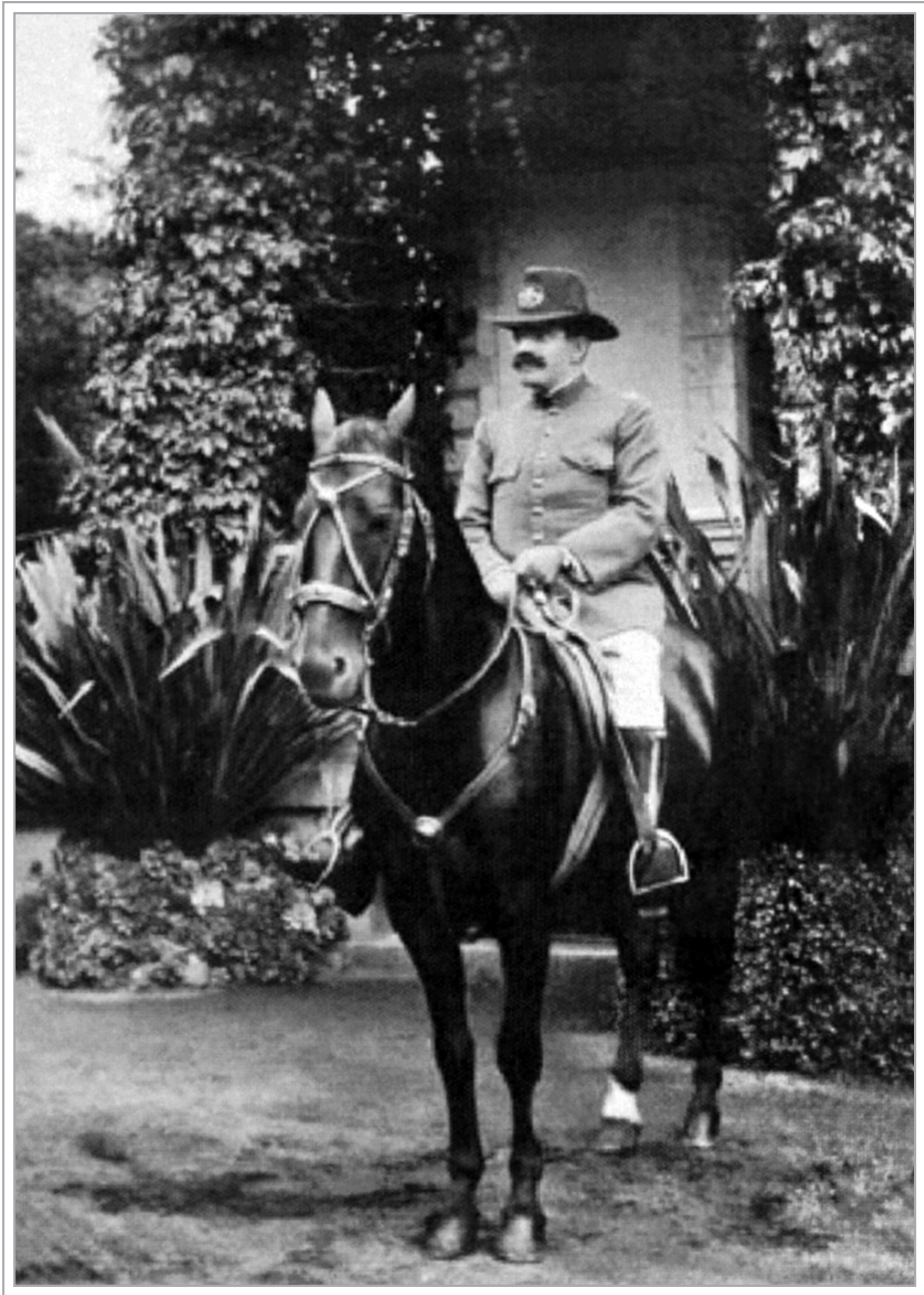
sus esperanzas. Éste, en tales días, consideró que en seguida de asegurar una vía para los abastecimientos entre el Golfo de México y el Pacífico, el estado de Jalisco podría ser convertido en el baluarte principal del constitucionalismo, para apoyar, desde tal región, una ofensiva sobre el flanco derecho del villismo a manera de aislar a éste de su fuente principal de material bélico, cortarle la retirada hacia el norte que constituía su centro defensivo y de poner a los ejércitos de Villa y Zapata unidos, entre la amenaza del constitucionalismo que avanzaba desde el occidente y el movilizadísimo desde el oriente por el general Pablo González.

Ambos planes, sin embargo, fueron desechados bien pronto. Al efecto, convencido Carranza de la lealtad del general Obregón, de quien mucho dudara debido a las supuestas inclinaciones de Obregón no tanto hacia el villismo o la Convención, sino hacia un partido que ya podía anticiparse como partido obregonista, resolvió entregarle el porvenir guerrero del constitucionalismo.

El único de los generales carrancistas que pudo hacer sombra a Obregón fue Pablo González; pero Carranza, no obstante las prendas que González tenía como organizador, disciplinado y gobernante, poco a poco empezó a dar preferencia a Obregón. El ingenio de éste; la diligencia de éste; la osadía de éste; la sutileza de éste envolvieron a Carranza. Quizás el Primer Jefe creyó menos peligrosa la franqueza ambiciosa de Obregón, que la ambición tímida de González.

Era el paso más atrevido que iba a dar Carranza, —después de la resolución de Saltillo— en la guerra y la política, puesto que de seguro no debió dejar de considerar que el general Obregón ya victorioso, automática y lógicamente se pondría en una plataforma superior a la que estaba el propio Primer Jefe; pero como Obregón tenía un genio alegre, Carranza creyó que con facilidad podría conducirlo a la función frívola, en la que caen los hombres que carecen de reservas metales.

Obregón, por su parte, no sólo había significado, en cuantas formas tuvo a su alcance, su sumisión a Carranza, sino que tenía



Generales Pablo González, el único de los generales carrancistas que hizo sombra a Obregón

catequizado al propio Primer Jefe y a no pocos de los colaboradores de éste, de manera que nadie vio con prevención las facultades que se daban al general ni las distinciones que le dispensaba Carranza. Obregón dedicó los primeros días de Veracruz a derramar simpatías entre propios y extraños, y como para ello le ayudaba su vivaz inteligencia y su singular inventiva, pronto ganó la confianza del constitucionalismo.

Cambiados así los planes de guerra originales, y hecho Obregón comandante en jefe de las operaciones militares, Carranza puso a su disposición todos los recursos que en dinero, soldados y pertrechos de guerra poseía; y aunque todo eso reunido, no correspondía a los requerimientos de la guerra, el general Obregón, no sin dejar de observar el hecho, y decir al Primer Jefe cuáles podían ser sus apuros, empezó los preparativos para una ofensiva sobre zapatistas y villistas, teniendo como primera mira la reocupación de la Ciudad de México; y esto, no tanto porque le interesara la plaza militar políticamente, cuanto por el significado que en la moral de guerra tendría el suceso, para las facciones enemigas. Además, el general Obregón anidaba el propósito de castigar una vez más a la Ciudad de México que se había mostrado tan partidaria de Villa y Zapata; ciudad para la cual sólo tenía reproches, considerándola —tal era el espíritu de la Revolución rural— como la responsable de los males que sufría la República.

Por otra parte, dentro del general Obregón, se producía en esos días, durante los cuales se sentía investido —y la investidura era efectiva— de grandes facultades; y con lo mismo, una fiebre de mando, gloria y venganzas llenaba su alma. Ahora, para el general Obregón, el villismo representaba sin cuestión alguna, la reacción mexicana; era un apéndice de la antigua contrarrevolución. Es decir, el villismo constituía el regreso a la condición nacional que había combatido la Revolución, desde los días del antirreleccionismo hasta los días correspondientes a la ocupación de la Ciudad de México por las fuerzas constitucionalistas.

Y esta acusación del general Obregón, dicha y reiterada en voces sonoras y afectadas, daban en Obregón la idea de que éste era un ser omnipotente dentro de la nueva guerra civil; jefe que quería hacerse obedecer sin discusión, por ser el representante auténtico de las fuerzas revolucionarias. Y no dejaba de serlo de una parte de éstas; ahora que no podía negarse que dentro de las filas del villismo y del zapatismo existían individuos integérrimos, ajenos, completa y probadamente ajenos a la contrarrevolución.

Sin embargo, para aquel cuadro de indisciplinas y dudas, de insatisfacciones e indecisiones, las palabras y órdenes de Obregón, si no tenían repercusiones en el alma del pueblo de México, en cambio servían a improvisar, dentro del propio Obregón, una gran autoridad; quizá la grande autoridad que necesitaba a fin de estar capacitado para llevar la guerra contra el general Villa, quien tenía en su haber un renombre que llegaba más allá de las fronteras de México, y que le aureolaba como uno de los personajes más singulares de su época, lo mismo de México que del mundo.

Obregón, pues, en posesión de la autoridad guerrera que le había otorgado Carranza, empezó a dictar órdenes, sin considerar las posibilidades de un avance zapatista y villista sobre la plaza de Veracruz; y al efecto, nombró al general Salvador Alvarado, jefe de la línea militar carrancista que se extendía a lo largo del Ferrocarril Mexicano, con instrucciones de avanzar y atacar la plaza de Puebla; y Obregón dio la orden, sin siquiera considerar que las fuerzas de Alvarado carecían de dinero y pertrechos de guerra, y que por lo mismo el movimiento dispuesto no parecía ser el más cuerdo y oportuno.

Mas todo eso, propio de las incertidumbres y de los comienzos de una lucha armada, lo moderaría poco a poco el general Obregón, ya estando al frente de sus soldados, sin otra idea fija en su mente que la de rescatar la capital de la República.

Bien sabía Obregón que la lucha contra el villismo tenía otra categoría de la hecha contra el huertismo. Los soldados de Villa aparte

de que, ora uno, ora otro, estaban impelidos por la idea de revolucionar, eran verdaderos hombres de guerra. A ella no concurrían a la fuerza, y por lo mismo tenían el alma del voluntario. Además, villistas y carrancistas usaban de iguales armas y de la misma manera de pelear. La gente de Villa gozaba de unas cualidades más: correspondía a la acción desinteresada de la Revolución; a los grupos más aguerridos y valientes; al ejército que más admiraba y seguía a su caudillo. No se trataba, pues, de un enemigo fácil aquel que llevaba como bandera el nombre de Villa y el programa de la Convención.

Sin ignorar qué y quién era el enemigo, el general Obregón, tomando la jefatura de las fuerzas constitucionalistas o carrancistas se dispuso a la marcha hacia el centro de la República. Hízolo sin fanfarronería, pero con gran empaque de general; y aunque, como se ha dicho, no poseía el material bélico necesario para la empresa que iniciaba, venciendo dificultades y desenvolviéndose con diligencia, a los últimos días de diciembre (1914), se puso a las puertas de Puebla.

No era el general Obregón, el único caudillo carrancista que preparaba la ofensiva contra el ejército villista. En Colima y Jalisco, el general Manuel M. Diéguez, hombre de valor desmedido, de inagotable actividad, aunque muy introvertido, lo cual le restaba simpatía a su persona y opacaba el brillo a su inteligencia, reclutaba gente y reorganizaba sus fuerzas, que estaban muy mermadas desde la evacuación de Guadalajara, en donde mandaba desde agosto de 1914.

Diéguez, en efecto, se había visto obligado a salir de la capital de Jalisco, porque derrotado el coronel carrancista Juan José Ríos, en un pequeño embate efectuado en Ocotlán, creyó indefendible la plaza de Guadalajara y salió de ésta, para trasladar gobierno y comandancia militar a Zapotlán; luego a Colima.

Ingrata y difícil era la situación de Diéguez en suelo colimense, puesto que hallándose sitiado por las fuerzas villistas y careciendo de gente y pertrechos de guerra, se veía estrechado por el enemigo. Los soldados veteranos de Diéguez, por otra parte, como consecuencia



General Manuel M. Diéguez, quien ordenó clausurar los templos

de la retirada de Guadalajara, habían desertado en su mayoría; y el carrancismo parecía perdido en el estado de Jalisco, en tanto que los villistas ganaban simpatías y posiciones.

Villa, en efecto, entró a Guadalajara en medio del júbilo de los tapatíos. Parecía un héroe reivindicador. Túvosele, en Guadalajara, como protector del clero, de los bienes de la Iglesia y de las libertades; porque, apenas en posesión de la plaza, mandó que los templos, clausurados por el general Diéguez, fuesen reabiertos al culto; que los sacerdotes presos por los carrancistas, quedaran en libertad; que los inmuebles de la gente rica, confiscados por el general Diéguez, volviesen a poder de sus propietarios.

Y, aunque todo esto, no correspondía a un plan contrarrevolucionario, sino a que Villa creía que su triunfo consistía en hacer lo contrario de lo que llevaban a cabo los carrancistas, de todas maneras, en medio de aquellos días tan oscuros para un partido y otro partido, las determinaciones del general Villa parecían concordar con las viejas ideas de orden y tolerancia que habían sido el meollo del régimen porfirista y que eran las reclamadas por las personas pudientes.

Guadalajara había sido hostil a la Revolución, no tanto por doctrina, cuanto por los excesos cometidos por los revolucionarios desde la ocupación de la plaza (8 de julio de 1914); y ya se ha dicho que tales excesos no obedecieron a un plan para acabar con la Iglesia o la clase propietaria, sino a las necesidades de la guerra, así como al propósito de vengar en los ricos tapatíos, la adhesión que la ciudad había dado al ejército de Huerta. De esta suerte, tanto por lo primero, como por lo segundo, el general Obregón, en un principio; Diéguez, poco adelante, permitieron o toleraron los desmanes hechos por la tropa y los abusos cometidos por la oficialidad, en templos, sacerdotes y gente adinerada.

Después, como el general Diéguez, hombre reservado y de apariencia indiferente, pero jefe revolucionario de muchos valimientos,

creyera que el clero de Jalisco era uno de los principales responsables de los males que sufría el país, mandó perseguir y encarcelar a los curas, y autorizó que las iglesias quedasen convertidas en cuarteles; y de esto provino un odio tan grande hacia el general, que los habitantes de Jalisco, pero principalmente de Guadalajara, creyeron ver en Diéguez y el carrancismo los tentáculos del diablo.

La reacción tapatía, pues, contra el general Diéguez se hizo patente con el recibimiento a Villa; ahora que el júbilo de Guadalajara no sería permanente, porque creyendo el general Villa que sus triunfos le autorizaban el ejercicio de sus caprichos personales, permitió privilegios a sus subordinados, con lo cual alarmó a la sociedad; y como pronto llegó a sus oídos que el carrancismo le acusaba de reaccionario por el trato que daba a la gente rica y al clero, quiso probar que lo hecho por él, de ninguna manera significaba contrarrevolucionarismo; y como prueba de su integérrimo amor a la Revolución, ordenó la aprehensión y el fusilamiento de Joaquín Cuesta Gallardo, hombre principal y acaudalado hacendado de Jalisco, de quien se decía que había favorecido económicamente a los soldados de Huerta. La ejecución de Cuesta Gallardo consternó a los tapatíos, quienes desde ese día empezaron a desconfiar de Villa y del villismo.

Esto no obstante, no había jefe revolucionario ni caudillo de la contrarrevolución jalisciense que se atreviera a enfrentarse al villismo, máxime que Villa tenía concentrados 18 mil soldados en Guadalajara, y se disponía a avanzar sobre Colima con el objeto de expulsar de las playas occidentales a los restos de las fuerzas del general Diéguez.

Éste, aunque incansable en sus propósitos de reorganizar su gente y formar un frente que distrajera la atención de Villa, veía con mucho desconsuelo los pocos progresos logrados por sus soldados debido a la cortedad de sus recursos, llegando su situación a ser tan desesperada que proyectó disolver su división y embarcar en Manzanillo, para ir a presentarse a Carranza en Veracruz.

Sin embargo, como en tales días de extremada sensibilidad emotiva, una noticia, ya pesimista, ya optimista, poseía el poder de cambiar el rumbo de la vida, de los proyectos, de las categorías y de todo cuanto se relacionaba con Revolución y los revolucionarios, aconteció que habiendo tenido informes el general Diéguez, de que el licenciado Roque Estrada había desembarcado en Manzanillo, trayendo un mensaje de aliento para las tropas de Jalisco, y los recursos primeros a fin de reiniciar la lucha contra el villismo en esa parte de México, los planes de abandonar las playas de Colima cambiaron en unas cuantas horas; y lo que parecía impotencia y derrota se convirtió en agresividad. Al efecto, Diéguez, en un manifiesto cargado con tinta roja, surgió amenazante contra lo que apellidaba la "reacción villista", y prometió que pronto sus soldados estarían en aptitud de marchar hacia Guadalajara, donde mandaba en jefe el general Julián Medina.

Así, a mediados de diciembre (1914), Diéguez llamó al pueblo de Colima para que se uniera al constitucionalismo, y el reclutamiento, sobre todo de jóvenes, quedó abierto en todos los pueblos colimenses y del sur de Jalisco que se había librado de las conquistas del villismo. Ahora, pues, surgían señales de nuevas luchas en el occidente del país.

Los preparativos de Diéguez, sirvieron para que en pocos días improvisadas columnas carrancistas se adelantaran a Zapotlán (Jalisco), mientras que de Sinaloa y Veracruz llegaban a Manzanillo víveres y pertrechos, gracias a lo cual, Diéguez cobró bríos y rápidamente organizó un frente al sur de Guadalajara; frente que no había previsto el general Villa, en la creencia de que el constitucionalismo estaba aniquilado en esa parte de la República.

Disposiciones también guerreras, a las cuales asociaba su singular optimismo, eran dictadas igualmente por el general Ramón F. Iturbe, comandante militar del constitucionalismo en suelo sinaloense.

Iturbe, no obstante los titubeos, ambigüedades e irresoluciones del gobernador de Sinaloa, Felipe Riveros y de la pérdida de lo más granado de los revolucionarios sinaloenses, que estando a las órdenes del general Juan Dozal, abandonaron a éste y se unieron a las fuerzas del general villista, Rafael Buelna, quien con su juventud y sus arrestos guerreros fácilmente atraía y convencía a los hombres y se hacía seguir por la juventud rústica oriunda de Sinaloa; Iturbe, se dice, no obstante todas las contrariedades y pérdidas que sufrió al final de 1914, no se detuvo para emprender la organización de una columna expedicionaria que debería marchar hacia el sur del estado de Sonora, con el objeto de evitar que el constitucionalismo sinaloenses quedase entre dos fuegos; columna que Iturbe puso bajo las órdenes del general Ángel Flores.

La misión guerrera de Flores, aparte de ser muy arriesgada entrañaba una gran importancia, pues si de un lado era con el objeto de preservar al estado de Sinaloa de cualquier movimiento del villismo sonorenses hacia el sur; de otro lado, intentaba servir a las fuerzas carrancistas del general Plutarco Elías Calles, estableciendo un nuevo frente en Sonora capaz de distraer a las huestes del gobernador José María Maytorena, que estaban cargadas sobre las defensas de Calles en el norte de Sonora.

Débil de todas maneras, tanto en Jalisco como en Sinaloa, en Veracruz y Puebla, era el carrancismo que se adelantaba, valiente y desafiante a luchar contra el villismo, que representaba el poder guerrero más combatiente, mejor organizado y pertrechado, de los que existían en la República.

LA OFENSIVA VILLISTA

Muchas y notorias eran las cualidades que poseía el general Francisco Villa para hacer y dirigir la guerra. Sin embargo dentro de tal caudillo existían limitaciones. Una de éstas, estaba en su corta capa-

cidad para observar, conocer y abarcar todos, o cuando menos los principales acontecimientos que se desarrollaban en el país y que señalaban las condiciones y necesidades de una guerra generalizada en los cuatro puntos cardinales de México.

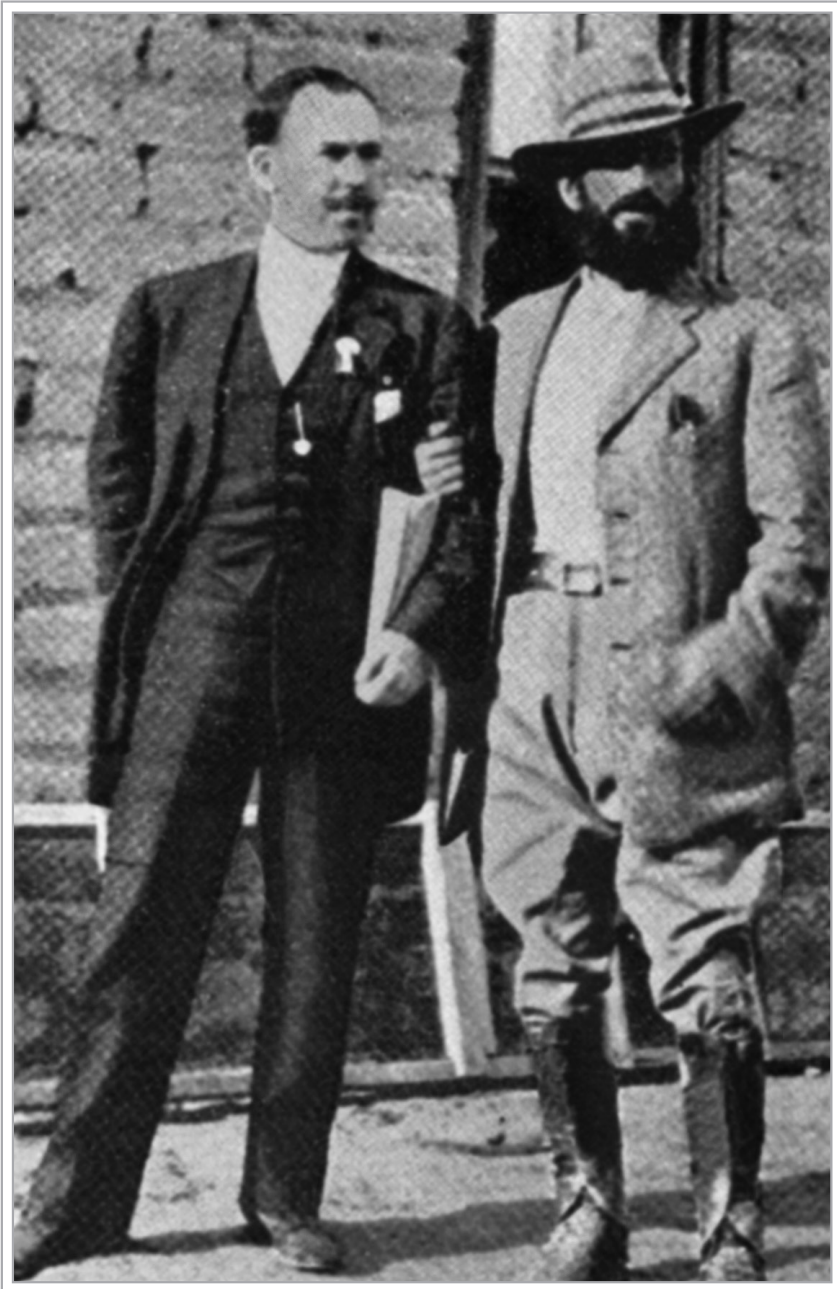
Esto no desdorbaba la personalidad individual del general Villa como soldado aguerrido y caudillo incuestionable; pero sí producía efectos contrarios a la idea de que el villismo podía ser el partido capaz de dominar en el país, y por lo mismo de liquidar de antemano a Carranza y al carrancismo.

No tantas virtudes como el entusiasmo popular y las voces del vulgo le atribuían, vivían en la carne y sangre de Villa. No le faltaban, se insiste, las cualidades del soldado. Era valiente, emprendedor y organizador; pero, uno de los males que le azotaba de frente y de costado, era su ignorancia de la geografía de México. Con esto no podía calcular las ventajas o desventajas de las operaciones de guerra en los estados, y menos en la totalidad de la República.

Además, como no sabía dar órdenes por escrito ni poseía aptitudes para mantener las relaciones con sus subordinados, si estas relaciones no eran de persona a persona, en la realidad, y no obstante que el villismo tenía partidarios y guerreros a lo largo y ancho de la República, el mando nacional de Villa sólo comprendía los caracteres de lo simbólico. Había un villismo; y un villismo grande, entusiasta y apreciable, pero desintegrado o cuando menos fácilmente desintegrable, por todo lo cual podía augurarse que el triunfo podría producirse donde estaba Villa; mas no donde no se hallaba el caudillo.

Además, por ser irreflexivo, el general Villa no podía trazar un plan general para la guerra; y como no admitía advertencias, ni consignas, ni indicaciones, si no emanaban de su propio capricho o intuición, sus empresas se dislocaban con facilidad.

Aunque, como se ha dicho, encomendó al general Zapata las operaciones guerreras al sur de la Ciudad de México, ni siquiera discutió con aquél el comienzo de las operaciones militares contra



Roque González Garza (a la derecha) y su hermano Federico

el carrancismo; y es que Villa sentía como un milagro sus triunfos y encumbramiento; y como milagro trataba su victoria y poder finales.

El general Gutiérrez, como presidente interino nombró a Villa, como queda dicho, comandante en jefe de las operaciones militares en la República; pero no pudo hacerle la menor insinuación respecto a los problemas bélicos, sino que, por el contrario, el interino fue objeto de las reprimendas de Villa. Éste, pues, en medio de sus glorias, de su popularidad y de sus audacias no podía ser más que el genio representativo de la doliente, pero siempre arisca clase rural mexicana de 1915.

Debido a la mentalidad áspera, apartadiza, tímida, pera genial y heroica de la gente del campo durante la época que estudiamos, Villa, que era su más sagaz adalid, no captaba con su inteligencia vivaz, pero primitiva, todos los problemas de índole militar que se suscitaban en el país y que se multiplicaban conforme avanzaban los días de 1915.

No bastarían así el desinterés ni el amor que la gente del pueblo le tenía, para dar gobierno a las cosas; y sin gobierno, aunque el mando tuviese muchas virtudes, ¿cómo establecer la hegemonía de la guerra civil; cómo la del Estado; cómo la de los semejantes?

El coronel Roque González Garza, nombrado presidente de la Convención, al instalarse ésta en la Ciudad de México con motivo a la ocupación de la plaza por las fuerzas villistas, expuso al general Villa todas las razones, ora de índole política, ora de carácter militar, para que el poderoso señor de la guerra dejara en la capital de la República las fuerzas norteñas competentes, tanto para conducir al zapatismo a la verdadera acción guerrera, como a fin de evitar que la metrópoli quedara en manos del general Zapata. El general Villa, sin hacer ni aceptar consideración alguna, puesto que no poseía el don de examinar el pro y contra de las cosas y situaciones, rechazó los proyectos de González Garza, y ya en pleito con Eulalio Gutiérrez y desilusionado de Zapata, salió de la Ciudad de México; reemprendió

Minuto

TELEGRAMA OFICIAL CIRCULAR.

Participamos a usted para su conocimiento y efectos, que la H. Comisión Permanente de la Convención Militar Soberana, se sirvió aprobar la siguiente convocatoria:

"La Comisión Permanente de la H. Convención Soberana, en cumplimiento del decreto aprobado por la citada Convención el día 13 de noviembre último, la convoca, a fin de reanudar sus sesiones, para las diez de la mañana del día 1º de enero de 1915."

México, diciembre 10 de 1914.

El Presidente.

R. González Garza

El Secretario.

V. Alemán Cobles



A los Comandantes Militares y Jefes de Armas de los Estados y Territorios de la República.

la marcha al norte y se llevó consigo la certeza de que él, solamente él, al frente de sus soldados era el capacitado para resolver cualquier problema conexivo a la lucha armada.

Estableció así su cuartel general en Torreón y olvidándose de Carranza y Obregón; olvidándose también del sur y occidente de la República, sólo tuvo alcances para ver, en un plan de operaciones militares, lo que tenía más cerca de él; y al efecto, dando órdenes personales, mandó la organización de tres grandes columnas. De éstas, dos marcharían hacia el puerto de Tampico y la región petrolera en Tamaulipas y norte de Veracruz. La tercera, avanzando a lo largo de la vía férrea, se dirigía hacia Saltillo y Monterrey, comprendiendo en su avance la ocupación de la zona carbonífera de Coahuila, que tan necesaria era al villismo para la movilización de sus trenes.

Villa, pues, con ojo de rancharo, buscaba la posesión de los combustibles, cuya falta había experimentado desde el comienzo de 1914, no sin costarle sinsabores y sobre todo, la pérdida de una acción violenta sobre la Ciudad de México, cuando el general Obregón avanzaba desde Guadalajara.

Además, con la idea de hacer una limpia total de carrancistas en el norte del país, para de esa manera dominar la casi totalidad de la frontera de México y Estados Unidos, ordenó que una columna expedicionaria fuese organizada en Chihuahua a fin de que marchara hacia el estado de Sonora y auxiliara al gobernador Maytorena en la lucha que éste sostenía contra el general Elías Calles, quien si estaba reducido a la defensa de la plaza de Agua Prieta, no por ello dejaba de ser una seria amenaza para el villismo sonoreense.

Mucho confiaba Villa, por otra parte, en las actividades guerreras del general Rafael Buelna, a quien se abstenía de dar instrucciones, pues bien conocía el carácter levantisco e independiente de Buelna, quien estaba firme y definitivamente posesionado del territorio de Tepic.

Buelna, en efecto, unido al villismo sin otro motivo que los resentimientos que guardaba hacia Obregón, joven sinaloense, valeroso,

inteligente y con altas cualidades políticas. Su ingreso al villismo, a pesar de lo tanto que le apreciaban y respetaban los jefes revolucionarios del noroeste de México resultaba inexplicable. Sólo podía atribuirse al error que se comete cuando los individuos se dejan llevar por las pasiones y reconcomios. Tal error, sin embargo, costaría mucha sangre y pesares al estado de Sinaloa; porque como Buelna tenía la singularidad de querer y saber quedar bien con el mundo que trataba, cualquiera que fuese la condición social de éste, gozaba de mucha popularidad. Además, como estaba muy ejercitado en el arte de la guerra y era muy intrépido, la gente le seguía con entusiasmo, máxime que en el noroeste de México, el buelnismo caracterizaba la primera ofensiva villista contra el carrancismo.

Sí no con los arrestos y personalidad de Buelna otros muchos jefes del villismo pretendían su independencia en la guerra, de manera que Villa, al tiempo de que preparaba la batalla formal contra el constitucionalismo, desconfiaba de los caudillos localistas; pero sobre todo de quienes, dirigiendo grupos armados o civiles, pretendían mantener una neutralidad llamada *convencionista*.

Así, tan pronto como tuvo noticias de que la Comisión Permanente de la Convención, que presidía el general Martín Espinosa, se había establecido en San Luis Potosí y pretendía legislar apoyándose en las resoluciones aprobadas en Aguascalientes, considerando que tal Comisión trabajaba por su propia cuenta y desdeñaba al villismo, aunque tampoco era carrancista, el general Villa mandó que Espinosa y sus colegas fuesen aprehendidos y juzgados severamente; y si Espinosa y sus acompañantes no reciben aviso a tiempo de los propósitos de Villa, muy cara habrían pagado su idea de independencia. Tales convencionistas, pues, advertidos del peligro que corrían, pudieron escapar y a poco desbandarse, sin dejar huellas de la tareas legislativas que les había encomendado la Convención, en seguida de elegir presidente de la República al general Gutiérrez.

No fue la Comisión presidida por el general Espinosa, la única víctima de las violencias del general Villa. Éste, ya en guerra, quería probar el imperio de sus órdenes, la amenaza de sus Ejércitos y la decisión de triunfar. No estaba en la hora de los retrocesos ni de las tolerancias. La guerra, aunque aparentemente entre dos personajes como eran Carranza y Villa, representaba, en la realidad, los finales impulsos de la clase rural mexicana para realizar sus ambiciones no escritas; es decir, aquellas que los hombres llevan dentro de su ser, no por temor a expresarlas, antes por no saberlas expresar.

Villa, sabía, por supuesto, los muchos y grandes recursos e instrumentos que iba a necesitar. Ignoraba, en cambio, su responsabilidad; su inmensurable responsabilidad por llevar al país a una nueva conflagración.

Para lo primero, tenía cerca de 35 mil hombres en los estados de Chihuahua, Durango, Coahuila, Zacatecas y el norte de San Luis Potosí y las fuerzas que se manifestaban en favor del villismo en otros estados de la República podían ser entre 15 y 20 mil soldados, mas sin incluir a los zapatistas, que en gente armada sumaban 15 mil dejando a su parte los escasamente armados.

Al empezar el 1915, los recuentos villistas hacían ascender a 50 mil el número de sus fusiles de diferentes marcas y calibres; a 10 millones, el de cartuchos disponibles en las plazas de Chihuahua y Torreón; a 150 ametralladoras y a 22 mil caballos, en el norte del país.

Por lo que respecta al numerario, para la adquisición de más materiales bélicos, el villismo recibía poco menos de medio millón de dólares mensuales de la exportación de metales preciosos y ganado vacuno. Las rentas interiores apenas eran suficientes para los gastos de la administración civil, por lo cual, para la compra de material rodante que en cuatro años de guerra tenía muchas mermas en su eficiencia, no había dinero, de manera que para el caso, Villa imponía préstamos forzosos; y aunque acerca de los financieros y presupuestos de los días que recorreremos, los informes carecen de

precisión, pues la contabilidad de la guerra generalmente la llevaba cada jefe revolucionario en su portafolio, no es exagerado decir que los ingresos del villismo —ingresos que podía destinar a la adquisición de pertrechos de guerra— no equivalían al 50 por ciento de los ingresos de Carranza.

En lo que el villismo seguía sobresaliente al carrancismo era en la constante e importante concurrencia de voluntarios. La figura del general Villa poseía tanta magnitud para el pueblo rural, que no había joven ni adulto que titubeara para ingresar al ejército villista a la primera demanda de voluntarios que hacía el general en jefe.

Al final de enero (1915), cuando empezó la movilización en masa del villismo hacia el centro de la República, Villa pudo —tal era el número de voluntarios que se presentaban en los cuarteles de Torreón, Durango, Zacatecas y Chihuahua—, de tener armamentos, organizar un Ejército de cien mil o más hombres. Tanto así era el poder y magnetismo de su personalidad de guerrero y hombre.

ORGANIZACIÓN DEL CARRANCISMO

El apellido de constitucionalista que Venustiano Carranza dio a su Ejército y gobierno desde el levantamiento contra la autoridad imperiosa e ilegal del general Victoriano Huerta, y que fue el comienzo de la segunda guerra civil mexicana en el siglo xx, no pudo ser más oportuno, halagador y convincente, tanto para la República, cuanto a otras naciones. Con el constitucionalismo, Carranza tuvo una bandera universalmente irreprochable; y bajo tal amparo hizo que todos los caminos —exceptuando el de las armas— quedasen expeditos hacia el triunfo de su causa y de sus hombres.

Realizada la reivindicación constitucionalista, no quedaba ya más que cumplir con el principio anunciado; pero vistos, como hemos visto, los nuevos obstáculos que surgieron para sentar las bases de la constitucionalidad; obstáculos que fueron encarecidos por

el propio Carranza, no tanto por apetito personal, cuanto llevado del deseo de complementar una obra patriótica, política y jurídica que se había propuesto y en cuyo desarrollo y aplicación debió hallar una satisfacción individual; vistos, pues, los nuevos obstáculos, Carranza no se detuvo para continuar llevando a la mano la insignia del constitucionalismo.

La idea, por otra parte, de dejar a la posteridad un hecho capaz de darle el título de ilustre repúblico —y esto en seguimiento del ejemplo de Benito Juárez— apareció en todos los momentos que Carranza se sintió azogado como Primer Jefe; y de esta suerte, ya empeñado en una nueva guerra, aquel hombre de gobierno que existía en el interior y exterior de Carranza, advirtió que la lucha no podía ser absoluta y precisamente constitucionalista, puesto que nadie se la oponía como opinión personal o como principio de partido; y sí muchos la exigían.

Apartado, pues, del camino puramente constitucional, Carranza arguyó, en defensa de su poder político, administrativo y militar, sobre la existencia de un nuevo periodo de la Revolución; porque la Revolución no podía ser un mero acto de guerra ni un solo episodio político. A ese nuevo periodo que se suponía era el puente entre la violencia y la paz; entre los impulsos y la razón, le llamó Carranza *periodo preconstitucional*, que en nombre y acción, correspondía realmente al derecho de la controversia; pero también de la autoridad irrestricta. Y así lo entendió el propio Primer Jefe, quien al caso —y como ya se ha dicho en el parágrafo anterior— inició un recreo legislativo, que se dispuso a continuar y consolidar a manera de un justificativo preconstitucional, y como si dentro de la constitucionalidad no existiera el derecho de legislar.

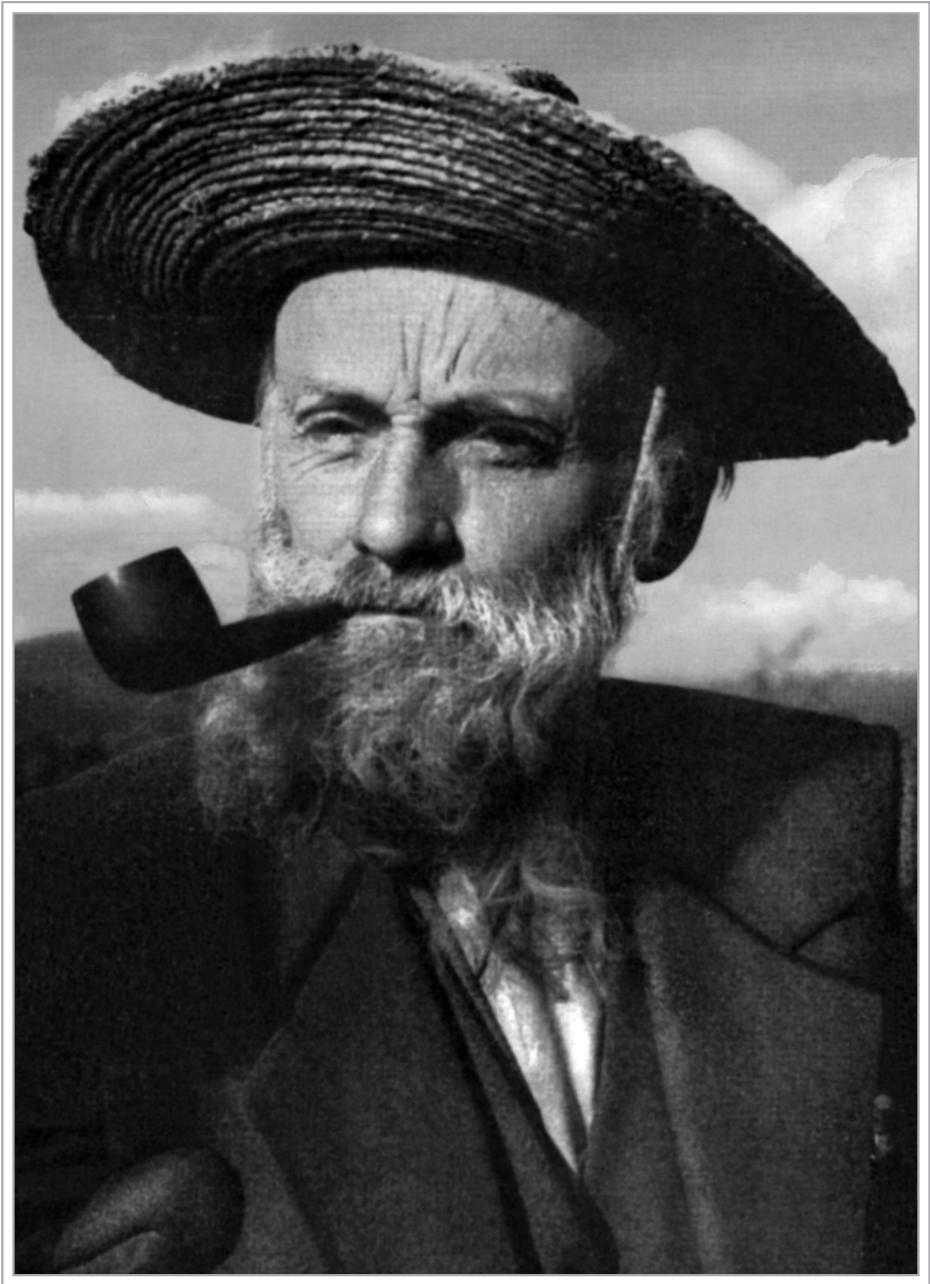
Mas si tal recreo de Carranza no convenció, para que el país diese su consentimiento pleno a la necesidad de una época de preconstitucionalidad que se prestaba a muchos abusos, sí fue probanza del deseo que tenía el propio Primer Jefe, tanto de borrar las huellas,

casi siempre sangrientas, de una lucha armada por los caprichos del poder o de la ambición por el poder, como de dar organización e ideario al carrancismo.

Fue así, con motivo de la expedición de las leyes de diciembre de 1914, que Carranza con señalado, aunque despreocupado entusiasmo, exclamó: "¡Hoy empieza la Revolución social!" y si tal exclamación parecía emanar del socialismo, el Primer Jefe no la dijo como socialista, sino para servirse de una expresión que no correspondía al vocabulario vulgar de la política mexicana. Tratábase, pues, de una frase novedosa; pero sólo como frase y de ninguna manera como palabra de compromiso político o doctrinal.

Sin embargo, ya se ha dicho que Carranza comprendía que el pueblo de México perdería la confianza en la Revolución, si llegaba a observar que ésta no tenía más objeto que regar los campos con la sangre de los connacionales; porque ¿cuál sería el programa revolucionario, capaz de enaltecer y mejorar al pueblo mexicano, después del triunfo sobre el general Villa? ¿Qué iba a dar la Revolución para llevar a la gente al convencimiento de que la propia Revolución entrañaba un bien popular, sobre todo en relación al mundo rural de México?

Tantos remordimientos y preocupaciones debieron sacudir el alma patriótica y de alta autoridad que poseía Carranza, que no sólo quiso contagiar de tales preocupaciones y remordimientos al general Obregón, en quien creía encontrar comprensión y apoyo, sino que pidió al pintor, escritor y líder político Gerardo Murillo, quien se había dado a sí propio, como indicio preciso del renacimiento de la nacionalidad mexicana, el nombre de *Doctor Atl*; pidió Carranza al Doctor Atl, que organizara un partido político revolucionario, mientras que él, Carranza, continuaba legislando; pues como ni la Ley del divorcio ni del Municipio Libre tuvieron la virtud de conmover al mundo popular de México a quien el Primer Jefe hacía demasiado sensible, ahora debería ser probado el efecto de una ley agraria.



Carranza solicitó a Gerardo Murillo, *Doctor Atl*, que organizara un partido político revolucionario

Ésta, expedida el 6 de enero (1915) no era una ley novedosa que requiriese, para su aplicación, instituciones novedosas; tampoco constituía la suma de la rehabilitación rural de México. Trataba tal ley, eso sí, de dar continuidad —como lo había propuesto el licenciado Luis Cabrera desde 1912— a los fundos legales nacidos con la Ordenanza Real del 26 de mayo de 1567, y a los ejidos establecidos conforme a la Real Cédula del 4 de diciembre de 1573.

Mas, dejando a su parte, la reglamentación del orden parcelario y del trabajo a que se contrajeron las leyes de la Corona de España, la ley expedida por Carranza poseía un sentido humano. Los requerimientos de tierras, eran unos; otros, los concernientes a los primeros alivios de los malestares del cuerpo rural de la nación mexicana.

Así, por el artículo tercero de la Ley del 6 de enero, se mandó que los pueblos sin ejidos o que no pudieran lograr las restituciones ejidales por falta de títulos, dada la imposibilidad de identificarlos o porque ilegalmente les hubiesen sido enajenados, podrían obtener que se les dotara del terreno suficiente para reconstruirlos conforme a las necesidades de su población, expropiándose, por cuenta del gobierno nacional, el terreno indispensable para ese objeto, no sin el advertimiento de que los expropiados estaban capacitados para ocurrir a los tribunales a dilucidar sus derechos; y de la sentencia se establecería si tenían o no capacidad legal para obtener del gobierno de la nación, la indemnización correspondiente.

La continuidad que Carranza concedía a la legislación de la Corona española, aplicada en el país, aunque intermitentemente, a través de todas las épocas, se presentaba de nuevo al pueblo rural de México, no como reforma social o agraria, sino como práctica administrativa y política desde los comienzos de la Revolución. Y esto, sin conmover al mundo popular, ni detener la guerra, ni hacer ganar las simpatías para el partido que la apoyaba.

Los repartimientos de tierras se habían sustanciado, pues, lo mismo en Sonora que en Veracruz, en el Distrito Federal que en

Durango. A veces, tales repartimientos, como los llevados a cabo en Michoacán por Trinidad Regalado, tuvieron un carácter de manifestación independiente y popular, mas de todas maneras intrascendentes para la República. De esta suerte, así como la Ley Agraria no podía ser el meollo de la Revolución desde el punto de vista social y económico, tampoco podía significar el arma conveniente para que Carranza obtuviera el triunfo sobre las huestes del villismo.

Tratábase, eso sí, de comprobar la existencia de una legislación del constitucionalismo; y al caso, el Primer Jefe requería complementar sus proyectos de legislador. Así fue como decretó la supresión de la lotería nacional, "negocio internacional y antirrevolucionario". Después, expidió las primeras leyes a fin de dar orden al sistema de los ferrocarriles. En seguida, fijó las garantías que el constitucionalismo otorgaba a la clase obrera; y como con todo esto proporcionaba espesor y altura a su gobierno, Carranza consideró llegado el momento de proceder a dar entidad a su administración, puesto que carecía de un verdadero cuerpo de colaboradores, con la capacidad de aplicar la obra legislativa.

Había nombrado, como queda dicho, secretario de Hacienda al licenciado Luis Cabrera; y ahora llamó al licenciado Rafael Zubarán para que se hiciera cargo de la cartera de Gobernación; y dio a Jesús Urueta la de Relaciones Exteriores.

Zubarán era autoritario, pero como poseía una cabeza luminosa, no faltaban en él los destellos de la inteligencia; ahora que de más virtudes del talento gozaba Urueta. Uníanse en éste, la cultura y la vivacidad de su pensamiento; pues era Urueta, de las pocas personas de la Revolución que sabían pensar. Además, de éste podía decirse que era hombre conocedor de la geografía; conocía asimismo la idiosincrasia de los pueblos, y estaba enterado de los problemas exteriores, pero principalmente de aquellos que se presentaban y desarrollaban en torno a la guerra europea; saber y entendimientos tan importantes para manejar los negocios internacionales de México.



Rafael Zubarán, secretario de Gobernación

Todas las manifestaciones del temor, del egocentrismo y de una autoridad de muchos vuelos que se daba Carranza a sí mismo, quedaron minoradas, gracias a ese último suceso, resplandeciendo con lo mismo las ideas democráticas y sobre todo aquellas relativas a la voluntad popular, de las cuales el villismo había retratado al Primer Jefe como el más grande de los adversarios.

Un mal, sin embargo, surgía por otro lado, como consecuencia del nombramiento de los colaboradores más cercanos del Primer Jefe; porque, al efecto, en lugar de elegir Carranza a los miembros de su gabinete entre los ciudadanos armados que poseían merecimientos y entre los cuales empezaban a descollar individuos con aptitudes administrativas y políticas, escogió a quienes negaban las cualidades de aquéllos. Por otra parte, tanto Cabrera como Zubarán se jactaban de representar a los revolucionarios civiles, es decir a quienes no correspondían a los ciudadanos armados, aunque no por ello dejaban de poseer cualidades políticas revolucionarias, ahora que esto íntimo, no era bien entendido por los caudillos de la guerra, quienes creían que el triunfo o derrota del constitucionalismo no dependía del talento o cultura de los civiles, sino de las hazañas bélicas de los jefes de partidas aunadas.

Además, como entre los colaboradores cercanos al Primer Jefe se hablaba de la organización de un partido al que se llamaba *civilista* y que se suponía tendría por objeto preservar al país de futuras guerras intestinas, la sola noticia bastaba para crear un estado de alarma o desconfianza entre los caudillos de la guerra. Tal parecía como si en aquellos días, en los cuales todavía no se presentaba en el horizonte el triunfo del carrancismo, se empezara a abrir una nueva época de pugnas en el seno del propio carrancismo y se pretendiera estimular los recelos de caudillos tan importantes como el general Obregón.

Éste, como agente principal en el campo de guerra carrancista, omitiendo momentáneamente las consideraciones que se derivaban

de los empleos principales a los civiles revolucionarios, estaba dedicado en cuerpo y alma a reunir un ejército capaz de avanzar sobre la Ciudad de México; y al efecto, tenía ordenado que todas las partidas de gente armada que operaban a lo largo de las vías de los Ferrocarriles Mexicano e Interoceánico, fuesen concentradas en las cercanías de Puebla, con el objeto primero de hacer retroceder a los zapatistas que, faltos de jefe, guerreros y escasos de dinero y materiales de guerra, empezaban a abandonar sus posiciones, de manera que dejando abiertas las puertas de la ciudad de Puebla, las fuerzas de Obregón ocuparon la plaza, el 5 de enero (1915).

Ahora, el general Obregón tenía un punto de apoyo para sus operaciones sobre la Ciudad de México; y como el general Pablo González había rehecho una gran parte de sus tropas tan mermadas como consecuencia de las deserciones sufridas con motivo del avance del villismo a Querétaro; y como el general Cándido Aguilar, había enviado cerca de 2 mil veracruzanos hacia Puebla, en la segunda quincena de enero, Obregón comprobó que tenía listos para el avance poco más de 10 mil hombres.

No demoró Obregón, gracias a la diligencia de su carácter, la marcha de su gente hacia el Distrito Federal; y organizando dos columnas, avanzó despejando el camino de las guerrillas zapatistas que aparecían una tras de otra; aunque el hambre y el frío las hacía evacuar prontamente sus posiciones, dejando el paso libre a los soldados de Obregón, a quienes éste tuvo el cuidado de abastecer de indumentaria propia para el invierno, así como de hacerles seguir por los trenes de impedimenta, debido a lo cual el ejército carrancista marchaba con seguridad y entusiasmo, situándose a las puertas de la Ciudad de México, sin necesidad de emprender combates, el 25 de enero (1915).

Para este día, tanto el interino nombrado por la Convención de Aguascalientes, como los miembros de la Asamblea y al igual que las fuerzas zapatistas, se disponían a evacuar la plaza. El interino,

con el proyecto de desligarse del villismo y del zapatismo, proclamar su propia autoridad y establecer lo que llamaba el "gobierno de la República", en San Luis Potosí o en Saltillo. Los miembros de la Convención, con el deseo de continuar sus labores políticas y legislativas, ya en Cuernavaca, ya en Toluca. Los zapatistas con el plan de dejar entrar al general Obregón y en seguida sitiar a la capital, de manera que los carrancistas quedaran incomunicados con el cuartel general de Veracruz.

Mas todos esos proyectos y propósitos, eran producto de la impotencia de convencionistas como de zapatistas, para hacer frente a las fuerzas de Obregón que tan decididamente avanzaban desde Veracruz a donde Villa y Zapata unidos hubieran podido llevar la guerra.

Y tanta, en efecto, era la debilidad de zapatistas y convencionistas, que a la sola noticia de que los carrancistas habían ocupado la villa de Guadalupe, procedieron a la evacuación de la capital, que previamente había abandonado el general Gutiérrez llevándose a los miembros de su gabinete y a poco más de mil hombres que le servían de escolta personal, de manera que la plaza, ya desocupada, fue entregada al general Obregón el día 28 (enero de 1915).

Verdad es que la recuperación de la capital no constituía un triunfo guerrero del carrancismo; pero sí un progreso de mucha calidad para la moral militar de la gente de Obregón; de la gente de Carranza en toda la República, puesto que mermó la personalidad, que tenía fama de invicta, del general Villa, y mermó también el prestigio hazñoso de los soldados villistas.

Unióse la recuperación de la Ciudad de México a otro acontecimiento guerrero también favorable al carrancismo. En efecto, el general Diéguez, a quien hemos dejado en Zapotlán, tratando de reorganizar su división con el objeto de marchar hacia Guadalajara, después de recibir el material bélico que le había ofrecido el Primer Jefe por conducto del licenciado Estrada, reunió con mucho tesón y

diligencia a los soldados veteranos y bisoños, con lo cual pudo disponer de una columna de 6 mil hombres, que puso en marcha hacia la capital de Jalisco.

La empresa era, arriesgada, porque el villismo tenía concentrados en Guadalajara poco más de 8 mil hombres. Así y todo, Diéguez ordenó que el general Enrique Estrada con mil jinetes tomara la vanguardia, siguiendo a lo largo de la vía férrea a Guadalajara, atacando y dispersando las partidas villistas; y en seguida de que tuvo noticias de los felices progresos de la aballería de Estrada, movilizó al grueso de su tropa que sumaba 5 mil soldados.

Diéguez se puso en marcha el 10 de enero, y al tener noticias de este movimiento, el general Julián Medina, comandante villista de Jalisco, pidió auxilios al general Villa, quien le reforzó con 1,500 caballos de la gente selecta de La Laguna.

Al iniciar el avance a Guadalajara, Diéguez fiaba no sólo en sus pertrechos, en la bizarría del general Estrada y en la experiencia guerrera de los veteranos. Fiaba también en la pléyade de jóvenes que constituía la oficialidad de su división; pues mientras reorganizaba sus fuerzas en Zapotlán, de Guadalajara y otros puntos de Jalisco y Colima llegaban jóvenes, a veces adolescentes, en quienes bullía tanto el deseo de aventura, como el propósito de convertirse en reformistas de México. Fiaba, por último, el general Diéguez, en el arrojo de sus generales, luchadores adoctrinados, unos; políticos intelectuales con ideas sociales, como Roque Estrada, y otros. Si aquella división del general Diéguez no tenía los soldados de Sinaloa y Sonora que daban el ejemplo de la intrepidez, del pulso y del sacrificio, y de lo cual dieron pruebas incuestionables en el ejército de Obregón, en cambio se significaba por una oficialidad que se iluminaba con sus capitanes y tenientes.

Avanzaba, pues, el general Diéguez seguro de su triunfo cuando, y conforme a los avisos previos recibidos, se encontró al general Francisco Murguía, seguido de su gente que era víctima de la fatiga,

del desgano y de la falta de pertrechos. Murguía después de su salida de Morelia y del golpe que le diera el general Amaro por orden del general Gertrudis Sánchez, no descansó hasta encontrar al general Diéguez, quien le recibió complaciente, a las horas que frente al propio Diéguez se presentaba (16 de enero) una línea de batalla que, partiendo de Sayula (Jalisco) tenía 20 kilómetros de longitud; pues Villa, alarmado por las noticias recibidas de Guadalajara, anunciándole el avance del general Diéguez, sin muchos titubeos, después de destacar 1,500 jinetes, mandó que el general Rodolfo Fierro con dos mil hombres más, marchara violentamente a Jalisco, y unido a Julián Medina avanzara hacia Zapotlán para salir al paso de Diéguez, combatirlo y derrotarlo.

Diéguez, cauteloso, ante aquella línea de combate tendida por el villismo dudó en el ataque; ahora que ya no había manera de retroceder. El compromiso era formal, y de haberlo despreciado sólo le quedaba contramarchar con todos los aspectos de una fuga. Resolvió, pues, el general carrancista, hacer frente al enemigo, entusiasmándole a esto, tanto la joven oficialidad deseosa de medir sus armas con los famosos jefes del villismo, como el general Murguía, en quien no se ocultaba la ambición de probar sus aptitudes de jefe guerrero.

Ningún plan tenía formulado el general Diéguez. Lo que importaba era romper la línea enemiga y penetrar hasta la plaza de Sayula; y así, a las primeras horas del 17, la gente de Murguía inició el combate, avanzando impetuosa sobre una de las alas del enemigo, desde la cual Murguía, en caso de triunfo, podría dominar el camino a la plaza del contrario.

Desde los primeros movimientos de Murguía, apoyados por la infantería de Diéguez que avanzaba con el intento de perforar el centro de la línea villista, se observó que los villistas no hacían una seria resistencia; y esto, no tanto, por la debilidad de sus fuerzas ni debido al desarrollo de un plan estratégico, sino como consecuencia

de las rivalidades que pronto se suscitaron entre los generales Fierro y Medina, pues el uno y el otro pretendía ser el jefe de la acción, con lo cual pronto cundieron la desorganización y la desobediencia entre los villistas.

La superioridad numérica de éstos era notoria; las armas y los caballos de primera calidad. Fierro llevaba consigo a sus mejores lugartenientes —los mismos lugartenientes que hicieron temible y sanguinaria a las fuerzas que mandaban el propio Fierro. Así y todo, a la tarde del primer día de combate, la caballería villista empezó a retroceder, y como Fierro, daba vuelo a su disgusto con Medina, el mal lejos de ser remediado, se agravaba.

A la noche del 17, los dos bandos pernoctaron a campo raso, sin intentos de combatir; pero a la mañana del siguiente día, la lucha se reanudó con nutrido fuego a lo largo de la línea, aunque bien se pudo observar que el flanco correspondiente a la caballería de Fierro estaba abandonado, de lo cual se valió el general Murguía para un asalto sobre la infantería de Medina que pronto empezó a retroceder en desorden, de manera que a la tarde del 18, Diéguez y Murguía perseguían al enemigo que se retiraba en confusión, dejando abandonado la mayor parte de su material de guerra y provocando por sí mismos la desbandada de cerca de 9 mil hombres.

De esta manera, las puertas de Guadalajara quedaron nuevamente abiertas al carrancismo; y Diéguez y Murguía entraron como triunfadores a la plaza, el 19 de enero; aunque a partir de aquella hora comenzaron graves desacuerdos entre los dos generales, porque si Murguía era díscolo y autoritario, Diéguez a su vez era desdenoso y frío.

Mas la suerte de las armas carrancistas en Jalisco y Puebla, no sería favorable a este partido en el norte del país.

En efecto, proyectando el Primer Jefe establecer un tercer frente al enemigo; frente que a su vez sirviese para poner un peligro a la retaguardia de las fuerzas de Villa, mandó que el general Antonio I.

Villarreal, uno de los más distinguidos hombres de la Revolución, tanto en porte como en ideas, tomara la jefatura de tal frente, que debería operar sobre las posiciones más poderosas del villismo y a donde éste tenía los mejores recursos para ser victorioso.

No ignoraba Carranza que el general Villarreal, no obstante ser valiente y osado, carecía de las dotes guerreras para resistir una seria embestida de Villa y de los principales capitanes del villismo. No ignoraba Carranza que Villa, comprendiendo la amenaza que se presentaba a sus espaldas, cargaría lo más granado de sus ejércitos sobre los hombres de Villarreal. Tampoco, por último, ignoraba el Primer Jefe, los recursos de que podía echar mano el general Villa al experimentar los primeros síntomas de la agresión, dentro de un suelo que consideraba totalmente villista; y como de nada estaba ignorante, Carranza nombró al general Maclovio Herrera, genera agresivo y muy fogueado en la guerra, como lugarteniente de Villarreal, dándole el nombramiento de jefe de la División del Bravo; división que, en la realidad, sólo estaba organizada con las fuerzas del propio Herrera. Ningún otro apoyo, que el de la bizarría de Herrera recibió Villarreal para ponerse en el lugar más peligroso de la campaña contra el villismo.

Villa, en efecto, tan pronto como tuvo noticias de la organización de aquel amenazante frente; de las actividades de Villarreal a fin de movilizar a todo el carrancismo armado en el noroeste de la República; de la colaboración de Herrera por quien sentían un odio irreprimible; de los abastecimientos bélicos que empezaba a recibir el general Villarreal y de las posibilidades que se podían presentar a éste para embarnecer sus tropas, resolvió exterminar, a un solo golpe, a tal enemigo; y al efecto, ordenó al general Tomás Urbina que hiciera un alto en su marcha hacia el estado de Tamaulipas, para que concentrara 3 mil hombres en la línea férrea entre Saltillo y San Luis; y se dirigió a los jefes villistas en Durango y Chihuahua, a fin de que movilizaran 15 mil hombres hacia Torreón, en donde el gene-

ral Felipe Ángeles, debería tomar el mando de la columna encargada de destruir a la mayor brevedad posible a las fuerzas de Villarreal.

Éste, con extraordinaria diligencia, pudo reunir 9 mil soldados, aunque la mayor parte bisoños en el arte de la guerra, puesto que habían sido reclutados de prisa en Monterrey; y sin considerar el número del enemigo y tratando de cumplir los planes de Carranza con la mayor lealtad y prontitud posibles, se puso en marcha hacia Torreón, el cuartel general del villismo. Mucho de entusiasmo, más que de realidad y razón había en las disposiciones de Villarreal; pero como éste era de los hombres que, conforme a las prédicas liberales, todo dependía de la voluntad individual, no titubeó para movilizar su gente sobre el centro principal del villismo, de manera que, de triunfar en el episodio, el general Villa hubiese quedado derrotado allí mismo.

Pero Villa, en vez de esperar al atacante, informado como estaba no sólo del número, sino de la calidad de los soldados de Villarreal, dejó que éste avanzara, y sin esperar la reunión de todas las tropas convocadas, organizó una columna de 10 mil soldados escogidos, los puso bajo las órdenes de Ángeles, a quien entregó la responsabilidad de una acción que sería definitiva para el dominio del norte del país, ya por uno, ya por otro partido en lucha.

Ángeles estudió, antes de poner en movimiento a sus soldados, un plan de ataque, con el propósito no sólo de derrotar a los carrancistas, sino con el objeto de abrirse paso hasta Monterrey, ocupar esta plaza y continuar hacia Tamaulipas a fin de exterminar al carrancismo de la región petrolera. Estudió también Ángeles, y en seguida puso en marcha sus proyectos, un sistema de abastecimientos, de manera que nada debería faltar en una campaña rápida y efectiva, que el general Villa veía no sólo como un golpe al carrancismo, sino también como una venganza contra el general Herrera, a quien odiaba por considerarlo desertor del villismo.

Tantos, pues, fueron los ciudadanos que tuvo Ángeles en el cumplimiento de su deber militar, que desde los primeros encuentros

(1 de enero de 1915) de sus avanzadas con las del enemigo que eran mandadas por el general Luis Gutiérrez, hizo sentir la superioridad de sus planes y de su gente, obligando a los soldados de Villarreal a evacuar la plaza de Saltillo.

Desde ese momento, el general Villarreal no dejó de advertir el poder del enemigo; pero gobernado por la rectitud de su responsabilidad, y sin querer retroceder, se situó en Ramos Arizpe, ordenando que todas sus fuerzas fuesen concentradas en el punto, ocupando los flancos que eran más fáciles al ataque de los villistas.

Sin embargo, en el apresuramiento al que obligaban los informes, según los cuales Ángeles avanzaba velozmente, el general Villarreal no pudo dictar disposiciones oportunas a fin de que los trenes de sus tropas no entorpecieran las maniobras militares en el momento necesario, pues fácil era advertir que el enemigo podía cargar sobre un reducto sin protección como eran tales trenes.

Y, en efecto, el general Ángeles vigilaba a los carrancistas, y percatándose de la situación de las tropas de Villarreal, resolvió, anticipar el asalto para aprovechar el hecho de que los soldados carrancistas, estando todavía a bordo de los vagones, no podrían tomar posiciones de defensa. Además, como el lugar para el asalto estaba cubierto con una espesa y baja niebla, Ángeles mandó a sus hombres al ataque, cayendo así inesperada y violentamente sobre los mismos trenes, inmovilizando automáticamente a más del 50 por ciento de la gente de Villarreal, sembrando el terror en una lucha cuerpo a cuerpo, al grado de que los hombres de un bando y otro bando, llevando iguales distintivos, no sabían quien era quién.

Además, el general Ángeles había dejado de reserva a poco más de 4 mil hombres, y como todavía a la tarde de ese día (5 de enero), los carrancistas, parapetados en los furgones de ferrocarriles, seguían resistiendo a los villistas, Ángeles mandó entrar en acción a sus fuerzas de refresco, con lo cual Villarreal y Herrera se vieron obligados a retroceder, cediendo el campo a los villistas y

dejando a sus espaldas la sangre y los mejores pertrechos de sus divisiones.

El retroceso de los carrancistas fue en medio del mayor desorden. Los soldados carrancistas no obedecían mando alguno y sólo trataban de ponerse a salvo. Villarreal mismo, estuvo a punto de ser prisionero en dos o tres ocasiones. Los trenes carrancistas ardían; las vías férreas quedaron cortadas; el general Ángeles, sin detenerse, y al tiempo de recibir un refuerzo de 4 mil hombres, ordenó que el avance continuara hasta ocupar la plaza de Monterrey.

La derrota del carrancismo a la que concurrieron causas de la imprevisión y causas de la audacia, conmovió profundamente a Carranza. El general Villarreal agobiado por la pena, se retiró a Nuevo Laredo, en donde preparaba un informe sobre tan desgraciados sucesos, cuando se le informó que el Primer Jefe daba órdenes para que se le abriera causa militar. El acuerdo de Carranza no podía ser más injusto, puesto que en Villarreal y Herrera no habían faltado el pudor ni la lealtad. Una mala estrella de la guerra, no podía ser motivo para acusar a un hombre de la dignidad y valor de Villarreal, de manera que cuando éste quedó enterado de los propósitos del Primer Jefe, tomó el camino del destierro voluntario. La Revolución perdió, momentáneamente, a uno de sus grandes y distinguidos hombres.

EL CONVENCIONISMO

La primitiva Convención, originada en la Junta Militar de la Ciudad de México y fundada en Aguascalientes, quedó deshecha en San Luis Potosí. Aquí, la Comisión Permanente, presidida por el general Martín Espinosa, luego de ser amenazada por el general Villa, resolvió su disolución.

Esto no obstante, los delegados zapatistas que habían concurrido a la asamblea de Aguascalientes, ahora reunidos en la capital de

la República, resolvieron reinstalar la asamblea, ya no como autoridad soberana de México, sino a manera de cuerpo legislativo, capacitado para expedir las reglamentaciones convenientes al bienestar de la colectividad mexicana. Y así lo hicieron, el 4 de enero (1915), sin lucimiento ni solemnidad.

Para el general Eulalio Gutiérrez, a quien se daba el título de presidente de la República, la reinstalación de la Convención fue motivo de preocupaciones, previendo que el zapatismo podía organizar su propio poder político sirviéndose de la Convención y poniendo con ello al presidente interino, al margen de las facultades ejecutivas.

Mas pronto halló el general Gutiérrez una solución al problema. Al efecto, de acuerdo con los partidarios del general Villa, mandó que tanto el villismo como el gutierrismo enviaran delegados al seno de la Convención, gracias a lo cual, los zapatistas quedaron en minoría y los partidarios del interino, dominando a la asamblea, nombraron presidente de la misma al coronel Roque González Garza, persona de toda la confianza y estimación de Villa.

Esto, sin embargo, no bastó para que el general Gutiérrez se sintiera seguro en su posición; pues apenas iniciadas las labores de la asamblea, los zapatistas propusieron y los villistas aceptaron, que la Convención se “convirtiera por sí misma en parlamento”, con lo cual automáticamente terminaba el régimen presidencial de México, se establecía el régimen parlamentario y Gutiérrez perdía sus facultades.

Así, la resolución de la asamblea resultó intolerable para el general Gutiérrez, quien desde los últimos días de 1914, trataba de deshacerse de Zapata y Villa; del zapatismo y del villismo. Por lo mismo, el interino, inspirado por José Vasconcelos intentó atraer a su seno y conveniencia, primero al general Obregón; después a los generales del villismo. De todos, el único que aceptó seguir a Gutiérrez como gobernante legítimo de México, fue el general Aguirre Benavides.

A LA NACION

Profundamente penetrados de las necesidades actuales de la revolución y del peligro que corren los principios del Constitucionalismo, los suscritos manifestamos al pueblo mexicano las decisiones que hemos acordado tomar para combatir la reacción y salvar a la República de la ruina inminente que la amenaza.

Como un último supremo esfuerzo para evitar la lucha armada, el día 21 de este mes salió de esta capital el Sr. Ing. Felicitos Villarreal llevando la siguiente comunicación:

AL CIUDADANO GRAL. EULALIO GUTIERREZ.

Los suscritos tenemos el honor de dirigimos a usted, agotando los últimos recursos en pro de la paz de la República y teniendo en cuenta que no ha sido posible obtener una escasa intemperancia entre los Jefes de la División del Norte y nosotros acerca de los medios prácticos que puedan solucionar el inminente conflicto armado. Por eso, de una manera precisa y categórica, proponemos a usted:

Primero.—Retire usted de hecho al General Villa, confiriéndole una honrosa misión en el Extranjero y desde ese momento quedamos a las órdenes de usted.

Segundo.—Retiraremos nosotros de hecho al Sr. Carranza, confiriéndole una misión semejante.

Tercero.—En caso de que el Sr. Gral. Villa se resista, usaremos nuestros elementos a los de usted, para obligarlo a salir del país.

Cuarto.—En el caso de que el Sr. Carranza se resista, separado ya el Gral. Villa, usaremos sus elementos a los nuestros, para igual fin.

Quinto.—Cumplidas estas condiciones, quedamos a disposición de la Convención, que será la única autoridad que reconocemos.

Sexto.—De capital importancia este pleito lo llevamos y pondrá en sus manos de usted, el Ingeniero Felicitos Villarreal. Si mañana a las 12 a. m. no tenemos respuesta favorable del Ingeniero Villarreal o si no tenemos respuesta alguna, daremos por fracasados nuestros esfuerzos en pro de la paz y emprendemos contra usted a la lucha que ustedes solos han hecho inevitable y de cuyas consecuencias responderán ante la Historia.

mos, conforme a la cláusula SEXTA, por fracasados nuestros esfuerzos y hacemos al público las siguientes declaraciones:

Primero.—Desconocemos los actos de la Convención de Aguascalientes desde el día 2 de este mes de noviembre, por las siguientes razones:

A.—Haberse violado la neutralidad de Aguascalientes por las fuerzas de la División del Norte que penetraron a la Ciudad.

B.—Haber quedado desde esa fecha desintegrada la Convención por la ausencia de la mayor parte de los Jefes Constitucionalistas, que se retiraron por la presión cada vez mayor que sobre ellos ejercía la División del Norte.

Segundo.—Desconocemos el acuerdo de la Convención que decretó el cese del Primer Jefe y del General Villa, por esta razón fundamental:

Haber permitido que el Gral. Eulalio Gutiérrez devolviera el mando de la División del Norte al Gral. Francisco Villa y lo nombrara Comandante en Jefe de las operaciones militares, contraviniendo el acuerdo expreso de la Convención que lo había hecho cesar en aquel mando, como único medio de terminar las disensiones surgidas en el seno del Ejército Constitucionalista.

Tercero.—Agotados todos los recursos pacíficos que hemos puesto en juego empeñosamente para solucionar el conflicto y evitar la lucha armada, objeto principal de la Convención, y resueltos los Generales Villa y Angeles y sus partidarios, como lo demuestran todos sus actos, a romper se hostilidades e iniciar la lucha, nos comprometemos solemnemente a unificar los elementos militares de que disponemos, con el fin de seguir sosteniendo los principios de la Revolución Constitucionalista y combatir, con las armas en la mano, la reacción encabezada por el General Villa y los suyos, hasta su completo exterminio.

El Gral. Villa, en su manifiesto del mes

de septiembre, se muestra completamente distinto del revolucionario que había sido hasta esa fecha. Antes, el Gral. Villa había sido el azote del corrompido Ejército Federal, de los científicos privilegiados, de los dictaduras y del clero, que apoya y bendice todos los tiranías; ahora, el Gral. Villa no sólo ha atenido a los federales de Angeles, que son los mismos federales de Huerta, sino que se escandaliza porque la Revolución pretende acabar con los privilegios de la tierra y del dinero y ofrece restablecer el orden y la tranquilidad y respetar la vida y los intereses de los habitantes pacíficos, ya sean nacionales o extranjeros, como lo prometió don Porfirio, y proterterán siempre todos los tiranos, sin diferenciación a los inocentes de los culpables, sin distinguir lo bien habido de lo robado, para que continúe imperando el privilegio exterminado y siga viviendo la eterna víctima, el proletariado, su vida animal de ignorancia y de miseria; y por último, para remate de esta estúpida transformación del revolucionario de ayer en el conservador de hoy, el Gral. Villa, arrepenido del pecado de haber sufrido los dolores del pueblo, declara que la revolución "instaura profundamente el sentimiento religioso del pueblo con actos reprobados por la civilización y el derecho gentes", y el antiguo enemigo del clero inmoral y ateo, le pide al clero la bendición para el aliado y la corona para el tirano. Villa está de antemano vencido. La revolución sigue su curso.

Cuarto.—Al terminar la lucha, se constituirá en la ciudad de México, una Convención revolucionaria cuyas bases serán fijadas en junta preliminar integrada por los Gral. Constitucionalistas que han combatido a la reacción, para nombrar President preconstitucional; fijar los hechos sucesivos en que deben verificarse las elecciones de Ayuntamientos, Gobiernos locales de los Estados y Paises de la Federación; expedir el Estatuto orgánico del Gobierno preconstitucional, y determinar, en términos generales, las reformas sociales y políticas exigidas por la opinion pública, con el objeto de que en cada caso las formule, decrete y ponga en vigor. DESDE LUEGO, el Gobierno preconstitucional.

México, noviembre 21 de 1914

Gral. Lucio Blanco.

Gral. M. M. Acosta.

En virtud de que ha fenecido con exceso el plazo señalado para recibir contestación del Gral. Gutiérrez, da

México, noviembre 23 de 1914.

GRAL. ALVARO OBREGON,

GRAL. LUCIO BLANCO.

No ignoraron los generales Villa y Zapata, los proyectos de Gutiérrez, y para amedrentarlo, ya por orden del primero, ya debido a disposición del segundo, el hecho es que el general Guillermo García Aragón, gobernador del Palacio Nacional, en quien Gutiérrez tenía mucha confianza, fue secuestrado y asesinado; y en seguida, el coronel David Berlanga, hombre de letras políticas y considerado como el consejero político del interino, corrió la misma suerte.

Y no iban a ser Berlanga y García Aragón las únicas víctimas de los atropellados, aunque defensivos designios de Villa y Zapata. También el licenciado José Vasconcelos y el general Lucio Blanco estaban condenados a muerte, y los agentes del general Zapata les buscaron con señalado empeño. A Blanco se le acusaba de ser el único y verdadero sostén de Gutiérrez, para lo cual se valía de los soldados del antiguo ejército del noroeste que estaban a sus órdenes. A Vasconcelos, se le procuraba debido a que, sin recato alguno, lanzaba improperios contra Zapata y Villa, aparte de que se le hacía autor de una hoja impresa en la cual el villismo era injuriado soez y literariamente. Vasconcelos era, en la realidad, el líder que iluminaba con su brillante inteligencia, el ensayo presidencial de Gutiérrez.

Éste estaba, pues, dispuesto a jugar definitiva y valientemente su posición de autoridad suprema de la República, aunque su empleo no tenía la validez constitucional que requería la Revolución o que, cuando menos, se suponía que estaba establecido por el principio revolucionario.

Para enfrentarse a Villa, Carranza y Zapata, el general Gutiérrez contaba con 4 mil hombres, en su mayoría pertenecientes a las fuerzas del general Blanco, que si eran de las más aguerridas, estaban muy escasas de armamentos y municiones. Tenía también el interino los fondos de 10 millones de pesos depositados en la Tesorería de la nación, de los cuales como ya se ha dicho, dispuso en gran parte, para el pago de las fuerzas que guarnecieron la Ciudad de México. Esperaba, sin embargo, recaudar prontamente 5 millones más en

papel de distintas emisiones, que le servirían de fondo para iniciar la guerra en favor de su autoridad.

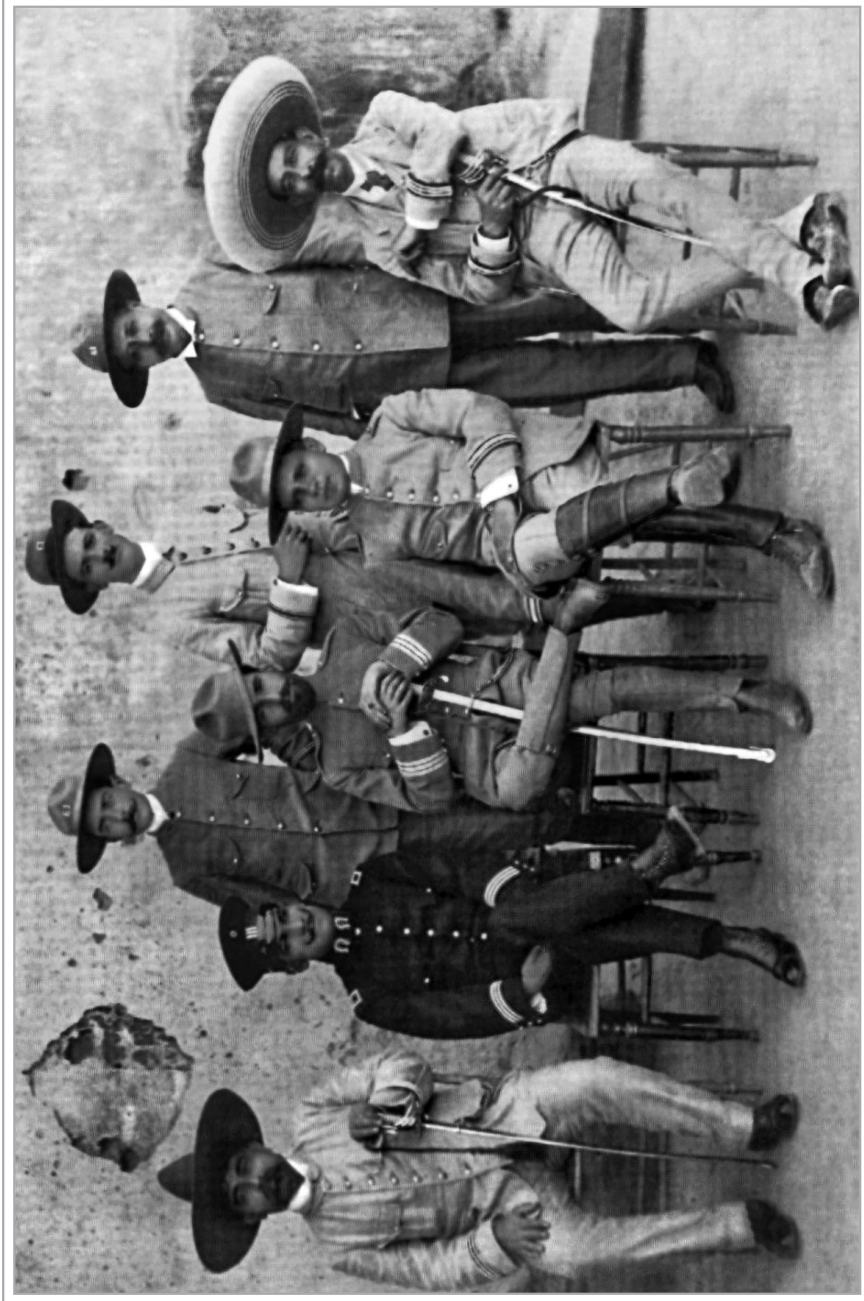
Dispuestas así las cosas, el general Gutiérrez reunió a la noche del 13 de enero (1915) a los miembros de su gabinete, y en seguida de explicarles la situación, pidió que se aprobaran dos acuerdos. Uno, destituyendo al general Villa de la jefatura de la División del Norte; otro, desconociendo a Zapata como jefe del Ejército Libertador.

Aprobados que fueron tales acuerdos, Gutiérrez mandó retirar los fondos de la Tesorería, dio a Blanco el mando de las tropas “leales al gobierno de la Convención” y ordenó que al siguiente día, bajo la responsabilidad de Blanco, los soldados convencionistas salieran de la Ciudad de México y emprendieran la marcha al norte del país, con el propósito de establecer el gobierno en San Luis Potosí.

Blanco procedió a cumplir las órdenes con presteza, pero como no había dinero suficiente para el pago de los haberes atrasados a sus soldados, permitió que éstos, antes de abandonar la capital, entraran a saco las tiendas de abarrotes, las casas de empeño y las boticas y farmacias. Después, a la tarde del día 14, todo el tren militar de Gutiérrez se puso en marcha partiendo de Atzacapotzalco.

A la salida de Gutiérrez, los convencionistas —llamándose así quienes seguían fieles a los generales Villa y Zapata— se reunieron. Dejaron a su parte la idea del parlamentarismo, “reasumieron” su soberanía y eligieron (15 de enero), presidente provisional de la República al coronel Roque González Garza, sin considerar si Gutiérrez había o no renunciado a su empleo, pero acusándole de haber salido de la Ciudad de México sin pedir la autorización a la Convención y por lo mismo, su actitud quedaba considerada como fuga y traición a los principios del convencionismo.

González Garza llegó a la presidencia provisional, elegido no tanto por la confianza y estimación de que gozaba del general Villa, cuanto por ser uno de los hombres más distinguidos de la Revolución y de la Convención; también por su experiencia política, así como debido



El presidente provisional de la República, coronel Roque González Gárra, al centro

a su reconocida y admirada vida revolucionaria. Había comenzado su carrera pública al lado de Madero; luego concurrido a los principales episodios de 1910 y 1911; y aunque unido al general Villa desde marzo de 1913, no por ello tenía perdida su independencia personal. Así, su intachable conducta estaba escudada por zapatistas y villistas.

Mas el nombramiento en favor de González Garza, no obstante las cualidades de éste, no serviría a mejorar la situación del villismo dentro de la Ciudad de México ni la del zapatismo en el sur de la República.

Electo para ejercer la presidencia durante un año, González Garza carecía de facultades en el ramo de guerra; y la guerra se presentaba negra para la Convención; porque aparte de la escasez de recursos en las filas de Zapata y de los últimos soldados villistas dentro del Distrito Federal, los carrancistas a las órdenes del general Obregón estaban en Puebla y continuaban avanzando, amenazantes, sobre la Ciudad de México, y ni la escolta de González Garza ni los soldados del Ejército Libertador se hallaban en condiciones de detener los ímpetus del general Obregón.

Tan amenazante para la vida de la Convención vio González Garza el porvenir, que se presentó a la asamblea, y en dramáticas palabras hizo saber los peligros que se acercaban a la capital de la República y la necesidad de hacer frente a tales peligros. El Provisional, advirtió que sólo el zapatismo podía detener los progresos del enemigo; pero ¿qué era el zapatismo? ¿A dónde estaba el zapatismo? Con mucha entereza dijo González Garza estas palabras que entrañaban un verdadero reproche al zapatismo: "Tengo la seguridad de que 5 mil hombres del norte, serían bastantes para rechazar al enemigo que amenaza la capital".

Pero, ¿dónde estaban esos 5 mil hombres? Villa sólo había dejado poco más de 1,300. De éstos, 400 marcharon custodiando al general Gutiérrez, y 800 estaban encargados de vigilar la línea férrea entre

el Distrito Federal y el estado de Guanajuato. Los únicos posibles defensores del gobierno que representaba González Garza eran los zapatistas; pero en la realidad, dejando a su parte su acción como guerrilleros, el Ejército Libertador no tenía más que el simbolismo del localismo suriano, pero principalmente morelense.

Conociendo, pues, la poca importancia guerrera del zapatismo, el coronel González Garza, sintió la inminencia de la caída del Distrito Federal en manos de Obregón, y quiso que entre las cortas fuerzas villistas y las numerosas de Zapata, fuese nombrado un jefe capaz de hacer frente a Obregón; pero el Ejército Libertador era demasiado rural para poseer un caudillo de la guerra, y los contados villistas apenas bastaban para custodiar al presidente provisional.

Sin convencerse de la impotencia militar del zapatismo, González Garza se dirigió a Zapata. Éste desdeñó el proyecto del provisional. Al general Zapata le interesaba en particular el suelo morelense, y al tener noticias del avance de Obregón, mandó que sus fuerzas se concentraran poco a poco en Cuernavaca, de manera que la Convención quedó sin auxilio.

De esta suerte, convencido de que el avance de Obregón era incontenible y de que no había otro camino que el de retirarse él y sus colaboradores, González Garza empezó los preparativos del caso. Antes, sin embargo, llamó (26 de enero) a los miembros de su gabinete y a los principales miembros de la Convención y quejándose de la actitud pasiva de los zapatistas, anunció la imposibilidad de hacer resistencia y su propósito de abandonar la capital, con lo cual todos estuvieron anuentes. Después, convocó a los miembros del Ayuntamiento, poniéndoles al corriente de la situación y entregándoles el mando civil de la ciudad; y cuando todo estuvo dispuesto, dio órdenes para la evacuación que comenzó a la mañana del día 27.

A esa hora de la retirada, lo que había sido tranquilidad se convirtió en desasosiego y terror. Los zapatistas huían. Los parapetos levantados hacia el barrio de Peralvillo desaparecieron en unos mi-



El presidente Roque González Carza y su gabinete

nutos. La población civil, temerosa del desquite de los carrancistas, se ocultó en sus casas. El comercio cerró sus puertas. Los tranviarios y cocheros suspendieron sus servicios. El coronel González Garza, seguido de sus colaboradores y principales funcionarios se puso en camino a Xochimilco. Unas cuantas horas bastaron para que la capital tuviera el aspecto de ciudad abandonada. Los concejales esperaban el momento de entregar la ciudad al general Obregón.

Éste, cauteloso esperaba, en las cercanías de la Villa de Guadalupe, la hora de entrar a la ciudad sin necesidad de quemar un solo cartucho; y cuando estuvo convencido de que así serían las cosas, mandó que sus fuerzas entraran (28 de enero) a las calles de la capital y se posesionaran de los edificios públicos y de los inmuebles confiscados.

Fue éste, el primer triunfo del constitucionalismo.

SITUACIÓN ECONÓMICA DEL PAÍS

En casi dos años consecutivos de guerra civil y contándose desde la declaración constitucionalista del gobernador de Coahuila, Venustiano Carranza los días que examinamos, los siempre endebles brazos de un país como México, dentro del cual escaseaban una riqueza natural física, el trabajo y la producción empezaron a quebrantarse y sufrir con ello, no tantos los hombres que andaban en la guerra o que hacían la guerra, sino la población civil que, si estaba comprometida en la Revolución, no por ello iba dejar de padecer las consecuencias de la lucha intestina.

La Ciudad de México era el espejo de lo que acontecía en el orden económico a través de la República, pero sobre todo en lo referente a los intereses laborales y a propietarios de la manufactura.

En éstos, si de un lado faltaban los créditos, y de otro lado escaseaban las primeras materias, se iban encogiendo los días de trabajo. Las fábricas, por otra parte, no vendían sus productos, ni el co-

mercado estaba en posibilidad de comprarlos. Los engaños que traía consigo el *bilimique*, la debilidad de los salarios, la desorganización productiva, eran la causa de una resta cotidiana de consumidores, de manera que por todo eso, día a día aumentaba la desocupación mortificante y azarosa.

Los minerales exceptuando los de Durango, Coahuila, Chihuahua y Sonora, paralizados en su mayoría, restaban a la economía del pueblo y de la nación, salarios, transportaciones, impuestos y metales. Los trabajadores mineros eran ahora, en un alto porcentaje, soldados de la Revolución o emigrados.

Una cifra mayor que la de 400 mil, constituía el número de mexicanos ausentados del país y establecidos en Estados Unidos durante 1914. El solo anuncio de una posible lucha armada entre Carranza y Villa produjo, durante los meses de diciembre (1914) y enero (1915) la cuarta parte de la emigración dicha; y esto no tanto por los horrores que la guerra podía traer consigo, cuanto por las escaseces económicas que afligían a la clase rural.

Por otra parte, confiscada en Chihuahua la riqueza ganadera, que sirvió, al ser exportada a Estados Unidos, para armar a los Ejércitos revolucionarios que combatieron y derrocaron al general Victoriano Huerta; extinguida la riqueza que en caballos poseía el norte del país, por el uso que de éstos hicieron los revolucionarios y abandonadas las mismas de oro y plata en el centro de la República debido a la imposibilidad de transportar o beneficiar los metales y desolados, por último, los campos, ya por las amenazas y temores que sembraban las guerrillas, ya por los excesos que cometían los cabecillas de partidas armadas, ya porque los peones preferían darse de alta como soldados o continuar acasillados; hundidas, en fin, las fuentes del trabajo y de la producción, el aspecto económico de México era el espectro de las miserias.

Salvábese, sin embargo, la pobreza de las tantas angustias, y dolores que causa la desocupación y la escasez de alimentos gracias

a la abundancia con que se presentaba la moneda de papel. Para la gente rural era una alegría poder allegar a su bolsillos los *bilimbiques* de uno o cinco pesos, puesto que en los días anteriores a la Revolución, la gran masa rústica no tuvo otra divisa principal que la del centavo de cobre. La posesión de cinco pesos significaba hacia los días del Centenario de 1910 una condición de persona casi acomodada. “Los pesos fuertes (se decía) no son para los jornaleros, sino para los usureros”. El empleado municipal con 18 pesos mensuales de sueldo se suponía corresponder a una clase media; un comerciante pueblerino, con un establecimiento inventariado en 5 o 10 mil pesos, correspondía a la clase rica. Rico también era el propietario de una casa valuada en 8 o 10 mil pesos, Llamábase rentista a quien recibía intereses mayores de 100 pesos.

Así, el *bilimbique* no tenía valor positivo, puesto que carecía de talón metálico, en cambio presentaba un poder de la cantidad que la gente del campo nunca antes había conocido.

El paso de los Ejércitos por los pueblos, ora del occidente, ora del centro, ora del oriente, si por de pronto producía alarma, luego traía el contento, por la cantidad de *bilimbiques* que oficiales y soldados llevaban y gastaban. El general Obregón, en su avance de Sonora a la Ciudad de México erogó, en gastos de campaña, 15'900,000 pesos; y se supone que el general Villa derramó otros tantos millones en sus movimientos de Chihuahua a Zacatecas. Así, si la economía fundamental del país estaba destrozada, la condición popular se sentía animada por el fácil y constante ir y venir de los *bilimbiques*.

Los billetes emitidos por las facciones revolucionarias a partir de los fechados en Monclova el 28 de mayo de 1913, no tenían número. Los correspondientes al villismo (emisiones de diciembre de 1913, febrero y marzo de 1914 y los impresos por la Comisión de Hacienda en Torreón), sumaban, al empezar el 1915, 180 millones de pesos; y si a éstos se unían las emisiones autorizadas en Sonora por José Ma. Maytorena (agosto, 1913); las del estado de Durango (agosto, octubre

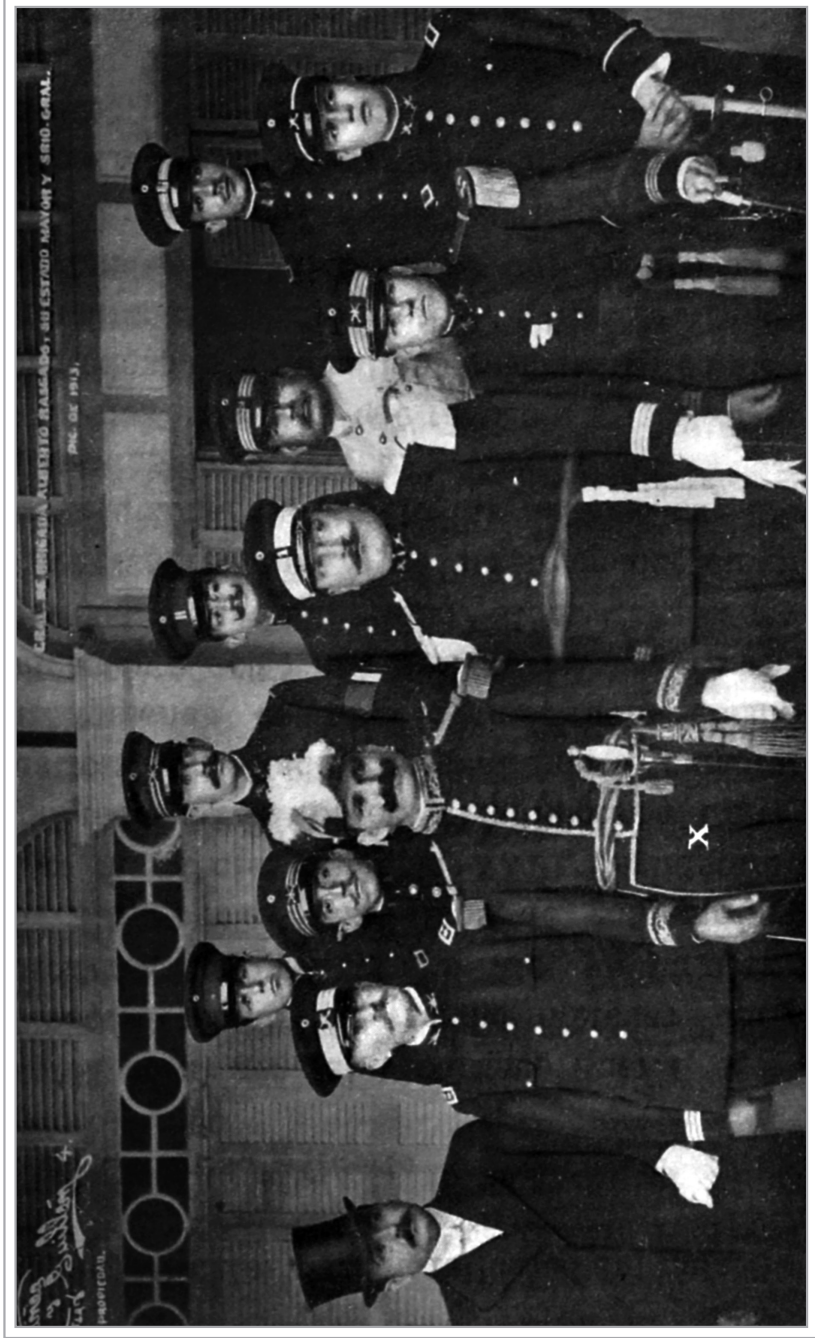
y diciembre de 1913; enero, febrero, marzo y agosto de 1914); las del general Francisco Murguía (Uruapan, 20 de diciembre de 1914); las de Ramón F. Iturbe (Mazatlán, 21 de agosto de 1914); los billetes del gobierno provisional de Veracruz; y si a todas esas emisiones se agregaban las no autorizadas por Carranza, ni por Villa, ni por Zapata, los vales locales firmados por los jefes revolucionarios y los vales de curso obligatorio expedidos por los generales Rasgado, Maass, Almazán y otros, y los billetes falsificados en diferentes partes de la República, que también fueron de circulación forzosa, la cifra de las emisiones alcanzan la cantidad de 1,250 millones de pesos, de los cuales, el gobierno de Carranza reconoció como autorizados, un total por valor de 700 millones de pesos.

A aumentar el volumen circulatorio en el país llegaron también los billetes de los bancos privados que funcionaron durante el régimen porfirista; pues éstos continuaron emitiendo billetes, ya sin garantía, hasta el final de 1913. La circulación de tales billetes era, en marzo de 1913, por valor de 125 millones de pesos; pero al 31 de diciembre de ese año ascendía a 221 millones de pesos.

Aunque todo ese movimiento monetario significaba una inflación sin precedente en la historia de México, no por ello desagradaba al país. Había, un menosprecio al *bilimique*, mas no se ocultaba la ilusión de la gente pobre al verse dueña, con cierta facilidad, de un mayor número de pesos.

A ese desarrollo circulatorio correspondía, al empezar el año de 1915, un acrecentamiento en los salarios. Carranza decretó (febrero de 1915) una mejoría de 35 por ciento sobre el jornal de los obreros de hilados de lana, algodón, yute y henequén.

En la Ciudad de México, la Convención estableció un salario mínimo de cuatro pesos diarios para los empleados de tranvías, mientras que en el estado de Chiapas, el salario mínimo para los peones, de acuerdo con el decreto expedido por el general Jesús Agustín Castro, fue de un peso diario.



El general Alberto Rasgado es el tercero de izquierda a derecha

Dentro del estado de Chihuahua, por orden del general Villa, los peones de hacienda no podían recibir un jornal diario menor de dos pesos; y los soldados de la División del Norte tenían un haber de dos pesos con 25 centavos, mientras los carrancistas ganaban un peso con 75 centavos. El haber de un individuo de la clase de tropa zapatista era de un peso.

Los generales de división de los Ejércitos Constitucionalistas vieron ascender sus sueldos a 35 pesos diarios; a 12, los coroneles y a cinco los subtenientes.

El precio promedio de un peso *bilimbique*, ya de emisión carrancista, ya de emisión villista, era de cinco centavos oro mexicano. El antiguo peso de plata (peso fuerte), valía, el 10 de enero (1915), un peso 35 centavos oro nacional; el 28 del mismo mes, un peso 98 centavos. El precio del oro ascendió a 4,700 pesos *bilimbiques* el kilogramo. Al general Obregón le vendían 240 kilogramos de oro al precio indicado; pero el Primer Jefe se negó a efectuar la compra, por considerarla producto de la especulación y por lo mismo de carácter ilegal.

En los bancos de la República había en existencia, al 31 de diciembre de 1914, 72 de pesos en oro, 16 millones de pesos en plata y 4'250,000 pesos en moneda fraccionaria. De tal cantidad, el Banco Nacional tenía en sus cajas 37 millones de pesos en metálico. Los bancos privados, pues, no obstante la guerra y las contingencias de la guerra, seguían operando, aunque sin llevar a cabo emisiones de billetes que siempre les fueron tan favorables y con las limitaciones propias a las circunstancias. Tales operaciones, si en algunas ocasiones se traducían en pérdidas como sucedió con el Banco Minero, cuyos billetes fueron falsificados en cuantía, también daban lugar a provechos.

Si el Banco Nacional de México perdió (1914) a través de sus sucursales 4'400,000 pesos, en cambio su casa matriz logró en su caja un aumento de 3'900,000 pesos. Esto, registrado cuando el país

se hallaba en plena guerra, significaba la vitalidad de la República, la benignidad de los revolucionarios y el respeto que la Revolución tenía a los intereses privados, a los créditos e inversiones extranjeras, puesto que la mayoría de las acciones de los bancos de México era propiedad de instituciones o particulares de Europa y Estados Unidos, y a los derechos de propiedad.

Así también, si no como en relación a la moneda metálica nacional, pero sí a manera de que el peso mexicano, aun convertido en *bilimique*, significaba un valor, la equivalencia de éste y las monedas con patrón oro, mantenían un equilibrio económico. Cotizábase el peso mexicano a 0.6716 marcos alemanes; a 0.8292 pesetas españolas; a 0.16 con el peso colombiano y a 0.8284 con los francos franceses.

Sin embargo, para el común de la gente, tales valorizaciones, carecían de interés frente al problema, cada día mayor, que se presentaba al pueblo de México como consecuencia de los aumentos de precios a los artículos comestibles y del vestido; ahora que este problema se sufría principalmente en la Ciudad de México.

Aquí, la gente pobre amenazaba con entrar a saco las tiendas de abarrotes; y como la gran mayoría de tales tiendas era propiedad de españoles, el odio hacia quienes llamaban *gachupines* iba acrecentándose día a día, sin considerarse que tales propietarios eran a la vez víctimas de los *especuladores* y *coyotes*; también de las cortedades con que se caracterizaba la producción agrícola nacional.

Obregón, desde la reocupación de la capital (28 de enero), había advertido el descontento popular; y la amenaza que para la tranquilidad pública significaba tal descontento; porque en el entendido de la gente del pueblo, la causa de la carestía no era otra que la presencia de los carrancistas en la metrópoli. Servía para esta creencia, el hecho de que el general Obregón, por orden de Carranza, prohibió la circulación de los billetes emitidos por los villistas, lo cual dañó directamente a la clase más pobre de la Ciudad de México, que de un

día a otro no tuvo recursos con qué comprar sus alimentos; y como éstos a la vez iban en aumento por la escasez productiva y la falta de transportaciones, el mal se acrecentaba hora tras hora.

Observando esta situación, a pesar de que él mismo había dictado la orden prohibiendo la circulación de los *bilimbiques* villistas, el general Obregón repugnaba la aplicación del decreto, y así se lo hizo saber con toda franqueza a Carranza; pero éste afirmó su decisión, creyendo que Obregón trataba de imponer su criterio personal, hecho que era inaguantable para una alma tan imperiosa como la del Primer Jefe.

Tan ciego, en efecto, estaba éste frente a la realidad popular y guerrera que confrontaba el país, que el general Obregón seguro de que tal medida iba a provocar un alzamiento del pueblo dentro de la Ciudad de México y con ello quedaría manchada la bandera de la constitucionalidad, se dirigió a Carranza indicándole la conveniencia de evacuar la plaza antes de insistir en hacer efectivo el decreto que iba a dañar a la gente más pobre de la capital.

Mas Carranza, sin querer retroceder en sus determinaciones, considerando que replegarse significaba una derrota moral a su gobierno, tuvo la peregrina idea de pretender compensar monetariamente las pérdidas sufridas por los miembros de la población más pobre de la capital; y al efecto, mandó al general Obregón que procediera a repartir entre la clase menesterosa, billetes constitucionalistas de cinco y 10 pesos; y como el secretario de Hacienda, Luis Cabrera calculó que la gente necesitada en la metrópoli, no podía pasar de 50 mil almas, redujo el problema a que el gobierno hiciera un desembolso de medio millón de pesos, suponiendo que dando un billete de 10 pesos per cápita todo quedaría solucionado; ahora que a fin de que el gobierno no quedase considerado como un mero benefactor, se ordenó al general Obregón que organizara una junta llamada Revolucionaria de Auxilios, con el encargo de distribuir los 500 mil pesos entre 50 mil personas.

Como es natural, el general Obregón que era hombre práctico y conocía el alma de las multitudes, no vio las cosas con el optimismo del licenciado Cabrera. Esto no obstante, se subordinó a las reiteraciones de Carranza; organizó la Junta de Auxilios y vigiló el reparto de los 50 mil *bilimbiques* de 10 pesos cada uno. Mas, como lo había previsto, apenas terminado el reparto, la indignación popular fue mayor; la masa cobró bríos; los ímpetus y amenazas se hicieron públicos. Ahora, la gente ya no quería ni aceptaba dinero; ahora exigía el reparto de víveres, y así lo comunicó el general Obregón al Primer Jefe.

Requeríase, pues, más dinero, para adquirir alimentos; pero Cabrera hizo saber al general Obregón que la caja de la Tesorería nacional establecida en Veracruz estaba exhausta de fondos. Obregón no dudó en contestar: "Si no hay dinero, que se tome de donde lo haya".

Esto no cambió la decisión de Cabrera. Y tenía razón. De los brazos de las prensas instaladas en Veracruz salían 200 mil pesos a la semana. Las máquinas impresoras no estaban capacitadas para imprimir un mayor número de billetes. Por otro lado, las recaudaciones en el país eran casi nulas en virtud de la guerra. La explotación del petróleo, en 12 meses, sólo había producido 1'787,000 pesos. De los *bilimbiques* impresos, el gobierno había enviado un millón de pesos al general Diéguez, para la ofensiva en occidente; 700 mil más, al general Pablo González a fin de que reorganizara el cuerpo de ejército del noroeste, y medio millón al general Salvador Alvarado para la ocupación y organización de la península yucatanense.

Frente a estos problemas, que por de pronto parecían insolubles, el general Obregón decidió tomar su propia iniciativa y su propia resolución; y lo último con tanta decisión y personalidad, que luego de rechazar con indignación, los servicios de Antonio Manero, presumible economista u oficinista, a quien el secretario de Hacienda enviaba a la Ciudad de México con instrucciones de dar clases sobre funciones administrativas a Obregón; éste, en seguida del reparto

de los 500 mil pesos entre los indigentes, y vista las reiteraciones de Carranza, decretó (12 de febrero) una contribución de guerra por medio millón de pesos que debería pagar el clero católico, al que dio un plazo de cinco días para entregar la cantidad mencionada.

Cumplido que fue el plazo, y viéndose que los encargados de la Iglesia no concurrían a hacer entrega del préstamo, Obregón ordenó que el vicario general de la Mitra doctor Antonio de J. Paredes, el deán de la Catedral Metropolitana doctor Gerardo Herrera y todos los sacerdotes de la ciudad se presentaran en el Palacio Nacional.

Aquí, les esperaba el general Obregón, quien con buenas palabras reprochó al vicario y a los clérigos el hecho de que no hubieran entregado el dinero correspondiente al préstamo, a lo cual respondió Paredes diciendo que la Iglesia estaba imposibilitada de hacer efectiva la cantidad que se le exigía; y sin que mediaran más palabras de una parte y de la otra parte, el general Cesáreo Castro, comandante militar de la plaza, quien asistía al acto, hizo saber a los sacerdotes que por orden del cuartel general quedaban presos.

A 170 individuos ascendía el número de sacerdotes; pero como 51 de los presentes probaron que eran extranjeros, el general Obregón ordenó que éstos tuvieran su libertad, mientras los curas mexicanos quedaban provisionalmente detenidos en la guarnición de la plaza.

La prisión de los miembros del clero sublevó mucho los ánimos de los metropolitanos; y como no escasearon las protestas e impropiedades, el general Obregón, a manera de represalia, ordenó la confiscación de los templos de la Concepción y Santa Brígida, así como del Colegio Josefino; y como al acontecimiento se le dio el cariz de medida para evitar una contrarrevolución acaudillada por el clero, los viejos y nuevos liberales, unidos a los revolucionarios, invocando la necesidad de exterminar el clero, amotinaron a la gente, con la tolerancia de las autoridades civiles y militares de la ciudad, la multitud entró a saco el colegio Josefino.

Mas como la acción contra el clero, así como otras disposiciones del cuartel general no sirvieron para aliviar la situación económica que en todos sus aspectos afligía a la Ciudad de México, las manifestaciones públicas de descontento empezaron en un extremo y otro extremo del Distrito Federal, primero; en el corazón de la capital, después. Ante esto, y resuelto a imponer el orden y a remediar los males, el general Obregón decretó una contribución conforme a la cual, los comerciantes deberían entregar al cuartel general constitucionalista, el 10 por ciento de las mercaderías que tuviesen en existencia, ya fuesen éstas en víveres, ya en ropa.

Mucha severidad entrañaba tal decreto. Sin embargo, los comerciantes lo tomaron a desdén y por lo mismo no hubo uno solo que correspondiera a la demanda de Obregón, por lo cual éste, expidió (25 de febrero) un segundo decreto, estableciendo un gravamen extraordinario sobre capitales, hipotecas, profesiones, aguas, vehículos y contribuciones prediales. A lo ordenado, sin embargo, no hubo respuesta; y Obregón, dispuesto a hacer sentir su autoridad, que muy benigna se había mostrado frente a las procesiones levantiscas de los católicos que pedían la libertad de los sacerdotes, y de la gente del pueblo que exigía el reparto gratuito de alimentos; Obregón, se dice, convocó a una reunión a los principales comerciantes de la capital; y ya reunidos éstos (4 de marzo de 1915), les reprochó personal y verbalmente, la falta de cumplimiento del decreto, tratando de convencerles de que procedieran a ponerlo en práctica desde luego; mas como pronto se convenciera de que mediante una solicitud pacífica no obtendría la correspondencia que deseaba, ordenó que las fuerzas armadas, que ya estaban dispuestas al caso, aprehendieran a los comerciantes mexicanos, y dejaran en libertad a los extranjeros, no obstante que éstos eran los más ricos, los que poseían los mejores almacenes de víveres, los que acaudillaban a los enemigos de la Revolución y los que especulaban abierta y francamente con las necesidades de la población civil.

Ninguna ventaja obtuvo la ciudad con la prisión de los comerciantes mexicanos. La falta de víveres continuaba produciendo graves males. Esas amenazas del hambre surgían por un lado y otro lado. La gente, que en meses anteriores se había refugiado en la Ciudad de México temerosa de las violencias pueblerinas, ahora trataba de salir de la capital en busca de alimentos; y esto último desdoraba al constitucionalismo que parecía ser impotente para satisfacer las necesidades populares.

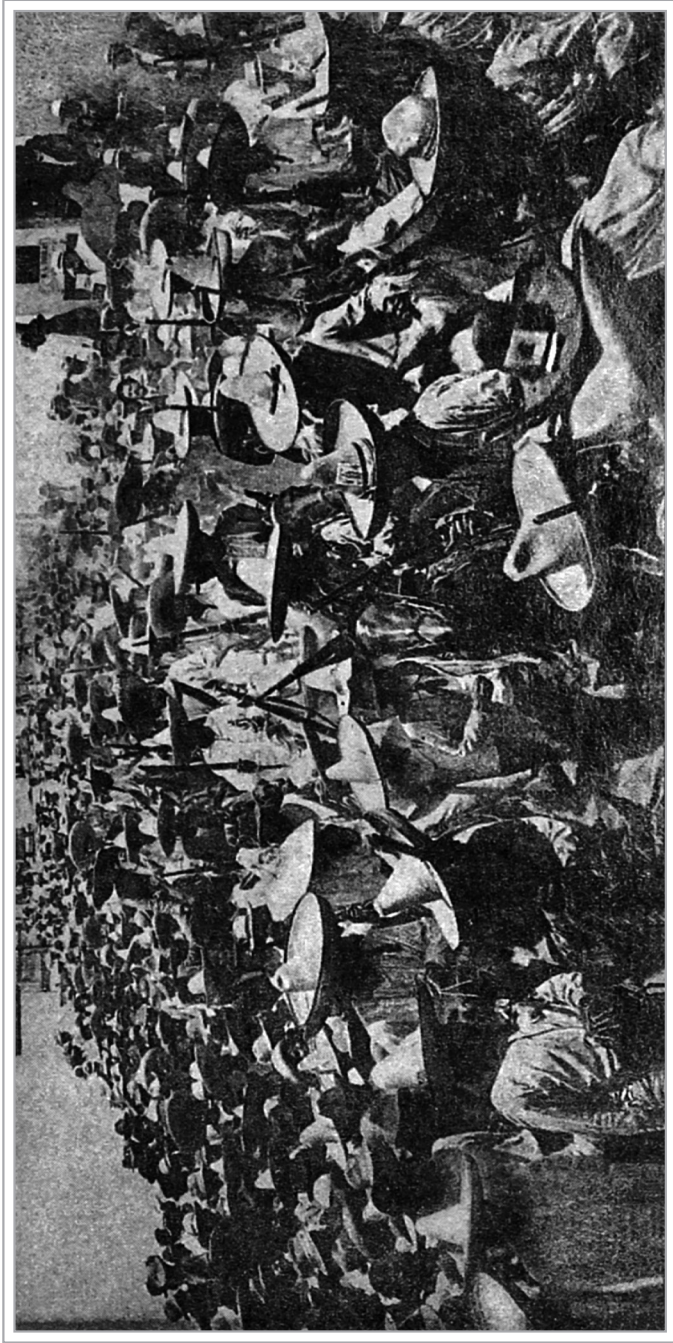
Por otra parte, las escaseces de trabajo, dinero y alimento serían para aumentar las filas del Ejército carrancista; pues no sólo los jóvenes pertenecientes a la clase humilde, sino también a la acomodada, se daban de alta en las filas de Obregón. Ser soldado revolucionario significaba en los días que recorreremos, no precisamente poseer ideas, sino el privilegio de obtener víveres, y la esperanza de lograr una categoría o un empleo civil que a la vez servían para abrir las puertas de lo futuro.

Si Obregón, en tales días, hubiera tenido a la mano las armas suficientes para corresponder a las demandas de los voluntarios, levanta un gran Ejército; y un Ejército constituido por una juventud deseosa de pelear y triunfar.

EL TERRITORIO ZAPATISTA

El 1 de febrero (1915), el coronel Roque González Garza, nombrado presidente provisional de la República instaló su despacho presidencial, con señalada modestia, pero sobre las alas de una solemne autoridad, en el antiguo palacio de Hernán Cortés, de Cuernavaca.

Aquí, mientras los convencionistas se reúnen y reanudan sus sesiones en la sala de un teatro local, parece que ha nacido un nuevo gobierno; ahora que en el seno de la asamblea que se llama legislativa, todo tiene aspecto —el lugar y los delegados, en primer término— de oscuridad y aburrimiento; también de escasas esperanzas de triunfar sobre el intrépido y diligente general Álvaro Obregón.



El ejército libertador del sur, de Emiliano Zapata

El general Zapata, al ser informado de la evacuación del Distrito Federal; del retroceso de sus tropas hacia el estado de Morelos y de la instalación del presidente provisional en el palacio de Cortés y de la presencia de los delegados convencionistas en Cuernavaca, optó por retirarse de la capital de Morelos, para marchar a Cuautla.

Sus allegados explicaron que el caudillo abandonaba la plaza con el objeto de dejar que la Convención deliberara libremente, y a fin de que su permanencia en Cuernavaca no pudiese dar lugar a temas maliciosos o suspicaces.

Además, quería dejar en completa independencia al presidente González Garza, hacia quien sentía un alto respeto. Zapata, pues, luego de llegar a Cuautla, resolvió continuar a Tlaltizapán en donde restableció su cuartel general.

González Garza, gozaba de una autoridad dentro del estado de Morelos; ahora que el estado de Morelos estaba dominado por los zapatistas armados y por lo mismo, el provisional podía considerarse prácticamente en manos del zapatismo.

De los soldados villistas que correspondían a la escolta personal de González Garza, y a quienes los zapatistas llamaban *catrines* sólo quedaban 200 o 300. De los voluntarios reclutados en el Distrito Federal por orden del propio provisional, sólo había un centenar más.

Los zapatistas, aunque soldados sin dinero, puesto que sólo vivían de derramas parciales, de lo que reunían para su alimentación entre el vecindario y de los botines de guerra ganados sin violencia ni hurto, mantenían el orden y hacían guardia en torno a la residencia del presidente provisional.

Cuernavaca era la capital convencionista; ahora que el aspecto de la ciudad causaba desolación. La guerra la había castigado severamente. Las huellas de las metrallicas y de los incendios estaban a la vista. El obispado, una de las grandes construcciones más dañadas por la guerra, daba idea de ruina, desesperanza y amargura. En sus pasillos, todavía se veían los restos de la biblioteca saqueada y que-

mada. Por las salas rodaban las piezas del museo arqueológico que con tanto saber y perseverancia había reunido el obispo.

La alimentación, era un capítulo de lujo; de excesivo lujo. El mercado local, antes tan próspero, sólo era lugar de reunión de un pequeño grupo de valientes comerciantes dispuestos a desafiar las balas y las disposiciones oficiales. Los precios de los comestibles estaban fuera del alcance de la gente pobre y de los pobres soldados zapatistas. Un kilogramo de azúcar costaba, no obstante ser Cuernavaca la fábrica de azúcares más importante de la República, dos pesos. Un litro de leche, un peso. Quince pesos, el valor de un kilogramo de manteca.

La pobreza alcanzaba al gobierno de la Convención. Los delegados aceptaron un sueldo de siete pesos diarios; pero un mes (febrero de 1915), no recibieron sus honorarios.

Al salir de la Ciudad de México, el coronel González Garza, pudo disponer de 2'126,000 pesos guardados en la caja de la Tesorería nacional, después de la sustracción hecha por el general Gutiérrez. Pudo también disponer de 321 mil pesos en monedas de oro y cobre depositados en la Casa de Moneda; pero como la honradez era el signo magno de González Garza y de aquellos hombres que le acompañaban en la aventura democrática y revolucionaria, el provisional no queriendo que se pusiera en tela de juicio su conducta se negó a manejar tal dinero, y dejó a los delegados convencionistas para que dictaran un acuerdo sobre el uso y manera de uso de ese fondo contante y sonante.

La Convención, luego de deliberar sobre la conveniencia e inconveniencia de tomar tales fondos, resolvió nombrar una comisión encargada de recoger el dinero de la Tesorería y de la Casa de Moneda; pero esto se llevó a cabo con tantos temores y con un criterio tan puro como escrupuloso, que a pesar de las necesidades financieras que tenía el zapatismo, sólo fueron sustraídos 134 mil pesos en oro e igual cantidad en billetes; dinero conducido

celosamente a Cuernavaca; y esto en medio de explicaciones y de cuentas menudas.

Ahora bien: estando ya el dinero en Cuernavaca, el gobierno de la Convención consideró indebido poner en circulación el oro y la plata; y como la mayoría de los billetes recogidos en la Tesorería eran de 100 pesos, los convencionistas consideraron que tales signos monetarios no correspondían a una circulación popular, y por lo mismo, en vez de autorizar los pagos con tales billetes, resolvieron dar facultades a González Garza a fin de que expidiera *vales* pagaderos “al triunfo de la Revolución”. De esos *vales*, el provisional emitió 200 mil pesos; 78 mil destinados al presupuesto de la Convención y lo restante, para los gastos de guerra.

Estas escaseces no dejaron de provocar riñas y discusiones entre los zapatistas y la gente armada de González Garza, pues los unos y los otros se culpaban de los males que afligían al Ejército, sobre todo en lo que hacía a la falta de dinero. Además, tan desemejantes eran las características exteriores de los partidarios de Zapata y de quienes escoltaban al provisional, que el hecho servía para ir ahondando las dificultades entre ambos bandos. La indumentaria de los zapatistas era muy peculiar; camisa y calzón de manta cruda, huarache y sombrero ancho y carrilleras cruzadas al pecho. En cambio la gente de González Garza, llevaba uniforme de caqui, sombrero texano, zapato y polaina.

No todos los soldados zapatistas, hablaban español. Originarios no sólo de Morelos, sino de los estados de Puebla, México, Hidalgo y Oaxaca, habían llegado a la guerra con sus costumbres y hablas nativas; y más que guerreros, no obstante ser valientes, daban la idea de formar en una multitud sublevada sin saber por qué causa. Además, de multitud que portaba armas y municiones no tanto para agredir, cuanto para defenderse; y, en efecto, tal era lo que se había difundido entre los zapatistas: la defensa contra los tenedores o usurpadores de tierras; y aunque no toda aquella gente comprendía

lo que eso quería decir, ya que no conocía ni sentía el problema con la profundidad de los políticos, de todas maneras parecía ser el símbolo de lo desamparado.

Desde la expedición del Plan de Ayala (diciembre de 1911), el zapatismo creyó hallar el origen de cuanto mal padecía el pueblo mexicano, en un desigual reparto de la tierra, y por lo mismo, cuando el general Zapata quedó dueño del suelo de Morelos, procedió a poner en práctica su programa agrario; y el 5 de abril (1914) decretó la nacionalización de los terrenos, aguas, montes, fincas rústicas y urbanas “y demás intereses pertenecientes a los enemigos de la Revolución”, que directa o indirectamente la hubiesen hostilizado.

La nacionalización de las tierras no correspondía, pues, a un propósito de organización social, sino a una función de venganza popular.

El mismo decreto estableció que también los bienes de extranjeros podían ser expropiados; mas esto como complemento a las disposiciones mencionadas anteriormente, y siempre mediante el compromiso de indemnizar a los propietarios.

Faltaba, en el decreto de abril, así como en las órdenes correlativas, un entendimiento preciso de lo que se pretendía llevar a cabo; ahora que el propio decreto autorizó a los generales y coroneles del Ejército Libertador, para “fijar las cédulas de nacionalización, tanto a las fincas rústicas como a las urbanas”, con lo cual, al empezar el año de 1915, podía decirse que la hacienda en el estado de Morelos había desaparecido; y con ésta desaparecidos también los mayordomos y las tiendas de raya; y si los campos agrícolas estaban abandonados por motivos de la guerra, la propiedad rural quedaba virtualmente dividida y subdividida, aunque nadie sabía cuál era la superficie de tierra que le pertenecía conforme al decreto de Zapata.

Éste había confirmado la nacionalización de las tierras con mucha convicción; y si no era hombre instruido, sí quiso estudiar y estudió los problemas agrarios. Al efecto, tuvo en sus manos “los tí-

tulos de muchos pueblos” que habían sido despojados de sus tierras por los hacendados.

Dentro de tan grave acusación no figuraban todos los hacendados ni el problema concerniente a la nacionalización se limitaba a restituir tierras a los labriegos que se suponía habían sido despojados. La nacionalización, constituía una confiscación general de tierras y la ley que la determinó, no definía en qué proporción serían aprovechadas. Zapata, entreveía una necesidad agraria, pero sin alcanzar a medir una organización social propia al nuevo sistema de propiedad rural.

Previó en cambio la necesidad de establecer un sistema de crédito agrícola; pero con la mentalidad del individuo que ama la libertad más que la necesidad de arraigar una autoridad, hizo omisión de los métodos capaces de llevar a cabo sus ideas; y es que no creía en los créditos distribuidos y administrados por el Estado; tampoco consideraba convenientes los empréstitos extranjeros destinados al beneficio y prosperidad agrícola del país.

Difícil será hallar, durante la guerra civil mexicana, otro individuo que, sin apartarse de las normas del criterio rural del cual era hijo legítimo, tratara de hacer bienes al pueblo con los bienes del propio pueblo.

El caudillo tenía sus propios proyectos, y de ninguna manera pretendía apartarse de ellos. Había en esto no pocas idealizaciones; pero todas de responsabilidad. Zapata consideraba que los “bancos agrícolas” podían ser fundados “con la concentración de los productos de las rentas de las fincas urbanas nacionalizadas en la República”. La ciudad en el concepto de Zapata, debería ser el punto de apoyo para la transformación de la vida agrícola. Creía que el poder urbano era tan grande y poderoso, que una obligación que fijaran los campesinos, bastaría para realizar la prosperidad rural. No escaseaban en tales miras la ingenuidad y la ignorancia; tampoco faltaba el odio que la Revolución rural experimentaba hacia las ciudades a las que hacía responsables de los infortunios del pueblo rústico.

La Revolución Mexicana, en concepto del zapatismo, no era la democracia política ni la democracia electoral; tampoco la socialización de los bienes de producción. Zapata decía con mucha claridad y franqueza cuál era el meollo de su preocupación: mejorar la instrucción de las clases bajas a fin de que éstas hicieran de la agricultura su tema y propósitos principales.

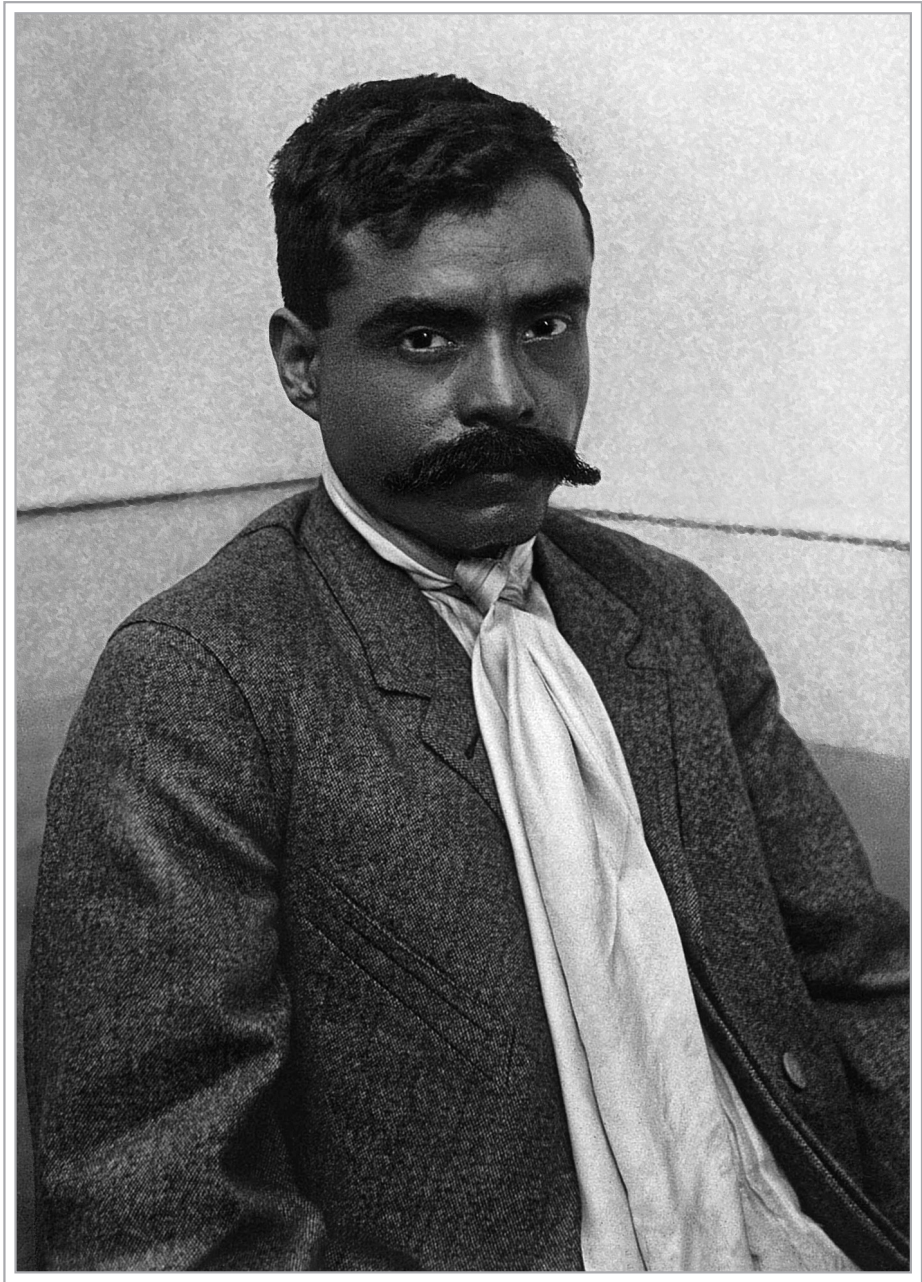
Esta ruralización de México, parecía primitiva y ajena a los progresos industriales del mundo; pero es que México requería pasar felizmente por la edad agrícola. Sin tal, no sería posible llegar a la edad industrial. La Revolución no era, pues, producto de la burguesía ni de la pequeña burguesía. Era el resultado de la más primitiva y original clase rural.

A este singular pensar de Zapata, que no se originaba en la cultura ni en el genio magnífico; que no poseía introductores ni expositores de una filosofía social; a este singular pensar, sólo podía atribuirse la fuerza intuitiva de Zapata.

Y, por ser tan personal tal genio, la Convención instalada en Cuernavaca, no podía corresponder al mismo; pues en el seno de la asamblea ya no predominaban los representantes de la clase rural de México. Ahora, había una nueva pléyade de delegados. Y tal pléyade la representaban "los capitalinos". Los ciudadanos que, dirigidos por los líderes socialistas Rafael Pérez Taylor, Luis Méndez y Antonio Díaz Soto y Gama, pretendían con sus tintes de modernismo urbano, dar una nueva legislación y nuevos guías a la República. En la Convención se iban borrando poco a poco las manifestaciones de la mentalidad rural que habían sido tan notorias en Aguascalientes. La asamblea que un día reclamó su independencia y su soberanía, perdía vigor y mentalidad rurales. Las ideas y las cosas cambiaban.

IDEAS DEL ZAPATISMO

Emiliano Zapata, como se ha dicho, no era un hombre con la capacidad de crear y pensar. Poseía, en cambio, la cualidad que general-



El jefe revolucionario, Emiliano Zapata

mente se origina en el ocio, al cual Zapata siempre rindió culto, ya por ser tal estado propio a la relajación que la temperie produce en el individuo del sur de México, ya como consecuencia de las libaciones que a menudo le detraían de la acción personal y colectiva.

Esa cualidad que estaba dentro de Zapata como colateral al ocio, era la de ser hombre avisado. No faltaban así en él, la astucia y la previsión; y gracias a lo uno y a lo otro, sabía y podía ser prudente y sagaz; ahora que todo lo llevaba a la inacción del optimismo. Contrariamente a lo que se creía en sus días, no gustaba ni incitaba a la violencia. Había en Zapata un ser pacífico; en ocasiones llevando el pacifismo al estado de la indolencia.

Consideraba Zapata, observando el desarrollo político y guerrero que guiaba y conmovía al país, que la guerra entre Carranza y Villa agotaría las fuerzas populares, políticas y económicas de ambas facciones y que, con lo mismo, si el zapatismo sabía acumular y conservar energías ora de orden civil, ora de orden guerrero, automáticamente podía quedar en un lugar privilegiado y dominante de la República, de manera que irremediablemente acariciaría el triunfo o haría el triunfo por sí solo.

La idea, aunque idealizada, no dejaba de tener un fundamento de racionalidad. Sin embargo, el análisis era tan primitivo, que si al mismo se asociaba la ignorancia de Zapata, sería fácil comprender por qué el zapatismo estaba derrotado de antemano. Quizás se hubiese salvado de una derrota si Zapata, usando de su genio previsor que le hacía entender lo factible de un triunfo para el tercer partido, toma un camino más definido y eficaz que el de una espera sosegada y providencial.

No fue así. No podía ser así, dado el carácter de hurañez y desconfianza que siempre acompañó al zapatismo. Sin embargo, tal contención serviría para que el pequeño círculo político de Cuernavaca que se movía en torno a la Convención, al coronel González Garza, al zapatismo y al propio Zapata, se convirtiese, sin medios de difu-

sión y dentro de circunstancias y circunferencias, en un manantial de ideas; ideas que si no nutrieron a la República se debió al poder abrasador que en esos días que recorremos estuvo manifiesto en los triunfos del general Obregón. En los triunfos del carrancismo, puede decirse con mayor precisión.

Ahora bien: dentro de ese teatro cuernavaquense que tenemos a la vista, no serían conjugadas las ideas del general Zapata, puesto que éste sólo poseía una imagen de la tierra repartible, de la enemistad hacia la mayordomía de las haciendas y de los créditos destinados al progreso agrícola. Pero si no las ideas de Zapata, sí iban a dilatarse las ideas del zapatismo —de un zapatismo más allá de Zapata— producidas en medio de un clima político febricitante.

La publicidad, no sería parte de tal acontecimiento, a pesar de lo escueto de la lucha por el poder público, que reconvenía a los mexicanos a buscar un lubricante ideológico al limar de metales brutos, necesarios a la guerra y los guerreros.

Para el desarrollo de las ideas que se manifestaban en el seno de la Convención realmente no existía más que un escenario —el escenario de la tierra y de las pobrezas humanas de tal tierra. Esto no obstante, con ser único, tal escenario era pródigo.

Allí, en el suelo de Morelos, hasta los días anteriores a la Revolución, campeaban la iniciativa y el dinero de los grandes señores. Españoles, los más; mexicanos, los menos; pero de todas maneras grandes señores en el cuadro de la producción agrícola y en el estrado político morelense.

La hacienda en Morelos, ya hecha ingenio azucarero, ya representada en cultivos de arroz, constituía el ejemplo, con sus mayordomos españoles, sus peones acasillados, sus sistemas de préstamos a los jornaleros, sus métodos de venta a los trabajadores y labriegos, sus accesos y conexiones con el régimen porfirista, su fuerza al través de las guardias rurales, su poder en la aplicación popular de la idea de Dios y sus libertades hacia la función catequista de los curas de almas

quienes habían sembrado con el consuelo de su religión el orden y la abnegación entre los peones y aparceros, jornaleros y labriegos; la hacienda en Morelos, se dice, constituía el ejemplo magnífico y práctico de lo que era y significaba la finca de campo en la nación mexicana.

Tanta fuerza económica, social y jurídica poseyó la hacienda en Morelos, que vivía independizada del régimen bancario mexicano. Los créditos de la Caja de Préstamos eran secundarios para el crédito central y general que poseía la hacienda. El sistema de refacción financiera y de venta de la producción se llevaba a cabo al través de una organización específica de carácter conservador y con todos los tintes de lo privado, a la que se llamaba Pimentel Fagoaga.

A las haciendas en el estado de Morelos, se les daba un valor de 114 millones de pesos oro, que sobrepasaba el valor total de las 75 principales haciendas del estado de Puebla donde había fincas tan ricas como las de Octaviano Couttolenc, establecidas en Aljoyuca, valuadas en 2.5 millones de pesos oro; a las de Antonio Couttolenc, dentro de la jurisdicción de Tlachichuca, consideradas con un valor de 2 millones de pesos; a las de Soledad Caballero de Olmos, en la región de Atzitzintla, calculadas, dadas sus riquezas, en millón y medio de pesos oro.

Morelos, pues, representaba, no sólo la promoción agrícola más rica e importante del país, sino también el conglomerado rural más homogéneo de México, de manera que la Convención estaba establecida, durante el segundo mes de 1915, dentro de un ambiente exclusivo y predominantemente rural. De aquí, el poder que tenía la sola palabra *libertad*; y por esto, el Ejército del sur se llamaba Libertador. Libertador quería decir, para aquella gente, emancipado, independiente, dueño de sí mismo. Tenía de esa suerte, el zapatismo, todos los alicientes de la libertad individual y con lo mismo, muy a menudo hacía omisión del principio de autoridad.

Dentro de ese ambiente, e inspirados por el anarquismo de Pedro Kropotkin, los adalides de la Convención presentaron un dic-



El ejército libertador del sur, de Emiliano Zapata

tamen, aprobado casi unánimemente, en el cual plantaban el árbol de la libertad irrestricta del individuo. He aquí lo que decía ese documento de valor universal: "La tierra es de todos; en consecuencia, los terrenos que forman el territorio nacional quedan fuera del comercio de los hombres, y sus habitantes podrán explotarlos libremente y aprovecharse de sus productos... Esta prerrogativa es inalienable, y, por lo mismo, ni los particulares, ni las autoridades del país podrán entorpecerlo o estorbarla... Esta resolución se declara de carácter social, por lo que no podrá ser derogada por ley alguna posterior".

Hecha la tierra de todos. Legislada una condición imprescriptible e inmutable sobre el derecho humano de la propiedad rural y excluida la autoridad de tal comunidad, el Estado perdía su jurisdicción administrativa y política en los asuntos del agro. La clase rural de México adquirió con lo mismo una autonomía que estaba cerca de alcanzar el estadio de una soberanía.

Mas en seguida de tal acontecimiento, las más disímolas ideas llenaron con sus manifestaciones el teatro de Cuernavaca, apenas alumbrado, en su interior físico, por "una media docena de lámparas eléctricas". La oscuridad en tal recinto, sin embargo, no fue obstáculo para las proliferaciones doctrinales; porque si respecto a las ideas no hubo una clasificación científica, no faltó para las mismas una clasificación popular.

Fue por tanto, que muy a menudo, durante los debates, repugnó entre los delegados la idea del Estado; y aunque sin expresión precisa, dada la rusticidad de la asamblea, quizás por vez primera en el mundo, se planteó la semejanza entre el orden político y el orden administrativo. La asamblea trató, en efecto, de limitar la autoridad política; mas no inquirió ni dictaminó sobre la autoridad administrativa. El régimen presidencial quedó elevado por los convencionistas a los términos odiosos de una dictadura. El sistema presidencialista fue identificado con la tiranía o el gobierno personal; y la Conven-

ción votó a la supresión del presidencialismo, para en seguida aprobar, por unanimidad, el establecimiento del régimen parlamentario.

La mayoría de los delegados ignoraba en qué consistía tal régimen; pero lo aceptó por suponer que con ello, los presidentes de la República no podrán ser absolutos como lo había sido el general Porfirio Díaz.

Para llegar a esta conclusión, no fueron examinadas las tradiciones, ni se hizo ejemplar la vida política de México, ni se consideró que un pueblo rural no puede ejercer la democracia electoral. Lo que desearon, sin expresarlo, fue el orden social. Los proyectos novedosos, por el solo hecho de garantizar o de considerar que podían garantizar la libertad, merecieron la aprobación por unanimidad.

De esta suerte, las ideas de reformar al país; de dar una nueva manera de vivir a los mexicanos, agigantan a los delegados; y todos comprenden la necesidad de concertar un programa de México. No conocen la geografía del país; ignoran la historia; son ajenos a su verdadera mentalidad; la rusticidad y la imaginación se embrollan fácilmente; y con todo, el espíritu creador se vuelve y se revuelve sin método ni consideraciones propias.

Ahora, siguiendo tal camino, los convencionistas aprueban, “por aclamación”, la restitución de aguas y ejidos a los pueblos. Después, la fundación de bancos agrícolas y de escuelas agrícolas regionales, y rozan los problemas de la minería. Hay necesidad, advierten, de anular numerosas concesiones mineras; pero como no saben proceder ni entienden en qué consiste una concesión para las explotaciones de minas, optan por hacer un alto en la materia. Dejan también pendiente la idea de nacionalizar el subsuelo; porque, ¿qué sucedería, de realizarse tal nacionalización, a las concesiones petroleras otorgadas por gobiernos anteriores?

Una interrogación más surge en la mente de los assembleístas; y es la que se refiere a cómo implantar el régimen parlamentario; cómo iniciar el orden social y qué hacer para restablecer la paz,

mientras no exista el orden jurídico. En medio del desdén hacia el Estado, los convencionistas se habían olvidado de la Constitución y de la aplicación constitucional; y era indispensable resolver tal problema. Así, la Convención determinó que la República debería volver a la constitucionalidad el 1 de enero de 1916.

Sin quererlo, aunque separándole del orden social, los convencionistas admitieron que no era posible vivir fuera del orden político; pero, eso sí, trataron de restringir tal orden; y, al objeto, acordaron suprimir la vicepresidencia de la República y las jefaturas políticas. Dieron, en cambio, a la Suprema Corte de Justicia la facultad para intervenir, en última instancia, en los resultados electorales. Aprobaron, en seguida, el voto directo, la efectividad del sufragio, la autonomía de los municipios; y aunque sin llegar a una conclusión, los convencionistas hablaron sobre la personalidad jurídica de los sindicatos y el derecho de huelga, las indemnizaciones en los accidentes del trabajo, las pensiones de retiro obrero, las jornadas de trabajo, las reformas a los códigos penal y civil, los métodos pedagógicos de la educación laica, la reorganización del Ejército, la independencia del Poder Judicial, la protección a los hijos naturales y la “emancipación de la mujer”.

¡Qué de ideas; en ocasiones, qué de dislates! Mas, ¿qué milagro se realizó, para aquella gente que se sintió iluminada de la noche a la mañana? ¿Qué ha sucedido en el sur de México, donde la ignorancia y la pobreza atrofiaban las almas y los pensamientos? El fenómeno resultaría inexplicable si no se admitiese, como documento incuestionable, la transformación que produjo la Revolución dentro de la masa rural de México. Y se dice transformación, porque uno de los principales afanes de los convencionistas fue el de intentar “componer” el país para beneficio de todos los mexicanos. Así, lo que ocurría en tales días, formaba en una devoción revolucionaria; en un deseo de servir a la patria; en una ensoñación de progreso; en una libertad humana.

Y eran los zapatistas, guiados por los semiilustrados de la Ciudad de México que se han unido a sus filas, quienes dominan en la asamblea. Los villistas apenas respiran, y a menudo son objeto de las burlas que les hacen los surianos; y esto a pesar de que el villismo, además del presidente provisional de la República convencionista, está representado por una docena de delegados que preside, con mucho honor, valor y talento, el coronel Federico Cervantes.

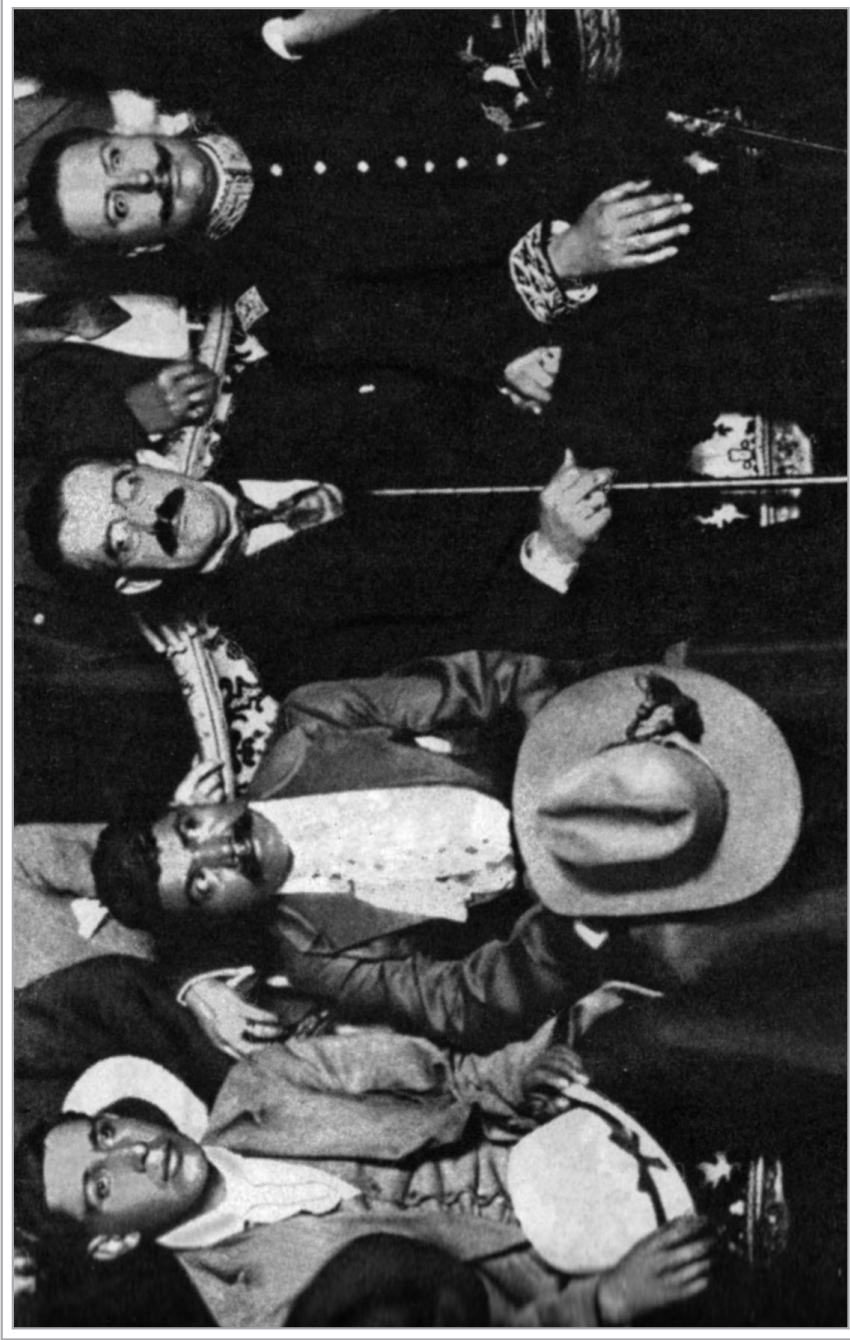
Mas el villismo, no obstante su fuerza militar, ya no es imperio de guerra y hazañas dentro de la Convención. Ésta se encuentra entregada a las esperanzas de un bienestar social. Otros, pues, muy desemejantes a los propósitos del villismo, son los planes de los zapatistas; pues en ocasiones, éstos se sienten capaces de rozar el cielo bienaventurado con el soplo de sus palabras o la energética de sus designios. Los delegados de Zapata parecen, por momentos, hombres de futuras edades. Antonio Díaz Soto y Gama, se ha declarado anarquista. Rafael Pérez Taylor, trata de ser a semejanza de los jacobinos. El general Santiago Orozco es el paladín de la "libertad íntegra". Luis Méndez es el procurador del movimiento obrero. Otilio Montaño, el autor del Plan de Ayala, sólo cree en la tierra; porque el hombre del barro vino y en barro se convertirá". Además el suelo lo da todo: alimentación, vestido, techo y bienestar. Heriberto Frías, el novelista, ha olvidado la ficción, y ahora sólo trata de probar que el pueblo de México está apto para instaurar la pureza democrática. El ingeniero Santiago González Cordero, pretende, como salvación de México, que la propiedad urbana se convierta en propiedad nacional, administrada por el Banco del Estado.

Y también, el propio González Cordero, se pregunta por qué no entregar a la nación, los bancos, las minas, las negociaciones mercantiles y las industrias de todos los géneros.

No se hallan, al través de los debates, vocablos específicos capaces de determinar las nuevas instituciones que, en medio de aquel concurso ilusivo que es la asamblea convencionista, trazan los hom-

bres. Y no los hay, porque así como no habla precisamente de socialismo, tampoco se le da nombre a la doctrina que parece esplender de la asamblea. Quizás la única palabra partidista que escuchan los convencionistas es la palabra anarquía. Y esto se debe a que hablar de anarquía, esto es, de no gobierno, equivale a construir el baluarte preciso e inimitable de la libertad; y la lucha de México —la gran lucha de la Revolución— era la lucha por la libertad. Sobre todas las cosas, la masa rústica que corresponde al zapatismo ama intensamente la libertad. Es ésta, la esencia de sus principios. Lo demás constituye las partes accesorias. El disfrute de cuanto ha discutido y aprobado la Convención es la plenitud de la libertad. Por lo tanto, es muy común que los zapatistas se llamen libertarios. A lo mismo se debe que el lema del zapatismo sea a partir de 1915: reforma, libertad, justicia y ley.

Las ideas, pues, aunque carecen de apellido, inquietan a la Convención; inquietan asimismo al zapatismo. Quizás los únicos, que ante tal movimiento del espíritu creador, despierto casi mágicamente en el seno de los labriegos y jornaleros surianos, permanecen insensible e impávidos, sin hacer planes de guerra, sin pretender intervenir en los negocios políticos, sin creer, en fin, en el orden político, son los generales zapatistas. Éstos gustan más del vivaque, de la aventura, de la escaramuza o del *venadeo*. Pertenecen a una especie de cofradía a la que llaman *La compañía*; y creen que corresponder a la compañía, tiene mayor validez que pensar, discutir, proyectar; y como se dedican al ocio, a las suposiciones y a la intriga, no dejan de enviscar a la gente o de provocar reyertas. Figura entre la primera línea de estos especímenes el general Manuel Palafox; ahora que hay otros generales como Genovevo de la O, Francisco V. Pacheco, Everardo González, Amador Salazar y Valentín Reyes, que a pesar de su rusticidad y su poco apego a los debates del convencionismo, no abandonan sus puestos de vigilancia; pues saben que los generales carrancistas se preparan para atacar a Villa y Zapata.



Genovevo de la O entre Pablo González y Jacinto B. Treviño

Éste, vive lejos, de acuerdo con su propósito de ausentar su autoridad de caudillo, del seno de las discusiones convencionistas, del centro de las ideas. Ni su presencia, ni sus opiniones, ni sus lugartenientes pesan en el seno de la asamblea; mas no por esto deja de ser el caudillo a quien todos respetan no tanto por su capacidad, cuanto por su perseverancia; porque Zapata es la carne y sangre de la perseverancia mexicana.

De su cuartel general establecido en Tlaltizapán, Zapata va a Jonacatepec, o a Cuautla, o se acerca a bordo de su carro dormitorio a Chalco; y esto lo hace calladamente, sin movimiento de tropa, sin alardes de valor. Casi siempre le acompaña uno de sus principales confidentes: el general Gildardo Magaña, en quien seguramente admira la lealtad y el desinterés. Principalmente el desinterés; porque Zapata es de los hombres que creen que el individuo debe hacer omisión de su porvenir.

Quizás Zapata gusta mucho de la soledad. Hay en él un poco de melancolía y de ascetismo. Es a semejanza de sus soldados: huraño, tranquilo, generoso y enfermizo. Lleva en su cuerpo lo enclenque que agobia a la gente del sur de México. A Zapata, para unirse a la Revolución, no le inspiró, como a Villa, el alma de la aventura y de la pelea. Zapata fue un inspirado de la pobreza —de la pobreza propia y de la pobreza de sus semejantes. Hállase en él un redentorismo, que no es político, ni agrario, ni constitucional: es un redentorismo humano, sin tesis, sino llanamente humano; de ese redentorismo que se funda en creer que es posible hacer el bien al semejante; y del bien al semejante dentro de un criterio rústico que dominaba, centímetro a centímetro, la vida y la historia de Zapata.

LA GUERRA CIVIL EN YUCATÁN

Desde que resolvió establecer en Veracruz la ciudad capitana del partido de la Revolución que acaudillaba, de acuerdo con el Plan de

Guadalupe y con el consenso de muy importantes agrupamientos de “ciudadanos armados” y civiles, el Primer Jefe Venustiano Carranza, consideró la necesidad de que sus ejércitos ocuparan no sólo los puntos estratégicos que se ofrecían en el territorio nacional para defender la causa constitucionalista de las amenazas del villismo, sino también aquellos lugares o regiones que, por sus riquezas naturales, estaban llamadas a proporcionarle los medios económicos para los gastos de la campaña y administración del carrancismo.

Así, como aparte de la importancia que tenía la fuente de abastecimientos que era la región carbonífera de Coahuila, existían otras dos fuentes que podían ser de primera magnitud en lo que respecta a ingresos económicos —fuentes acrecentadas en poder y sobre todo en desarrollo de poder, como consecuencia de la guerra europea—, y Carranza se dispuso a tomar posesión de tales fuentes. Una de éstas, era la conexiva a la producción petrolera. La otra, estaba relacionada con la producción del henequén.

De aquí, pues, que Carranza dirigiera sus miras, desde el momento en que resolvió trasladarse a Veracruz para instalar allí su gobierno, a la ocupación total de Yucatán y Tamaulipas.

Para esto último comisionó al general Pablo González, con una parte del cuerpo de ejército del noreste y con la gente reclutada en las Huastecas y en el norte de Nuevo León y Tamaulipas. Por lo que respecta a la península yucatanense dio función al general Toribio V. de los Santos, aprovechándose el Primer Jefe de la renuncia del gobernador de Yucatán, Eleuterio Ávila, quien corto de genio y circundado por los enemigos de la Revolución, había preferido dejar el empleo a hacer frente a la contrarrevolución preparada silenciosa y hábilmente por los ricos yucatanenses, que se sentían amenazados por las prédicas revolucionarias, que ponían en tela de juicio el derecho de propiedad de los antiguos terratenientes favoritos del porfirismo.

De los Santos, sin embargo, no tenía más capacidad que su predecesor; pues apenas tomó en sus manos las riendas del gobierno

de Yucatán (28 de enero de 1915), advirtió que le era imposible evitar la contrarrevolución que se incubaba en el estado; y que, a poco, dirigida por el coronel irregular Abel Ortiz Argumedo, estalló en Mérida, el 9 de febrero; contrarrevolución que aparte del beneplácito de la gente rica de Yucatán, tenía el apoyo del general Arturo Garalazo, jefe de las fuerzas militares en el territorio de Quintana Roo, de manera que con los sucesos de este territorio unidos a los de Mérida, la península yucatanense quedó perdida para el partido constitucionalista de Carranza.

Éste, preocupado profundamente por tales acontecimientos, que no sólo dañaban los intereses políticos de la Revolución, sino principalmente una de las fuentes primeras que necesitaba para acrecentar los ingresos de su gobierno, mandó que el general Salvador Alvarado tomara el mando de las fuerzas destinadas a rescatar la península.

Alvarado, que a la sazón era el jefe carrancista comisionado para vigilar la vía férrea del Mexicano, con mucha prontitud procedió a organizar su tropa, pudiendo reunir 700 hombres que, armados y municionados con muchas dificultades, se hicieron a la mar, para desembarcar en Campeche donde Alvarado estableció su cuartel general.

Mucha diligencia demostró Alvarado para organizar la expedición que desembarcó el 2 de marzo; y desde luego ordenó que sus fuerzas se pusieran en marcha hacia Mérida.

No menos emprendedor que Alvarado era el coronel Argumedo, quien al tener noticias de la expedición que organizaba Alvarado empezó a reclutar gente hasta reunir 4 mil hombres, entre soldados regulares y voluntarios; y aunque mucha era la cortedad de sus recursos económicos y de su material bélico, con señalada audacia avanzó hacia Campeche con el propósito de detener el paso de las fuerzas de Alvarado.

Mas éste, hombre de despierta inteligencia, de sin igual actividad y de firmes resoluciones, cualidades a las que asociaba la osadía y



General Salvador Alvarado

reflexión, lejos de amedrentarse ante la superioridad numérica del enemigo, cobró bríos y sin esperar los refuerzos que le había ofrecido Carranza se dispuso a salir al encuentro de Argumedo.

Alvarado, además de sus aptitudes de guerrero organizado, era individuo de principios políticos y poseía no sólo los tintes, sino la efectividad, de una mediana ilustración. Tenía, por otra parte, un poco común espíritu de justicia, que en ocasiones lo ejercitaba sobre sus exaltadas pasiones. Como persona de ideas propias, no era subordinado incondicional ni hacía amistades pasajeras. De esto se originaba el hecho de que tanto su nombre como su inagotable laboriosidad civil y guerrera contrariaban fuerte y seriamente al general Obregón. Y tanto se había hincado en Obregón el desprecio hacia Alvarado, que al tener noticias de que éste estaba nombrado comandante de las operaciones militares en Yucatán, no pudo reprimir su disgusto y acusó a Alvarado de hacerse acompañar por una "bola de pícaros".

Nada, sin embargo, arredró a Alvarado, a quien Carranza apremiaba a fin de que la campaña militar en Yucatán se llevara a cabo con prontitud y decisión.

Ésta exigencia que Carranza hacía no se debía únicamente a la necesidad de ocupar política y militarmente la península yucatanense. Tal exigencia era también producto de los requerimientos de John R. Silliman, agente del gobierno de Estados Unidos ante la Primera Jefatura. Silliman, en efecto, como comisionado norteamericano y representante de las más poderosas casas importadoras de Nueva Orleans, pedía, con mucha urgencia, que el puerto de Progreso, donde estaban almacenados muchos miles de pacas de henequén, quedase abierto al tráfico marítimo a fin de que los compradores de la fibra yucatanense no resultaran perjudicados.

Alvarado, pues, apenas desembarcó en Campeche, y trató de probar al Primer Jefe cuales eran sus aptitudes de político y hombre de guerra; y al tiempo que ordenaba el avance sobre las huestes de



John R. Silliman (a la izquierda) agente del gobierno de Estados Unidos ante la Primera Jefatura

Ortiz Argumedo, dirigió una proclama, casi con aires fraternales, a los yucatanenses. Todavía no había en Alvarado un sentido político, por lo cual sólo veía el lado persuasivo de los negocios de gobierno; y quiso hacer convenir a los yucatanenses que su Ejército —su pequeño ejército— no avanzaba en pos de triunfos militares, sino en afanes de civilización y progreso.

Todo esto, si no convence a la gente de Yucatán, cuando menos da ánimo a los soldados revolucionarios quienes en seguida de hacer sentir a Ortiz Argumedo, la primera derrota en Blanca Flor, avanzan con mayor decisión al segundo encuentro en Poeboc; y como de aquí se retiran los argumedistas, las fuerzas de Alvarado llegan a Halacho, hacen un buen número de prisioneros, ponen en desbandada a los contrarrevolucionarios, y como entre los capturados hay un centenar de jóvenes de la mejor sociedad emeritense y los revolucionarios quieren fusilarlos, Alvarado llega a tiempo para perdonarles la vida.

Así, sin muchas penas ni dificultades, el general Alvarado entra triunfalmente a Mérida, el 19 de marzo (1915), mientras que Ortiz Argumedo huye, llevándose todos los fondos de que puede disponer a Estados Unidos.

Y en tanto Ortiz Argumedo emprende la fuga, el caos reina en el estado; y las cajas de la Tesorería de Alvarado están exhaustas de fondos; y los ricos yucatanenses huyen en todas direcciones, temerosos de las represalias, y el precio del henequén sufre una baja hasta llegar a tres dólares con 62 centavos el valor de once y medio kilogramos de fibra; y mientras que todo eso acontece en el suelo de Yucatán, como consecuencia de la guerra, los mercaderes norteamericanos, aprovechándose de la confusión, tratan de llevarse el henequén almacenado en Progreso. Mas Alvarado les detiene.

Éste, a esas horas tan dramáticas, surge como gobernante. Da en primer lugar todas las órdenes conducentes a garantizar la paz y seguridad en el estado. Decreta la pena de muerte para los salteadores

y ladrones. Manda a quienes posean armas, las entreguen sin demora a las autoridades militares. Lleva a cabo, mediante un decreto, la incautación de los inmuebles propiedad de los ricos “enemigos de la Revolución”. Establece oficinas militares en el palacio episcopal; y en seguida, ordena que tal palacio se convierta en edificio civil destinado al ensanche de la escuela Normal. Después, con ironía y desdén, dice al obispo de Mérida, cuando éste reclama la propiedad del palacio confiscado, que el prelado, para fundar su reclamación, debe presentar previamente las escrituras públicas que le acrediten como dueño del inmueble.

Alvarado, de relámpago intensísimo del optimismo, se convierte en luz y novedad, en inquietud y laboriosidad; y trata de conmover a los yucatanenses acostumbrados a la rutina, al orden y estabilidad de su vida e instituciones. La gente cree, por de pronto, que el jefe revolucionario es una amenaza para el sosiego, para los negocios, para la propiedad, para las libertades, para la ley. Nadie se siente seguro de sí mismo ni seguro del gobierno. Parece como si un cataclismo estuviese sacudiendo la península.

Los ricos tratan de huir de su solar nativo; y este deseo se acrecienta conforme va aumentando la voz de alarma que llega a Yucatán procedente de Cuba y Estados Unidos. Alvarado, de acuerdo con el alarmismo es un foragido, que ha causado la ruina de la península; que trata de extinguir el pasado y establecer un mundo nuevo al que sólo podrán tener acceso los alvaradistas. Y como la voz exagerada crece más y más, el gobierno de Cuba manda un barco a Progreso para recoger a los cubanos que anden en pena y quieran salvarse. Sin embargo, en Yucatán sólo hay cinco ciudadanos de Cuba que piden asilo a su nave; ahora que ésta es aprovechada por los yucatanenses que temen los ímpetus innovadores de Alvarado.

El general hace omisión de lo que se dice; pues como sabe lo que hace, no corresponde al reino de los arrepentidos. Posee una

vastísima imaginación a la cual une la mediana ilustración de la que ya se ha hablado; pero lo medianamente suficiente para saberla dirigir.

Trae, eso sí, dentro de sí propio, una mira principal; pero mientras la pone en práctica, viaja por el estado; quiere tratar personal y directamente con los yucatanenses; visita como observador y estudiante, los grupos rurales, las haciendas, las rancherías; y al mes siguiente de su llegada a Mérida —en un solo mes— produce una legislación social.

Para emprender la tarea que se ha propuesto, pone de manifiesto, en todos los tonos, que los revolucionarios no son “bandidos”. Aman —aclara— el progreso y quieren realizar reformas políticas prácticas y de beneficio común. Quieren asimismo —advierte—, proteger a las clases más pobres; a las clases rurales que han sufrido las desgracias de los tiempos, de los gobernantes, de las leyes, de la desorganización comunal.

Después de tales notificaciones, que anticipan un programa que medita, el general Alvarado, decreta la supresión de la servidumbre doméstica sin retribución, porque las familias acomodadas han tenido la costumbre de recoger a niños y niñas a quienes dan alimentos y vestidos a cambio de trabajo gratuito. En seguida, Alvarado prohíbe el arraigo de los trabajadores en las haciendas, y por lo mismo desconoce las tutelas y curatelas, y ordena que las autoridades civiles procedan a la revisión de las cuentas de pupilos que han sido parte de un gran escenario dentro del cual los hombres y mujeres laboran sin salario y sin derecho a cambiar de amos.

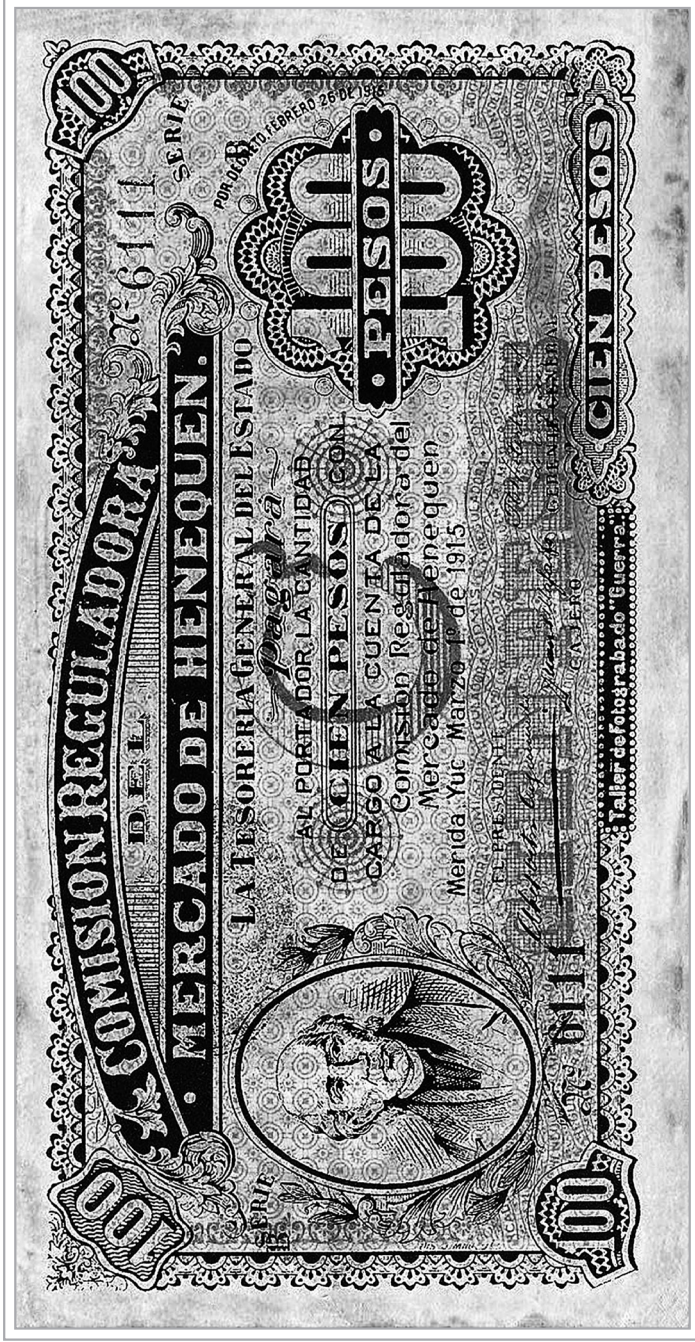
Alvarado trabaja incansablemente. Ahora censura a los grandes terratenientes, sobre todo a Avelino Montes; y como dice querer resolver totalmente los problemas del agro, pide a los yucatanenses que opinen con libertad y franqueza sobre tal materia. Pretende así realizar una forma plebiscitaria, mas esto “no para ver si se puede hacer”, sino a fin de determinar “cómo se puede hacer”.

Y por esto, pronto a proceder en favor de los peones pone fuera de la ley a los amos de haciendas que no cumplan los decretos oficiales; y como tiene noticias de que la Escuela Correccional de Mérida ha sido almacén del peonaje, manda que tal establecimiento quede clausurado.

El comandante y gobernador de Yucatán, en medio de tantas disposiciones parece —aunque sólo parece— un torbellino; y así marcha al punto central de su misión. Al efecto, convierte a la Reguladora del Mercado de Henequén, en una dependencia oficial, y obliga a los productores de fibra a ser correspondientes de la misma; y por lo tanto, logra que el 90 por ciento de tales productores queden como miembros de la Reguladora; y afianzada esta situación, da un golpe único y certero a los especuladores norteamericanos que monopolizaban las compras henequeneras.

Así, la Reguladora, excluyendo a las compañías International y Plymouth, poderosas empresas extranjeras, que se habían apoderado del mercado mundial del henequén, queda dueña de la fibra yucatanense; y con lo mismo, empieza a operar como institución mexicana, y en sólo seis meses del 1915, hace operaciones de compra, venta y cambio de henequén por valor de 4 millones de dólares. Con esto, la riqueza de Yucatán consolida el triunfo del carrancismo; de la Revolución, también. Sin ese gran auxilio económico que proporcionó Yucatán con su henequén, quizás se hunde el constitucionalismo; quizás la victoria en la guerra civil habría sido del partido villista; porque todo lo que en dólares vendía la Reguladora servía, automáticamente, para pagar a los fabricantes norteamericanos, lo que éstos entregaban en armas y municiones a las fuerzas constitucionalistas.

Mas dejando a su parte el poder que en dinero daba Alvarado, en su función de gobernante, a la causa del constitucionalismo, lo cierto es que el gobernador de Yucatán no seguía con sus decretos y acciones un plan preciso. La voluntad de Alvarado, aunque



Billete emitido por el general Abel Ortiz Argumedo en 1915

excepcional, no poseía la capacidad necesaria para construir un edificio social. Desconocía las ideas universales, y sin tiempo para discernir las de México, sólo era un intuitivo, alimentado por un inmensurable y fantástico entusiasmo que le hacía transformar mentalmente la pobreza en riqueza; pues todo, para él, era un México maravilloso. “Si se recorre nuestro territorio (decía) no se encontrará que no hay un solo estado que no posea riquezas incalculables. Nuestro privilegiado país todo lo produce, todo lo encierra. Tenemos ríos caudalosos y frondosos bosques; oro, plata, cobre, hierro, cinc, estaño, plomo, plumbagina, mármol, ónix y muchos otros metales y piedras de valor; maderas preciosas, frutos variadísimos, plantas medicinales, pastos, fibra y mil productos más”, México, agregaba Alvarado, conducido por un extravagante optimismo era un nuevo “El Dorado”.

A crear dentro de sí mismo ese cuadro fabuloso, tan ajeno a la Revolución Industrial y al poder imperial que daban al mundo el acero y el cemento; a crear ese cuadro fabuloso, influía en Alvarado la lectura de un modesto periodista escocés: Samuel Smiles, quien a pesar de la escasez de pensamientos y cortedad de vocabulario, tenía atada la mente de Alvarado a un optimismo pueril y romántico; y eran cómplices de los ensueños del jefe revolucionario, el poeta Antonio Médez Bolio y el ingeniero Modesto C. Rolland; aquél, dando vuelo a una prosa poemática que Alvarado suscribía con deleite y como si tuviera todas las propiedades de su mentalidad personal; éste, incitándole al proyectismo fantástico, al grado que Alvarado se dijo estar inspirado por los antiguos mayas, para hacer de la península yucatanense la verdadera tierra de promisión.

En ese tren, que conducía Alvarado con muchos vapores y prisas, el propio Alvarado retrataba al revolucionario mexicano como un “tipo de la vieja caballería”, o un “Bayardo sin tacha”, capaz de realizar las más grandes hazañas que contemplaran los siglos. Pero, en el fondo, ¿no todo aquello representaba la pureza de la vo-

cación creadora de la Revolución? ¿No acaso era Alvarado uno de esos hombres que, salido de las filas anónimas, se elevaba sobre sus propios pies, para significar así cuán grande y esplendente era el talento mexicano que había permanecido oculto bajo los pliegues de un régimen que, como porfirista, no creía en lo mexicano y consideraba indispensable el auxilio extranjero para la prosperidad de México?

Tantas, en efecto, eran las ideas que acudían al genio de Alvarado que éste, sin tener la menor idea pedagógica, trata de reformar la enseñanza primaria y la educación superior; y como no sabe de dónde partir ni cómo empezar, se dirige al mundo escolar; a los maestros de escuela, principalmente. Lleva a cabo, de esa manera, una encuesta sobre métodos pedagógicos; pero como quiere ocultar su ignorancia en la materia, da al inquirimiento el carácter de un acto plebiscitario. Anticipa, sin embargo, que para llevar las letras al pueblo, no se necesitan edificios suntuosos; "la sombra de un árbol puede ser escuela".

Y no son esas las únicas ocurrencias que se suscitan en torno a Alvarado; porque ¿se requieren nuevos textos escolares? ¿Hay necesidad de escuelas privadas u oficiales? Así, todo cuanto viene a la imaginación lo coge e imprime Alvarado, y por lo mismo manda que sea establecida la escuela rural, y que los estudiantes de educación superior estén representados en el Consejo de Educación Pública y, por último, anuncia que será establecida la República Escolar; y al caso, los niños estudiarán y aprenderán civismo práctico; elegirán sus diputados y senadores; también votarán a un presidente de la República Infantil.

Y cuando cree haber dado pasta y energía a la escuela, vuelve a la cuestión agraria. Ahora pretende resolverla mediante la repartición de ejidos. Cada ejido henequenero poseerá 10 hectáreas (250 *mecates*); pero si se trata de tierras sin cultivo, el ejido será de 25 hectáreas.

Mas todo esto y lo que se refiera a los problemas agrarios deberá estar supervisado por el gobierno. Alvarado no es socialista; pero cree en el poder del Estado. Es la antítesis del zapatismo. Le interesa el orden administrativo, pero sobre éste establece el orden político: la autoridad misma. Considera la necesidad de los gobiernos; y de los gobiernos fuertes. No tiránicos, sino fuertes.

Y como cree en el poder del Estado, funda la Comisión Reguladora del Comercio; e importa víveres; y fija precios a los comestibles; y reglamenta la forma de distribuirlos.

Creyente como es en la audacia, en los triunfos circunstanciales y en el sistema práctico de la autoridad, en un año, Alvarado expide 410 decretos. Cree haber hecho una nueva sociedad. No considera la aptitud para modelar la mentalidad humana; mas como no sólo se propone remediar los males políticos, económicos y sociales, sino también fía en enmendar los errores morales, decreta el estado seco y prohíbe las corridas de toros, porque éstas como "el coso romano, prostituyen y matan" (*sic*); y posiblemente con el auxilio literario de Médez Bolio, ha de decir que para el pueblo de Yucatán son preferibles al circo romano y a la crueldad del torero "las felices noches de Byron en Génova... las dulces veladas de Shakespeare... la música positiva de Wagner".

En medio de esa euforia que se produce en quien por vez primera, y sin formación previa, ha llegado al mando y gobierno de un pueblo, el general Alvarado no pasaba inadvertida la prosperidad económica de Yucatán, que no atribuía a las causas externas producidas por la guerra europea, sino al efecto de la legislación alvaradista; y así, engreído en su tarea y amando entrañablemente a los yucatanenses, consideró, en grado superlativo, el bien que él creía que el Estado era capaz de realizar.

Llegó de tal suerte el general Alvarado, en el 25 de diciembre (1915), al decreto número 410, por el cual convocaba a un Congreso femenino; y al vislumbrar la aurora de 1916, pudo estar seguro

de que, ya victorioso el carrancismo, y por lo mismo necesitado de auxilios económicos, el estado de Yucatán, con los recursos que le proporcionaba las ventas de henequén, estaría en posibilidad de comprar barcos y ferrocarriles, establecer bancos y empresas industriales. La cabeza de Alvarado era con todo esto, el magno espejo del espíritu creador que nació en México con la Revolución.

Otra guerra

LA OSADÍA DE OBREGÓN

La situación de las fuerzas carrancistas al mando del general Álvaro Obregón dentro de la Ciudad de México era, al empezar el mes de marzo (1915), muy difícil, no tanto por las condiciones económicas que prevalecían en la vieja capital, que graves y profundas mucho atenaceaban a la gente de la pobreza, cuanto debido a lo incierto que se presentaba lo porvenir, desde el punto de vista guerrero.

Para Obregón, se abría una grande interrogación respecto a los futuros movimientos de sus fuerzas; porque sin tener apoyo guerrero en el norte ni el oeste de la República, y asediado hacia el sur por las fuerzas armadas del zapatismo, cualquier movimiento que llevara a cabo al frente de sus tropas, iba a depender más de la suerte que de una táctica de guerra, por más hábil e inteligente que ésta fuese.

Aumentaba la intensidad de aquella situación de Obregón y de los soldados que estaban bajo sus órdenes, el invariable designio del Primer Jefe, de tener al general Obregón, no obstante que éste era el comandante en jefe de las operaciones militares en la República, bajo su mando directo y por lo mismo sin iniciativa, de manera que todos los movimientos de tropa tenían que ser consultados y resueltos por Carranza, debido a lo cual se perdía la independencia de acción y el deseo de hacer méritos en campaña.

El trance sufrido con Villa, y que iba a costar sangre y carne a la nación mexicana, servía ahora a Carranza de experiencia y de ad-

vertencia preliminar, para no dejar al general Obregón la libertad de iniciativa guerrera. Carranza, más que anteriormente, quería hacer efectiva su función de Primer Jefe del Ejército Constitucionalista; aunque sin apreciar los posibles campos de batalla, ni conocer la organización de los ejércitos en lucha, ni estar ligado al alma del soldado, ni hallarse en los frentes de batallas. Los propósitos de Carranza eran muy prudentes, pero de ninguna manera factibles. Mandar soldados desde un punto remoto; idealizar los movimientos y abastecimientos de las tropas; trazar planes sin el examen previo de las condiciones del suelo y las fuentes directas de los abastecimientos, no correspondía a la guerra emprendedora ni a los tiempos de la Revolución Mexicana. Creer en un orden político superior al orden guerrero, no estaba de acuerdo, en ningún sentido, con el poder de los caudillos ni de las armas.

Lejos, pues, de la cruda y efectiva realidad que exige la guerra, el Primer Jefe, conducido por una ingenuidad casi infantil y por el deseo de salvar al país del caudillaje, que era la amenaza de un siglo, no quiso desprenderse de su mando como jefe del Ejército Constitucionalista y sin restringir, pero tampoco dar facultades a Obregón, mandó a éste que desocupara la plaza de México y retrocediera a Veracruz. La orden del Primer Jefe era de aquellas que, al ser cumplida, tenía la capacidad de hacer o deshacer el constitucionalismo. No comprendía ni un solo problema de estrategia ni una sola garantía para el porvenir del constitucionalismo.

Aunque el general Obregón, humillado por el Primer Jefe cuando éste, con prudencia, pero a par con mucha firmeza, le reprochó su titubeante actitud frente a las decisiones de la Convención, trataba de ser grato al Primer Jefe, como también quería significar a éste, tantas veces como le fuese posible, la lealtad y respeto que le merecían las órdenes superiores, al enterarse del acuerdo de Carranza para que las fuerzas carrancistas abandonaran la Ciudad de México y retrocedieran a Veracruz, comprendió cuánta escasez de atributos

guerreros había en la mente y el alma de Carranza; y aunque estaba resuelto a no desobedecer las órdenes del Primer Jefe, pero tampoco a ejecutar aquellas que contrariaban las más accesorias disposiciones guerreras, creyó conveniente y necesario vetar en silencio las disposiciones militares de Carranza. Para ello había que obrar con inteligencia, sin dar a entender al Primer Jefe sus pocas o ningunas aptitudes para dirigir la guerra, y llevar acabo aparentemente las órdenes recibidas, a fin de realizar a las espaldas de tales órdenes, los planes previamente estudiados.

Tratando así de distraer a Carranza sin contrariarle, el general Obregón mandó establecer agencias de reclutamiento en Orizaba, Pachuca, Puebla, Tlaxcala y otros lugares, con la cual podía tener motivos para no abandonar desde luego la plaza de México; pues había para ello una causa principal: esperar lo más posible, los resultados del reclutamiento, con el objeto de fortalecer con las nuevas altas el cuerpo del Ejército de operaciones.

Y mientras que tenía cuenta y razón de los resultados del reclutamiento en los puntos dichos, el general Obregón nombró a Gerardo Murillo, persona de carácter emprendedor, teorizante del socialismo y organizador de un partido político proyectado por Carranza, pero inspirado en las ideas de las publicaciones norteamericanas *Appeal to Reason* y *The Call* para que, penetrando activa y eficazmente en los gremios obreros, atrajera a los líderes de la Casa del Obrero Mundial hacia la causa constitucionalista, pero no sólo como meros simpatizadores, sino como parte activa de la guerra; esto es, como soldados de la Revolución.

La Casa del Obrero Mundial que, como ya se ha dicho, había sido fundada por anarquistas españoles, no para servir a los intereses de partido político alguno o a fin de dar apoyo a determinada facción bélica, y por lo mismo estaba llamada a mantenerse al margen de las batallas en torno al poder público, había tenido una actitud gallarda desde su fundación, librando a los trabajadores del contagio de los

maniobres políticos, generalmente perniciosos tanto para la comunidad del trabajo de producción, como para el establecimiento del orden democrático.

Tan digna y encomiable actitud de la Casa del Obrero Mundial, había sido observada fácil y sagazmente por un caudillo inteligente y hábil como Obregón. Éste, al efecto, pronto tendió todas las redes posibles a fin de conquistar al grupo que dirigía la asociación anarquista, y en la que se hallaban jóvenes obreros y estudiantes universitarios de muchos bríos y capacidades.

Una de tales redes fue la de entregar a la Casa del Obrero, los edificios religiosos confiscados; también algún otro inmueble propiedad de la gente rica de México que se hallaba incautado; y esto, como es natural, mucho halagó a los anarquistas que desde ese momento creyeron que la revolución rural mexicana podía ser convertida en una revolución social, como si para ello, bastara el concurso armado de los trabajadores.

Entregados, pues, tales edificios a los sindicatos y grupos ácratas de la Casa del Obrero Mundial, los adalides del anarquismo que parecían incorruptibles y dispuestos a realizar por sí mismos sus propios designios, cayeron en el campo de las tentaciones. Así, la segunda parte de la adhesión de la Casa del Obrero al carrancismo, fue obra de la promesa de Obregón, primero; de la ambición despertada a los jóvenes líderes, por otra parte.

Además, como los centros de trabajo cerraban día a día sus puertas, los obreros, entregados a la desocupación, a la falta de alimentos, a las contingencias de la guerra, a las escasez monetarias y a la especulación que llevaban a cabo los *coyotes*, doblaron las manos, dieron vuelta a la primera página de sus originales pensamientos y se entregaron a los brazos de sus débiles, inexpertos y candorosos paladines. Así, los anarquistas españoles y mexicanos, enemigos del Estado, quedaron convertidos en dóciles instrumentos del carrancismo.

Al efecto, ya resueltos a que sus consocios llevarsen el rifle al hombro y sirviesen de soldados a un gobierno, que no tenía la menor compatibilidad con el programa por excelencia antiautoritario de la Casa del Obrero Mundial, los líderes del anarquismo, convencidos de que deberían servir bajo las banderas del constitucionalismo, marcharon a Veracruz a ponerse a las órdenes de Carranza.

Éste les recibió y trató con excesiva frialdad, reprochándoles que renegaran del principio de autoridad, que pretendiesen una asociación internacional apátrida; y todo esto como si la hermandad espiritual predicada por aquella gente intentara disolver la tradición de las culturas nacionales; ahora que la actitud del Primer Jefe era explicable. La ilustración de Carranza no propendía a ascender al estrado de la universalidad.

Escasas eran las ideas universales en el México de los días que recorreremos; pues dejando a su parte las aisladas voces y acciones del socialismo, ya organizado en el seno de la Casa del Obrero Mundial, ya errático en la asamblea de la Convención reunida en Cuernavaca, las voces sobre la redención de la pobreza, pero principalmente de la pobreza mundial, sólo podían ser escuchadas, con toda propiedad en las conversaciones públicas que daba el ingeniero norteamericano Arthur Brisbane, así como a través del vocabulario catequista del anarquismo kropotkiniano.

Incomprendidos los florilegios del socialismo por los jefes revolucionarios del norte y del noroeste, quienes llevaban la batuta de la guerra y la paz, era comprensible que Carranza no fácilmente aceptara la colaboración guerrera de la Casa del Obrero Mundial y que, por lo mismo, desconfiara de aquella audacia de Obregón al tratar de incorporar al proletariado urbano a las filas del Ejército Constitucionalista.

Ni siquiera vislumbraba Carranza, el efecto moral, social y militar que podría provocar en el país, pero sobre todo en el Distrito Federal, la movilización armada de los miembros de la agrupación



Ingeniero estadounidense Arthur Brisbane

anarquista, máxime que con su sola salida de la Ciudad de México dejaban paralizados los trabajos en fábricas y talleres, en detrimento notorio de villistas y zapatistas.

Y Carranza habría rehusado la colaboración militar de los obreros conquistados osada y hábilmente por el general Obregón a través de la inteligente tarea de Gerardo Murillo, si no es convencido por su ministro de gobernación, de la utilidad práctica que significaba para la Revolución dejar al Distrito Federal sin la clase manufacturera y ganar varios miles de voluntarios destinados al ejército que se preparaba para enfrentarse a las huestes del general Villa.

De esta suerte, el Primer Jefe aceptó que los obreros quedasen organizados y armados en batallones a los que se les dio el nombre de Batallones Rojos; y al caso, antes de que a los jóvenes adalides de la Casa del Obrero Mundial les temblara el pulso, Carranza mandó que fuese firmado (17 de febrero de 1915) un convenio, mediante el cual, los obreros que iban a ofrendar sus vidas por la causa del constitucionalismo recibirían, en recompensa, el reconocimiento jurídico de la organización obrera y el derecho de huelga; derechos que ya eran leyes en las naciones industriales.

Anterior a esta organización militar de los obreros, fue la llevada a cabo por el general Antonio I. Villarreal en la región carbonífera de Agujita y Rosita (Coahuila); pero en esta parte de México, los llamados Cuerpos Unionistas, no tuvieron más misión que la de defender sus propios centros de trabajo, para evitar la desocupación y la militarización.

Obregón, en cambio, soliviantando y estimulando el ánimo de los bisoños jefes revolucionarios de la Casa del Obrero Mundial, había ido más lejos que el general Villarreal; pues aparte de paralizar, con la salida de la gente destinada a los Batallones Rojos, la actividad fabril en el Distrito Federal, movilizó, para que le sirviera de vigilancia en la retaguardia de los planes de guerra que proyectaba desarrollar, a varios miles de nuevos soldados que si ignoraban el arte de la guerra,

era notorio que estaban ansiosos de medir sus armas con las del ejército villista.

Así, el 3 de marzo (1915), embarcaron en la Ciudad de México, con destino a Orizaba, 10 mil personas entre hombres, mujeres y niños. Tal era la contribución que la Casa del Obrero Mundial daba al constitucionalismo.

Llevaban los nuevos soldados y sus familias, no sólo su propio equipaje doméstico, sino también lo que habían podido sustraer del Colegio Josefino y de la Iglesia de Santa Brígida, la cual, en seguida de que los obreros tomaron lo que mejor quisieron, fue entregada a la multitud, para que ésta la entrara a saco.

Cuando esto sucedía, el general Álvaro Obregón tenía ya trazado y aprobado un plan para la campaña militar que iba a desarrollar; porque Obregón, teniendo noticias ciertas de los aprestos que llevaba a cabo el general Villa para reunir un gran ejército y marchar sobre la Ciudad de México, resolvió salir al encuentro de Villa; de todas las fuerzas de Villa si éstas le presentaban batalla, de manera que la guerra civil quedara epilogada en la cumbre.

Para el desarrollo de tal plan, el general Obregón, luego de tener informes precisos de sus agentes secretos, sobre el estado que guardaban las plazas ocupadas por los villistas en el centro de la República y acerca del número de soldados reunidos por el general Villa en Torreón, en donde estaba el centro de las operaciones del villismo; y en seguida de cerciorarse de los movimientos que los zapatistas pretendían llevar a cabo para asediar el Distrito Federal, y seguro, por último, de que los Batallones Rojos estarían listos para cuidar la retaguardia del Ejército de operaciones hacia mediados de abril, y de que el reclutamiento en Veracruz, Puebla e Hidalgo seguía prosperando, mandó que el coronel Eugenio Martínez, con 500 soldados de la región del Yaqui, avanzara, tratando de evitar un encuentro formal con el enemigo, a lo largo de la vía férrea de Central, con dirección de la plaza de Querétaro, Martínez, en su avance debería ser prote-

gido por un batallón de soldados recién reclutados; pues el 40 por ciento de éstos eran jóvenes preparatorianos y normalistas de las escuelas de Puebla y México.

Martínez inició su avance con mucho comedimento, al mismo tiempo que cuadrillas de trabajadores iban reparando el camino de hierro y las líneas telegráficas; y mientras esto acontecía, Obregón asistía a la concentración, en el Distrito Federal, de los hombres reclutados en Veracruz, Puebla, Tlaxcala, Hidalgo y México; y aunque estos soldados, eran bisoños en la guerra, tanta era la confianza que Obregón tenía en sí propio, en el orden que daba a sus tropas, en los efectos de su audacia y lo aguerrido de los veteranos del primitivo Cuerpo de ejército del noroeste, que no reparaba en la debilidad de sus fuerzas ni el compromiso que significaba quedar entre los soldados de Villa que avanzaban desde el norte y los de Zapata, que parecían dispuestos a movilizarse desde el sur, sobre los reductos de Obregón.

Mas, como entre los planes de Obregón figuraba la evacuación de la Ciudad de México, el general, en seguida de reunir 9 mil hombres, armados y municionados y con vestuario suficiente para una campaña de tres meses, dictó las primeras disposiciones para abandonar la plaza.

Al objeto de llevar a un resultado feliz la empresa que se proponía, el general Obregón fiaba, dejando a su parte las excepcionales aptitudes de su mando y la concurrencia de los veteranos guerreros de Sinaloa y Sonora, en el avance silencioso y firme que hacía el coronel Martínez, en el refuerzo de la gente armada que, según los informes que recibía, empezaba a desertar de las filas del villismo, y con la seguridad de que no tendría enemigo a su retaguardia, puesto que desdeñaba la acción guerrera del zapatismo y tenía confianza no sólo en los Batallones Rojos, sino también en la actividad y decisión del general Francisco Cos, comandante de las fuerzas carrancistas en el estado de Puebla, quien era individuo de mucho coraje.

Obregón, sobre todas las cosas, esperaba conocer los primeros resultados de la columna expedicionaria de Martínez, así es que al recibir (8 de marzo), la noticia de que Martínez había derrotado al enemigo en las cercanías de San Juan del Río y de que continuaba sobre la plaza de Querétaro, ordenó que desde luego se procediera a la evacuación de la Ciudad de México; evacuación que empezó el día 10.

La evacuación daba la idea de debilidad del carrancismo. Mas no era así. Obregón abandonaba la vieja capital resuelto a encontrar a Villa y darle batalla a donde el terreno ofreciera ventajas al carrancismo. Así, puesto en movimiento el grueso de las tropas constitucionalistas, Obregón entregó la vanguardia de sus fuerzas al general Fortunato Maycotte, quien con mucha rapidez y efectividad se situó en Cazadero, sobre el camino a Querétaro.

Mandó también el general Obregón, que la fábrica de armas que existía en la Ciudad de México fuese desmantelada y trasladada al puerto de Veracruz; que a los soldados que se hallaban enfermos o heridos en los hospitales del Distrito Federal se les condujese a Orizaba; que se organizaran varios convoyes con vagones destinados a talleres para la reparación de armamentos, con plataformas dispuestas a la transportación de la artillería, con carros especiales adaptados para hospitales y pagadurías y que, además, fuesen movilizados dos trenes con vituallas, de manera que tras de la columna expedicionaria marchara todo este equipo de guerra y previsión.

Determinó también Obregón, que otros trenes con materiales bélicos y de sanidad, quedaran concentrados en Pachuca, mientras los que fuesen necesarios, deberían conducir a la plaza de Veracruz a todos los civiles que desearan huir del villismo y zapatismo, pues en Veracruz, además de las garantías de orden, hallarían trabajo y medios para vivir.

Dispuso asimismo el general en jefe, que a los sacerdotes presos se les hiciera viajar, bajo vigilancia de los soldados constitucionalis-

tas, a la plaza de Pachuca, debiendo ser conducidos a tal lugar en vagones jaulas utilizados para el acarreo de ganado.

Hecho todo eso, ordenó que el general Cesáreo Castro, con mil hombres marchara hacia Toluca, destruyera la vía férrea y se concentrara en Cazadero; y que a la madrugada del 10 de marzo, todos los soldados constitucionalistas abandonaran simultáneamente sus cuarteles en el Distrito Federal, se dirigieran a Tlanepantla y allí embarcaran en trenes dispuestos al caso, dejando los mismos soldados sus caballos o mulas en el punto de embarque, para que los animales fuesen llevados por tierra a San Juan del Río, de manera que la columna central de operaciones pudiera realizar sus movimientos fácil y expeditamente.

Obregón estableció su cuartel general a bordo de un vagón dormitorio, y cuando estuvo seguro de que sus órdenes estaban cumplidas mandó que su tren especial fuese movilizado a Tula, primero; después, a Cazadero, procurando que a partir de Tula, la vía férrea quedase reparada y vigilada por columnas volantes que iban quedando en el camino. De esta manera, el general Obregón cuidaba de que el camino de hierro entre Tula y Veracruz estuviese al corriente a fin de servirse del mismo, para recibir los abastecimientos necesarios para la campaña. Ahora, pues, Obregón iba en busca del general Villa. Llevaba a la mano un plan bien meditado, pero excesivamente audaz.

LOS FRENTE DE COMBATE

Al iniciar el general Álvaro Obregón, al frente de un ejército improvisado, su avance hacia el centro de la República, los soldados villistas y carrancistas combatían o cuando menos escaramuceaban en los cuatro costados del país; ahora que tales luchas no obedecían a un plan general de guerra que hubiesen trazado el general Villa o el general Obregón. La lucha no tenía caracteres de general. Mas parecía

corresponder a encuentros fortuitos, en los cuales se disputaban pequeñas glorias los caudillos localistas, ya partidarios de una facción, ya de otra facción.

Carranza, no obstante su gran autoridad y sobre todo, la facilidad con que la ejercía como si hubiese nacido para mandar a los hombres, no tenía lo visionario que se requiere en un jefe de la guerra. Demasiado amaba Carranza, a pesar de la categoría que de jefe del Ejército le concedía el Plan de Guadalupe, las emociones políticas, de manera que no estaba en aptitud de subordinar éstas a las tantas disciplinas, noticias, anticipos, audacias y conocimiento del poder de las armas, que son cualidades requeridas para los problemas que a cada paso se suscitan en los preparativos o acciones de la guerra. Y esta condición personal del Primer Jefe que si no menguaba su personalidad de hombre de mando, sí disminuía el poder militar del constitucionalismo, era tan notoria que las contiendas de villistas y carrancistas, al final de 1914 y principios de 1915, tenían las características de pendencias locales; y por lo que hace al movimiento de avance que comandaba Obregón, ya se ha dicho que éste cumplía con un plan elaborado por sí propio, aunque aceptado, sin precisiones, por Carranza.

De los grupos de constitucionalistas combatientes, estaba, en seguida del de Obregón, el que dirigía el general Pablo González. Éste, en la realidad, representaba la perseverancia en el ejercicio de las armas, la abnegación por la falta de materiales bélicos y la fe en la Revolución; porque, en efecto, la mala suerte había golpeado con tanta rudeza al general González y a las fuerzas que éste dirigía, y que organizaba y reorganizaba que sólo el alma batalladora de tal general fue capaz de recomponer hoy lo que había perdido ayer. Y no eran batallas las perdidas por González: eran deserciones, escaseces de dinero y municiones, y principalmente, falta de un verdadero y sólido frente de combate.

Después de ver cómo desertaban sus fuerzas para pasarse, ora al villismo, ora a las filas de Eulalio Gutiérrez, y contándose entre ta-

les defecciones, la del general Alberto Carrera Torres, quien arrastró con él cerca de 5 mil soldados, el general Pablo González no halló otro camino que el de retirarse, con los restos de su cuerpo de Ejército a Pachuca. Aquí, con los 5 mil hombres que le quedaban, tampoco pudo permanecer. Su gente tenía perdida la moral; empezaba a dudar de su jefe, no obstante que éste era valiente, pundonoroso y organizador. Faltaba en él, sin embargo, el entusiasmo que el jefe militar debe tener a cada minuto, para con ello poder contagiar a sus soldados. González no correspondía a los hombres que saben vibrar y hacer vibrar. Era reposado, silencioso, ajeno a las vanidades. Fiaba más en su laboriosidad, que en una elocuencia guerrera; y como no sabía mantener el fuego de la esperanza entre su gente, la que no desertaba, sembraba el desorden; y todo se volvía confusión en el cuartel general de González, mientras que los villistas avanzaban sigilosamente dispuestos a dar un golpe final al jefe carrancista.

En estas condiciones, y comprendiendo la debilidad de sus fuerzas y teniendo informes de los movimientos que hacían los villistas para cortarle la retirada y atacarle en Pachuca, González resolvió evacuar la plaza y emprender el camino a través de la Sierra Madre Oriental, para alcanzar el puerto de Tampico.

Al tomar esta determinación, González no midió las dificultades que presentaba un trayecto, en el que no existían más caminos que los de herradura, ni más alimentos que los transportados a lomo de mula, ni más techos que los ofrecidos por las copas de los árboles, ni más comunicaciones que las que podían adelantar, en medio de zozobras, los propios, ni más poblaciones que muy humildes aldeas y rancherías, casi perdidas en medio de la exuberancia del trópico.

Así y todo, el general González no dudó en emprender la marcha. Podría perder los pocos recursos bélicos que llevaba consigo, pero no sería atrapado por el enemigo, ni dejaría la fe en el constitucionalismo, ni se arrepentiría de una hazaña que posiblemente nunca antes había hecho una columna de guerra mexicana.

En efecto, muy valeroso se mostraba González; muy firmes los jefes revolucionarios que le acompañaban; y esto a pesar de que en la marcha por el corazón de la sierra, iban quedando soldados, carros, artillería, víveres, municiones; también la entereza de la gente que concurría a aquella expedición. Impávidamente, el general González continuaba el viaje. Ya nadie contaba el número de hombres que caían por la fatiga o el hambre, en el camino. Tampoco se hacían cálculos sobre los bastimentos. El general no dirigía palabra alguna a sus acompañantes. Parecía el terco iluminado que tiene la certidumbre de que, al final de la jornada, va a encontrar la recompensa a su sacrificio.

Dieciséis días demoró González en la travesía de la sierra. Cuando entró a Tampico (20 de diciembre), la columna estaba casi exhausta; ahora que tan grande así era el amor a la libertad que se anidaba en el corazón de aquel jefe revolucionario; tanto el compromiso con la lealtad que debía a Carranza y a la causa del constitucionalismo, que apenas instalado en el cuartel general de Tampico, con excepcional diligencia no sólo se aprestó a la defensa de los puntos que estaban amenazados por la ofensiva villista que dirigía el general Felipe Ángeles, sino que empezó a reclutar gente y atraer por medio de proclamas a la juventud, para que ésta diera, con su intrepidez y su sangre, nueva vida al cuerpo de ejército del noroeste.

Henos así viendo cómo se organiza voluntaria y prontamente, uno de los frentes carrancistas de combate; porque González cuatro semanas después de su entrada a Tampico manda fuerzas a hostilizar la plaza de Monterrey; detiene el avance de los hermanos Cediño y de Carrera Torres sobre Ciudad Victoria; ordena cavar trincheras y tender alambradas, para evitar una sorpresa del enemigo sobre Tampico.

El general Villa, que no había tomado en cuenta las actividades primeras desarrolladas por González en torno a la plaza de Tampico, al observar cómo el jefe carrancista disponía un frente de combate

y mandaba agredir a los villistas en el norte y poniente de Tampico, ordenó que mientras el general Ángeles insistía en avanzar de Monterrey hacia Ciudad Victoria, el general Tomás Urbina, con 5 mil hombres selectos, se movilizara hacia Pánuco, con el objeto de preparar un asalto general a Ébano, la posición que el general González había fortalecido con el objeto de proteger y conservar la región petrolera, que tanto interesaba al constitucionalismo.

González, advertido que hubo las ventajas que ofrecían las posiciones carrancistas en Ébano, entregó (20 de marzo de 1915), el mando de tal punto clave al general Jacinto B. Treviño; y éste se dispuso a resistir la ofensiva de 7 mil soldados concentrados por el general Urbina.

Villa no desconoció la importancia de la acción que estaba pronta a ser desarrollada. Así, él mismo dictó órdenes, movilizó lo más granado de su ejército y él mismo se puso en comunicación constante con Urbina, en quien tenía depositadas todas las esperanzas de triunfo; porque suponiendo derrotado a Treviño, convino en que con un segundo avance sus soldados podían tomar Pánuco, y con esto tener en las manos la entrada a la riqueza petrolera.

Y no era ése, el único frente de combate que el carrancismo ofrecía a los villistas. En el extremo sur de la República, el general Jesús Agustín Castro, comandante y gobernador del estado de Chiapas, organizaba un ejército de 4,500 hombres, dispuestos a aniquilar a los guerrilleros villistas que en emboscadas y asaltos a los pueblos, representaba una acción continuada que debilitaba los movimientos y posiciones de las fuerzas carrancistas.

Ahora bien: a otra lucha, tanto o más peligrosa que la militar, tenía que hacer frente el general Castro: a la que el propio Castro clasificaba como lucha contra la ignorancia y la esclavitud.

De tal lucha provenían los pleitos sangrientos entre los pueblos vecinos, la vida servil de los peones y aldeanos, y la sumisión objeto de toda esa gente frente a las autoridades, al grado de que cuando

Castro se presentaba en algún pueblo o ranchería, las mujeres y menores se arrodillaban, mientras que los hombres enmudecían, temerosos de lastimar con su palabra a los jefes revolucionarios.

Una tarea legislativa, si no tan abundosa y definida como la del general Álvaro en Yucatán, pero sí de progreso e inspiración creadora, con la cual ganaba más crédito el principio central de la Revolución, fue la llevada a cabo por Castro en Chiapas, quien al efecto, abolió las tiendas de raya, fijó el salario mínimo, prohibió las penas corporales para los trabajadores de las fincas agrícolas y canceló las deudas de los peones con las haciendas; ahora que esta tarea del general Castro no halló eco en el alma ni en la vida práctica de la gente rural; porque tanta era la ignorancia; tanto el misoneísmo; tanta la dejadez humana de la masa rústica, que las leyes del jefe revolucionario sólo llegaban al entendimiento de la parte superior de la población chiapaneca y servían a la vez para violentar, sin poderles reprimir por de pronto a los hacendados, de manera que con esto se preparaban a la resistencia, pero principalmente a fomentar las bandas armadas que carecían de bandera, y que lo mismo les era unirse a un bando que a otro bando, siempre que les prometiera derogar los decretos del general Castro.

Por otra parte, la situación de éste, desde el punto de vista militar nada tenía de envidiable. Verdad es que sus fuerzas llamadas del *Veintiuno*, eran aguerridas, procedían, en su mayoría, del norte de la República, y habían realizado una hazaña inolvidable por su alma de sacrificio, temeridad y poder físico; porque habiendo salido del Distrito Federal hacia la frontera de Estados Unidos, tenían en su contabilidad favorable, el regreso desde tal frontera hasta la de Guatemala, y esto llevando a cabo en medio de enemigos que les acosaban a derecha e izquierda, casi sin tener bajas, y siguiendo, imperturbables, a su caudillo.

Ahora bien: si el frente constitucionalista que capitaneaba Castro no estaba llamado a resolver una de las grandes situaciones del

país, por lo menos aquella gente armada que operaba en el estado de Chiapas, tenía en constante movimiento a las diversas partidas de guerrilleros, de manera que el localismo ausentaba la amenaza del villismo.

Frente de mayor cuidado, y que podía convertirse en un momento dado, en peligro para la retaguardia del Ejército de Carranza, era el de Sonora. Al efecto, aquí donde había surgido las primeras desaveniencias entre los jefes revolucionarios parecía, al terminar el primer trimestre de 1915, si no vuelto totalmente a la paz, cuando menos vivir dentro de una tranquilidad relativa, como si esperara el resultado de las acciones guerreras iniciadas en el centro de la República.

El general Hill, quien con tantos despliegues de valor y mando, defendiera los reductos carrancistas en el norte de Sonora, llamado por Carranza, primero; nombrado segundo en jefe de la columna expedicionaria del general Obregón, después, había sido sustituido en el mando sonorense por el coronel Plutarco Elías Cailles, quien sin doblegarse a los tratos tenidos con los maytoenistas mantenía una actitud prudente, pero definida dentro de los estrechos límites del municipio de Agua Prieta, donde estaba su cuartel general.

Mayor actividad guerrera que en Sonora, la había en el estado de Sinaloa; pues si en aquellos días, el suelo sinaloense no estaba incluido en las grandes operaciones que desarrollaban Obregón y Villa, no por ello los constitucionalistas de Sinaloa permanecían al margen de la guerra; pues el carrancismo sinaloense, acaudillado con gallardía y diligencia por el general Ramón F. Iturbe, estaba amenazado por el enemigo tanto en el norte como hacia el sur.

Para detener cualquiera invasión procedente de Sonora, Iturbe, como ya se ha dicho, destacó una columna expedicionaria al mando del general Ángel Flores; y aunque el gobernador sonorense, José María Maytorena, sobre quien iban dirigidos los fusiles de la columna expedicionaria, desdeñó la avanzada carrancista, cuando observó, en



General Benjamin Hill

seguida de dos tentativas para recobrar la plaza de Navojoa, donde estaba el cuartel general de Flores, que no fácilmente haría regresar a los sinaloenses a su punto de partida, tomó el problema a muchas preocupaciones y empezó a alistar una columna para que emprendiera una verdadera ofensiva contra aquella gente de Sinaloa.

Sin embargo, las empresas del general Iturbe para mantener la posición de Flores en Navojoa, no fueron apreciadas por el general Obregón, quien creyendo que se estaban malgastando las fuerzas revolucionarias de Sinaloa, quiso que el general Hill tomara el mando militar en el noroeste; pero la firmeza y decisión de Iturbe, defendiendo su prioridad guerrera sinaloense, contuvo los ímpetus de Obregón. El caudillo de Sinaloa, sin embargo, nunca perdonó al general Obregón el dislate que iba a cometer; dislate que careció de intencionalidad, ya que Obregón, dado el imperio que tenía desde mediados de 1913, siempre consideró como sus precisos subordinados a todos los jefes revolucionarios de Sinaloa y Sonora, y a menudo menospreció las situaciones difíciles en las que llegaron a hallarse los caudillos locales de la costa noroccidental de México.

Y, en efecto, bien comprometida era la condición militar de Iturbe, no tanto en el norte, como en el sur del estado. Aquí, se le presentaba a la vista la seria amenaza de las fuerzas villistas que estaban al mando del general Rafael Buelna.

Éste, teniendo ocupado todo el territorio de Tepic, después de haber derrotado, dispersado y puesto en fuga al general carrancista Juan Dozal, se adelantó hacia el sur de Sinaloa con cerca de 5 mil hombres, y estableció su frente en un punto llamado La Muralla, que en la apariencia presentaba las mejores ventajas para proteger al territorio de Tepic de un inesperado movimiento de las fuerzas carrancistas mandadas por el general Iturbe.

Mas Iturbe no podía ser, en esos días, amenaza para el general Buelna; porque, además de la expedición a Navojoa, había enviado una segunda columna a la península de Baja California, con el ob-

jeto de recuperar la plaza de La Paz, como en efecto lo logró (8 de diciembre de 1914).

Así, bien escasos eran los recursos de Iturbe en hombres, armas y municiones; mas como se percató de la amenaza que podría ser el general Buelna, si se le dejaba a las puertas del sur de Sinaloa, ordenó que fuesen concentradas en Mazatlán todas las partidas revolucionarias que operaban tanto en suelo sinaloense como en las poblaciones de la sierra de Durango, y reunido que tuvo cerca de 3,500 hombres, marchó hacia la frontera de Tepic, dispuesto a desalojar a Buelna de La Muralla; y con mucha acometividad llegó frente a las trincheras villistas, iniciándose un reñido combate el 4 de febrero, durante el cual, ya los unos, ya los otros, se quitaban o recuperaban sus posiciones, hasta la tarde del día 6, en que habiendo recibido informes precisos de que una segunda columna villista avanzaba de Durango en dirección a Culiacán, Iturbe consideró que era necesaria una tregua en La Muralla, para ir a encontrar al enemigo procedente de Durango; y esto lo hizo Iturbe con tanta prontitud y valentía, que logró detener a los villistas en Cosalá, donde, sin darles lugar a que se repusieran de la sorpresa, les atacó y derrotó (13 de febrero); y sin perder tiempo, contramarchó al sur de Sinaloa. Buelna, aprovechándose de la retirada de Iturbe, dejó sus reductos en La Muralla y avanzó hacia Mazatlán.

Sin embargo, tanta fue la diligencia de Iturbe, que apenas llegó a Mazatlán, reorganizó sus tropas, armó a los civiles, reunió todo el material bélico que halló a la mano y salió al encuentro de Buelna a quien halló en Villa Unión, casi a las puertas de Mazatlán, y le atacó con tanta decisión, que le hizo retroceder (20 de febrero) hasta las posiciones en La Muralla, no sin haberle causado fuertes pérdidas en hombres y abastecimientos.

Con esto, el estado de Sinaloa volvió a quedar limpio de villistas, ahora que no sucedía lo mismo en Jalisco. Aquí se desarrollaba una de las más azarosas campañas guerreras de esos días. En tal cam-

paña, se representaba no sólo una férrea voluntad revolucionaria, sino también la idea de desenvolver un plan de apoyo al avance que el general Álvaro Obregón llevaba a cabo hacia el centro del bajío.

Y era el general Diéguez, quien consideraba que iba a llegar la hora de concurrir a los capítulos guerreros que preparaba el general Obregón; pues si éste no tenía grandes conocimientos tácticos militares, era tan gallardo y osado, y poseía una voluntad tan inquebrantable y un optimismo de suyo exagerado, que a pesar de que se alejaba de la estrategia, no por ello decrecían en él las ambiciones de triunfo.

De esta creencia, de suyo optimista hizo el general Diéguez partícipe al general Francisco Murguía, individuo también optimista, aunque díscolo, defecto con el cual ahogaba sus extraordinarias virtudes de hombre valiente y honorable.

No desconocía Diéguez las discolerías de Murguía, de las cuales hacía omisión en bien de la causa que ambos perseguían. Así, las fuerzas combinadas de los dos, recuperaron (18 de enero de 1915), la plaza de Guadalajara. Y esto, a pesar de que Diéguez estaba cierto de que no podría sostenerse en la ciudad, tanto por la escasez de municiones, como por la superioridad numérica del enemigo que le acechaba incesantemente.

Tres días después de la toma de Guadalajara, el general Diéguez, siempre viendo las cosas color de rosa, mandó que una parte de sus fuerzas se movilizara hacia Irapuato, con el propósito de llamar la atención de los villistas y hacerles recordar que, al acercarse al encuentro de la columna de Obregón, había fuerzas carrancistas capaces de flanquearles, en caso necesario.

Mas al ordenar este movimiento, el general Diéguez olvidó que el enemigo en Jalisco estaba a pocos kilómetros de Guadalajara, y por lo mismo, bien informados de la situación militar del carrancismo posesionado de la capital de Jalisco. Y, en efecto, el general Julián Medina, tan pronto como tuvo noticias de la salida de la columna

de Diéguez, dio un alzado (30 de enero) a la plaza; y esto con tan impetuosa violencia, que Diéguez estuvo a punto de perder la plaza, salvándole el hecho de que sus tropas se hallaban en sus cuarteles listas para todo servicio. De todas maneras, el ataque de Medina fue muy costoso en vidas y municiones para la gente de Diéguez, con lo cual, los medios defensivos de éste disminuyeron considerablemente, y el 13 de febrero, teniendo noticias de que Medina preparaba un segundo asalto a la plaza, optó por evacuarla (13 de febrero).

Muy discretamente, el general Diéguez abandonó la ciudad, replegándose a la Cuesta de Sayula, en la creencia —y de tal creencia era parte el general Murguía— de que la elevación del terreno, la llanura que se extendía al pie de la Cuesta y la facilidad de las comunicaciones con Zapotlán y Colima eran suficientes para detener o derrotar al enemigo. Y esto, a pesar de que Diéguez sólo tenía 7 mil soldados, mientras que la gente de Medina, a la cual se agregaba una columna de auxilio al frente de la que iba el propio Villa, sumaba poco más de 15 mil hombres.

Con señalada decisión, apenas llegando a Sayula, el general Diéguez mandó cavar trincheras y ordenó que las fuerzas que guarnecían Colima y otras poblaciones se le reunieran; y así, con más gente y parapetado en las alturas esperó el ataque de Villa. Éste no se hizo esperar, pues el 18 de febrero, se presentó a la vista del enemigo, organizando una columna de 7 mil jinetes hacia la izquierda de las fuerzas de Diéguez, y haciendo avanzar 8 mil soldados de infantería sobre el frente y la derecha, con el propósito notorio de cortarles la retirada en el caso de que quisiera retroceder hacia Zapotlán.

Diéguez no estaba preparado para aguantar el impacto de los soldados de Villa, bien escogidos en su mayoría así es que pronto se vio obligado a replegarse antes de que la infantería enemiga se pusiera en movimiento cerrándole el paso a Zapotlán; y la Cuesta de Sayula se habría convertido en un desastre para el constitucionalismo, si las caballerías de Villa hallan un medio propio para ma-

niobrar; pero como el terreno era difícil para los jinetes villistas, que de hecho no concurrieron a la acción, la infantería de Medina bastó para desalojar a la gente de Diéguez.

Éste, considerando su derrota, se retiró hacia Colima, con las pocas fuerzas que pudo salvar, no tanto de la muerte, cuanto de la desertión; porque la mayoría de los voluntarios reclutados en Jalisco, tan pronto como advirtió que era Villa quien dirigía el ataque, empezó a abandonar las filas de Diéguez para pasarse a las del enemigo.

Ya en Colima, y siempre acicateado por la idea de llegar a Irapuato, unirse a la columna de Obregón y combatir una vez más a Villa, el general Diéguez se entregó, con extraordinaria actividad y significativa experiencia en el arte de mandar y organizar, a reunir gente, armas y dinero; y esto en medio de los enojos, generalmente injustificados, de Murguía y de la enemistad de la gente civil, que no ocultaba su simpatía hacia el general Villa. Diéguez —tanto así era su carácter ilusivo— creyó que dos semanas le bastarían para reponerse de las pérdidas en la Cuesta. Mas la derrota, primero; la falta de recursos, después, entorpecían sus designios.

Pero, si no fueron 15 los días que se propuso Diéguez para reorganizar sus fuerzas, sí le bastó un mes para reemprender la guerra; pues habiendo recibido un suministro de armas y municiones que le remitió Carranza por Tehuantepec y Manzanillo, el general Diéguez pudo dotar a sus soldados con 160 cartuchos por plaza, y sin más espera, recommenzó el avance hacia Guadalajara. E iba seguro de su triunfo, cuando el general Rodolfo Fierro le salió al paso con 8 mil hombres; en Tuxpan.

En esta vez, sin embargo, Diéguez además de tener la ventaja del terreno, contó en su favor con el desdén del general villista. Fierro, en efecto, se creyó tan seguro de la victoria que descuidó sus flancos; y como tampoco tomó en consideración el nuevo armamento con el que estaban dotados los soldados carrancistas, pronto se dio cuenta de que sus fuerzas retrocedían, y aunque hizo lo indecible para dete-

nerlas, su acometividad resultó infructuosa. Las ametralladoras de Diéguez causaron tantos estragos en las filas enemigas que quedaron duramente castigadas. Fierro, sin embargo, pudo replegarse en orden a Zapotlán, pero perseguido por Diéguez, sufrió (25 de marzo) una segunda derrota; derrota que el general Murguía trató de hacer aparecer en sus partes como debida a sus fuerzas y no en las que formaban a la división del general Diéguez.

De esta suerte, Guadalajara volvió a poder del carrancismo, el 27 de marzo (1915). El general Fierro, quien después de su fracasada empresa contra el general Diéguez, intentó la defensa de la capital de Jalisco, tuvo que desistir de tal plan; pues el general Villa, le ordenó que abandonara la campaña en suelo jalisciense a fin de que se concentrara en Irapuato, lo que hizo, porque si de un lado, los carrancistas de Diéguez estimulados por sus triunfos, le pisaban los talones; de otro lado, el general Medina, no le podía proteger, debido a que su gente se había puesto en marcha hacia el territorio de Tepic, con la intención de acrecentar las filas del villismo que capitaneaba el general Rafael Buelna.

Villa desistió, pues, de la campaña de Jalisco, para reunir el mayor número de fuerzas en el bajío y salir al encuentro del general Obregón, quien avanzaba con mucha decisión y valentía sobre Querétaro.

OBREGÓN Y VILLA

Si el general Francisco Villa era un genio intuitivo —genio con espíritu altamente creador de empresas tan grandes como la de organizar y movilizar a los hombres—, en cambio, por ser su mentalidad muy rústica, carecía de la capacidad para conocer el valor intrínseco de los individuos.

Con su portentosa intuición; su actividad en ocasiones volcánica; su casi sin par virtud de hacerse seguir, obedecer y admirar; su

decisión, al arrostrar sin miedo los peligros y su disposición para acometer los problemas guerreros, el porvenir del general Villa y del villismo, al empezar la tercera guerra, parecía ser de aquellos que tienen asegurada la victoria en todas sus haces.

Sin embargo, imposibilitado, dado lo informe de su origen, para conocer el interior del alma humana, y con ello dar el lugar más conveniente a las aptitudes personales de los hombres, tuvo que hacer causa, y dar un lugar de preferencia a su lado, con los desalmados, de manera que más cuidó de quienes le circundaban que de sus enemigos; sobre todo, el enemigo principal: el general Álvaro Obregón.

Dueño de los mayores recursos de que pudo disponer o cuando menos de tener a su alcance un ciudadano armado, jefe revolucionario, o cabecilla rebelde desde mediados de 1913 a los días del 1915 que empezamos a recorrer; dueño de los mayores recursos, puesto que se contó entre los primeros en confiscar bienes rústicos y urbanos, en hacer trueques de ganado y minerales por todo género de abastecimientos bélicos, en intervenir y secuestrar fondos particulares y oficiales, en organizar una red de agentes compradores de armas en Estados Unidos, en vestir, montar y alimentar a sus soldados y en tolerarles el abuso de su fuerza en los lugares conquistados; dueño, en fin, de todos los recursos de que súbitamente se podía disponer en el norte del país para hacer la guerra, lo único que el general Villa no logró reunir en torno de él fue una pléyade letrada, con capacidad para dar al villismo ley y política; porque ¿de qué bastaban los triunfos de armas si tras de éstos no se aseguraba el orden jurídico y administrativo de la nación mexicana?

Para elegir a sus lugartenientes, el general Villa se guiaba por la exteriorización de los hombres; y para conocerles o tratar de conocerles, se servía de los relampagueos intuitivos. A esto último se debieron, sin duda alguna, las faltas, a veces horrendas, que cometió, y debido a las cuales, en desdichadas ocasiones, se manchó las ma-

nos con sangre. Así, no por naturaleza criminal, puesto que era demasiado grande y magno en su persona, sino por dejarse arrastrar de las percepciones instantáneas, con las que sustituía el don que casi es innato en aquellos individuos que saben y gustan penetrar en los valores más íntimos de sus semejantes, no evitó crímenes de sus lugartenientes ni propios.

De haber poseído esta cualidad, el general Villa reúne en el seno de la División del Norte a los principales jefes revolucionarios, que se refugiaron a la sombra de Carranza a pesar del engreimiento y pocas aptitudes militares de éste.

Pero esa falta que existía en Villa, no sería únicamente en su detrimento. Iba a convertirse en un mal —un profundo mal, sólo redimible en muchos años de dolores y angustias— para México. Muy costosas resultarían, en efecto, para el país, las cortedades en el discernimiento de aquel gigante conmovedor que era Villa, representante excepcional y explicativo de la rusticidad mexicana. Y se dice que muy costoso, porque si Villa hubiese conocido y halagado la esencia de los hombres de su época, no incurre en los crímenes circunstanciales que cometió ni entrega la sangre de sus soldados al carácter osado y fiero del general Álvaro Obregón.

De éste, lo único que Villa adivinó o quiso adivinar, fue la audacia de presentar batalla a la División del Norte en el centro de la República; en el centro de la República, que equivalía al lugar más amenazante al que podía concurrir un jefe guerrero, puesto que era factible aislarle de su cuartel de abastecimientos y circundarle por muchos miles de hombres armados que aguardaban el momento del error obregonista.

Villa, pues, no creía en Obregón. En el fondo de su ser, aunque en alguna ocasión le hubiese, insinuado su presidenciabilidad, le desdeñaba. Llamábale, despectivamente, *perfumado*. En medio de la guerra, quería decir incapaz de ser soldado de vivaque. Así, por no creer en Obregón, el general Villa no procedió a tomar las disposiciones

necesarias y convenientes, para destruir a un enemigo poderoso. De esta suerte, si Villa llega a advertir, en los momentos durante los cuales se acercaba el capítulo primero de la nueva guerra, las aptitudes de Obregón, él, Villa, que no obstante sus impulsos, era cauteloso, procede de otra manera. Por otra parte, el solo hecho de que el *perfumado* o *catrín*, osara salirle al paso, pareció a Villa como una mera vanidad, que creyó poder castigar pronta y duramente.

Además, el general Villa, al iniciar sus aprestos para marchar al encuentro de Obregón, se confió a la superioridad numérica de sus tropas; también a la superioridad de su propia persona; y es que el general Villa, se insiste no podía sumarse entre los hombres que saben calibrar al prójimo; sobre todo calibrarle en las decisiones de su alma.

Dos ocasiones tuvieron Villa y Obregón para tratarse. Ambas sirvieron a éste y no a aquél, para guiar sus pasos futuros; porque el general Obregón, sabía escrutar las interioridades humanas y calcular el pensamiento de sus semejantes. Conjugaba la malicia como conjugaba la gracia de las palabras; como movía, sin esfuerzo alguno, el poder de su memoria.

Así, el general Obregón tenía por advertido el carácter voluntarioso de su rival. Daba por seguro que Villa no escuchaba consejos políticos ni militares. Era un rústico de tan grande y férrea voluntad; de tanta suerte en su carrera guerrera, que no buscaba la ayuda del prójimo ni la creía factible dentro de sus planes tan vastos como el imperio de sus órdenes.

Esta sola observación que Obregón había hecho acerca de Villa, le bastaba para calcular cómo procedería en una batalla entre dos fuerzas casi gemelas, o cuando menos gemelas en su origen y ambiciones. De aquí, lo mucho que sirvió a Obregón el trato con Villa; inclusive aquel disimulado aspecto que ofreció el jefe de la División del Norte, al insinuar la presidenciabilidad de Obregón.

Diez días convivieron Villa y Obregón en su primer trato; y aunque seguro de que Villa se consideraba dueño excesivo de sí propio,

no debieron desagradar a Obregón la figura ni los diseños rústicos y quizás infantiles de aquél, puesto que habiendo hecho ambos viaje a Sonora con el fin de evitar la lucha que, por razones de mando y autoridad, se desarrollaba entre el gobernador José Maytorena y el coronel Plutarco Elías Calles, y llegado ambos, sin la menor discrepancia, a un acuerdo total en la manera de dar fin al conflicto (29 de agosto de 1914); y hecha, además, dentro del mejor y feliz de los acontecimientos, una proposición común (3 de septiembre de 1914), para hacer volver a la República al orden constitucional, que a su vez presentarían a Carranza; y llegando ambos, se repite, a una resolución final, el general Obregón llegó a considerar que el guerrillero rústico podía entrar al camino del orden y entendimiento.

El segundo trato de Obregón y Villa (16 de septiembre), pudo poner a aquél en guardia; pues fácilmente se enteró de que el general Villa, llevado a la excitación del ánimo perdía toda aptitud militar, volviéndose titubeante y tornadizo; porque, en efecto, el jefe de la División del Norte entregado a la ira con la sola sospecha de que Obregón no era el amigo en quien había confiado y con quien pensaba aliarse como lo creyó en el primer encuentro entre ambos, pronto descubrió sus sentimientos y la facilidad de sus mutaciones. Y tan mutable, ciertamente, era Villa, que cuando creyó hallar en Obregón no al amigo, sino a un posible enemigo, quiso fusilarle, mas luego cambió de parecer y resolvió enviarlo a México, ahora que en su segundo ataque de sospecha e irascibilidad, Villa reiteró la orden de fusilamiento, que pronto volvió a anular.

Tales episodios, no obstante lo desagradable de los mismos, sirvieron al general Obregón para conocer las curvas del temperamento veleidoso como el de Villa. Éste, por su parte, supuso que la actitud resignada que en los momentos dramáticos mantuvo el general Obregón al enterarse de que iba a ser pasado por las armas, era señal inequívoca del temor o debilidad del general carrancista, lo cual —recordando el acontecimiento— le hizo creer, cuando se acer-

caban los acontecimientos de armas en marzo de 1915, que Obregón, en seguida de satisfacer la vanidad de llegar hasta la plaza de Querétaro, retrocedería a la sola presencia del volumen guerrero de las huestes villistas; y tal creencia fue un grave error del general Villa, comenzado desde el momento en que ordenó el avance de todas sus fuerzas hacia la región del bajo.

En la creencia, pues, de que con una gran masa militar amedrentaría al general Obregón, Villa, sin escuchar la opinión de sus generales; ya que mucho le disgustaban los consejeros militares o civiles, al grado de que en esos días quiso hacer salir del estado de Chihuahua al licenciado Miguel Díaz Lombardo, porque los carrancistas atribuían a éste ser la cabeza política del villismo; tanto, se dice, disgustaban a Villa los consejos y opiniones de sus subalternos, que sin escuchar a persona alguna, y sin medir lo que podía ocurrir sobre sus flancos y sin hacer un plan de campaña, mandó la concentración de todas sus fuerzas y de las que diciéndose villistas operaban en Michoacán, Querétaro, Guanajuato, Jalisco y San Luis Potosí.

Al ordenar tal concentración, el general Villa acudía, en el examen de las posibilidades numéricas, a las cifras más optimistas. Tan pronto hablaba de 15 mil soldados, como de 25 mil. Creía, en medio de sus cálculos, que le sería factible reunir en Irapuato 25 mil hombres, para aumentarlos a 35 mil con la llegada de la gente de Fierro, y de las partidas armadas procedentes de Michoacán, México y San Luis Potosí. Creía asimismo, que además de los 35 mil que marcharían al encuentro de Obregón, todavía podía dejar 8 mil en el ataque a Ébano, 7 mil en los estados de Coahuila y Nuevo León, 3 o 4 mil en Tepic, más los 5 mil que correspondían a las fuerzas del general Medina, en Jalisco.

En las cuentas y recuentos de Villa no figuraban los zapatistas. El caudillo del norte seguía menospreciando al zapatismo. Tal vez, siempre consideró a Zapata muy lerdo; pues como no era capaz de penetrar al alma humana ni a las hazañas de que es capaz el hombre



Rodolfo Fierro y Pancho Villa

definido, le debió parecer que Zapata no tenía aptitudes de soldado; y aunque esto hubiese sido así, ¿quién podía negar que los hombres que seguían a Zapata eran tan altivos y valientes como los norteños y que sólo faltaban para ellos las armas y el guía de la guerra?

Ahora, si volvemos a los preparativos de Villa para ir al encuentro de Obregón, será que, dejando a su parte el número de sus soldados, el general Villa tenía en Chihuahua un depósito de 15 mil rifles, 10 millones de cartuchos, 65 cañones con sus respectivas dotaciones de carruajes y municiones y vestuario, comprado en Estados Unidos, para 20 mil soldados. Organizado tenía igualmente, un sistema de pagadurías de campaña y de ambulancias; y había expeditado previamente la vía férrea desde Ciudad Juárez hasta León (Guanajuato), de manera que le permitía movilizar pronto y eficazmente sus trenes.

Dentro de esas grandes preparaciones y provisiones, el general Villa cometió un error; porque en vez de seleccionar y mandar al combate a sus tropas veteranas, ordenó que éstas quedasen entremezcladas con las guerrillas indisciplinadas y los reclutas de última hora, que era la gente que se presentaba voluntariamente en Aguascalientes, Zacatecas y Guanajuato. Verdad es que todos esos soldados vivían el entusiasmo que el nombre y fama de Villa producía en el cuerpo rural mexicano. Así y todo, tales individuos, que no estaban acostumbrados a la militancia, fatigas, alimentación y sacrificios que demandan los Ejércitos ni tenían el valor de su lealtad a la hora de los quebrantos, no servirían al villismo, y en los momentos más difíciles de la pelea, serían los primeros en sembrar la confusión y el pánico al encontrarse frente a frente con los soldados del general Obregón.

PRELIMINARES DE BATALLA

A la mañana del 3 de abril (1915), el general Álvaro Obregón, jefe de las operaciones militares del constitucionalismo se reunió con los

generales Benjamín Hill y Miguel V. Laveaga, en quienes tenía gran confianza, puesto que les había entregado los batallones veteranos de Sonora y Sinaloa, a bordo del vagón que le servía de cuartel general en la estación del ferrocarril de Querétaro, haciéndoles saber que tenía noticias aciertas de que, el general Francisco Villa se hallaba en Silao a donde estaba concentrando de 8 a 10 mil hombres, dispuesto a impedirle el paso más al norte de Celaya.

En Irapuato estaban acampados 5 mil soldados villistas de infantería y 3 mil de caballería; y se esperaba la llegada de la brigada del general Fierro y de dos brigadas más procedentes de Durango. Tenía noticias también el general Obregón, de que Villa había retirado 2 o 3 mil soldados veteranos, de los estados de Nuevo León y Coahuila: y que la artillería villista, montada en góndolas del ferrocarril, formaban largas filas en las cercanías de León. Los trenes de abastecimientos de Villa estaban ya reunidos en Irapuato; y sólo se esperaba la llegada de Fierro para avanzar, siguiendo la vía férrea hacia Salamanca.

Para el caso de estos informes, el general Obregón había cotejado las noticias de sus agentes; y si no era posible verificar con precisión el número del enemigo, sí estaba seguro de que, en cantidad, éste era mayor que los obregonistas.

Tales informes no correspondían, pues, a aquellos que podían calificarse de favorables para los constitucionalistas. Esto no obstante, Obregón comunicó a los generales su decisión de avanzar hacia Celaya, aunque sin hacer saber si tenía o no elegida esa plaza para presentar la batalla a las huestes de Villa. Ningún signo asomó en el general Obregón, que delatara haber tomado ya resolución alguna. El general, "no se mostraba preocupado" y parecía entregado al optimismo. Mucho creía en su persona; pero también grande era la confianza depositada en sus generales; pero sobre todo en los soldados que le acompañaban desde la campaña de 1913.

Por otra parte, no conocía, con exactitud, cuáles podían ser o eran las ventajas del terreno que ofrecía la región de Celaya; pero

no ignoraba que siendo una zona agrícola con una red de canales de riego, éstos imposibilitarían las maniobras de la caballería de Villa que constituía el poder principal del caudillo norteño.

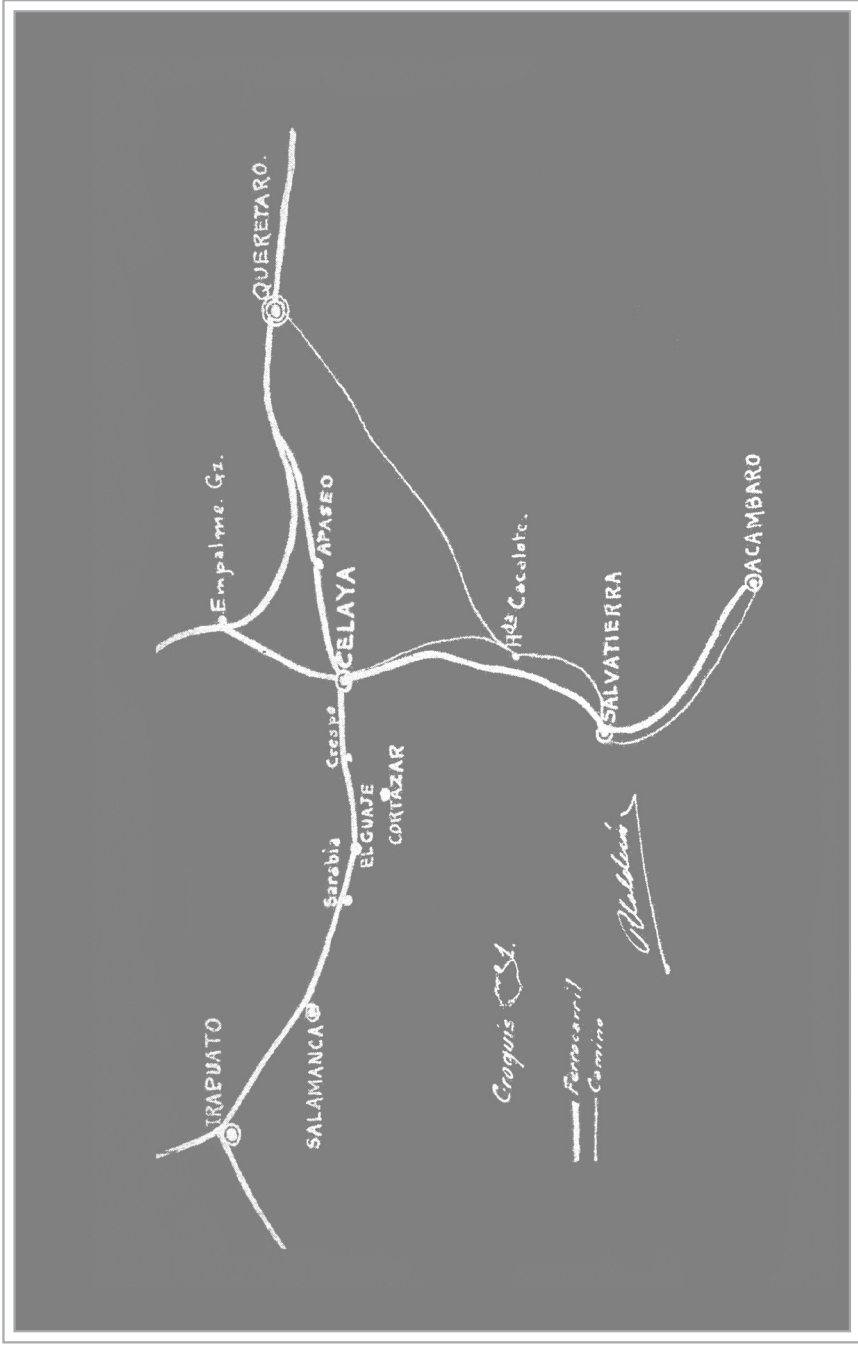
Una duda, sin embargo, parecía embargar al general Obregón a la hora de anunciar a sus generales la decisión de movilizar el grueso de sus tropas de Querétaro a Celaya. Esa duda consistía en determinar si se encerraba en la plaza con todas sus fuerzas, para el caso de un ataque violento del villismo o si se separaba de una parte de sus soldados, en previsión de que Villa en vez de lanzarse al asalto, procediera a sitiarse.

A pesar de que conocía los ímpetus de Villa, el general Obregón, considerándole hombre miedoso, llegó a creer que aquél no arriesgaría todo el poder de sus fuerzas en una sola acción, y que por lo mismo, en vez de intentar un asalto general, pondría sitio a la plaza, de manera que, aislándola de su base de abastecimientos, pudiera sucumbir.

Esta idea fija de lo que consideraba como imposible acontecer dada la idiosincrasia de Villa, hizo que Obregón ordenara, al tiempo de movilizarse hacia Celaya, que salieran dos columnas; una, al mando del general Alejo González, en dirección al sur; otra, a las órdenes del general Porfirio González, hacia el punto opuesto.

La medida no podía ser más previsoras; pues considerando que Villa le sitiara en Celaya, dispondría de dos brigadas, tuera de la plaza, que quedaban en aptitud de atacar los flancos y la retaguardia de las fuerzas sitiadoras. Además, los dos generales González llevaban instrucciones de proteger los trenes de abastecimientos, en el caso de que Villa cortase el camino de hierro al oriente de Celaya. Por último, la misión de ambas columnas consistía también en reunir a todas las partidas carrancistas al norte y sur de Celaya, y prepararlas para concurrir a un ataque combinado sobre los villistas.

Obregón, no estaba cierto de que la batalla ocurriría precisamente en la plaza de Celaya, pero dada la cercanía del enemigo, com-



Croquis del campo de combate de Celaya

prendía que esa ciudad del bajío, centro granero y mercantil, tenía que ser el teatro de la guerra. Villa no dejaría de avanzar ni él, Obregón, retrocedería. El lugar para combatir estaba, pues, de hecho, ya trazado en la mente de ambos capitanes.

En Celaya, a donde llegó hacia el mediodía del 3 de abril, el general Obregón mandó que su jefe de estado mayor coronel Francisco R. Serrano, tomara cuenta y razón de cuanto pudiera ser útil para resistir un ataque del enemigo, si ese ataque se producía. Asimismo, entre sus primeras previsiones, dispuso que los trenes militares que llenaban las vías férreas, fuesen movilizados hacia Querétaro, tanto para no entorpecer las maniobras de su tropa, cuanto a fin de evitar que de ellos se sirviese el enemigo; y mientras esto se llevaba a cabo, procedió a reconocer el terreno circundante de la plaza, y que, al parecer, presentaba las defensas que el propio Obregón tenía consideradas en sus planes de guerra.

No ofrecía Celaya los recursos salientes para concluir una etapa guerrera; pero como Obregón era hombre correspondiente a la clase rural, pudo advertir que en aquella vasta planicie abajeña, espejo de la riqueza agrícola de México, existían obras hechas por la técnica agrícola para el desarrollo de los cultivos, que podían ser convertidas en defensas militares; porque, en efecto, aquellos campos labrantíos estaban cruzados por acequias hechas para la irrigación, y que por situación, longitud, profundidad y bordes, podían ser aprovechables para la defensa de la plaza.

Esto no obstante, no pocas eran las dudas que sombreaban las últimas decisiones de Obregón, de manera que sabía que estaba imposibilitado de avanzar más al poniente de Celaya, puesto que las fuerzas villistas llegaban con sus avanzadas a las cercanías de Salamanca. Sabía también que cualquier movimiento de retroceso, lo aprovecharía Villa para provocar en las filas carrancistas el desánimo y la desertión. Sabía asimismo que la región se prestaba a entorpecer, por lo menos, los movimientos de la caballería del ene-

migo. Y si sabía todo eso, no desconocía que, en caso necesario, le quedaban dos salidas de la plaza, muy honrosas y correspondientes a la estrategia militar. Esas dos salidas eran hacia el norte y hacia el sur; esto es, en dirección a los puntos a donde había despachado las columnas de los generales González.

Por otra parte, el recorrido hecho en el posible campo de batalla, y los satisfactorios informes que le rendía el coronel Serrano, jefe de su estado mayor, sobre el estado de las tropas acantonadas en Celaya, que deseaban la llegada de la hora para enfrentarse a las huestes villistas, le entusiasmaban tan grandemente, que iba consintiendo dentro de sí mismo que Celaya era el punto para dar la batalla al enemigo.

Al caso, estableció su cuartel general en el templo de San José. En seguida, mandó que en una torrecilla de la fábrica La Favorita quedase instalado un telégrafo de señales, a modo que el cuartel general estuviese constantemente informado de cuanto se avistase en el horizonte.

Hecho todo eso, a la mañana del 4 de abril volvió a reconocer los alrededores de Celaya. Acompañáronle en la excursión el coronel F. R. Serrano y el general Benjamín G. Hill; y ya a esa hora, había dado órdenes para que sus soldados cavaran trincheras aprovechando los bordes de los canales de riego; y órdenes también para el emplazamiento de las ametralladoras hacia el poniente y norte de Celaya, que eran los puntos que Obregón veía más cercanos a la amenaza de Villa.

El segundo reconocimiento hecho al terreno de las futuras operaciones, satisfizo debidamente a Obregón. Las trincheras dispuestas, los canales, las loberas para las ametralladoras, le parecieron puntos de resistencia inmejorables. Además, ese mismo día fue informado, con noticias precisas, sobre la cantidad de granos y otros abastecimientos de boca almacenados en la plaza; pues bien sabido era que la cosecha de invierno había sido favorable a los agricultores

y que éstos, por la falta de comunicaciones, tenían su producción total o casi total guardada en Celaya.

El temor, pues, que abrigaba Obregón, de ser cercado por los villistas, empezó a decrecer en el ánimo del general, y mandó que las pocas piezas de artillería que continuaban a bordo de los trenes fuesen desembarcadas y colocadas tras de la red de acequias, de manera que la defensa de éstas resultaba casi impenetrable.

Este solo acontecimiento, daba una gran superioridad a Obregón sobre cualquier plan de Villa, puesto que éste, aparte de que tendría que dejar inmovilizada su caballería, tampoco podría servirse eficazmente de sus cañones en medio de aquel dédalo de acequias, que parecían construidas especialmente para entrapar a cualquier ejército, por más fuerte y bien dirigido que estuviese.

No todos los generales que acompañaban al general Obregón estaban en el secreto de éste; en el secreto de las defensas naturales que presentaba la propia plaza. Así, a la noche del día anterior del segundo reconocimiento del terreno, un grupo de generales pidió a Obregón que, antes de aventurarse a dar batalla a Villa, retrocediera con todas sus fuerzas a la plaza de Querétaro que poseía mejores condiciones para la defensa, pero principalmente para soportar un sitio.

Obregón, sin revelar sus proyectos ni hacer predicción alguna, se limitó a escuchar a sus generales y de manera afable les indicó que no insistieran en su petición; pues que si había necesidad de pelear estaba dispuesto a pelear defendiendo la plaza de Celaya.

Lo único que preocupaba a Obregón era la demora en la llegada de refuerzos y municiones que esperaba de Veracruz. No dudaba, gracias al sistema de vigilancia sobre la vía férrea, que había establecido de Puebla a Pachuca y de este punto a Querétaro, que los trenes de abastecimientos correrían sin tropiezos, y era por lo mismo que se mostraba inquieto al no recibir noticias sobre el paradero de los convoyes.

Sin embargo, de vuelta en la iglesia de San José donde, como quedó dicho, tenía cuartel, Obregón se enteró de que a esa hora entraban dos trenes “con parque”, bastimentos y soldados. Ahora, pues, el futuro si no asegurado, cuando menos poseía una garantía que le acercaba al triunfo.

A la mañana de ese mismo día, que Obregón aprovechó para llevar a cabo el segundo reconocimiento en torno a Celaya, entró a Irapuato el general Francisco Villa. Iba escoltado por su guardia personal a la que llamaban de los *Dorados*, vestidos de cabeza a pies, de negro.

Cuarenta y dos generales formaban el séquito del general Villa. Catorce de ellos, habían pertenecido al antiguo Ejército Federal y hoy prestaban servicios, no tanto por convicción, cuanto por profesión al ejército del norte, fuerte, aseguraba el general Villa ese mismo día, en veintitantos mil hombres y 65 cañones; ahora que las cifras que daba el general Villa sufrían tantas y tan continuas alteraciones, que siempre será muy difícil establecer el número verdadero de soldados villistas reunidos en Irapuato o cerca de Irapuato.

Luego de su llegada a este punto, sin mandar reconocer la situación del enemigo, sin saber en qué consistía la fuerza numérica de éste, sin escuchar el parecer de sus generales y sin hacer un plan general de ataque, el general Villa expidió, firmada por él mismo, la orden de avance hacia Celaya. También firmó mensajes dirigidos a los principales periódicos de Estados Unidos, anunciando su decisión de “castigar la osadía del bandido Obregón”.

Hecho lo anterior, empezó el movimiento de tropas hacia Celaya; y el acontecimiento, más que preliminar de combate, parecía una parada militar. Tal era la confianza que Villa y los villistas tenían en su triunfo.

La formación ordenada por Villa debería estar precedida por 8 mil hombres de caballería. Ocho mil más de infantería, movilizados en ferrocarril, seguirían a la primera columna. Los restantes solda-

dos de la División del Norte, quedarían de reserva, en las cercanías de Irapuato.

Villa mismo quiso marchar al lado de sus tropas y se puso en camino a la mañana del 5, primero a bordo de su tren especial; después, como a 20 kilómetros de Irapuato, hallando la vía en malas condiciones, resolvió montar a caballo; hecho lo cual y descubierta que fue su presencia por los soldados, éstos, estallaron con vítores.

Mas a la hora en que Villa avanzaba, recibió un parte, en el cual le comunicaban que el general Obregón, había salido de Celaya, situándose en El Guaje, en donde se empeñaba el combate. Villa detuvo su marcha, y mandó al general Agustín Estrada, para que se adelantara velozmente, tratara de copar a Obregón y de cortar, con lo mejor de la caballería villista, la retirada del propio Obregón, en el caso de que éste pretendiera retroceder al oriente de Celaya.

Partió el general Estrada a cumplir las órdenes recibidas en medio de un tumulto pues parecía como si Obregón, sin detenerse en El Guaje avanzara sobre el propio cuartel general de Villa; y aunque no era esta la realidad, el jefe de la División del Norte llegó a creer en una posible audacia de Obregón, y con mucha cautela continuó hacia Salamanca, en cuyos alrededores esperó noticias sobre los sucesos en El Guaje.

Villa, al igual de Obregón, no tenía planes precisos sobre la campaña que iba a desarrollar. Sólo había en él una lejana idea acerca de la resistencia que pudiera ofrecer Obregón; pero ignoraba las condiciones de defensa que existían en Celaya. De esta suerte, tanto una parte como la otra parte dejaban su encuentro a la casualidad; y a la casualidad también, el triunfo de sus armas.

El general Obregón, creyendo que Villa, antes de resolverse a la acción, se detendría algunos días en Irapuato y se movería lentamente, ya para sitiar la plaza de Celaya, ya a fin de atacarla por el norte y sur, que eran los puntos más débiles de la defensa, mandó que el general Fortunato Maycotte, al frente de 1,500 soldados, en su

gran mayoría reclutados en el Valle de México y por lo mismo escasos de instrucción y resolución guerreras, se adelantara a El Guaje, con el objeto de observar lo más cerca posible los movimientos del enemigo.

No llevaba Maycotte, al avanzar hacia El Guaje, ninguna instrucción precisa para iniciar la lucha con el villismo. Tampoco había recibido órdenes de retroceder en caso de verse agredido por el enemigo.

La situación de Maycotte no podía ser más aventurada; porque aparte de la inexperiencia de sus soldados, presentarse a un enemigo fuerte en más de 15 mil hombres —y de los hombres más selectos del ejército villista— no solamente era osado, sino que carecía de principio militar.

Mas Obregón no consideró el movimiento de Maycotte como parte de un plan. Hase dicho, que el jefe de las operaciones del constitucionalismo no creía que el general Villa obrara tan precipitadamente como sucedió. Obregón pues, al destacar a Maycotte hacia El Guaje, lo hizo a fin de que un jefe de su confianza, como era Maycotte, observara los primeros movimientos del villismo y de ellos le informara; esto es, antes de quedar convencido de los bienes que podrían acarrear al carrancismo la permanencia y defensa de la plaza de Celaya.

La misión de Maycotte era de mera observación, y aunque sin instructivo preciso, se entendía que debería replegarse al cuartel general, en el caso de que los villistas trataran de comprometerlo a combatir. Mas, llegado el momento, ¿cómo retrocedería Maycotte a Celaya frente a un enemigo famoso por el valimiento y efectividad de sus caballerías? ¿Cómo considerar que los villistas iban a dar tiempo a los carrancistas para replegarse pacífica y tranquilamente?

El movimiento ordenado a Maycotte, desde el punto de vista militar, constituía un error y fue propio de la incertidumbre que reinaba en el campo carrancista hasta el momento en que se supuso a Villa tratando de dar tiempo a sus tropas para concentrarse en Irapuato.

Maycotte, pues, fue tomado por sorpresa, porque cuando más entregado se hallaba en observar los movimientos del enemigo se vio agredido en uno de sus flancos, y como violentamente los villistas trataron de circundarle, resolvió, con valor sin igual, hacer frente a los atacantes.

Sus fuerzas eran inferiores a las del enemigo. Así y todo, creyéndose protegido por un bosquecillo y las acequias, aceptó el combate. Tres columnas, al efecto, avanzaron impetuosas sobre las improvisadas defensas de Maycotte, y lo que en un principio pareció una mera escaramuza situada hacia el flanco derecho del general carrancista, pronto se convirtió en un asalto dirigido y realizado en toda forma, y en el que las fuerzas atacantes sumaban poco más de 6 mil hombres.

Tan circunstancial e imprevisto fue el ataque sufrido por la columna exploradora que mandaba Maycotte, que apenas tuvo éste tiempo para enviar un propio al general Obregón, comunicándole estar muy comprometido.

Maycotte, en efecto, atacado por los cuatro costados, se defendía muy valientemente; pero sus bajas crecían minuto a minuto; y al cabo de dos horas, y cuando ya no tuvo más que huir hacia Celaya, dejó en el campo de combate 566 cadáveres, 300 prisioneros, y en la retirada a Celaya le abandonaron otros 200 hombres, de manera que cuando se reincorporó al cuartel sus fuerzas no llegaban a la tercera parte de las que había puesto bajo su mando el general Obregón.

Sin esperar la llegada y los informes del general Maycotte, gracias al sistema de señales establecido, el general Obregón tuvo las primeras noticias de lo que acontecía en El Guaje, y sin desanimarse, y con una intrepidez casi admirable, mandó que el general Benjamín Hill saliera con 1,500 soldados de infantería en auxilio de Maycotte; y él mismo, Obregón, quiso ir, a bordo de una góndola del ferrocarril, al punto del combate; ahora que desistió de la empresa al cerciorarse que la acción había terminado; que la gente de Maycotte

huía en todas direcciones y que los soldados villistas, engolosinados por el triunfo avanzaban resueltamente hacia Celaya, sin atender las órdenes de sus generales.

El general Villa, en efecto, aunque muy alentado por el triunfo sobre Maycotte, quiso detener el avance de sus tropas a Celaya. La presencia osada de Maycotte en El Guaje, le hizo temer que Obregón estuviese mejor preparado de lo que él, Villa, suponía, por lo cual quiso proceder cautelosamente. Esto, sin embargo, ya era después de tiempo, puesto que sus hombres avanzaban hacia la plaza del enemigo. De los trenes villistas movilizados hasta quedar a veintitantos kilómetros de Celaya, descendía la infantería, sin atender las órdenes de sus jefes. Tanto así era el optimismo de los atacantes y la precipitación y gusto con que éstos querían medir sus armas con el carrancismo.

Esto no obstante, la caída de la tarde paralizó los ímpetus de los guerreros de Villa; y éste pasó la noche a bordo de su tren detenido en las cercanías de Salamanca. Allí se le unió un grupo de sus generales más distinguidos; pero era tanta la confusión; tanta la alegría y la ilusión; tanta la fe en la determinación final, que no quedó un documento preciso acerca de tal junta. Ni el coronel Roque González Garza ni el general Felipe Ángeles, quienes dejaron apuntamientos acerca de lo sucedido con anterioridad y posterioridad al combate de Celaya, pudieron esclarecer qué problemas de carácter militar fueron resueltos a bordo del coche-dormitorio del jefe de la División del Norte.

LA RETIRADA DE VILLA

Mientras que en el campamento del general Francisco Villa estaban reunidos los generales, esperando conocer la última palabra del caudillo, puesto que existían dudas de si aceptaría o no el reto del general Álvaro Obregón, los soldados villistas encendidos y arrogantes

por el fácil triunfo en El Guaje, sin esperar órdenes de sus superiores, aprovechaban la noche para tomar posiciones, de manera que a esas horas ni los villistas podían ya dejar de atacar ni los carrancistas desistir de la defensa de la plaza.

No debió dejar de comprender el general Villa cuán comprometida era la situación, ya que sólo había sido movilizada una parte de la artillería para un ataque formal al enemigo; tampoco conocía el terreno en el cual se iba a combatir; y los informes acerca de las posiciones de Obregón en Celaya eran tan vagos que no podía fiarse en ellos. Villa estaba desconcertado; aunque no por ello escuchaba las opiniones de sus lugartenientes, que sin ser adversas a una acción para el amanecer del día 6, no podía decirse que fueran favorables. Lo cierto es que Villa y sus acompañantes pasaban por horas de incertidumbre, sobre todo, en lo que respecta al desconocimiento del terreno y a la cercanía en que pudieran hallarse los apoyos necesarios en hombres y armas para el ataque.

Las últimas noticias recibidas por el general Villa antes de que se abrieran los fuegos por una y otra parte, llegaron a la madrugada del 6. Por tales informes, el jefe de la División del Norte supo que una parte de caballería del general Estrada había llegado a la hacienda del Cacalote, de donde tuvo que retirarse al sentir la marcha de una columna de caballería que avanzaba del rumbo de Salvatierra. Supo asimismo, que durante la noche, sus tropas tenían formado un semicírculo que, partiendo de la vía férrea de Celaya a Empalme, terminaba al sur, en el camino de Acámbaro. Y esto último, precisamente, significaba que cada ejército se hallaba ya tendido sobre una línea de combate y que por lo mismo éste no podía ser eludido.

Tampoco era dable ordenarse a las fuerzas villistas una demora en el ataque, a fin de esperar la llegada de los trenes de artillería y que los cañones quedasen emplazados. Ya no era, pues, la hora de retroceder ni de reconsiderar los males que acarrearían al villismo,

los movimientos desordenados llevados a cabo en medio del entusiasmo producido por el triunfo en El Guaje.

A tales horas, que acercaban más y más a los ejércitos enemigos, no restaba otro remedio que el de tomar la iniciativa y poner en marcha todos los instrumentos posibles a fin de que la artillería, en la que mucho fiaba el general Villa, quedase movilizada a las primeras horas del día 6; pues si los generales villistas habían emplazado cuatro baterías al poniente de Celaya, éstas no serían bastantes para causar daños de consideración dentro de la plaza ni en las trincheras levantadas por los carrancistas sobre los bordos de las acequias del regadío.

Considerando así inminente la batalla, el general Villa mandó a la mañana del 6, que su tren avanzara a Sarabia. Aquí abandonó su coche-dormitorio, para marchar a caballo hacia Cortazar, en donde estableció su cuartel general.

Para esta hora, un cañonazo disparado del campo carrancista, hizo saber a los defensores de la plaza que el enemigo estaba al frente, lo cual levantó una ola de entusiasmo, principalmente en los batallones de Sinaloa y Sonora, cuyos soldados eran los que sentían verdaderos deseos de medir sus armas con las del villismo.

El combate empezaba, y el general Villa mandó al general José Rodríguez, para que con dos brigadas de caballería, que en tales momentos se incorporaban al cuartel general procedentes de Irapuato, fuese en apoyo de los jinetes de Estrada, auxiliando a éste hacia la izquierda y derecha de la defensa carrancista, de manera que Estrada pudiera maniobrar para un ataque de caballería, porque aparte de que los carrancistas estaban allí favorecidos por uno de los principales canales de riego, el general Obregón, con mucho acierto había mandado construir loberas y reforzar los parapetos y concentrar el mayor número de ametralladoras.

Rodríguez se puso en marcha, cuando ya el general Estrada había realizado con tanto denuedo como torpeza, dos cargas de caba-

llería sobre los carrancistas atrincherados, puesto que sin hacer daño a los defensores de la plaza, en cambio, por atrabancado, había perdido numerosos soldados.

Sin embargo, todavía hasta la entrada de la tarde del primer día del ataque, sólo la mitad de las fuerzas villistas tomaban parte en la acción; y como el combate estaba generalizado, Villa conforme iban llegando sus tropas del norte, ya en trenes, ya por tierra, las iba enviando al frente, de manera que la lucha se acrecentaba, máxime que con la rápida movilización de las plataformas que transportaban los cañones, se logró que quedasen emplazadas otras baterías. Así, para las horas de la tarde, cerca de 40 bocas de fuego bombardeaban la plaza.

Sin embargo, el cañoneo era ineficaz. El terreno, pantanoso en una parte; apenas barbechado en otras, y más adelante cortado por las acequias, imposibilitaba las maniobras que requería la artillería, con lo cual los blancos resultaban inefectivos. La mayor parte de las granadas explotaban en el centro de la plaza o más allá de las trincheras carrancistas al oriente de Celaya.

Además, las cargas de caballería sobre la gente de Obregón que estaba bien atrincherada, seguían causando bajas en las filas villistas; pues si los jinetes de Estrada y Rodríguez llegaban con extraordinario valor hasta las propias trincheras carrancistas y allí, a unos metros de distancia, vaciaban sus armas sobre los defensores de la plaza, al retroceder para alistar nuevas cargas, resultaban víctimas de las ametralladoras; también del terreno, porque estando éste —se insiste— cruzado por canales, las maniobras se dificultaban sobremanera, en detrimento de los movimientos y vidas de los atacantes.

Al recibir informes de que sus tropas no hacían progresos en el combate, el general Villa resolvió concurrir él mismo al campo de la acción, y situándose a pocos kilómetros del centro defensivo de Obregón, que estaba comandado por el general Jesús Novoa, creyó descubrir un punto débil de tal defensa, y mandó órdenes al

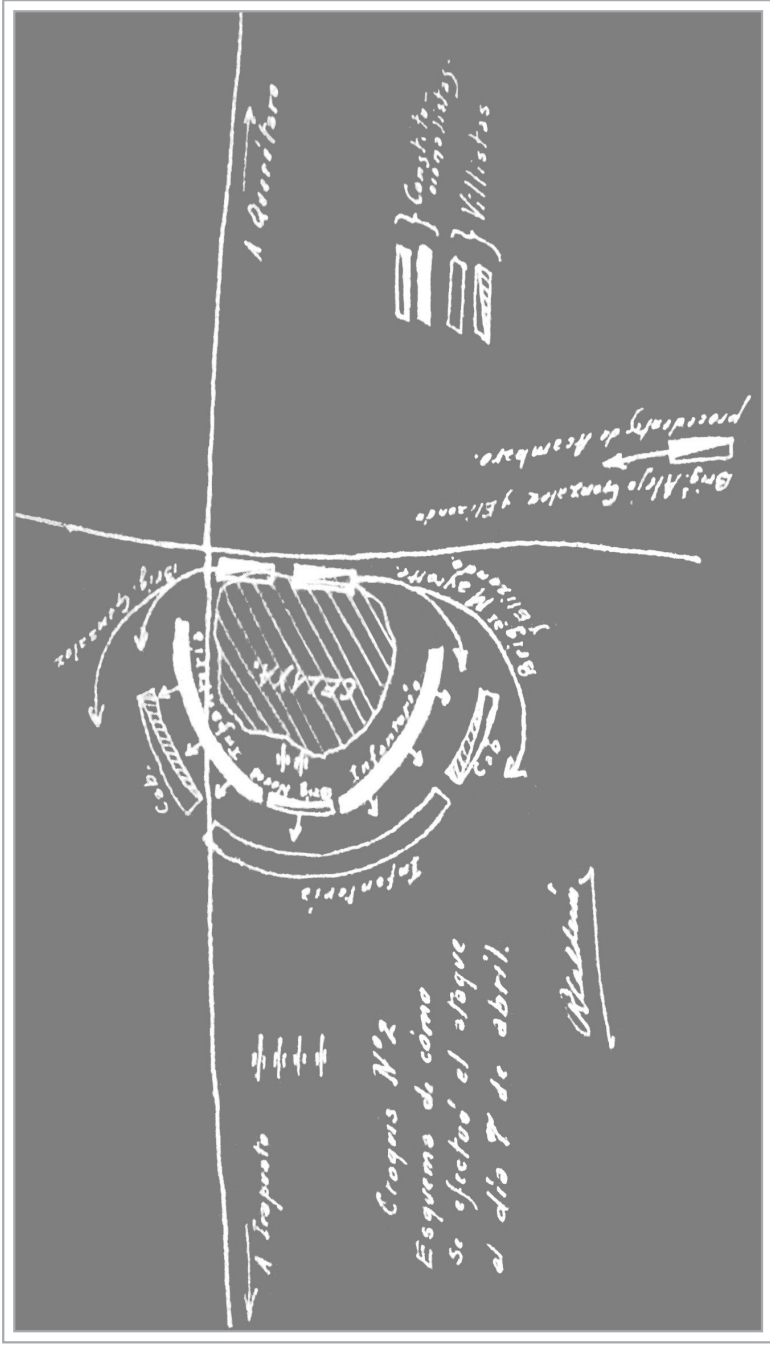
general Estrada para que, retirándose lo más posible de la línea de fuego, reorganizara su caballería e intentara abrir una brecha entre los parapetos de Novoa, mientras que la infantería villista estaría en lugar conveniente para aprovechar tal brecha, romper el frente del enemigo y hacer irrupción en la plaza.

Con mucha prontitud procedió Estrada a cumplir las órdenes del general en jefe; mas aparte de que era difícil hallar, bajo el fuego de los carrancistas, un lugar propio para dar orden a la caballería y reiniciar las cargas que tan trágicas habían sido a la mañana y al mediodía, no encontró dónde situar a la infantería que se suponía iba a ser el complemento de la orden de Villa.

Así todo, y después de un cañoneo continuado, pero siempre ineficaz de las baterías villistas sobre la línea de Novoa; el general Estrada partió, con extraordinario valor y en movimiento desesperado, al frente de sus hombres, tratando de abrir la brecha ordenada por Villa; y aunque por el ímpetu y ligereza de la caballería, Estrada logró trasponer el reducto carrancista, allí, en tan singular episodio, no sólo perdió la vida, sino que sacrificó a sus valientes soldados; y de las tres columnas que organizó para aquella temeraria hazaña, sólo una pudo salir más o menos bien librada del fuego de las ametralladoras. Las otras dos quedaron aniquiladas. Los hombres de Villa habían caído en aras de la obediencia y admiración que profesaban a aquel gigante conmovedor, que era el Jefe de la División del Norte.

La llegada de la noche salvó a la caballería de Villa de un desastre mayor. Los recuentos hechos por los generales villistas fijan que el número de muertos, en menos de media hora, fue de 480, mientras que los heridos pasaron de mil y de otros mil los prisioneros y dispersos. Hombres y cabalgaduras regados frente a las trincheras del general Obregón, ofrecían a la mañana del 7 de abril las características de una tragedia sin igual.

Villa se enteró esa misma noche de lo sucedido a las fuerzas de Estrada, así como de las mermas tenidas en la caballería de Ro-



Esquema del ataque del 7 de abril

dríguez. Tuvo conocimiento asimismo de que Obregón, durante la tarde había recibido refuerzos de hombres y pertrechos; y entregado a los consejos que manda la audacia irreflexiva, ordenó que la artillería iniciara a esa hora, y continuara durante 12 horas más, un bombardeo sobre la plaza, sin respetar los bienes civiles, de manera que la población de ser necesario, quedase arrasada.

Ordenó también el general Villa, que sus soldados permanecieran durante la noche en las mismas posiciones que habían tenido hasta la caída del día, de manera de estar preparadas para que a las primeras horas del 7, y cuando la artillería hubiese cumplido la misión encomendada, la infantería, combinada con la caballería, que quedó bajo el mando del general Rodríguez, reiniciara el ataque que el propio Villa dirigía.

Así los cañones villistas no dejaron de tronar durante toda la noche; y como se observara que las granadas causaban poco o ningún daño en las trincheras y que la plaza parecía imperturbable no obstante el bombardeo, el general Villa sin abandonar un sólo momento la observación personal de los acontecimientos, ordenó que, aprovechándose de la oscuridad, las baterías fuesen movilizadas para quedar a menor distancia de los atrincheramientos enemigos y hacer así más efectivos sus fuegos. Mas la orden no pudo ser cumplida con precisión. El terreno era del todo impropio a las maniobras de los trenes de artillería, por lo cual en lugar de obtenerse alguna ventaja con tal movimiento, después de quedar perdidas en los canales 14 piezas, sólo 12 más pudieron ser emplazadas, mientras que las restantes seguían haciendo un fuego regular, pero inútil.

Villa, sin embargo, no quería convencerse de los inconvenientes y amenazas que ofrecía el suelo, así que él mismo hubo de cerciorarse, al despuntar el día 7, de la causa por la cual se malograban sus órdenes; y aunque quedó convencido de las dificultades que presentaba un ataque frontal como él proyectaba, no por ello desistió de la empresa; y al efecto, en seguida de mandar explorar el laberinto que

hacían las acequias, y satisfecho de que se hubiese hallado la manera de flanquear los canales, dispuso que la caballería de Rodríguez hiciera un falso movimiento hacia el camino de Acámbaro, a fin de que tal finta le dejara en posibilidad de abalanzar su infantería sobre las posiciones que ocupaban los soldados de Novoa que estaban ya muy castigados por los tantos asaltos sufridos.

Rodríguez, en efecto, realizó un movimiento hábil, que llamando la atención de Obregón hacia el sur, logró que Villa hiciera avanzar a su infantería con tanta agilidad, que lanzada ésta al asalto, empezó a quebrantar la defensa de la plaza; pues los carrancistas dejaban sus atrincheramientos y se retiraban hacia los suburbios de Celaya.

La falta de municiones, la fatiga, la desnutrición, el insomnio y la humedad de las acequias, así como la presión de los atacantes, tenían debilitados a los defensores de Celaya. Así, la penetración villista, pudo convertirse en victoria, si en esos minutos no se presenta el general Obregón en los puntos de mayor peligro, y como al tiempo de reanimar a sus soldados, hacía que se les proporcionaran dotaciones de cartuchos, el ejército que comenzaba a flaquear, se recompuso; y auxiliado que fue por tropas de fresco se inició un contraataque, gracias al cual vigorosa y prontamente se iban recuperando las trincheras perdidas.

Así, lo que había empezado con una retirada carrancista, terminó con la recuperación de la línea de defensa y con el repliegue de los villistas; ahora que este repliegue ya no era con el objeto de dar oportunidad a la reorganización del ataque. En esta ocasión, era en cumplimiento de una orden general de Villa. La División del Norte debería retirarse y concentrarse en Cortázar y El Guaje.

El general Obregón creyó ver, en esta retirada del enemigo, la derrota de Villa, y entregado al entusiasmo, consideró llegada la hora de perseguir y exterminar al villismo, por lo cual ordenó al general Cesáreo Castro, que con la caballería que estaba en la plaza y que era

en su mayoría de las fuerzas del general Alejo González, saliera de Celaya tras de los villistas.

Castro, sin embargo, no pudo avanzar más de 14 kilómetros en seis horas; pues sus tropas, al igual de lo que había acontecido a las villistas, quedaban entrampadas a cada poco andar entre el laberinto de los acequias. Villa, que con sus propios ojos había advertido la imposibilidad de las maniobras de caballería, hizo omisión de sus perseguidores; e informado de la concentración de sus fuerzas, tanto en Cortazar como en El Guaje, marchó a Irapuato desde donde anunció que reharía sus planes, sus fuerzas, sus abastecimientos y todo lo que le pudiese servir para volver al ataque a la plaza.

Obregón, en cambio, aprovechándose hábilmente de la retirada de Villa, festejaba el triunfo de las armas constitucionalistas; ahora que el Primer Jefe no correspondía al optimismo del general Obregón, por lo cual, ordenó a éste, que aprovechándose de la retirada de Villa, abandonara la plaza de Celaya y se replegase a la de Querétaro.

Mas el general Obregón hizo disimulo de tal orden. Bien conocía el ánimo del hombre de guerra, y por lo mismo no ignoraba que su permanencia en la plaza le daba mucha jerarquía, estimulaba a sus soldados, sembraba las dudas en el campo villista y con todo esto, en el caso de volver el enemigo al ataque, tenía asegurado el triunfo.

Para una determinación de tal naturaleza, mucho ayudaba al general Obregón su osadía reflexiva. También la fe en su persona individual; la creencia de que poseía virtudes de guerrero sin par y la seguridad de que las 900 bajas sufridas por sus fuerzas durante el ataque, serían repuestas pronta y fácilmente.

Villa, por su parte, también creía en sí mismo. Creía, igualmente, en su buena estrella. Fiaba en su audacia a pesar de ser ésta tan irreflexiva a par de orgullosa. Tenía la certeza de que en pocos días podría reemplazar los 1,200 hombres perdidos en el ataque de Celaya y los 2 mil heridos y prisioneros. Por todo esto, apenas reinstalado en Irapuato, empezó a pedir al norte y al oriente del país, el envío de

refuerzos. Pedía asimismo a sus agentes en El Paso, el suministro de material bélico. El general Villa estaba enardecido. Era, quizás más que con anterioridad a la retirada el gigante conmovedor que representaba, simbólicamente, el alma sublevada de la clase rural de México.

Fuentes para los capítulos

XI. LA ANTIAUTORIDAD

La violencia como sistema

V. Huerta, *Manifiesto*, México, 22 de febrero de 1913; Cámara Diputados, *Diario de Debates*, México, 19, 23 y 27 de febrero de 1913; M. Calero, *Un decenio*, *cit.*; C. Maldonado, *Los asesinatos*, México, 1922; Cámara Senadores, *Diario*, México, a partir del 19 de febrero de 1913; *El Diario*, México, 23 y 25 de febrero de 1913; *Novedades*, México, a partir del 12 de marzo de 1913.

El alma de la venganza

El Diario, México, 12 al 19 de marzo de 1913; *apud* Maldonado; T. Esquivel Obregón, *al servicio*, *cit.*; M. Bonilla, *Memoria supra*.

La continuidad constitucional

V. Huerta, *Informe*, México, abril de 1913; *apud* Calero; R. Reyes, *op. cit.*; V. Carranza, *Informe*, México, 1917; *El Imparcial*, México, a partir del 20 de marzo de 1913.

La autotitulación de Huerta

V. Huerta, *Informe*, *cit.*; *Manifiesto*; Esquivel Obregón, *op. cit.*; V. Huerta al Gobierno de Sinaloa, México, 18 de febrero de 1913. Ms. V.; V.

Huerta, *Decreto*, México, 19 de febrero de 1913; G. Maas, *¡Al ejército!* México, febrero de 1913; J. María Maytorena, *Mi actuación en 1913*. Ms. Arch. Maytorena; V. Huerta a los gobernadores, Telegramas 20 y 21 de febrero de 1913. Ms. Arch Huerta; V. Huerta, Bando, México, 20 de febrero de 1913; A. Junco, "Madero y Carranza", en *El Universal*, México, 7 de abril de 1934 y ss.; V. Carranza, *Decreto 1495*, Saltillo, 19 de febrero de 1913; A. Breceda, *México revolucionario*, Madrid, 1919; A. Junco, *Carranza*, México, 1935.

La personalidad de Carranza

Apud Breceda; M. Alesio Robles, *Ideales de la Revolución*, México, 1935; *apud* Acuña; B. Mena Brito, *Carranza*, México, 1935; R. Pineda a J. M. Garza, México, 3 de marzo de 1892; V. Carranza a F. I. Madero, 4 Ciénegas, 27 de julio de 1910; V. G. Mellado, *Tres etapas de México* (1916).

Los problemas del huertismo

Q. Moheno, *Mi actuación política*, México, 1939; M. Elena S. Pallares, *Teodoro Dehesa*, *cit.* Félix F. Palavacini, *La estética de la tragedia*, México, 1933; E. Iturbe, *op. cit.*; Charles W. Hachett, *The Mexican Revolution*, Washington, 1927; H. Lane Wilson, *Diplomatic episodes*, Nueva York, 1927; *apud* Rodolfo Reyes.

El camino de Carranza

Apud Acuña; J. Fernández Cabrera, *Mi viaje*, México (1915); J. Morales Hesse, *El general Pablo González*, México, 1916; A. Teracena, *Carranza contra Madero*, México, 1934; F. L. Urquizo, *Carranza*, Pachuca, 1935; V. Carranza, *Manifiesto*, Ramos Arizpe, 24 de febrero de 1913; V. Carranza, *Al pueblo*, Saltillo, 3 de marzo de 1913.

Carranza, guerrero

Apud Mena Brito; A. González Blanco, *El déspota*, Madrid, 1956; Anónimo, *The Revolutionary Revolt*, Washington, 1915; V. Carranza, *Manifiesto*,

Saltillo, 20 de febrero de 1913; F. L. Urquiza, *op. cit.*; *apud* Acuña; *Plan de Guadalupe*, Edición Piedras Negras, abril de 1913; E. J. Múgica, *El Plan de Guadalupe*. M. S. V; F. Cervantes, *Felipe Ángeles*, México, 1942; *apud* Breceda; V. Carranza, *Decreto*, Piedras Negras, 15 de mayo de 1913; J. M. B. Maytorena, *Mi encuentro con Carranza*, S. F. MS. Arch. Maytorena.

La situación de Huerta

T. E. Obregón a Cámara Senadores, México, 28 de febrero de 1913. Ms. V.; T. E. Obregón, *Mi labor*, *cit.*; T. Esquivel Obregón a Cámara, México, 7 de mayo de 1913, MS. V.; Congreso, *Dictamen*, México, 1913; M. Gual P., *El régimen porfirista*, La Habana, 1920; V. Huerta, *Informe oficial*, México, 1913; Luis F. Bustamante, *Bajo el terror*, San Luis, 1916; M. Calero, *Un decenio*, *cit.*; E. Hernández, *Más allá del desastre*, México, 1913; Palavicini, *Los diputados*, *cit.*; F. Vázquez Gómez, *Memorias*, *cit.*; Senado, *Diario*, México, 9 de abril de 1913 y ss.; *Novedades*, México, 9 de abril de 1913 y ss.; *El País*, México, correspondiente a abril de 1913; *Aviso de reclutamiento*, México, 15 de abril de 1913; Detal de la Secretaría de Guerra, Informe sobre el ejército, México, 18 de abril de 1913. Manuscrito Arch. Huerta.

Huerta en Estados Unidos

A. Enríquez, *Dictadura presidencial*, México, 1913; R. Sánchez Escobar, *El ocaso de los héroes*, México, 1934; Acta de la Conferencia celebrada por el coronel Pascual Orozco. En campamento revolucionario, 30 de marzo de 1913 Ms. V.; A. Taracena, *La tragedia zapatista*, México, 1931; *apud* Morton Callahan; Isidro y Fabela, *Historia*, *cit.*; *Los Estados Unidos contra la libertad*, Barcelona (1916); Haya Hammond, *op. cit. supra*; E. Wilson McAdoo, *The Woodrow Wilson*, Nueva York, 1917; M. Doblado, *México para los mexicanos*, México, 1913; M. Calero, *La política mejicana*, Madrid, 1916; W. Wilson, *Congressional Government*, Boston, 1925; W. Jennings Bryan, *The Memoris of*, Filadelfia, 1925; J. Daniels, *Life of Woodrow Wilson*, Nueva York, 1925.

Alzamiento en Sonora

A. Obregón, *Ocho mil kilómetros en campaña*, México, 1918; José Ma. Maytorena, *Algunas verdades*, Los Ángeles, 1919; J. Gonzalo Escobar, *Sus campañas*, en cinta magnética, J. C. V.; Juan. C. Cabral, *Noticias sobre nuestra campaña en Sonora*. S.f. Ms. *apud* Villarreal; M. A. Sánchez Lamego, *Historia militar*, México, 1956, Primera parte.

El primer caudillo

B. Mena Brito, *Carranza*, *cit.*; J. A. Tamayo, *El general Obregón*, México, 1922; *apud* Aguirre Berlanga; Jorge A. Rueda, *Pluma falsa*, México, 1920; *vide* Obregón; R. Quiroz Martínez, *Álvaro Obregón*, México, 1928; *apud* Maytorena.

Levantamiento en Chihuahua

R. Puente, *Villa en pie*, México, 1934; Martín Luis Guzmán, *Memorias de Pancho Villa*, México, 1939; M. Bonilla, *Memorias*, *cit.*; A. Gómez M., *La entrada de Villa*, s.f. MS. V.; *Times*, El Paso, a partir del 7 de marzo de 1913, P. González Blanco, *De Porfirio Díaz a Carranza*, Madrid, 1916; Félix C. Ramírez, *La verdad sobre la Revolución*, México, 1944; *apud* Barragán; Anónimo, *Con el Villismo de 1913* Ms. V. *vide* Sánchez Lamego.

XII. SOBRE LAS ARMAS

La determinación popular

Jesús Millán, *Cenizas de la hoguera*, México, 1913; J. Romero Flores, *Anales*, México, 1939, tomo II; J. Amaro, *Recuerdos*. Ms. Valadés; G. G. Sánchez, *Al pueblo*, Tacámbaro, 18 de abril de 1913; Luis Zúñiga, *Carrasco en la Revolución*, Culiacán, 1958; G. Gavira, *op. cit.*; J. C. Valadés, *Las caballerías de la Revolución*, México, 1936; J. Ortiz

Rodríguez, *El doctor Miguel Silva*, México, 1940; Ramón E. Iturbe, *Apuntes Ms. V.*; E. Bordes Mangel, *Gabriel Hernández y la Revolución en Hidalgo Ms. V.*; P. del Castillo, *Me dirijo al pueblo*, Tlaxcala s.f.; J. M. Buelna, "Rafael Buelna", en *Cuadernos sinaloenses*, Culiacán, agosto de 1935; J. Amaro, "Con Gertrudis Sánchez en 1913", en *La Opinión*, Los Ángeles, 13 de mayo de 1934.

El Congreso y Huerta

F. Pavicini, *Los diputados, cit.*; Estética, *cit.*; Suprema Corte de Justicia, *Aviso importante*, México, marzo de 1913; *apud* Esquivel Obregón; Q. Moheno, *op. cit.*; V. Calva, *En honor*, Puebla, 1915; L. Cabrera, *Obras, cit.*; Varios, *Joaquín E. Casasús*, México, 1920; J. C. Valadés, "Cómo aplastó el huertismo", en *La Opinión*, Los Ángeles, 26 de junio de 1932; A. Rivera de la Torre, *Juárez-Carranza*, México, 1918; C. W. Barron, *The Mexican Problems*, Boston, 1917; Q. Moheno, *Impresiones de viaje*, San Antonio, 1913.

La situación económica del país

Mario J. Domínguez Vidal, *La selva de Tabasco*, México, 1942; M. Aguirre Berlanga, *Revolución y Reformas*, México, 1918; Anónimo, *Evolución*, Mérida, 1913; I. Fabela, *Arengas revolucionarias*, Madrid, 1916; A. Enríquez, *Dictadura presidencial*, México, 1913 (P. Lamicq), *iPiedad para el indio!*, México, 1913; T. Esquivel Obregón, *Proyecto de Ley*, México, 1913; Secretaría de Justicia, *Proyecto de Ley*, México, 1913; R. Prida, *De la dictadura*, tomo II; *El Imparcial*, México, abril y mayo de 1913.

La "mano dura"

N. Valdés, *El asesinato del profesor Monroy*. Ms. V.; G. Mellado, *Crímenes del huertismo*, México, 1915; J. Martínez Rojas, *Asesinato oficial*, México, 1914; L. F. Bustamante, *Bajo el terror*, San Luis, 1916; S. Quevedo y Zubieta, *Huerta*, México, 1916; Bloque Nacional, *Memorable*

discurso, México, 1913; *La Révolution au Mexique*, París, a partir del 27 de junio de 1913; A. Aragón, *Escenas de la Revolución*, París, 1916.

La autoridad de Carranza

Apud Romero Flores; Obregón *op. cit.*; B. Mena Brito, *Felipe Ángeles*, México, 1956; Luis Cabrera, *La herencia*, *cit.*; V. Carranza, *Decreto*, Piedras Negras, 26 de abril de 1913; V. Carranza, *Decreto doce*, Monclova, 10 de mayo de 1913; V. Carranza, *Circular*, Piedras Negras, junio de 1913; N. Sales, *Defensa*, México, 1920; V. Carranza, instrucciones, Monclova, mayo de 1913; Ms. González; Papeles varios, cuartel general, Monclova, abril-mayo de 1913. Ms. Archivo González; V. Carranza, *Decreto*, Monclova, 4 de julio de 1913; *apud* Breceda.

El gobierno de Hermosillo

Apud Barragán; I. Bonillas, *Circular*, Hermosillo, 19 de diciembre de 1913; E. Perusquia, *Circular 362*, Hermosillo, 29 de diciembre de 1913; V. Carranza, *Decreto 13*, Hermosillo, 27 de noviembre de 1913; V. Carranza, *Decreto 15*, Hermosillo, 4 de enero de 1914; *El Constitucionalista*, Hermosillo, a partir del 2 de diciembre de 1913; V. Carranza, *Informe*, *cit.*

La ciudad capitana

El Constitucionalista, *cit.*; Obregón, *op. cit.*; A. Maytorena, Carranza y yo. Ms. Archivo Maytorena; Aguirre Berlanga, *op. cit.*; J. de Dios Bojorquez, *Crónica*, México, 1938; Luis Cabrera, *The Mexican Situation*, Washington, 1913; Juan E. Cabral a Antonio I. Villarreal, Nogales 25 de enero de 1921. Ms. Archivo Villarreal; J. M. Maytorena, Noticia de lo que pasó, s.f. Ms. V.; F. Riveros a V. Carranza, San Blas, 25 de octubre de 1913. Ms. V.; R. F. Iturbe, Informe al primer jefe, San Blas, s.f. Ms. V.; Fabela, *op. cit.*

Obregón, *op. cit.*; *apud* Barragán; *vide* Sánchez Lamego; J. Gonzalo Escobar, Grabación *supra*; Francisco R. Serrano, Hoja de Servicios. Archivo Serrano; I. Cabral, Cartas *cit.*; F. Torres Vivanco, Recopilación de hechos. Ms. V.; J. Tamayo, *El general Obregón, cit.*; Miguel Laveaga, Hoja de servicios, Ms. V.; Aragón, *op. cit.*; Anónimo, La derrota de Ojeda, Nogales, 1913; Nota Ms. del general Gil Arch. Fam. Gil; Cartas de Maytorena 1913. Arch. Maytorena.

La guerra en Sinaloa

Apud Grabación Escobar; Macario Gaxiola a R. F. Iturbe, San Blas, 3 de septiembre de 1913. Ms. V.; R. F. Iturbe, Reseña, San Miguel Zapatlán, 2 de septiembre, Ms. V.; L. Zúñiga, *op. cit.*; J. Carrasco, Hoja de servicios. Ms. V.; Ramón F. Iturbe, Hoja de servicios. Ms. V., Rafael Buelna, Recuerdos de aventuras revolucionarias. Ms. V.; *apud* Barragán; Anónimo, Informe al C. general R. F. Iturbe. Ms. V.; Fernando Torres Vivanco, Archivo de los revolucionarios sinaloenses Ms. V.; P. E. Calles a Obregón, Hermosillo, 13 de junio de 1913. Ms. V.

El cuerpo del ejército del noroeste

Obregón, *op. cit.*; Quiroz Martínez, *op. cit.*; F. Torres Vivanco, Recopilación de informes; A. Camus Cienfuegos. Noticia sobre el cuerpo de ejército del noroeste. s.f. Ms. Arch. Serrano; F. R. Serrano, Hoja de servicios *cit.*; *El Constitucionalista*; R. F. Iturbe, Parte del avance de San Blas, Campamento, s.f. Ms. V.; R. F. Iturbe, Parte de la toma de Culiacán. Ms. V.; Barragán, *op. cit.*; Obregón a Carrasco. Tel., Campamento, 7 de noviembre de 1913. Ms. Papeles Torres V.

La División del Norte

J. M. Palomares y F. Múzquiz, *Las campañas del norte*, México (1915); A. Taracena, *En el vértigo de la Revolución*, México, 1930;

A. G. Morentín Ms. *cit.*; M. Chao a F. Villa, Torreón, 14 de octubre de 1913. Ms. Arch. Morentín; B. Argumedo, Parte, Torreón, 28 de septiembre de 1913. Ms. Arch. Morentín; C. Congreras, Hoja de servicios, Ms. Arch. Morentín; Anónimo, Maclovio Herrera con Villa, s.f. Ms. Arch. Morentín; J. Morales Hesse, *El general Pablo González*, *cit.*; Grimaldo, *op. cit.*; J. G. Amaya, *Venustiano Carranza*; *apud* Sánchez Lamego; Barragán, *op. cit.*; Mena Brito, *Felipe Ángeles*, *cit.*; Antonio I. Villarreal, *Recuerdos*, *cit. supra*; Papeles varios. Ms. Fam. Yuriar.

Los triunfos de Villa

Anónimo, *La toma de Ciudad Juárez*, El Paso, 1914; Antonio I. Villarreal, *Recuerdos* *cit.*; *apud* Sánchez Lamego; Mena Brito, *Felipe Ángeles*, *cit. supra*; J. F. Múgica, *Lucio Blanco*. Ms. V.; Aguirre Berlanga, *cit.*; J. M. Márquez, *El 21*, *cit. supra*; *apud* Puente; *Times*, El Paso, 12 al 25 de noviembre de 1914. F. Villa, Parte que rinde, Ciudad Juárez, 10 de diciembre de 1913. Ms. Morentín.

La guerra en el oriente

J. M. Márquez, *op. cit.*; *apud* Aguirre Berlanga; L. Blanco, *Título de propiedad* (Matamoros), 1913; A. de María y Campos, *Múgica*, México, 1933; P. González a I. E. Lozano, Laredo, 17 de mayo de 1921; Ms. Arch. Lozano; P. González, *Los roba vacas y la Revolución*, Laredo, s.f. Ms. Arch. Lozano; J. Hernández Rojas, *op. cit.*, *supra*; A. I. Villarreal, Hoja de servicios, Ms. Arch. Villarreal; P. González, Hoja de servicios, Ms. Arch. Villarreal.

La guerra de guerrillas

Tomás Pérez Ponce, *Mis años de revolucionarios*, Ms. V.; Tarracena, *Mi vida*, *supra*; anónimo, *La Revolución de 1913*, México, 1915; J. Amaro, *Las campañas de*, Ms. V.; *apud* Márquez; María y Campos, *op. cit.*; Barragán, *cit. supra*; J. Millán., *op. cit.*; R. Cuéllar, *Informe*, Guanajuato,

1914; *apud* Sánchez Lamego; G. Mellado, *op. cit.*; M. Galindo, *Al través*, Guadalajara, 1920; W. Thompson, *Trading with Mexico*, Nueva York, 1921.

XIII. LA CAPITAL

La ambición revolucionaria

Sánchez Lamego, *op. cit.*, segunda parte; Pablo L. Martínez, *Lecciones de historia*, México, 1958, G. Mellado, *op. cit.*; Sánchez Escobar, *op. cit.*; Mauro R. Saucedo, Hoja de servicios, Ms. V.; M. L. Cornejo, Su comportamiento en Baja California, Informe confidencial, s.f. Ms. Arch. De la Huerta; R. F. Iturbe, Papeles sobre la campaña en Baja California, Ms. V.; F. Bañuelos, Hoja de servicios. Ms. Villarreal.

La acción del zapatismo

E. Zapata y otros, Reforma al Plan de Ayala, Campamento Revolucionario, 30 de mayo de 1913; E. Zapata, *Manifiesto*, Campamento en Morelos, 20 de octubre de 1913; Baltazar Dromundo, *Emiliano Zapata*, México, 1934; José Juan Ortega, *Odisea estudiantil*, México, 1955; Gildardo Magaña, *op. cit.*, tomo II; A. I. Villarreal, Recuerdos, citado; Blas Urrea (Luis Cabrera), *La herencia*, México, 1920; A. Tarracena, *Tragedia*, *cit.*

La disolución del Congreso

V. Huerta, *Decreto*, Palacio Nacional, 11 de octubre de 1913; V. Huerta, Manifiesto Presidencial, Palacio Nacional, 11 de octubre de 1913; V. Huerta, *Decreto del C. Presidente*, P. Nacional, 11 de octubre de 1913 M. Garza Aldape al H. Cuerpo Diplomático. Ms. Arch. Huerta; Q. Moheno, *cit. supra*; E. O. O'Shaughnessy, *A diplomatic wife*, Nueva York, 1916; *La Nación*, México, a partir 10 de octubre de 1931; *El*

Imparcial, México, 12 de octubre de 1913 A. Rodríguez, *Don Pascual*, México, 1920; Morton Callaham, *op. cit.*; G. Ponce de León, *La paz y sus colaboradores*, México, 1914; Calero, *Un decenio*, *cit.*; *apud* Rius Facius; Anónimo, *La disolución*, México, 1913; R. Reyes, *De mi vida*, tomo II; *Diario de los debates*, México, 10 de abril de 1913; V. Huerta, *Informe del ciudadano general*, México, 1913.

Últimas esperanzas del huertismo

V. Huerta, *Informe del C. general*, México, 1913; *Diario Oficial*, México, 30 de septiembre, 1 de octubre, 20 de noviembre de 1913; *The Annual Report of the Council*, Londres, 1913; E. Gorostieta, *Contrato*, México, 30 de septiembre de 1913, Ms. V.; Huerta, *Decreto*, 30 de marzo de 1914; Secretaría de Hacienda, *Decreto*, 30 de marzo de 1913; Ms. V.; W. F. Mac Caleb, *The Public Finances*, Nueva York, 1921; Secretaría Hacienda, *La Hacienda Pública de México*, México, 1951; Cámara de Diputados, *Informe*, México, 1913; V. Huerta, *Decreto*, México, 25 de octubre de 1913 A. Manero, *La reforma bancaria*, México, 1958; T. E. Obregón, *Contrato celebrado*, 9 de julio de 1913; A. de la Lama, *Contrato*, 31 de octubre de 1913; Banco del País a Ministro de Hacienda, París, 26 de junio de 1913; E. Madero, *Deuda amortizable*, México, 22 de mayo de 1912; T. Obregón, *Informes*, 12 de agosto de 1913; Anónimo, *conversión de créditos*, 1913; Anónimo, *Empréstito de Huerta*, México, 1913; Senadores, *Dictamen*, México, 1913.

La pléyade del constitucionalismo

V. Carranza, *Decreto 16*, Hermosillo, 4 de enero de 1914; *Cartas de Naturalización en Decretos*; *Diario Oficial*, Hermosillo, 9, 17, 29 de diciembre de 1913; 24 y 26 de enero de 1914; V. Carranza, *El Primer Jefe*, *Decreto*, Culiacán, 12 de febrero de 1914; José J. Ortega, *Odissea estudiantil*, México, 1955; Carlos R. Menéndez, *Labor negativa*, Mérida, 1932, R. Gayón, *El general Blanquet*, Nueva York, 1918. R. F. Iturbe, *Lecciones de Teosofía* Ms. V.; F. Torres Vivanco, *El general*

Iturbe. Ms. V.; L. Fabela, *Aregas, cit.*; S. Alvarado, *La reconstrucción, supra*, A. de la Huerta a J. C. Valadés, Correspondencia epistolar de 1935 a 1942. Ms. V.

La marcha a Guadalajara

Felipe Ángeles a J. Maytorena, Correspondencia epistolar, enero a agosto de 1918. Ms. Maytorena; V. Mena Brito, *Felipe Ángeles, cit.*; Maytorena, *op. cit.*; *apud* Obregón; Aragón, *cit. supra.*; R. Buelna a A. Obregón, Guadalajara, 18 de noviembre de 1923. Ms. V.; L. Blanco, Hoja de Servicios, Ms. Arch. Lozano; *Regeneración*, Los Ángeles, junio a septiembre de 1913; *apud* O'Shaughnessy; V. Carranza, *Informe*, México, 1916. J. Gualberto Amaya, Carranza, *op. cit.*; Morton Callahan, *op. cit.*

Las discordias revolucionarias

González Blanco, *De Porfirio Díaz a Carranza*, Madrid, 1916; J. N. Palomares y F. Múzquiz, *op. cit.*; Andrés Villarreal; R. González Garza, *La batalla de Torreón*, Torreón, 1914; E. Cervantes, Felipe Ángeles, México, 1942; M. Ramos, *Un soldado*, México, 1960; H. Galindo, *Un presidenciable*, México, 1919. J. Morales Hesse, *op. cit.*

XIV. LA VICTORIA

Relaciones con Estados Unidos

J. Daniels, *The Wilson Era*, Nueva York, 1922. J. Freg Rippy, *The United States and Mexico*, Washington, 1916; R. S. Baker, *The Public Papers of W. Wilson*, tomo IV, edición 1927; J. E. Robinson, *The Foreign Policy*, Nueva York, 1917; W. Wilson, *Congressional Government*, Boston, 1925; W. J. Bryan, *op. cit.*; Charles Seymour, *The Intimate Papers*, tomo I. Boston, 1926; M. Calero, *La política, cit. supra*; Jorge Flores D. "Carlos Pereira y el embajador", en *Historia de México*, México, julio

a 27 de agosto de 1913; H.C.F.L., *Woodrow Wilson*, Nueva York, 1945; *Congresional Records*, Washington, 1914.

La ocupación de Veracruz

Eleanor Wilson Mac Adoo, *The Woodrow Wilsons*, Nueva York, 1937; J. K. Turner, *Hand off Mexico*, Nueva York, 1920; Fabela, *Arengas*, *cit. supra*; R. de Zayas Enríquez, *El caso de México*, México, 1914; Raziél García Arroyo, *La Heroica Escuela Naval Militar*, México, 1961; G. Ponce de León, *La Paz*, *op. cit.*; M. Calero, *La política*, *op. cit.*; A. A. Rodríguez, *op. cit.*; Comité Civil de Defensa, *Boletín*, s.f. (22 de abril de 1913); Anónimo, *A los patriotas mexicanos*, México, 24 de abril de 1913; Acción Nacional, *Al pueblo de México*, abril de 1913; *¡A las armas mexicanos!*, México, abril de 1913; V. Carranza, *Informe*, *supra*; Estado de Sinaloa, *Homenaje*, Culiacán 1959; Joseph P., *Al pueblo de México*, abril de 1913; *¡A las armas mexicanos!*, México, abril de 1913; V. Carranza, *Informe*, *supra*; Estado de Sinaloa, *Homenaje*, Culiacán, 1959; Joseph P. Tumulty, *Woodrow Wilson*, Garden City, 1921; M. Alesio Robles, *Obregón*, México, 1933; *El Imparcial*, México, a partir del 20 de abril de 1914; F. Ramírez Blancarte, *La Ciudad de México*, México, 1941; F. Fletcher, *Proclama*, Veracruz, 22, 25 y 26 de abril de 1914; V. Huerta, *Manifiesto*, México, 25 de abril de 1914; M. Rodríguez, *Me dirijo a los cabecillas rebeldes*, Mazatlán, 28 de abril de 1914, Anónimo, *La patria está amenazada*, Guaymas, febrero de 1914; *apud* Obregón; Bonilla, *Memorias cit.*

El triunfo de Villa

M. Bonilla, *Memorias cit.*; Cervantes, *Felipe Ángeles*, *cit.*; A. I. Villarreal, *Recuerdos*, Ms. *cit.*; A. Tarracena, *En el vértigo*, *cit.*; F. Ángeles, *Justificación*, Ms. Arch. Maytorena; L. Medina Barrón, *La pérdida de Zacatecas*, Informe personal, Ms. Arch. A. I. Villarreal; R. Puente, *Villa en pie*, *cit.*; A. Obregón, *Decreto*, Guadalajara, 14 de julio de 1914.

Obregón, obra citada; M. M. Diéguez, *Manifiesto*, Guadalajara, 10 de julio de 1914; M. M. Diéguez, *Decreto*, Guadalajara, 12 de julio de 1914; Obregón, *Decreto*, Guadalajara, *cit.*; Anónimo, Denuncia sobre la labor sediciosa del Clero hacen los liberales, Ms. Arch. Buelna; M. Diéguez, La conspiración clerical, Guadalajara, 21 de julio de 1914, N. Valenzuela, *Boletín Militar*, Guadalajara, 28 de julio de 1914; Manuel Alvarado y otros, *Señor presidente*, Guadalajara, 1918; A. I. Villarreal, *A los jefes de armas*, Circular Uno, *Los Aldamas*, febrero de 1914; A. I. Villarreal, *Decreto*, Monterrey, A. de la Huerta, *Informe*, Hermosillo, 1917; Esperanza Melgarejo, La Revolución, Ms. V.

Fuga de Huerta

Anónimo, "La trágica pesadilla huertiana", *El Demócrata*, México, 24 de enero de 1916; Bryan, *Memoirs*, *cit.*; *El Imparcial*, México, 26 de abril de 1914 y ss.; Q. Moheno, *Mi actuación*, *cit. supra*; Q. Moheno, *Cosas del Tío Sam*, San Antonio, 1916; Calero, *La política*, *cit. supra*; Carranza, *Informe*, *cit.*; *apud* Morton Callahan; M. Calero, *Un decenio*, *cit. supra*; *apud* O'Shoughenessy *cit.*; G. de la Parra, *De cómo se hizo un revolucionario*, México, 1945; R. Salazar, *Las pugnas de la gleba*, México, 1923; E. Wilson, *op. cit.*

Rendición de la capital

E. Itrubide, *Mi paso por la vida*, México, 1945; F. Ramírez Blancarte, *op. cit.*; *El País*, México, junio de 1914; M. Calero a J. M. Maytorena, Nueva York, 14 de febrero de 1918, Ms. Arch. Maytorena; Aguirre Berlanga, *op. cit.*; *apud* A. Ramos; Obregón, *Ocho mil kilómetros*, *cit.*; J. Acuña, *Memorias*, *cit.*; Rubén Romero *et al.*, *Obregón*, México, 1935; A. Obregón, *Pena de muerte*, México, 15 de agosto de 1915; V. Carranza, *Decreto*, Palacio Nacional, 20 de agosto de 1914.

La Revolución triunfante

V. Carranza, *Decreto*, Palacio Nacional, 20 de agosto de 1914; Secretaría de Industria, *Colección*, México, 1918; F. F. Palavicini, *Mi vida*, México, 1937; V. Fernández Cué, "Mi amistad con Lucio Blanco", en *La Opinión*, Los Ángeles, 30 de septiembre de 1935 y ss.; G. Mellado, obra citada; *apud* Obregón; A. Pani, *Ayer*, México, 1954; Ruiz Facius, *op. cit.*; E. de la Garza, *Mexico and the World*, Nueva York, 1917; F. González Ros, *El aspecto agrario*, México, 1919; M. Bonilla, *Apuntes para el estudio*, Hermosillo, 1914.

La revolución social

A. López Aparicio, *El movimiento obrero en México*, México, 1951, Junta Organizadora a los H. Sindicatos Obreros, Veracruz, abril de 1913; I. Fabela, *Arengas*, *cit. supra*; J. Covarrubias y F. González Roa, *Varios estudios complementarios*, México, 1914; J. Malo Juvera, *Proyecto de Ley para el fraccionamiento*, México, 1914; Lucio Blanco, *Títulos y notas citadas*. Ms. V.; Gobierno Provisional, *Recopilación de Circulares*, México, 1916; R. Bonilla, *Memorias cit.*, Secretaría Gobernación, *Aviso al público*, México, 1 de septiembre de 1914; V. Carranza, *Decreto*, México, 30 de septiembre de 1914; *El Constitucionalista*, México, a partir del 10 de septiembre de 1914; Secretaría Hacienda, *Circular número 21*, México, octubre de 1914; Banco Nacional, *Quincuagésimo aniversario*, México, 1934; V. Carranza, *Informe*, *cit.*; Secretaría Fomento, *Decreto*, 29 de agosto de 1914; R. V. Pesqueira *et al.*, *Fórmula Benito Juárez*, México, s.f. (1914); J. Barragán, *Historia*, *cit.*, segunda época, *La Revolución Mexicana*, México, junio de 1934; J. Vasconcelos, *Teoría dinámica*, México, 1907; Juan Berrial, *La revolución del sur*, México, 1920; David L. Berlanga, *Cristianismo y socialismo y soluciones del socialismo*, Aguascalientes, 1914.

Las divergencias humanas

L. Cabrera y A. I. Villarreal a V. Carranza, México, 4 de septiembre de 1914; V. Carranza a Antonio I. Villarreal y L. Cabrera, Palacio

Nacional, 5 de septiembre de 1914 Ms. Villarreal; Genovevo de la O a A. I. Villarreal, Cuernavaca, 1 de septiembre de 1914. Ms. Villarreal; A. I. Villarreal a E. Zapata, México, 5 de septiembre de 1914. Ms. Villarreal; A. Sala, *Emiliano Zapata*, México, 1919; C. Basave Castillo Negrete, *Notas para la historia*, México, 1947; Barragán, *Historia*, *cit.*; Sánchez Escobar, *Episodios*, México, 1934, Obregón; *Ocho mil*, *cit.*; Carranza, *Informe*, *cit.*; J. M. Maytorena, *Algunas verdades*, *cit. supra*; J. M. Maytorena, *Manifiesto*, 1 de septiembre de 1914; Acta de los acuerdos, Noglaes, 29 de agosto de 1914. Ms. Maytorena; J. Romero Flores, *Análisis histórico*, México, 1939, tomo II; Secretaría de Gobernación. Recopilación, citada; V. Carranza, *Convocatoria*, México, 1 de septiembre de 1914; F. Villa, *Manifiesto*, Chihuahua, septiembre de 1914; P. Elías Calles, *Al pueblo de Sonora*, Agua Prieta, 11 de septiembre de 1914; Cabral, *Carta cit.*; M. Díaz Lombardo a J. Maytorena, Ciudad Juárez, 15 de septiembre de 1914.

XV. LA DECISIÓN

Alto en la guerra civil

V. Carranza a R. F. Iturbe, Teleg. Méx., 15 de septiembre de 1914. Ms. J. C. V.; V. Carranza, *Convocatoria*, México, septiembre de 1914; Junta Militar, *Declaraciones de la*, México, 1914; *El pueblo*, México, a partir del 13 de septiembre de 1914; A. Obregón, *Ocho mil kilómetros*, *cit.* F. Ramírez Plancarte, *La Ciudad de México*, México, 1914; J. Barragán, *op. cit.*

Situación de las facciones

A. Obregón y F. Villa, Pacto que firman, Nogales, 29 de agosto de 1914. Ms. Arch. Maytorena; A. Obregón y F. Villa a V. Carranza, C. Juárez, 3 de septiembre de 1914. Ms. Maytorena; Anónimo, *Los jefes de la Revolución dicen la verdad*, México, septiembre de 1914;

apud Ramírez Plancarte; E. Llorente, Informe, s.f., Ms. Arch. Gómez Morentín; A. Gómez Morentín, Noticias sobre Villa. Ms. J. C. V.; R. Puente, *op. cit. supra*; Anónimo, *La Junta Militar*, México, 2 de octubre de 1914; A. Díaz Soto y Gama, Noticias sobre Zapata, Ms. J. C. V.; *El Liberal*, México, septiembre de 1914; Barragán, *op. cit.*, Anónimo, *La soberanía*, Oaxaca, 1915; R. González Garza. La junta, Ma. V.; M. Bonilla, Memorias, Mo. V.

La situación exterior

La Prensa, San Antonio, 1 de octubre y ss: Callahan, *op. cit. supra*; I. Fabela, *Neutralidad*, México, 1945; L. Cabrera, en *Diario de los Debates*, 9 al 12 de septiembre de 1917; F. Villa, *Manifiesto*, El Paso, septiembre de 1914; Jorge V. Estanol, *La Revolución*, México, 1958; J. Morales Hesse, *op. cit. supra*; F. Coss, *Sus campañas*, Ms. J. C. V.; Departamento Estadística, *El progreso*, Tacubaya, 1924.

La junta revolucionaria

V. Carranza, convocatoria-circular, México, 14 de septiembre de 1914; J. Useta, *Impresiones de guerra*, San José, 1914; El Pueblo, México, 1 de octubre de 1914 y ss.; V. Alessio Robles, "La Convención", en *Todo*; J. C. Valadés, *Las caballerías*, México, 1937; Rafael Buelna, Discurso del general, Ms. J. C. V.; H. Frías, La Convención, páginas olvidadas, Ms. J. C. V.; F. Villa, *Manifiesto*, *cit.*; *apud* Ramírez Plancarte; M. Bonilla, Memorias, Ms. *cit.*; V. Carranza, Circular, México, 22 de septiembre de 1914; F. F. Palavicini, *La estética*, México, 1933, A. Obregón, *op. cit.*

La convención de Aguascalientes

A. Pani, *Ayer*, México, 1954; A. I. Villarreal, Mis recuerdos, Ms. V.; Frías, Ms. *cit.*; *El Pueblo*, México, 10 al 18 de octubre de 1914; Lista de los Delegados, Ms. J. C. V.; Actas de la Convención, Ms. Arch. Vi-

llarreal; V. Alessio Robles, Artículos citados; *Todo*, México, a partir del 27 de octubre de 1949; J. Cervantes, *El general Felipe Ángeles*, México, 1964; R. González Garza, Notas sobre la Convención. Ms. J. C. V.; *La Convención*, Aguascalientes, núms. 14 al 49; F. Ángeles, Cartas, en *La Opinión*, Los Ángeles, septiembre de 1932; J. M. Maytorena, *op. cit.*; J. M. Maytorena, Correspondencia con Ángeles, Ms. Arch. Maytorena; R. F. Iturbe, Informes sobre la Convención, Ms. J. C. V.

Los hombres de la Convención

A. Obregón, *op. cit.*; *apud* Cervantes; H. Frías, Ms. *cit.*; A. I. Villarreal, Ms. *cit.*; *Todo*, núms. *cit.*; *apud* Ramírez Plancarte; Actas de la Convención; R. González Garza, Ms. *cit.*; L. Zamora Ploves, Los villistas, S. P. I.; Arturo del Castillo, Impresiones de la Convención, Ms. J. C. V.

Política del villismo

Actas de la Conferencia. Ms. González Garza; R. González Garza, *Memorias*, Ms. *cit.*; Martín Luis Guzmán, *Memorias*, México, 1942; *El Pueblo*, México, 15 al 18 de octubre; A. I. Villarreal, Ms. *cit.*; J. M. Maytorena, Correspondencia con Ángeles *supra*.

La política del zapatismo

Apud Cervantes; Bonilla, Ms. *cit.*; F. Escudero a M. Bonilla, Torreón, 7 de octubre de 1914; M. Calero; *Un decenio*, *cit.*; F. Ángeles; *Manifiesto* (El Paso), 1919; A. Obregón, *Ocho mil*, *cit.*; Actas de la Convención, Ms. *cit.*; G. Magaña, *El zapatismo*, tomo I, México, 1932; Vda. de P. Martínez, *Memorias*, Ms. Arch. Martínez; A. Díaz Soto y Gama, Notas sobre Zapata, Ms. J. C. V.; *La Convención*, Aguascalientes, 22 de octubre de 1914 y ss.; P. Martínez, Recuerdos de la Convención, Ms. Arch. Viuda de Martínez; A. I. Villarreal, Ms. *cit.*; *El Pueblo*, México, 17 de octubre de 1917; M. Bonilla a F. Escudero, El Paso, 20 de octubre de 1914, Ms. Arch. Bonilla; R. F. Iturbe, Ms. *cit.*

La quimera zapatista

P. Martínez, Discurso, Ms. Arch. Vda. Martínez; Useta, *op. cit. supra*; A. Díaz Soto y Gama, Notas, Ms. *cit.*; A. I. Villarreal, Ms. *cit.*; Actas de la Convención, *cit.*; E. Zapata a P. Martínez, Cuautla, 28 de octubre de 1914; Ms. Vda. Martínez; *El Pueblo*, México, 24 a 27 de octubre de 1914; Obregón, *Ocho mil*, *cit.*; Anónimo, *El Plan de Ayala*, Aguascalientes, s.f.; *La Prensa*, San Antonio, Texas, 26 de enero de 1936; *La Prensa*, San Antonio, 18 de septiembre de 1932; *La Opinión*, Los Ángeles, 3 de septiembre de 1932.

XVI. EL PODER

La política de Carranza

V. Carranza, Manifiesto, *cit.*; V. Carranza a P. González, Puebla, 2 de noviembre de 1914, Ms. Arch. González; F. Cos *et al.*, *Manifiesto*, Puebla, noviembre de 1914; A. I. Villarreal, Ms. *cit.*; P. González a V. Carranza, Informe, México, noviembre de 1914. Ms. Arch. González; P. González a V. Carranza, México, 11 de noviembre de 1914, Ms. González; P. González a V. Carranza, México, 6 de noviembre de 1914; P. González a los generales, jefes y oficiales, México, 15 de noviembre de 1914, Ms.; Arch. González; F. Gutiérrez, *Manifiesto*; *apud* Cervantes; A. Obregón, *op. cit.*; Eduardo Hay a R. F. Iturbe, México, 4 de noviembre de 1914; *La Opinión*, Los Ángeles, 12 de enero de 1936; M. Bonilla, Ms. *cit.*

El presidente convencionista

A. Obregón, *Manifiesto*, México, 17 de noviembre de 1914; P. González, *Manifiesto*, México, 17 de noviembre de 1914; R. Castillo, *Las fuerzas zapatistas*, Ms. V.; J. Barragán, *Historia del Ejército*, Segunda época, México, 1946; Lucio Blanco, *Manifiesto*, México, noviembre de 1914; *apud* Ramírez Plancarte; Lucio Blanco, *Manifiesto al pueblo*,

México, 24 de noviembre de 1914; E. Gutiérrez, *Manifiesto*, México, 24 de noviembre de 1914; M. Palafox, *Manifiesto*, 28 de noviembre de 1914; E. Gutiérrez, *El presidente de la República*, México, noviembre de 1914; E. Gutiérrez, *Decreto*, México, 12 de diciembre de 1914; *La Convención*, México, 13 al 23 de diciembre de 1914; E. Gutiérrez, *Decreto*, México, 17 de diciembre de 1914; A. Díaz Soto y Gama, Cómo se conocieron Villa y Zapata, en *La Opinión*, Los Ángeles, 8 de noviembre de 1913; R. González Garza, Memorias, Ms. J. C. V.; La Convención, *Manifiesto*, México, 14 de noviembre de 1914; E. Gutiérrez, *Proyecto de Ley*, México, 1914; E. Gutiérrez, *Decreto*, 24 de diciembre de 1914; Comandancia de la Plaza, *Decreto*, México, 24 de noviembre de 1914; Comandancia, *Orden de la plaza*, México, 31 de diciembre de 1914; E. Gutiérrez, *Manifiesto*, *cit.*; B. Fernández Cué, Mi amistad con Lucio Blanco. Ms. J. C. V.; *El Monitor*, México, 8 al 14 de diciembre de 1914; *El correo español*, México, 7 al 15 de diciembre de 1914.

Preparativos de guerra

V. Carranza, *Manifiesto cit.*; V. Carranza a P. González, Puebla, 2 de noviembre de 1914, Ms. Arch. González; F. Cos *et al.*, *Manifiesto*, Puebla, noviembre de 1914; A. I. Villarreal, Ms. *cit.*; P. González a V. Carranza, Informe, México, noviembre de 1914, Ms. Arch. González; P. González a V. Carranza, México, 11 de noviembre de 1914. Ms. González; P. González a V. Carranza, México, 6 de noviembre de 1914; P. González a los generales, jefes y oficiales, México, 15 de noviembre de 1914, Ms.; Arch. González; E. Gutiérrez, *Manifiesto*; *apud* Cervantes; A. Obregón, *op. cit.*; Eduardo Hay a R. F. Iturbe, México, 4 de noviembre de 1914; *La Opinión*, Los Ángeles, 12 de enero de 1936; M. Bonilla, Ms. *cit.*

Movilización del villismo

A. Obregón, *Manifiesto*, México, 17 de noviembre de 1914; P. González, *Manifiesto*, México, 17 de noviembre de 1914; R. Castillo, Las

fuerzas zapatistas, Ms. V.; J. Barragán, *Historia del Ejército*, Segunda época, México, 1946; Lucio Blanco, *Manifiesto*, México, noviembre de 1914; *apud* Ramírez Plancarte; Lucio Blanco, *Manifiesto al pueblo*, México, 24 de noviembre de 1914; E. Gutiérrez, *Manifiesto*, México, 24 de noviembre de 1914; M. Palafox, *Manifiesto*, 28 de noviembre de 1914; E. Gutiérrez, *El presidente de la República*, México, noviembre, 1914; E. Gutiérrez, *Decreto*, México, 12 de diciembre de 1914; *La Convención*, México, 13 al 23 de diciembre de 1914; E. Gutiérrez, *Decreto*, México, 17 de diciembre de 1914; Díaz Soto y Gama, "Cómo se conocieron Villa y Zapata", en *La Opinión*, Los Ángeles, 8 de noviembre de 1913; R. González Garza, *Memorias*, Ms. J. C. V.; *La Convención*, *Manifiesto*, México, 14 de noviembre de 1914; E. Gutiérrez, *Proyecto de Ley*, México, 1914; E. Gutiérrez, *Decreto*, 24 de diciembre de 1914; Comandancia de la Plaza, *Decreto*, México, 24 de noviembre de 1914; Comandancia, *Orden de la plaza*, México, 31 de diciembre de 1914; E. Gutiérrez, *Manifiesto*, *cit.*; B. Fernández Cué, *Mi amistad con Lucio Blanco*, Ms. J. C. V.; *El monitor*, México, 8 al 14 de diciembre de 1914; *El correo español*, México, 7 al 15 de diciembre de 1914.

XVII. LA LUCHA

Las fuentes de la guerra

F. Villa, *Manifiesto*, *cit.* Lucio Blanco, *Manifiesto*, Laredo, 25 de julio de 1915; J. Amaro, *Memorias*, *Apuntes* Ms. J. C. V.; J. M. Maytorena, *Correspondencia con Ángeles*, Ms. Arch. Maytorena; M. Bonilla, Ms. *cit.*; V. Carranza, *Decreto*, Córdoba, 20 de noviembre de 1914; V. Carranza, *Decreto*, Veracruz, 25 de noviembre de 1914; D. Arenas, *Manifiesto*, Puebla, 12 de diciembre de 1914; Anónimo, *El desastre del cerro de las Vueltas*, México, 1930; Vda. de P. Martínez, *La muerte de Paulino Martínez*, Ms. Arch. Vda. Martínez; A. Obregón, *Manifiesto*, A Cajete, 30 de diciembre de 1914; A. Obregón, a Eulalio Gutiérrez, Orizaba, 12 de diciembre de 1914, Ms. Arch. Villarreal; José C. Valadés, "Una tragedia sombría", en *La Opinión*, Los Ángeles, 8 de mayo de 1938.

I. Fabela, *Historia diplomática*, tomo II, México, 1959; *El Pueblo*, Veracruz, 5 de diciembre de 1914; Anónimo, *Carranza y Villa*, México, 1915; Obregón, *Ocho mil*, *cit.*; F.C. Nacionales, Octavo Informe, Nueva York, 1916; F. F. Palavicini, *op. cit. supra*; Secretaría Instrucción Pública, *Universidad*, Veracruz, 1915; V. Carranza, *Adiciones*, Veracruz, 12 de diciembre de 1915; V. Carranza, *Informe*, México, 1917; gobierno constitucionalista, *Decreto*, Veracruz, diciembre de 1914; gobierno constitucionalista, *Decreto*, Veracruz, 25 de diciembre de 1915; gobierno constitucionalista, *Ley*, Veracruz, 1914; Anónimo, *El municipio libre*, Veracruz, 1914; gobierno constitucionalista, *Reformas al plan*, Veracruz, 1914.

La ofensiva carrancista

A. Obregón a Eulalio Gutiérrez, Veracruz, 12 de diciembre de 1914, Ms. J. C. V.; Obregón, *Ocho mil*, *supra*; A. Obregón, *Cargos concretos*, Veracruz, 1914; A. Obregón, *Francisco Villa, jefe de la reacción*, Veracruz, 1914, *El Pueblo*, Veracruz, diciembre de 1914; Modesto C. Rolland, *La cuestión agraria*, Veracruz, 1914; F. Cos, Ms. *cit.*; *apud* Barragán; M. M. Diéguez, *A los soldados revolucionarios*, Guadalajara, 1 de diciembre de 1914; A. Aguirre, *Mis memorias*, s.p.i.; Juan J. Valadés, *Apuntes de la Revolución en Colima*, Ms. J. C. V.; M. M. Diéguez, *Manifiesto*, Colima, febrero de 1915; Rodolfo G. Robles, *Sinaloenses en Campaña*, Mazatlán, 1916; R. F. Iturbe, Circular, s.f., Mazatlán, Ms. J. C. V.; R. F. Iturbe a A. Flores, Mazatlán, 21 de diciembre de 1914. Ms. J. C. V.; R. Buelna, *Manifiesto*, Tepic, 28 de enero de 1915.

La ofensiva villista

R. González Garza Ms. *supra*; Ramírez Plancarte, *op. cit.*; F. Ángeles, Correspondencia con J. M. Maytorena, *cit. supra*; Papeles del general Martín Espinosa, Ms. J. C.V.; *apud* Aguirre; A. Obregón, *Ocho*

mil, cit. J. M. Maytorena, *Manifiesto*, Hermosillo, 20 de diciembre de 1914; J. G. Cabral *et al.*, *Al Pueblo*, Nogales, diciembre de 1914; A. I. Villarreal, Ms. cit.; *apud* Puente; M. L. Guzmán, *op. cit.*; J. C. Valadez, *Las caballerías*, cit.; B. Izaguirre R., *Granito de oro*, México, 1937; L. Blanco, *La verdad*, San Antonio, 1915; A. Langle Ramírez, *El ejército villista*, México, 1961; E. C. Llorente a J. M. Maytorena, El Paso, 25 de enero de 1915; Ms. Maytorena; J. Barragán, *op. cit.*; S. González Contreras, *Tepic*, Compostela, 1954; J. Medina, *Al pueblo de Jalisco*, s.p.i.; J. G. Cabral, Informe, Nogales, 3 de enero de 1915, Ms. Maytorena; *La Prensa*, San Antonio, enero y febrero de 1915; *Patria*, El Paso, 15, 28 y 31 de diciembre de 1914; 4 y 11 de febrero de 1915, F. Villa, *Al pueblo mexicano*, Torreón, 1 de marzo de 1915; Chávez Camacho, Ms. cit.

Organización del carrancismo

V. Carranza, Informe, México, 1917; Dr. Atl, *Obregón*, México, s.f.; J. J. Amaya, *Síntesis social*, México, 1947; L. Mendieta y Núñez, *El problema agrario*, México, 1935; Congreso de la Unión, *Ley Agraria*, México (1920); M. Maples Arce, *El movimiento social*, Jalapa, 1927; *Comisión Nacional Agraria*, Tacubaya, 1922; V. Carranza, *Decreto*, Veracruz, 6 de enero de 1915; gobierno Provisional, *Recopilación*, México, 1916; gobierno Provisional, *El divorcio*, Veracruz (1915); *El Constitucionalista*, Veracruz, 2 de enero y 15 de febrero de 1915; F. C. Ramírez, *La verdad*, s.p.i.; Varios, *Amario*, Puebla, 1916; F. González Roa, *El problema ferrocarrilero*, México, 1915; V. Carranza, *Decreto*, 29 de enero de 1915; J. C. Valadés, "¿Quién triunfó en la cuesta de Sayula?", en *Novedades*, México, 6 de junio de 1943; *apud* Barragán; Obregón, *Ocho mil*, cit.; M. Herrera, *¿Quién es Francisco Villa?*, Laredo, enero de 1915; L. F. Bustamante, *Perfiles y bocetos*, México, 1917; A. I. Villarreal, Telegs a Carranza en Cifra, Hipólito y Ramones, 7 al 10 de enero de 1915 y ss. Arch. Villarreal; A. I. Villarreal, Ms. cit.; J. Fernández Rojas, *Hombres y hechos*, México, 1916; A. Aguirre, *op. cit.*; J. Medina, *Manifiesto*, cit.

M. Espinosa, *Papeles cit.*; M. Bonilla, *Ms. cit.*; R. González Garza, *Ms. cit.*; C. Basave del Castillo Negrete, *Notas para la historia*, México, 1947; Langle Ramírez, *op. cit.*; El Gutiérrez, *Manifiesto*, México, 23 de diciembre de 1914; *apud* Ramírez Plancarte; *La Convención*, México, 22 de enero de 1914; L. F. Bustamante, *El anarquismo científico*, México, 1916; J. Durán y Casahonda, *Memorias*, Ms. J. C. V.; *La Prensa*, México, 2 al 8 de marzo de 1915.

Situación económica del país

La Convención, México, 22 y 23 de enero de 1915; A. Manero, *La reforma bancaria*, México, 1958; F. Villarreal, *Informe*, Ms. Arch. Villarreal; A. Manero, *Por el honor*, México, 1916; Luis Cabrera, *Discusión*, México, 1917; Estado del Valle, *Contribución extraordinaria*, México, 23 de febrero de 1915; A. Rivera de la Torre, *Paralelismo de hombres*, México, 1918; *apud* Ramírez Plancarte; Junta Revolucionaria, *Aviso*, México, 8 de febrero de 1915; Jefe de la Operación, *La circulación de billetes*, México, 31 de enero de 1915; *El Constitucionalista*, Veracruz, 21 de mayo de 1915; Banco Nacional, *Quincuagésimo aniversario*, México, 1934; *Diario de los Debates*, México, 11 de julio de 1917; G. Mellado, *Tres etapas*, México, 1915; *El Constitucionalista*, Veracruz, 23 de marzo de 1915; A. Obregón, *Ocho mil, cit.*; R. González Garza, *Decreto*, México, 23 de enero de 1915; gobierno Provisional, *Recopilación, cit.*; *Anuario, cit.*; Rafael Nieto, *Circular*, Veracruz, 25 de febrero de 1915, Ms. J. C. V.; J. Santibáñez, *La emigración*, San Antonio, 1930; Cónsul de México, *Ayuda a los mexicanos*, Los Ángeles, 1917; Secretaría de Hacienda, *Las Emisiones constitucionalistas y los Jornales*, Ms. Arch. De la Huerta.

El territorio zapatista

M. Galindo, *A través de la sierra* (Guadalajara), 1924; G. Magaña, *El zapatismo*, tomo III; R. Sánchez Escobar, *El ocaso*, México, 1934;

G.B.G. de Mendoza, *El zapatismo*, Ms. J. C. V.; A. Díaz Soto y Gama, Noticias sobre Zapata, Ms. J. C. V.; *Diario de los Debates*, Cuernavaca, 8 de marzo de 1915 y ss.; Actas de la Convención de Aguascalientes, Cuernavaca, Ms. Arch. González Garza; R. González Garza, Informe a la Convención, Versión, Ms. Arch. G. Garza; A. Sala, *Emiliano Zapata*, México, 1919; gobierno Preconstitucional, *Recopilación*, Toluca, 1916; *apud* Ramírez Plancarte; *La Comisión Permanente al pueblo de México*, Toluca, 1915.

Ideas del zapatismo

R. González Garza, Informe *supra*; *Diario de los debates*, *cit.*; *apud* Galindo; Anónimo, *Gildardo Magaña*, s.p.i.; Caja de préstamos, Informe, Ms. J. C. V.; E. Zapata, Decreto, Tlaltizapán, 5 de abril de 1914, Ms. J. C. V.; J. García Romero, *La vida o muerte de México*, Puebla, 1915; L. de la Garza, *Civil Administration*, Washington, 1915; Basave del G. Negrete, *op. cit.*; Actas de la Convención *supra*; *El Progreso*, Laredo, a partir del 3 de marzo de 1915; *Regeneración*, Los Ángeles, 6 de abril de 1915 y ss.; M. E. Sodi de Pallares, *Demetrio Sodi*, México, 1947; Rodrigo Gómez, *Lo que es la Convención*, Aguascalientes, 1914; *El Pueblo*, Aguascalientes, 1914; *El Monitor*, México, 20 de diciembre de 1914 y ss.

La guerra civil en Yucatán

Apud Barragán; A. Bustillos Carrillo, *Yucatán*, México, 1959; Luis Cabrera, Discusión *supra*; Allan Noe Blein (A. Médez Bolio), *Alvarado*, N. Orléans, 1917; S. Alvarado, *Mi actuación*, México, 1920; Blas Urrea, *La herencia*, México, 1920; S. Alvarado, *La encuesta*, Mérida, 12 de abril de 1915; S. Alvarado, *Protesta y excitativa*, Tenaho, 24 de marzo de 1915; S. Alvarado, *Los estudiantes*, Mérida, 12 de octubre de 1915; J. Cuadros Caldas, *Mexico Soviet*, México, 1926; A. Manzanilla, *El bolchevismo*, México, 1921; *El reproductor*, Campeche, diciembre de 1945; Anónimo, *Breves apuntes*, Mérida, 1945; G. Mellado, *Tres Etapas cit.*; S. Alva-

rado, *La cuestión*, Mérida, 21 de junio de 1916; L. Rosado Vega, *El desastre*, La Habana, 1919; M. Calvin, *Todo el porvenir*, Mérida, 1915; S. Alvarado, *Instrucciones*, Valladolid, marzo de 1915; S. Alvarado, *Decreto 20*, Mérida, 29 de abril de 1915; S. Alvarado, *Decreto 26*, Mérida, 29 de abril de 1915; S. Alvarado, *Decreto 14*, Mérida, 15 de abril de 1915; Anónimo, *La liberación*, Mérida, 1916; Anónimo, *Financiamiento*, Mérida (1915); T. Hernández, *Las tinajas*, México, 1943; S. Alvarado, *La República*, Mérida, 18 de noviembre de 1915; M. C. Rolland, *Tierra*, Mérida, 1915; M. C. Rolland et al., *A dónde vamos*, Mérida, 1915; S. Alvarado, *Decreto 36*, Mérida, 7 de mayo de 1915; S. Alvarado, *La Comisión Reguladora*, Mérida, 1915; S. Alvarado, *El primer estado seco*, Mérida, 10 de diciembre de 1915; S. Alvarado, *Decreto 201*, Mérida, 4 de agosto de 1915; S. Alvarado, *Decreto 410*, Mérida, 25 de diciembre de 1915; *La Voz de la Revolución*, Mérida, 25 al 31 de marzo, 2 al 30 de julio y 3 al 7 de octubre de 1915; S. Alvarado, *La reconstrucción*, tomo I, México, 1919.

XVIII. OTRA GUERRA

La osadía de Obregón

Apud Ramírez Plancarte; D. Arenas Guzmán, *Prensa y tribuna*, México, 1916; Obregón, *Ocho mil*, cit.; GROM, *Memoria*, México, 1926; *El Pueblo*, Veracruz, del 1 al 12 de marzo de 1915; F. F. Palavicini, *Un nuevo Congreso*, Veracruz, 1915; S. Mellado *op. cit.*; R. Treviño, *El movimiento obrero*, México, 1948; José C. Valadés, *Revolución social*, México, 1922; "Dr. Atl", en Obregón rep. J. G. Amaya, *Síntesis social*, México, 1947; J. Hernández García, *A la unión minera*, Morelos, enero de 1915, *Diario de los Debates México*, 5 de octubre de 1917; J. Barragán, *op. cit.*

Los frentes de combate

P. González, Parte del general, Tampico, 21 de diciembre de 1914; Ms. Arch. González; P. González a Antonio I. Villarreal, Telegs., Ms.

Colección Villarreal; P. González, *Manifiesto*, Tampico, 23 de diciembre de 1914; P. González, Informe, Tampico, 30 de diciembre de 1914, Ms. Arch. González; P. González, *Al pueblo*, Tampico, 20 de enero de 1915; *apud* J. Barragán; H. Galindo, *Un presidenciable*, México, 1919; J. Morales Hesse, *El general Pablo González*, México, 1916; J. A. Castro, *Decreto*, Tuxtla, 30 de octubre de 1914; J. A. Castro, *Decreto*, Tuxtla, 16 de enero de 1915; J. M. Márquez, *El veintiuno*, Oaxaca, 1917; J. C. Valadés, *Las caballerías*, *cit.*; Causa instruida, Mazatlán, 18 de enero de 1915, Ms. J. C. V.; A. Magallón a R. F. Iturbe, Mazatlán, 18 de enero de 1915, Ms. J. C. V.; R. G. Robles, *op. cit.*; R. F. Iturbe a F. Riveros, Mazatlán, 18 de febrero, R. F. Iturbe a A. Obregón, Mazatlán, 22 de marzo de 1915; Ms. J. C. V.; Anónimo, Campañas sinaloenses de F. F. Iturbe. Ms. J. C. V.; Ángel Flores a R. F. Iturbe, Navojoa, 8 de febrero de 1915; Ms. J. C. V.; R. F. Iturbe a A. Flores, Mazatlán, 1 de febrero de 1915; Ms. J. C. V.; Amado Aguirre, *op. cit.*; J. Gualberto Amaya, *Venustiano Carranza*, 2a. Etapa, México, 1947; E. Estrada, Noticias sobre la 1era. División, Ms. J. C. V.; E. Martínez Ruiz, *La segunda división*, Chihuahua, 1917; J. C. Valadés, “¿Quién triunfó?”, en *Novedades*, México, 6 de junio de 1943; M. M. Diéguez, *Al pueblo de Jalisco*, Guadalajara, 1 de febrero de 1915; J. J. Valadéz, Ms. *cit.*; *Diario Oficial*, Culiacán, 1915.

Obregón y Villa

F. Villa, *Manifiesto supra*; J. Ma. Maytorena, *Algunas verdades*, Los Ángeles, 1916; J. G. Cabral, *op. cit.*; T. Torres, *Pancho Villa*, S. Antonio, 1929; A. Obregón, *Ocho mil*, *cit.*; F. Ángeles, Correspondencia *cit.*; F. Ángeles, *Manifiesto* (San Antonio), 1917; M. Bonilla Ms. *cit.*; J. G. Amaya, *op. cit.*; *El Paso Morning Times*, El Paso, 26 de marzo al 20 de abril de 1915; *El Herald*, Los Ángeles, 1 al 19 de abril de 1915; J. Trinidad Ortiz a V. Carranza, Veracruz, 1 de mayo de 1915. Ms. J. C. V.; L. F. Bustamante, “El Movimiento Rojo” en *La Opinión*, Los Ángeles, 23 de febrero de 1936; *La Prensa*, México, 14 y 17 de marzo de 1915.

Preliminares de batalla

El Paso *Morning Times*, El Paso, 5 al 15 de abril de 1915; *La Prensa*, San Antonio, 4 al 10 de abril de 1915; J. Amaro, Recuerdos, Ms. J. C. V.; M. Chao, Estado de la fuerza, Torreón, 10 de abril de 1915, Ms. González Garza; C. Castro, Parte que rinde, Celaya, 8 de abril de 1915, Ms. Arch. González; División del Norte, Orden de las operaciones, Irapuato, Guanajuato, 5 de abril de 1915, Ms. J. C. V.; F. Villa, *A los soldados de la División del Norte*, Irapuato, 6 de abril de 1915; A. Obregón, *ocho mil*, *supra*; *El pueblo*, Veracruz, y al 15 de abril de 1915; N. Valenzuela, El triunfo de Celaya, Ms. J. C. V., R. Calderón Arzamendi, Las batallas de Celaya. Ms. J. C. V.

La retirada de Villa

El Paso Morning, El Paso, 15 al 17 de abril de 1915; *apud* Obregón; División del Norte, Orden de las Operaciones, Salamanca, 6 de abril de 1915. Ms. J. C. V.; E. C. Llorente, Informe sobre la batalla de Celaya, Ms. Arch. Gómez Morentín; Anónimo, *La muerte de Agustín Estrada*, San Antonio, 1915; J. Rodríguez, Parte que rinde, Salamanca, 6 de abril de 1915, Ms. Arch. Gómez; F. Cervantes, *op. cit.*; J. Barragán, *cit. supra*; *apud* Calderón Arzamendi; Juan Torres S., Celaya. Ms. J. C. V.; *Mujeres y deportes*, México, 6 de julio y ss.

Índice

LA VIOLENCIA COMO SISTEMA

Capítulo XI

LA ANTIAUTORIDAD	11
La violencia como sistema	11
El alma de la venganza	15
La continuidad constitucional	19
La autotitulación de Huerta	22
La personalidad de Carranza	27
Los problemas del huertismo	31
El camino de Carranza	36
Carranza, guerrero	42
La situación de Huerta	52
Huerta en Estados Unidos	57
Alzamiento en Sonora	62
El primer caudillo	73
Levantamiento en Chihuahua	78

Capítulo XII

SOBRE LAS ARMAS	85
La determinación popular	85
El Congreso y Huerta	92
La situación económica del país	95
La "mano dura"	100

La autoridad de Carranza	105
El gobierno de Hermosillo	114
La ciudad capitana	119
Triunfos guerreros	123
La guerra en Sinaloa	133
El cuerpo de ejército del noroeste	136
La División del Norte	140
Los triunfos de Villa	149
La guerra en el oriente	154
La guerra de guerrillas	161
 <i>Capítulo XIII</i>	
LA CAPITAL	167
La ambición revolucionaria	167
La acción del zapatismo	174
La disolución del Congreso	180
Últimas esperanzas del huertismo	185
La pléyade del constitucionalismo	192
La marcha a Guadalajara	201
Las discordias revolucionarias	209
 <i>Capítulo XIV</i>	
LA VICTORIA	221
Relaciones con Estados Unidos	221
La ocupación de Veracruz	229
El triunfo de Villa	239
El triunfo de Obregón	250
Fuga de Huerta	258
Rendición de la capital	263
La Revolución triunfante	269
La Revolución social	272
Las divergencias humanas	279

ALTO EN LA GUERRA CIVIL

Capítulo XV

LA DECISIÓN	289
Alto en la guerra civil	289
Situación de las facciones.	293
La situación exterior	303
La junta revolucionaria.	311
La Convención de Aguascalientes.	318
Los hombres de la Convención	322
Política del villismo	327
La política del zapatismo	333
La quimera zapatista.	343

Capítulo XVI

EL PODER.	351
La política de Carranza.	351
El presidente convencionista	359
Preparativos de guerra	368
Movilización del villismo	375

Capítulo XVII

LA LUCHA	393
Las fuentes de la guerra	393
Carranza legislador	401
La ofensiva carrancista.	413
La ofensiva villista.	423
Organización del carrancismo	431
El convencionismo	447
Situación económica del país.	456
El territorio zapatista.	467

Ideas del zapatismo	474
La guerra civil en Yucatán	486
 <i>Capítulo XVIII</i>	
OTRA GUERRA	501
La osadía de Obregón	501
Los frentes de combate	511
Obregón y Villa	524
Preliminares de batalla	531
La retirada de Villa	542
 FUENTES PARA LOS CAPÍTULO	
XI. La antiautoridad	553
XII. Sobre las armas	556
XIII. La capital	561
XIV. La victoria	563
XV. La decisión	567
XVI. El poder	570
XVII. La lucha	572
XVIII. Otra guerra	577

de la **Historia general** **Revolución Mexicana**

La violencia como sistema

Alto en la guerra civil



II

se terminó en la Ciudad de México durante el mes de noviembre del año 2013. La edición impresa sobre papel de fabricación ecológica con *bulk* a 80 gramos, estuvo al cuidado de la oficina litotipográfica de la casa editora.

La violencia como sistema

La República quedó estupefacta ante la tragedia del 22 de febrero de 1913; la ciudadanía no poseía armas y la sola palabra icrimen!..., significaba asombro y dolor. Se sentó por un hecho que quienes ejercían la autoridad eran criminales y que el alma de la paz se había convertido en violencia; después de haberse transgredido todas las leyes naturales y positivas, la República estaba segura que a la autoridad del general Victoriano Huerta no le quedaba otro camino que el de la violencia.



HISTORIA

Alto en la guerra civil

La bandera de la legalidad ondeaba nuevamente en Palacio Nacional pero nadie concurría a resolver los muchos problemas que laceraban el bienestar y prosperidad de la nación. No obstante y sin que se percibiera la causa, reinaba la inquietud y como complemento a ella, se sabía que a partir de la caída de la autoridad militar de Huerta habría una pausa en las guerras que tanto daño habían causado al país.

Imagen de portada:

Fragmento del grabado de Alfredo Zalce
Taller de Gráfica Popular. México, 1947